This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.73 M712P 1886 V.2
LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.73
M712p
1886
v.2

9868
M71
1886
v. 2

This Book is Due on the Latest Date S

JUN 07 2000

DISCHARGE/BLAC

JAN 0 2 2003

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR

PEDRO DE ALVARADO

Ò LA CONQUISTA DE GUATEMALA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. SEBASTIAN DE MOBELLAN

Y

DON ANTONIO HIDALGO DE MOBELLAN

TOMÒ SEGUNDO

MADRID

ALMINISTRACION: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚMERO 9

(Barrio de Posas)

1886

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE GONZALEZ, SAN RAFAEL, 9

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo se hace infeliz, quien vá en pos de la codicia.

Al siguiente dia de la fuga del calumniador de Tixplan, una comision de los indígenas más ancianos presentóse á éste.

—Hemos visto con disgusto, señor,—díjole el que llevaba la palabra en representacion de todos,—que un miserable hijo del Quiché, olvidando vuestros fueros y la obediencia que como cacique debemos guardaros, ha osado manchar vuestro nombre con el veneno de su lengua. Delito semejante nos pone á los hombres honrados, en ocasion de protextar enérgicamente de semejante desafuero. Ni el rey ni vos creerán nunca, estamos seguros, que la mayoría de sus súbditos participa de la menguada opinion de Atitlan. El sólo es el responsable de sus afirmaciones, éstas han sido valerosamente destruidas por vos, en la presencia misma del

TxU
520319

pueblo. En nombre suyo, pues, recibid nuestra satisfaccion más cumplida, y no dudeis de que el país entero reconquistará á vuestros ojos su dignidad, evidenciada por un malvado.

—Agradezco vivamente vuestras explicaciones,—contestó el cacique,—y estad seguros de que jamás he dudado de vuestra lealtad y subordinacion. Aquí la falta ha sido personalísima, cometida por un hombre sin conciencia; sugerida por envidiosos móviles; en todas las colectividades hay siempre un traidor, encargado de dar su parte á las maquinaciones de Satanás. Id, pues, tranquilos, que yo he aprendido á distinguir perfectamente el bien del mal, y sé que mi pueblo es incapaz de ofenderme.

—Señor,—exclamó respetuosamente uno de los ancianos,—no podemos complaceros, toda vez que nuestra mision no está terminada.

—¿Pues qué es lo que deseais de mí?

—Cuando tan noblemente otorgásteis á Atitlan la libertad en cambio de su mala accion, el pueblo juró vengar en el villano la mancha que osó inferirle, haciéndole instrumento de una mentira. Cedió por el momento el pueblo á vuestras indicaciones para que se retirara; pero considerando que el delito de robo doméstico no puede quedar en manera alguna impune, pretende del rey y de vuestra autoridad, una sentencia de muerte para el culpable.

Tixplan creyó vislumbrar en esta peticicn una reticencia, y palideció súbitamente.

—Acaso,—se dijo,—hayan averiguado las gentes la

proteccion y hospitalidad otorgadas á Atitlan en mi casa. En este caso, creerán con razon que algun secreto de hechos vergonzosos me guardaba el criminal, cuando lejos de castigarle le ayudo de esta suerte; es preciso, pues, desorientar al pueblo de todo; mostrarnos sumisos á la voluntad general; veamos cómo se presentan los comisionados.

—Desde luego, amigos mios,—repuso Tixplan,—acepto como fundado el propósito de la ciudad; toda vez que insiste en separar de ella uno de sus miembros corrompidos; mas creo infructuosa la judicial determinacion: Atitlan partióse por órden mia, y conceptúo difícil que podais averiguar su paradero.

—Sin embargo, el pueblo quedará satisfecho con tal de que vuestra autoridad asienta á que se consigne el castigo á que se ha hecho acreedor.

—Sea como querais,—exclamó afectando suma tranquilidad el cacique.

Y esto diciendo, trazó un geroglífico sobre una plancha, y poniéndola en manos de los comisionados, exclamó:

—Tomad, que no resulte ineficaz la accion de las leyes; y conste que sentencio á Atitlan contra mi deseo. Por costumbre inveterada, me gusta perdonar á los que me ofenden; el pueblo ha hecho suya mi causa, no obstante mi decidida intencion de sobreseerla, y yo no puedo desestimar su pretension. Buscad, pues, á Atitlan por todas las casas del pueblo, y dadle muerte donde le encontreis; de su sangre respondereis vosotros, que no yo.

—Sea en buen hora, señor Tixplan; habeis cumplido como bueno, asociándoos á los juicios de la opinion pública; ahora queda de nuestra cuenta lo demás.

Los comisionados salieron de la casa del cacique, sumamente satisfechos del resultado de su entrevista.

Este, al verlos partir, no pudo ménos de lanzar una sonrisa, convencido como estaba de que su fallo contra Atitlan no habria de producir resultados positivos.

—¡Imbéciles!—decia el cacique para sí,—creen que Tixplan es capaz de aprovecharse de la desgracia de su enemigo; ¡oh! jamás. Atitlan robó á mi hermano; pero éste perdonó á la hora de morir á cuantos le ofendieron; yo debo secundarle en sus mandatos, dejando huir al vil que con las lágrimas en los ojos, pidióme misericordia para él y su familia. No darán con su cuerpo, no; es imposible; nadie acertará á aplicarle la ley, y si con esto nada gano en la tierra, las regiones insondables de otro mundo mejor, asignarán en la hora de la inmortalidad un lugar preferente á mi espíritu.

Saboreaba el cacique las dulzuras de su buena accion, cuando oyó desusado ruido de gentes que cruzaban por la calle en distintas direcciones.

—¿Qué será?—preguntóse con voz bastante clara.

—Yo os daré la respuesta,—contestóle el llamado *sombra del rey* apareciendo de súbito en la estancia.

—¿Vos por aquí, señor?—preguntó el cacique un tanto sorprendido.

—Sí, yo, que si no os conociese á fondo, os juzga-

ría imbécil, ó ganoso de probar la cuerda con que la justicia paga las hazañas de los criminales.

Tixplan, lleno de pavura, estremecióse, y con voz balbuciente, preguntó:

—¿Pues qué pasa, señor príncipe?

—¿Qué pasa, decís? ¡Y teneis valor de preguntármelo? ¡Oh! Si yo hubiera conocido á tiempo la ductilidad de vuestro carácter, por los dioses que os hubiese descartado de todo asunto, relacionado con la córte.

—Hablad por vuestra vida.

La sombra del rey se explicó de este modo:

—Anteanoche debió salir Atitlan de la ciudad con su esposa é hijos.

—¡Cómo! ¿Sabeis?...

—Hablo sólo por deducciones, hasta que llegue á la realidad de lo sucedido.

—Debió salir, digo, de la capital, y cruzar á campo traviesa una buena distancia; puesto que le hallaron jadeante de fatiga sentado junto á unas matas.

—¡Cielos!

—Unos indios que fingiéndose mercaderes, vigilan todas las noches los campos comarcanos, pero que son ni más ni ménos que la policía privada de su majestad, acercáronse á él.

—¿Quién sois? le preguntaron.

—Un viajero que se ha detenido aquí algunos instantes para tomar alientos.

—¿Y vá sólo el hidalgo?

—Camino con mi esposa y dos hijos en direccion de Cholulteca.

—¿Los cuáles?...

—Aprovechando la invitacion de unos indios para que montarán sus caballos, han partido de aquí hace una media hora, y me esperarán en el inmediato pueblo.

—¿De suerte que estais completamente solo?.

—Vos lo habeis dicho.

—Pues, ¡voto á Satanás! que la noche no convida á permanecer en el campo. Corre un vientecillo sútil que se cuela hasta los huesos. ¿Si quisiérais aplazar hasta el amanecer vuestra partida?

—¿Qué sucederia?

—Podríamos pasar el resto de la velada apurando algunos vasos de chicha.

—¿Quereis decirme en dónde?

—En la casa llamada del *sincuate* que se divisa en aquel montecillo de la derecha. Es la finca propiedad de mi compañero Cazco, á quien tengo la satisfaccion de presentaros. Allí estaremos á cubierto de las inclemencias de la temperatura.

—Gracias, gracias, amigos mios,—contestó á sus interlocutores Atitlan.—Accederia gustoso á vuestro cordial ofrecimiento, si no hubiese menester de apresurar la marcha para unirme á mi familia, como os he indicado, la cual ha partido sin mí, porque no habia caballo que me trasportase, y en razon tambien á que mi esposa no podria ya soportar el cansancio.

—Pero todo eso,—añadieron los desconocidos,—no debe ser obstáculo para que permanezcais en nuestra compañía algunas horas. Vuestra familia podrá así

descansar entretanto, y vos llegareis al pueblo precisamente en ocasion oportuna.

—Repito señores, que estimo en mucho vuestra oferta; pero....

—Vamos,—exclamó uno de los interlocutores,—comprendo lo que acontece. No sois afecto á remojar el paladar, es una lástima. Sin embargo, pudiera suceder que os agradase más otro linaje de exparcimientos.

—¿Otro linaje de diversion, decís?

—El juego por ejemplo.

Atitlan dejó ver en su rostro la alegría, lanzó de sus ojos sumamente abiertos una mirada de intenso placer, y exclamó:

—Eso ya es otra cosa. A todo hombre le es dado probar su suerte; retar al destino y combatir con él. El juego y el amor son dos sentimientos que educan el espíritu: el primero preparándole para las más valerosas empresas: el segundo alentándole para la realizacion de los más grandes sacrificios. Partamos.

Los supuestos mercaderes, acompañados de Atitlan, enderezaron el paso por una vereda enjuta y plagada de maleza.

Durante el trayecto que hubieron de recorrer, conversaban los dos polizontes, sosteniendo un animado diálogo.

Atitlan no se curaba para nada del peligro á que se expone siempre un mortal, que atravesando campiñas desiertas en noche oscura, entrégase incondicionalmente á las protestas de amistad de gente desconocida.

La pasion del juego absorvia completamente los sentidos y facultades morales del calumniador.

Así que, olvidándolo todo, entregábase absolutamente á saborear la esperanza de sus triunfos.

Poco tardaron los expedicionarios en llegar á la llamada casa del *sincuate*; especie de clásica venta castellana, aislada en fragoso monte, derruida en parte de sus muros, y agrietada en el maderamen de su techumbre.

El color de la fachada principal, claramente perceptible á la luz de la luna, evidenciaba por lo indefinido, que habia sido la casa víctima constante de la inclemencia del tiempo.

Era, en fin, la misteriosa finca por sus apariencias, verdadero cementerio, region sombría de la muerte; alcázar ignorado del silencio.

Nada palpitante, nada animado, nada con alientos de vitalidad revelaba su exterior.

El lúgubre canto de las nocturnas aves, rompia á intervalos la calma; el gemido del viento acompañábales en la tristísima serenata de ultratumba.

Aquel singular edificio, por su situacion de aislamiento y ruinoso estado, recordaba muy en miniatura las torres y castillos de los señores *teules*, donde, á falta de moradores, anida la gaviota y se esconde el buho, á quien denuncia traidoramente la luz incierta y fatídica desprendida de sus ojos.

Allí llegaron Atitlan y los suyos.

—Buena casa teneis á lo que veo, señor Cazco,—exclamó el primero, ganando una senda trazada en el

monte la cual serpenteaba entre los árboles, y tenia su fin en la puerta del edificio misterioso.

—No es mala, señor Atitlan,—respondió el aludido.—Por lo ménos, tiene una ventaja que yo no cambiaria por nada en el mundo.

—¿Podemos saber en qué consiste?

—En que hace imposibles las visitas, y priva de su oficio á los habladores y desocupados. ¿Os parece poca felicidad?

—Ciertamente que es una ventaja incomparable, llagar á verse libre en el mundo de semejante ralea.

—Por eso yo que soy aficionado á la soledad, me solazo con vivir apartado de ella, y poder reunir en torno de mi mesa á los verdaderos y por consecuencia pocos amigos que se dignan honrarme, como vos, con su compañía.

—El honrado es quien merece vuestra hospitalidad.

—Aquí, pues, de cuando en cuando nos permitimos nuestras orgías. Bebemos algunos jarros de lo bueno; saboreamos viandas apetitosas, y despues...

—Despues, ya comprendo,—exclamó Atitlan balbuceando de gozo,—se prueba la suerte de cada cual.

—Y se hace uno rico á las veces, sin que le cueste el menor trabajo. ¡Qué diantre! El mundo hay que tomarlo así, y tonto será quien lo entienda de otro modo.

En esto Cazco adelantóse hasta la puerta de su casa.

Llevóse los dedos á la boca y silbó dos seguidas veces, produciendo agudos sonidos.

La puerta del edificio abrióse girando sobre sus goznes con gran dificultad.

Una india vieja, enjuta de carnes, desgreñada y seca como cuerpo de histrion, apareció ante los viajeros.

Levantó hasta su rostro la luz que llevaba para mejor ver á los recien venidos, y haciendo una mueca en extremo desagradable, repuso con chillona voz:

—Pasen los señores, que ya les esperaba con impaciencia.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

CAPÍTULO II

Tras una mala capa se oculta un buen bebedor.

Precedidos de la vieja india que llevaba, como hemos dicho una luz en la mano, torcieron nuestros personajes á la derecha.

Densas sombras velaban por completo la entrada incierta de una oscura galería.

La vieja, dirigiéndose á Atitlan, exclamó:

—Caminad con cuidado, mi amo, que esta escalera es por demás peligrosa.

—Teneis razon, parece que vamos en busca del infierno. ¿Quereis explicarme, señor Cazco, por qué pretendeis enterrarnos vivos? Pues á lo que veo, llevamos trazas de no volver á contemplar la luz del sol.

—No tengais cuidado, señor Atitlan,—respondió Cazco, apoyando sus manos en las paredes de la escalera, y descendiendo por ella penosamente.—El néc-

520319

tar de los dioses,—añadió,—necesita un cuidado celoso para libertarle de las variaciones del tiempo y del apetito de los borrachos. La bodega, aunque muy profunda, no está lejos. Ya hemos llegado; héla aquí. Recread vuestra vista en el ámplio museo de una de las más dignas pasiones humanas.

—En efecto,—contestó Atitlan,—paseando sus ojos por la variedad múltiple de barricas que, apoyadas en una de las paredes, hallábanse instaladas en correcta alineacion,—parece que el alma se ensancha ante la contemplacion de esos tesoros. El vino es una de las grandes medicinas inventadas para servir de lenitivo á los humanos dolores; en él tiene su comienzo el olvido del mal y se inicia el consuelo de la esperanza. Cuando bebemos, nos sentimos animados por una misteriosa corriente, que nos hace capaces hasta de trasformar el mundo. Elocuencia, vigor, entusiasmo, talento, todo se conquista con unas cuantas gotas del trasparente líquido, que hierve en la copa para emanciparse de ella, como si su resguardo sólo pudiera implantarse en los dilatados espacios de la libertad y del placer.

—Hablais como un ahquíe, señor Atitlan,—contestó Cazco.—Mi amigo y yo nos felicitamos de que ante la perspectiva del néctar de los dioses, hayais variado por completo de ideas. Ya suponíamos que vuestra opinion tornaríase mudable, si os invitaban á la alegría las dulces expansiones de la amistad.

—Gustemos, pues, lo que en esos toneles se encierra, y abramos luego nuestro corazon á los recuerdos

del pasado, refiriendo cada uno las hazañas y heroicidades de su juventud.

La vieja india movió la llave de uno de los toneles, y llenó tres lucientes vasos con el líquido que éste contenia.

—Gracias, señora *Chiconcuahutli*,—exclamó Cazco, tomando de manos de la anciana las copas, cada una de las cuales, fué entregada á sus interlocutores.

—¿Quereis, mi amo, algo más?—preguntó la india con voz temblorosa.

—Nada, sino que os retireis á descansar,—contestóle el interpelado, no sin hacerle un signo con la mirada, que pasó desapercibido para Atitlan.

—Pues tengan muy buenas noches mis señores,—exclamó respetuosamente la india.

—Que el cielo os acompañe,—replicaron á una los tres caballeros.

Quedó la puerta de la escalera que á la bodega llevaba, cerrada completamente, y Atitlan y sus amigos tomaron asiento en torno de un ancha piedra en mesa convertida.

Colocadas sobre ella las copas, los tres hidalgos apuráronlas de un sorbo.

Cazco entonces, avanzando hasta una de las barricas, situada en un extremo de la sombría estancia, hincóse ante ella y llenó hasta las heces una vasija de barro de grandes proporciones.

—Este sí que vá á gustaros,—repuso volviendo al lado de sus compañeros.

—El cual, —contestó Atitlan, —nos servirá de ayuda para pasar algo que traigo en las alforjas.

Y esto diciendo, extrajo de las que había colocado en tierra, unas viandas.

Al practicar esta operacion, un sonido metálico percibióse, producido por el mútuo choque de monedas que Atitlan llevaba.

—¡Hola, compañero!—exclamó Cazco con tono jovial,—¿venís bien provisto de oro, eh? Pues voto á los dióses que nadie lo hubiera creido. ¡Cuán cierto es un adagio que aprendieron los *tepanecas* de los teules, y el cual dice: *Que tras una mala capa se oculta un buen bebedor!*

—No creais que soy rico. Lo que conmigo viene lo llevo á título de préstamo que se ha servido hacerme un compatriota, para ayudar á los gastos de viaje.

—Sea lo que quiera, buen provecho os haga, hermano; nada os hemos de pedir, sino es que vuestra mala suerte os coloca en situacion de entregarnos todo cuanto llevais, caso de que perdiéseis en el juego.

—Eso ya lo veremos más tarde. Ahora, sabed, compañeros,—prosiguió diciendo el calumniador,—que lo que quiero es vino, mucho vino, aunque os quedeis sin nada en la bodega. Yo tengo caudal bastante para comprároslo todo, y hasta para adquirir vuestras almas, que están vendidas á Satanás.

El calumniador quedó en pié, mostrando los puños cerrados á sus interlocutores.

En los ojos del indio reflejóse esa expresion de

imbecilidad, que presagia la perturbacion del cerebro causada por el alcoholismo...

Los compañeros de Atitlan sintieron cruzar por sus venas una corriente de gozo inefable.

Habian supuesto que el indio seria uno de esos criminales vagabundos que cuentan los delitos cometidos por millares, é iban á descubrir quizás por él mismo, toda una historia de sangre y duelo, que en otro caso les hubiese sido imposible conocer, pues para esto habrian necesitado coger á Atitlan en flagrante y evidente delito.

Para mejor realizar su plan, Cazco, procurando llevar la calma al ánimo de su exaltado huésped, díjole:

—No comprendemos que amenaceis de tal modo á quien os brinda con su casa; á quien os daria con gusto todo lo que en ella se encierra; á dos hombres, en fin, que están dispuestos á facilitaros la salvacion, si es que algun peligro os espera.

—¿Salvacion?—exclamó Atitlan con palabra premiosa.—Ese ya es otro asunto; ese ofrecimiento me tranquiliza, porque como yo he sido muy valiente, tengo muchos enemigos que me envidian y me persiguen por do quiera que voy.

—Tambien nosotros estamos en ese caso. Jamás se nos ha opuesto una dificultad que por medios buenos ó malos no hayamos llegado á resolver.

—Pero de seguro, que no habreis rayado tan alto como yo,—exclamó Atitlan, dejando caer lánguidamente su brazo sobre el hombro de Cazco.

—¿Pues qué es lo que habeis hecho?

—¡Yo! ¿El hijo de mi madre? ¿El hermano de mi abuelo, digo, el nieto de mi sobrina? Pues ahí es nada; pues no tiene importancia la cosa. ¿Os explicais que un tonto deba lógicamente ser rico, y que un hombre de capacidad permanezca toda su vida en la pobreza?

—Cierto que es anómalo.

—Pues eso es lo que yo he querido impedir en el mundo, ¡voto á Satanás!

—Y obrais como un sabio al evitar tales desafueros.

—Figuraos, queridos colegas mios,—exclamó Atitlan, despues de apurar hasta tres copas,—que yo servia á un imbécil de quien era esclavo. Aquel caballero poseia una inmensa fortuna, en tanto que mi pobre individuo estaba sujeto al mercenario jornal que su señor queria darle. Iluso él, experto yo, ¿era justo que nos separase á entrambos el abismo de diversa suerte?

—En modo alguno.

—Pues ahí teneis el motivo que me obligó á despojarle de algunos cuartos; más no fuí todo lo previsor que estas cosas requieren, y me cogió mi amo en el garlito, lanzándome como á un perro de su casa.

—No se portó bien el menguado, porque debió contentarse con reprenderos.

—¡Oh! Pero yo me vengué cumplidamente,—gritó Atitlan,—un amigo, mi sustituto, por unas cuantas monedas, con habilidad y tino. ¡Silencio! Que pueden descubrirme; quiero decíroslo muy bajo; sólo vosotros vais á ser los poseedores del secreto.

El calumniador acercóse al oido de Cazco, luego

al de su colega, é hizóles misteriosamente su revelacion.

Terminada ésta, preguntóles:

—¿Qué tal, supe hacerlo bien?

—Procedísteis,—respondiéronle,—como cuadra á un hombre que tiene sangre en las venas.

. . . . . .

. . . . . .

Tixplan quiso inquirir de la sombra del rey lo que Atitlan dijese en voz baja á sus colegas, y éste con gran severidad contestóle:

—Oid lo acontecido hasta el final, y allí se aclararán vuestras dudas.

—Hablad, señor príncipe, que ya os escucho.

La sombra del rey continuó refiriendo la historia en estos términos:

—Atitlan, que empezaba ya á decaer mentalmente, quiso, en un instante de lucidez, medir en la expresion de sus compañeros, el efecto que habíales causado la revelacion de su secreto.

Poseido de la locura del crímen, juzgó equivocadamente, que sus fingidos amigos veian en él á un héroe.

Estos procuraban, por el gesto de sus rostros, hacérselo creer así.

Cazco, afectando interesarse mucho por la suerte de Atitlan, preguntóle:

—¿Y qué aconteció despues de lo que habeis narrado?

—Que el pueblo se enojó conmigo porque hice no

sé qué cosas al cacique Tixplan; pero éste, que tambien milita en las filas de los mentecatos, me perdonó ante las gentes; y como yo no tenia dinero para emprender un viaje que me pusiese á cubierto de las asechanzas de la plebe ensoberbecida contra mí, antes de huir, acudí al cacique, pintándole con negros colores la pobreza de mi familia.

—¿Y el señor Tixplan?

—Compadecido de mi triste situacion, me facilitó dinero; puso en mis manos un salvo conducto de gran importancia, y me previno que si yo no volvia á ocuparme en lanzar contra él ciertas diatribas á propósito de su categoría de tutor de cierta jóven, habria de prestarme en lo sucesivo su proteccion incondicional.

Cazco y su compañero cruzaron una mirada de profunda sorpresa.

La personalidad de Atitlan, envolvióse para ambos en un gran misterio.

Todo eran conjeturas, respecto de cual seria la posicion social de aquel hombre.

Juzgábanle á las veces para sí, como á elevado funcionario que huye para no exponerse al natural castigo ocasionado por su prevaricacion.

Suponian otras, que Atitlan debia ser un asesino, sin fé y sin conciencia, que despues de andar errante largo tiempo, venia á caer por disposicion de los cielos, en las manos de la justicia.

Por su parte, el calumniador de Tixplan, presentaba en sus actitudes la figura típica del alienado, que

pasa sin dificultad de la monomanía más pueril á los accesos de cólera más terribles.

—¡Oh! Pero no creais,—añadió el indio embriagado hasta lo sumo,—que ese dinero que traigo en la bolsa, que ese salvo conducto que guardo sobre el pecho, se me han facilitado á tontas y á locas. No, esta donacion ha sido hecha á cambio de no descubrir un secreto de Estado. ¡Já, já, já, já! Yo, el antiguo sirviente, tomando parte en las intrigas de la córte, confundiéndome con los sagaces palaciegos, es cosa verdaderamente rara y original.

Attilan lanzó una carcajada estúpida, y quedó con los ojos fijos en sus colegas.

Pocos momentos despues, salió de su estupor, y díjoles:

—Comprendo vuestro mutismo; explícome perfectamente vuestra situacion. La curiosidad os mueve á hacer averiguaciones, respecto de la clase de garantías que me han sido facilitadas para hallar por do quiera cuando necesite, voy á mostrároslas; pero, ¡voto á las calzas de Jintemal! que ni consentiré que formuleis preguntas sobre ellas, ni ménos que las tengais en vuestras manos más de lo que tarda en desaparecer la luz del relámpago.

El calumniador miró en torno suyo, y extrajo de su pecho el sello que le habia dado Tixplan.

—¡Hélo aquí, hélo aquí!—exclamó levantándolo en alto.—Miradlo un instante, señor Cazco, y devolvédmelo, porque quiero partir enseguida. El dia está próximo y dejaremos para otra ocasion el juego.

—¿Y si yo os dijera que debiérais arrepentiros de ello por vuestra energía de hombre honrado?

—Explicaos claramente.

—No haré tal, si no me jurais tener valor para escuchar lo que os diga.

—Lo juro.

—Pues siendo así, sabed que aquel fiel servidor de vuestro hermano, es su matador.

—¡Cielo santo!

—El que le sustituyera en su servicio le dió un veneno lento, preparado por Atitlan, que llegó á causarle la muerte. Este fué el misterioso secreto que reveló el calumniador á la policía en la bodega.

—¡Basta, rayos y truenos!—gritó el cacique desprendiendo de sus ojos lágrimas de ira.—¡Hermano mio! Yo te vengaré; lo juro por el honor de nuestros padres. ¡Salgamos, señor príncipe!

Los ecos múltiples de voces enronquecidas por la indignación, llegaron á oídos de Tixplan.

—Escuchad lo que dicen en la calle,—repuso la sombra del rey.

Uno de los pregoneros repetía:

—Esta es la justicia dictada contra los asesinos y traidores.

—Gracias, cielo santo, gracias,—exclamó elevando sus manos el cacique.

—¡Viva Tixplan! ¡Que salga al balcon!—gritaron desde la calle.

El cacique y la sombra del rey aparecieron ante la multitud, congregada en torno del cadáver de un indio.

Era Atitlan, que habia sido arrebatado de la prision y arrastrado por la plebe.

—¿Quedó la ley sin efecto?—gritó una voz desde la calle.

—¡Habeis hecho bien!—contestó Tixplan:—y si vive aún el asesino, os autorizo para descuartizarle.

Un nuevo vítor percibióse, y el pueblo partió desatentado, llevando al calumniador sujeto al cuello por una larga cuerda.

CAPÍTULO III

El hombre propone y Dios dispone

La necesidad de puntualizar bien los sucesos, nos obliga á pedir al piadoso lector una ojeada retrospectiva:

Su fiel memoria le hará recordar el estado en que se encontraba el territorio goathemalteco á la llegada de los españoles.

El ejercicio de los públicos poderes indígenas fué absorvido por las nuevas leyes.

Todo quedó sometido al patronato indirecto, desenvuelto en el país por los conquistadores.

Alvarado, como experto político, sabia perfectamente los peligros que acarrea en toda ocasion, pretender arrancar de plano las tradicionales costumbres de un pueblo.

Y como el propósito de Cortés y sus amigos no era

otro que el de introducir en aquellas regiones de la Nueva España una civilizacion durable y permanente por sus propios méritos, claro es que para conseguirlo, no habrian de proceder en forma autoritaria, entregándose á todo linaje de desafueros, que no hubiesen producido en último caso sino una terrible efusion de sangre.

Por esto hemos visto que siempre que los españoles acudian á reñir rudísima palea, era despues de repetidas provocaciones, intolerables insultos, y villanas ofensas de los naturales.

Y claro es que, obtenido el triunfo por los castellanos, veíanse éstos en la precision de aplicar á los culpables, castigos de notoria ejemplaridad, para que tales hechos no se repitiesen.

De aquí la muerte dada al rey Sequechul por delito de incendio y traicion manifiesta.

Si don Pedro hubiese obrado generosamente con un sér tan vil, el prestigio de las leyes de la guerra se hubiese menoscabado, y el monarca indígena habria quedado en el derecho de cometer toda suerte de torpezas y tropelías.

La decapitacion de Sequechul representaba la extincion absoluta del poder indígena en el territorio conquistado.

Alvarado, no obstante, como hábil diplomático, supo neutralizar los efectos de una determinacion tan trascendente, reconociendo en el hijo de Sequechul, para en su dia, al legítimo sucesor del trono.

Lo propio hizo con respecto al ex-ministro Ros-

tal, respetando en su investidura la regencia que le habia sido confiada.

Tal era la situacion del país en aquellos primeros dias que siguieron al advenimiento de los españoles, cuando varios inesperados sucesos vinieron á enturbiar el horizonte de ventura abierto para el jefe de las fuerzas de mar y tierra; la llegada á Utatlan de aquella infeliz Elena de la Cerda, la aparicion de su hijo Gustavo; el fin desastroso de la mujer que habia amado don Pedro con locura, la triste muerte de su padre, el agraviado doctor Alonso de Villanueva.

Todas estas contrariedades habian de agriar necesariamente el carácter de don Pedro, ya de suyo inflexible.

Sobre todo, muerta la madre de Gustavo, ¿á quién habia Alvarado de confiar la educacion de este, y los cuidados que requiere un niño, si no fuese á la solicitud y honrado corazon del cacique Tixplan y de su hija Violeta, que aparecieron ante los españoles como su áncora de salvacion en aquel país, para ellos totalmente desconocido?

Y en efecto: Gustavo, que ignoraba por completo la desdichada suerte de su madre, si bien dolióse de su ausencia durante largo tiempo, halló tan buena sustitucion en la familia del cacique, que acostumbrándose á sus gustos, inclinaciones y modo de ser, llegó á juzgarla como cosa propia.

Existia además otra circunstancia que habia de hacer en extremo agradable á Gustavo su permanencia en casa del cacique: Sylvia, la niña que éstos ha-

bian prohijado, contaba próximamente la misma edad que el hijo de don Pedro; hallábase dotada de un carácter bondadoso y dulce, de una educacion por demás selecta; amaba á Tixplan y á su hija como á sus propios padres, y no echando de ménos otra felicidad que la falta de otro niño que compartiese con ella sus infantiles juegos, no hay para qué decir que vino á completarse su ventura con el advenimiento de Gustavo.

El cacique á su vez, desde la muerte de Atitlan, de la desaparicion cobarde y artera del llamado sombra del rey en el campo de batalla, y de la decapitacion de Sequechul, vióse libre de las calumnias contra él lanzadas sobre malversacion del caudal de su pupila, y volvió á ejercer tranquilamente su cargo de tutor, allegando cuantos medios y elementos tuvo disponibles para la más cómoda y grata existencia de la niña.

Sin duda, obedeciendo á solemne juramento prestado, cuidó Tixplan en toda ocasion de no revelar á don Pedro ni á nadie, el verdadero orígen y abolengo de su protegida. Era caballero ante todo, poseia el sagrado de un secreto, y si bien no los tenia para los españoles, obligábanle aquellas cualidades á rendir al honor, el insignificante tributo del silencio.

Por eso, cuando los castellanos hacíanle preguntas relacionadas con este particular, limitábase Tixplan á responderles, diciendo que Sylvia era hija de unos hacendados que habian venido á ménos; que careciendo de familia, habíanle confiado la jóven á su muerte, y que la excasísima fortuna que estos habian podido sustraer á las grandes pérdidas sufridas en sus nego-

cios, la guardaba él para dote de Sylvia, pues no siendo el cacique pobre, podia con sus propios recursos alimentar á la niña, y darle con esplendidez todo lo necesario.

Creyeron don Pedro y su gente á piés juntillas, todo lo que Tixplan les dijera, y nadie volvió á hacer nuevas averiguaciones, respecto del asunto.

El amor de Violeta hácia Valenzuela, puso al cacique en la obligacion de aliarse con los españoles; y hé aquí por qué, existiendo íntima confianza entre el Adelantado y Tixplan, suplicó el primero al segundo, que á fin de consagrar un constante recuerdo á la infeliz hija del doctor Villanueva, le permitiera que todos sus amigos saludasen en lo sucesivo á la niña Sylvia, con el nombre de Elena.

No opuso obstáculos Tixplan á semejante peticion; antes por el contrario, como era su propósito que todos los de su casa se acristianasen en el propio dia en que tuviese lugar el enlace de Violeta con el Ballestero, accedió gustoso á los deseos de don Pedro, y héte aquí, totalmente españolizada desde aquella ocasion á la bella pupila del dignatario.

Ni don Pedro, ni Tixplan, ni los demás miembros de la familia de éste, volvieron á curarse de aquellas cosas que pudieran tener relacion con la niña Elena y con Gustavo.

Juzgaban todos que no podia existir entre ambos un afecto de otra índole, que el producido por su fraternal amistad.

Los dos habian visto correr juntos las dulces horas

y los dorados sueños de la infancia; la atmósfera de absoluta libertad que habian respirado, evitaba en sentir de don Pedro, que los impulsos del corazon de ambos jóvenes llegaran algun dia á manifestarse de otra suerte. Alvarado se equivocaba como fisiólogo; pues si verdad es indiscutible que la privacion causa el apetito, no es ménos cierto que el trato constante, siembra en el alma la simiente envenenada del amor.

Educado el hijo de don Pedro al lado de Elena, llegó á esa edad en que el corazon invoca el legítimo derecho de amar y ser correspondido.

Nadie habia pensado en esto; Gustavo compartía su vida entre el hogar de su padre y la casa de Tixplan; en ambos lugares y en el campo de batalla, era donde únicamente debia buscársele; lo primero pasaba como cosa natural y lógica, lo segundo atraia la atencion de todos, hácia las hazañas del apuesto oficial, en quien veian las gentes un digno heredero de los talentos de su padre.

Esta circunstancia enorgallecia á don Pedro de tal suerte, que hasta llegó á pensar en qué muy bien pudieran efectuarse á su regreso á España dos matrimonios en un solo dia; el suyo con doña Beatriz de la Cueva, primogénita del duque de Alburquerque, y el de su hijo, con una sobrina de esta, bien acaudalada, y muy jóven á la sazon.

Empero ignoraba el jefe de las fuerzas de mar y tierra, que si el hombre propone, es Dios quien dispone, y que á las veces encuéntrase el mortal envuelto en la malla de árduos y complicadísimos negocios,

precisamente cuando podria juzgarse más libre y lejano de ellos.

Hechas las anteriores manifestaciones de necesidad absoluta, si hemos de colocar la atencion del lector en su verdadero punto de partida, sigamos á un hidalgo, que abismado al parecer en profundas abstracciones, paseaba á lo largo de una habitacion ornada en sus paredes de toda suerte de animales disecados, cuajada de libros en lo bajo de sus muros, y ocupada en su centro por larga mesa de pintado pino, sobre la cual extendíase numeroso conjunto de huesos, y un enorme volúmen abierto por su mitad, cuyo texto veíase trazado en gruesas y apergaminadas hojas.

El caballero ocupante de aquella oficina médica no era otro que el doctor Sandoval.

De tiempo en tiempo suspendia sus paseos, para caer sobre un antiguo sillon de vaqueta, apoyar la diestra en su mano, y leer con detencion en el libro.

Luego levantábase súbitamente, y cruzándose de brazos, exclamaba:

—Por los cuernos de Lucifer aseguro que el resultado será fatal como siempre. El frecuente trato mantenido por la esperanza de la consumacion del matrimonio, es en ocasiones de esta índole, motivo de espiritual placer, y por consiguiente, de que la salud permanezca inalterable; ¡mas una pasion contrariada!... Por las calzas de Esculapio, que me temo un resultado funesto.

El hidalgo recapacitó un punto y volvió á decir para su coleto:

—El, vehemente y apasionado; una víctima de la fiebre nerviosa lenta, que en casos tales vá apoderándose poco á poco de la vida del indivíduo, hasta hundirle en el sepulcro. Anémica ella, con predisposicion marcada á la *hemotipsis*, nada; que no hay solucion ventajosa: la muerte, la muerte y la muerte.

—¡Señor, y que haya hombres en el mundo tan rudos de mollera, á quienes no quepan en el cráneo estos razonamientos! ¡Que la ausencia lo curará todo! ¡Valiente Galeno seria el que hiciese tal afirmacion, tratándose de un amor profundo, arraigado, indomable como el mar! Esto podria aplicarse á una simpatía naciente, mas al sentimiento que se desborda, á la tempestad que ruje amenazando asolarlo todo, á la ola encrespada que se yergue sobre la azulada superficie, es imposible, absolutamente imposible, propósito de locos, querer someterlos á la tiranía de una voluntad caprichosa.

Sandoval volvióse hácia la puerta de entrada de su despacho, y exclamó:

—¡Adelantado de Guatemala! Yo te obedeceré, porque es mi obligacion, comunicando á tu hijo tus órdenes; pero sabe que caminas contra la corriente y puedes perecer en la demanda.

No habia concluido Sandoval de articular sus frases, cuando penetró Iñiguez en la estancia y díjole:

—¡Dios os guarde, compañero. Parecióme advertir desde fuera que hablábais sólo, ¿sentís alguna alteracion frenopática?

—No, amigo mio, no; un pequeño acceso nervioso,

producido por el exceso de cavilaciones, ha sido la causa de que un instante conversara en alta voz con mi propia conciencia.

—¿Y qué os dice esa señora?

--Que su excelencia es un hombre de hierro, con quien á las veces toda razon huelga y se deshace todo fundamento dogmático.

—¿Os referís acaso á la pasion de su hijo?

—No he podido convencerle, de que hará muy mal si trata de impedir sus amores con Elena, que expone á ambos á una funesta enfermedad; al suicidio tal vez, y que en mi sentir, lo mejor que podria hacer era casar á los chicos.

—¿Y qué os ha contestado?

—Háse puesto como un energúmeno, diciéndome, que si yo me figuro que el descendiente del capitan general de las fuerzas de mar y tierra, ha nacido para dar su mano á una india sin nombre, ni abolengo; que primero pasaria por lanzarlo de su hogar que consentir estos amores de Gustavo; que él sabe que su hijo es obediente como tal, y lo es mucho más como soldado, y que como entiende que la ausencia es una gran medicina para el amor, me encarga á mí manifieste á su hijo, que prohibe en absoluto esos amores, á cuyo fin no volverá á acercarse á la casa de Tixplan.

—¿Pero vos, doctor, veis como yo en esto un desacierto solemne?

—Extraordinario; doliéndome muy mucho de tomar parte en él, como hombre de ciencia.

—Y por qué recordais tambien, señor Sandoval, que

entre vuestro culto decidido á Minerva, no habeis en alguna ocasion olvidado á Cupido.

—Cierto es, señor Iñiguez, que algun desengaño logró en otros tiempos hacerme víctima de sus iras. Yo amé á una mujer con locura; más en silencio, con esa adoracion mental y callada con que elevamos al cielo nuestros votos. Aún lo recuerdo: su memoria era la única compañera de mi corazon. Al lado de la jóven, sentíame vencido por no sé qué rubor indomable, el cual me impedia hacerla dueña de los secretos de mi alma; lejos del ídolo de mi frente, esperaba todos los dias con ánsia febril, que llegase el momento de visitarla; más como médico ¡vive Dios!

—¿Os enamorásteis de ella, segun varias veces me habeis referido, el primer dia en que os llamaron para prestarle vuestra asistencia?

—Y continué por largo tiempo alentando en mi espíritu menguadas esperanzas, que bien pronto vinieron á desvanecerse.

—¿En razon á qué?

—En razon á que creí yo en un principio, que el pertinaz padecimiento hepático que aquejaba á la jóven, era ocasionado por un ejercicio inmoderado de la facultad discursiva.

—¿Y luego?

—Al cabo de dos ó tres meses, cuando ya la muchacha me miraba como á un hermano, vino á confesar.

—¿Que no podia amaros?

—Que la causa de tal dolencia se originaba de que sus padres se oponian á su casamiento con un hidalgo

pobre, pero honrado, á quien adoraba con toda la fuerza de su corazon.

—¡Voto al bisturí de Vessaglio y cuánto sufriríais, señor Sandoval!

—Lo que no es para dicho, señor Iñiguez. Baste referiros, que me ví precisado á manifestar á la familia de mi enferma, que si queria librarla de la muerte, era indispensable su matrimonio con el caballero.

—¿Y la familia?

—Cedió al fin ante el peso de mis indicaciones y aquí teneis al pobre apasionado de Galeno, convertido en verdugo de sí propio, porque para mayor tortura, empeñóse ella en que fuera yo el padrino de su boda.

—¿Mas vos no accederíais á esto?

—Sin oponer un ápice, acepté el honroso encargo que se me confiaba; asistí á la ceremonia nupcial; vi luego partir á los novios, y para terminar os diré que al siguiente dia, caí en el lecho invadido por una fiebre nerviosa, que me tuvo entre la vida y la muerte más de un mes.

—Sois un héroe, señor doctor, sois un héroe.

—Mi idiosincrasia flemática en extremo, mi pasion indomable por el estudio, fueron elementos valiosos para que mi alma se libertase de los estragos de un amor profundo y contrariado. Sané al fin, y os aseguro, señor Iñiguez, que con el trato frecuente de los buenos autores llegué á convenir en que la pasion por la ciencia, es la que causa ménos disgustos.

—Pero tambien en ocasiones, señor Sandoval, es motivo cuando se exagera, de grandísimos males.

—No conozco ninguno, á fé mia.

—Pues yo sí, y os describiria un caso típico de locura científica, si no temiera molestaros.

—En modo alguno: son las dos de la tarde y hasta las cinco en que debo visitar á don Gustavo, nada tengo que hacer.

—Qué me place; entonces procuraré demostraros que todas las pasiones, ya se desenvuelvan en la esfera anímica, ya en lo puramente orgánico, son de resultado fatal, cuando carecen de un freno que las contenga.

—Hablad, pues, señor Iñiguez.

—Oid, señor Sandoval, la siguiente historia.

El ilustre sabio comenzó su narracion como en el siguiente capítulo se expresa.

CAPITULO IV

—

A las puertas de ultratumba.

—Andrea Volpini, era un distinguido doctor napolitano.

Sus estudios y experiencias sobre las afecciones pulmonares, habíanle conquistado en su patria grandiosa reputacion.

Su palabra brillaba en el seno de todas las corporaciones científicas como oráculo de fé, encargado de trasmitir la luz y la verdad por doquiera.

Contaba el hidalgo con el unánime aprecio y respetuosa adhesion de sus compatriotas; todos saludábanle á su paso con veneracion; nadie acertaba á herir en el sagrado de su crédito, hasta que el diablo de la envidia, pretendiendo ahogar los populares afectos, lanzó sobre el doctor una acusacion formidable.

Un infame y menguado compañero suyo, le delató

por haber hecho experiencias anatómicas sobre el cadáver de un tifoideo.

Como sabeis que tanto en España, cual en Italia, existe una disposicion emanada de la santa Iglesia, prohibiendo destrozar los cuerpos muertos de los hombres por reputarse sagrados, el napolitano tribunal condenó á Volpini á un mes de prision, que éste sufrió resignado, acompañándole durante su encierro los cuidados y caricias de su bella hija Marianella.

Trascurrido el período de la condena, el doctor italiano fué puesto en libertad; más como era hombre de templado corazon y con quien no se jugaba fácilmente, lo primero que hizo fué preparar todo lo necesario para salir de la ciudad con la mayor rapidez, y lo segundo, buscar á su acusador, con objeto de imponerle una leccion severísima.

Y realizó sus propósitos cumplidamente.

Cierta noche volvia el envidioso á su casa.

Volpini acertó á salirle al encuentro en el final de una calle oscura.

—Ya me pertenezco,—exclamó,—ya puedo probaros como lo hacen los caballeros, que sois, Baldasarre, un villano.

Resultado de estas palabras fué que ambos doctores cruzaran sus aceros; el delator perdió la vida á consecuencia de certera estocada.

Comprendereis fácilmente, señor Sandoval, que despues de este suceso, Volpini no podia continuar en Nápoles.

Las leyes del país castigaban severamente el duelo,

y aparte de esta consideracion, el hecho consumado por el padre de Marianella, representaba un acto de venganza contra la decision de los tribunales.

Atendiendo á este motivo poderoso, en la misma noche en que caia atravesado el corazon el envidioso Baldasarre, salieron cautelosamente para España el afamado doctor y su hija.

Llegado que hubieron á nuestro país, estableciéronse en un pintoresco pueblecillo de la frontera pirenaica á donde acudian diariamente multitud de enfermos, buscando en las excelencias del clima, el restablecimiento de su quebrantada salud.

No tardó mucho el meritísimo doctor italiano en conseguir en España, fama igual, ó mayor si se quiere, que la lograda en su país.

De todas partes venian infinitos pacientes, desahuciados la mayoría por sus médicos.

Volpini con su excelente ojo clínico, hacia su diagnóstico; pronosticaba el resultado de la enfermedad; y desesperanzado en ocasiones, ponia en juego todos los resortes de su sabiduría, hasta el punto de realizar curaciones que se tenian por imposibles.

Entre las personas que frecuentaban la casa del doctor, habia un jóven de porte airoso, de continente distinguido, de cuna ilustre y de capital no escaso.

Llamábase don Fernando de Saavedra, y doliase de un pertinaz catarro al pulmon, que le acosaba con terribles accesos de tos, terminados los cuales, quedaba el hidalgo tan asendereado y maltrecho, que á las veces juzgábanle difunto.

Condolido Volpini del padecimiento del jóven, cuyo remedio conceptuaba del todo imposible, y atraido asimismo por su cortesanía y afabilidad, profesóle bien pronto paternal afecto.

Invitábale á menudo á su mesa, procuraba distraerlo, refiriéndole sus aventuras del período estudiantil, salia con él á emprender largos paseos, y dábase finalmente traza tal para mostrarse al jóven como su protector que, participando Mariancila de estos sentimientos, llegó á amar á don Fernando con toda la energía moral que prestan los diez y siete abriles.

Hizo Volpini en el comienzo de estas relaciones lo que se llama la *vista gorda;* mas como Saavedra se tuviese por caballero, quiso normalizar su situacion con respecto de aquella familia, y expuso al efecto al doctor los honrados propósitos que acerca de su hija abrigaba.

Andrea Volpini oyó con la sonrisa en los labios á Saavedra.

Manifestóse gustoso de dar en su dia la mano de su hija al jóven; pero ante todo hízole saber que lo inmediato, lo conveniente, lo urgentísimo, era aplicar un lenitivo á su enfermedad y procurar á toda costa su restablecimiento.

Desgraciadamente Saavedra empeoraba de tiempo en tiempo.

Los cuidados é inteligente celo del doctor resultaban completamente inútiles, raro era el dia en que el hidalgo no se viese en la precision de permanecer en el lecho; y cuando lo abandonaba, era para encaminar-

se penosamente á la casa de Volpini, apoyado en los hombros de dos escuderos.

Marianella sufria horriblemente al pensar que iba á perder para siempre al hombre á quien tanto amaba; Volpini procuraba disipar sus dudas diciendo á la jóven que se tranquilizase, y que él le respondia de la existencia de don Fernando.

Pero el doctor engañaba á su hija.

Un hombre de sus vastos conocimientos, sabia perfectamente que la lesion ocasionada en el aparato respiratorio de su enfermo, era absolutamente incurable.

Sin embargo, tal confianza abrigaba Volpini en su experiencia y estudios acerca de la materia, que cual mendigo hambriento que despues de largos ayunos busca en los arrojadizos restos la anhelada moneda con que poder satisfacer su apetito, así el doctor medio enloquecido, con el cerebro agitado por la meditacion, y la vista anublada por el estudio, ojeaba con avidez durante las noches sus viejos volúmenes, para ver si ellos suplian á la deficiencia de sus recursos terapéuticos.

Todo fué inútil, Volpini midió en su extension la gravedad del caso, comprendió que el fin de don Fernando estaba próximo y queriendo ahorrar á su hija el tremendo dolor qne habia de causar en su alma sensible presenciar la muerte de su adorado, aprovechando un período de fugaz alivio para Saavedra, dispuso que este saliera en direccion de Suiza, donde permaneceria cuatro meses, hallando de seguro allí, segun manifestaba, rápida y total curacion.

Saavedra con gran sentimiento suyo, pues que iba á separarse de Marianella, accedió á las indicaciones de Volpini, no sin jurar á la jóven que volveria á buscarla, que seria su esposo, y que les esperaba un porvenir colmado de dichas y de ventura.

Cada vez que el doctor oia estas frases, procuraba esconder en una falsa sonrisa la expresion elocuente de dolor intenso.

Ilusiones, esperanzas, castillos en el aire, sueños de color de rosa, propósitos de trasformar el mundo en beneficio de una dulce existencia personalísima, hé aquí los caractéres psicológicos de ese terrible padecimiento, tan traidor á mi entender, señor Sandoval, que cuando nos presenta la vida bordada de todos sus atractivos, es cuando está minándola con el fuego de una fiebre lenta y agónica.

La hora de la triste partida de Saavedra sonó por fin.

Era una hermosa tarde de Mayo.

Volpini y Marianella, hallábanse sentados uno enfrente de otro.

El primero apoyaba la noble frente sobre la palma de la diestra mano, y sostenia en la izquierda un grueso libro que leia con avidez.

La segunda ocupábase en hacer un bordado primoroso.

Profundo silencio reinaba en la estancia, cuando vino á interrumpirle el ruido causado por un coche, que caminando apresuradamente, detúvose á la puerta de la casa.

—¡Cómo!—exclamó el doctor abandonando el códice y poniéndose en pié.—¿Habrá sido capaz de venir en persona á despedirse de nosotros?

Y ya iban á salir padre é hija á la escalera, cuando el hidalgo enfermo, conducido en una silla por dos de sus servidores, apareció en la puerta de la habitacion.

—¡Fernando mio!—exclamó Mariaella corriendo hacia él.

—¡Querido Saavedra!—repuso el doctor yendo á abrazar á su cliente.

—Gracias, amados de mi corazon, gracias,—contestó don Fernando con apagada voz, estrechando las manos de sus amigos.

—Ya veis,—añadió,—como me encuentro muy mejorado; vengo á despedirme de vosotros personalmente, la ausencia ha de ser corta: cuatro meses no más; despues... siempre, siempre á vuestro lado. ¿Verdad que te acordarás de mí, Mariaella mia? ¿Verdad que no me olvidareis, doctor?

—¡Oh! Nunca, nunca,—exclamaron Volpini y su hija, con voz entrecortada por el sufrimiento.

—Pues siendo así, yo me voy tranquilo; no tengo á nadie en el mundo más que á vosotros, por eso reclamo vuestro afecto. Volveré, así; sano alegre, sin amargura; á querer con toda mi alma á mi Mariaella y á mi buen padre. La hora de la partida ha sonado, la separacion es precisa. ¿Veis? Ya hablo con menos dificultad; ya respiro con más amplitud; mi corazon se ensancha y late más tranquilo. Venid, acer-

caos, quiero daros mi abrazo último á las puertas de ultratumba, para repetíroslo despues en la plenitud de la vida.

Volpini y Marianella, acercáronse poco á poco á don Fernando.

Este rodeó sus cuellos con sus trémulos brazos, y al propio tiempo que una tos seca y convulsiva se escapaba de su pecho, exclamó derramando abundantes lágrimas:

—No bajeis, os lo prohibo, Dios premie con dadivosa mano, la caridad que habeis tenido conmigo; yo se lo pediré en mis oraciones, yo pondré de intercesora á mi amada madre que está en el cielo. ¡Adios, queridos mios, adios!

—¡Fernando! ¡Fernando!—gritó con voz desgarradora Marianella, viendo desaparecer al ídolo de su corazon.

—¡Hija, hija mia, á mis brazos!—exclamó el doctor, recibiendo en ellos á su hija.

—¡Cómo, padre mio, ese llanto! Vos que no le derramais, sino ante la realidad de la muerte.

—Yo, hija mia...

—¡Oh! Sí; no me lo oculteis, Fernando está muy malo, morirá pronto, no volveré á verle más: hablad por el cielo, padre de mi corazon.

—Pues bien, hija de mi alma. Fernando, es cierto, está muy grave, mas no hay que desesperanzar; los aires de Suiza, sus alimentos nutritivos, el plan que yo le he impuesto; en fin, creo que podremos salvarle.

—¡Oh! Gracias, gracias, padre amado. Vuestras

palabras son una corriente de dulcísimo consuelo que Dios me envia. Si Fernando muriera, yo no podria sobrevivirle.

El chasquido de un látigo al herir el viento, y el ruido de un coche que partia, sonaron seguidamente en el oido de los dos italianos.

—¡Salvadle, salvadle, Madre mia?—exclamó Marianella, postrándose de hinojos ante una imágen.

Volpini, mudo como la estátua del silencio, introdujo la diestra en su coleto y quedóse en actitud reflexiva.

Al cabo de un instante levantó la cabeza al cielo, y lanzando un ahogado suspiro, exclamó:

—No le volveré á ver. Le he despedido al borde mismo de la tumba.

CAPÍTULO V

El sueño del imposible convertido en realidad.

Pocos dias despues de la partida de don Fernando, la casa del doctor Andrea Volpini, semejaba á un cementerio, por lo silenciosa y triste.

Marianella hallábase dominada por profunda melancolía. El doctor habíase convertido en verdadero misántropo. La separacion de Saavedra era la causa que arrebatara el único placer en aquella mansion, templo de la virtud y la sabiduría.

Durante las noches, el doctor sustraíase á toda relacion de amistad para consagrarse á las investigaciones de la ciencia en la soledad de su gabinete.

La hija de Volpini, pasaba el tiempo entregada á su labor, lanzando anhelosos suspiros, y departiendo con una su vetusta dueña, llamada Margarita.

Quiso el cielo que al cabo de quince dias trascur-

ridos desde la marcha del hidalgo, recibiese Mariane-lla la primera carta de éste.

No era autógrafo el documento; mas como iba sig nado con la firma entera del enamorado jóven, causó esta circunstancia, incomparable satisfaccion en el al-ma atribulada de Marianella.

—¿Veis?—decia la niña á su padre, mostrándole la carta.—Vive aún: la Vírgen me ha oido. Es la cariñosa madre de los que lloran.

El doctor limitábase á contestar rugando el ceño, y desprendiendo de su labio una siniestra sonrisa.

Empero pasó un mes, y otro, y otro, y don Fernando no volvió á escribir.

Marianella vertia amarguísimo llanto; su dueña Margarita procuraba consolarla con cristianas reflexiones; Volpini exclamaba con acento triste:

—¡Cómo ha de ser, hija mia! Dios lo ha querido así.

Y cual si la muerte de Saavedra fuese un hecho, enlutáronse Volpini y Margarita, encubriendo Marianella su hermosura bajo las tocas de la viudez.

Si á través de los negros velos en que se sepultaba el dolor de la jóven, se hubiese tratado de examinar su rostro, nadie habria acertado á conocerla.

Surcos y huellas tan marcados habia dejado en su tersura la afliccion.

Volpini, al advertir el estado de su hija, sufria tanto, que sus espaldas encorváronse extraordinariate, tornándose sus cabellos como la nieve blancos.

Don Fernando de Saavedra, habia encendido en el

corazon de Marianella la llama del amor primero, y el destino cruel permitia que la apagase la mano desarmada de la muerte.

¡Cuántas veces el desdichado doctor, encerrado en su cuarto, abandonaba el estudio para entregarse de lleno á la desesperacion!

Recordando la envidia de Baldasarre, maldecia la hora en que por darle muerte en buena lid, vióse obligado á abandonar su patria.

—¡Oh!—decia para sí.—Tal vez si mi hija hubiese permanecido en Nápoles, su suerte no habria sido tan funesta.

Aquel uno de mis más amados discípulos, el insigne Cinechino, que desde niño quiso á Marianella entrañablemente, daríale hoy con su mano la fama de esposa de uno de los primeros cirujanos europeos.

¿Mas por qué he de culpar á Baldasarre de mi desgracia, si la responsabilidad corresponde en absoluto á mi mala estrella?

—¡Oh!—añadia el doctor para sí.—Soy demasiado cruel al no respetar la memoria de Saavedra, que tanto me amaba. ¡Desdichado jóven, ya gozará del sueño eterno! Su cuerpo habrá vuelto al seno de su madre la tierra. No podia vivir, estaba en el último período de la tisis; era la máquina, cuyos elementos componentes gastados por el trabajo y la lucha, hacian imposible la reparacion. Yo he hecho cuanto ha estado en mis facultades por salvarle; pero la ciencia es ineficaz en casos como este. Tengo tal confianza en ella, que hasta milagrosa la creo; sin embargo, tan convencido es-

toy de que don Fernando ha sucumbido, qué aun viéndole comparecer en mi presencia, juzgaríale fantástica evocacion, ó ánima en pena que viene al mundo para demandar nuestras oraciones.

En estos y otros análogos argumentos y conjeturas, deshacíase la mente de Volpini durante las horas de su aislamiento.

Y ya iban trascurridos seis meses desde la salida del hidalgo enfermo, cuando un acontecimiento inesperado, vino á sacar á Volpini y á su hija del engaño en que estaban.

Cierta noche del mes de diciembre, cuando las altas cumbre del Pirineo aparecen cubiertas de nieve, Marianella rezaba postrada de hinojos ante la imágen de Nuestra Señora de la Soledad.

Margarita, la dueña, hilaba á su lado; y de tiempo en tiempo elevaba á la altura sus ojos tristes y de lánguida expresion.

El doctor, como de costumbre, dábase al estudio en la habitacion contigua.

Cuando la calma era mayor, y más profundo el silencio, penetró un criado en la estancia.

—¿Qué traes, Cosme?—preguntóle con interés Margarita.

—Señora,—respondióle este,—un hidalgo, seguido de cuatro pajes, acaba de apearse de su caballo en el zaguan, y dice que quiere ver al señor doctor.

—¡Cosa más extraña á estas horas!—exclamó Marianella abandonando su rezo.—¿Te has fijado,—preguntó al sirviente,—si por las trazas de ese hombre,

puede colegirse que bajo la vestidura de caballero se oculta un ladron?

—Señora, entiendo que el desconocido debe ser un noble de elevadísima alcurnia; sus modales, la expresion de su fisonomía, y la riqueza de su traje lo indican así.

—Quién sabe si deseará hacer alguna consulta á vuestro señor padre,—repuso con seriedad Margarita.

—Pues pronto saldremos de dudas,—contestó Marianella.—Cosme,—añadió,—decid á ese caballero que tendremos alto honor en recibirle.

El criado abandonó apresuradamente la estancia, y á poco presentóse en la puerta de ella el desconocido.

Con gran ceremonia saludó á las damas, mas no pudiendo contener los impulsos de su corazon, abrió los brazos y dirigiéndose á la jóven, repuso:

—Marianella, Marianella, ¿no me conoces?

—¡Vírgen santa! ¡Fernando! Sí; no cabe duda. Es él, es él; salid, salid á verle, padre mio.

La jóven cayó en los brazos de su amante, á la sazon que Volpini aparecia ante ambos.

—¿Qué es esto?—exclamó con gran seriedad.

—Acercaos, padre mio, y vereis á un resucitado.

—¡Jesucristo!—gritó el doctor llevándose las manos á la cabeza al reconocer al jóven.

—Sí, soy yo,—exclamó éste abrazando á Volpini.—El cielo me ha devuelto la salud para vivir siempre al lado de mi Marianella y de mi cariñoso amigo. Apretad, apretad, señor Volpini. ¡Cómo! Temblais como

un azogado, vuestros dedos se crispan. Vuestros ojos me miran con espanto singular.

—La emoción, la sorpresa, el sueño del imposible convertido en realidad,—exclamó el doctor, haciendo visible en su rostro la expresión de la locura.

Y luego, examinando cuidadosamente á Saavedra, repuso:

—¡Sí! no cabe duda, es él; pero no su cuerpo; este yace en la tumba. Su ánima, tal vez se nos aparece para pedirnos una plegaria. Para decirnos que no le lloremos más, porque está en la gloria y ofendemos á Dios deplorando el que nos lo haya arrebatado de la tierra.

—¿Qué es lo que hablais, señor Volpini?

—La verdad, la verdad,—contestó el doctor retrocediendo espantado.

—No os comprendo.

—Quien quiera que te envíe,—contestó el médico presa de terror inusitado,—sabe, ¡oh! tú, espíritu inmortal de don Fernando de Saavedra, que ya no elevaremos por tí nuestras oraciones al Señor. Eres dichoso á su lado; la eternidad es tu imperio; huye y apiádate de los que quedamos aquí para gustar el dolor como único alimento de nuestra deleznable existencia.

El hidalgo juzgó que Volpini debia indudablemente haber perdido la razon.

—¿Habeis enloquecido al mostraros así?—preguntóle.

—No, no; estoy en mi sano juicio, todos lo saben. Nada altera la regularidad de mis intelectuales funciones.

—Pues siendo así, señor doctor, acercaos á mí nuevamente y os convencereis de que lejos de hablar con un espíritu, lo haceis con un hombre que os ha curado por completo.

Vacilando Volpini y mirando vagamente en torno suyo, llegó hasta don Fernando.

—Auscultad mi corazon si os parece,—díjole éste.

El doctor pulsó á Saavedra, abrió extremadamente los ojos y comenzó á temblar de nuevo.

El rostro del sabio tiñóse con el carmin de la alegría.

Luego puso su oido sobre la region torácica del caballero; despues sobre el corazon y, percutiendo finalmente su espalda, gritó con voz de inmenso júbilo:

—¡Victoria! ¡victoria! Existe; no es un sueño; la ciencia ha triunfado tomándome por ministro suyo.

—¿Veis cómo mi aparicion pertenece á la realidad mundana?

—Sí, es evidente,—contestó Volpini ébrio de goze.

—Fernando,—añadió,—tu me otorgas en una hora lo que no me han concedido treinta años de estudio. Tú has sanado, acabo de verlo; no es una ilusion, tú has descubierto inconscientemente el medicamento que cura la tisis, porque el clima sólo, el aire sólo de las montañas de Suiza, no te ha aliviado. ¿Verdad que no te ha aliviado?

—Vos lo habeis dicho, señor Volpini.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, Dios mio!—exclamó el doctor cruzando sus manos y cayendo de rodillas.—¡La humanidad salvada en su mayoría y yo llevando el bienestar á todas partes!

—Estoy, estoy suficientemente recompensado.

—¡Pronto, Marianela, Margarita, salid de aquí, abandonadnos! Necesito estar solo con mi amigo. Tenemos que hablar mucho y largo sobre cuestiones de ciencia. Presto, presto, dejadnos.

La jóven salió de la estancia, no sin dirigir á su padre una mirada de profunda sorpresa.

Margarita verificó lo propio, y como Volpini hiciérale un signo para que apresurara el paso, repuso sañudamente:

—Ya voy, señor, ya voy. Estos galenos son más terribles que una mala nube.

Cuando el doctor vió desaparecer á Margarita y á su hija, cerró, poseido de agitacion febril, las puertas todas de la sala.

Sentóse al lado de don Fernando, golpeó cariñosamente su hombro, y con palabra nerviosa y precipitada, repuso:

—No extrañes, hijo mío, y perdona si te hablo ya con toda confianza, que antes de regocijarme con tu advenimiento, rinda culto al sacerdocio de mi profesion. Los hombres entregados á la investigacion y al análisis de los árdues problemas que la naturaleza entraña, abandonamos los sucesos más importantes de la vida, para perseguir una planta, un insecto ó un mineral.

Treinta años llevo de no interrumpida consagracion al tratamiento de las enfermedades que afectan al aparato respiratorio, y abrigo la completa seguridad de que la dolencia que tú experimentabas cuando saliste para Suiza, es de las reputadas incurables. Yo, á

la verdad, he llorado en union de mi hija tu muerte. Aunque Hipócrates en persona hubiese tornado al mundo para decirme que tu sincacion era un hecho, le habria yo acusado de falsario. En tal situacion te vi partir, que abrigué la conviccion firmísima de no volver á verte. Vuelves ahora y me espanta tu reaparicion; examino las funciones del órgano lesionado, y me encuentro, con indecible asombro, que estas se desenvuelven con toda regularidad. Atribuyo tu regeneracion á nigrománticas maquinaciones, y me contestas que no hay nada de esto. Cierta medicina desconocida para los doctores, es la que por disposicion del cielo ha conseguido salvarte.

—Esa es la verdad, señor Volpini.

—Bien, Fernando mio, bien. Tu declaracion es el mayor obsequio que pudieras hacerme en el mundo. No te extrañe, pues, que yo formule un interrogatorio prolijo.

—Hablad cuanto os plazca, señor Andrea.

—¿Dime: el medicamento te seria propinado por la gente campesina?

—No, señor.

—¿Entonces algun naturalista intervino en el asunto?

—Tampoco.

—Pues no doy en quién fuese el afortunado ingénio que lograra conquista tan difícil.

—El que todo lo puede,—contestó don Fernando;—el que con un *sea* de su acento inmortal envia el rayo á la tierra y mantiene los astros en el espacio; el que agita los mares y calma sus iras; Dios, en una pala-

[illegible]
[illegible] Aunque Hipócrates en personas [illegible]
[illegible]
[illegible] que alrigue la convicción firmísima de [illegible]
[illegible] Vuelve ahora y me espanta [illegible]
[illegible] examino las funciones del órgano lesionado, y [illegible]
[illegible] con un horrible asombro, que ella [illegible]
[illegible] con toda regularidad. Atribuyo la [illegible]
[illegible] y me contesta que [illegible]
[illegible] y rabia de esto. Otra medicina [illegible]
[illegible] es la que por disposición del [illegible]
[illegible] salvarte.

—Es la verdad, señor Vel[illegible]

—[illegible], Fernando mío, bien. Ta[illegible]
[illegible] mayor obsequio que pudiera hacer[illegible]
[illegible] entrañe, pues, que yo [illegible]
[illegible]

—Hablad como os plazca, señor [illegible]

—¿Por el mal lugareño [illegible]
[illegible] compasiva?

—No, señor.

—¿Encuentra alguna [illegible]

—Tampoco.

—Pues no soy en quien [illegible]
[illegible] tan difícil.

—Lo que [illegible] puede,—contestó [illegible]
[illegible] de su acento [illegible]
[illegible] tierra y [illegible]
[illegible] y calma sus [illegible]

CAPITULO VI

—Mi viaje, —exclamó don Fernando,—fué en extremo penoso, no por las dificultades materiales que el trayecto pudiera ofrecer, sino en razon á la gravedad en que yo me encontraba.

En tal situacion, dominado de singular angustia unas veces, abrasado por la fiebre las más; logré dar con mi ascendereado cuerpo en las encantadoras regiones de la Helvecia.

Por prescripcion facultativa llevároнme mis escuderos á una preciosa casa de campo, cuya dueña sexagenaria ya, no tuvo inconveniente en recibirme ni en procurarme sus cuidados.

La pobre anciana era un verdadero ángel de caridad.

Confieso que durante cuatro meses, no acerté á

darme cuenta de que existia. Sumido en el lecho, pasaba los dias y las horas entregado á cruel delirio.

Los médicos venian á verme de tarde en tarde. Habíanme desahuciado todos, y cada vez que abandonaban mi habitacion, repetian á la cariñosa vieja:

—Cuando volvamos, su cuerpo descansará para siempre en la tumba.

Este fatídico anuncio arrancaba abundosas lágrimas á mi hospitalaria amiga.

La ternura de su corazon no le permitia advertir, sin conmoverse, las desgracias del prójimo.

Un dia, fuese porque la fiebre llevara cierto ficticio vigor á los músculos de mi cuerpo, ó ignoro por qué otra circunstancia, sentíme con tan buenos alientos, que apenas amaneció díjele á mi noble enfermera:

—Señora Marta, he pensado en salir muy á dar un paseo. El tiempo convida, y no quiero pudrirme en casa.

—No hareis tal mientras no os lo ordene el doctor,—repuso severamente la dueña.

—Siento mucho no poder complaceros,—respondíle muy enojado.—He formado decidida intencion de salir, y lo haré pese á quien pese.

La pobre mujer no tuvo valor para contrariarme.

—Haced lo que os plazca, don Fernando,—exclamó con tono humilde.

Y en efecto, á eso de las nueve de la mañana, abandonaba yo mi triste mansion, saliendo apoyado en los brazos de mis servidores á respirar el aire libre.

La contemplacion de un panorama espléndido,

cuajado de montañas y de verdura, llevó tal expansion á mi espíritu, que bendije cien veces la hora en que os ocurriera, señor Volpini, enviarme á tan delicioso país.

Detúvome en la cumbre de un montecillo, desde la cual partian, como serpenteando, estrechas veredas, á cuyos lados crecian en exuberante vejetacion, plantas y flores de delicioso aroma.

Como desde el límite de una de aquellas se divisase un valle sonriente matizado de blancas casitas, cortado á trechos por pequeños molinos, sentíme herido por la necesidad de descender á él, y ordené á mis servidores que me condujesen á aquel lugar.

Lenta y fatigosamente emprendimos el paso, y seis ó siete varas de andadura habríamos dejado atrás, cuando al volver un pequeño recodo, sentíme irresistiblemente atraido por los rarísimos caractéres de una planta, entre cuyo negruzco follaje descollaba el fruto, representado por pequeños granos de igual forma que la de los frijoles y de roja y encendida color.

Ver aquello y detenerme súbitamente, fué obra de un momento. Sin saber por qué, clavóse mi mirada ante el misterioso vejetal, y á medida que más lo observaba, más punzante se despertaba en mí el deseo de gustarlo.

Con gran trabajo, desprendiéndome del apoyo de mis escuderos, pude acercarme al aislado arbusto.

Sentéme en tierra, llevé mi diestra al fruto, arranqué varios granos y comí dos ó tres de ellos.

—¡Santo Cristo de la Agonía! ¿Qué estais haciendo, señor?—preguntóme uno de los fámulos.

—¡Pues no lo ves, imbécil! —respondíle.

—¿Y si fuera una planta venenosa la que gustais? —añadió.

—Entonces ganaria mucho abreviando mi viaje á la eternidad. ¡No he de morir mañana? ¡Pues, si lo hago hoy, qué pierdo con esto?

Ninguno de mis sirvientes atrevióse á impedir que yo llenara mi apetito; satisfecho el cual, dispuse que uno de ellos recogiese el fruto que quedaba en el arbusto, guardándolo en una pequeña cesta.

Volvimos á mi casa, y no os riais, señor doctor, si os digo, que el resto de aquel dia lo pasé mucho más contento. La fiebre no me molestó ni un instante, el alimento que me daban lo tomé con más gusto; disminuyó la tos y pasé la noche gozando de un sueño tranquilo y apacible.

Volpini, con voz entrecortada por la emocion, repuso:

—¡Y despues?

—Despues, —siguió diciendo don Fernando, —pasaron los dias, y yo con más alientos cada vez.

Mi médico estaba todo confuso, sin saber á qué atribuir mi mejoramiento. Yo seguia tomando mis granos, y no quise revelar mi hallazgo al doctor, con el propósito de haceros dueño de la conquista terapéutica y que vos pudiérais publicarla.

—¡Oh! Gracias, gracias, Fernando de mi corazon, —exclamó Volpini estrechando entre las suyas la mano de su amigo.

Saavedra continuó de esta suerte:

—Al cabo de un mes hallábame yo completamente restablecido, y aunque me quedaban algunos glóbulos de la sustancia salutífera, quise volver á recolectar más cantidad de ellos.

Mas bien pronto experimenté tristísima decepcion.

En una hermosa mañana, apenas nacido el sol, emprendí, sin acompañamiento alguno, la marcha en direccion del poético valle.

Llegué allí y penetré en la espesura, buscando el lugar del benéfico arbusto.

Mi corazon sintióse ahogado de pena al contemplarlo. Estaba tendido en tierra, herido su tronco, pálidas y marchitas sus hojas.

Confiésoos, señor Volpini, que ante el cuadro aquel acudió á mis ojos amargo llanto; postréme en tierra y despues de besar varias veces aquellos mudos restos, exclamé:

—¡Pobre amigo mio! Tu abnegacion no tiene límites; los hombres debieran imitarte; has recibido quizás con gusto la muerte por devolver á un desdichado la vida. Accion suprema y noble que no olvidaré jamás. ¡Dios mio, bien haya tu mano misericordiosa que hasta en el seno de la naturaleza hace brillar la virtud!

Volpini que ya se impacientaba, deseoso de conocer el milagroso vejetal que salvara á don Fernando, repuso:

—¿Has terminado, verdad, hijo mio?

—Sí, señor.

—¿De suerte que podremos analizar esa sustancia?

—En este momento: aunque muy poca, alguna traigo conmigo.

—Veámosla, Fernando, veámosla.

Saavedra introdujo la mano en su escarcela y no halló nada.

Volpini comenzó á temblar como un epiléptico.

Registró despues su coleto, y el resultado fué tambien ineficaz.

—¡Santo Dios!—exclamó llevándose las manos á la cabeza.—¡La he perdido, señor doctor, la he perdido!

—¡Mientes, miserable!—gritó Volpini, amenazando con los puños á su interlocutor, en tanto que su cabello se erizaba, y sus ojos parecian querer escaparse de sus órbitas.

—Perdon, señor Andrea, no creí que me ocurriera semejante contratiempo. Felizmente estoy bueno ya y no habré menester de más drogas.

Volpini dejándose llevar por su exaltacion, oprimió fuertemente el brazo de don Fernando y le dijo:

—¿Y qué me importa á mí que tu hayas podido salvarte, si aún quedan muchos, muchos, cuya vida depende de mí?

—¡Señor doctor!

—Lo dicho: tú eres un falsario, un enemigo de la humanidad, un cobarde.

—¡Menguado!—gritó presa de indomable cólera Saavedra, intentando descargar un golpe sobre Volpini, más conteniéndose de súbito:

—¡Oh qué idea!—repuso para sí el doctor tornándose tranquilo,—Fernando amigo,—añadió,—excusa mis

genialidades; soy merecedor de un castigo, te he agraviado; pero tú que poseés un talento clarísimo, comprenderás que no fué esa mi intencion! El amor á la ciencia hízome delirar al advertir la pérdida de una de sus conquistas. Dime, Fernando: ¿hace mucho tiempo que has tomado el medicamento?

—Una hora próximamente.

—¡He vencido, cielo Santo, he vencido!—dijo para sí el doctor presa de su locura.—Mira, hijo mio,—exclamó,—entiendo que no lo hemos perdido todo. ¿Tú recuerdas los caracteres de la planta que te devolvió la existencia?

—Ya lo creo.

—Muy bien. ¿De modo que si yo te enseño varias láminas representando ejemplares del reino vejetal, no encontrarás dificultades para señalar el que nos ocupa?

—Seguramente lo distinguiria, aunque fuese inmenso el número de los que me mostráseis.

—Pues siendo así pasemos á mi gabinete, y el cielo querrá que nuestras investigaciones no sean inútiles.

—Estoy completamente á vuestras órdenes,—contestó don Fernando, abriendo una puerta situada á la derecha, la cual pertenecia al cuarto de estudio y gabinete anatómico del doctor.

Este siguió en pos de él, enderezando su paso tan inciertamente, y mirando de tan siniestra manera, que causaba pavura el verlo.

La sala en que tuvo lugar la escena precitada, que-

do completamente sola hasta que volvieron á ella Marianella y Margarita.

Ambas penetraron en la habitación cautelosamente, y marchando de puntillas para no producir el menor ruido:

—No están,—exclamó sonriendo y en voz baja Marianella.—Sin duda,—añadió,—se han retirado al despacho de mi padre, para concertar el día de mi boda. Veamos.

Y esto diciendo avanzó la jóven hasta la puerta de la cámara del doctor, aplicando el oido á la cerradura.

—Nada se oye,—repuso;—nada puedo ver, porque la llave está colocada por dentro. ¿Qué os parece, señora Margarita?

—Entiendo que hablarán de vos; pronto lo sabremos.

—¡Qué feliz voy á ser, amiga mia!—exclamó la jóven corriendo al lado de la dueña y tomando entre las suyas su mano.

—Ya lo creo. Os dan en matrimonio hombre jóven, apuesto, valiente y rico: ¿qué más debeis desear? ¡Ah, señora Marianella! Bien podeis agradecerme lo que hago por vos. Cuatro dias llevo desojándome por bordar vuestras galas, y aún queda mucho que trabajar.

—Yo os demostraré pronto, mi querida Margarita, que no soy ingrata.

En esto, oyóse ruido de gentes que ganban la escalera.

—¿Quién será?—exclamaron á una las dos amigas saliéndoles al encuentro.

Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid

¡Fernando, Fernando mio! ¡muerto á sus manos! ¡maldicion!

—¡La justicia!—dijeron ambos viendo aparecer un familiar en la puerta, seguido de varios alguaciles.

Volpini en tanto salió descompuesto y lívido de la habitacion, no sin echar la llave por fuera.

Al ver á la justicia quedóse como petrificado.

—Acercaos,—repuso con tono severo el familiar.

El doctor haciendo visible en su rostro la estupidez, llegó temblando hasta su interlocutor.

—¿Conoceis este cuchillo ensangrentado?—preguntóle.

—¡Yo!—contestó balbuceando Volpini.

—¿Qué es esto, qué es esto, padre mio?—exclamó llena de espanto Marianella.

—Es,—dijo con palabra de trueno el familiar,—que este hombre acaba de cometer un crímen.

Atadle, y abrir luego esa puerta.

—Lo primero sí; lo segundo, nunca.

La puerta de la cámara de Volpini abriöse.

Marianella llegó á su umbral, miró á su interior, lanzó un grito espantoso, y cayó en tierra, diciendo:

—¡Fernando, Fernando mio! ¡Muerto á sus manos! ¡maldicion!

—¡Hija, hija,—gritó el doctor, pretendiendo desasirse de sus ligaduras.

—¡Es un cadáver!—exclamó con desesperacion Margarita; pobre jóven de mi alma.

—¡Marianella! Sábelo todo; yo soy el matador de tu amante. Yo quise hallar en las cavidades de sus organos la sustancia que habria de salvar á la humanidad. Lo asesiné para hacerle la auptosia, no he con-

seguido nada. ¡Maldito sea el amor á la ciencia que por ser pasion se convierte en crímen; ya estás vengada, hija mia; la razon de tu padre, le abandona ante tus despojos! ¡Tú muerta, yo loco! Hermosa recompensa para un sabio: el título justo de asesino.

Volpini lanzó una terrible carcajada, y dominado por crueles convulsiones epilépticas, fué trasladado á una casa de dementes, donde falleció al poco tiempo.

Marianella fué enterrada al lado de su amante.

Y Margarita extinguió en un monasterio los pocos años que le restaran de vida.

. . . . . .

. . . . . .

Terminado que hubo Iñiguez su relato, preguntó á su compañero:

—¿Qué os ha parecido la historia, señor Sandoval?

—Una página de sangre escrita por un loco.

—¿Mas convendreis conmigo en que la pasion científica daña, cuando se lleva á la exageracion?

—Tanto convengo, que muchas veces he procurado yo vencerla, apelando á honestas distracciones.

—Por eso,—contestó Iñiguez,—debiéramos amar tambien los naturalistas, que quien ama y piensa, realiza la verdadera mision para que ha sido el hombre enviado al mundo.

CAPÍTULO VII

Casa con dos puertas mala es de guardar.

Los tibios fulgores del crepúsculo vespertino, abrian el espacio á el imperio de las sombras.

El sol comenzaba á ponerse; el cielo aparecia más azul al romper el encaje de vapores en que iban envueltas las brumas de la tarde; todo convidaba al recogimiento; todo pedia una oracion; los ojos tendian sus miradas al horizonte, y el alma trasportada por el entusiasmo, cruzaba la region de la atmósfera para identificarse con Dios, en los mundos admirables de su inmortalidad y de su gloria.

Era la hora en que el hogar se santifica; cuando el fatigado labrador, con la espalda encorvada por la penosa tarea del dia, vuelve al lado de los suyos para consumir en el seno de la familia congregada, los exiguos manjares de la pobreza.

Era el instante en que el enamorado trovador comienza á sentirse aguijoneado por la impaciencia, viendo pasar los minutos como horas; hasta que llegado el momento de trasladarse á la reja de su adorada, se vé precisado á incurrir en la contradiccion de tomar las horas por minutos.

La hermosa capital de Utatlan mostrábase más tranquila que nunca; cada ciudadano regresaba á su casa, ó se dirigia á donde sus negocios le reclamasen; toda apariencia de bélica ocupacion habia desaparecido; aquellos turbulentos naturales hallábanse completamente trasformados.

Indudablemente el suicidio forzoso de Rostal, motivado por un conato de traicion infame, á tiempo rechazada por don Pedro, y la noble conducta de este al asegurar en cambio á los naturales que él no trataba de conculcar sus derechos y si por el contrario permitiria que fuese elevado al trono el legítimo descendiente del linaje cuyo apellido era Sequechul, fueron causas que contuvieron á los indios en sus turbulentas maquinaciones, enfriando un tanto sus malévolos instintos para volverles la existencia de la paz tan anhelada por todos.

Esta actitud de los indígenas permitió á los invictos conquistadores de la nueva España, recobrar algunos alientos y descansar un poco de la cruenta lucha mantenida.

Mas como el espíritu de don Pedro hallábase destinado por el dedo de Dios á no gustar un instante de reposo, antes por el contrario, parecia sujeto á perpé-

tuo sufrir encerrándose en azarosos y difíciles accidentes, vino á resultar que cuando hubiera podido utilizar su vacacion en el estudio y desarrollo de nuevos planes guerreros y políticos, plugo al cielo que la enfermedad del amor invadiese el ánimo de Gustavo, con tal tiranía, que mientras su padre oponíase abiertamente á él fundado en la oscuridad de abolengo, diferencia de raza, índole de nacionalidad y demás circunstancias que en la niña Elena concurrian, hallaba el jóven incentivo más poderoso é inquietud más abrumadora, en las seguridades de una leal y arraigada correspondencia.

Preocupaba extraordinariamente al Adelantado la pasion de su hijo; mas esperaba conjurarla por la sabia mediacion del doctor Sandoval, y sobre todo, entendia que la obediencia de Gustavo, no habria de resistirse en período de guerra á las terminantes órdenes de su jefe.

Así, pues, dejando por el pronto á la iniciativa del doctor, el enojoso encargo de aconsejar á Gustavo que desistiese de sus amores, quiso don Pedro invertir el dia á que nos referimos, en un paseo militar, y al efecto, apenas nacido el sol, salió con todos sus capitanes al frente de las tropas, encaminándose al campo.

El regreso de las fuerzas no tendria lugar hasta bien entrada la noche.

Gustavo, que hallábase convaleciendo de su última herida, quedó dueño absoluto del palacio de su padre.

El estado de su salud no permitió al jóven acompañar á sus amigos en su ejercicio.

Dejemos á éstos entregados en sus maniobras, y penetremos en la estancia del enamorado doncel.

Vestido con rico jubon de negro terciopelo; cubierto el muslo con rojizo gregüesco acuchillado, y encerrada la pierna en rugosa bota de amarillosa piel, el valiente Gustavo salió de su alcoba y avanzando firmemente, llegó hasta un oscuro sillon de madera en el que tomó asiento.

Recogió de una mesa que al lado derecho del sitial estaba, un grueso volúmen forrado en pergamino, cruzó una pierna sobre otra, y colocando el libro sobre ambas, bajó poco á poco la cabeza, hasta quedar en actitud estudiosa.

—Veamos,—dijo para sí el jóven lanzando un suspiro anheloso,—si esta hermosa crónica, debida á la brillante pluma de mi amado maestro en armas y letras, el incomparable Bernal Diaz del Castillo, logra disipar mi inquietud hasta que pueda quemar los labios de Elena con mis besos.

—¡Ella, ella! ¡Siempre aquí!

Y colocó sobre su corazon la diestra.

—¡Oh! No puedo, no puedo,—exclamó á poco Gustavo cerrando el libro y colocándolo en su primitivo lugar.—Su imágen me persigue por doquier; la veo entre los triunfos del heroismo y los desengaños del talento; quiero separarla de mi alma, el tiempo puramente preciso para que la razon se consagre á sus investigaciones, y una voz secreta me dice: «déjalo todo; ella sufre como tú; y cual tú tambien llora en secreto la ausencia de las caricias maternales. Gusta-

vo, quiérela mucho; es un ángel de virtud; una criatura ejemplar. No la olvidés, pues en los amargos dias de vuestra separacion ligera, ha padecido tanto, tanto, que sus mejillas, antes sonrosadas como la flor primaveral, se hallan hoy marchitas y pálidas. Sus ojos, dotados un tiempo del fuego inextinguible de la inteligencia, languidecen y se apagan como la mirada del moribundo á las puertas mismas de la Eternidad.

—¡Oh! Sí; tienes razon, alma mia,—repuso Gustavo departiendo con su propia conciencia.—Debo amarla; y la amaré á pesar de todos los obstáculos; aunque á ello se opusiese el infierno en masa; aunque mi padre me lo impidiera; áun cuando hiciese traicion á la fé jurada abandonando las filas, aunque me enviase mi madre su maldicion desde el cielo.

—¡Jesús! Satanás inspira mis terribles palabras. He blasfemado, he puesto mi alma al borde del abismo; el recuerdo de esa mujer me enloquece, todas las fibras del sentimiento laten impulsadas por la desesperacion al pensar que puedo perderla. Mi amor es la llama devastadora que todo lo consume con su fuego; mi respiracion es anhelosa, mi garganta se niega á recibir el aire que dá la vida. Esto es horrible, espantoso. ¡Piedad, Dios mio, piedad!

Dijo, y su cabeza cayó sobre el respaldo del sillon, en tanto que la fatiga parecia querer ahogar al jóven.

Al cabo de unos instantes incorporóse Gustavo, y exclamó:

—Ya ha pasado el acceso. Estos nervios mios son tan impresionables, que subyugan la voluntad comple-

tamente. La imaginacion soñadora y calenturienta se exalta sin motivo. ¡Oh! Pero hay algo, ¿por qué desde que Elena vino aquí estando yo herido, no he vuelto á verla más? ¿Por qué mi padre que se esfuerza en premiar mis servicios á la patria, no se apresura á permitir que Elena venga, cuando me oye á cada momento pronunciar su nombre? ¿Llegará á tanto el egoista orgullo del conquistador que hasta quiera arrebatar á su hijo el único tesoro que posee: el amor honrado de una mujer digna?

—¡Oh! No lo creo; no puedo conformarme con la idea de que el que me dió el sér, resultase autor de mi desdicha, y si así aconteciese, todo sería lógico, la desobediencia, la emancipacion, hasta el suicidio.

—El suicidio he dicho, no. Llegaria á ser de otro. La fuga; esto resolveria el problema. Mas no hay que adelantar las soluciones tristes é ingratas. Hasta hoy nada concreto ha salido de labios de mi padre, por lo que pudiera yo deducir su oposicion, á mi matrimonio con Elena. El es muy bueno, muy noble, muy generoso. En último caso me arrojaré á sus plantas, le pediré con las lágrimas en los ojos, y á nombre de mi madre su consentimiento, y de seguro accederá á mis súplicas.

No habia concluido Gustavo de articular sus últimas frases, cuando abrieron, sin producir el menor ruido, la puerta de una secreta escalera.

Hallábase la primera colocada á espaldas del sillon de Gustavo, pero envuelta en tal disimulo, que representaba un armario cuajado de libros.

Quiso don Pedro tener disponible aquel recurso, primero, por si algun ataque violento é inesperado de los indígenas, hacia inaccesibles las puertas principales de palacio: segundo, á fin de que Gustavo pudiera recibir con libertad á aquellos de sus amigos que vinieran á visitarle. Tan abstraido hallabase el joven, puesto ya en pié junto á su balcon, que no advirtió la entrada en su cámara de un caballero.

Era el sapientísimo doctor Sandoval.

El hidalgo no quiso robar á su cliente el esparcimiento á que estaba entregado, y permaneció como una estátua conteniendo la respiracion todo lo posible.

En esto volvióse Gustavo para ocupar de nuevo su asiento, y al advertir al doctor, repuso sonriendo y lleno de sorpresa:

—¿Vos aquí, mi muy amado amigo?

—Yo, mi querido oficial, en cuerpo y alma.

—¿Pero por dónde habeis entrado? A la verdad, señor doctor, que sino os conociese de antiguo, os juzgaria en esta ocasion ánima en pena que se aparece á los mortales, atravesando espesos muros sin derribarlos.

—Pues nada de eso acontece, mi amable compañero. Como estábais tan distraido no os curásteis de mi entrada, la cual he efectuado ganando vuestra secreta escalera.

—¡Cosa más particular! Estaba cerrada á piedra y lodo.

—Nunca faltan llaves para los diablos, y sobre todo,

ya conoceis el refran que dice *casa con dos puertas mala es de guardar*. Ahora bien: si conceptuais que el haber hollado la inviolabilidad de vuestro domicilio merece una pena, os pido perdon por mi atrevimiento y espero resignado el castigo.

—¡Vos, mi salvador, mi amigo de confianza, el médico ilustre que me ha arrancado de las garras de la muerte! Menguado sería, quien debiendo á un nobilísimo hombre de ciencia el haber salido de las prisiones de la enfermedad, osara negarle la entrada libre en su casa.

—Siempre cortés, é hidalgo siempre, amadísimo Gustavo.

—Lo que vos mereceis, y nada más, señor doctor. Ahora, para vuestra satisfaccion, debo deciros, que de dia en dia se aumenta el vigor de mis músculos; duermo mejor, tengo más apetito, y la verdad, deseo con ansia que llegue el momento de salir á respirar el aire puro de los campos.

—Todo se arreglará á medida de vuestras aspiraciones, siempre que sigais al pié de la letra el plan que pienso imponeros. Vamos á ver cómo anda ese pulso.

Sandoval oprimió con sus dedos la muñeca de Gustavo, y al cabo de breve meditacion, exclamó:

—Estais mejor, aunque algo nervioso. Ese diantre de imaginacion es vuestro mayor enemigo.

—Veamos cómo habeis invertido el tiempo desde ayer.

—He leido á intervalos, segun vos me ordenásteis.

—Perfectamente ¿pero nada que haya podido fatigar vuestro cerebro con análisis depurados y metafísicas investigaciones?

—Las meritísimas crónicas escritas por el señor Bernal Diaz del Castillo. Por cierto, señor doctor, que me asombran las hazañas de vuestro hermano don Gonzalo de Sandoval.

—Dió prueba de su ferviente amor á la patria en Tustepeque, Guazacoalco, Centla y en la sumision de los Zapotecos, y los Minxes.

—Es un valeroso capitan; pero el señor don Hernando de Cortés, no quiere que se separe de su lado.

—Por esto me veo privado del alto placer de abrazarle. Ha sido un padre para todos nosotros; el áncora de salvacion de la familia. Aún lo recuerdo, cierto dia, terminadas mis tareas de humanidades en el estudio público, llevóme á su presencia y díjome:

—Quiero, hermano, que curses los cánones y la teologia. Ya sabes que en casa disponemos de una capellanía, dotada con buena renta, y no es razon que siendo tú el llamado á ocuparla, agraviemos al difunto fondador, contrariando su voluntad.

—Yo estuve á punto de caerme de espaldas ante la indicacion de Gonzalo. Era lógico: por irresistible impulso inclinábame á las ciencias de la naturaleza, amaba con locura la experimentacion y el estudio del cuerpo humano, y no acerté á contestar otra cosa que mostrarme sumamente triste y afligido.

—¿Parece que no te agrada mi proposicion?—díjome Gonzalo con tono serio.

—Yo, hermano... respondíle.

—Contesta categóricamente,—exclamó.

—Pues bien, Gonzalo,—díjele.—Ya que lo quieres, sea. Sabe que no gusto de las ciencias eclesiásticas, y que me ocasionará pena profunda, el que me obligues á tomar los hábitos.

—¿Que no te agrada, dices, la teología?—añadió,—Pues por las sandalias de Cisneros, te juro, que dentro de ocho dias irás á Salamanca; luego á Alcalá. Serás, mal que te pese, canonista y teólogo. Hoy estás bajo mi tutela; tienes precision de obedecer mis mandatos. Mañana cuando seas hombre, podrás realizar tus gustos, consagrándote á cultivar las materias que más te agraden.

—Bien, hermano,—respondíle yo con suma humildad.—Haré lo que tú me digas; ya sabes que te respeto como á nuestro padre, y que te profeso acendrado cariño.

—Pues no haya más que hablar.

—En efecto; pasado algun tiempo,—siguió diciendo Sandoval,—encontrábame yo cursando los estudios religiosos en la Universidad Salmantina. Allí conocí al señor Iñiguez; era un desdichado que como yo, habíase visto en la necesidad de torcer sus inclinaciones. Tambien él amaba las humanas ciencias; tambien él deseaba cultivar su espíritu en otra clase de análisis.

—Como era natural, la simpatía de la desgracia y la homogeneidad de gustos, nos unieron bien pronto.

—Desde entonces nos juramos amistad perpétua é inquebrantable, así como hicimos formal promesa de

estudiar con fruto aquellas ramas del saber, á que nuestras familias nos consagraban, reservándonos para ocasion posible usar de nuestro albedrío.

—Así corrió el tiempo. Iñiguez y yo pasamos luego á Compluto. Allí recibimos ambos la investidura de doctores, con sobresaliente calificacion *nemine discrepante*.

Llegó el momento de abandonar los estudios sagrados, y pasamos mi compañero y yo á las aulas donde se ventilan los árduos problemas de los tres reinos.

Con las lágrimas en los ojos despidiéronse de sus ingratos discípulos aquellos bondadosos sacerdotes, que cien veces habian encomiado las cualidades, que segun ellos, nos enaltecian á Iñiguez y á mí.

—¡Lástima de muchachos!—decia el uno.

—¡Qué par de arcedianos pierde nuestra Santa Iglesia!—repetia el otro.

—Les han trastornado la cabeza con lo de Plinio é Hipócrates,—añadia Mosen Ramon,—teólogo aragonés de gran peso, sano, mofletudo y dado á la gula en demasía.

—En fin, Gustavo, para no cansaros más, os diré: que tanto el señor Iñiguez como este humilde amigo vuestro, tuvieron un dia el inmenso placer de volver á su hogar, ostentando varias borlas en su birrete. Yo desde entonces consagréme á la medicina, ganando honra y provecho. Iñiguez, aunque tambien Galeno, tomó distintos rumbos y dedicóse á los minerales, á la astronomía, á las ciencias exactas y á otro linaje de análogos conocimientos...

—Y hé aquí á los antiguos y timoratos cultivadores de la escolástica salmantina y complutense, bregando con el *palo guayacano*, los ungüentos y las dregas, y lo que es peor, con este linaje de cobrizos que tantos y tan repetidos disgustos nos acarrean diariamente.

Riése Gustavo de la humorada de Sandoval, y repuso:

—Pero don Genzalo, al medir los triunfos que alcanzábais en vuestra profesion, recordaria con vergüenza el dia aquel en que osó arrebataros el glorioso porvenir que presentia vuestra frente.

—Jamás me dió satisfaccion alguna. Sólo sí me acuerdo, de que habiéndose dejado decir el propio Bernal Diaz, que yo habia nacido para médico por haberle curado dos peligrosas heridas de flecha, de las muchas que le han causado los indios, mi hermano contestóle abrazándome:

—Teneis razon, compañero, pero hay en él otra virtud mayor, la de la humildad y la obediencia, florones inmortales en la corona del sabio, que han sabido vencer á un ignorante como yo.

Sandoval dirigió á Gustavo una mirada escrutadora, como queriendo medir el efecto que en el ánimo del jóven podria haber causado su invocacion.

CAPÍTULO VIII

De cómo Minerva, suele tentar á Cupido.

El hijo del Adelantado de mar y tierra, hallábase dotado de una imaginacion penetrante y viva.

Por esto creyó vislumbrar una alusion en la moraleja con que el doctor dió término á su historia.

Lo obediencia y la humildad son ciertamente los atributos del verdadero mérito, ¿pero se han dictado en ocasion alguna, leyes para reglamentar las exigencias del corazon?

Si el hombre dirige hácia otros tiempos una mirada retrospectiva, encuentra de seguro, que esas pasiones nobilísimas del alma, como el amor por ejemplo han producido los grandes héroes, los mártires y los legisladores, los guerreros y los poetas.

El orgullo humano encerrando las corrientes del

sentimiento en la limitada esfera de las prescripciones sociales, es responsable de un gran crímen.

Por él han profanado el cláustro en un instante de invencible desesperacion las víctimas del desengaño y de la lucha. Entraron allí creyendo encontrar el bálsamo eficaz que cicatriza las heridas del alma, buscaron las sombras en que se envuelve la celda del monje para ocultar su llanto; pero el horizonte de la esperanza, mostrando á la imaginacion enferma sus espacios infinitos, vino al cabo á sumirla en la mayor de las desgracias, diciéndole:

—Te has engañado, ya no hay remedio, dudaste de mí y yo soy el verbo de la humanidad. Sufre y espera resignado la única solucion que puedes apetecer: el beneficio de la muerte.

Estas y otras semejantes ideas agolpáronse en un instante á la frente de Gustavo.

Conocia muy á fondo el carácter del doctor y la íntima amistad que llevaba con su padre; por lo que deseando salir pronto del paso y ahorrar al médico un proemio de ampulosas explicaciones, adelantóse á su discurso, diciéndole:

—Muy querido señor Sandoval. Si mal no recuerdo, me dijísteis há poco, que si yo aspiraba á curarme por completo era menester que literalmente me sometiera á un plan que pensábais trazarme, y como á pesar de mis pocos años, siempre he creido que es la salud el mayor bien de que puede disfrutar el hombre, por recuperar esta, soy capaz de imponerme todo género de privaciones.

Dejó ver Sandoval en sus ojos un rayo de incomparable alegría, y con palabra turbada por la emocion, contestó á su amigo:

—A la verdad, compañero, que me place extraordinariamente vuestra discrecion. No esperaba hallaros tan dispuesto á auxiliarme en la empresa. Si todos los facultativos oyésemos de labios de nuestros clientes, el admirable axioma que vos acabais de proclamar, la estadística de las defunciones sufriria una disminución periódica. ¡La salud es el más grande de los tesoros, razon teneis que os sobra! ¡La humanidad la culpable siempre de que su imperio se menoscabe!

—Hé aquí, señor Sandoval, en lo que no estamos conformes.

—¿Por qué, mi querido amigo?

—Porque si los médicos se dedicasen á la ciencia de curar y no aceptasen otra clase de cargos para halagar á veces las pasiones de un magnate, tendría el enfermo más confianza en ellos, y adoptaria en toda ocasion su terapéutica como de positivos resultados.

—No os comprendo—exclamó á media voz Sandoval mordiéndose los labios, al advertir la verdad desnuda que Gustavo supo presentarle.

—Pues es muy sencillo,—contestóle el jóven con sonrisa irónica.—Hablad si os place, y una vez conocido que sea vuestro método de curacion, veremos si le es ó no aplicable mi teoría.

—Entiendo, señor oficial—repuso el doctor un tanto amostazado,—que á quien todo lo debe á sus propios esfuerzos, á eternas veladas de incesante estudio, á sus

constantes sacrificios en pró de la ciencia, no pueden afectarle ciertas y determinadas afirmaciones, para desmentir las cuales existen aceros bien templados.

—Señor Sandoval,—exclamó Gustavo con tono severo poniéndose en pié.—Si yo hubiese creido que vuestra susceptibilidad profesional llegaba hasta el punto de juzgaros envuelto en opiniones que estoy muy lejos de atribuiros, lo habria sentido por vos y vuestro nombre, á los que respeto y admiro con todo el entusiasmo de mi alma.

—Perdonadme, pero mi delicadeza...

—Bueno es que la invoqueis cuando de villanos se trate; mas quien Alvarado se apellida, es bastante hidalgo y caballero para saber pagar con el tributo de la cortesía, el servicio inapreciable de la amistad.

—Completamente satisfecho quedo con vuestras palabras, y ahora acoged si gustais como leales las que me veo en la precision de deciros.

—Hablad cuanto os plazca, señor Sandoval.

El doctor miró en torno suyo, y recordando quizás el adagio que afirma que las paredes oyen, preguntó:

—¿Estamos completamente solos, Gustavo?

—Vos lo habeis dicho. Unicamente esa puerta que dá á la antesala del consejo, nos pone en el peligro de que alguien que llegue, pueda recojer algun concepto de nuestra conversacion; mas todo se arregla de esta suerte.

Dijo y levantándose presuroso, cerró la puerta de la cámara.

Gustavo ocupó de nuevo su asiento, colocándose al

lado del doctor; este, con acento sumamente afable, comenzó la conferencia, exclamando:

—Si mis títulos de gran amigo vuestro, si el afecto que á vos me liga, y si la investidura que llevo, no me obligasen en grado sumo, yo, Gustavo, no me atreveria á hablaros con la sinceridad que me inspira el deber.

Una gloriosa herida os ha puesto al borde mismo del sepulcro; hemos logrado destruir sus maléficos efectos, hemos triunfado del mal, mas esto nada significa si dejamos tan aislado el cuerpo, que no llamemos en su auxilio al espiritu.

—Explicaos más claramente.

—Gustavo, amigo: el médico hace á las veces, siempre casi, el oficio de confesor. Su tarea no se limita única y exclusivamente á combatir con las debilidades de la materia. La ciencia de Hipócrates vuela más alto, penetra tambien en las insondables regiones del alma, y si esta sufre, trata de aplicarle acertada medicacion. Pensad, pues, y decidme si invocando estos derechos, me es permitido penetrar en el santuario de vuestro corazon.

Gustavo exhaló un penoso suspiro, y apretando la diestra del médico, repuso:

—Hacedlo, señor Sandoval,—pero cuidad de no herirle.

—Trataré vuestros sentimientos con la ternura con que pudiera verificarlo vuestro propio padre.

—¿Verdad, Gustavo amigo, que amais con locura á Elena?

—Yo...

—Nunca me habeis hecho dueño absoluto de vuestro secreto. Jamás os he inspirado la confianza que requiere una persona íntima, para poseer la revelacion de nuestros dolores más profundos, de nuestras alegrías más ignoradas. Siempre que de Elena os he hablado, habéisme respondido con frialdad. ¿Es acaso que ella y no vos es la víctima de una pasion devastadóra, ó que en las estaciones del amor, vos representais el invierno y el estío vuestra adorada?

—Doctor...

—Repítoos, Gustavo amigo, que es el sacerdote de la ciencia, quien reclama vuestra respuesta categórica, para aplicar á tiempo el remedio.

—Pues siendo así, sabed que yo amo á Elena con locura.

—¿Y habeis meditado bien acerca de las consecuencias de este amor?

—Señor Sandoval, no acierto á comprender el alcance de vuestra pregunta.

—Quiero deciros si un hombre fuerte, aguerrido, inclinado por profesion y temperamento á las turbulencias del combate, puede resignarse á dar su mano á una mujer de organismo tan débil, que sea el matrimonio causa indudable de su muerte.

—¡Oh! Callad, doctor,—exclamó el oficial haciendo visible en su rostro el espanto.—Cien veces os he oido decir,—añadió,—que el pulmon de Elena está lesionado, y ante la sola idea de perderla, mi cerebro enloquece, mi sangre se agolpa al corazon; no, no repi-

tais más ese fatídico aviso; quiero creer que vivirá siempre, siempre, como yo; áun extinto el fuego que alienta la materia corporal, porque entonces nuestras almas se confundirán en una sola idea, cuando puedan adorarse libremente en las eternas regiones del infierno.

—¿Veis, Gustavo? Cada vez que se os habla de esa mujer, un movimiento convulsivo agita todo vuestro sistema nervioso; tiembla vuestra mano, quieren vuestros ojos escaparse de sus órbitas, toman vuestras mejillas los tintes sombríos de la muerte. Si poseyendo el amor de Elena, sentis fenómenos tales, qué mucho que un médico experto y honrado no califique vuestro afecto de verdadero y peligroso mal?

—¿Y cómo puede curarse esta enfermedad que yo bendigo?

—Con la reflexion, ya veis que es imposible. Vos, aficionado al estudio; vos, inclinado á saber, arrojais volúmenes é instrumentos lejos de vuestra persona. Con el matrimonio, juzgo expuesta á consecuencias terribles esta determinacion, por las razones que acabo de alegaros. Un solo medio hallo, uno, que de seguro salvará á Elena y á vos.

—¿Y cuál es él?

Sandoval acercóse al oido de su cliente y con voz muy baja, repuso:

—La ausencia.

—¡La ausencia! ¡Oh! Señor Sandoval, veo que vuestros conocimientos no alcanzan á comprender las dolencias del espíritu. ¡La ausencia! ¿Sabeis lo que signi-

fica esta palabra? Puede adoptar esta medida el que cayendo víctima de una pasion, se vé contrariado por la indiferencia de aquel á quien ama, pero á dos corazones que juntos han latido, que en un mismo diálogo han llorado la falta de las caricias de una madre, que en una propia oracion han elevado á Dios el juramento inquebrantable de mútua fidelidad, ¿cómo pretender separarlos si esto equivaldria á querer apagar el incendio devastador arrojándole más combustible, ó á detener la onda del mar poniéndole por obstáculo la mano desvalida del niño?

—Gustavo, vuestros argumentos no destruyen mi pronóstico. Sabe la imaginacion vestir nuestros juicios con el ropaje de la verdad; obtiene la fantasía de que dispone, el singular previlegio de proclamar como buenas, nuestras ideas; pero esto no es más que una ficcion, un engaño: la razon fria y serena nos lo dice despues; á ella debemos apelar en el momento de las grandes resoluciones; yo la invoco de nuevo, y á pesar de vuestra protesta, insisto en aseguraros que ese vuestro amor, aumentando de dia en dia, llegará á desbordarse como el caudaloso rio para devastar como la inundacion triste, aquel, la propiedad de vuestra alma; este, la propiedad honrada del trabajo.

—Elena, no lo dudeis, morirá como vos de fiebre de ilusiones, que tambien la alegría mata, como mata el dolor, cuando aciertan á herir en el sagrado reposo de nuestras funciones vitales.

—No importa ¡vive Cristo! Moriré en sus brazos; exhalaré mi último suspiro confundiendo en el suyo

el beso inestinguible de mi amor. Abandonarla, eso nunca; partir para siempre, ¡oh! primero hundiria la luciente hoja de mi daga en el pecho, que resignarme á vivir con mi pensamiento á solas, sin la compañía de la esperanza, sin la perpétua evocacion de su imágen.

—Está bien, Gustavo; vuestra tenacidad desesperante, hace imposible toda honrada reflexion. ¿Habeis apreciado en su completa magnitud las razones y fundamentos en que la ciencia se apoya para patentizaros el peligro indudable que ambos correis?

—Sí,—contestó Gustavo con firmeza.

—¿Los cuales no son suficientes á haceros retroceder en la demanda?

—En modo alguno.

—Pues ya que el médico ha terminado su mision, oid al amigo, que por sus años en relacion con los vuestros, se cree facultado para pintaros el cuadro sombrío de vuestro porvenir.

—Dispuesto me hallo á contemplarle.

—El hombre, fijaos bien en lo que os digo, no se pertenece. La sociedad en que vive, el rango y la posicion que en ella ocupa; el abolengo y la genealogía de la familia á que se halla afiliado, exigen de él deberes sagrados, obligaciones ineludibles, destinados á mantener incólumes el órden y la diferencia de las clases.

—¿Y bien?...

—Vos, el hijo de uno de los primeros capitanes de nuestro tiempo; valiente é invencible en la lucha, ge-

neroso y discreto en la paz; ella, la mujer de color, descendiente de una raza maldecida; sin apellido, sin antecedentes, sin historia.

Gustavo de Alvarado, el hombre que recojerá un dia, con los triunfos y aplausos de su padre, el supremo mando de las fuerzas españolas, entregado ante un ejército poderoso, por la sagrada palabra del emperador Cárlos V. Sylvia ó Elena, la indígena sin cultura, que huirá espantada ante el esplendor incomparable de los nobles y dignatarios de Castilla.

—Son muy pocos estos títulos para olvidarla.

—¿Y si yo os dijera que si os alejais del lado de esa mujer, obtendreis enseguida, una banda de capitan y una ejecutoria de duque?

—Renunciaria á tanto honor sin vacilaciones.

—¿Y si añadiese que está vuestra mano ofrecida á una ilustre dama, consanguínea de legítimo descendiente de don Beltran de la Cueva?

—Reiríame de quien desconoce los derechos de la humana voluntad.

—¿Y si para terminar os anunciara, que vuestro padre ordena, como tal padre y general vuestro, que salgais dentro de cuatro dias de esta capital, y no volvais entretanto á ver á vuestra amada?

—Os responderia,—contestó Gustuvo con voz de trueno y cerrando los puños,—que cuando se ataca al sagrado de los sentimientos en forma tan ruda y desusada, cuadra á todo hombre de honor mantener en su integridad la firmeza de sus opiniones. Decid á mi padre, que no pensaba hacerlo; pero que esta mis-

ma noche iré á situarme al pié de la reja de Elena.

—Basta, caballero oficial,—exclamó el doctor con gran energía, poniéndose en pié.—Cesaron las contemplaciones; el que os habla es un representante del Adelantado de mar y tierra, y como dispone de sus poderes, manda, y no admite réplica alguna.

—He estado oyendo ¡vive Dios! vuestro discurso,—exclamó el jóven con voz de trueno,—y me avergüenzo de que mi diestra no os haya arrojado de aquí á sablazos.

—¡Gustavo!

—Señor doctor Sandoval; vuestra osadía no tiene límites; habeis proferido un mandato, y he tenido la paciencia de tolerarlo, olvidando que careceis de investidura militar para dictar órdenes.

—Soy capitan honorario de las fuerzas.

—Aquí ¡voto á Cristo! no sois otra cosa que el médico á quien se paga su salario, y se le arroja de una casa honrada, si comete una descortesía.

—¡Miserable!

—Esa palabra sólo puede tener aplicacion, á quien vende su dignidad profesional para satisfacer las pasiones orgullosas de un noble sin entrañas.

—¡Mentís, voto á brios!

—Eso ya lo trataremos más tarde. Ahora, señor Sandoval, sólo os diré que habeis desmerecido para mí de tal suerte, que cuando os juzgaba el hombre digno que ejerce la nobilísima mision de curar, me encuentro con el zurcidor de livianos gustos y de voluntades torcidas.

—Callad, mal caballero, ú os destrozaré el corazon con mi espada.

—Repito, señor Sandoval, que eso lo ventilaremos en su dia. Por el pronto, como estoy en mi casa, en ella mando; y como no hé menester de vuestros servicios, y los prestados están ya satisfechos, despido al Galeno, por haberse tornado rufian.

—¡Villano!

—Salid de aquí y ahorremos insultos; pero no por mi escalera privada; esta se destina á mis amigos: por la antesala del consejo, donde suelen ser juzgados los traidores.

—Sois un cobarde.

—Salid, os digo, ú os arrojaré á palos como á un perro.

El doctor con la mano puesta en el puño de la espada, abandenó la estancia, diciendo:

—¡Nos veremos, don Gustavo!

—Pero que sea pronto,—contestó el jóven,—para haceros entender que quien lucha conmigo, no debe ser el que sólo sabe manejar el bisturí.

CAPÍTULO IX

—

De como la tempestad de la ofensa engendra el rayo de la venganza.

Como alma que lleva el diablo, salió de presuroso y ligero Sandoval.

Dejó tras sí varias habitaciones, y hallóse en la principal galería de palacio.

Asomó su cabeza á una ventana, y respirando fuertemente, exclamó:

—Gracias al cielo que encuentro aire libre. Cuidado con el rapaz, si tiene humos. ¡Oh! Pero es un valiente. Si no hubiese sido por respetos á su padre, me habria arrojado en sus brazos, diciendole:

—Sí, amigo mio, sí, teneis razon que os sobra. Cuando hombres serios, como yo, aceptamos este linaje de antipáticas comisiones, merecemos que se nos salude con toda suerte de dicterios.

—¡Pobre jóven y cuánto sufre! Lo peor es que se ha explicado como un libro. Este muchacho tiene un talento tan grande como una catedral. Todo lo presiente, todo lo adivina, no hay materia en el órden del saber de que no discuta cuerdamente, llevado por su génio y por su intuicion admirable. ¡Cuidado si alcanza! Como que me ha dado una valiosísima leccion cuando decia: «Que la ausencia sólo debe aplicarse á una pasion contrariada; mas no á un amor correspondido.»

No: lo que es el señor Iñiguez y yo, lo hemos de llevar en nuestra compañía en cuantas excursiones experimentales emprendamos. Es una crueldad lo que se hace con él. ¿No se porta como un valiente? ¿No es modelo de virtud, de cultura y de discrecion? Pues, ¡qué diantre! que le dejen hacer su gusto casándole con la muchacha, y á quién Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Voy á ver al señor Adelantado para decirle lo que ocurre y que no insista más en su oposicion.

Empero siento pasos; el cielo está cubierto de sombras, y el tibio fulgor de la luna no me permite advertir otra cosa que un bulto que se acerca. Quizás sea él; veamos.

—¡Castilla y Sandoval!—exclamó el doctor.

—¡Castilla y Alvarado!—respondió don Pedro arrancándose un antifaz del rostro.

—Dios os guarde, señor general,—exclamó el médico saludando reverentemente á su jefe,—os hacia ya en el lecho.

—Así debiera acontecer,—respondió el Adelanta-

do,—si hubiese cedido á la fatiga. Hemos andado mucho y empleado el dia entero en las maniobras; mas como el asunto de vuestra conferencia con Gustavo me interesa extraordinariamente, pensaba salir á buscaros, renunciando al reposo hasta saber lo ocurrido.

—¿Pero ese antifaz, qué significa?

—Una imitacion de lo que hacen por las noches muchos enamorados de los nuestros; que para pelar la pava á su sabor y que no pueda vengarse de ellos, conociéndolos luego, algun celoso indígena, se valen de ese recurso y se ahorran con él hablillas y calumnias contra sus personas y la seriedad que sus empleos entrañan. En cuanto á mí, sólo os diré, que ocultándome el rostro, ni me fastidian con prodigalidad de ceremonias, ni me asedian con interminables peticiones. Ved, pues, si hago bien en copiar la conducta de mis subordinados. Pero sepamos, sepamos lo que importa. Mi hijo como un cordero, ¿verdad?

—Si los corderos tienen la fiereza del tígre, desde luego.

—¿Cómo?

—Señor: la pasion de Gustavo es indomable.

—¿Mas ante vuestras indicaciones?

—He salido completamente derrotado.

—¿Vencido decís?

—Así es, en efecto; tiene una dialéctica que avasalla. Un talento que confunde, un valor que aterra.

—Explicaos, señor Sandoval.

—Cuando como médico le hablé, propúsele el remedio de la ausencia, si Elena y él deseaban salvarse.

—¿Y os contestó?...

—Que no acertaba á comprender cómo un hombre experimentado en el estudio de las enfermedades morales, aplicaba tal medicacion á dos corazones que se aman con locura; pues á su entender, esta medida sólo debe adoptarse cuando al fuego de una pasion, responde el hielo de la indiferencia.

—¿Y vos, qué opinais de esto?

—Que tiene muchísima razon.

—¡Voto á las calzas de Júdas! Siempre sois el mismo, señor Sandoval. En las afirmaciones más egoistas y caprichosas de vuestros semejantes, hallais en toda ocasion un fondo de verdad y de justicia. Ese exceso de filosofismo y esa exuberancia de conocimientos, os hacen completamente inútil para la vida real. Seguro estoy de que ante las mentidas quejas de Gustavo, formuladas con la habilidad que sugiere una imaginacion de poeta, habreis estado á punto de llorar. ¡Es mucho doctor este!—exclamó don Pedro lanzando una carcajada burlesca.

—¿Reis? ¡voto á Cristo!—contestó Sandoval con acento de inusitada cólera pocas veces advertido en él.—Pues cuidad, ¡vive Dios! señor Adelantado de Guatemala, de que esas lágrimas de que os burlais, no se nieguen á humedecer vuestros ojos algun dia, cuando por oponeros al casamiento de vuestro hijo, le veais sucumbir de pena, de angustia y de desesperacion.

—¡Basta, señor doctor! Ni creo en vuestras palabras, ni necesito saber otra cosa que el resultado final de vuestra conferencia. Como médico, nada habeis con-

seguido, es cierto, ¿pero y cómo representante del Adelantado de mar y tierra?

—Ménos todavía,—repuso con frase irónica Sandoval.

—¿Os atreveis á faltar tan descaradamente á los respetos que me debeis?

—No hago, señor excelentísimo, otra cosa que dejar á la verdad en su puesto. Gustavo no vende su amor, ni á la fortuna, ni á los ascensos, ni á los honores.

—¿Pero á la obediencia con que todo hijo debe acoger los mandatos de su padre y jefe?...

—Acerca de este punto, añadiré tan sólo, que Gustavo afirma lo siguiente: Yo he peleado por la patria, yo he honrado al autor de mis dias secundándole en sus bélicas empresas; la recompensa que recibo en mi comportamiento, no es otra que la de imponerme un castigo por amar á una mujer honrada y digna. Si logro olvidarme de ella, seré rico: si accedo á cambiar su afecto por el de una aristócrata, seré virtuoso. ¡Oh! Ni el hombre que así procede con su hijo es padre, ni otra cosa que un noble liviano y orgulloso.

—Oyéndoos estoy, señor Sandoval, y no sé cómo no os he pisoteado la lengua.

—Hablad con cordura, ¡vive Cristo! y entended que no todo es calma, discrecion y prudencia en los hombres de estudio. ¡Señor don Pedro de Alvarado, por daros una prueba de obediencia, he aceptado una comision enojosa, indigna de mi investidura! Por halagar vuestros sentimientos, he sufrido que vuestro hijo me arroje, con justicia, de su habitacion, llamándome

villano, y surcidor de agenas voluntades. Su acero ha estado á punto de caer sobre mi cabeza; no he rechazado la agresion. Decidme ahora, si el hermano de Gonzalo de Sandoval, que no ha conocido el miedo, ni ha rehusado nunca el desafío, puede tolerar tras las ofensas del hijo, los insultos menguados del padre.

—Teneis razon; perdonadme, señor Sandoval, he cometido una falta punible, la conducta de ese rapaz sin conciencia, me hace perder la calma. No se burlará de mí, ¡voto á Críbas! porque si ahora que voy á entrar á verle, osa replicarme, lo he de ahogar entre mis manos.

—Entiendo que no lo podreis conseguir en este momento.

—¿Por qué causa?

—Porque segun promesa de Gustavo, á estas horas se encontrará ya departiendo con su adorada al pié de la reja.

—Mentís, ¡voto á brios!

—Señor general, tened la lengua. Reflexionad que son intolerables vuestras palabras, y si dudais de mí, encaminaos á la habitacion de vuestro hijo: allí os convencereis de que no os engaño.

—Voy, voy al punto. Entretanto, esperad aquí mis órdenes; necesito dar una prueba elocuente, de que del Adelantado de Guatemala no se burla nadie.

Dijo y partió como un rayo en direccion de la cámara del jóven.

Sandoval, apoyado en la ventana, esperó á que don Pedro volviese.

Este no se hizo esperar. Como fantasma vengador que surca el espacio para caer sobre su víctima, avanzó Alvarado hasta llegar al lado del médico.

—Era verdad, ¡vive Cristo!—exclamó cerrando los puños y lanzando fuego de sus ojos.

—¿No os lo decia yo?

—Lo afirmábais como protector, cómplice y padrino de Gustavo.

—¡Señor general!

—No admito réplicas; mi hijo y vos estais de acuerdo para contrariarme, para dejar mis mandatos sin autoridad, para que triunfen esos amores menguados; pero no ha de ser, ¡voto á brios! Don Pedro de Alvarado es el roble que no se quebranta. Ya podeis, ya podeis, señor Sandoval, renunciar al precio que os valga vuestro servicio.

—¡Basta, miserable!—exclamó el doctor echando mano á la espada. Aquí ha de quedar uno de los dos; el villano, ambicioso y mal padre que insulta á un caballero, ó el honrado sacerdote del saber que se vé escarnecido por mantener incólume la verdad.

—Guardad esa espada,—exclamó don Pedro con ironía,—pues sin duda olvidais que un plebeyo, está privado de esgrimir sus armas con un noble.

—Hagamos una excepcion en este caso.

—No es posible; lo que sí cabe, es anunciaros, ¡voto á los cuernos de Lucifer! que vuestro sentimental protegido será encerrado á pan y agua en sus propias habitaciones; que dentro de ocho dias saldrá de la poblacion para no volver á ella, y que vos quedais desti-

tuido desde este momento del cargo de médico de cámara.

—Acato las órdenes de su excelencia,—repuso el doctor con acento enérgico envainando la espada, no sin dirigir una mirada de hiena á don Pedro.

—No volvereis más á poner los piés en palacio,—siguió diciendo el general.—Los guardias recibirán mis órdenes para impediros la entrada. Así aprendereis á ser fiel en el desempeño de las comisiones que se os confian, y á no torcer los mandatos de vuestros superiores.

—Huélgome mucho de ello. Mientras tenga mis manos y mi inteligencia libres, no ha de faltarme el pan de cada dia.

—Quedais facultado para curar á cuantos reclamen vuestros servicios, excepto al general español, que no ha de solicitarlos, aunque supiera que habia de morir.

—Celebro que seais tan franco conmigo.

Don Pedro, sin despedirse del doctor, púsose el antifaz, envolvióse en su ligerísima capa roja, y salió en direccion de la calle.

Sandoval comenzó á pasear á lo largo de la galería.

De tiempo en tiempo parábase; dejaba caer la cabeza sobre el pecho, y despues de breve meditacion, decia:

—Sea vuesa merced hidalgo, caballero y bondadoso. Prescinda de la energía que todo hombre debe tener para negarse á ser parte en menguadas empresas, y le sucederá esto que á mí me acontece. Por servir al pa-

dre, la enemistad del hijo. Por meterme en negocios que no me importan, la destitucion.

—¡La destitucion! Adelantado de Guatemala, ¿ignoras que la fama de Sandoval es ya pública en los dos continentes? ¿Olvidas que por do quier se formulan instancias solicitando su ciencia?

—¡Oh! Tú has creido, miserable, que sólo el pan de tu propiedad me alimenta; que sólo el honor de tu confianza me enaltece; te engañas, villano: el doctor Sandoval dispone de una saneada fortuna, alcanzada con el sudor de su rostro; á diferencia de la tuya, que probablemente habrás conseguido con el despojo, la rapiña y el saqueo.

—Me lanzas de tu casa, Alvarado, ¿no es cierto? Me evidencias ante las gentes, suspendiéndome en mi cargo, ¿no es verdad? ¿Quedo libre absolutamente para ejercer las ciencia médicas donde me plazca? Pues ¡vive Dios! que así ha de ser; mas entiende que el primer cliente á quien aplique mi libertad profesional será tu hijo; su amor, dolencia gravísima, concluirá con la medicina del matrimonio. Te lo juro por las calzas mismas de Esculapio.

—¡Hola, Guillen!—exclamó el doctor con voz extentórea.

—¿Qué quiere su ilustrísima?—contestó un criado presentándose á Sandoval.

—¿Hay luces en la antecámara del consejo?

—Sí, señor.

—Pues sígueme.

Hidalgo y escudero emprendieron la marcha en la

misma direccion que Alvarado le hiciera, cuando se encaminó á la cámara de su hijo.

Llegaron allí, y Sandoval repuso:

—Espera, Guillen, un instante, que debo escribir unos renglones. Si alguien viene, procura avisarme con un golpe de tos simulada.

—Así haré, señor Sandoval.

Sentóse el doctor junto á una mesa en que habia recado de escribir, y despues de pequeña pausa, trazó las siguientes frases:

«Gustavo: vuestro padre acaba de destituirme en el cargo de médico de su cámara. No contento con esto, háme lanzado agravios terribles, prohibiéndome á la vez que vuelva á penetrar en palacio. La causa de todo ello se funda en que me atribuye complicidad en vuestro propósito de no abandonar á Elena. La desobediencia de vuestra parte la cree alentada por mí, dada la intimidad que á los dos nos liga. ¡Cuán lejos estaríais de creer que Sandoval se vió precisado á ceder á las órdenes de su jefe por pura disciplina! Así ha sido, ¡vive Dios! Sin esperar vergonzosa recompensa; sin mirar á otro objetivo que al deber.

»Libre ya hoy para ejercer mi cargo donde me plazca; sin trabas, sin oficiales consideraciones, sin liga alguna con vuestro padre, que me arroja de su lado ignominiosamente, debo deciros la verdad, rindiendo como médico y como amigo un tributo á la responsabilidad de mi conciencia.

»Vuestra enfermedad moral puede curarse; yo me

comprometo á ello. Si conceptuais necesarios mis servicios, si se trata de castigaros por alguien tan rudamente que os veais al borde de la deshonra, no vacileis; callaos, y venid á mi casa ocultamente: allí encontrareis, cariño, desinterés, salud é hidalguía.

»Nadie osará penetrar en mi hogar para buscaros; á quien pregunte por vos, le responderé con un movimiento de cabeza; y si obedeciendo á superiores mandatos, tratase alguno de atropellar la mansion de la ciencia para hacer un registro minucioso en averiguacion del paradero de vuestra persona, antes de que lo intente saldrá por la ventana, ¡vive Dios! que si la paciencia y el sufrimiento son cualidades inherentes á los grandes pensadores, como éstos son hombres tambien, hay que manejarlos con tino; muy especialmente á este vuestro devotísimo hermano en la conquista de la Nueva España.

»El doctor Sandoval.»

Dobló y selló el médico con mano temblorosa su pergamino, y llamó luego á Guillen.

Este permaneció como una estátua esperando sus órdenes.

—Oye, Guillen, lo que te digo,—exclamó el doctor, —y respóndeme categóricamente.

—Hable su ilustrísima.

—Tú sólo estás á las órdenes de don Gustavo, ¿no es cierto?

—Así es, señor.

—¿De modo que él tiene depositada en tí toda su confianza?

—Absolutamente; como que sabe que me dejaria matar por él, si fuere preciso.

—Es decir, que si yo te ordeno que esta misma noche le entregues esta carta con tal recato y cautela, que ni tu camisa se dé por entendida de ello, ¿qué responderás?

—Guardaré, señor, tal secreto en la realizacion de vuestro encargo, que os repito que aunque su padre intentara descubrirlo, seria inútil; antes me dejaria arrancar las entrañas.

—Está bien, Guillen amigo; eso es lo que yo desso. Entretanto, toma estas doblas para que te acuerdes de mí.

—Señor, no puedo...

—Tómalas, ¡voto á brios! Acaso sean las últimas con que premie tus servicios.

—¿Las últimas?

—Sí, porque he sido relevado del cargo de médico de su excelencia, con expresa prohibicion de volver á poner los piés en palacio.

—¿Su ilustrísima?

—El mismo que viste y calza.

—¡Oh! ¡Conducta más infame.! Vos, el sabio doctor, el amigo cariñoso, el capitan valiente, el hermano del insigne don Gonzalo de Sandoval. Perdonadme, señor, pero me cuesta trabajo creerlo.

—Pues no te quepa duda, Guillen. Este es el mundo: obra bien, procede como honrado, obedece como

siervo, y la costumbre te colocará siempre en condicion de esperar un desengaño.

—Yo lo recojo, al cabo de seis lustros de constantes servicios á la patria; no me pesa: ella me lo agradecerá; y en cuanto á él, no extrañe que las tempestades de la ofensa engendren y arrojen el rayo inextinguible de la venganza.

—Que Dios te guarde, Guillen.

—Señor ilustrísimo. El vele por vos.

El escudero siguió al doctor con mirada triste, en tanto que éste descendia á la calle por la escalera privada de Gustavo.

CAPÍTULO X

El diablo á las puertas del cielo.

La noche extendia su manto de sombras por los espacios todos de la poblacion.

El cielo ocultaba su clarísimo azul entre las pardas nubes precursoras de la tempestad.

El viento embravecido azotaba furiosamente la techumbre ruinosa de los antíguos templos, y el empizarrado de las modernas construcciones.

Soledad verdaderamente austera reinaba por doquier: la hermosa matrona cuyo lecho de flores perfumaba el aroma de los liquidámbares y el azahar de les naranjos, parecia haber abandonado las regiones encantadoras de su dominio.

Todo era tristura, calma y silencio en la bella capital de Utatlan.

Pero silencio y calma transitorios.

Aquella exuberante naturaleza americana, crece y se desarrolla á pesar de un clima dado á tantas inconsecuencias como las peculiares al indigenato.

Por esto se vé cada dia nacer el sol entre hermosísimos celajes, para ocultarse súbitamente, cediendo á inesperada á impetuosa lluvia.

Todo es ligero, flexible, dado á la movilidad y á la variacion en las bellas regiones tropicales.

El hombre semeja á Eolo encadenando las maldades del viento, cuando logra lazar al impetuoso corcel que sin freno corre y despavorido.

El cazador parece alcanzar imperio valeroso sobre el espacio, cuando sin curarse de las distancias, dirige su ojo al blanco, y lanza su flecha en atinada y segura direccion.

El indígena, dotado de un instinto artístico poderoso, modela y sabe cincelar, llegando hasta producir con el tosco barro, esas correctísimas esculturas que parecen animadas por los alientos de la vida, para que quede caracterizada en el arte tambien, esa inquietud sublime que permite vislumbrar el progreso.

Solo la mujer indígena permanece conservando las patriarcales costumbres de sus antiguos ascendientes; ella continúa en el reposo del hogar, desempeñando las funciones de ejemplarísima madre y de esposa tan fiel, como que recuerda que el adulterio puede hasta con los ojos cometerse, segun aserto terminante de la magnífica legislacion azteca.

Cualquiera, decíamos, que hubiese visitado la capital de Utatlan durante la noche á que nos referimos,

se habria sorprendido vivamente al no advertir ese cielo brillante, tachonado de incomparables estrellas, espejo de todos los amores é incentivo de las más dulces esperanzas.

Las noches tropicales convidan á gozar del sueño de las ilusiones: la de que hacemos mérito podria apellidarse con razon la noche de las tumbas.

El ronco rumor de lejano trueno surgia tras los fulgores del relámpago, cual maldicion impía tras el mentido acento de la duda.

Este estado del cielo y de la tierra, no era obstáculo para que un bulto, deslizándose entre las sombras, y desafiando las iras de la naturaleza, llegara al remate de un ancha é inclinada avenida.

El desconocido, embozado hasta los ojos, detúvose en el ángulo que formaba con la terminacion de la calle, un edificio de suntuosa apariencia.

Como la oscuridad era grande, el misterioso caballero podia permanecer en aquel lugar sin ser visto.

—Desde aquí lo oiré todo,—exclamó con voz apagada.—Yo sabré si la villanía de un rapaz y el atrevimiento de una mujer sin nombre, llegan hasta desconocer mis derechos.

El hidalgo adhiriióse al muro, aprestándose á espiar á un apuesto doncel.

Esto le era muy fácil, en razon á que, de haber avanzado el desconocido dos pasos más, y encaminándose en sentido izquierdo, la fachada principal de aquella casa hubiérase ofrecido á sus ojos, no sin mostrarle abierta la primera de sus rejas, á cuyo pié, el jó

ven recogia de labios de su amada las vivas protextas de amor inextinguible.

El embozado que no era otro que don Pedro, quedó mudo como una estátua.

El caballero enamorado se expresó de esta suerte:

—Ya ves, ya ves, Elena mia, cómo no puede llamarse indiferencia lo que sólo es obra de la fatalidad.

—¿De modo,—preguntó la jóven con acento de suma tristeza,—que ha existido una prohibicion terminante para que nos viéramos despues de tu última herida?

—No lo sé, Elena de mi alma. Lo que sí puedo asegurarte, es que apenas me lo han permitido mis fuerzas, arrostrando todo género de peligros, he dejado mi casa para venir á depositar en tus labios el beso sublime de mi amor.

—Gracias, gracias, Gustavo mio. Tus sacrificios, tus protextas, son como el rayo de luz que irradia el alma despues de las tempestades del dolor. Mas ¡ay! que un triste presentimiento anubla el cielo clarísimo de mi esperanza, no sé por qué me anuncia el corazon, Gustavo, que esta entrevista será la última página de nuestro amor. Al pensar en ello, mi alma se estremece de pavura, mis ojos parecen cerrarse á la luz de la existencia; quiero respirar y no puedo, mi pecho se siente oprimido por una mano oculta y tiránica. Sin duda es la de la muerte, que reconociendo que mi vida se llama tu amor, viene á ejercer su mision terrible, cuando pierdo para siempre á Gustavo.

Dijo, y comenzó á derramar abundosas lágrimas.

—¡Oh! Seca tu llanto, ángel mio. No temas que yo

te abandone, no tortures tu espíritu dando entrada en él á las nieblas de la duda. Tengo corazon y tengo espada; ¿quién osará impedirme que yo te adore como se adora á Dios, cuando sentimos el benéfico influjo de su infinita misericordia?

—Tu padre, tal vez tu padre, Gustavo mio.

—Me arrojaré á sus plantas, pidiéndole su bendicion y su consentimiento con las lágrimas en los ojos si llegara, que lo dudo, á impedir un amor honrado y noble. Como es bueno é hidalgo, accederá seguramente...

—¿Pero y si se negase?

—¡Ah! Entonces,—exclamó Gustavo, con voz de concentrada cólera,—le recordaré que aquel á quien hoy llama hijo, pedia limosna en España con su madre, enmedio del mayor abandono, en tanto que el indiferente autor de sus dias, gozaba de los atractivos de la fortuna y de la adulacion. Le recordaré que para que yo tuviese honra, fué preciso que, arrostrando peligros sin cuento, cruzase las olas, á fin de preguntar al Adelantado de Guatemala, si él tenia conciencia. Y si su obstinacion fuese tan cruel, que desoyera mis súplicas, acabaria por decirle: «Don Pedro de Alvarado, cuando reintegres á la memoria de mi madre su honor ultrajado, pide obediencia. Cuando trates de cubrir con oropel para satisfacer tu vanidad, el cuerpo llagado del mendigo, no esperes otra cosa que la venganza.

El Adelantado, al escuchar estas palabras, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Comenzó á temblar como un azogado, y estuvo á punto de caer sobre su hijo; empero contuvo sus iras haciendo un supremo esfuerzo.

Elena se explicó de esta suerte:

—Tienes razon, Gustavo mio, tienes razon. Nuestro pasado nos impele á sustraernos á los caprichos y exigencias de la sociedad. Ambos hemos cruzado los dias de la juventud de igual suerte; tú, recogiendo un apellido prestado, despues de saborear la miseria; yo, prohijada por unos virtuosos compatriotas, de quienes sólo consigo oir, cuando de mis padres hablo, que eran muy buenos, que me pusieron por nombre Sylvia, y que la muerte les alcanzó cuando ni siquiera tenia yo facultades para agradecer sus caricias. Esto escucho, mientras la fidelidad de mi memoria me permite recordar vagamente, que jamás oí que nadie me llamase hija, ni que me prodigara persona alguna esos cuidados, esas sublimes atenciones propias del cariño maternal.

—Por esto, Elena, quiere Dios que vivamos el uno para el otro. Por esto, en su admirable sabiduría dispondrá que no nos separen nunca las persecuciones del idfortunio. Yo espero en El, yo confio en su bondad inagotable, que alentará mis esperanzas y premiará el amor que le profeso, no arrancándote jamás de mi lado.

—Somos dos mártires de la desgracia, y dos héroes del sufrimiento, ¡qué mucho que á pesar de la oscuridad de mi orígen te exija, Gustavo, el sacrificio de tu amor!

—Tuyo será eternamente, vida mia.

—¿A pesar de todos los obstáculos?

—Muere el cuerpo, y el alma cruza á través de los más espesos muros, para sondear el infinito; mi amor, grande y elevado como ella, sabrá romper tambien la cadena de la esclavitud, para volver á los brazos del ángel de mi felicidad.

Los dos amantes quedaron en éxtasis, unidos por la corriente magnética de su mirada.

El cielo, envidioso de su ventura, comenzó á romper los espesos velos de las sombras.

La tempestad parecia disiparse, y el astro de la noche recuperar su imperio.

Un soplo de suavísima brisa acarició, al cruzar, la negra y rizada cabellera de Gustavo.

Don Pedro, oculto en su madriguera, no hacia el menor movimiento; sólo sus ojos miraban siniestramente de tiempo en tiempo, á uno y otro lado, como temiendo que alguien le conociese.

El hidalgo sentia interior inquietud, sin acertar á explicarse el motivo que la produjera.

—Si como padre,—preguntábase;—vengo á espiar á mi hijo, ¿hago mal obrando de esta suerte?

Y una secreta voz le contestaba:

—No vienes como tal; es el orgullo quien te conduce aquí: la soberbia humana que osa escuchar el diálogo de amor de dos ángeles, para robárselo, si puedes, envidioso de su sencilla felicidad.

—¿Eso soy?—seguia inquiriendo el espíritu del hidalgo.

—Y algo más todavía,—respondíale la conciencia. El matador de un hombre honrado, el doctor don Alonso: el seductor de su hija, Elena; el ingrato: el perpétuo amigo del verdugo, el que no perdona jamás, el que llega oculto vergonzosamente hasta aquí; *el diablo á las puertas del cielo.*

Ante estas formidables acusaciones, vaciló don Pedro varias veces y quiso retirarse:

Empero la palabra de la ambicion deteniále diciendo:

—No temas; desempeña tu oficio, realiza tu propósito. ¿Qué eras ayer? Nada; un aventurero, que no lleva por compañía otra cosa que su buena estrella.

—¿Qué eres hoy? El segundo héroe de la Nueva España: el hombre temido, el conquistador invencible; el amigo del rey, el señor de los mares.

—Ese jóven es tu hijo, es el reflejo de tu historia llena de triunfos, es tu continuador, tu imágen, la copia exacta de tu personalidad. La patria os coloca á ambos en el pedestal destinado á los príncipes; ese es vuestro puesto. No podeis descender de él sin mancharos con el fango de la vulgaridad.

—Pedro de Alvarado; piensa bien lo que haces. Ten valor para conjurar el conflicto, ten alientos para mantener el prestigio de tu posicion.

—¿Te conmueve el diálogo de la desgracia? ¿Te emociona el sentimiento de tu hijo? Pues mira, caudillo ilustre: si logras apagar el fuego de su amor, como Gustavo es jóven, y su imaginacion es soñadora, bien pronto olvidará el pasado, ante la contemplacion de un

porvenir brillante y próximo. Este es el mundo: no debemos marchar contra la corriente.

—Espera, detente, escucha el resto, y procede despues, sin quebrantar tus inspiraciones.

Y ante estos mentidos consejos de la ambicion, el Adelantado de mar y tierra renunciaba á separarse de aquel lugar.

—Sí, arcángel de mis ilusiones,—exclamó Gustavo con apasionadísimo acento.—Nada impedirá que llegue á llamarte mi esposa. El corazon carece de leyes, el afecto puro del alma no puede en ocasion alguna reglamentarse.

—Yo bien sé á lo que me expongo, si denegándome mi padre su permiso, insisto en contrariarle. Caerá sobre mí quizás, todo el rigor de las ordenanzas militares; seré encerrado tal vez en una prision; pero no importa; Dios, que vela por los desgraciados, me socorrerá en tan duro trance...

—¿Cómo, Gustavo?

—Facilitándonos la fuga; porque tú Elena mia, me acompañarias en la proscripcion ¿no es cierto?

—Te seguiré hasta el fin del mundo, Gustavo de mi alma. Sino tengo otro ser en la tierra á quien amar más que á tí, ¡cómo renunciar á la mirada de tus ojos y al constante juramento de tus labios!

—Así, nadie osará robarnos los tranquilos dias del hogar; las dulces horas de los recuerdos queridos; la mútua posesion de nuestras almas.

—Sí, Gustavo, y si el destino fiero lanzase contra nosotros una persecucion injustificada hasta el punto

de que la fuerza lograse separarnos para siempre, ¡ah! entonces...

—Ya comprendo lo que quieres decir, Elena mía, buscaríamos la libertad de otro mundo, apelando al suicidio.

—¡Miserable! —gritó el enmascarado con voz de trueno.

—¡Jesús! —exclamó la jóven cerrando súbitamente la ventana.

Don Pedro avanzó hasta muy cerca de Gustavo, y quedó frente á él, con los brazos cruzados y sin hacer el menor movimiento.

—¡Ladron é demonio, fantasma ó realidad! —gritó Gustavo con fiereza de tigre. —Atrévete á repetir esa palabra, y verás como se arranca un corazon para arrojarlo á los cuervos.

—¡Miserable! —repitió con más fuerza el desconocido.

—¡Oh! Ya adivino quién eres, —volvió á decir el jóven poniendo su diestra en el puño de la espada.— El villano Sandoval que viene á aceptar mi reto. ¡Cobarde! Te has ocultado el rostro para que no te delate la vergüenza propia de los traidores. Habla con la faz oculta, no importa; á los viles se les adivina sin mirarlos; y tú eres un menguado y un felon.

—¡Miente! —repitió don Pedro con igual energía.

—¡Voy á hacerte tragar la palabra, reptil, mal que te cuadre! ¡Desnuda, villano, el acero, y acabemos como cumple á los honrados!

Gustavo desenvainó la espada, y como no advirtie-

se que su contrario hiciera igual operacion, gritóle:

—¡En guardia! ¡En guardia! No me pongas, surcidor de liviandades, en el caso de asesinarte como á un perro.

Apenas articuladas estas frases, lanzó el jóven sobre su interlocutor un terrible tajo, que éste paró con suma habilidad.

—¡Hola, estabas preparado?—repuso con sonrisa diabólica.—¡Qué me place! Así quiero yo encontrarme con los hombres; dispuestos siempre á dar una muestra del vigor de su brazo.

Y esto diciendo, Gustavo tiróse á fondo, mas con tal desgracia, que una parada habilísima de su contrario y un golpe á ella consecutivo, hicieron saltar la espada de manos del jóven.

Al caer, la hoja del acero quedó rota en dos partes.

Interin el valeroso oficial recogia del suelo el arma, el desconocido aprovechó el momento para huir.

—¿Quién eres, quién eres, realidad ó demonio, que has conseguido derrotar por primera vez al hijo del Adelantado de Goathemala?—gritó Gustavo lleno de pavor.

El eco devolvió al jóven su propia pregunta sin que mortal alguno le respondiese.

—¿Huyes?—siguió diciendo,—pues yo te buscaré ¡vive Cristo! aunque sea en las entrañas mismas del infierno.

—¡Sandoval! Sí eres tú el que ha logrado desarmar á Gustavo de Alvarado, bien puedes apellidarte el primer tirador de las legiones castellanas; empero aun-

que Satanás encarnándose en tu cuerpo, haya manejado tu tizona, yo te aseguro por los cuernos de Lucifer que no he de parar hasta que quede lavada con tu sangre la mancha impura de mi deshonra.

CAPÍTULO XI

Entre el médico y el cura.

El hijo del Adelantado de mar y tierra, envainó apresuradamente el arma rota, y despues de dirigir una mirada hácia la reja, á cuyo pié conversara con el ídolo de su corazon, dispúsose á partir en el propio sentido en que don Pedro lo hiciera.

Empero reflexionó algunos instantes, y detúvose súbitamente, diciendo:

—Gustavo, ten calma, y medita con frialdad. Tu corazon hidalgo y valeroso, te impulsa naturalmente á emprenderla en seguimiento del menguado que ha destruido con un solo golpe, el notorio brillo de tu valor: tú no le conoces, tú no has acertado á descubrirle bajo el antifaz con que se oculta. Su voz tampoco te ha revelado nada; no te es familiar, y aunque lo fuera, como tu rival no se ha expresado más que con mono-

filabo, y de seguro ha procurado cambiar sus tonos, estás completamente persuadido de que no vas en pos de uno de tus compatriotas.

—Quizá sea el miserable un *plagiario*, (1) venido de Méjico, que tenga en estos alrededores copia de hombres apostados, los cuales deban caer sobre tí, si cometes la imprudencia de perseguirle.

—¿Pero es admisible que un bandido,—continuaba preguntándose Gustavo,—salga á retarnos de frente y con nobleza? ¡Oh! Indudablemente me equivoco. Si mi agresor se hubiese propuesto realizar un fin criminal, atentatorio contra mi persona, habria, es evidente, lanzado sobre mi cuerpo sus ataques en forma de traicion, y por alevosos y siniestros medios.

—¡Oh! ¡Qué idea, cielo santo!—añadió el oficial cerrando los puños y dirigiendo á la ventana de Elena una mirada de tigre.—¡Si ella me fuese infiel, si su amor perteneciera á otro hombre, si el enmascarado hubiese acudido á un traidor llamamiento de sus labios, para escuchar un juramento de fidelidad!... ¡Ah! Entonces, hiena sin entrañas, sabrias lo que era la daga de un caballero, cuando rasgase tu pecho sin piedad, para hacerte pedazos el corazon.

—Mas no, no cabe falacia tanta, en quien ha protextado hacer por mí hasta el sacrificio de su vida. ¿Engañarme Elena? Imposible; primero arrostraría el martirio, que pagar con la ingratitud el tormento de

(1) Secuestrador.

esta pasion avasalladora que me impulsa á pensar en ella solamente.

—¿Será un rondador desairado mi enemigo? Lo ignoro; pero ni la edad que revela, ni su continente grave y severo, ni la rudeza de sus modales, permiten suponer otra cosa, sino que mi competidor, es por sus gustos, inclinacion y bruscas maneras, un verdadero hombre de guerra.

—Sandoval, sí, liviano doctor, no cabe otra sospecha. Me lo dice mi propio corazon. Se ha visto el miserable humillado, vencido, cubierto de oprobio por mí.

—Quiere afectar una hidalguía de que carece, y con la excusa de admitir mi reto, ha osado llegar arteramente hasta el santuario de mi amor, para revelar despues á mi padre todo cuanto oyera.

—¡Ah, cobarde! Yo te probaré que no as Gustavo de Alvarado juguete de traiciones, ni prenda de alevosías. Voy, voy á tu casa; allí te exigiré una declaracion terminante de la infamia que acabas de tramar, y te arrancaré forzosamente la espada del cinto, para suplir la falta de mi acero, que en lid honrada, acabo de perder.

Gustavo embozóse hasta los ojos, y partió en distinto rumbo que su padre, encaminándose á la casa de Sandoval.

Cruzó calles tortuosas y amplias avenidas, hasta penetrar en una extensa plaza, cuajada de árboles en su derredor.

Tomó por el lado derecho de la misma, y presuroso marchaba, cuando sintió el crugir de una puer-

ta, para llegar á la cual restábanle tres varas todavía.

El enamorado hidalgo detuvo su viaje para ocultarse en el umbral de una casa contigua.

Allí permaneció un corto intervalo, favorecido por las sombras de la noche.

Fija la mirada en el lugar de donde partiese el ruido, pudo ver Gustavo, primero, un hombre cubierto con el sayal del franciscano.

Luego, un caballero vestido á la española, de cuyo cuello pendia negra capa.

Y en pos de ambos, una india desgreñada y vieja, que traia en la mano una antorcha encendida.

Gustavo no pudo dominar su sorpresa, recogió toda su atencion, y oyó de labios de la anciana estas palabras:

—Gracias, mis amos, el Señor os lo pague. Vuestra sabiduría y noble corazon, devuelven la tranquilidad á una madre desvalida.

—Haced lo que os digo,—exclamó el del negro manto,—dadle cuatro gotas del líquido al amanecer, y espero que mañana le tendremos fuera de cuidado.

Y no escaseeis gasto alguno,—añadió el religioso. —Si se os concluye el dinero, en el hospital de Santa María estaré; mandad allí á pedir más.

—Dios premie la buena accion de mis amos,—exclamó la vieja, derramando abundosas lágrimas, é intentando arrodillarse ante los desconocidos.

—Levantaos, pobre vieja,—repuso el del hábito, ayudando con gran cariño á incorporarse á la india. —Nada nos debeis,—añadió el cogulla.—Lo que aca-

bamos de hacer con vuestro hijo, es una sagrada obligacion que el Cristianismo nos impone. El desvalido es tambien nuestro prógimo. Debemos socorrerle en sus desdichas, curarle en sus dolencias, prestarle consuelo en sus amarguras. Médico este hidalgo, y sacerdote yo, habríamos incurrido en punible delincuencia, si no hubiésemos aportado al enfermo; mi amigo, los tesoros de su sabiduría, este humilde siervo del Señor, la dádiva que recibe á menudo de manos pudientes, para distribuirla entre los que la han menester.

—Benditos sean mis amos, las madres que dieron tales hijos, para eterna alegría de la humanidad.

—Bueno, bueno,—repuso el hidalgo con palabra afectuosa.—Ahora lo que conviene,—añadió,—es que acudais junto al lecho de vuestro hijo, por si necesita alguna cosa, y que no reveleis á nadie, si hemos obrado ó no generosamente. Callad, puesto que á mi colega y á mí nos basta con que la clemente mirada de un Dios misericordioso, no se aparte jamás de nuestras acciones. Retiraos, señora, en la confianza de que yo respondo de la vida de vuestro hijo.

—El cielo guie á mis amados protectores,—exclamó la anciana con voz entrecortada por la emocion.

—El os guarde,—respondieron los desconocidos.

La india entróse en su casa, cerrando tras sí la puerta.

Los dos amigos emprendieron la marcha en direccion del escondite de Gustavo.

Este pegóse á la puerta como un papel, y contuvo la respiracion cuanto le fué posible.

Como la noche era oscura, y éralo tambien la color de su capa, pudo evadirse de la atencion de aquellos dos hombres que, aparte de esto, venian tan entretenidos en su conversacion, que no sé, curaban de cuanto en torno suyo existia.

Pasaron por delante de Gustavo sin advertirle, y detuviéronse á pocos pasos de él.

—¡Voto al diablo, y qué mala noche hemos tenido, fray Jerónimo!—exclamó el seglar.

—Cinco horas, mi querido doctor, habeis permanecido junto al lecho, siguiendo el curso de la enfermedad, y otras tantas he estado yo rezando las preces de los agonizantes.

Gustavo no pudo reprimir un movimiento de inusitada sorpresa.

—Es un caso típico de fiebre gravísima, que obliga al paciente á delirar como un loco,—dijo el doctor.

—Esto no obstante, mi querido Sandoval, habeis derrotado al enemigo con vuestra medicacion acertada. El enfermo ha entrado en reaccion, está muy tranquilo: quizás mañana el peligro haya desaparecido por completo. Sois una verdadera antorcha del saber.

—Y sin embargo, no todos opinan como vos, fray Jerónimo, cuando alguno ha tenido á bien destituirme de mi empleo.

—¡Oh! No repitais semejante cosa. Parece increible; vos, el hombre que con sus medidas acertadas mantiene inquebrantable la salud del ejército, el generoso, el caritativo, el valiente; ¡ah! no; no puedo creerlo; paréceme cavilosidad vuestra, y si fuera cier-

ta tamaña felonía, sentiríalo por don Pedro, que no habia de recoger muy buena fama de labios de nuestros compatriotas.

—Mas yo he jurado vengarme de la ofensa, fray Jerónimo, como se vengan los caballeros.

—¿De qué modo, señor Sandoval?

—Practicando el bien; separando á dos desdichados jóvenes del borde del abismo: á Elena y á Gustavo.

El oficial estuvo á punto de dejar el incógnito para arrojarse en brazos del amigo de quien tan infundadamente dudara.

Mas ganoso de oir hasta su remate el diálogo de sus colegas, quedóse en su primitiva actitud.

Fray Jerónimo, fijando á través de la capucha su mirada en Sandoval, preguntóle con marcada sorpresa:

—¿Decís, mi buen doctor, que ambos jóvenes están al borde del abismo?

—Sí: padre Viscasillas.

—¿Y puede saberse por qué causa?

—Porque se aman con locura. El Adelantado se opone á estos amores, movido por orgullosas miras de interés. Elena se halla dotada de una organizacion estremadamente débil; Gustavo es un manojo de nervios, pensad ahora, fray Gerónimo, si es difícil que dos naturalezas semejantes, sucumban de desesperacion ó apelen como remedio al suicidio.

—¡Válgame mi Seráfico Padre!—exclamó con espanto el religioso santiguándose apresuradamente.—Dios nos libre,—añadió,—de semejante infortunio. ¡Oh! Haceis bien en alentar tales propósitos, señor

Sandoval. ¡Somos cristianos y no podemos consentir á sabiendas que esas dos almas se vendan por culpa de otro á Lucifer.

—Celebro que penseis como yo, fray Jerónimo, porque pensaba reclamar vuestra cooperacion en el asunto.

—¿La mia? Imposible.

—¿Hola, no os atreveis á quedar enemistado con Satanás?

—¡Ave María gratia plena! El señor me aleje de toda forma de concierto con los malos.

—Pues para probar que nada quereis con ellos, y que vuestro ministerio sublime aspira á que no se pierdan las almas, es para lo que yo demando vuestro auxilio.

—Veamos cómo.

Sandoval acercóse al oido del franciscano y preguntóle:

—¿Tendríais inconveniente en dar la bendicion nupcial á los muchachos?

—¿Pero qué es lo que estais diciendo?

—Contestad categóricamente, sí ó no.

Viscasillas reflexionó un instante y repuso:

—Supongamos que no le tuviese, ¿quereis decirme cómo se salvan las prescripciones legales que han de preceder al acto, el consentimiento paterno, etc. etc.?

—De eso no sois vos el llamado á ocuparos, en la inteligencia de que dentro de lo mandado por las leyes y pragmáticas del reino, se hará la cosa de suerte, que ni contraereis responsabilidad, ni realizareis mas que el cumplimiento de vuestros deberes.

—Pues siendo así, contad, señor Sandoval conmigo para cuanto os plazca.

—Magnífico, carísimo padre: ya sabia yo que vuestro corazon, no habria de resistir á mis súplicas.

—Aventuradilla es la empresa, señor doctor.

—La que cumple llevar á efecto á un hombre de dignidad, á quien se destituye de su empleo por no saber curar las pasiones á gusto de la ambicion.

—¿Y vos vais á curarla?...

—A gusto de la justicia, para que sepan todos que las ciencias médicas, se visten con el traje de la seriedad y no se quebrantan á gusto de los magnates.

—Quiera mi amadísimo padre San Francisco, que el hacha del verdugo no tenga que pedir cuentas á nuestras gargantas.

—Espero que antes se emboten sus filos,—exclamó Sandoval, lanzando una sonora carcajada.

Los dos interlocutores emprendieron de nuevo su interrumpida marcha, perdiéndose á poco de la mirada de Gustavo.

Este, abandonando su escondrijo, salió al paseo de árboles, exclamando:

—¡Pobre y amado amigo mío! ¡Y yo que te juzgaba un traidor, un falsario y un miserable! Cuando intento dirigirme á tu casa para atropellar su reposo; cuando te juzgo el delator infame, que no contento con violar el secreto de mi amor, acude contra el enfermizo jóven para desarmarle, cubriéndole de oprobio, me encuentro con que te hallas ejerciendo la caridad, la ciencia, tu saber sublime, en un infeliz paciente.

Luego en las sombras de la noche preparas mi salvacion, me abres el porvenir venturoso de todos los ensueños, te atreves hasta arrostrar la muerte por mi bienestar; me aseguras en una palabra el amor de Elena, todo cuanto puedo desear en el mundo. ¡Oh! Perdóname, hermano mio, recibe desde el fondo de mi alma toda la gratitud que es ella capaz de sentir, siendo española, en tanto que maldigo la debilidad de los juicios humanos, que donde creen hallar la sombra está la luz que deslumbra, que confunde, que aniquila todo cuanto en la opinion deleznable se encierra.

—No era Sandoval, no, el que yo juzgaba autor de mi deshonra. ¿Pues entonces, quién puede serlo?

—¡Santo Dios qué idea! Si mi propio padre...

—¡Oh! Apartad de mi cerebro creencia tal. Venir á espiar á su propio hijo con el rostro tapado, aceptar un duelo propuesto por éste; no descubrirse para que la espada parricida cayese en tierra hecha polvo, por disposicion de los cielos. ¡Mi padre, Alvarado histrion en la comedia de la infamia, mentira, Satanás, mentira!

—¿Y si fuera él?... Qué me importa ¡vive Cristo! Otros han decidido de mi suerte: el doctor, para salvar el cuerpo; fray Jerónimo para libertar el alma de eterna condenacion.

—Entre el médico y el cura está, pues, mi destino. Ellos se han apoderado de la suerte de Elena y de su amante. No puede darse mayor triunfo.

—Si segun el uno, arrancando de nuestro pecho el amor la tumba será el premio, y si, como el otro dice, la desesperacion dará nuestros espíritus á Lucifer al

extinguirse nuestra esperanza, sean ambos jueces en este proceso del infortunio y cumplamos, ¡vive Dios! su sentencia, apesar de todas las autoridades.

Y esto diciendo, partió Gustavo con la ligereza del viento, en direccion de la casa palacio del Adelantado de Guatemala.

CAPITULO XII

La deshonra del acero no es bastante para el juez.

Sin accidente ni aventura llegó el oficial á su casa.

En la puerta, situada al pié de la escalera de Gustavo, velaba esperándole impaciente, Guillen.

—Buena la hemos hecho, señor,—repuso.

—¿Pues qué acontece?

—Que á su excelencia le ha dado gana hace una hora de preguntar por vos.

—¿Y qué le has respondido?

—Como estaba muy ensimismado en la lectura de un gran volúmen, no le contesté de seguida. Púseme á limpiar sus armas en su presencia para dar tiempo á que volviéseis.

—¿Y mi padre entonces?

—Abandonando el libro, irguióse, levantó los puños

y descargándolos sobre la mesa de su despacho, exclamó:

—¿Qué es lo que te he dicho, villano?

—Señor excelentísimo,—repuse temblando, cual un azogado,—como el casco, como la lanza brillaban poco, quise...

—Parte al punto ¡voto á brios! y dí á don Gustavo que se me presente en seguida.

—Voy, voy, señor general.

A poco hallábame yo en la presencia de vuestro padre, poseido de horrible miedo.

—Señor excelentísimo,—exclamé.—Mi amo se halla descansando. Disfruta de un sueño tan tranquilo, que causa verdadera pena el despertarle.

—Paréceme á mí, Guillen,—exclamó el señor general con esa sonrisa de hielo que le pone á uno más frio que un carámbano,—paréceme á mí, que te estás ganando un golpe del verdugo, para que no vuelvas á caer en mentira.

—Señor general...

—Dí la verdad en este instante ó mando que te arranquen la lengua para alimentar á los cuervos ¡villano!

—Pues bien, señor, mi amo no está en casa.

—¿Que no está en casa, dices? ¿pues dónde ha ido?

—Lo ignoro por completo. Sólo puedo manifestar á su excelencia, que al despertarme yo cuando se dignó llamarme, sorprendíme de su pregunta. Fuí al lecho de don Gustavo y le encontré vacío; despues...

—Despues, vil falsario, has tenido la osadía de en-

gañar á tu jefe y señor, ¿qué significa esto? ¿Qué negocios trae mi hijo de tan mala índole que hace cómplice de ellos á un sirviente?...

—Yo, señor, ignoro...

—Ignoras, menguado, lo que debieras saber de sobra. Servir á quien te paga con lealtad, y no andar metido á protector de malas causas.

—Perdóneme su excelencia, pero á fé de Guillen...

—No hay nada que hablar, he perdido la confianza que me inspirabas, y mañana al nacer el sol irás á buscarte otro empleo adecuado á tus condiciones, porque yo no quiero rufianes á mi servicio.

—Por lo demás, en cuanto don Gustavo venga, le dirás que se me presente, y cuenta con callar cuando te vayas de mi casa todo lo que ha sucedido, bajo pena de la vida.

—S ñor,—dije á vuestro padre, postrándome ante él de hinojos,—tened piedad de mí, no me desampareis en estas tierras desconocidas, mirad que yo no he cometido ninguna mala accion, advertid...

—¡Basta de mentidos ruegos! Mañana, repito, saldrás de palacio; ahora vete de aquí, á cumplir lo que te resta de tus obligaciones.

—Con las lágrimas en los ojos salí, don Gustavo, de la habitacion de vuestro ilustre padre, pensando en que los mayores sacrificios son casi siempre ineficaces, cuando es el encargado de apreciarlos un corazon duro.

—¡Oh! No temas quedar sin pan, Guillen amigo. El oficial á cuyas órdenes te hallas, no olvidará nunca tus hechos heróicos, el valor salvaje con que avasa-

llaste el brazo indígena, cuando tuvo lugar la reyerta junto al adoratorio de Tohil. Allí, aún lo recuerdo, tu rostro fué herido de un terrible golpe de flecha, y apesar de la mucha sangre que derramabas, continuaste luchando con un buen grupo de cobrizos hasta desbaratarlos á todos.

—Así fué, en efecto, señor.

—Por eso te digo que no temas nada, yo he aprendido á honrar á los valientes, y si mi padre, porque me has servido bien te arroja de su casa, no te faltarán trabajo ni albergue.

—Gracias, señor don Gustavo, gracias.

—¡Ah! se me olvidada deciros, que el señor doctor Sandoval me ha entregado esta carta para vos.

—Veamos lo que contiene.

Guillen acercó su linterna al pergamino, y á merced de los fulgores de una luz vacilante y ténue, comenzó Gustavo á leer el texto.

A medida que del documento iba enterándose el jóven, sus ojos se animaban visiblemente; su rostro cubríase de un matiz sonrosado que realzaba su belleza, y su labio parecia repetir en silencio las frases estampadas en el escrito.

Gustavo llegó al final de la carta, y estrechándola contra su corazon, repuso:

—¡Oh! No cabe más perfecta hidalguía, no puede darse prueba mayor de sincero afecto. Es un hombre excepcional, es el prestigio de la caballerosidad castellana.

—Lo primero que me previno el señor doctor, fué

que ni mi camisa osara mostrarse noticiosa de la entrega de ese documento, por lo cual, don Gustavo, yo os suplico...

—¿Que guarde yo igual reserva? Está tranquilo, Guillen, que así lo haré por la cuenta que me tiene. Ahora sólo me falta proponerte una cosa.

—Hablad, mi amo, cuanto os plazca.

—¿Si las circunstancias me pusiesen en situacion de abandonar la casa de mi padre, me seguirias á donde yo fuese?

—Hasta el fin del mundo.

—¿Aunque tuvieras que arrostrar las iras del verdugo?

—¡Las iras del verdugo! Tengo sangre y tengo alientos y con estos puños que veis, seré capaz de demostrar al ejecutor que yo no necesito cáñamo para extrangularle.

—Pues siendo así, está preparado en mi cámara, por si fuese necesario que partiéramos esta noche.

—Sereis servido, mi amo.

Un fuerte campanillazo percibióse á la entrada del cuarto de Gustavo.

—Vuestro padre llama; voy de nuevo...

—Yo iré en tu lugar, Guillen. Seguramente su aviso tendrá por objeto preguntarte si he regresado.

—Desdichado de tí si te presentases ahora en la cámara de don Pedro, para darle una contestacion negativa; te haria pedazos seguramente.

Un nuevo y más furioso campanillazo que el anterior, ensordeció casi á hidalgo y escudero.

—¡Voto á cien bombardas!—exclamó lleno de cólera Gustavo,—que si continúa así vá á echar abajo el edificio.

—No os detengais un momento más, señor.

El oficial quitóse su capa y sin perder un punto la serenidad, encaminóse á la cámara de su padre.

Cruzó varias galerías, atravesó dos amplios salones, y levantando una gruesa cortina de terciopelo carmesí, quedó en el umbral de la puerta, fijo como una estátua.

—¿Qué deseábais, señor?—preguntó con voz humilde al autor de sus dias, el cual al verle cesó en sus largos paseos.

—Gracias al cielo que logro dar con vuestra persona,—exclamó el Adelantado con marcada ironía.—Os he llamado varias veces, y háme causado verdadero asombro el que no hayais acudido á mi mandato. ¿Habíais salido fuera de casa, ó andábais por las galerías de palacio haciendo ejercicio para vencer el insomnio?

—Yo, señor...

—Explicaos claramente, y dejemos á un lado todo linaje de vacilaciones.

—Pues bien, padre mio, habia salido de casa.

—Magnífica declaracion para un oficial de las fuerzas que debe dar ejemplo de subordinacion y de disciplina. ¿Ignorais acaso las órdenes que tengo dadas, disponiendo que á excepcion de los jefes superiores, nadie pueda durante la noche salir sin mi permiso?

—Las conozco perfectamente; empero como ningu-

no de mis compañeros se halla cual yo en prisiones durante el dia, juzgo que la compensacion...

—Aquí ¡rayos y truenos! no caben argucias, ni sutilezas: se hace lo que yo mando y nada más, ¿lo entendeis?

Gustavo no articuló una sola palabra.

—Vuestro silencio me indica que reconoceis en absoluto vuestra culpabilidad; y aparte de que para escarmiento de los demás no pienso dejar impunes las faltas que mi hijo cometa, necesito saber en este momento, á qué motivo obedecen vuestras excursiones nocturnas, hechas con el recato del criminal, porque supongo que no ireis á hacer penitencia de vuestras culpas al pié de la Santa Cruz.

—Voy, señor, á donde ni pueda manchar vuestro apellido, ni desacreditar el empleo con que me habeis honrado.

—¡Esto no es bastante, vive Cristo! El general de las fuerzas españolas en Goathemala tiene perfectísimo derecho, facultad suficiente, para penetrar en lo más íntimo de los actos de sus subordinados. Para casos como el actual, debeis olvidaros de que sois mi hijo, pensando tan sólo en que es la ordenanza militar quien os increpa y os pide cuenta estrechísima de vuestros actos. Hablad y concluyamos, á ménos que os inspire vergüenza la índole de la confesion.

—¿Vergüenza habeis dicho? No cabe semejante delito en quien deja su hogar para rendir el culto del amor á las plantas de una mujer digna.

—¡Miserable!

—Esa misma palabra la pronunció en cierta ocasion un enmascarado, al pié de la reja donde el desgraciado mendigo de un tiempo llora las crueldades del infortunio.

Don Pedro quedó estupefacto ante la revelacion del oficial; pero dominándose súbitamente, exclamó cambiando de tono:

—Concedamos á la juventud este derecho, siempre que nos demuestre que la mujer á quien ama, es digna por su rango y cuna de poseer su corazon.

—¿Quereis, padre mio, saber su nombre? ¡Os lo he repetido tantas veces!

—Volved á enunciarlo, para que vea yo si llega vuestra desobediencia hasta el grado escandaloso de ratificaros en vuestras opiniones.

—Deseais que hable, y poneis, señor, una barrera á la verdad.

—Esa es la que me hace falta.

—Pues entonces, rindiéndole culto, os diré que y Elena, y sólo á Elena, amo con locura.

—¡Ah, menguado! No esperaba yo otra declaracion de un mal hijo como tú.

—Pensad, señor, en que nunca os he negado el debido respeto.

—Pero lo haces ahora, miserable. Ahora que yo veo en tí al nobilísimo descendiente de mi extirpe: cuando pensaba en recabar para él una brillante posicion, un lugar en la córte, la mano de una dama ilustre, el valioso afecto de nuestro muy amado señor rey don Cárlos V.

—Entended, padre mio, que el rey y vos sóu los que me increpan; ¿cómo osar engañarlos cuando no puede tener entrada en mi alma el amor de otra mujer?

—Pues lo tendrá, pese á todo el infierno junto.

—Gustavo, obremos como Dios manda. Cede de tu parte cuanto puedas. Los hombres de nuestra reputacion no se pertenecen; su voluntad corresponde al público. Reflexiona bien lo que te digo: Elena es una jóven de oscuro linaje, de nebulosa cuna; tal vez la hija del esclavo, del ambulante mercader ó del despreciable homicida.

—Tú, en cambio, recoges en tu camino las miradas de respeto de todos. Eres casi un príncipe, un bizarro guerrero, un alto dignatario en América y en España. Cuando volvamos á ella, el emperador estrechará tu mano, sus consejeros solicitarán como un tesoro tu amistad, el pueblo sembrará de flores tu camino. ¡Quién puede renunciar á beneficios tales por la mano de una india, veleidosa tal vez, como todos los de su raza!

El oficial limitóse á dejar caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Oh!—exclamó el Adelantado.—Comprendo tu tristura, hijo mio. Es el arrepentimiento de haber desoido los sanos consejos de tu padre. Sin embargo, yo te perdono, y olvido el pasado, teniendo en consideracion, que en nuestras mocedades carecemos del necesario juicio; mas espero qne no volverás á acordarte de Elena, ¿verdad?

—No puedo, señor, no puedo,—exclamó el jóven derramando abundosas lágrimas.

—¡De rodillas, infame!—gritó con cólera inusitada don Pedro, haciendo caer de hinojos á su hijo.—Puesto que nada valen,—añadió,—ni mis súplicas, ni mis exhortaciones, ni mi bondad, oye, canalla, lo que voy á decirte. Maldito seas durante tu vida y maldito sea tambien el nombre de tu concubina Elena.

—Mentís, ¡vive Cristo!—exclamó Gustavo poniéndose en pié y echando instintivamente la mano al puño de la espada.

—¿Qué haces, reptil inmundo?—gritó don Pedro intentando arrojarse sobre Gustavo.

—¡Defender el nombre de mi madre, que está en el cielo de las blasfemias de su seductor!—contestó el oficial con acento enérgico y vigoroso.

Lit. de J. Palacios. Arenal 27. Madrid

Mentis vive Cristo! exclamó Gustavo poniendose en pié.....

CAPITULO XIII

—

El cadáver del honor en el tribunal de la conciencia.

Ante el rasgo de indignacion de Gustavo, quedó don Pedro sin articular una frase.

El jóven permaneció largo rato mirando á su padre.

Entre ambos caballeros estableciose una corriente muda de inteligencia, más expresiva que la propia palabra.

En aquel momento el invicto Adelantado de Guatemala no era otra cosa que el culpable, sobre cuya cabeza cae formidable acusacion, arrancada al tribunal inapelable de la conciencia.

Gustavo habíase convertido en juez de su propia causa, al denostar á don Pedro llamándole seductor de la desdichada Elena de la Cerda.

Empero al proceder así, quisieron sin duda los cie-

los torturar el ánimo de Alvarado, recordándole que, segun la ley Mosáica, los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta generacion.

De suerte, que Gustavo apoyaba en la razon su queja. El era la víctima inocente, el fruto de unos menguados amores: si su padre le hubiese legitimado por medio del matrimonio, habríase conjurado esa especie de maldicion, estampada en la religion antigua.

El jóven decia para sí:

—Cuando yo recojo la herencia de tus culpas, cuando yo, en vez de imitarte, solicito la mano de una mujer digna y me la niegas, ¿osas todavía profanar el nombre de la que pagó tu amor con su honra? ¡Oh! Mal puede hacer respetar sus mandatos, aquel juzgador que no comienza por dar ejemplo de rectitud.

Todas estas reflexiones que Gustavo se hacia sin duda en aquel momento supremo, reflejáronse atropadas en la mente del Adelantado, por esa comunidad de pensamiento que se establece entre los actores de los grandes dramas de la vida.

Mas no era el lugarteniente de Cortés hombre que subordinaba fácilmente su voluntad á los sentimientos delicados y de corazon.

Habia llegado á esa altura de las posiciones oficiales, en que la fiebre del mando suele apoderarse á menudo de los que las ocupan.

Por esto disipáronse bien pronto del espíritu del caballero, la impresion que le causara el rudo ataque verbal de su hijo y la comezon angustiosa é inquieta del remordimiento.

El padre habia sido ultrajado; quedaba todavía con su fuero la personalidad del general en jefe, quien iba á imponer su castigo á un oficial insubordinado.

La tempestad comenzó á iniciarse; aquella sublime escena de majestuosa calma, fué sustituida por la cólera y el ódio.

Don Pedro, con voz enronquecida, con los puños tan fuertemente cerrados, como si actuasen sobre los músculos fluidos opresores, lanzó á su hijo una mirada diabólica, y exclamó:

—¡Acabas, villano, de faltarme al respeto, arrojándome al rostro diatribas é insultos, por los cuales debiera haberte hecho pedazos! pero me basta con devolvértelos, recordando que ningun honor podria borrar de tu frente el estigma de hijo espúreo.

—¡Padre, padre! ¡Tened la lengua!—gritó Gustavo con marcada desesperacion.

—Sí, reptil inmundo, sí; tú no llevas mi sangre, tú eres de la casta de los viles.

—Piedad, don Pedro, piedad.

—Bien haces en darme, miserable, ese nombre, porque yo no soy, no puedo ser tu padre.

—¡Santo Dios!

—El hijo es el que nos ama, el que enjuga nuestro llanto en las angustiosas horas del dolor, el que acepta el sacrificio por proporcionarnos una sonrisa; el apoyo de nuestro brazo cuando nuestras fuerzas decaen; pero tú, el rapaz insolente y descreido, no puede ser calificado de otra cosa que de mulato.

—¡Padre, padre!—repitió Gustavo cayendo de ro-

dillas y elevando hasta don Pedro sus cruzadas manos.—Medid, señor, vuestras palabras. Advertid que estais proclamando vuestra propia deshonra. Pensad que os amo, que no he querido ofenderos, que ha sido sólo el respeto á la memoria de mi santa madre, el que ha alentado la indignacion. ¡Señor, señor, compadeceos de este pobre huérfano!

—¡Nunca, bastardo, nunca!

—Pues bien, Adelantado de Guatemala,—exclamó el oficial poniéndose en pié y tomando las actitudes de un valiente;—apellido ganado á tanta costa, avergüenza y humilla más que ensalza. No quiero, no, vivir á vuestro lado con el rubor en el rostro y en el corazon la pesadumbre. ¿Bastardo me llamais? ¡Oh! ¡Por Cristo vivo, que no tendreis ocasion de repetir otra vez tan infame nombre!

—¡Gustavo!

—¡Señor general de las fuerzas españolas. Con el calificativo asqueroso que acabais de otorgarme, han cesado nuestras mútuas obligaciones; en vos, el derecho de mandar; en mí, el deber de obedeceros.

—¡Atrás, canalla!—exclamó el Adelantado con voz de trueno, impidiendo á su hijo la salida de la estancia.

—Dejadme, dejadme, ¡voto á brios!

—Atrás, repito; sino estais en la presencia de vuestro padre, os hallais en la del jefe que habeis ofendido.

—¡Don Pedro!

—No saldreis de aquí, ¡rayos y truenos! sin oir vuestra sentencia.

—Presto, presto, fulminadla lo más duramente posible y la recibiré con la sonrisa en los labios.

—Oid, mal caballero, lo que la ley os exije.

—Hablad, señor Adelantado.

Don Pedro oprimió rudamente el brazo de Gustavo, y acercando el rostro á su oido, exclamó:

—No volvereis á ver á vuestra concubina, mal que os cuadre, porque yo la ocultaré convenientemente.

—¡Cielo santo!

—Quedareis encerrado en vuestras habitaciones durante ocho dias á pan y agua, hasta que salgais para nuestro país, custodiado como reo de insubordinacion y ¡guay de vos! si osáseis proferir una queja contra mis mandatos.

—¿Nada más, señor general?

—Oid el resto: Imposible seria que un villano de vuestras condiciones, continuase investido con el empleo de oficial de las fuerzas de mi direccion; en ellas no caben ni los expúreos, ni los traidores.

—¡Padre, padre mio!

—Quedais desde este instante exonerado; no podreis en ninguna ocasion volver á usar insignias militares; y en prueba de que reconoceis la justicia con que procedo, necesito una muestra ostensible vuestra.

—¿Cuál, señor?

—La inmediata entrega de vuestra espada.

—¡Jesucristo!—exclamó el jóven echándose á temblar como un azogado.

—¡Cómo! ¿vacilais? ¿Teneis aún la osadía de volveros contra la ordenanza?

—Yo, señor...

—Don Gustavo, ó me entregais un arma que os habeis hecho indigno de llevar, ú os la arrancaré yo del cinto con mi propia mano.

—¡Oh! Nunca, eso nunca.

—Entonces dádmela al punto.

—No puedo, señor, no puedo.

—¿Que no podeis? Pues yo lo haré por vos,—repuso Alvarado cayendo sobre su hijo y desnudando la mitad del acero.

—¡Jesucristo!—exclamó.—¿Qué veo? ¿Es una ilusion? ¡la espada rota! ¡Cobarde! No os faltaba más que esto; presentaros deshonrado ante mí.

—¡Callad, callad, hombre sin entrañas!

—¿Os han vencido en duelo? ¿No habeis tenido alientos para dejaros matar antes que sufrir tamaño ultraje? Fuera, fuera de aquí, un cobarde como vos, no es digno de pisar mi casa. Tomad vuestro acero, para que lo conserveis siempre como escudo de vuestra dignidad.

Y esto diciendo, arrojó don Pedro al suelo con violencia la espada rota.

—¡Mi honor pisoteado por vos mismo! Don Pedro, sin duda habeis olvidado que vuestra propia energía circula por mis venas.

El oficial recogió del pavimento el pedazo del arma, y tomándolo por sus dos extremos, repuso con voz de concentrada ira:

—La sangre vertida por la patria á consecuencia de una herida gloriosa, debilitó mis fuerzas. Esto no fué

obstáculo para que un traidor asesino, cayese sobre mí con el rostro cubierto, y me venciese en lid desigual. No hubo, no, cobardía de mi parte, y para probar al villano que no le temo, decidlo si le conoceis, que hago con su honra, lo que con esta espada.

Gustavo partió con fuerza hercúlea el fragmento de la tizona y arrojó furioso sus pedazos.

—¡Miserable!—exclamó enloquecido don Pedro.—¿No has escarmentado aún? Pues para que lo consigas, ahí vá la última conclusion de tu sentencia.

Y cruzó el rostro de su hijo con una tremenda bofetada.

—¡Jesús! ¡Madre mia! ¡Esto más! ¡Asesino del doctor Villanueva, yo te maldigo!—gritó el jóven Gustavo.

—¡Fuera de aquí!—contestó don Pedro señalando á su hijo la puerta de salida.

—No es menester, no,—repuso con energía el oficial,—el hombre digno ha abandonado tiempo hace este antro de todas las pasiones. ¡Adelantado de Guatemala, aquí no queda otra cosa que el cadáver del honor ante el tribunal inapelable de la conciencia!

—¡Basta, menguado! No aumentes mi exaltacion. Sal presto, sino quieres que te haga pedazos. Dentro de poco te arrojaré para siempre de mi compañía, á fin de que tu vergüenza no manche el decoro de los valientes que me ayudan en la conquista. Entretanto, permanecerás encerrado como un criminal en tus habitaciones, sin ver á nadie, sin hablar con nadie, teniendo por alimento el mendrugo que á los perros se

arroja, y el agua con que has de apagar la sed infame de tus enormes delitos.

Gustavo avanzó hasta su padre como fantasma vengador, y con acento fatídico dijo al Adelantado:

—Salgo de aquí, sin pan, sin honra, sin nombre. Tigre sin entrañas, piensa bien en lo que acabas de hacer. ¡Madre mia, tú sabrás apreciar desde el cielo mis sufrimientos y mi desgracia!

Dijo y abandonó la habitacion de don Pedro con la rapidez del rayo.

El general cerró violentamente las puertas de su cámara.

Gustavo cruzó corredores y galerías con tal velocidad, que semejaba á diabólico espíritu surcador del viento, encaminándose al aquelarre que debe presidir.

Llegó á sus habitaciones, y al advertir á Guillen que á la puerta de ellas estaba, cayó en sus brazos derramando abundantes lágrimas.

—¡Ay, amigo mio!—exclamó.—¡Cuán profunda es mi desdicha!

—¿Desencadenóse la tempestad?

—Guillen, yo no puedo permanecer en esta casa.

—¿Vuestro padre?...

—No pronuncies tal nombre, don Pedro me ha calificado de bastardo.

—¡Santo Dios!

—Me ha negado su apellido, me ha exonerado; me condena á permanecer encerrado durante ocho dias á pan y agua, y luego...

—Explicaos, por vuestra vida.

—Saldré para España en calidad de galeote.

—¿Dejarnos vos? Imposible, don Gustavo, imposible..Guillen tiene todavía corazon y alientos para provocar una sublevacion, encaminada á proclamaros como capitan de las fuerzas.

—Gracias, Guillen amigo; pero no habrá necesidad de ello,—repuso el jóven recobrando su altivez y rudeza habituales.

—¿Que no será preciso, decís?

—No; yo debo quedarme, ¡vive Dios! por multitud de poderosas razones; porque la adoro con locura; porque yo no soy hijo de don Pedro, segun él, y porque ha cometido conmigo accion tan villana, que arranca de mi conciencia la más sagrada obligacion.

—¿Pues qué os ha hecho, señor?

—Guillen, que nadie nos oiga, ni las paredes siquiera; se avergonzarian, de seguro, al tenerme por huésped.

—Decid presto, qué os ha pasado.

—Don Pedro ha puesto su mano en mi rostro, cubriéndolo de deshonra.

—¡Jesucristo!—exclamó Guillen, llevando instintivamente la diestra al puño de la espada.

—Ese, ese es el movimiento legítimo de todo caballero al escuchar revelacion de tal índole,—repuso Gustavo, lanzando fuego por los ojos.—Ya ves, Guillen,—añadió,—si puede el soldado que no ha conocido el miedo, continuar donde recibiera agravios tales.

—¡Oh! Teneis razon, es imposible. Os he estado

oyendo, señor, y sin ser el ofendido ha estado á punto mi cerebro de estallar, presa de justa cólera, y de indignacion incomparable.

—¡Tratado como perro un valiente!

—¡Abofeteado un caballero!

—Señor, huyamos, el decoro lo exije.

—Verdad, dices, Guillen.

—Yo os seguiré á todas partes; os serviré como esclavo, cooperaré en vuestras empresas, y si es preciso matar, caiga el que caiga, la hoja de mi puñal jamás me ha sido desobediente.

—¿De modo que segun tu opinion?

—Esta noche, ¿qué digo? En este mismo instante debemos abandonar una casa, cuya atmósfera envenena.

—¿Y si la guardia tuviese órden de detenerme?

—Ceñíos una espada nueva, y salgan cuantos gusten que entre vos y yo ¡vive Cristo! sabremos dar buena cuenta de ellos.

—Guillen, es cierto, debemos partir. Precisamente la oferta de mi querido hermano el doctor Sandoval, viene á ser nuestra áncora de salvacion en el naufragio de la desgracia. El se ha brindado á protegerme y ampararme, allí iré para buscar el afecto que me niega un padre desnaturalizado.

—Pero pronto, señor, no nos acuda algun contratiempo.

—Ahora mismo, Guillen, antes de salir quiero dejar escritas unas letras.

Gustavo cogió la pluma, y con mano temblorosa, trazó los siguientes renglones:

—Don Pedro. Un hombre sin honra, sin pan, y sin apellido, necesita andar errante por el mundo para ganar la subsistencia. Bastardo, carezco de padre á quien recurrir. Exonerado, de jefe á quien obedecer.

—Se me entrega al imperio de mi propia voluntad, ella realizará sus inspiraciones, cifradas tan sólo en el amor de Elena.

—No intenteis buscarme porque será inútil; mientras ella viva, viviré yo tambien para adorarla alentando su amor con el fuego de mi pensamiento, para arrancarla de las manos de Lucifer si la poseyese.

—Entonces, ya mia Elena, huiremos, nuestro paradero será la eternidad; nuestro puerto de arribada la tumba: el último beso de nuestro amor se llevará el último suspiro de nuestra malaventurada existencia. ¿Podemos aspirar á otra cosa que á constante y terrible persecucion? Pues de esta suerte, cesarán nuestros males, nuestras agonías, la maldicion que sobre ambos pesa.

—Elena no podrá ser de otro, procediendo así, y Gustavo quitará la ocasion de serle infiel.

—La materia bajo la tierra ¿qué importa? Las almas viven en mejores mundos; allí se unirán las de los dos mártires; al lado de la de aquel ángel que vela siempre por su desdichado hijo; Gustavo.

El oficial no pudo contener una explosion de dolor legitimo, y dejó caer la cabeza sobre la mesa en que escribió su carta.

—No lloreis, ¡vive Dios!—exclamó Guillem rudamente,—que el tiempo se encargará de haceros justicia.

Pensad tan sólo en que vuestra faz está sellada con el estigma de la deshonra.

—Venga mi espada, ¡voto á Cristo!—gritó el jóven tornándose iracundo.—¡Y á la calle!

—Tomadla, señor,—exclamó Guillen, entregándole un arma.

El escudero desnudó su tizona é hizo Gustavo lo propio.

—Así me gusta veros ¡voto á brios!—exclamó el guerrero.

—Sí, Guillen, salgamos,—repuso el jóven.

—Y no olvideis mi lema, señor.

—Lo tengo bien presente, cúmplase nuestro designio...

—Y caiga el que caiga.

Los dos interlocutores salieron como dos centellas de la habitacion, ganando la escalera privada de Gustavo.

Dejaron tras sí el zaguan, y cuando aparecieron en la puerta de la calle, un infanzon que estaba allí de guardia...

—¡Atrás!—repuso con voz de trueno.

—¿Quién lo manda?—exclamó Gustavo.

—La consigna recibida.

—¿Sin exceptuar á nadie?

—Alcanza á cuantos intenten atravesar este sitio.

—¿Y al oficial don Gustavo de Alvarado?

—Señor,—exclamó el centinela,—á ese no puedo impedírselo, si quiere salvar este obstáculo.

Y tendió la lanza en la arena.

—¡Adelante, Guillen!—gritó el jóven pasando por encima de la pica y haciendo lo propio su criado.

El centinela quedó mudo de asombro, en tanto que Gustavo emprendió su camino diciéndole á Guillen:

—Que me exijan ahora la responsabilidad militar, cuando ese imbécil ignora mi destitucion.

CAPÍTULO XV

De cómo es el mejor científico, aquel que sabe esperar

Las últimas sombras de la noche huyeron como fantasmas que se disipan al despertar.

El dia amaneció claro y esplendente.

Si llevados de natural curiosidad, hubiésemos penetrado en una casa sita á espaldas del hospital de Santa María, habríamos advertido en uno de sus salones principales dos apuestos hidalgos.

Ambos hallábanse descansando sobre dos sillones de vaqueta, y tan profundo era su sueño, que ni los rayos clarísimos del sol, dueños ya de la estancia, ni las repetidas visitas de un hidalgo portador del desayuno que debian consumir los dos amigos, lograron despertarles.

—¡Válgame Nuestra Señora del Amparo!—exclamó el militar dejando de las manos la gran batea que conducia.—Las diez de la mañana, y mis buenos dueños sin volver en sí. No, pues la ocasion no está lo más apropósito para entregarse á Morfeo; señor doctor, señor doctor!

—¿Qué quereis? ¡voto á Lucifer!—contestó uno de ambos durmientes, frotándose los ojos. ¡Ah! ¿Sois vos, Pantoja?

—Yo soy, señor Sandoval.

—Callad: no despertemos al señor Valenzuela.

—Mejor seria, mi amo, que tomase algun refrigerio. ¡Diantre de corcel! La caida habrá dejado á su excelencia sin alientos.

—Por fortuna no fué más que un golpe sin consecuencias, que le privó por algunos instantos.

—Menudo susto llevéme, señor. Habia yo salido anoche á tomar el fresco, cuando veo venir en direccion de nuestra casa á un ginete, cuya velocidad podía competir con la de los proyectiles del señor Usagre.

—De súbito, el corcel se espanta y dando un terrible bote, arroja su carga lejos de sí, y sale despavorido y sin freno.

—Al ver un cuerpo inmóvil sobre la tierra, me acerco y ¡vive Dios! Figuraos cuál no seria mi asombro al advertir la persona del señor Ballestero.

—Como era natural, lo primero que hice fué palpar sus sienes y auscultar sobre su pecho, y como el hidalgo vivia, respiré lleno de placer y de satisfaccion.

—¿Cómo proceder en aquel caso? ¿Hubiera sido

prudente conducir al caballero á su mansion, cuando carecia del sentido y del habla?

En modo alguno: la señora Violeta es extremadamente impresionable. Al ver entrar á su esposo en brazos de varios servidores, habríale creido cadáver; dada la viveza de su imaginacion, la hubiéramos expuesto seguramente á un extravío mental, á la locura, No, me dije, llevemos al señor Valenzuela á casa, y que el señor doctor resuelva lo más oportuno.

Y cargando con el pesado cuerpo de su excelencia, logré traerlo aquí, á la sazon que vos regresábais de visitar á un enfermo grave. Despues...

—Despues, amigo Pantoja, aplicando unos vendajes al cuerpo malferido del señor Valenzuela, hemos logrado su mejoramiento. Miradle cómo duerme; nuestra larga conversacion le ha rendido hasta lo sumo. ¿Y don Gustavo?

—Ahí está en vuestro gabinete de operaciones, con Guillen al lado, quien le sirve como perro fiel. Pobre jóven; ¡si vieseis la lástima que me inspira!

—Es natural, Pantoja: sin nombre, sin alimento, sin fortuna ¿A quién no causarán tristeza y enojo estos males, cayendo sobre un jóven valiente y simpático?

—¡Qué padres, señor Sandoval, qué padres!

—¡Oh! Pero tambien se amansa á las fieras; don Pedro es el tigre orgulloso y sin corazon. La conducta que observa con su hijo no puede ser más infame; hé aquí por qué todo hombre honrado debe aplicar sus esfuerzos á castigarla; y como yo me cuento ¡vive Dios! en el número de ellos, he jurado vengar á don

Gustavo y cumpliré mi promesa, pese á quien pese.

—Pero cuidad, señor, de obrar con tino, porque el negocio está muy delicado.

—No me importa.

—Es que os advierto, que al nacer el dia se ha publicado un pregon acusando á don Gustavo de prófugo, y condenando á muerte á todo aquel que albergue al jóven en su casa, y no lo traslade de seguida á la de su excelencia.

—¿Eso ordena el Adelantado? Pues me parece que de esta vez se queda sin realizar sus gustos.

—Precisamente, la puerta está bien disimulada ¿eh?

—Nadie dirá, señor, que tras de las pinturas de guerreros aztecas que se hallan estampadas en ese muro, existe un hueco que conduce á la habitacion de don Gustavo.

—Ni que oprimiendo la rodela de uno de esos valientes por la parte exterior, y el peto de otro por el interior de la estancia, se ofrezca sin hacer el menor ruido, franco paso.

—Bien hicísteis, señor, en encomendarme tal obra, exigiéndome el silencio, cuando vinimos á esta casa.

—Como que de otra suerte, amigo Pantoja, no me habria sido posible hallar espacio conveniente á la tranquilidad que reclaman las abstracciones de la ciencia.

—Verdad, decis, señor. Por esto, cuando os hallais estudiando y algun indiscreto hablador pretende veros, encuentro yo suma facilidad para despacharle, alegando que no estais en casa.

—Con lo cual, y despues de la acostumbrada cortesía de obligarle á descansar algunos instantes...

—Se vá tan agradecido y satisfecho, como si hubiese departido con vos cuatro mortales horas.

—Lo propio le acontecerá á la policía de su excelencia, si viene á registrar la casa.

—Que vendrá, no lo dudeis.

—Pues ya sabeis, Pantoja, la obligacion.

—Rindiéndoles tributo de hipócrita respeto, si vos no os hallais aquí, recibiré á los esbirros con la mayor veneracion. Les mostraré desde el sótano á la azotea; cuantos rincones, armarios y huecos existen. Hecho exámen municioso de todo ello, se irán convencidos completamente, de que no tenemos aquí gato encerrado.

—¡Magnífico, caro Pantoja!

—Y si os parece, diréles antes de partir que segun os habeis explicado, vuestra destitucion en el cargo de médico de cámara, os tiene hecho un basilisco, por la pérdida de ganancia y de honores que esto os acarrea; de tal suerte,—añadiré yo de mi cuenta,—que si don Gustavo se hubiese atrevido á venir á vuestra casa, le habríais arrojado de malos modos, porque con sólo oir el nombre de Alvarado, se os suben las cóleras al cerebro.

Al llegar á este punto, Valenzuela dominado por profunda pesadilla, exclamó entre dientes:

—¡Sal de aquí, villano ó te arrojaré como á un perro! Has venido á robarme la honra del hogar; y ella, Violeta, mi esposa, dá oidos á tu amor nefando: ¡Oh!

¡Teneos, miserables, que vais á morir los dos á mis manos!

—Pantoja,—repuso Sandoval,—dejadme solo con su excelencia hasta que os avise.

—Está bien, señor,—contestó el escudero practicante, saliendo de la estancia.

El doctor quedóse mirando profundamente á Valenzuela:

Este prosiguió en su sueño, articulando estas frases:

—Me separaste, infame seductor, de tu lado, con el ruin pretesto de realizar un servicio de armas; no te ha servido. Desobedeciendo tus órdenes, vuelvo á la capital cuando ménos lo piensas. Penetro en mi casa, te sorprendo en sus brazos, y allí... dos cadáveres en tierra y mi mano blandiendo el puñal manchado con la sangre de la adúltera.

—Valenzuela, don Luis, compañero,—repuso Sandoval moviendo el brazo del durmiente.

—¡Eh! ¿Quién me llama?—contestó el interpelado bostezando.

—Despertad ¡vive Cristo! Soy yo; yo vuestro amigo el Galeno

Valenzuela fué abriendo poco á poco los ojos, y presa de visible estupor, exclamó incorporándose y mirando en derredor suyo:

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¡Ah! sí: lo recuerdo todo; vuestras drogas, mi alivio, vuestra conversacion durante la noche; la llegada del bastardo.

—¡Bastardo! ¿Qué digo? Pobre Gustavo de mi al-

ma; bastardo es el que pronunció ese nombre. Su padre; el miserable que ha osado violar la santidad del matrimonio.

—Señor Valenzuela, como os decia antes, repito ahora, que una cosa es que tratemos de dar una leccion severísima á don Pedro por la conducta que observa con su hijo, y otra que le hagamos justicia, separándole de amaños viles que sólo los celos os sugieren.

—¡Oh! No; estoy convencido, habla por mí la prueba plena de sus disposiciones. Su determinacion de que yo saliera inmediatamente de la capital. Pero ¡voto á brios! que no sabe la que le espera; porque esta misma noche caeré de improviso sobre los culpables, y...

—Os encontrareis, con que es todo pura suposicion. Dejemos vuestros celos á un lado; confiad en el amor que vuestra esposa os profesa; estad seguro, repito, de que don Pedro no os ofende; y vamos á lo que importa.

—Insisto en que esta noche sabré ó no, si el Adelantado se burla de mí.

—¡Señor Valenzuela! ¿Tornamos otra vez á las andadas? Pues, ¡voto á Lucifer! que si continuais así, me veré precisado á declararos demente y á ordenar que os enjaulen.

—Perdonad, mi querido amigo, pero no habrá nadie capaz de torcer mis propósitos.

—Sea en buen hora, siempre que no sacrifiquemos lo principal á lo accesorio.

—¿Lo principal decí?

—La salvacion de Gustavo. ¿Os hallais dispuesto á ayudarme en la empresa?

—Por vengarme de don Pedro, amigo Sandoval, no excasearé medio para tomar parte en cuantos negocios pueden acarrearle un disgusto.

—Terrible sois, á fé mia.

—Con las armas de la duda, hiriéme en lo más íntimo del honor; lanzóme de su lado autoritariamente. A los ojos de todos mis compañeros, esta medida no puede suponer otra cosa, que un liviano deseo contrastado por mi falta de complacencia hácia mi jefe y protector. Amigo Sandoval, los hombres del temple de don Luis de Valenzuela, ni perdonan al rufian ni olvidan el agravio. A tiempo ofrecí á don Pedro mi renuncia; aceptóla; nada me liga á él. Por tanto si con él topo, habré de retarle, y si rehuye luchar, obligaréle á ello cruzándole el rostro.

—Dios nos tenga de su mano en estos malaventurados asuntos,—repuso con sonrisa burlesca Sandoval.

Valenzuela continuó diciendo:

—Anoche, cuando llegó Gustavo, y nos refirió con sus nebulosos colores todo cuanto le aconteciera con su padre, sentí, amigo mio, que despues de veinte años me acudian las lágrimas por vez primera. Bendije la generosidad de vuestro corazon, abierto siempre á la virtud y á la caridad, y al propio tiempo que mi daga temblaba en mi cintura, ganosa de vengarse de don Pedro, la conciencia gritaba: eres libre, caballero y honrado; nadie manda en tu casa más que tú; dá

pruebas de energía tendiendo tambien tu mano protectora al hijo infortunado del criminal.

—¿Y entonces?

—Me acordé de la desdichada Sylvia; de sus amarguras y de su soledad. Tuve presente que era la hija adoptiva de mi esposa, y creíme obligado á ello por lazos de indisoluble afecto. Además, el Ballestero mayor de Castilla es rey en su hogar y allí solo él puede dar órdenes á su antojo.

—¿Las cuales tendrán por fin?...

—En mi palacio está siempre preparado el oratorio, para que los buenos cristianos pidan al cielo les auxilie en las difíciles circunstancias porque atravesamos. Desde él, la misericordiosa mirada de la Providencia, caerá, no lo dudeis, sobre esos dos ángeles; Gustavo y Elena. Allí tendrá lugar en breve su matrimonio; ¡voto á brios! Yo lo mando, yo lo quiero así; tengo de mi lado á la ciencia, representada por vos, que juzga indispensable el lazo conyugal para la salud del cuerpo; y á la Iglesia personificada en fray Jerónimo, que lo considera no ménos necesario para la salvacion del alma.

—Gracias, gracias, señor Valenzuela.

—No las recibo, señor Sandoval, porque á vos exclusivamente deberán ambos jóvenes la garantía de su porvenir. Para terminar os diré, que como ese miserable de don Pedro, ha negado á su hijo la paternidad, yo le adopto desde ahora.

—¡Don Luis!

—¡Y á ver si se atreve nadie á contrariar á mi

prehijado y al que conviene con sus inclinaciones y sus deseos!

—Vengan esos brazos, señor Valenzuela, apretad bien. Hombres de vuestros sentimientos, son los que há menester la patria para tener digna y acabada representacion. Pasad, pasad ahora mismo á comunicar á Gustavo vuestros propósitos. Vereis cómo cesa su tristura. ¡Oh! ¡Qué contento se vá á poner ante la esperanza del éxito!

—Sí haré, señor Sandoval.

—El dolor tiene postrado á nuestro amigo: la pena consume su ánimo por instantes. Habladle al corazon; decidle que tenga calma, y añadid que la ciencia que más enalteca al hombre, es la de saber esperar.

—Os explicais como un libro, mi buen doctor.

—Yo me veo precisado á abandonaros algunas horas; la asistencia facultativa á los enfermos del hospital, y á los presos atacados de diversos padecimientos, que su excelencia ha mandado trasladar á las inmundas habitaciones del piso bajo, reclaman por completo mi atencion. Estos desdichados mueren á los pocos dias de su encarcelamiento, víctimas de la detestable condicion de sus viviendas. ¡Y qué seria de ellos si la virtuosa paternidad de fray Jerónimo, no me acompañase en la visita nocturna para prodigar á los infelices sus consuelos y sus dádivas!

—Id, id, señor doctor, á realizar vuestra mision sublime, que yo paso á ver á Gustavo.

—Interin yo regreso, os recomiendo muy particularmente que no salgais de mi sala de estudio. En ella

estareis á cubierto, Gustavo, vos y Guillen, de la policía del Adelantado, que sospecho vendrá muy pronto á registrar la casa. ¿Ya conoceis los resortes, eh?

—Miradlo.

Valenzuela puso el dedo sobre la rodela de uno de los guerreros pintados en el muro de la derecha, y la pared abrióse como por arte mágica.

—¿Es esto, señor doctor?—preguntó al médico el Ballestero.

—Perfectamente,—respondió el interpelado.—Ahora al interior.

—Pues que Dios os guarde y hasta luego, mi buen amigo.

—El vele por vos, señor Ballestero,—exclamó Sandoval.

La puerta giró sin hacer el menor ruido y el muro volvió á quedar intacto á la vista.

El doctor ciñóse la espada, púsose su birrete, del cual pendia luciente pluma, y embozándose en lijerísima capa, salió de sus habitaciones no sin exclamar:

—¿Pantoja, recordais la consigna?

—Sí, señor.

—Hasta el último escondite: mucha charla, mucho trapo, y algunos sorbos de la bebida de los dioses.

CAPÍTULO XVI

Un bachiller salmantino inventa el refrán que dice: «el que grita se hace oir.»

Las habitaciones de la casa de Sandoval quedaron bajo el absoluto dominio del bachiller Pantoja.

Era éste uno de tantos sopistas llenos de ingenio y plagados de cicatrices; devotos de bodegones y perseguidores de Dulcineas.

Hijo de humildísimos labriegos, y dotado de una inteligencia nada vulgar, al llegar á los quince años proclamó su incompetencia y desafecto por las tareas agrícolas.

Deliéronse mucho los sacerdotes de Céres de semejante ingratitud hácia sus títulos, tan descaradamente cometida por su primógenito.

Y á fin de que desistiese de sus propósitos, hiciéron-

le mil promesas, entre las que figuraba como principal, la de proporcionarle esposa robusta y sana, hija de unos que apellidaban sus acaudalados vecinos, por más que el caudal de estos consistiese tan sólo en una exigua tierra de sembradura, que entre el descanso y el barbecho pasó largos años hasta topar con la muerte.

Efecto excasísimo causaron en el ánimo del rapaz los consejos y amonestaciones de sus padres.

Su amor á las ciencias arrastrábale hácia otros rumbos, segun propia confesion.

—Padres,—exclamaba con voz llorosa.—Yo se los ruego con toda el alma; no me quiten los gustos: no me arranquen estas dulcísimas ilusiones de la mente. Quiero ir á Salamanca; deseo frecuentar las aulas de filosofía; anhelo alcanzar un nombre en las artes con el que pueda enaltecer sus canas, ganando á la par honra y provecho.

—No me contradigan, no me inquieten, yo se los suplico. Ya verán qué bien nos sale á todos el negocio.

El progenitor del descontentadizo mancebo, deshacíase en cólera ante la terquedad de su hijo.

Gritaba como un condenado, y pateaba la tierra como chicuelo rico huérfano de padre, á quien no dan lo que pide, por más que tal peticion se remonte al altísimo propósito de querer alcanzar la luna.

Llegó la paciencia del labriego á sus límites, y como á nuevas exhortaciones suyas con nuevas negativas respondiese el rapaz, perdiendo el hombre los estribos, dió cierto dia término á la cuestion, exclamando:

—Aunque Satanás lo quiera, no irá vuesamercé, seor caprichudo, á otras aulas que á las del arado, la siembra y la recoleccion.

—Gruña y rabie usarcé cuanto guste, que buenos frenos hay en la casa para llevar la medicina á sus costillas.

—Pues yo os digo, padre, que le habrá de pesar.

—¡Silencio, villano!—respondióle el campesino.

Y para hacer evidente la inflexibilidad de sus determinaciones, entregó en aquel mismo instante una pareja de robustos bueyes al rapaz, diciéndole:

—Vaya su señoría al campo con estos animales, y trabaje allí hasta la noche segun le llevo enseñado. Pero que no tengamos aquello de *no sé*; *me faltan las fuerzas*; *yo no he nacido para esto*.

—Su señoría es hijo mio; yo le engendré como villano, y no es razon que me venga ahora pretendiendo becas é hidalguías prestadas.

—Iré, señor, porque vos me lo mandais,—repuso Pantoja refunfuñando,—mas tened entendido que habré de hacerlo muy mal. Ni me gusta el oficio, ni quiero otra cosa que los manteos salmantinos.

—Vaya noramala el lenguaráz, y ¡ay! de él, si me hace algun desaguisado.

El padre de Pantoja aguijoneó con larga pica el cuerpo de uno de los bueyes, y los dos vacunos partieron con desacostumbrada marcha, cediendo al débil yugo que representaba la mano del jóven Ginés.

Como es indudable que en toda ocasion pacta Satanás con los muchachos, quiso en la presente, venir á

cobrar su parte apoderándose del contrariado mozalvete.

Al efecto, cuando muy triste y cabizbajo caminaba con sus bueyes Ginés, llevó el demonio á su cerebro la idea de la venganza, cifrada en lanzar al chico á todo linaje de hazañas, entuertos y diabólicas travesuras.

Con esto pensaba el jóven que conseguiria realizar sus deseos de ir á estudiar á Salamanca, pues cansados sus padres de tanta fechoría, tendríanse por muy contentos, al quitarse de delante criatura tan revoltosa.

No iba descaminado en su pensamiento el endiablado Ginés. Recordó, sin duda que si existe un refrau que dice: *el que calla otorga*, bien puede proclamarse otro afirmando que *el que grita se se hace oir*; y así discurriendo en adagios de este jaez y otros, *como el de pobre porfiado torrezno saca*, llegó á la era, paseó sobre sus extensiones una mirada de triunfo, y abandonando á los cornúpetos por un instante para que pastasen, tomó él asiento cabe robusto tronco de añosa encina, y entre bocado de ahadejo y sorbos de lo de Arganda, comenzó á desenredar en su mágin el hilo maléfico de sus planes.

Terminada su comida, en vez de agarrarse á la reja, pensó en hacer instrumento de su desaguisado, á uno de los pacíficos vacunos.

Al efecto, cuando más tranquilo el animal se hallaba en sus pastos, disparóle muy de cerca Ginés pedrada tan tremenda, que chocando furiosamente con una de sus astas, obligó casi á morder el polvo al desdichado.

El pobre buey limitóse á protextar de la injusticia lanzando un lastimero mujido.

No contento Ginés con su obra, colocóse á espaldas del bruto, y con una vara bien afilada comenzó á picarle despiadadamente.

El animal sufrió tambien resignado el desahogo del jóven.

Este que se hallaba dispuesto á llevar á término su plan de guerra á pesar de los pesares, supuso que hostilizando al vacuno, conseguiria que irritado ya, saliera tras él á la carrera, viendo lo cual los comarcanos, aconsejarian al padre del chico que no le enviase más á las eras, toda vez que su vida habia corrido peligro inminente.

Expuesta como comprenderá el amable lector, resultaba la tentativa y el procedimiento para llevarla á cabo, pues no era de casta tan flexible el enemigo con quien iba á luchar Ginés que en gracia de juveniles inexperiencias olvidase los derechos, orígen y sangre de la familia á que perteneciese.

Empero en nada de esto pensó el muchacho, y aparte de todo, entre sér villano ó ir á acompañar á los difuntos, decidíase por la segunda parte de la proposicion, con lo cual daba á Minerva prueba de amor tan acendrado, que seguramente la diosa pagaria á su nombre el tributo concedido á los mártires del saber.

Deseoso, pues, de gresca y alboroto el temerario hijo del solariego Pantoja, asió fuertemente al buey por las astas, logrando que éste saliera de sus casillas y comenzase á mostrar su irritacion.

Entonces de un salto colocóse delante él, capeóle varias veces con aires de bravucon y marcialidad de titiritero, y cuando más entretenido hallábase en la empresa, dijo el animal: hasta aquí llegó. Y escarbando la arena, salió disparado tras de Ginés, quien apesar de su carrera de corzo, fué alcanzado por el cornúpeto y arrojado violentamente su cuerpo á bastante distancia.

Mal lo hubiere pasado el aspirante á prebendas, si en el momento de ser lanzado al aire por el buey, no hubieran acertado varios arrieros que por allí cruzaban á alejar al vacuno, tras colmado griterío, desaforada pedrea y escandaloso concierto de exclamaciones de pavor.

Empero lo que no pudo eludir Ginés, fué sacar una contusion tan espantosa, que privándole largo trecho del sentido, hízole pasar por muerto á los ojos de los traficantes.

Todos formaron grupo en su derredor, y restañándole el uno de ellos la sangre que brotaba de formidable descalabradura, exclamó con asombro:

—¡Calla! ¿Qué estoy viendo? ¿Será posible? ¿No le conoceis?

—Si es el hijo de Andrés Pantoja y de Romualda Yévenes.

—¡Tate! Pues es verdad,—contestaron varios.

—¡Habrá hombre más tozudo que él!

—Más tozudo, dices, ¿y por qué razon?

—¡Esta es buena! ¿Pues qué, no adivinas, Rodrigo lo que pasa?

—Por mi fé te aseguro que nada comprendo.

—Siempre lo mismo; eres más torpe que un topo.

—Habla, y entonces sabremos á qué te refieres.

El aludido se expresó de este modo:

—Recordareis, amigos, que desde mucho tiempo hace, este desdichado de Ginés viene manifestando á sus padres, ferviente deseo de ir á estudiar leyes y cánones á la salmantina.

—Así es en efecto.

—Que á pesar de los ruegos y súplicas del chico, Andrés *erre que erre* y *dale que le das*, con que no ha de ser otra cosa que labrador, porque lo fué su abuelo, su padre, su hermano, su tio y toda la familia.

—¿Y bien?...

—Que Dios castiga sin palo ni piedra. Andrés ha querido salirse con la suya, mandando á su hijo á labrar las tierras, y cátate que ignora que en estos momentos es casi un difunto.

—¡A quién le ocurre entregarle una pareja de bueyes!

—Pero el animal que le corrió, parecia haber sido hostigado por Ginés.

—Vaya usarcé á averiguarlo. Lo cierto es, señores, que el cielo por medio de evidentes pruebas, quiere hacer ver á Pantoja, que obrará muy mal si se empeña en que Ginés no sea canonista.

—Y que expondrá á su hijo á que cometa todo linaje de desafueros y travesuras, si persiste en que séa labrador.

—Todo lo cual debemos nosotros repetirle como buenos cristianos.

—No me meteré yo á hacer semejante cosa.

—Ni yo.

—Ni este cura. Le conozco bien, y sé que sería capaz de arrojarme de su casa á puñadas.

—Pues entonces decidme si está bien, que abandonemos al muchacho en la aflictiva situacion en que se encuentra.

—¡Oh! eso nunca. Desgraciadamente no vuelve en sí, para que pueda regresar á su casa por su propio pié, con lo cual ahorraría á Andrés y á Romualda, el gravísimo disgusto que van á experimentar al verlo. ¡Qué diantre! Si se ha de morir, que sus infortunados padres tengan siquiera el consuelo de recojer su último suspiro.

—Arriba, pues, con él, y sea lo que Dios quiera.

Cuatro de los arrieros colocaron sobre la tabla separada de uno de los carros, el cuerpo inanimado de Ginés, y echaron la carga sobre sus hombros.

No pudieron llevar al jóven en uno de los vehículos, porque con el traqueteo de los mismos, hubiéransele seguramente irritado las heridas, y tal vez habríase hecho más abundosa la efusion de sangre.

En tal situacion emprendió la triste comitiva su paso, encaminándose al pueblo.

Un cuarto de legua debian andar para llegar á él.

Cuantos transeuntes acertaban á topar con los expedicionarios, deteníanse ante ellos, llenos de religiosa veneracion, y caian de rodillas santiguándose y balbuceando un responso.

—No es un muerto lo que aquí llevamos, —oxcla

maban los conductores del cuerpo de Ginés.—Es un herido muy grave.

—Pues que Dios le dé la salud si le conviene,—respondia alguna que otra aldeana.

Y no faltó Quintañona llena de costurones y de histórico, que habiendo salido á paseo con otro vestiglo de su amistad, exclamase al ver pasar la comitiva:

—¡Ay! ¡Qué tiempos corremos, mieer Timoteo! Mirad á ese *imperfecto* que vá en la tabla.

—*Interfecto*, querreis decir, doña Simaona. Desde que nuestro reverendísimo padre fray Meliton no acude á casa por sus muchas tareas á saborear el chocolate de las tres horas, estamos olvidando por completo el idioma de los clásicos.

—¡Ay! sí; teneis razon: no me conozco: quiera el cielo que su paternidad se descocupe presto, porque de otra suerte, no me vá á quedar en el *intellectus* ni una frase de *Garbanzon*.

—De Cicerón direis; estas glorias de la antigüedad son intraducibles al castellano.

Quiso el malaventurado destino, que faltando aún algunas varas para llegar al pueblo, una espantosa turba de muchachos que en cojer nidos se entretenian, divisara el triste cortejo.

Como enjambre de abejas salieron á su paso y rodeando á los arrieros, diéronse á gritar:

—Es Ginés, es Ginés: el hijo del molinero Pantoja. Muerto; pobrecito. Vamos á decírselo á sus padres.

—¡Eh! ¡Canallas!—gritó con voces desaforadas uno de los arrieros, en tanto que la gran masa de chi-

cuelos partía á todo correr.—Pensos, que no es un difunto; que vuestro colega vá solo mal herido.

Pero cuando el arriero terminó de articular su anuncio, aquellos mequetrefes estaban ya casi á las puertas de la aldea.

—Avancemos, avancemos,—exclamó uno de los conductores de Ginés:—veamos si es posible evitar que esos demonios, den á Romualda y Pantoja el gran susto.

Aceleraron todos la marcha cuanto les fué posible, y oyeron á poco mezcla confusa de voces, lamentos, exclamaciones de dolor, y otro linaje de sensibles manifestaciones.

Eran los del pueblo, quienes enterados de lo ocurrido, salían á recibir á Ginés.

—¡Miradle, miradle!—gritaron las mujeres al divisar los arrieros. Ya le traen; ya está aquí; Pobres padres, desdichada criatura.

—¡Que no está muerto! ¡Que os han engañado! Ha sido sólo una caida,—repuso uno de los viajantes con estentórea voz.

—¡Es mi hijo! ¡Yo quiero verle!—exclamaron á una, Andrés y Romualda.

El cuerpo aporreado de Ginés, fué colocado en tierra.

—¡Hijo de mis entrañas!—gritó, en llanto deshecha, la madre del aspirante á canongías.

Y ya iba á estampar un beso sobre la que suponia frente helada de Ginés, cuando éste, incorporándose de súbito, echóse la mano á la espalda, y exclamó:

—Sepan cuantos están aquí, que he sido víctima de las iras de un vacuno.

Decir esto y estallar la rechifla más grande que vieron los siglos, fué obra de un instante.

—¡Muera el pillete!—decian unos.

—¡Fuera el chirrion!—exclamaban otros.

—¡Embustero!—repetian á coro las muchachas.

—¡Mentís, bribonas!—gritó lleno de cólera uno de los arrieros. Sin duda os declarais protectoras del ganado, por si vuestros futuros maridos le tienen aficion.

—Todo ha sido una farsa,—repuso con voz cascada una vieja.

—Todo ha sido verdad, doña lechuza,—contestó indignado uno de los traficantes.

—Maldita sea mi suerte y la hora en que este pillastre no me salió *femenina*,—exclamó lleno de cólera el padre de Ginés.

—¿Y qué culpa tengo yo de lo que me pasa?—repuso el chico frotándose las costillas.

—Dice bien.

—Habla como un libro.

—Si le hubieran dejado hacer su gusto.

—Seria Licenciado.

—Y llevaria manteos.

—¿Manteos? ya se los daré yo en cuanto cure,—exclamó Pantoja lanzandó fuego por los ojos.

—Pillo, rufian, histrion. Si me has de matar á disgustos, si no te puedo ver,—repuso pateando de coraje la madre del lesionado.

—Hacen muy mal en tratarle así,—exclamaron á una varias mozas y los arrieros.

—¿Que hacemos muy mal? Pues sepan todos, que aunque le cojan setecientos vacunos, volverá á labrar el campo, ó yo dejaré de ser Pantoja. Ahora á casa con esto bribon, que en cuanto sane ya verá lo que es bueno.

Ginés incorporándose un poco y levantando en alto los brazos, exclamó con tono doctoral:

—Pueblo mio; ya ves cómo se procede con los sabios que tratan de honrar tu suelo.

—¡Viva Ginés!—gritó la plebe entusiasmada.

—¡A casa!—rogió elevando los puños Pantoja.

—¡Viva el teólogo!—volvió á decir el compacto grupo.

—¡En los graneros, que no en las aulas!—gritó con valeroso acento el padre del rufian.

Una tempestad de gritos, de silbidos y de protestas, fué la contestacion que recibió el labriego.

—Gracias, pueblo mio, gracias,—exclamó entusiasmado el mozalvete.

Y como guerrero que penetra en su patria despues de alcanzar el triunfo, Ginés, trasportado por los arrieros, emprendió la marcha en direccion de su hogar, recibiendo entretanto unánime y sonora aclamacion.

CAPÍTULO XVII

La personalidad del Padre Roque.

No pararon en los anteriormente descritos, los entuertos y atrocidades llevados á cabo por el inquieto espíritu de Gitués.

Repuesto de su última avería, volvió á las eras por órden de su padre; pero allí, lejos de trabajar, dábase diariamente á reñir descomunales batallas con los demás muchachos que en su misma edad frisaban.

Era de ver la gracia con que el forzado campesino al frente de numerosa copia de Viriatos, tan desafectos á Céres como él, dirigia rudas empresas militares, encaminadas á destruir las huestes que en contra suya enviaban los jóvenes del vecino pueblo.

Terribles pedreas, torneos de á pié y á palo limpio, combates cuerpo á cuerpo; tal era la ocupacion diaria de los pequeños labradores, quienes si eran retenidos por superior autoridad en sus respectivos hogares, con

artes mágicas ó directa intervencion del demonio, lograban al punto evadirse, con cuyo procedimiento recibian al presentarse en el campo de sus empresas tantos aplausos, como sumandos suponía el total de las dificultades que habian tenido que salvar.

A la verdad que no pudo verse nunca, pléyade tan terrible de pilluelos.

La inclinacion científica de Ginés Pantoja contrariada por sus padres, habia envuelto en la venganza á muchos otros de sus colegas, que queriendo correr la vida estudiantil, veíanse como aquel defraudados en sus esperanzas.

Cierto dia, á punto ya de verificarse la recoleccion, penetraron los nuevos romanos y cartagineses en un prado colmadísimo de doradas espigas.

Solo aquellos bribones pudieron cerrar su corazon, al nobilísimo sentimiento que produce el respeto al trabajo.

El campo semejaba verdadera arena de oro y la bendicion del cielo parecia caer sobre él, cuando el laborioso é infatigable campesino elevábale su tributo de gracias, al ver tan pródigamente recompensados sus afanes.

Pues como decíamos, sin curarse los malvados quimeristas de tan sagradas consideraciones, citaron á los contrarios para la lucha en aquel lugar, y tan rudo, estupendo y desusado resultó el combate, que el campo quedo yermo, sin fruto, desolado y triste, cual si hubiera sido víctima de cruel y despiadado pedrisco.

Y no fué esto lo peor: en la batalla mantenida

aquel dia, tuvieron entrada las espadas y las hoces, el instrumento de labranza, y el arma guerrera.

Marte y Ceres prestando sus valiosos elementos, para que Minerva cogiera más tarde el positivo y anhelado triunfo.

Como era de esperar, hubo en la escaramuza cráneos agrietados, piernas quebradas, costillas fuera de sitio: y para que la contienda resultase en un todo perfecta, el capitan Ginés sacó tambien su parte, representada por una cuchillada en la mejilla derecha, la cual estuvo á punto de vaciarle el ojo.

Como comprenderá el benévolo lector, á tan atroz desafuero sucedieron escenas tristísimas de llanto amargura y pena en las casas de los labradores.

Quién, entregábase á la desesperacion y al duelo, al mirar á su hijo casi en brazos de la muerte. Quién, renegaba de haber nacido en una aldea, donde por las travesuras de cuatro pillos, se perdia en una hora el trabajo de muchos dias. Y quién, por último, lanzaba terribles denuestos y maldiciones á Pantoja y á su mujer que por su terquedad y egoistas ideas, habian convertido aquellos lugares en verdadero é insoportable infierno.

Quiso el hado, movido á compasion, remediar en parte la desgracia ocurrida.

Los regidores del concejo perteneciente al pueblo de donde eran naturales los vencedores en la contienda que dejó destrozado el campo, cuyos frutos entraban en la propiedad de Pantoja y sus demás convecinos, satisfacieron á estos como indemnizacion por las pér-

didas que sus afiliados les causasen, buena cantidad de hanegas de trigo.

Con tal determinacion quedaron apagados los rencores que surgieron entre las gentes del uno y del otro bando; cesaron las peleas diarias, prévio el oportuno pregon, de que cuantos dieran en la flor de atravesar las eras con otro objeto que el de trabajar en ellas como honrados, irian á servir en las galeras de su majestad; reintegráronse su interrumpido afecto los padres de los mozalvetes; en una palabra, tambien enderezadas dejáronse las cosas, que desde aquel momento fusionándose vencedores y vencidos, juraron tratar como de interés comun cuantos negocios atañesen al beneficio de cualquiera de ambas localidades.

El descontentadizo Pantoja ofreció solemnemente á sus convecinos que no volveria á mandar á Ginés al campo, mas nada hubo de manifestarles respecto á las opiniones de su hijo, persistentes aún en lo relativo á gustos escolares.

Los del pueblo quedaron gozosos con la exoneracion del capitan, por ser su persona aliento é incentivo de todo linaje de atropellos.

Imposibilitado Ginés para la labranza, cesaba toda ocasion de nuevas pendencias, desaparecia el peligro para el trabajo; y claro está que conseguido esto, habia de importar muy poco á aquellos celosísimos labradores, que Pantoja pusiera á su hijo con una pica en Flandes, ó que le viera desaparecer de su lado corriendo en pos de ingratas aficiones histriónicas.

Ante la variacion de conducta de su padre, pensó

Ginés que habíase salido con la suya; mas no contó con la huéspeda, pues ápenas curado de tan gloriosa herida como en sus empresas alcanzase, Pantoja llamóle á su presencia y díjole:

—Ya está su señoría perfectamente bueno de sus lesiones, ¿no es verdad?

—Padre, me encuentro como cuerpo de rey.

—Pues vaya vuésamercé á encerrarse en el pajar y espere allí hasta nueva órden.

Ginés estuvo á punto de caerse de espaldas ante la resolucion de su padre.

Sin embargo, reprimió su cólera, tragóse las bilis, mordióse los puños por todo desahogo, y afectando mansedumbre de novicio, contestó al autor de sus dias:

—Está bien, señor, haré lo que vos querais.

Y entre lloroso é irritado, bajó á ocupar su nueva habitacion.

Cierta tarde, Romualda hilaba cerca de la lumbre del hogar. Pantoja entreteníase en descortezar una vara para que ya pulida y pintada luego, sirviese al alcalde como emblema de su cargo.

Ginés continuaba encerrado en sus prisiones.

De cuando en cuando, la mujer del labriego dirigia á este una mirada de súplica sumamente expresiva, á la cual Pantoja contestaba moviendo negativamente la cabeza.

Romualda quedaba entonces silenciosa y triste.

—¿De modo, Andrés,—atrevióse á preguntar á su marido, que no quieres complacerme?

—He dicho que no y no. Las madres pierden á los hijos con sus excesos de ternura. ¿La hizo? Pues que la pague el bribon. Más vale que permanezca en el pajar algun tiempo, que no que me le traigan un dia á casa despedazado. Además, yo no puedo quebrantar mi autoridad por mujeriles caprichos.

—Pero si lleva ya cuatro dias encerrado.

—Aun cuando lleve ochenta, Romualda, tengamos paz y no vuelva á hablarse del asunto.

—Mas yo debo...

—¡Voto á los cuernos de Lucifer! Que me harás perder la paciencia, y entonces...

—Entonces, ¿qué?—exclamó la madre del preso, incorporándose y poniéndose en jarras.

—¿Te atreves á faltarme, insolente?—gritó Andrés lleno de ira. Pues ahora verás lo que es bueno.

Y ya iba á sacudirle las costillas con la vara que tenia en las manos, cuando abrieron la puerta de la estancia.

Un clérigo obeso y rechoncho apareció en su dintel,

Frisaría el sotana en los cincuenta y tantos Setiembres, y tan colorado y mofletudo era, que tentaba á la risa el mirarle.

Su cabello, un tanto abundoso y bastante rizado, mostrábase entre cano y rubio, y su bigote, concluyendo en graciosa curva, daba al venerable, aspecto de verdadero tudesco.

—Debajo de la perilla conservaba el presbítero, profunda é indeleble cicatriz, efecto de un quiste extirpa-

do por manos quirúrgicas no muy hábiles; cuyo abceso vino á castigar á su reverencia, por su aficion indomable á especiosos comestibles, tales como la goindilla, el pepinillo y los embutidos de orígen extremeño.

Cuando vieron al padre Roque, que así se llamaba el clérigo del pueblo, los alborotados esposos quedaron como petrificados.

El presbítero dirigió á ambos una mirada de inquisidor, y despues de cruzar las manos en el aire, las que así unidas dejó caer sobre su abdómen, repuso con tonos de agria reprension:

—No me parecen mal sus reyerías. ¿Así escarnecen el sacramento? ¡Y tendrán aún la osadía de llamarse católicos!

—Y lo somos, padre Roque,—contestaron á una, Pantoja y Romualda.

—¡Herejes, querrán decir!—exclamó indignado el cura.—Cuenten, si puede saberse lo ocurrido,—añadió con tono doctoral,—y veremos si son dignos de gozar de buena fama.

—Hablábamos sobre Ginés.

—Reñíamos sobre el chico.

—¡Silencio! Y no destrocen la gramática, al par que acaban con mi paciencia.

—El mozo,—continuó diciendo con acento grave el padre Roque,—necesita de un hombre de mi edad, de mi saber y de mis respetos, para alcanzar verdadera educacion.

—¿No gusta de la sotana? Pues déjenlo á mi lado

unos cuantos meses, y ya verán, ya verán qué cambiado se los vuelvo.

—Lo dudo mucho,—esclamó Pantoja moviendo la cabeza.

—Déjenmelo, repito, y hablen despues si les alcanza la razon.

Precisamente estoy sin sacristan, cuyo cargo lleva anexo el de mayordomo de mi casa, y he pensado en que nadie mejor que Ginés podria desempeñar ambas funciones. El muchacho, á la verdad, es muy listo; sabe de gramática y de latín más de lo necesario; en mi compañía perfeccionará sus estudios. Ahora díganme con franqueza, si les conviene ó no lo que les propongo.

—Con el alma y la vida, y agradeciéndolo con toda la fuerza de nuestro corazon,—exclamaron uno despues de otro, Pantoja y Romualda.

—Pues no haya más que decir. Vayan á sacar al preso del pajar y traíganlo á mi presencia, que debemos partir al punto.

—Voy, voy ahora mismo.

—Pantoja salió como un rayo, volviendo acompañado á poco del pillastre de Ginés.

Este venia sumamente mustio y cariacontecido; traia el traje cubierto de polvo y paja; el rostro lleno de tizne y despeinado y sin aliñar el cabello.

—Felices tardes, buena pieza,—exclamó al verle el padre Roque, dándole un golpecito en la mejilla.

—Buenas las tenga mi muy amado maestro,—repuso con suma humildad Ginés, estampando un ósculo en la diestra del cura.

—Ya caminamos hácia el arrepentimiento, ¿no es verdad? Esto es lo que yo deseo. Vamos, vamos, Ginesito. ¿Supongo que padre te habrá ya comunicado la buena nueva, eh?

El bribonzuelo muchacho no contestó una palabra.

—Quiero decirte,—exclamó el padre Roque,—que he venido á sacarte de tu prision, para que vengas á mi lado como mi mayordomo. ¿Es cierto que aceptas con gusto tu nuevo cargo?

—No señor.

—¡Como!

—Digo... sí, señor, me habia equivocado,—contestó el pillete, fingiendo estraordinaria cortedad. Desde que me encerraron abajo,—añadió,—todo lo veo turbio y estoy muy teniente de los oídos. ¡Figuraos, mi querido maestro, que ni advierto siquiera las huéllas de aquel lobanillo que os dejaron en la cara vuestras aficiones á los picantes!

—Silencio, bribon.

—Dejadle hablar, Andrés. El chico dice la verdad. Además, es franco; expresa sin ambages lo que siente, y esta cualidad le enaltece en grado sumo ante mis ojos.

—Muchas gracias, mi amado profesor.

—Sí, Ginesito, sí. Un hombre listo, hidalgo, y nada hipócrita como tú, es lo que yo necesito. Vas á ser mi sacristan, mi mayordomo, mi discípulo. Seguramente lo pasarás muy bien, si te resignas á sufrir un solo tormento.

—¿Cuál, padre Roque?

—Las marrullerías, vidriosidad, y mal humor de doña Angustias, ese vejestorio de mi ama, para sufrir á la cual, tengo que revestirme constantemente de paciencia.

—¡Oh! Señor, no dudeis de que conmigo no hallará medio ni motivo para disgustarse. Me basta con que quiera entrañablemente á vuestra reverencia, para que yo la respete y la quiera tambien.

—Gracias, Ginesito, gracias.

—Además; no olvidaré nunca, que ella estuvo solícita para prodigaros su cuidado y su celo, cuando adolecisteis de aquel ataque de sarna, que nos puso á todos alarmados.

Ante la descarada confesion de Ginés, estuvo á punto su padre de pulverizarlo.

Reprimióse, no obstante, cediendo á la actitud tranquila del padre Roque, que se mordió los labios y tragóse la píldora, y exclamó:

—Ya sabe su señoría sus deberes, y por última vez le advierto, que si he desistido de que vuelva á las eras, seré inexorable si en sus nuevas funciones me hace alguna de las suyas.

—Está bien, padre mio.

—Pues trasládese á casa de nuestro muy amado párroco, en compañía de éste, y tenga entendido que á su servicio queda.

—No tendrá queja de mí,—exclamó el padre Roque apoyándose en el brazo de Ginés.

—Y si vos la teneis de él,—repuso Pantoja con tono severo...

—Dirá,—exclamó el pillastre.—*Quousque tandem Catilina.*

—O le dará á su señoría cuatro buenos latigazos en español.

Ginés abrazó á sus padres y ofreciendo verlos diariamente, partió en compañía del padre Roque para vestir la sotana de sacristan.

CAPÍTULO XVIII

Entre col y col, lechuga.

Con las mayores ceremonias, como si se hubiese tratado de posesionar de su investidura á un consejero, al llegar á su casa el padre Roque, hizo solemne entrega á Ginés de cuantos objetos habian de quedar bajo su cuidado y custodia.

Recibiólos el muchacho con gestos de admiracion y muestras del interés que le inspiraban; por lo cual quedó tan satisfecho su reverencia, que no hubo desde aquel instante quien le apease en su opinion, de que el aspirante á mitras era por sus méritos un tesoro.

La madre Angustias por su parte, si bien acogió al nuevo sacristan con marcada expresion de disgusto y gruñó algo en un principio, recobró la tranquilidad, cuando el padre Roque señaló los linderos á que llegaban las atribuciones de uno y otra.

Y como la vetusta dueña conservó sus derechos de hacer la compra de los comestibles y de manejar á su sabor la despensa, que era todo lo que deseaba para poder matar el ócio engullendo de lo fresco y de lo rancio, aceptó gustosa la venida de Ginés y holgóse mucho cuando éste acertó á decirle:

—Sabed, señora mia, que no otra cosa que vuestro criado soy yo aquí. Por fortuna educáronme mis padres en el santo temor de Dios, y en los respetos á nuestros mayores; y si bien no os tengo por tal, pues si los años os acuden, lograis vencerlos con los secretos de vuestras gracias, aunque en opinion os tuviera de persona de peso, no seria ciertamente para consagraros esa veneracion que por social convenio se dedica á la ancianidad, sino para amaros como á una segunda madre, que endulza nuestras amarguras en este esquilmado y tristísimo valle de lágrimas.

—¡Qué hermosa, qué buena y que sentimental criatura!—exclamó la dueña, intentando posar sus descarnadas mandíbulas sobre el lucido rostro de Ginés.

Y como este rehuyera el ataque de habilidoso modo, ó sea apresurándose á besar las manos del vestiglo, esta suspirando anhelosamente, exclamó:

—¡Ay! Qué recuerdos tienen para mí estas muestras de cortesanía ¡En cuántas ocasiones fuí parte á proporcionarlas! Eso sí; pagábanme muy bien los caballeros, y holgábanse ellos en acrecentar los dádivas, á cambio de una mirada protectora de Cupido.

No se ocultó al vivísimo de Ginés el significado de las palabras de la vieja, y en una maliciosa sonrisa

dejó entrever y no se equivocaba, que era en su sentir doña Angustias una de tantas zurcidoras de ajenas voluntades, que, cansadas de correr por el mundo en persecucion de livianas esperanzas, buscan al cabo los atractivos de una vida cómoda, ya regalando su ambicion con el manejo de los ahorros de algun célibe, ya dedicándose al cuidado de las despensas, para esquilmarlas como buitres hambrientos.

Los primeros dias que pasó Ginés en la casa del párroco, corrieron sin ningun accidente digno de mencion.

Marchaba todo á pedir de boca: el servicio de sacristía tan á punto como el de una catedral; el doméstico, cual la mayordomía de un titulado.

Doña Angustias hallábase más contenta que unas páscuas; el padre Roque más alegre y orgulloso que chico con zapatos nuevos, y los padres de Ginés alborozados y satisfechos en demasía, al ver que su hijo abandonaba el propósito de ir á correr la vida aventurera de las ingratas emociones estudiantiles.

Más como es siempre la hipocresía, compañera inseparable del mal, la conducta templada del jóven Pantoja en la mansion del padre Roque, no tenia otro objeto que desorientar á este de cualquier sospecha que hubiese podido abrigar respecto de sus travesuras, para realizarlas el diablejo con más facilidad de triunfo.

Y no tardó mucho en dar comienzo al programa de sus maldades.

Cierto dia, despues de celebrar el padre Roque el Santo Sacrificio de la Misa, volvió á su casa para to-

mar el ordinario desayuno en compañía de Angustias y de Ginés.

El párroco hallábase más que nunca contento.

La dueña y el sacristan participaban, á juzgar por la animacion de sus rostros, de igual satisfaccion.

La quintañona colocó sobre una mesa buena cantidad de torreznos, pan blanco, un enorme tangilon de almibar y dos jarros de lo añejo.

Los comensales tomaron asiento en torno de aquella, y el padre Roque se expresó de esta suerte:

—Por fortuna, queridos mios, ha sido servido el señor de que yo llegue á contar un año más como áditamento á la buena carga que sobre mis costillas pesa. Hoy conmemoro el aniversario de mi natalicio; á las doce nos acompañarán á saborear la sopa varios de mis buenos amigos y amigas, y como el acontecimiento no puede ser más solemne, y en él ha de tomar gran parte doña Angustias, me permito preguntar á su beatísima persona qué es lo que nos tiene preparado.

—Gallo con tomate, que está ya en disposicion de servirse; magras de Avilés puestas há poco en la cazuela, arroz á la valenciana, ensalada de remolacha, compota de melocotones, tortas de bonito, natillas, y arroz con leche.

—¡Bueno, muy bueno, bonísimo!—exclamó el cura moviendo la cabeza al par que se frotaba las manos de gozo. Y vamos, vamos á ver,—preguntó el clérigo á un tiempo mismo que introducia en su boca un torrezno monstruoso. ¿Supongo que la buena memoria de mi ama, habrá comprendido tambien aquellas le-

chuguitas tan sabrosas que suele ponernos á menudo?

—No han venido hoy al pueblo, señor.

—¡Cáspita! Y cuánto lo siento. Pero decidme, doña Angustias; ¿no podríamos hallarlas en otra parte?

—Como no sea en el huerto de la señora Catalina, ignoro dónde las podremos encontrar.

—¡Magnífico, doña Angustias, magnífico!

—Es que advierto á mi amo que el huerto está situado á un cuarto de legua de aquí, y que á pesar de ser micer Catalina como yo, archicofrade del Rosario, hará pagar las lechugas á un buen precio.

—¿Y qué importa? Si fuera diario el desembolso... ¡Pero una vez al año, y con tan grato motivo como el que aquí nos reune! Nada, nada, doña Angustias: se comprarán las lechuguitas, y al efecto, como está lejos la casa de vuestra amiga, para que vos no os molesteis, irá Gines por ellas.

—No hará tal,—contestó súbitamente el vestiglo, azuzada por la envidia, y sobre todo por el deseo de sisar á su gusto. Precisamente,—añadió—á mí solamente me sirve como á nadie la señora Catalina. Si Ginés fuese, tal vez no quisiera venderle un género que casi en su totalidad destina á su consumo.

—O me lo daria de la peor clase, porque yo maldito si conozco de la materia otra cosa que aquel dicho que dice: *entre col y collechuga*,—exclamó Ginés afectando suma convicion.

—Hé aquí por qué,—repuso la vieja dirigiendo al bribon una mirada de gratitud,—es de absoluta necesidad que vaya yo personalmente.

—¡Sea en buen hora, si os creéis con fuerzas para realizar el viaje,—exclamó el padre Roque.

—Yo lo hacía,—añadió,—con el fin de que no os molestáseis; así como con el objeto de que no vaya á faltarnos vuestro importante servicio á la hora señalada.

—Son las nueve: en dos horas puedo cómodamente ir y venir del huerto, con el sabrosísimo bocado. A las doce en punto es la comida; la mesa está dispuesta en la sala y las viandas en aptitud de servirse, con que me parece que bien puedo emplear el tiempo que me sobra en hacer el viaje.

—Pues vaya vuesamercé con Dios, doña Angustías, y en tanto vuelve, entretendréme yo en oir de labios de Ginesito la interrumpida lectura de los autos historiales que acerca de Roma ha escrito mi compañero el capellan aragonés Mosen Inguanzo.

El vejestorio salió á poco de la casa, quedándose sólos el amable padre Roque y el bueno de Ginés.

—Vamos,—exclamó el primero arrellanándose en su sillon,—á saborear esos primores literarios de mi colega; pero antes, Ginés amigo, demos un poco de calor á nuestro estómago, rociándole con algunas gotas de lo añejo.

El cura llenó de vino hasta la boca dos grandes vasos de luciente cristal, y apuró el suyo hasta las heces.

Ginés imitóle, despues de dejar abierto sobre la mesa un manuscrito voluminoso.

El muchacho hizo sobre el libro la señal de la cruz

y con entonacion histriónica comenzó á leer muy despacio.

El padre Roque parecia dispuesto á oirle con gran atencion; mas era tal el cúmulo de pesadas narraciones, de ineficaces argumentos, basados sobre asuntos pueriles y de poca monta, tan arquitectónico el concepto y poco flexible, tan largos los períodos y exentos de galanura, que el bueno del párroco tuvo á bien invocar á Morfeo para que le librase de aquella literaria pesadumbre, y el dios oyóle y le dejó profunda y tranquilamente dormido. Ginés que de cuando en cuando dirigía la mirada á su protector, quiso probar, al verlo de esta suerte, si era su sueño lijera trasposicion ó verdadera é invencible inercia.

Bien pronto convencióse de lo segundo, pues como acertase á leer con voz campanuda y sonora: *Y César, entonces exclamó: ¿Tu quoque Brutus*; con tan feroz ronquido contestóle el padre Roque, que Ginés creyó ver en él al rendido segador quien deja caer su cuerpo en blando pajar, tras largas noches de reposo, gozado á la intempérie.

—Ya soy dueño del campo,—exclamó el mozo irguiéndose como victorioso gladiador.

—Ahora verás, clérigo iluso,—continuó diciendo en su interior,—si hombres de la calaña de Ginés Pantoja, han nacido para chupa-lámparas, y para criados de necios.

—Por mi fé te aseguro,—añadió,—que tanto has de aburrirte con mis desaguisados, que has de maldecir una y cien veces la menguada hora en que me sacaste

de mi casa, halagando á mis padres en su opinion de que no me consagro al estudio.

—Y tú, vieja inmunda, cómplice de Mercurio, discípula de Caco, tercera de todos los gustos, y primera de todos los robos, disponte á morir de coraje pagando de esta suerte la deuda inacabable de tus infamias. ¿Creiste que yo venia á esta casa á ser tu encubridor, á tapar todos tus pecados? Pues te engañaste á fé, doña bribona; los hombres de mi estirpe persiguen el mal donde quiera que se halle, y aplauden al bien allí donde esté. Ten cuidado, lechuza, que en este instante comienzo á realizar mi plan.

Y esto diciéndo, salió Ginés de la estancia pisando de puntillas y sin hacer el menor ruido.

El campo señalado por él para desarrollo de sus maldades, fueron la cocina y el corral de la casa.

Encaminóse á la primera, cerró la puerta tras sí y ya con su voluntad á solas, frotóse las manos de gozo.

Lo primero que hizo el tunante fué registrar un grande arcon que allí habia y en el que guardaba doña Angustias todos sus útiles de coser.

Sin desordenar la colocacion dada por la vieja á todos sus trabajos, con dedos tan afilados como los de la avaricia, que antes que se piense hánse apoderado ya de la moneda, el endemoniado de Ginés extrajo cuidadosamente del arca una media, propiedad de doña Angustias, tan anciana como ella; y la cual tenia allí el vestiglo para echarle unos remiendos entre el *Domine labia y el Dóminus tecum.*

Dueño ya el sacristan de la prenda, dirigióse al

aparador en donde estaban colocados los manjares que habian de servirse en la comida.

Paseó la mirada sobre todos ellos, y como la cazuela de arroz á la valenciana llamase su atencion por su descomunal tamaño...

—Esta,—se dijo,—esta, se acomoda perfectamente á mi deseo.

Y levantando cuidadosamente con un cucharon de madera las primeras capas del arroz, dejó caer en el fondo del cacharro la media de doña Angustias, tapándola con el sabroso comestible y alisándolo de tal suerte, que nadie habría podido adivinar lo que se ocultaba tras de tantos granos, como el oro lucientes y rubios.

No se satisfizo con esto aquel aborto de Satanás, y contemplando el gallo con tomate, acordóse de cierta magia que le habia enseñado un titiritero.

Al efecto, despues de golpearse la frente, encaminóse á la despensa, que como caso escepcional para tener más á la mano los culinarios elementos, habia dejado abierta doña Angustias.

Tomó de allí porcion de azafran, tantico de guindilla bien molida, y algo de oscura miel alcarreña: y asiendo por último dos pequeños frascos de cristal, llenó el uno con aguardiente de elevadísimo grado, y de tan añejo vinagre el otro, que hubiese sido capaz su contacto de resucitar á un muerto.

Introdujo Ginés los dos frascos y la guindilla bien envuelta en papeles en su bolsillo, y mezclando en una cazoleta el azafran con la miel, tomó por una escalera de mano que al final de la despensa estaba, y partió

con todo aquel arsenal del humano apetito en direccion del corral de la casa.

¿Que iba á hacer allí?

La justa curiosidad del amable lector, quedará del todo satisfecha en el capítulo entrante.

CAPÍTULO XIX

—

De cómo el diablo sigue ayudando á Ginés.

Lo primero que hizo el sacristan al penetrar en el corral del padre Roque, fué empapar unas migajas en el aguardiente y dárselas á un gallo.

El animal comiólas con avidez.

Al principio no sintió nada; pero poco á poco fué perdiendo las fuerzas, como aquel á quien se administra un narcótico, hasta caer en tierra como muerto.

—¡Ya eres mio!—exclamó Ginés lleno de gozo, moviendo dos ó tres veces el cuerpo inerte del gallo, sin que éste diera señales de vida.

—¡Quién dirá!—repuso el diablejo para sí,—que tambien á vosotros se os puede emborrachar como á los hombres, y que sólo el olor del vinagre puede devolveros la existencia.

—Compañero, perdóname la felonía que voy á hacer contigo,—siguió diciendo Ginés, despues de mirar al gallo con tristura.—Pero ¡qué diantre! puedes darte por muy contento si logras contribuir á que un sabio te deba su dicha y su libertad.

Y apenas pronunciadas estas palabras, comenzó el aspirante á mitras á arrancar al gallo, las plumas, con tal priesa, que le dejó como el de Moron, aunque sin cacarear, en un abrir y cerrar de ojos.

Imposible pareceria, á no verlo, que el efecto del alcohol fuera tan activo en el gallo que no acertara á desaletargarle la terrible operacion llevada á cabo por Ginés.

Cuando el animal quedó completamente libre de las plumas; cuando ya no hubiese tenido otra mision que la de haber pasado á la cazuela, caso de estar muerto, que no lo estaba, el hijo de Pantoja tomó una de aquellas, y convirtiéndola en pincel, tiñóla con la miel y el azafran mezclados, y empezó á pintar la carne granulosa de la víctima.

A medida que deslizaba la pluma sobre ella, la epidermis del gallo quedaba con un color más bien que amarillento, dorado, con lo que parecia asada la carne y excitaba grandemente la gula.

Teñidas absolutamente las desplumadas carnes del ave, que continuaba sin salir de su narcotismo, volvióse Ginés con ella á la cocina.

Convencido de que nadie le vigilaba, quitó de entre el tomate el gallo guisado por doña Angustias, y sustituyólo con el pintado de azafran, pero colocan-

do éste en la cazuela con tal arte, que nadie hubiese sido capaz de advertir el cambio.

Entonces corrió hasta el rincon de la dueña y metió en lo más hondo de ella el ave adornada, no sin cubrirla con algunos paños.

—Todo ha salido á pedir de boca,—repuso el bribonzuelo para sí, terminada su rarísima tarea.

—Me parece,—añadió,—que los convidados no van á quedar muy satisfechos con la invitacion de su reverencia, sobre todo, cuando resucite el gallo, aplicándole un poco de vinagre, de que irán empapados mis dedos. ¡Pequeño susto van á llevarse!

—Pero no nos detengamos aquí. Estas cosas requieren ligereza suma y pueden descomponerse por un *quítame allá esas pajas*. ¡Si despertase su paternidad! ¡Oh! no lo creo: cuando el sueño le coge, sobre todo, despues de darle gusto al gargnero, no conseguirian despertarle ni cien bombardas. ¡Ah, qué idea! Veamos si es posible.

Ginés abandonó la cocina, y cuando llegó al gabinete del padre Roque, éste dormia, en efecto, como un cachorro.

—¡Brava postura!—exclamó al ver que el párroco tenia las manos cruzadas sobre el abdómen.

—No, pues lo que es yo,—repuso,—extraigo la caja.

Y esto diciendo, sacó del bolsillo derecho del balandran del padre Roque la de rapé que éste usaba.

Abrióla cuidadosamente, y ¡oh, ferocidad! vació en su interior la guindilla molida, la cual confundióse con el polvo del tabaco.

Con idéntica diligencia cerró la caja y volvió á depositarla en el mencionado bolsillo de su dueño.

Luego volvió á ocupar el lugar que tuviera cuando dió la lectura que llevó el sueño al padre Roque; y para disimular mejor, despues de apoyar la cabeza en la mano, como si meditase sobre el manuscrito, comenzó á hablar á solas y en voz baja, haciendo á la par declamatorios aspavientos.

Luego tornaba á sus primitivas abstracciones, y elevando el rostro nuevamente, dábase á accionar como indignado predicador que amenaza á su auditorio con el castigo del fuego eterno.

—Así diría el gran tribuno, —exclamó con voz un poco más definida: *Naturam ipsam seculi multa laudabilia fecerunt.*

Y no habia terminado su aforismo, cuando sintió un golpecito en la espalda.

—¡Eh! ¡Quién va! —contestó afectando gran susto.

—No le despertéis, no le despertéis, que soy yo, —exclamó una dueña corcovada, y cuya barba hacia caricias á la nariz.

—¡Ah! ¡Sois vos, doña Cleofás! Perdonadme. La interesante lectura de esta obra tenia me absorto. ¡Cuidado que es vigorosa la afirmacion! Siguiendo algunos á la naturaleza hicieron muchas cosas laudables. ¡No le hay, no le hay más sabio que él ni más discreto en toda la antigüedad!

—¿Pero os habeis vuelto loco, don Ginés?

—No, señora, hablo de Cicerón, de aquel coloso de la jurisprudencia clásica, del orador insigne, del...

—Que nada nos importa en este momento.

—¡Oh! No digais tal, doña Cleofás. A buen seguro que si vuestra compañera la muy ilustre dama doña Rosalía de Montesclaros y Montesnegros, os oyese, habria de salir como yo á la defensa del grande, del invencible, del inmortal acusador de Catilina.

—Pues os repito que á mí maldita de Dios la importancia que me merece ese caballero.

—¡Silencio!—exclamó con voz estentórea Ginés, despertando al padre Roque, quien se estremeció del susto.

—¡Eh! ¿Qué es esto?—repuso el cura entre dientes al par que se restregaba los ojos.—¿Pero qué veo?—añadió.—¿Estábais aquí, doña Cleofás, y yo durmiendo á pierna suelta? ¡Oh! No me perdonaré nunca tamaña descortesía.

—Vos no pecais jamás de descortés, padre Roque. Cuando llegué aquí estábais descansando, y me pareció tan tranquilo vuestro sueño, que lo primero que hice fué prevenir á don Ginés que no os molestara.

—Y este caballerete...

—Cumplió *ad pedem litere* el mandato,—contestó Ginés, teniendo en cuenta aquello de *aliquando bonus dormitat Homerus.*

En esto oyóse ruido de gentes que llegaban á la habitacion.

—Ya están ahí los invitados,—exclamó el sacristan avanzando hasta la puerta de la estancia.

—¡Y doña Angustias sin volver!—repuso el padre Roque golpeando con su planta el piso.—¡Cuando digo

yo que esta señora tiene hace tiempo perdido el margin!

—No os impacientéis por eso, padre Roque, que yo haré los honores á las damas,—replicó ceremoniosamente doña Cleofás.

—Gracias, señora mia; con ello me prestareis señalado servicio ciertamente; pero si mi ama tarda en venir, perderán su gracia los humildes guises que me honro con ofreceros.

Las últimas palabras del padre Roque fueron interrumpidas por la llegada de los convidados al banquete.

Ninguno de ellos pertenecia á la clase del pueblo; eran todos miembros de lo que llamaba el párroco los colonos de la sangre azul; quienes por haber venido á ménos y quedádose limitados á vivir dentro de gran cortedad de posibles, prefirieron retirarse á un pueblo que andar por la córte como pobres hidalgos, sin *don*, aunque con *don*, y con veneras, aunque sin blanca.

La falange de aquellos respetables amigos del padre Roque penetró en su cámara, guardando el órden siguiente:

A la cabeza de todos, el doctor don Alonso de Villaarrutia, oidor que fué de la Chancillería de Valladolid y esposo que era de doña Cleofás de Villena.

En pos de éste, el correctísimo, muy sabio y muy ilustre matrimonio, doña Rosalía de Montesclares y Montesnegros y don Hernando Chinchilla y Pimentel, antiguo escribano público retirado á la sazon, aunque no por su gusto, sino por haber dejado correr la plu-

ma, cambiando una cifra en el otorgamiento de cierta última voluntad.

Seguían luego doña Aldonza de Belinchon y Negrete, sobrina del arzobispo de Sevilla, casada con don Alvaro Cienfuegos y Sotomayor.

Estos cónyuges habian donado casi toda su fortuna á un patronato benéfico, en razon á un hecho singularísimo, segun de público se decia; pues siendo don Alvaro en sus mocedades tan impío y bravucon, que hasta desafiaba á los muertos, habiéndose quedado un dia á velar un cadáver, éste se levantó á media noche, y le dijo asiéndole del brazo:

—Alvaro: en vano pretendes luchar conmigo; y para probarte que puedo más que tú, desligate de mi mano si á ello aciertas.

Resultado de esto, fué que Cienfuegos cayó en tierra como herido del rayo, que contrajo una terrible enfermedad, y que prometió dar su fortuna á los pobres si sanaba, como lo hizo.

Para no fatigar más al paciente lector, añadiremos que en pos de los mencionados personajes, venian otros cuantos, de análoga extirpe é idénticos caractéres.

Ya en la estancia todos ellos, despues de besar respetuosamente las manos del anfitrion, tomaron asiento, colocándose á un lado las damas y los caballeros al otro.

El padre Roque usó de la palabra, exclamando:

—Huélgome muy mucho, señoras y señores, al par que muy amados amigos mios, de que con tanta benevolencia, como discreta cortesanía, os hayais dignado

aceptar la humilde prueba de afecto con que os brinda este modestísimo ministro del altar.

—La calegoría esclarecidísima de vuestras ilustres personas, seria suficiente á no dudarlo, para que el rey mismo reconociese vuestro derecho á sentarnos en su mesa. ¡Calculad, pues, si este pobre párroco no tendrá temor al ofrecerros la suya, en la cual no hay otra virtud que la que campea en el hogar de los pobres: esto es, buena voluntad y mucha limpieza, eso sí, mucha limpieza!

Gimés mordióse los labios para no reir; empero recobró al punto su severidad de teólogo.

Don Alvaro de Villasrrutia entonces, á nombre y representacion de los convidados, dió respuesta al padre Roque en este sentido:

—Creo, amigo y señor nuestro, interpretar fielmente los sentimientos de todos, si os aseguro que nuestra mayor honra es acudir á vuestra casa en este dia, para conmemorar el fausto suceso de vuestro natalicio.

—El nos hace ver, padre Roque, que el cielo se digna dispensarnos la merced de contar con un cura de almas cuyas virtudes, cuyo celo, aplicados al beneficio de sus feligreses, no encuentran en el vocabulario de Castilla palabras suficientes de encomio.

—Aquí, pues, los reconocidos somos nosotros, que no vos; los obligados, aquellos que en infinitas ocasiones han visto á su reverencia correr á la mansion del desvalido, para prodigarle sus dádivas; á la del huérfano, para consolarle en sus dolores; á la del enfermo,

para contribuir á su curacion. En nombre de la colonia de la sangre azul, yo, el más pequeño, el más insignificante de todos, levanto mi voz para dar un *vítor* al ilustre padre Roque.

—¡Vítor, vítor!—dijeron poniéndose en pié los comensales.

—Gracias, hermanos míos, gracias,—exclamó el capellan emocionado profundamente.

—Aquí sí que venia bien un discurso oratorio,—repuso Ginés, al oido de su principal.

—Nada, nada de ceremonias oficiales,—contestó el dueño de la casa.—Dejémonos de cumplidos,—añadió,—pues quiero que la fiesta tenga un carácter complemente familiar.

—Eso, eso,—exclamaron á una los caballeros.

—Pues vaya un polvito de rapé,—exclamó el padre Roque, extrayendo de su balandran la caja.

—Aquí está la mia,—díjose para sus adentros el sacristan.

El anfitrion fué acercándose á cada uno de los convidados.

Cada cual tomó su pequeña parte del rapé, recogiendo lo último que quedaba en la caja el padre Roque.

Al punto oyéronse exclamaciones como las siguientes:

—¡Santo Dios!

—¡Jesús!

—¡Vírgen María!

—¡Cristo del Amparo.

—¡Si me ha quemado las narices!

—¡Si es fuego!

Y como nutrido disparo de artillería sonó un estornudo unánime:

—Doña Angustias, doña Angustias,—gritó lleno de cólera el padre Roque, al par que se apretaba las fosas nasales, cuyo exterior habia quedado convertido en pimiento.

—¿Qué quereis, mi amo, las lechugas tal vez?—preguntó la vieja compareciendo.

—¡Qué lechugas ni qué alcachofas! El tabaco, donde habeis comprado el tabaco, eso es lo que deseo saber.

—Donde siempre, en la tienda de maese Antonio.

—Del demonio, debiérades haber dicho, que por lo mucho que escuece, debe estar confeccionado con fuego de los infiernos.

CAPITULO XX

Sarna con gusto no pica.

Ante la terrible y descompuesta actitud del padre Roque, doña Angustias dióse á temblar como niño censurado por su maestro.

—Yo, señor,—exclamó saliendo á poco de sus casillas,—no tengo la culpa de que las naricos de mis amos sean tan delicadas, que rehuyan el benéfico influjo del rapé más selecto que hay en estos contornos.

—¡Pero si escuece como si le hubiesen echado guindilla!

—¡Guindilla! ¡Oh! No calumnieis al expendedor, que es incapaz de cometer semejante felonía,—repuso Ginés.

—Pues entonces no acertamos á comprender lo que tuviera esa sustancia,—exclamaron á una varios caballeros.

—Yo os lo diré, señoras,—replicó Pantoja con aire de autoridad.—Como mi carísimo principal padeció há tiempo de sarna...

—¡Deslenguado!

—Es indudable que la caja se contagió, fué invadido tambien del mal su contenido, y hé aquí que, por incidencia, vuestras ilustrísimas fosas nasales han sido víctimas de la infeccion.

—¡Miren el gracioso!

—¡Oigan al bachiller!

—¡No deja de tener chiste!

—¡Es muchacho de ingénio.

—Pero yo no autorizo ni á Ginés ni á nadie,—exclamó el padre Roque con severidad extrema,—para que falte, gracejando, á la consideracion que merecen las personas que me honran con su visita.

—¿Porque de natural dolencia que padecen todos los mortales hablé, os mostrais enojado conmigo, mi amadísimo maestro?

—Es que debeis tener en cuenta, señor Pantoja, que vais tomando muchas alas, y que me sobran á mi valor, entereza y ánimo para cortároslas. Aquí, zapateta, no sois más que un lacayo; el sacristan del pueblo, mi sirviente, ¿lo entendeis?

—¿Y quién ha osado, padre mio, afirmar otra cosa? —repuso Ginés con modestia mongil.—Ya sé yo, mi amo,—añadió,—que mi deber consiste en aprender á vuestro lado obediencia; en imitar vuestras virtudes y en guardar eterna gratitud á los beneficios que me dispensais. He hecho mal en expresarme tan libremente,

lo comprende; pero debo advertiros que no puedo reprimir en ocasiones los instintos de cierta irresistible inclinacion, que me arrastra á convertir en cómicos, los asuntos más serios y trascendentales.

—Siendo así, pase por hoy.

—Además, yo habia querido decir,—siguió exclamando Ginés,—que la aludida sarna de que fuisteis víctima...

—¿Otra vez, tunante?

—Perdonad. Fué ocasionada por haberos constituido dia y noche á la cabecera de un hereje enfermo, hasta que en fuerza de aplicarle las altas dotes de vuestra incomparable sabiduría, obtuvísteis su absoluta y firmísima conversion.

—Ahí teneis, ahí teneis, como donde creíais hallar un insulto, iba envuelta una declaracion que os enaltece, padre Roque,—exclamó poniéndose en pié y alargando la diestra, el oidor don Alonso de Villaurrutia.

—La cual ha salido de labios inocentes.

—Y de un corazon de oro.

—Y de una inteligencia nada vulgar,—replicaron una tras otra, varias damas.

—Verdades y lisonjas, ¡oh! amables señoras mias, os habeis dignado concertar en mi beneficio. Será por ello eterna mi gratitud. Hacéisme ciertamente justicia que, como dijo el romano, es.

—*Constans et perpetua voluntas...*

—Eso, eso, vuesamercé lo ha señalado muy oportunamente, discretísima y nunca bien ponderada se-

ñora doña Cleofás,—repuso Ginés con académicos tonos.

En esto la voz cascada de doña Angustias sonó en el espacio diciendo:

—A la mesa, mis amos, cuando gusten.

—Ved, ilustres congregados,—exclamó el hijo de Pantoja con palabra enfática,—el anuncio que viene á regocijarnos á todos. La liberalidad de mi dueño y reverendísimo padre, disipa del cielo del placer cuantas sombras encubriéronlo por un momento. Vamos en paz y en gracia de Dios á celebrar su cumpleaños. No hay nada que tanto acentúe los afectos como la mesa; no hay más conmovedor espectáculo dentro de la amistad, que aquel en que se despliegan los generosos gustos de la hospitalidad y la cortesanía, para brindar á nuestros conocidos con unos cuantos manjares, si modestos, sabrosos por demás.

—Dadme, dadme vuestro brazo, incomparable señora de Villena, y partamos todos diciendo: que si el rapé del sabio padre Roque no fué en esta ocasion tan selecto como de costumbre, lo será, seguramente, su despensa; de suerte, que si tras la molestia experimentada viene el recreo que suspende el ánimo, bien podemos asegurar que *sarna con gusto no pica.*

—Como dijo Sócrates.

—No, señora doña Cleofás; como dijo Platon en el tratado de las comezones.

Siguieron en pos de Ginés el anfitrion y los comensales, y á poco halláronse todos sentados en torno de una mesa cubierta de aperitivos, tales como el rábano y la alcaparra, el pepinillo y la oliva.

El arsenal culinario de su reverencia, acomodábase perfectamente á las exiguas necesidades y modesto pasar, propios de un clérigo destinado á servir la cuera de almas en una parroquia rural no muy pobre.—

Así que, descansando sobre blanquísimos manteles, pudieron observarse los anchos platos de ordinaria loza, pintados de azul, con extrañas alegorías: la alcarraza de morisca hechura; el cristalino porron aragonés, adecuado por sus dimensiones á la gastronomía de un histrion sin contraste: el antiquísimo tridente, arma diabólica, arrancada en el presente caso de las manos de Lucifer, para que sirviese á la habilidad de los más diestros en el arte del trinchado: el cuchillo con honores de hacha, auxiliar de aquel, y otras análogas zarandajas, que por no molestar la atencion del lector, no relatamos en su detalle.

Disponiendo, pues, de tales elementos, dieron principio á su comida los amigos del padre Roqué.

A pesar del cruel atentado de que habian sido víctimas las infortunadas narices de tanta dama de abolengo y de tanto hidalgo de gotera, olvidóse bien pronto lo ocurrido, y nadie pensó en otra cosa que en engullir, para sacar al estómago de antiguas orfandades, y en gracejar, para que el pagano de la fiesta quedase hasta cierto punto reintegrado en sus desembolsos.—

Gran expansion reinaba en la mesa y á ingenioso discreteo hallábanse entregados todos, cuando apareciósele doña Angustias con una enorme y florida bacteа en las manos.

—¡La ensalada, la ensalada! —gritó lleno de júbilo

el padre Roque. —Ahora sí que van á chuparse los dedos. Es mi plato favorito, y en el que mi buena hermana doña Angustias se luce siempre. ¡Miren la picarona cómo ha sabido prepararme el primer aplauso!

Todos los convidados sirviéronse con abundancia de la hortaliza.

—¿Qué tal, qué tal, señoras y señores?—preguntó el párroco mascando á dos carrillos.

—Bocado de cardenal.

—Manjar de príncipes.

—Comida de reyes.—exclamaron uno tras otro varios de los más glotones.

—En efecto,—repuso el oidor Villaurrutia cogiendo con avidez la batea y sirviéndose nuevamente de la ensalada.—No recuerdo haber comido nunca cosa tan exquisita, si no fuese cuando mis bodas con doña Cleofas.

—Y por cierto,—exclamó la aludida,—que en aquella ocasion me llevé buen susto.

—¿Por qué causa, amiga mia?—preguntó el padre Roque.

—Porque mi prometido se tragó entera la pata de un pollo y estuvo á punto de ahogarse.

—¡Válgame San Juan Evangelista!

—¡Oh! Pero salí muy bien del peligro, toda vez que un cirujano, llamado maese Obregon, introdujo tan hábilmente sus dedos en mi gaznate, que *tira por aquí, aprieta por allá*, en un dos por tres quedéme libre del adminiculo.

—Pues yo entiendo,—interrumpió Ginés con tono

enfático,—que no anduvo muy acertado el hijo de Hipócrates.

—¿Por qué razón?

—Porque debiera haberos hecho tragar la otra pata del ave para que empujase á la primera.

—¡Qué barbaridad!

—No es barbaridad, señores, sino la aplicacion de un sistema científico: *Similia, similibus curantur*: Un clavo saca otro clavo; ahí lo tienen vuesasmercedes.

—¡Ah! Pues no se equivoca don Ginés.

—Ya lo creo: si deben vuestras excelencias convenir conmigo, en que las apariencias engañan. Todos juzgábanme de seguro completamente ageno al arte de curar, y puedo hablarles del empleo del caldo de lagarto, de los emplastos de rana, de la uña de la gran bestia, y hasta de las ayudas con yema de huevo.

—Callad, tunante, que me habeis levantado el estómago,—repuso doña Cleofas con un marcado gesto de repugnancia.

—¡Vaya una conversacion!

—Ginés, Ginesito, tengamos la fiesta en paz, y no me obligues á que te lance fuera de nuestro lado,—exclamó el padre Roque echando fuego por los ojos.

—Nada,—repuso el sacristan mostrándose enojado.—No hay que darle vueltas; en todas partes sucede lo mismo: la palabra de la ciencia fastidia más que otra cosa. Imposible parece, señoras y señores míos, que cuando agasajaros deseo con el tesoro de mi saber, me califiqueis de torpe y poco educado!

—¡Qué ciencia ni qué niño muerto! Conceptos como

los que habeis enunciado aquí, se dejan para las boticas,—exclamó muy irritado don Alvaro Cienfuegos y Sotomayor.

—Pues yo afirmo que pueden emitirse en todas partes. ¿Vais á darme una leccion de legitimidad lingüística?—preguntó Ginés muy descaradamente.

—No pretendo tal cosa,—contestó con indiferencia don Alvaro,—Pero eso de proclamar como dogma que engañan las apariencias...

—Y tiene muchísima razon,—exclamó Villaurrutia, saliendo á la defensa de Ginés,—Si vuestros piadosísimos oidos no se ofendieran, yo os lo probaria con un pequeño chascarrillo.

—¡Que lo cuente, que lo cuente!—dijeron á coro las damas, frotándose las manos de gozo.

—No puedo sin la competente venia de mi reverendísimo párroco.

—¿Es verde?—preguntó el padre Roque rugando el ceño.

—En modo alguno: su color no puede ser más blanco.

—Pues venga entonces el cuento.

—Allá vá, señoras y señores mios: vivia muy cerca de un monasterio de padres Capuchinos cierta dama bien entrada en años, y cuyas virtudes, bondad de corazon y arraigado sentimiento religioso, habianle conquistado universal aprecio.

—Compartia la señora las rentas de sus fincas, entre sus necesidades que eran excasas, y las de los pobres, á quienes mantenia, que eran un sin número.

—Frecuentaba diariamente la casa de la nieta de cien duques, el lego del monasterio susodicho, el cual tenia por nombre fray Antolin, y era tan mofletudo como alegre, y tan servicial como caritativo.

—Aunque el cogulla se limitaba á recibir en la puerta de la mansion de la dama la limosna que para el convento ponia en sus manos todos los dias, y á nombre de su señora, una doncella, vióse precisado á comparecer ante la primera por la razon que ahora explicaré.

—Era costumbre en el convento, llamar á coro al toque de campana á las diez de la noche, y á la una y las dos de la madrugada.

—La virtuosísima señora, que, á consecuencia de cierta orgánica lesion padecia hacia muchos años de insomnio, tenia ocasion de oír perfectamente todas las noches el aviso aludido.

—Y como corria á la sazon Enero, con sus frios polares, con su perpétua nieve y con sus habituales inclemencias, doliáse de que los pobres conventuales, tuviesen, á tan desusadas horas, que dejar su sueño para cumplir el deber.

—Compadecida, pues, la dama de la infausta suerte de los monjes, llamó un dia á su presencia á fray Antolin, y díjole:

—Perdone, hermano mio, si le molesto para hacerle una pregunta.

—Hablad, señora, cuanto os plazca.

—Tengo el corazon desgarrado de lástima, al pensar que durante estas noches crudísimas, desafiando el

hielo, abandonan sus pobres lechos para ir á coro, á las diez, á la una y á las dos de la madrugada; la campana me lo dice constantemente. ¿Verdad, hermano, que debe ser terrible el paso? Yo de mí sólo puedo decirle que hasta me dan ganas de llorar.

—Pues no se mortifique la señora.

—Por qué razon, fray Antolin?

El lego miró en torno suyo, y convencido de que nadie le veia, exclamó á media voz:

—¡Porque tocan... pero no vamos!

Una explosion unánime de risa respondió al cuento de Villaurrutia.

—Tiene muchísima gracia,—repuso desternillándose doña Aldonza de Belinchon.

—Callen, callen, y no me sean impíos,—exclamó el padre Roque, dirigiendo cariñosa reconvencion á sus convidados.

—Ahí tienen bien demostrado que las apariencias engañan,—repuso el oidor don Alonso.—Tocaban á coro; la dama compadecíase de la suerte de los monjes, y en tanto ella velaba, dormian ellos como príncipes.

—Es verdad, es verdad, no puede una fiarse de la exterioridad de las cosas,—exclamó doña Cleofás.

—¡El arroz á la valenciana!—repuso doña Angustias, colocando el amplísimo cazolon sobre la mesa.

—¡Miradle, miradle, qué hermoso viene!—exclamó el padre Roque.

—¡Parecen de oro los granos!

—¡Tan rubios como el maíz!

—¡Tan apetitosos como perdiz escabechada!

—¡A él, señores!—gritó elevando su acento el anfitrion.

—¡No harán tal!—exclamó poniéndose en pié y tomando un cucharon enorme el oidor Villaurrutia.—Reclamo mi derecho de hacer los platos.

—Sea en buen hora,—contestó el padre Roque;—así os lo prometí y cumplo gustoso mi ofrecimiento.

CAPÍTULO XXI

La resurreccion de los muertos.

Introdujo la cuchara en la cazuela de arroz el famoso Villaurrutia, y sirvió de él á las damas.

Estas saborearon con avidez su composicion excelente; mas cuál no sería la sorpresa del importante personaje de la colonia azul, cuando internando el cucharon en el fondo de la cazuela, extrajo muy cuidadosamente la media averiada de doña Inés.

—¡Jesucristo!—exclamó.—Mirad, mirad, señores, lo que se nos preparaba. Y yo, necio de mí, que lo creí una anguila

—Esto no se puede tolerar.

—¡Doña Angustias, doña Angustias!

—¡Sí, gritad ahora, cura sin entrañas!

—¿Qué quiere el señor?

—¡Mirad lo que habeis hecho, lechuza!

—¡Vírgen del Amparo, mi calcetin!

—Yo me pongo mala.

—No hagais tal, doña Aldonza.

—Yo voy á deponer el estómago.

—¡Ay! Qué náuseas me acuden.

—¡Agua caliente para estas damas, presto!

—No puedo, no puedo más.

Y así expresándose todos y con las últimas frases doña Aldonza, comenzó á empalidecer y volviéndose del lado de su marido, vomitóle encima cuanto tenia en el estómago.

—¡Rayos y truenos!—exclamó lleno de ira don Alvaro, no sin descargar dos golpes de sus puños sobre la mesa.—¿Pensábais divertiros á nuestra costa?—añadió.—Pues ahora vereis, mal setana, lo que es bueno.

Y ya iba á lanzarse sobre el desdichado padre Roque, cuando contuviéronle sus amigos, enmedio de la espantosa gritería de las damas.

—¡Piedad, señores, piedad!—exclamó el párroco cayendo de rodillas con las manos cruzadas.—Vean que yo no tengo la culpa de lo acontecido. Todo obedece á los desaciertos de ese demonio de vieja que ha de matarme á disgustos.

—¡Ay! ¡Ay! Jesús mio. ¡Mi cabeza se abrasa! ¡A mí me vá á dar algo! ¡Yo la culpable; yo que soy más limpia que un armiño! ¡Mengüada hora la en que vine á esta casa! Sí, sí, sí.

La desdichada reo gruñia y pateaba como un condenado.

—¡Eso, eso!—exclamó Ginés mostrando su enojo.—

Venid ahora con lamentos, despues de haber llevado el asco á todos los estómagos.

—¡Calla, pilbete, chupalámparas, lechuzo!

—Señora, tened la lengua ó ¡vive Dios!...

—Lo dicho, eres un mulato, un miserable, un ladron,—gritó doña Angustias, mordiéndose los puños de coraje.—¡Villano!—añadió.—¿Cuando me ves en la desgracia, vienes tú tambien contra mí, judío? Pues sabed lo que sospecho, señores, que mientras yo he estado fuera, este hijo de Satanás se ha entretenido en tramar este crímen.

—¿Cómo? ¡Imposible, no puedo creerlo!

—¡Pobrecito!

—¡Calumniadora!

—¡Estantígua!

—No les quepa duda, mis amos, ha sido él.

—Miente la bribona, que cuando yo llegué aquí, estaba dado á las Humanidades,—exclamó doña Clecfás toda colérica.

—Pero mis amos, por los clavos de Nuestro Señor Jesucristo, ¿no ven retratada en mi rostro la inocencia? ¿No saben que peco de limpia? ¿No advierten que la infame accion de poner mis pingajos entre la comida, sólo le ocurre á un alma inspirada por el mismo Satanás?

—Por lo que más quieran, otórguenme la merced de la justicia y no me traten como á un galeote.

Doña Angustias cubrióse el rostro con las manos y se echó á llorar amargamente.

—Ahí tienen el pollo con tomate,—repuso lanzando

entrecortados sollozos,—que yo me voy en este instante; no quiero servir más en esta casa.

—¡Deteneos!—exclamó con campanada voz Villaurrutia.—Habeis invocado la justicia, y como he sido su ministro durante largos años, no puedo tolerar que se la desaire.

—Señoras y señores,—continuó diciendo el oidor con severísimo acento.—Treinta años de no interrumpida práctica en el sublime ejercicio de aplicar las leyes del reino, hánme proporcionado mirada de lince para conocer á los verdaderos culpables. En un principio, creí que era doña Angustias responsable de la broma de que hemos sido víctimas; pero oida su excelpacion, examinado atentamente su rostro, contemplando ese llanto acerbo que sólo sabe derramar la virtud calumniada, declaro, fallo y afirmo, que la señora es inocente.

—¡Inocente!—exclamaron todos á una.

—No lo dudeis, amigos mios, no lo dudeis.

—Gracias del corazon, mi amo,—repuso la presunta reo, cayendo de rodillas ante el oidor.

—Alzad, señora,—exclamó don Alonso, ayudando á incorporarse á la vieja.—Nada teneis que agradecerme, puesto que la justicia os ampara. Aquí, ¡voto á la balanza de Temis! no hay más culpable de lo ocurrido que uno: lo dice la palidez de su rostro; sus antecedentes de hombre travieso y endiablado, la opinion firmísima de doña Angustias. El delincuente, es á no dudarlo, el sacristan.

—¡Mentís, vive Cristo!—gritó Ginés intentan-

de lanzar un cacharro á la cabeza de su interlocutor.

—¡Cómo se entiende, villano, pretender en mi casa atropellar á un noble?—exclamó el párroco pateando furiosamente el piso.

—¡A un oidor de Chancillería!

—¡A un hidalgo!

—¡A un juez!

—¡A un piadosísimo señor!

—Y á cuantos melandrines se atrevan á acusarme de delitos que no he llevado á cabo.

—Eso será,—rugió don Alvaro,—si consideramos á tus costillas, pelon, dignas de probar una tunda de nuestras tizonas.

—¿Quién acaba de ladrar?—preguntó Ginés.

—¡Miserable!—exclamó Cienfuegos.—El que te hará pedazos si osas ofenderle.

—¿Sois vos? Pues salid á la calle conmigo; y para que veais que no me intimidan los bravucones, tomad.

Y esto diciendo, descargó los cuatro cuartillos de agua que el cacharro aquel contenia, sobre el atezado rostro de Cienfuegos que quedó hecho una sopa.

—¡Ladron, miserable, judío!—gritó don Alvaro hecho un energúmeno.—¡Soltadme, soltadme!—añadió.—Voy á hacerle trizas.

—¡Soltadle, sí!—gritó Ginés al par que tomaba otro jarro.—¡Ahí vá más agua para que su excelencia se refresque!

Y lanzó nuevamente otro chubasco sobre el grupo que sujetaba al bravucon.

—¡Mi casa convertida en campo de Agramante!—

exclamó el padre Roque echándose las manos á la cabeza.

—Yo voy á perder el sentido.

—Yo muero.

—¡Esto es horrible!

—¡Que le mata; que le vá á coger! ¡Contened, por los cielos, á mi marido, señoras! Es una fiera cuando le acude el enojo.

—No tengais cuidado, damas ilustres, y si no, que se atreva,—exclamó Ginés blandiendo al aire un enorme cuchillo.

—Vá á matar á mi esposa. ¡Socorro, auxilio, justicia!—gritó la de Belinchon desaforadamente.

—¡Fuera de mi casa, asesino!—exclamó el padre Roque.—No quiero tener en ella al más criminal de los mortales.

—¿Asesino yo? Imposible parece que un sacerdote trate de esta manera á un santo.

—¡Fuera rapido, canalla, ó mandaré que cuatro mozos de los más formidos del pueblo, te lleven amarrado codo con codo!

—Sellad vuestro labio impío, clérigo de misa y olla, ó esperad á que el castigo del cielo caiga sobre vuestra cabeza, por haber inferido terrible agravio á uno de los elegidos.

—Amarradle, amarradle.

—No lo conseguireis, soy un santo y dispongo de recursos sobrenaturales para impedirlo.

—¿Un santo dice? El sacristan se ha vuelto loco.

—No tal, miserables reptiles, estoy en mi sano jui-

cio, y para probaros que os engañais villanamente al juzgarme un vil mortal como vosotros, voy á hacer un milagro.

—¡Un milagro!

—El más grande, el más superior, el que asombra y espanta á un tiempo mismo; la resurreccion de los muertos.

Todos los circunstantes permanecieron mudos como estátuas, á fin de no excitar la que conceptuaban locura de Ginés.

Este arrolló sus mangas sobre el brazo, metió su diestra en el bolsillo, y con ligereza de prestidigitador experto, extrajo de él, sin que nadie le viera, el pomo que contenia fortísimo vinagre.

Para más disimular y que ninguno advirtiese la operacion de humedecerse los dedos con el líquido, levantó las manos cruzadas como para orar, y cayó luego de rodillas.

Al hacer esto el pillastre, habia ya conseguido vaciar parte del vinagre en sus manos.

Todos estaban absortos ante tan extraña y originalísima locura.

Ginés púsose en pié y despues de pronunciar cuatro ó cinco palabras en lengua informe y desconocida, exclamó:

—Señor que manejas los mundos. Á ti á quien nada se oculta, porque tu inmensa sabiduría supera á la de los más doctos; á ti, para quien los más insondables misterios de la ciencia son una prueba de la debilidad de las facultades humanas; á ti me dirijo, ¡oh! incom-

parable Señor, á fin de que poniendo tu inspiracion en mis manos, me permitas resucitar á ese pollo.

Una carcajada indiscreta fué la contestacion dada por el auditorio á las palabras de Ginés.

Este repuso con acento profético:

—¿Os reis, ignorantes? Pues ahora vereis si es ó no vil mentira mi poder sobrenatural.

Y aplicando sus dedos al pico del pollo que yacia entre el tomate, presa de abrumador narcotismo, observaron, enmedio de horrible pavura los comensales, que el cuerpo del animal se movia y que iba irguiéndose poco á poco.

Ginés preguntó al fingido difunto, si la responsabilidad de todo el desaguisado era imputable á doña Angustias.

Y ya fuese por casualidad ó porque merced al vinagre hubiera recobrado el ave la integridad de su discurso, es lo cierto que las palabras de Ginés fueron por ella contestadas con alegre y nervioso cacareo.

Al ver los congregados la ridícula figura del pollo que teñido de azafran y sin plumas saltó de la cazuela y paseóse por la mesa tranquilamente, prorrumpieron en sonoros gritos de espanto y asombro, en exclamaciones de devota veneracion hácia el que juzgaban divino espíritu, y en ir, finalmente, de aquí para allá, hasta el punto de caer todos de rodillas en uno de los ángulos de la estancia.

El padre Roque, que temblaba como un epiléptico, dudando de si la obra realizada por Ginés seria hechura de Satanás, sobrepúsose al natural temor que

le embargaba, y haciendo con los dedos la señal de la cruz, presentóla á Ginés, exclamando:

—¡Atrévete, si puedes, hijo del diablo, á besar este sacratísimo emblema de nuestra religion! Todos los comensales imitaron al párroco, y repitieron á una sus frases:

Ginés, afectando gran enojo, repuso:

—¡Oh! Vosotros los impíos, que en presencia de un milagro patente atribuís á malas artes lo que es única y exclusivamente poder y disposicion del cielo, os parad el pronto y condigno castigo á que os ha hecho acreedores vuestra espantosa incredulidad.

—Soy elegido del Señor y amante de su doctrina, no amigo de Lucifer á quien maldigo y detesto. Sirva de prueba, no el óculo que me proponeis imprima en vuestros dedos repugnantes y pecadores, sino este que quedará grabado eternamente en los míos *ad majorem Dei gloriam*.

Y esto diciendo besó respetuosamente la cruz que habia formado con sus dos índices.

—¡Perdon, padre nuestro, perdon! ¡Sois un santo, ahora sí que lo creemos, es indudable!—exclamaron besando la tierra todos los allí presentes.

—Ya es tarde, herejes, ya es tarde.

—Tened piedad de nos, santo nuestro.

—Hubiéranme reconocido como tal oportunamente; mas ahora, aguardad, repito, á sufrir la pena que os ha conquistado el agravio que me inferísteis.

—Compadeceos, señor, de estos miserables, cuyos cuerpos se ha de tragar la tierra.

—Yo pondré vuestra efigie en los altares hecha toda de plata.

—Yo os regalaré unos escarpines.

—Yo mi mejor acero toledano.

—Yo mi collar de perlas.

—Yo el breviario de mi tio el cardenal.

—Y yo,—exclamó doña Angustias entrando de nuevo en la estancia con el gallo que Ginés habia trasladado á su arcon;—todo lo que querais, un hábito para mientras viva: porque sabedlo cuantos me oís, la única, la verdadera, la positiva culpable de cuanto aquí ha ocurrido, soy yo, la vieja doña Angustias, la más mentirosa de cuantas viven en estos contornos.

—Así me gusta, hija mia,—exclamó Ginés, ayudando á levantarse á la dueña que estaba de hinojos, y poniendo la diestra en su cráneo.

—Tu fé te ha salvado, como dijo nuestro Señor. Tú eres la única que escapará del conflicto y que será dichosa en la tierra.

—¿Y nosotros? ..—preguntaron, llorando casi todos los demás.

—¿Vosotros?... Ahora lo vereis. ¡Cielos de la eterna justicia, enviad sobre estos malvados el fuego devastador de vuestra cólera!

—Pero no, más vale perdonarlos, no quiero proporcionar á Satanás, el gusto de que se apodere de sus ánimas. ¡Viles criaturas! ¿Jurais arrepentiros de vuestro crimen?

—Sí, santo nuestro, sí,—respondieron los aludidos con voz entrecortada.

—Pues entonces os perdono á todos; mas con una condicion.

—Pedid cuanto gusteis.

—En este momento mismo, saldreis de esta casa y referireis al pueblo lo ocurrido, para que venga á prestarme adoracion desde la calle.

—Muy bien, santo nuestro, muy bien.

—Yo saldré á los balcones para dar al pueblo mi bendicion, y ninguno volverá á entrar en esta casa, excepcion hecha de mis padres, hasta que yo desaparezca.

—Perfectamente, nuestro patron, perfectamente.

—Luego me apartaré para siempre de vuestro lado; no preguntei dónde estoy. Nadie sabrá daros cuenta de ello. El imperio de mis grandezas se encuentra en otro mundo mejor, desconocido para la materia deleznable. Id, pues, haced lo que os digo, y procurad, hermanos, lavar con la enmienda la mancha imborrable del yerro cometido.

Deshaciéndose en cortesías, besando repetidas veces la tierra, y verificando, en fin, todo linaje de aspavientos, salieron de la casa los invitados, con el padre Roque á la cabeza.

Cuando estuvieron en la calle, lanzáronse á todo correr en distintas direcciones, como bandada de palomas, cuya compacta masa se rompe para ir cada cual en busca de su nido.

Ya Ginés dueño absoluto de la mansion del padre Roque, lo primero que hizo fué cerrar las puertas de la misma, y dejarse caer en un sillon, lanzando estrepitosas carcajadas.

—¡Pobrecillos! —exclamó para sí.—Buena broma les he dado. Dentro de poco, la villa entera ocupará estos alrededores, me proclamará todo patrono suyo, y yo partiré para Salamanca.

—¡Oh! Lo que es ahora, bien seguro estoy de que mis padres no se opondrán.

El hijo de Andrés y Romualda, quedó meditando sus planes para lo sucesivo, y en tanto lo verificaba, todos los vecinos del pueblo, con los de la colonia aguá á la cabeza, fueron llegando frente á la casa del padre Roque.

Oyóse en esto prolongado griterío, algazara sin igual, y el sonido de las campanas parroquiales, que el padre Roque mandó echar á vuelo en celebridad de lo ocurrido.

Ya congregado el pueblo en masa, todos sus miembros comenzaron á gritar:

—¡Que salga el santo! ¡Que nos eche su bendicion! ¡Queremos verle y adorarle!

El pillo de Ginés, hízose bastante de rogar; mas cuando comprendió que habia llegado el momento de exhibirse; abrió uno de los balcones y presentándose á sus convecinos, repuso:

—Aquí me tienes, pueblo mio. Yo os bendigo á todos en el nombre de Dios.

Los aldeanos cayeron de hinojos, prorumpiendo luego en sonoros vivas á Ginés.

—Gracias, compatriotas, gracias. La expresion de vuestros sentimientos, me prueba la lealtad y arraigo de vuestra fé. Ella os hará felices á todos, y de hoy

más, os mostraréis á los ojos de los hombres como seres privilegiados y de alta superioridad.

—Ni podriscos, ni obstáculos importunos, ni malas ocasiones en lo sucesivo tendreis, yo os lo ofrezco solemnemente. Cuantos propósitos anheleis realizar, cuantos deseos fervientes morbiquen vuestras ánimas en estos instantes, tendrán cumplido efecto; yo os lo aseguro, en nombre del poder sobrenatural de que dispongo.

—¡Viva Ginés, viva el santo, viva nuestra tierra! Queremos palpar su cuerpo, besar sus vestiduras, abrazarle si es posible,—exclamaron varios grupos.

—No haréis tal, hermanos,—gritó el pillete desde el balcon.—Si osareis llegar hasta mí,—repuso,—no podria evitar que el esplendor de mi gloria os dejase aniquilados á todos. A mis padres, es solamente á quienes el cielo otorga la facultad de que conversen conmigo.

—¿Quereis que suban ellos en vuestro nombre y representacion?

—¡Sí, sí! ¡Viva Andrés Pantoja! ¡Viva Romualda Yévenes!

Los padres de Ginés avanzaron hasta llegar á la casa del padre Roque, enmedio de calurosa ovacion.

El sacristan despidióse de sus paisanos en esta forma:

—¡Adios, hijos mios, no me olvideis, que yo velaré por todos vosotros desde las regiones impenetrables de la eternidad! Dijo y desapareció del balcon, cerrando luego las puertas del mismo.

Los aldeanos esperaron en la calle el resultado de la conferencia de Ginés con los autores de sus dias.

Estos temblando de pavura, presa de marcado aturdimiento, y sin darse cuenta de lo que les ocurria, llegaron á la habitacion donde se encontraba Ginés, y arrodillándose ante su persona, dijeron:

—No sabiamos, hijo nuestro, que fuera tan bondadoso el Señor que quisiese hacerte santo.

—¡Oh! Si yo no fuese tan topo,—repuso con arrepentimiento Andrés,—habria conocido que tu saber é inteligencia eran impropios de gente que anda por el mundo...

—Ya os lo decia yo, padre, en muchas ocasiones.

—¿Pero es cierto que has resucitado á un pollo muerto?

—Sí, señor.

—¿De modo que saben hacer milagros?

—No tengo tal suerte.

—¿Pues entonces es el diablo quien en tus empresas te ayuda?

—Algo de eso hay.

—¡A ver, á ver?—repuso Pantoja rugando extremadamente el ceño, é incorporándose á la par que su consorte.

Ginés se explicó de este modo:

—Padres, amadísimos padres mio; ha llegado el momento de que yo les diga claramente la verdad. Todo lo que les han referido, no es más que una travesura mia, para que cansada la gente de mis desafueros, me envien vuesasmercedes á estudiar á Salamanca.

—¡Bribon, pillo, mal hidalgüelo!

—No se cansen en proferir insultos, porque nada conseguirán. El pueblo está ya convencido de que soy un espíritu santo y superior, y si yo le dijese que me contrariabais en mis planes, seria capaz de hacer una fechoría.

—¡Ah, tunante!—exclamó sonriendo el villano Andrés.—Has desenvuelto tu plan con tal acierto, que te sales al fin con la tuya.

—Gracias, padre mio, gracias. Yo les honraré siempre: seré jurisconsulto, teólogo, arzobispo, cuanto hay que ser, y cuando vuelva de mis estudios, tendreis vos y madre la honra de contar por hijo á un sabio de los más expertos.

—Todo eso está muy bien; pero lo que yo necesito saber, por de pronto, es cómo, de qué manera, con qué auxilio, á no ser diabólico, puede un mortal devolver la vida á los difuntos.

—De la siguiente manera, padre mio,—exclamó Ginés, refiriendo á su padre toda la mágia que le enseñara un titiritero, y de la cual valióse para que los comensales y el anfitrion le tuvieran por santo.

CAPÍTULO XXII

De cómo el espíritu de Ginés se eleva á los cielos.

A medida que el ingenioso sacristan referia á sus progenitores el procedimiento que empleara para dejar al pollo, muerto en la apariencia, la bonachona de Romualda hacíase repetidas cruces.

Andrés, por el contrario, mordíase los labios de cólera, apretaba los puños y hacia visible en su rostro el fuego de la indignacion.

Cuando Ginés hubo concluido su relato, su padre repuso:

—Bien, muy bien. Eres muchacho de chispa; ¿pero crees, tuno, qué vas á salir triunfante en tu empresa?

—¿Cómo, padre mio?

—Que no estoy dispuesto á satisfacer tus antojos. Oye, mal nacido, lo que te espera, y échate á temblar. Ahora mismo voy á salir al balcon para referir

al padre Reque y á nuestros convecinos la burla de que han sido objeto, y que castiguen tu osadía dándote una buena tunda.

—Padre, ceded alguna vez, siquiera por el trabajo que me cuesta realizar todas estas cosas.

—Andrés, tiene razon el chico, seamos justos una vez tan solo, dejémosle ir á estudiar. ¡Qué diantre, no hay quien le saque de sus trece!—exclamó Romualda con tono de suma conviccion.

—Bueno,—repuso Pantoja pateando la tierra. Que vaya, que me deje en paz. Estoy harto de travesuras, cansado de oir vuestras reclamaciones. Conste, que si cedo es porque ya no puedo aguantar vuestras pesadeces. Irá vuesamercé ahora mismo si gusta; pero entienda que yo no puedo darle más que cinco ducados, que constituyen en este momento todo mi capital.

—¡Oh! Gracias, gracias, padre mio. No necesito mayor suma. Vengan los cincos ducados; que yo hallaré modo de ganarme la vida honradamente, mientras permanezca en Salamanca.

—Sí, y abandonas á estos pobres que tanto te aman,—exclamaron Romualda y Andrés derramando abundosas lágrimas, y rodeando con los brazos el cuello de su hijo.

—¿Quién habló de aflicciones?—exclamó Girés devolviendo á sus padres sus caricias. No voy á la guerra que todo lo destruye,—añadió,—parto á ganar un nombre en las honradas lides del saber. En ellas, téngalo por seguro, obtendré como premio el laurel del trabajo. Padres, no lo duden, su satisfaccion no podrá

ser más profunda, cuando me vean dentro de un año volver al hogar, lleno de gloriosos títulos otorgados por el afecto de mis profesores y por los esfuerzos de mi laboriosidad.

—Bien, hijo, bien, sea como tú lo quieres;—exclamó Andrés.

—Pues no haya más que hablar. Ahora mismo partiré, ganando la puerta del corral de esta casa, y saliendo al campo en busca de uno de tantos arrieros que me conduzcan á la capital.

—¿Y á qué tanto misterio?

—Es indispensable, padres míos, que los aldeanos continúen creyéndome atribuido de cualidades sobrenaturales. Es de todo punto forzoso que saliendo usarcedes al balcon, les manifiesten, que hallándose conferenciando conmigo, me he elevado á los cielos envuelto en espesas nubes.

—¿Pero á qué viene toda esa mentira?

—Al mayor engrandecimiento y prosperidad de usarcedes. ¿Qué mayor suerte pueden encontrar para lo sucesivo que conseguir de todos que les señalen como padres de un santo.

—¡Calle, pues dice bien el chico!...

—Con esto no habrá negocio en el pueblo en que no se les consulte. Jamás faltará el trigo en sus graneros áun cuando se agoste la cosecha, porque los más ricos tendrán como gran dicha la de agasajarlos á cambio de que ucedes les aseguren la salvacion de sus ánimas, y los más pobres harán lo propio, por si acogiéndose á vuestra proteccion logran enriquecerse.

Andrés sonrió con sana complacencia y fijando en el mozo una mirada escrutadora, repuso:

—¿Sabes, Ginesillo, que nunca pude soñar en que el cielo me deparara un hijo de tanto mérito?

—Padre...

—Nada, galan, que tú no has nacido para lo vulgar y baladí, que como soy tan terco no acerté á valorar en un principio tus cualidades; pero ahora, ¡oh! lo que es ahora, ¡voto á Cribas! confieso que el único traje que debes vestir es el de los manteos estudiantiles.

—¡Viva Ginés el santo! ¡Vivan sus padres! ¡Que salgan, que salgan!—gritó la plebe desde la calle.

—¡Veis!—exclamó el taumaturgo.—El pueblo reclama nuestra comparecencia. No podemos perder el tiempo, pues á las veces lo que se gana en el trascurso de un dia, suele perderse en un minuto. Salid, padres de mi alma, y adios, que yo me parto.

—Adios, hijo de mis entrañas,—exclamó Romualda deshecha en llanto y sin acertar á desasirse del sacristan.

—Adios, amado de mi corazon,—repuso Andrés haciendo lo propio que su esposa.

—¡Que salga ó subimos!—dijeron varios desde la calle.

—Padres, ya sabrán de mí. Hasta la vuelta,—repuso Ginés desligándose de sus progenitores y avanzando en direccion del corral, sito á espaldas de la casa del párroco.

—¡Hijo, hijo, que Dios te bendiga! No nos olvi-

des,—gritó Rosualda al propio tiempo que Ginés perdíase á sus ojos.

Un rumor sordo percibióse en la calle, el cual vino á reprimir un tanto el dolor que experimentaran con la separacion de su hijo, los buenos de los padres de Ginés.

—¡Aquí vá á pasar algo gordo!—exclamó Pantoja al mismo tiempo que se presentaba á sus convecinos en el balcon.

Rosualda, lívida y temblando, salió tambien á presencia del pueblo.

Verlos la gente y prorrumpir en escandaloso desconcierto de voces, fué obra de un instante.

Andrés impuso silencio con autoritarios signos de sus manos, y exclamó:

—Hermanos mios: una gran desdicha, mezclada con una gran felicidad, acaba de sucedérnos á mi esposa y á mí.

—Hablad, hablad, presto.

—Cuando subimos á esta casa para conferenciar en vuestro nombre con nuestro hijo, hallámosle rodeado de un esplendor radiante, muy parecido á un círculo de fuego.

—Quisimos acercarnos á él; pero nos fué imposible. Un ángel ponia, sin duda, desconocido obstáculo á nuestro atrevimiento.

—Ginés al vernos dominados por singular aturdimiento, exclamó:

—Padres, no os acerqueis á mí; os expondríais á quedar convertidos en polvo. Los cielos quieren que

yo dé ante todos los mortales; elocuentes pruebas de que ni pertenezco á este mundo, ni en él tengo mi asiento. Adios, pues, padres mios, parto á otra region más perfecta. Contad al pueblo lo que veis, y decidle que yo velaré por su felicidad hasta la consumacion de los siglos.

—Dijo, y envuelto su cuerpo en espesa nube, desapareció de nuestra vista, cruzando los muros cual si fuesen diáfana y sutil atmósfera.

—¡Milagro, milagro!—exclamó el padre Roque, levantando las manos al cielo.

—Sí lo es, compañeros mios. No cabe dudarlo. Bendita la hora en que plugo al Señor honrar á estos humildes siervos suyos, con la altísima merced de llamarse padres de varon tan esclarecido.

—¡Vivan nuestros protectores, Andrés y Romualda!—gritó de nuevo la gente.

—Ellos serán las estrellas que nos guien en nuestras empresas más difíciles,—exclamó el padre Roque.

—No aspiramos á tanto honor,—contestó Andrés con refinada hipocresía.—Sólo queremos que nos sigais consagrando cariño fraternal.

No habia concluido Pantoja de formular su deseo, cuando estallando el sentimiento popular lanzó á los aldeanos hasta asaltar la casa del padre Roque, quien penetró en ella capitaneando los grupos.

En su compañía iban tambien los caballeros que formaban la colonia de la sangre azul.

Apenas vieron éstos á Andrés y Romualda, salu-

dáronlos con ridículas genuflexiones, y apoderándose de Pantoja, levantáronlo en andas, disponiéndose á partir con él.

La madre del sacristan fué colocada en un sillon, el cual asieron cuatro hidalgos.

Así organizado el cortejo, volvieron todos á la calle nuevamente, y enmedio de estrepitoso ruido y algazara, fueron los padres del fingido santo conducidos á los lugares más recónditos del pueblo y á los huertos y las dehesas, á fin de que, como á séres superiores, les reconociese todo el mundo, y quedase cuanto verdeaba en los campos, bajo el influjo de su eficacísima proteccion.

Dejémoslos empeñados en su tarea, y sigamos al pillo de Ginés en su nueva vida de aventuras.

Cuando acertó á ganar la puerta de salida del corral del padre Roque, respiró con gran fuerza y exclamó para sí:

—¡Ay! Gracias á Dios que salgo triunfante en mis deseos. Ya no volveré más al campo; ya no tendré que departir diariamente con ese conjunto de irracionales llamados hombres por antonomasia.

—¡Pero y mis padres? ¿Quién los sustituirá en su cariño, en su ternura, en el amor incomparable que me profesan? ¡Desdichado de mí, que apenas abandono mi casa, siento ya las decepciones del proscrito, el vacío inmenso que trae al corazon la ausencia del hogar amado!

Dijo, y cediendo al dolor sentóse en una piedra que al lado de unas matas habia.

Cubrióse el rostro con las manos y comenzó á llorar amargamente.

El sol comenzaba ya á ocultarse.

Triste y abismado en sus reflexiones hallábase el atribulado mancebo, cuando de ellas vino á sacarle una voz aguardentosa, salida muy cerca de él, que dijo:

—Una limosna por Dios, buen hidalgo.

Ginés levantó la cabeza y no pudo ménos de sorprenderse ante la aparicion del desconocido.

Era éste un hombre como de treinta años, de mirar avieso, de ojos pequeños y chispeantes, de cetrina color, su cabello semejaba á las puas del erizo, y su barba, como su pelo, cenicienta, dábale todo el aspecto de un criminal sin entrañas.

Aquel aparente mendigo hubiera sido capaz por sus trazas de causar horror al mismo miedo.

Al verle Pantoja estremecióse ligeramente; empero recobrando su valor y serenidad habituales, repuso:

—Id con Dios, hermano; pues no me es posible socorreros. Soy un pobre estudiante que vá á cursar en la Salmantina, y ya comprendereis que me hallo en situacion de haceros la competencia.

El desconocido mordióse los labios de cólera, y lanzando una sonrisa de hielo, exclamó:

—¿Qué importa que no llevais dinero, si vestís un rico traje?

—¿Cómo?...

—Quiero deciros que con que os desnudeis aquí, y

me hagais donacion de vuestras vestiduras, quedaré completamente satisfecho.

—Paréceme á mí,—exclamó Ginés poniéndose en pié súbitamente,—que vais siendo cosa muy distinta de la que yo me figuraba.

—Ladron ó indigente, como os dé la gana, es lo cierto que no os ireis de aquí sin acceder á mi voluntad.

—¿Y con qué títulos haréislo valer?—gritó Pantoja con voz de trueno.

—Ved si estos sirven,—contestóle el desconocido.

Y tirando de su cayado, extrajo de él un luciente puñal.

—¡Magnífico!—exclamó Ginés.—Sois hombre precavido; nadie creeria que en ese humilde baston que os sirve de apoyo, se pudiese ocultar un arma tan temible.

—La cual se hundirá en vuestro pecho si osais replicarme. Conque lo dicho; venga cuanto llevais encima, y ahorremos conversacion.

—Voy, voy al punto; no seais tan precipitado; dejadme respirar un instante.

Ginés hizo como que se desnudaba; empero bajándose con la ligereza del mono, cogió del suelo un enorme guijarro.

—¡Toma tu merecido, ladron!—exclamó lanzándolo con furia sobre el fingido mendicante.

Un grito de agudísimo dolor sonó entonces en el espacio.

Lit. de J. Palacios. Arenal 27. Madrid

—Toma tu merecido, ladrón

El criminal cayó en tierra como herido de una exhalacion.

La piedra, hábilmente disparada por Ginés, habia chocado en su muñeca, dejándole completamente desarmado.

CAPÍTULO XXIII

¡Maldita sea mi suegra!

Así que Gines vió en el suelo á su desconocido saltó hasta él, y hollando con la planta el pecho del traidor, repuso:

—¡Miserable! Te salió mal la cuenta. Creiste encontrar un gallina, y te ha resultado tigre. Ahora mismo vas á morir como un perro.

—Piedad, buen hidalgo, piedad.

—No hay, no puede haber compasion para bandidos como tú.

—Dejadme, dejadme partir. No me maltrateis, y os entregaré en cambio los cien escudos de oro que guardo en mi bolsa.

—¡Ah! ¡Tunante! ¿Conque eres más rico que Creso y tienes todavía valor para ejercer la vil industria del

robo? Espera, judío, que ahora vas á saber lo que es bueno.

Ginés, desplegando sus hercúleas fuerzas, sujetó el cuerpo del bandido, cayendo sobre él de rodillas.

Echóle las manos á la garganta, y oprimiéndola poco á poco, repuso:

—Con esta operacion quedarán para lo sucesivo libres de gente de tu ralea, los caminos del reino.

—¡Compasion, misericordia de mí! ¡En nombre de vuestra madre os lo pido!—exclamó con voz apagada el delincuente.

—Esa invocacion te vale,—repuso Ginés dejando al traidor libre de su yugo.

Este, tembloroso y casi sin alientos, levantóse seguidamente.

El hijo de Romualda continuó diciendo:

—Gracias al sagrado nombre que acabas de pronunciar, villano, quedas libre desde ahora. Si no amase á mi madre como á Dios mismo, te hubiese ahogado cual á un pollo.

—Perdon, caballero, perdon.

—Ya lo tienes, infame; mas antes de partir confiesa que eres el hombre más cobarde y follon que conocieron los siglos.

—Es verdad, es verdad.

—Que no te dejo en cueros y atado á una encina, porque no se me antoja.

—Cierto, cierto.

—Y que si apoderándome del oro que llevas contigo haris bueno aquel refran que dice: «El que roba á un

ladron há cien años de perdon», no quiero metal ganado tan deshonrosamente y me contento con pedirte tu cuchillo.

—Hablais como un libro, mi amo. Tomad el arma, y que os sirva de buena defensa en cualquier lance que os depare la suerte.

—Me ayudará por lo ménos á concluir con los reptiles de tu linaje.

—Ahora huye de aquí; pero presto, que te vea yo trasponer aquellas montañas de la derecha; en la inteligencia de que si osas fraguar alguna nueva fechoría contra mí, ni el polvo ha de quedar de tus huesos.

—¡Sus! salteador de caminos.

El bandido volvió la cara atrás, y convencido de que Ginés no le hacia daño, dióse á correr con tal priesa, que no hubiese logrado alcanzarle el galgo de mayor reputacion.

—¡Diantre y qué broma tan pesada me ha dado el hijo de Mercurio!—exclamó suspirando Ginés así que húbose quedado solo.

—No; pues lo que es ahora sí que debo escapar de aquí como alma que lleva el diablo. ¡Quién sabe si ese tunante dará aviso á sus compañeros, y vendrán todos á dejarme sin plumas, como yo dejé al desdichado pollo que me otorgó el título de santo!

Disponíase ya á partir, un ratito á pié y otro andando el aspirante á mitras, cuando vió venir muy cerca de él á un hombre muy flaco, desgreñado y negruzco.

Montaba viejo rocin apergaminado, y venia dando

aloques, como quien trae en el estómago algo de lo que hizo olvidar la decencia á Noé.

—¡Eh, buen amigo!—gritó Pantoja al extraño personaje, que no era otra cosa que un gitano.—¿Vá vuesamersé á Salamanca?

—Vamos, querrá decir su excelencia al pueblo que se divisa desde aquí, mi hijo y yo.

—¿Vuestro hijo? Pues no acierto á verle.

—Caballero, es la perla que me conduce, y á quien llamo así, porque cuando *gruñe* siempre me califica de padre.

Ginés estuvo á punto de reventar de risa ante la revelacion del gitano.

—No se ria vuestra reverencia, porque lo que le digo es la verdad,—exclamó éste.

—Pero ¡ay!—añadió,—que así como hubo, segun me ha contado el tio Malasangre, un santo que sacrificó á su chico por ganar la gloria, así yo tambien tengo que sacrificar á Curro por cuestiones de familia.

—¿Por cuestiones de familia?

—Sí, señor, se han hecho incompatibles en casa mi suegra y él.

—Ella le tiene unos celos que no puede resistirlos: el animalillo lo conoce, y para darle en la cabeza, cada vez que la vé se acerca á mí, me hace caricias, y me dice al oido muchas cosas, las cuales no puede pronunciar bien claro por haber padecido largo tiempo de...

—¿De pulmonía tal vez?

—¡Cá! No, señor; de las muelas. El pobretico se ha-

bria tornado en loco si no hubiese sido por el cirujano del pueblo, que le sacó quince en una tarde.

—¡Ave María purísima, y qué habilidad tan grande la del profesor!

—¡Oh! ¡Si vuestra ilustrísima le conociera! Jamás hubo en casa médico más acertado.

—Pero entendámonos, amigo: ¿el que curó á Curro, era efectivamente doctor en aquella ciencia?

—Dios me librase de ello. El mariscal, el mariscal, ese es el único que nos visita á todos.

—Comprendo, comprendo,—exclamó Ginés mordiéndose los labios, á fin de contener una explosion de risa.

El bueno del sacristan procuró reprimirse cuanto pudo.

Miró al gitano detenidamente, y como éste hiciera ademan de partir, repuso sujetando al asno por el ronzal.

—Perdonadme, amigo mio, pero quisiera haceros una proposicion.

—Hable su señoría cuanto guste.

—¿Tendríais inconveniente en dejarme subir en las ancas de vuestro primogénito, por la cantidad de un ducado?

El gitano dejó ver en sus ojos un rayo de marcada alegría; empero adoptando súbitamente reflexiva actitud, contestó á Ginés:

—Para poder complaceros, necesito saberdos cosas:

—Veamos cuál es la primera.

—¿A qué pueblo os dirigís?

—Al inmediato, lo mismo que vos. ¿Y la segunda?

—¡Oh! Esa es más importante. Debo consultar á mi hijo Curro si es gustoso de que nos acompañeis, y si el pobrecito tendrá fuerzas para poder resistir tambien el peso de vuestra persona.

—Pues ponedlo en su conocimiento, y comunicadme la respuesta.

El pillo del gitano aproximó su boca á una oreja del rucio, y sacudiéndole á la vez una palmada en el lomo, oyóse un sonoro rebuzno.

—Dice que sí, dice que sí. Puede subir vuesamercé cuando quiera.

Ginés montó de un salto, quedando á espaldas del desconocido.

Extrañará naturalmente el piadoso lector que fuese tan ciega la obediencia del asno á los mandatos de su dueño, que hasta usase de su propio idioma para contestarle cortesmente; pero esto se explica con suma facilidad, si se atiende á que el gitano llevaba en uno de sus dedos un anillo, cuya parte anterior nada de curioso ofrecia; pero cuya posterior superficie, la que coincidia con la palma de la mano, tenia en su centro un pequeño hierro terminado en punta, al caer el cual sobre el asendereado cuerpo de Curro, hacíale prorrumpir en lastimeros quejidos, que calificaba de palabras su adoptivo padre.

Ya puestos en marcha todos tres, apenas habian andado veinte varas, cuando el gitano detúvose y comenzó á llorar amargamente.

—¿Qué teneis?—preguntóle el sacristan sumamente sorprendido.

—¡Pobrecito de mi corazon!—contestó el interpelado sollozando como un niño.

—¡Quién habia de decírselo!—añadió.—Tú que tanto sabes de letras, tú que has sido mi consejero en los negocios más peliagudos, tú que ponias con tu alegre carácter fin y término á mis disputas con mi mujer, tú irás á parar tal vez á manos de un mercachifle, de un judío sin entrañas; y todo por culpa de ella, de esa bribona de mi madre política. ¡Malditas sean todas las suegras del mundo! ¡Oh! Pero yo os juro, tia Nicasia, que no os habreis de burlar de mí.

—¡Ah! ¡Qué idea!—exclamó para sí Ginés, despues de la lamentacion del gitano. Y afectando gran indiferencia preguntóle:

—¿Por lo que acabo de oiros, compañero, parece que abrigais el propósito de vender á Curro?

—Así es la verdad, mi amo. Tengo precision de llevarlo al mercado, para poder entregar á mi suegra la suma que me den por él. La endemoniada me anticipó cincuenta ducados que me costó la compra del rucio, y ahora me exije que le devuelva el dinero, con más los intereses vencidos.

—Cara os salió la adquisicion del animalejo.

—¡Jesucristo! ¿Sabeis lo que acabais de decir? Pues qué, ¿tan imperito sois en el conocimiento de la casta, que os hayais convencido de que á Curro no le falta más que aprender nuestra lengua para valer tanto como nosotros?

—¡Oh! Eso por sabido lo doy. Mas como corren tiempos tan malos, entendia yo, señor Malaspulgas, que os habia de ser difícil revender con ganancia vuestro pollino.

—Esta ya es cuestion muy diferente, don Ginés. Demasiado comprendo que no están las épocas para hacer fortuna; pero de esto, á sostener que Curro no vale más de cien doblas de oro, hay una distancia enorme. Dígalo sino el dean de la Metropolitana de mi tierra, que me lo quiso arrebatar de las manos, despues de ofrecerme en valde el oro y el moro.

—Pues más habríais conseguido cediéndoselo al prebendado, que, sujetándole á la triste suerte que sin duda le espera, si cae en manos de gente sin entrañas.

—¡Ay! No me lo digais, compadrito, que cada vez que lo pienso saltan hechas pedazos las entretelas de mi corazon,—exclamó el cobrizo afectando gran pena.

Y luego, haciendo ademan de secarse las lágrimas, repuso:

—¡Criélos usarcé, para que luego se los lleve un pillo!

Creyó Ginés que era legítimo el sentimiento de su compañero de viaje, y procuró consolarle, diciéndole:

—Señor Malaspulgas, perdonadme si os digo que me parece un tanto exagerada vuestra pena. Por fortuna, lo que vos y yo pensamos acerca de la suerte de Curro, es sólo mera suposicion. Quizás le espere una vida regalona, y quién sabe si le adquirirá para recreo de sus hijos, algun acaudalado labrador.

—¡Oh! Si tal sucediera,—exclamó Malaspulgas, de-

jando ver en su rostro la alegría,—seria yo capaz de darlo por la mitad de su precio.

Ginés sonrió maliciosamente adivinando las intenciones de su colega.

Y como á la claridad de la luna advirtiera que á larga distancia del camino levantábanse unos como blancos copos de nieve, en cuyos remates fosforescian pequeñas luces, preguntó al gitano:

—¿Son por casualidad, aquellas las casitas del pueblo á donde nos dirigimos?

—Sí, mi amo.

—¿Y tardaremos mucho en llegar?

—Una hora próximamente; pero con la buena voluntad de Curro, el viaje será más corto.

Y esto diciendo, oprimió con sus piés el cuerpo del desdichado pollino, el cual salió al trote, no sin encomendarse á Júpiter, para que le diera al efecto, toda la energía de la juventud.

CAPÍTULO XXIV

Por amor al prógimo.

Caminando á todo correr, y departiendo entretanto amigablemente, llegaron Malaspulgas y Pantoja muy cerca del pueblo donde iba á celebrarse el mercado.

Gran empeño deberia tener el pillete del gitano en deshacerse de su burro, puesto que al divisar la entrada del pueblo, invitó á Ginés á que se apeara, y díjole:

—Hermano, ruego á su señoría encarecidamente me indique quién es ese nobilísimo é ilustrado hidalgo de quien me asegurais que compraria mi tesoro.

—No puedo hacerlo, ínterin no fijeis concretamente su valor.

—Pero compadrito, si acabo de deciros que por tratarse de persona honrada, le daré esta joya en siete ducados.

—Es mucho todavía.

—¿Mucho decís, cuando me costó cincuenta?

—Debo advertiros que el caballero es pobre.

—Pues ni la de vos ni la mia, quédese en cinco ducados.

—No puede ser, no puede ser.

—¡Válgame Santa María Magdalena! ¿Señor don Ginés, todavía anda vuesamercé con regateos? Sepamos si habla ucé sériamente, ó quiere chancearse conmigo.

—¡Líbreme Dios de cosa semejante!

—Pues entonces no comprendo, que tratándose de una ganga se hagan tantos escrúpulos. ¿Es acaso un mendigo quien os ha dado la comision de que le compreis el asno?

—Soy yo mismo quien desea adquirirle.

—¡Acabáramos, pimpollo! Si hubiéseis empezado por ahí, ya estaria terminado el asunto.

—¿De qué manera?

—Realizando la venta en cuatro ducados, por tratarse de tan buen amigo.

—Dos os doy por Curro, ¿os conviene?

—Primero me dejaria arrancar los cabellos, y hacer pedazos el corazon, que consentir ofensa semejante.

—Pues quedad con Dios, que yo debo apresurar el paso, á fin de estar en Salamanca al amanecer.

—Vaya su ilustrísima enhorabuena.

Ginés torció á la derecha, y ya habia andado buen trecho, cuando llegó hasta él la voz del gitano que decia:

—¡Eh! ¡Buen amigo! ¡Don Ginés! Vuelva su señoría por aquí, que no quiero que me tenga por tacaño.

Pantoja regresó al sitio en que su compañero de viaje estaba.

—Vengan,—exclamó al verle,—los dos ducados, compadrito, que no es razon que mientras yo voy á dormir en blando, vaya su señoría á pié enjuto por esos andurriales, exponiéndose á un tropiezo.

—Gracias, mil gracias, señor Malaspulgas.

—Amar al prójimo nos aconseja la doctrina; buena prueba de ello es el sacrificio que hago en vuestro favor.

—Tomad, tomad este regalo de reyes. Llevaos á mi Curro, á mi pobrecito hijo; mas permitid que antes de separarnos, me despida de él como cumple á un padre cariñoso.

Y esto diciendo, comenzó á besar al desvencijado pollino, prodigándole al mismo tiempo las siguientes ternezas:

—Adios, lucero, rosicler, encanto mio, palomo, ya no te veré más; ¡ay! y qué triste soledad me aguarda.

El gitano echóse á llorar como moza á quien contrarian en amores, y Ginés, en tanto, subió sobre Curro, y partió de aquel lugar.

A medida que caminaba, hacíanse más espesas las sombras de la noche, y más ruda la fatiga del infeliz asno, poco dispuesto por su vejez á tanto linaje de disgustos..

Y como velis nolis, á obra de mucho andar, le dió la gana de decir en su lengua, de aquí no paso, el

aventurero Pantoja, vióse obligado á amarrarle á una encina, y á cruzarse de brazos, diciendo:

—Pues Señor, no hay más remedio que pasar aquí el resto de la noche. Afortunadamente no hace frio, y bajo este árbol podremos dormir algunas horas. ¡Uf! y cuánto me cuesta tu culto, Minerva sacratísima.

Y envolviéndose en gruesa manta palentina, único ajuar de que dispusiera para su viaje, tendióse en la tierra, quedando dormido á poco.

El desdichado Curro, despues de revolcarse dos ó tres veces, quedó tambien entregado al sueño, muy cerca de su amo.

Trascurrieron algunos minutos, y cuando no se oia otro rumor que el que produjeran los ronquidos sonoros de Ginés, una sombra que avanzaba lentamente llegó á colocarse al lado del mancebo.

Si á la claridad de la luna hubiéramos examinado las facciones del recien venido, nuestra sorpresa hubiese crecido de punto, al advertir en aquellas al gitano vendedor del pollino.

Con habilidad nunca vista, desató del árbol al animal.

Dióle dos golpes en el cuerpo con su planta; y como se oyese á lo lejos un rebuzno perfectamente imitado, Currito irguióse, echó las orejas atrás, y al mismo tiempo que su primitivo amo montaba sobre él, partió de allí como una exhalacion.

El tio Malaspulgas recuperaba su joya por vigésima vez.

Era uno de tantos ladrones que pululan por los

mercados y las ferias, sin que la justicia pueda caer sobre ellos por carencia absoluta de medios probatorios del delito.

El robo no carecía de gracia.

Dormido como una piedra hallábase el aspirante á mitras, cuando acertó á bañar su frente el tibio rayo de la aurora.

Ginés bostezó con libertad desusada, y restregándose repetidamente los ojos, fué levantándose por tiempos, hasta quedar sentado en tierra.

Profundo debia ser el sopor que abrumara su cerebro, por cuanto á pesar de su actitud incómoda, no acertó á reconocer el lugar en que se hallaba.

Sólo despues de abrir y volver á cerrar muchas veces la boca, entre los cumplimientos del *Dómine labia mea*, estiró los brazos, y fijando sus ojos desmesuradamente abiertos en el árbol en que amarrara á Curro, exclamó:

—¡Santo Dios! Se ha escapado ese tunante; pero calla, esta montera; sí, no me cabe duda, es la del gitano. ¡Jesucristo! Lo comprendo todo: ese infame de Malaspulgas ha venido siguiéndome, y en tanto yo dormia, él me ha robado el pollino. ¡Bruto, béstia, salvaje de mí, que no acerté á comprender con quien me las habia!

—Por fortuna la pérdida no es muy importante; sin embargo, veamos si el hijo del bribon anda pastando por esos verdes.

Ginés dejó su manta en tierra, y tomando por un recodo, salió en busca del rucio.

No habria andado seis pasos, cuando un agudo silbido sonó á sus espaldas.

El estudiante volvióse súbitamente.

Su cabello erizóse, sus dedos crispáronse de un modo horrible.

Con agilidad extremada saltó Ginés, en tanto que una culebra de gran tamaño, que fué la que lanzara el silbido, imitóle, yendo á colocarse muy cerca de él.

—¡Es un bastardo, un terrible bastardo! (1)—exclamó.—Ahora sí que ha llegado el último instante de mi vida.

Y esto diciendo, comenzó á correr haciendo *eses*, con lo que pudo evitar por el pronto la agresion del reptil.

Incansable debia ser el repugnante animal, puesto que á pesar de la carrera de gamo emprendida por el hidalguillo, estuvo á punto de alcanzarle.

Ginés, ahogándose de fatiga, falto ya de alientos, con el pulmon casi destrozado, no pudiendo resistir tan ruda persecucion, aprovechó alguna ventaja alcanzada sobre su contrario, y gateando como un mono subió á lo alto de una encina.

Allí comenzó á temblar como un epiléptico, y su pavura elevóse al grado del terror más espantoso, cuando vió al bastardo, que con mucha calma, fué poco á poco enroscándose al tronco del árbol, hasta el extremo de elevar su cabeza muy cerca de las ramas.

---

(1) Culebra que se encuentra en los campos de la provincia de Salamanca.

La fuga era ya imposible.

Ginés apeló á su valor indomable, y con glacial serenidad desnudó el cuchillo que el mendigo le entregara, y repuso para sí:

—Puesto que ya no hay remedio, ó ella ó yo quedaremos aquí.

El bastardo abrió cuanto pudo la boca, dejó ver sus fauces horribles, y al propio tiempo que fijaba sus ojos centellantes en el rostro de Ginés, éste asestóle una tremenda puñalada en la cabeza que le dejó cadáver, sin exhalar el más pequeño gemido.

—¡Victoria, victoria!—exclamó arrojándose del árbol el hijo de Romualda, y poniendo su pié sobre el repugnante cuerpo del bastardo, que habia caido en tierra.

—¡Oh! No le abandonaré; llevarélo conmigo,—repuso:—es el primer emblema de mis hazañas en la soñada region salmantina.

Y cogiendo por la mitad el helado cuerpo del culebron, echóselo á hombros, y partió camino de la capital.

O la suerte se entretenia en querer probar el temple de espíritu y demás superiores cualidades que á Ginés adornaban, ó una especie de castigo del cielo, lanzado sobre él por su deseo de abandonar el hogar, parecia perseguirle durante su viaje.

Cuando sólo tres escasas leguas restaríanle para entrar en Salamanca, topó con un ámplia pradera circundada por pequeños montes.

En el centro de ésta, pudo ver diez ó doce jóvenes

vestidos con negros hábitos, y cuyas cabezas cubríanse con gorras de luciente terciopelo.

—¡Son ellos, mis colegas, mis hermanos los estudiantes!—gritó Ginés ébrio de gozo al apercibirlos.

—Pero calle, se baten como héroes á pedradas, con aquellos villanos del monte.

—¡Eh, amigos, no cejeis, duro con ellos! Yo soy uno como vosotros, que vá tambien á Salamanca á estudiar.

—Pues acércate pronto, compañero, porque todo refuerzo es poco para aniquilar á esos bárbaros.

—Voy, voy,—exclamó Pantoja, llegando con la velocidad de la saeta hasta sus futuros condiscípulos.

—¿Quién os insulta, hermanos?—preguntó Ginés, ayudando á sus colegas á lanzar piedras sobre los del monte.

—Los pastores dueños de esta dehesa,—respondiéronle.

—¿Por qué causa?

—Porque hemos venido á solazarnos aquí y á consumir unas viandas, y dicen que les ahuyentamos el ganado.

—Ahora vereis,—repuso Pantoja; y sacando toda la fuerza de sus pulmones, gritó á los de la montaña:

—Bajad, cobardes, si teneis en las venas una gota de sangre española.

La respuesta dada á Ginés consistió en una lluvia de piedras lanzadas con furia por los pastores.

—¡Santo Dios!—exclamaron los estudiantes viendo caer en tierra á uno de los suyos.—Es Sandoval, el

bachiller Sandoval, que ha sido herido por esos ladrones.

—No os importe; yo le asistiré,—exclamó uno á quien llamaban Iñiguez.

—¡Adelante, compañeros!—gritó con energía heróica el improvisado general Ginés.

—¡Ya es tarde!—contestó retrocediendo espantada la turba estudiantil.

—Han soltado los mastines, y nos van á hacer pedazos,—añadieron.

—¡Antes morir que entregarse!—volvió á decir Pantoja alentando á los guerreros.

—Que vienen, que vienen las fieras,—dijo uno de éstos.—Cojamos una vara; lo que encuentre cada uno.

En esto una turba de perros de formidable tamaño, llegó muy cerca del sitio en que Sandoval yacia maltrecho.

—¡Que matan, que matan al bachiller!—exclamaron todos con desesperacion.

—¡No tengais cuidado! ¡Venga uno aquí! Otro, que me traiga el bastardo muerto; los demás seguid defendiendo el campo.

Al ver los perros que Ginés se dirigía á ellos en actitud amenazadora, rodearon, para destrozarle despues, el cuerpo de Sandoval, y comenzaron á ladrar horriblemente.

Ginés blandió su cuchillo al aire, y haciendo luego ademan de huir, logró que los mastines abandonasen al bachiller, y que formando todos compacto grupo, le siguiesen.

En esto uno de los canes más fieros, dió un terrible salto sobre Pantoja; mas al elevarse el animal, una tremenda cuchillada lanzada al aire por Ginés, alcanzóle con tan mala suerte, que arrancando á su garganta lastimero quejido, hízole caer en tierra para no volver á levantarse nunca.

CAPÍTULO XXV

Victoria y reconocimiento.

La lucha entre los perros y Ginés acrecia visiblemente.

Las vestiduras del hidalgo fueron desgarradas por aquellas fieras.

Sin curarse del dolor ocasionado por algunas mordeduras que le causaran derramamiento abundoso de sangre, Pantoja lograba evadir la agresion de sus enemigos repartiendo tajos á diestro y siniestro.

Dos perros iban ya despachados en la lid en medio de los gritos desaforados de los pastores, que veian perdida su mejor defensa, y á las imprecaciones de aquellos montaraces, respondian los certeros disparos de la plebe estudiantil.

Cumpliendo las órdenes de Ginés, el cuerpo muerto del bastardo fué arrojado muy cerca de los perros.

Los que quedaron sanos en la refriega llenáronse de pavura con la aparicion del reptil, y salieron á escape como corzo perseguido.

—¡Victoria! ¡Victoria!—gritaron los estudiantes llenos de júbilo.

—¡Bajad, bajad beduinos!—exclamó Ginés dirigiendose á los pastores.

Mas estos iban retrocediendo poco á poco, convencidos de que era ya inevitable su derrota.

—¿No quereis?—gritó el sacristan con voz de trueno.—Pues ahora tendreis que hacerlo á la fuerza, cobardes.

Y esto diciendo, encendió una mecha que llevaba valiendose de dos piedras de chispa, y aplicó la llama á las yerbas del prado.

El campo empezó á arder, produciendo espesa columna de humo.

Los pastores llenos de pavura, descendieron del monte inmediatamente.

Sin atender á otra cosa, apagaron de segida el incendio, valiéndose de una ramas secas.

Terminada esta operacion, Ginés alentando á los suyos, exclamó:

—¡A ellos, que ya son nuestros! Defendeos, rufianes, si podeis.

Trabóse á palos y cuerpo á cuerpo cruenta lucha entre los pastores y los estudiantes, quedando el triunfo confirmado á favor de estos.

Molidos á garrotazos, plagados de golpes y cardenales, los villanos no tuvieron más remedio que huir.

—¿Lo veis, compañeros?—exclamó Ginés con gran alboroso,—con constancia y fé, se vence siempre en las luchas de la existencia.

—¡Teneis razon, ilustre defensor de nuestros fueros! —repusieron todos los estudiantes rodeando á Ginés;— pero sepamos á quién tenemos el honor de hablar y de agradecer cuanto por nosotros ha hecho.

A un infeliz llamado Ginés Pantoja, nombrado sacristan á la fuerza, para coartarle su vocacion de estudiar en las aulas salmantinas.

—Otro como vos y yo,—exclamó el bachiller Sandoval, dirigiéndose al que llamaba Iniguez.

—Ahora me sois doblemente simpático, don Ginés: Os debo la merced de haberme librado de las iras de los perros, y luego yo, como vos, soy tambien víctima de los caprichos de una familia, que quiere que me haga cura.

—Pues ¡vive Dios! que desde hoy, he de ser por todas estas razones vuestro mejor amigo, señor Sandoval,—repuso Ginés estrechando á su interlocutor entre sus brazos.

La plebe estudiantil entusiasmada comenzó á gritar:

—¡Viva el ilustre Pantoja, defensor de los fueros universitarios!

—¡Viva!—contestó la gente en masa.

—¡Llevémoslo á hombros!—exclamaron varios.

—No hareis tal; ni yo lo consentiria,—repuso con acento de suma nobleza Ginés.

—Aquí, señores,—añadió,—no hay superioridad, no debe haberla entre nosotros.

—Eso, eso.

—Todos constituimos varios cuerpos; es verdad; pero somos; ¡voto á Lucifer! un solo espíritu; una sola alma obligada á realizar los mayores esfuerzos, las más difíciles empresas en favor de la comunidad.

—¡Justo, justo! Así queremos ver á los hombres,—repusieron dos estudiantes alargando su diestra á Ginés.

Y luego fueron añadiendo sucesivamente:

—¿Os sentareis á mi lado en el aula?

—¿Vivireis conmigo?

—Cursad la Jurisprudencia.

—Mejor la Teología.

—La Medicina más bien.

—Eso me agrada,—exclamó Pantoja,—lo que vos habeis dicho, señor Sandoval.

Despues continuaron los estudiantes diciendo:

—Espero de vuestra hidalguía que me ayudareis á vengarme del sastre.

—Y del zapatero de la plaza.

—Y del fabricante de embutidos de perro.

—Todo lo que querais, señores. Repito que vengo á ser vuestro hermano, y no haya más que hablar.

—Sólo hemos de favorecer á nuestro amigo Peironcelly. ¡Oh! Ya le conocereis, señor Pantoja. Es el hombre más bueno, más honrado y más digno que existe en toda la provincia.

—El defensor de la colonia universitaria

—El padre de los escolares.

—El consuelo de los desvalidos.

—Todo se hará á medida de vuestro deseo y para que veais que deseo serviros, pondremos en juego cuantas artes nos sugiera nuestro magin, hasta lograr que ese hidalgo sea regidor de la villa!

—¡Muy bueno, muy bueno!

—Pues amigos mios, aquí ya no hacemos nada. Avanza el dia y es preciso que yo pase á conocer la ciudad; pero antes os invito á tomar un bocado en el primer figon que encontremos.

—¡Viva Salamanca! ¡Viva Pantoja el liberal!

—Gracias, amigos; tres ducados tan sólo van en mi compañía: vuestros son desde este momento.

—Eso es un hombre.

—Formaos, pues; puntead vuestras vihuelas y partamos.

Obedecieron con singular presteza los estudiantes la voz de su amigo, y colocados en correcta formacion, emprendieron el paso, animados por los acordes de alegre marcha.

Llegaron á poco al ventorro llamado de los Dolores, cuyo nombre se le otorgó, porque así se llamaban tambien la mujer del ventero, la hija de éste y una cuñada suya.

Cuando la gente que en él estaba oyó la música estudiantil, salió á recibir á los huéspedes con maese Pelaez á la cabeza.

Momentos despues, hallábanse todos en un emparrado, establecido en la puerta del bodegon para evitar los ardores de Febo.

—Maese,—exclamó Sandoval,—presentando al ven-

tero á Pantoja, aquí teneis un buen amigo nuestro que acaba de batirse bizarramente por nuestra causa.

—Sea muy bien venido el defensor de la altísima nobleza de la frente,—repuso descubriéndose el hostelero.—¿Y venís, añadió,—á cursar en la Salmantina?

—Vos lo habeis dicho.

—¡Qué me place! Haceis muy bien, haceis muy bien. No hay mejores amigos que los libros,—siguió diciendo maese.

—¡Oh! Si á mí me hubiesen dejado mis padres, seria ya canónigo, arzobispo, médico, ¿qué se yo? Pero qué quereis, las cosas no se realizan siempre á gusto de uno, y aquí me tiene vuesamercé, derramando jarros de lo añejo para calmar el apetito de los parroquianos que me honran con su visita.

—No dejais de realizar una gran mision.

—¿Cuál?

—La de dar de beber al sediento, ¿os parece pequeña esta obra de misericordia?

—Hablais como un libro; pero decidme, señor Pantoja, aunque sea curiosidad, ¿sabeis puntear la vihuela?

—Ahora lo vereis, maese. Cinco años de mi vida me los he pasado ejercitando el arte, mientras apacentaba las reses confiadas á mi custodia.

—Pues no os perdono el que nos deis un buen rato. Ahora voy á que Dolorcitas os traiga unas magras y algo con qué remojar las fauces, y os oiremos despues; ¿no es verdad?

—Tendré en ello sumo gusto, maese Pelaez.

Quedaron entregados los escolares á las expansiones de animadísimo diálogo, cuando vino á interrumpirle la angelical figura de la hija del ventero.

Era esta una jóven de diez y siete años, de tez morena, de grandes ojos negros, de boca tan breve como una almendra y de cabello tan sedoso y cuidado como el de la hija de un príncipe.

Al verla, prodújose una explosion de entusiasmo entre los estudiantes.

—¡Viva el sol del Mediodía!—gritóle uno, arrojando su montera á las plantas de la muchacha.

—¡Ole por mi cielo!—exclamó otro tendiéndole la capa.

—¡Bendita sea tu madre, pimpollo!—exclamó el de acullá.

—¿Qué decís, qué decis de eso, señor Pantoja?

—¡Qué quién fuera pulga!—contestó con suma hipocresía el interpelado.

Con un aplauso unánime, acompañado de grandes carcajadas, fué recibida la ocurrencia de Ginés.

En esto volvió maese Pelaez junto á sus amigos, y dejando ver la alegría en su rostro, díjoles:

—¿Pero qué gente tengo yo aquí que se está tan quieta, cuando todos debemos festejar al recienvenido?

—¡Venga, venga una vihuela!—exclamó Pantoja,—que voy á cantaros unas coplillas.

—Sí, sí,—contestaron todos.

—No quiero que me acuseis de triste y de desconocedor de vuestras prácticas.

Todos sentáronse en torno de Ginés, y éste, des-

pues de templar el instrumento, lanzó al aire los cantares siguientes:

La bolsa del estudiante
Es como el agua en la cesta,
Que más y más se vacía
Cuanto más y más la llenan.
A la jota, jota
Que baila mi niña,
Que me roba el alma
Cuanto más me mira.
A la jota, jota
De la libertad,
Que viva, que viva
La Universidad.

Una salva de atronadoras vítores á Ginés, fué la respuesta de los circunstantes.

—¡Otra, otra!—exclamaron éstos en masa.

—Pero, señores...

—¡Otra, salero!—repuso un andaluz muy jacarandoso.

—Pues vaya ésta, amigos mios,—exclamó Ginés,—á la salud de Dolorcitas, la perla de esta casa y de todas las casas del mundo.

—¡Muy bien, muy bien!

El ex-sacristan entonó de nuevo su canto en las siguientes coplas:

Con el rayo de tus ojos
Quemaste mi corazon,
Ven á apagar el incendio
O ten de mí compasion.
A la jota, jota
Que canta Dolores;

Que imitan las auras
Y envidian las flores.
A la jota, jota
Que canto, ¡ay! de mí,
Muriendo de penas,
De amores por tí.

Al terminar Pantoja su cancion, obtuvo mayor aplauso que la vez primera, si se quiere.

—Vaya ahora una vuestra, señor Pelaez.

—No me resisto,—contestó el hostelero.

Y tomando de manos de Ginés la guitarra, con cascada voz, aunque de buen cuerpo, formuló el cantar siguiente:

Una vieja se comió,
Señores, y esto no es cuento,
Un cabrito sin asar,
Y seis chuletas con hueso.
Y allá por la noche
Dicen que decia,
Si tuviera dientes
Más engulliría.
Vaya un disparate,
Qué barbaridad,
Esto no lo enseña
La Universidad.

CAPÍTULO XXVI

—

Por dinero baila el perro, y por pan, si se lo dan.

Era, sin duda, inextinguible el númen de maese Pelaez; pues á la cantidad extraordinaria de coplas, de memoria aprendidas, hubo que añadir las que en aquel instante inventara para satisfacer las exigencias de los escolares.

El hostelero cantaba como un ruiseñor; punteaba su vihuela como el andaluz más experto, y disponia de la rarísima facultad de improvisar versos de maleante y picaresca hechura.

Así que hubo maese, regalado hasta la saciedad los oidos del público, abandonó la guitarra y suspirando anhelosamente, exclamó:

—Caballeros, no puedo hacer más en obsequio de vuesasmercedes. He cantado como un grillo y aunque

en otros tiempos, Apolo venia constantemente á darme alientos para el arte, lo que es ahora, ¡voto á Cribas! no es servido su majestad de dilatar en beneficio mio su proteccion. La verdad es, señores, que sólo vuestra benevolencia puede excusar mis osadías.

—¿Osadía llamais á dejarnos oir una voz armoniosa y dulce?—exclamó con galante tono Pantoja.

—Gracias, amigo mio, gracias,—contestó el hostelero.—Insisto en lo dicho, á pesar de vuestra refinada cortesanía. Hoy no es el pobre maese Pelaez otra cosa que un vejete, cuya vida sostienen, por mitad los cariños de una hija virtuosa, y las visitas cuotidianas de mis amados huéspedes, los esclarecidos cursantes de la inmortal escuela salmantina.

—Por eso no faltamos nunca á rendiros nuestro saludo,—repuso uno de los estudiantes.—Pero ya que tan bueno sois,—añadió,—para que nuestro nuevo colega os conozca en todos los géneros, narradnos una de esas historias sentimentales y dramáticas, que surgen en vuestro cerebro con la fosforescencia del relámpago, ó que habeis conservado indelebles en la memoria, recogidas durante vuestros muchos viajes por el mundo.

—Harélo gustoso, siempre que al señor Pantoja no le entristezcan relatos de este jaez.

—Antes al contrario, maese, soy muy afecto á ellos, como buen español y hombre excesivamente impresionable.

—Pues siendo asi, comenzaré enseguida.

—Y ya que tan amable os mostrais, maese,—repu-

vo el bachiller Sandoval,—creo interpretar los sentimientos de mis amigos, si os anuncio que para dar la espansion necesaria á vuestro discurso, pasaremos con vos el resto del dia.

—Qué me place, señor bachiller; pero creo que empleais muy mal, oyéndome á mí, vuestras vacaciones.

—Eso no es cuenta vuestra; nosotros cambiaríamos todos los recreos del orbe, por la amenidad de vuestra palabra. Con que no os resta otra cosa que hacer, sino dar comienzo á la historia.

—Pues allá vá, con todos sus pelos y señales.

—No sé si recordarán vuesasmercedes, porque repetidas veces se lo he dicho, que eran mis padres de humilde cuna.

Cuando ambos contrajeron matrimonio, no contaban con más tesoro que su amor, ni con otro auxilio que el de su trabajo.

Mi padre y mi madre, hallábanse al conocerse, consagrados á las faenas del campo; despues de su union, en fuerza de infinitas privaciones, de contínuos ahorros, de constante lucha, lograron reunir unas cuantas monedas, con las que pudieron aliviar su situacion, tomando en arrendamiento un antiguo parador, sito en Medina de Rioseco.

Allí nació mi humildísima persona, y en aquellos campos me eduqué, si educacion puede llamarse á la del mortal que, siendo niño se cria entre los ganados, que siendo mozo no tiene más mision que la de manipular con la reja, y que al llegar á hombre se encuen-

tra con una fuerza material irresistible; pero con una pobreza de espíritu incomparable.

Quiso la suerte, el infortunio, diré mejor, que cuando ya contaba yo quince años, llegara á la casa de mis padres, de paso para Madrid, un caballero de noble alcurnia, de apuesto continente y de fisonomía severa, y para algunos simpática á un tiempo mismo.

El hidalgo era breton de nacionalidad, frisaba en los veintiocho abriles, hablaba muy poco, dormia cuatro horas escasas durante la noche, y á juzgar por su habitual actitud, reflexiva siempre, ó su ánimo sentia el peso de amarga y dolorosa desdicha, ó saboreaba algun desengaño, de esos cuya terrible influencia, concluye por hacer del humano corazon el eterno cadáver de todas las esperanzas.

Aunque á juzgar por su aspecto elegante y lujoso, aquel hombre hubiera podido, sin duda, disponer de un número considerable de servidores, cuando llegó por primera vez á mi casa, venia solo completamente; circunstancia, que si bien llamó nuestra atencion en un principio, fué luego admitida como natural, al saber por propia confesion del huésped, que su idiosincrática misantropía le obligaba á prescindir de todo género de acompañantes, para no verse en la necesidad de hablar con ellos.

Guillermo Scott, tenia por nombre el hijo de Bretaña; traíanle á la Península dos cosas: el deseo de ver á un su hermano comerciante, que vivia en Madrid, para recojer de sus manos cierta herencia que le correspondia de derecho, y la necesidad de adquirir las

galas y donas precisas para verificar su matrimonio con una ilustre dama residente en Poitiers.

En verdad confieso á vuesasmercedes, que á pesar de las altas dotes de prudencia y cortesanía, que en los momentos de buen humor revelábanse en el caballero, jamás pude yo sentir por él afecto alguno, antes al contrario, cuando mis padres y la gente que venia á mi casa de diario, deshacíanse en elogios por su persona, exclamaba el que esto os refiere:

—Vuesasmercedes podrán decir lo que quieran; pero ese extranjero me es á mí muy antipático.

—Valiente cosa importará á su ilustrísima tu desafecto.—contestábanme.

—Es que hasta me parece hombre de mal corazon, —añadia yo.—¿No se han fijado usarcedes en su modo de mirar siniestro y terrible?

—Vamos, calla, calla, mequetrefe,—exclamaban cuantos me oian.—Los chicos no deben meterse nunca á juzgar á los mayores, su obligacion consiste en oir, ver y callar.

Y ante tan severa indicacion, limitábame á cerrar los labios y á dar la vuelta más corrido que un mono.

Bien pronto quisieron los cielos hacerme variar de opinion respecto de nuestro huésped.

Cierto dia, mucho antes de romper el alba, levantóse mi padre, y dispúsose á salir del parador.

Tomó un ligero desayuno, y asiendo un taleguito colmado de monedas de oro, sostuvo, antes de partir, con mi madre el siguiente diálogo:

—Irene, á las doce, sin falta, estaré de vuelta. Ten

preparada la comida, para que nos sentemos á la mesa al instante, porque traeré apetito.

—Pero te vas solo, Pelaez?—preguntó sobresaltada mi madre al autor de mis dias.

—Sí, Irene, sí,—contestóle,—¿para qué necesito compañeros?

—Pelaez, por Dios, considera que ese dinero no es tuyo; que pueden robártelo, y entonces, ¡qué seria de nosotros!

—¡Bah, bah! Cosas tuyas, mujer; siempre tan medrosa y llena de cavilaciones.

—Pelaez, recuerda que la casa del señor don Diego, cuyas fincas administras hoy, está dos leguas largas de aquí, que el camino es muy solitario, y sobre todo, que en el bosque de los pinos, que tienes por precision que atravesar, puede ocultarse una gavilla de malhechores.

—Se guardarán muy bien de sorprenderme, porque ni los alientos de mi caballo se lo consentirian, ni está tan descuidada la vigilancia de esos lugares, que quede el viajero completamente abandonado.

—Esposo mio, yo te ruego que lleves alguno de los mozos en tu compañía.

—Está tranquila, cordera, que nada malo me sucederá. Hasta las doce, pues, y que me tengas preparadas algunas de esas viandas excelentes con que suelo chuparme los dedos.

Mi padre dió á mi madre un cariñoso golpe en la mejilla derecha, y salió en direccion del campo, alegre y contento como unas páscuas.

A poco montaba en su corcel, partiendo con la velocidad del rayo.

Por esos ignorados secretos del corazon, mi buena y virtuosa madre quedó sumida en profunda tristeza.

Esto no fué, sin embargo, suficiente motivo, para que abandonase sus habituales tareas.

En vano pretendí yo inquirir la causa de su abatimiento; mi madre me dijo que estaba como siempre tranquila. Conocia la santa mujer la impetuosidad de mi carácter, y no quiso colocarme en situacion de que saliera yo en seguimiento del autor de mis dias.

El temor hubiese sido en este caso doble para ella.

En su virtud, despues de halagar mi apetito con colmada ofrenda de torreznos, peinó mis cabellos en cuya tersura se miraba, y envióme á la escuela de Humanidades, diciéndome, no sin suspirar amargamente:

—Hijo, ven pronto, no te entretengas por ahí, pues padre, que ha ido á la obligacion, me ha encargado muy especialmente que para las doce en punto esté la comida.

—Estad tranquila, madre, que cumpliré al pié de la letra vuestras órdenes.

En efecto, antes de la hora prefijada, y apenas nos dió suelta el señor maestro, separéme de mis condiscípulos, y emprendíla en direccion de mi casa, tomando la carrera del gamo.

La causa que me impulsaba á obrar así, era el producto de un egoismo refinado; pues como en las pocas visitas que mi padre consagraba á don Diego, recibia

siempre de este alguna moneda para mí, claro es que la esperanza de su posesion, ponia más en ejercicio mi actividad, y á trueque de tener cuanto antes en mi bolsa la que yo juzgaba una fortuna, hubiese sido capaz de correr dos leguas á piés descalzos.

Y esto me recuerda, señores, que aquel adagio que dice: *Por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan,* debe tenerse muy en cuenta, cuando en ocasiones de la vida vemos decaer prontamente ciertas voluntades, que por lo duras é indómitas, parecíannos con engaño, de hierro, piedra y bronce formadas.

Llegué en un dos por tres á mi casa, como á usarcedes referia, y con el afan de recojer la dádiva de manos de mi padre, creo que volé, más que subí la escalera que conducia á nuestras habitaciones.

Inusitada sorpresa causóme el espectáculo abierto ante mís ojos.

Mi madre temblando, con los ojos preñados de lágrimas, y llena de miedo, contestaba inciertamente á las duras frases que Guillermo Scott le dirigia.

Este se expresaba del siguiente modo:

—Cuando uno necesita para vivir del dinero ajeno, procura complacer á quien paga.

—Yo, señor...

—Os he dicho, que se me sirviese al punto la comida, porque debo partir para Madrid dentro de media hora, y lejos de atender á mi ruego, venís anunciándome que no está dispuesta.

—Perdonad, señor hidalgo, pero ha dado la casualidad de que todos los sirvientes se hallan ocupados hoy

en las faenas del campo. Me encuentro sola para atender al servicio de la casa, y no puedo...

—Excusas vanas é inadmisibles; y aparte de todo, ¿no teneis un marido que os ayude?

—Señor Scott, mi esposo ha ido á cumplir con sus obligaciones.

—¡A emborracharse! direis,—exclamó el breton lanzando á mi madre una mirada amenazadora que me sacó enteramente de quicio.

—Ved cómo hablais,—contestó la santa mujer al extranjero.—Mi esposo no se embriaga nunca; ódia el vicio por naturaleza, y no tolero que nadie le calumnie.

—¡Vuestro esposo y vos, y todos los que aquí habitan,—gritó el hidalgo lleno de cólera,—no son más que un conjunto de rufianes, indignos de habérselas con un caballero!

Al escuchar el desusado tono del breton, sentí que la sangre se me agolpaba en el cerebro, y sin curarme de otra cosa que de vengar el agravio inferido, púseme ante él en jarras, y contestéle:

—Aquí no hay más rufian que el que se atreve con una pobre señora, y no conmigo.

—Quítate de mi presencia, rapazuelo, y no intentes quemarme la sangre.

—Habeis insultado á los que me dieron el sér,—grité yo hecho un guerrero,—y eso no lo hace más que un hijo de ladrones.

Decir yo esto, cojer el breton una silla para arrojármela, y lanzar mi madre un grito de espanto, fué obra de un momento.

Mas sin duda no contaba el extranjero con que la agilidad de ardilla, propia de nuestra raza, nos permite á las veces, rehuir los más rudos ataques.

Así, pues, al ver su agresion, incliné mi cuerpo todo lo que pude. La silla pasó rozando mi cabeza, sin hacerme el menor daño, y fué á estrellarse en una de las paredes de la estancia.

—¡Miserable, cobarde!—gritó mi madre desesperada.—A eso os atrevereis, á provocar á un niño.

—Callad, ú os haré pedazos á los dos.

—¡Eso no lo dice más que un bandido!—exclamé yo, tomando una pesa que habia en un ángulo del cuarto.

—¡Venid ahora, follon!—repuse.

Y ya iba el extranjero á arrojarse sobre mí, cuando le disparé la pesa, con tan mala suerte para su persona, que recibiendo un golpe terrible en el brazo derecho, le hizo caer en tierra lanzando fuertes alaridos.

CAPITULO XXVII

—

De cómo recibe el premio quien sabe honrar á sus padres.

El ensoberbecido breton permaneció algunos minutos privado del habla.

Mi madre entretanto, aplicó á sus sienes unas gotas de vinagre, y vendando á la par el miembro malferido, logró que el extranjero se repusiese al cabo.

Cuando sir Scott volvió en sí, suspiró anhelosamente, y clavó en mi brevísima persona sus ojos, como admirándome.

Mi madre cayó de rodillas ante nuestro huésped, y cruzando las manos, exclamó:

—Perdonad, amo mio, á ese bribon, y no nos perdais acusándole á la justicia. Es un criminal, bien lo conozco, pero yo os aseguro que cuando regrese su padre, le ha de moler los huesos á palos.

—No hará tal,—exclamó Scott, tornándose sumamente amable. Y luego volviéndose á mí, repuso:

—Acércate, jóven sublime, acércate.

Corrido cual un mono, y sin acertar á explicarme lo que sucedia, llegué al lado del extranjero, y bajé la cabeza ante él como quien aguarda su sentencia.

El caballero introdujo la diestra en su bolsa, y sacando de esta un escudo de oro.

—Toma,—repuso, haciendo ademan de entregármelo,—en premio de tu buena accion.

Confieso que ante el inesperado rasgo de mi víctima, estuve á punto de caerme de espaldas. Mi madre quedóse con la boca abierta, y ambos convertímonos en verdaderas estátuas del silencio.

Viendo el breton nuestra sorpresa é incertidumbre, depositó á la fuerza la moneda en mis manos, y como yo permaneciese sin saber que hacer de ella, exclamó de nuevo:

—Guárdala; yo te lo suplico, como premio insignificante á las cualidades que te adornan.

—¿A las cualidades que le adornan?—atrevióse á preguntar mi madre con marcada curiosidad.

—Sí, señora Irene, sí,—repuso con firme conviccion el huésped. Para otro hombre que no fuese como el que os habla, admirador decidido de los grandes sentimientos, la conducta de este muchacho pareceria inspirada en la soberbia más punible y en la altivez más impropia; pero en el concepto de Guillermo Scott, lo que vuestro hijo acaba de hacer con él, merece su aplauso y su premio.

—¿Su aplauso y su premio?

—Sí, señora Irene. Honrar padre y madre es el precepto más esplendente del Decálogo. Vuestro hijo lo ha comprendido así al defenderos de los insultos que yo hube de dirigiros.

—¡Don Guillermo!...

—Si me hubiera dado muerte, habria estado en su derecho. Yo tambien amaba á mi madre con locura, y ante la sola idea de que alguien pudiese agraviarla, acude la más terrible indignacion á mi espíritu.

—Sigue por esa senda, hijo mio,—continuó diciéndome el breton,—y el cielo premiará tu amor filial con más prodigalidad que este pobre.

—¡Gracias, amo mio, gracias!—exclamó mi madre cayendo de rodillas y estampando un ósculo en las manos del extranjero.

En esto entró en la estancia un zagal, y adelantándose hasta sir Scott, entrególe una carta.

El hidalgo leyó con suma alegría los caractéres estampados en la cubierta.

—¡Es de mi hermano, de mi buen hermano,—repuso,—sin duda me comunica que ya es el poseedor de la herencia de nuestro pariente. Veámos.

—¡Jesucristo! ¿Es cierto lo que leo? ¿No es una vil mentira? ¡Arruinado el infeliz! ¿Quién habia de creerlo? ¡Qué desgracia, Dios mio, que desgracia!

Y esto diciendo, cubrióse el rostro y comenzó á sollozar como un niño.

Mi madre en extremo impresionada, procuró consolar al extranjero, diciéndole:

—Vamos, don Guillermo, vamos, cualquiera que sea vuestro infortunio, es preciso recibirle con cristiana resignacion.

Es muy grande Irene, es muy grande. Vos no alcanzais á comprenderlo; si lo supiérais ¡oh! pero ¡voto á las mismas entrañas de Satanás! que será mia, aun cuando el orgullo y la miseria de los juicios humanos traten de impedírmelo.

Con excitacion tan febril, con desesperacion tan marcada pronunció Sir Guillermo estas frases incoherentes, que mi madre no osó hacerle más reflexiones.

Hallábase dotada de gran viveza de imaginacion, y comprendió en un instante, que el hidalgo luchaba en sus adentros con algun asunto de corazon, grave por sí mismo y trascendental.

Como queriendo convencerse de que era un sueño lo que había leido, Sir Scott pasó nuevamente los ojos por la carta de su hermano, y empezó á recitar á media voz su contenido.

El texto del documento era el siguiente:

—Muy amado hermano Guillermo; cuando me deparaba el destino la dicha de abrazarte, encuéntrome con que los acontecimientos te alejaran de mí, obligándote á regresar á Poitiers.

—Siento tener que manifestártelo. Una gran desgracia pesa sobre nosotros; pero á mí, me alcanza más particularmente.

La herencia de nuestro tio era una ilusion, un

sueño, una cantidad negativa. Al ir á cobrarla se han presentado infinidad de acreedores reclamando el pago de créditos, que todo el mundo desconocia.

Las deudas ascienden á más del doble de lo que pudiera importar el capital del finado.

Y no es esto lo peor, querido Guillermo de mi alma. Eres mi hermano y debo contarte todo lo que ocurre sin omitir un detalle; pero por lo mismo que no obré bien, debo pedirte perdon por mi conducta en nombre de la vida de mis hijos y de la memoria de nuestros padres.

Hace algunos dias quise reintegrarme de las constantes pérdidas experimentadas en mi comercio y emprendí un temerario negocio, apoyado en la parte de herencia que había de cobrar.

Tomé un dinero á préstamo, empléelo todo en el cambio de artículos; no puedo venderlos, porque se averiaron al ser conducidos á España, y los prestamistas me exigen que les devuelva su anticipo con el interés correspondiente, sopena si no lo verifico, de entregarme á la justicia: ¿qué hacer en tan duro trance?

Perdona, hermano del alma, mi osadía. Yo me acordé de tu buen corazon y de que cuentas con una buena riqueza consistente en fincas enclavadas en Poitiers. En su virtud, hostigado por mis acreedores, requeri lo constantemente al pago de la deuda, ofrecíles solventarla ¿de qué modo? asegurándoles que no tendrias inconveniente en que fueran percibiendo las rentas de tus citadas propiedades de Poitiers, hasta la total extincion del débito.

¿Verdad, hermano mio, que mi conducta es la de un criminal? ¡Oh! Pero tú, en los nobilísimos sentimientos que te adornan, ni la desaprobarás, ni dejarás de comprender cuánto habré sufrido viéndome obligado á proceder así.

—Debía haberme arrancado la vida al caer en la desgracia, ¿no es cierto?

Esta idea se les ocurriria á todos ménos á tí; que conoces mi fé inquebrantable en Dios; mi amor por estos infortunados pedazos del alma. ¡Mi esposa y mis infelices hijos! ¿Qué seria de ellos, abandonados en la tierra?

Guillermo; no vengas á verme, mi proceder para contigo me llenaria de vergüenza y miedo.

Vuelve á Poitiers, en la seguridad de que la primer visita que te haga, será, no lo dudes, para satisfacer tus desembolsos y darte las gracias postrado á tus piés.

Soy un hombre honrado que se despide de tí con las lágrimas en los ojos, y que te bendice en union de los suyos.

Adios, hermano mio. Tuyo de corazon.

ALBERTO.»

Al terminar la carta, entregóse nuevamente á su pena Sir Scott.

Guardó el documento en su bolsillo, y cruzando las manos, exclamó despues de mirar á mi madre:

—¿Qué os parece, señora Irene, qué os parece?

—Señor hidalgo, sino pecase de indiscreta, me atre-

veria á deciros una cosa, pues que habeis tenido la bondad de confiarme vuestro secreto.

—¿Cuál es ella?

—Que si vuestra desgracia consiste en la quiebra de vuestro hermano solamente, siendo como sois rico, y pudiendo remediarla, paréceme un tanto exagerada vuestra afliccion.

—¡Exagerada decís!—exclamó el extranjero con tonos de singular amargura.—Si supiérais, señora Irene lo que me pasa, á buen seguro,—añadió,—no me hablaríais así.

—Tal vez...

—Puesto que ya conoceis mi secreto, quiero revelároslo en su totalidad.

Mi madre me hizo una indicacion para que saliese del cuarto, y yo obedeciendo en la apariencia, quedéme oculto á la parte de afuera, temiendo aún que nuestro huésped intentara maltratarla otra vez.

Apesar de que Sir Scott hablaba muy bajo, pude recojer en mi oido las siguientes frases:

—Como sabeis, señora Irene, el objeto de mi viaje á España no se limitaba solamente á recabar la herencia de nuestro tio.

—Pensábais, además, segun os he oido,—repuso mi madre,—comprar las galas para vuestro matrimonio con.....

—Aurora de Broglie, la mujer más orgullosa de Francia; pero por cuya posesion, hubiese sido en otros tiempos capaz de ofrecer mi alma al diablo.

—¡Válgame Nuestra Señora del Socorro!—exclamó

mi madre santiguándose tres veces,—¿sabeis lo que estais diciendo, Sir Scott?

—Lo que acabais de oir, Irene. Esa mujer es el verdadero infierno de mi vida; cada vez que su imágen sublime se levanta en mi espíritu con la grandeza de un Dios, mi corazon parece querer estallar dentro del pecho: la alegría convierte mi cerebro en un volcan, la fiebre del entusiasmo me enloquece, y el cielo, en fin, abre ante mis ojos sus ignoradas regiones; pero luego las nieblas del imposible llevan á mi espíritu el desengaño, la esperanza se desvanece, las humanas miserias triunfan. ¡Todo es mentira, vil mentira, hasta el culto nefando que sustituye el amor divino, por el de una mujer sin conciencia!

—Sir Scott, perdonadme; pero no me explico, que cuando vá á ser vuestra la que tanto amais, os exalte su recuerdo de ese modo.

—Señora Irene, Aurora me ha repetido en infinitas ocasiones, que no puede llamarse mi esposa, interin mi fortuna no se halle á la altura de la que ella posee.

—¡Ah! Mi amo, esa ya es otra cuestion.

—Por eso venia á España á recoger esta herencia con el propósito de volver á Poitiers, disponiendo de un caudal superior al de mi amada, y unirme enseguida á ella en lazo eterno.

—Excusad, Sir Scott, mis dudas. ¿Si no érais dueño áun de vuestro nuevo capital, cómo os aventurábais á hablar de compra de galas matrimoniales, exponiendoos á que doña Aurora se negara á casarse con vos, despues de adquiridas estas?

—Porque yo que contaba seguramente con esas sumas, escribí á mi dama, preguntándole si caso de ascender mi parte de herencia á cien mil ducados, tendría inconveniente en darme su mano.

—¿Y os contestó?...

—Siendo lo que tú me dices, Guillermo, ya puedes con verdaderos títulos, llamarte un dia esposo de Aurora de Broglie. Cobra el dinero y nos casaremos cuando gustes.

—Ya veis, señora Irene, si amando con locura á esa jóven, tengo motivos para desesperarme. Arruinado en parte, con los débitos contraidos por mi pobre hermano; teniendo que regresar á Poitiers con ménos fortuna que cuando de él salí, ¿cómo me presento en esta situacion á los ojos de Aurora, á la cual he engañado con ofertas mentidas, y privado tal vez de un buen partido?

—Si ella os quiere, tened la seguridad, Sir Scott, de que pondrá en práctica aquel adagio que dice: *contigo pan y cebolla.*

—Imposible, señora Irene, imposible. Si la conociéseis, veríais que ante su amor propio y su orgullo, se estrellan todas las consideraciones, todos los argumentos, la lógica más severa, y el razonar más frio.

—Entonces, esa mujer no os ama: me autorizan para decíroslo mi sexo y mi edad, Aurora no es digna de vos; es un carácter no moldeado en la ternura propia de nuestros sentimientos.

—Olvidadla, Sir Scott, olvidadla.

El breton cogió la diestra de mi madre entre las

suyas, y dirigiéndole una mirada tristísima, exclamó:

—Lo que me proponeis, hermana mia, es tan difícil, como querer dar vida á un cuerpo que acaba de separarse del alma.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo la verdadera amistad acompaña siempre al que sufre.

Sir Guillermo permaneció un instante silencioso y triste.

Mi madre no tuvo valor para sacarle de sus abstracciones.

El hidalgo parecia caer en mortal abatimiento; sus ojos abiertos antes y fijos en un ángulo de la estancia, fueron cerrándose poco á poco, como si cedieran al peso de profundo dolor.

Por fin el caballero dió muestras de que le animaba ua soplo de vida, echando su cabeza atrás; poniendo la diestra sobre el corazon, y exclamande despues de exhalar un angustioso suspiro:

—¡La deshonra de Alberto! ¡El ódio de Aurora! ¿Dios mio, puede darse mayor desgracia?

En esto penetró un campesino en la habitacion en que se encontraban mi madre y Sir Guillermo, y yo me introduje con él.

El extranjero cambió súbitamente de aspecto, para no dar á entender al criado su situacion.

Dominio tan grande ejercia en ocasiones sobre sí propio.

Cuando mi madre vió al labriego, púsose de contenta, como loca, y exclamó:

—Vamos, Arias, tu llegada me anuncia que en pos de tí, viene, como siempre, el bueno de mi Pelaez. El cielo parece haberte destinado á ser el precursor de todas las alegrías.

El campesino no osó desplegar los labios.

—Ya, ya sé lo que ocurre, como eres tan corto, no te atreves á hablar delante de don Guillermo.

—¡Yo!...

—Hombre, civilízate alguna vez, y haz lo que todos los mortales. Este caballero no se come á las gentes. Veamos cómo te se quita la vergüenza. ¿Verdad que mi pariente trae algo bueno para su muchacho?

El labriego volvió á guardar silencio, é inclinó sobre el pecho la cabeza.

Al ver mi madre su tristura, saltó hasta él; y procurando leer en sus ojos lo que le acontecia, exclamó con trémula voz:

—¿Cómo, Arias? ¿Te pones malo? ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

—No señora.

—Entonces, ¿por qué te muestras á mis ojos poseido de tan extraño estupor, de inseguridad tan grande en tus palabras?

—El caso es...

—Habla, explícate Arias, por los cielos; no alientes con tu vacilacion este tormento horrible de mi alma. ¿Le ha sucedido algo á mi esposo? ¿Traes alguna noticia funesta? Dime lo que sepas, por la vida de tu madre.

El aldeano suspiró anhelosamente, y repuso:

—Lo cierto es, que sin duda, ¿pero qué afirmo? Esto no pasa de ser una sospecha; porque ellos, yo, vuestro esposo, ¡quién sabe! Todo depende de la misericordia de Dios.

—Arias, no desgarres mi corazon con tan cruel incertidumbre; concluyamos de una vez, ó me lanzaré yo misma al campo en busca de Pelaez, ya que sus amigos se empeñan en matarme.

—¡Oh! Eso no, eso no. Os diré cuanto sé, cuanto he visto; lo que supongo, lo que me ocurre; en una palabra...

—¿Qué?

—Que el infeliz de nuestro amigo, debe... debe... haber sido asesinado.

—¡Santo Dios!—gritó con desesperacion febril mi madre, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Hijo! ¡Hijo!—exclamó abrazándome y uniendo á mis lamentos sus quejas desgarradoras.

—¡Oh! No te creo,—añadió con acento enronquecido por el llanto, desasiéndose de mí y dirigiéndose á Arias.—¡Mientes!—repuso.—Mi esposo no ha muerto, no ha podido morir. El cielo no es tan cruel para sumirnos en desgracia semejante.

Mi madre cubrió de besos mi frente, dando á la par rienda suelta á su afliccion.

Aquel cuadro hubiera sido capaz de conmover á una piedra.

Sir Scott, asociábase á nuestra pena llorando como un niño.

El pobre Arias no se atrevia á moverse.

Tenia la cabeza baja y sobre su moreno rostro, dejaba ver el cristal de abundoso llanto.

Mi madre deshacíase en el dolor, y parecia á intervalos hallarse próxima á perder el juicio.

Una tras otra salian de su labio extridentes y nerviosas carcajadas.

Sir Guillermo atrevióse á contener aquella explosion de legítimo sentimiento, y golpeando cariñosamente el hombro derecho de su amiga, exclamó con voz entrecortada:

—Vamos, señora Irene, vamos; es preciso tener conformidad; el Señor lo ha dispuesto así. Recordad lo que me decíais al saber el infortunio de mi hermano.

—¡Oh! ¡Pero la muerte; la muerte,—gritó mi madre llena de angustia,—esa sí que es una desdicha incomparable!

—¿Y qué vais á hacerle si ya no tiene remedio?

—Tanto como eso no,—repuso Arias súbitamente.

—¿Cómo?—dijimos á una, llenos de sorpresa mi madre el breton y yo.

—Quiero manifestar á usarcedes,—añadió el labriego procurando serenarse,—que si bien existen graves indicios de que á mi compañero le haya sucedido una gran desgracia...

—Sigue...

—No tengo prueba plenísima en que fundarme para asegurarlo.

—¡Vírgen Santa!—gritamos á una llenos de júbilo mi madre y yo.

—¿No teneis prueba plena,—preguntó al aldeano el breton lanzándole una mirada de tigre,—y osais sin embargo, venir á sembrar la amargura en una familia?

—Yo, mi amo.

—Por los cuernos de Lucifer, que no te arranco el corazon por misericordia, bestia sin entrañas.

—Yo no hago mas que contar lo que he visto.

—Pues vacíalo todo de una vez, ó sales de aquí para ir al cementerio.

—¡Vaya un modo de insinuarse!

—El que tú mereces, bandido: refiere cuanto sepas ó cumpliré lo que acabo de ofrecerte.

—Es poca cosa,—exclamó el labriego refunfuñando.—Que muy cerca del camino llamado de las Cruces, por el cual tiene que atravesar el señor Pelaez para ir á la casa de don Diego, he encontrado su caballo tendido en tierra y cosido á puñaladas.

—¡Pero mi esposo, mi esposo! ¡Dónde está; cuál ha sido su suerte!

—Lo ignoro, señora Irene, lo ignoro; lo único que puedo añadir, es que su corcel llevaba enredados en la montura, algunos girones de su capa.

—¡Oh! No cabe duda; hijo, hijo, te has quedado sin padre. ¡Qué triste porvenir nos espera á los dos!

—¡Aún no es tarde!—repuso Sir Scott con gran entereza.—El corazon me dice que Pelaez no ha muerto.

—¡Ah! Dios mio, Vírgen del Socorro, si eso fuera verdad,—gritó mi madre, sobreponiéndose á su pena; —seria capaz de ir al templo de Nuestra Señora á pié descalzo dos veces al dia por espacio de un mes.

—Pronto lo sabremos, señora Irene.

—¿Qué vais á hacer, don Guillermo?

—Partir ahora mismo para ir en busca de Pelaez.

—Dios os lo pague; pero tened entendido que podeis caer en manos de los viles que han atentado contra la vida de mi esposo.

—Poseo una buena daga.

—Vuestro brazo derecho está herido.

—Ya no siento nada en él; fué un golpe sin consecuencias.

—¿Y vais á ir solo?

—Le acompañaré yo,—exclamé con singular bizarría.

—En modo alguno,—contestóme el breton,—tú permanecerás al lado de tu madre hasta que yo vuelva. Arias, únicamente vendrá conmigo.

Al oir esto el labriego, cayó de rodillas ante sir Scott, y presentándole las manos cruzadas repuso:

—No me hagais ir, os lo pido por lo que más querais en la tierra.

—¡Cómo, villano! ¿Te resistes?

—Es una súplica que os hago.

—¿Fundada en qué, canalla?

—Señor; en que si la justicia acierta á vernos en el bosque, creerá que somos los asesinos del señor Pelaez, y ya nos hemos arreglado. Prefiero caer en

las manos de Satanás á que me coja un corchete de la Santa. ¡Vos no sabeis lo que es eso!

—¡Mientes, beduino! Lo que tú tienes es miedo de medir tus armas. Ya voy comprendiendo que hay tambien castellanos cobardes.

—¡Miserable!—gritó Arias con acento de fiereza suma, poniéndose en pié,—¿sabeis lo que habeis dicho?

—Vamos, vamos al punto,—añadió,—que por las calzas de Júdas, voy á probaros que no hé menester de extrangeros ruines, para aniquilar al mismo Lucifer si se me presenta.

—¡Partamos, pues!

Dicho esto salieron Sir Scott y Arias en direccion del bosque.

Mi madre y yo despedímoslos con frases de profunda gratitud.

Sigamos á los dos valientes en su viaje del cual tuve noticia por sus revelaciones posteriores.

Montados ambos en el caballo de Arias, emprendieron su camino á todo correr.

Salvaron una buena distancia, y divisaron á lo lejos un bosque.

—Allí encontraremos huellas de su paradero,—dijo á Arias Sir Scott.

El hidalgo picó espuelas á su corcel, y á poco penetraban los dos ginetes en la espesura.

Apeáronse á la entrada de ella, y despues de desnudar sus dagas, decidiéronse á reconocer el bosque.

Fueron infructuosas sus pesquisas.

Por ninguna parte encontraron indicios del crímen que suponian realizado en la persona de Pelaez.

Sir Scott detúvose un momento, y señalando á un pequeño recodo, preguntó á Arias:

—¿Veis aquellos hombres, uno de los cuales mira recelosamente á un árbol, é impulsa á sus amigos á que desaparezcan.

—Sí, señor.

—¿Serán ladrones esos menguados?

—Parecen por las trazas mercaderes que van á su negocio.

—Ahora lo sabremos,—repuso Scott; y llevándose las manos á la boca, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Eh, hidalgos! ¡favor á la justicia!

—Bien la requiere esta tierra,—exclamó uno de los aludidos;—aquí hay una prueba de ello; pero acérquense sus señorías si gustan, que nosotros vamos á ganarnos el pan, y no necesitamos meternos en lios.

Cual si la tierra se hubiese tragado á aquellos hombres, que no eran otra cosa que mercaderes, desaparecieron á nuestros ojos.

—¡Adelante!—gritó Scott, avanzando con paso firme.

—¡Santo Cristo!—exclamó mirando el árbol por frente al cual atravesaron los mercaderes.

—¡Vírgen María!—contestó Arias llevándose las manos á la cabeza.

—¿Veis á ese hombre, Arias?

—Sí, señor.

—Está amarrado de piés y manos como un cautivo, y con la espalda reclinada sobre una encina. ¡Es él, es él!

—Ahora lo comprendo todo.

—Al verle atados los mercaderes, internáronse en la espesura llenos de pavor.

—Eso ha acontecido de seguro. ¡Pelaez, Pelaoz!—exclamó sir Scott, saltande al lado del preso.

—¡Ay de mí!—repuso éste con voz sumamente debilitada, y dirigiendo á su interlocutor una mirada tristísima.

—Presto, presto; ayudadme, Arias, á quitar á nuestro amigo las ligaduras.

Hiciéronlo ambos así, á tiempo que Pelaez repetia con palabras entrecortadas:

—¡Infames! Me han molido á golpes, robándome á la par cuanto llevaba: el dinero, la ropa. ¡Pobre Irene, pobre hijo mio! ¡qué vá á ser de vosotros sumidos en el deshonor!

—¡No os cureis de eso!—replicóle sir Guillermo con voz cariñosa;—pues la verdadera amistad es aquella que está siempre al lado del que sufre.

Lit. de J. Palacios. Arenal 27. Madrid

Al verle atado los mercaderes internaronse en la espesura.

CAPÍTULO XXIX

No hay vida como la honra.

El ventero continuó diciendo á los estudiantes:

—Fué tan grande la debilidad que mi padre sintiera cuando le desataron las manos y los piés, que quedó sumido en profundo desmayo.

Sir Guillermo y Arias cubriéronle con sus capas, y el primero colocó sobre su corcel el cuerpo malferido del autor de mis dias.

Arias dispúsose á partir á pié, llevando sujeto por la rienda el caballo de Scott.

En esta forma tomaron el camino del pueblo.

Ningun accidente ocurrióles durante la travesía, si no fuera las contínuas paradas del potro, que fatigado y maltrecho, á causa de la carrera que viióse obligado á dar hasta llegar al bosque, no podia ya con sus pedazos.

Apenas divisaron algunos campesinos á Sir Scott, comenzaron á correr en distintas direcciones, para notificar á sus colegas lo que habian visto.

A la entrada del pueblo esperábale un numeroso gentío.

—¿Viene muerto?—preguntaban los unos, aludiendo á mi padre.

—¿Le habeis hallado en la agonía?—repetian los otros.

—Vivo le traigo,—contestó Sir Guillermo;—pero le ha acometido un síncope. No hagais ruido,—añadió,—que pudiera cualquier excitacion nerviosa concluir con él, pues está muy débil.

—Lo mismo le acontece á su esposa,—dijo uno de los labriegos;—no hace más que llorar, reir y abrazar al chico. Queria venir con nosotros, y como está tan exaltada no la hemos dejado. Ahora sí, ahora sí, que podemos decirle:

—Basta ya de llantos, señora Irene; arriba esa cabeza; el cielo ha querido salvar á nuestro honradísimo paisano.

—Eso, eso es lo que debeis hacer en este instante,—repuso Sir Guillermo.

—Y vos,—añadió dirigiéndose al alcalde de la localidad,—servíos mandar por una camilla, y de no haberla, por algo semejante, en que podamos trasladarle.

El interpelado colocó su mano izquierda sobre la cadera, quedando el brazo como asa del cuerpo, y sacando cuanto pudo el abdómen, exclamó encarándose con el extranjero:

—¿Cree usarcé que aquí sucede lo mismo que en *Ingalaterra?*

—¿Cómo?

—Que los jueces no se ocupan más que de empolvarse el pelo.

—¡Menguado!

—Cuidadito con lo que se habla. Aquí, sépalo usiría, todo está previsto; los alcaldes no son de pega, ¿estamos?

—¡A ver, chicos! acercad la caja para depositar en ella el cuerpo de nuestro amigo.

Dos jayanes de recia complexion colocaron en el suelo la camilla, que no era otra cosa que un arcon enorme, de paja relleno hasta la boca.

—¡Magnífico!—exclamó con ironía al contemplarlo el breton.—Veo que seis una autoridad celosa de los públicos intereses.

—¿Pues qué se figuraba el hidalgo? ¿Creia tal vez que España anda á la cola de las demás naciones?

—Tan distinta es mi opinion, señor alcalde, que siempre que vengo á vuestra patria, es con el objeto de aprender algo bueno; y aunque así no fuera, con vuestra prevision y talento habríais desvanecido cualquier duda que yo pudiese abrigar acerca de los adelantos de este país.

—Esa ya es otra cosa. Venga esa mano y reconocedme como leal amigo vuestro y muy humilde servidor.

El extranjero tendió la diestra al alcalde, y pagó su ofrecimiento con una sonrisa cariñosa.

Durante este diálogo, el cuerpo de Pelaez fué colocado en el arcon y cubierto con unas mantas.

En esto llegó el médico del pueblo, y despues de pulsar al desmayado, aplicóle á la nariz unas esencias, exclamando á la par:

—Esto no es más que una paliza; pueden usarcedes llevarlo á su casa para ahuyentar el susto de su gente, y díganle de mi parte, que tenemos hombre para rato.

Metan al señor Pelaez en la cama, y si se enfria, al pajar con él.

—¡Al pajar!—exclamó Sir Scott abriendo extremadamente los ojos.

—Hé aquí el mejor remedio.

—Ese es el que tú necesitas, cuadrúpedo,—añadió el breton para sí, lamentando las bondades de Hipócrates.

Cuando el acompañamiento de mi padre marchaba en pos de él procesionalmente, salimos mi madre y yo á recibirle.

—Gracias, nostramo, gracias,—exclamamos á una cayendo de rodillas ante Sir Scott.

—¡Silencio y adelante!—repuso el extranjero.—Vive,—añadió,—pero si cometiéramos la imprudencia de emocionarle, pondríamos en grave peligro su existencia.

Callamos todos, y ya en las puertas de mi casa, nuestros vecinos comenzaron á desfilar, no sin decir á mi madre en muy baja voz:

—Señora Irene, que sea para muchos años. Nada

hay por ahora que temer; pero si algo ocurriera, no han de faltarle al señor Pelaez unas buenas tortas de harina.

—O unas magras.

—O unas pechugas con tomate; pues lo que es en estos dias, como no regale mucho al estómago, no sana.

—Ya sé que sois muy buenos amigos; y agradezco en el alma vuestras atenciones.

El desdichado de mi padre fué instalado en su lecho, quedando en torno de él, mi madre, Arias, Sir Guillermo y yo.

Tardó bastante en reponerse y recuperar el habla.

Al cabo de una hora de mortal silencio exhaló el paciente un penoso suspiro, y como quien no acierta á coordinar sus ideas, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Dénde estoy? Acorredme, Vírgen Santa.

—Esposo, esposo mio, ¿no nos conoces? Somos Irene y tu hijo.

—¡Desdichados, infelices! ¡Si supiéseis lo que os espera! ¡Oh! No quiero pensarlo; mi cerebro parece abrasarse, mi frente...

—Calma, mucha calma, señor Pelaez. Ahora más que nunca habeis necesidad de reposo.

—Don Guillermo, no tengais cuidado; voy sintiéndome más fuerte, respiro mejor; pero, ¿para qué? ¡Hijo! Irene mia; la deshonra os espera; á los ojos de todos no sereis otra cosa que los afines de un ladron.

—¡Calla, no pronuncies ese nombre!

—Sabedlo; una gavilla de bandidos salióme al encuentro al concluir el camino de las Cruces. Hirieron á mi pobre caballo; el cual arrojóme en tierra y partió del lugar del crímen con la velocidad del rayo.

—Despues, ¡no sé! Muchos hombres en torno mio; luché con ellos y venciéronme; ¡voto á brios! Luego apalearon cruelmente mi cuerpo; atáronme á un árbol, y á tiempo que huian llevándose el dinero de don Diego:

—¡Anda,—dijo uno de ellos,—y cuenta á tu señor lo ocurrido para que se fie de sus administradores!

—¡Padre de mi corazon!

—¡Esposo de mi alma!

—Bien haceis en compadecerme, amados mios; ¿porque sabeis cuál será mi fin?

—Una cárcel, oidlo, una cárcel. Mi principal es hombre muy recto; creerá fingida mi desgracia; supondrá que estaba yo en combinacion con los bandidos para robarle, y me entregará á la justicia.

—¡Oh! Nunca, nunca, venderemos cuanto hay en casa para reintegrar á nuestro amo en su pérdida.

—¡Infelices! ¡Vender lo que hay en casa! ¿Vale todo ello cien escudos de oro?

—Es verdad, es verdad,—contestó mi madre llorando amargamente.

—Estamos perdidos.

—No hay salvacion posible.

—Os engañais, amigos, os engañais,—exclamó súbitamente sir Scott.

—¿Cómo?

—Que nada malo os acontecerá.

—Hablad, don Guillermo, por vuestra vida.

—Digo, que yo conozco una persona que os facilitará ese dinero, sin exigiros la devolucion.

—¿Y quién es ese ángel que el cielo nos envia?

—Un hombre como los demás, yo mismo.

—¡Santo cielo! ¿vos mismo decís? ¿Pueden rayar tan alto vuestros caritativos sentimientos, que no contento con haber librado á Pelaez de las garras de la muerte, le aparteis ahora del abismo de la infamia?

—Incompleto seria el servicio prestado si no lo verificase así; porque, amigos mios, ¿para qué queremos la existencia, sino tiene por fundamento la honra?

—Bien decís, incomparable caballero; pero, ¿qué seria de este desdichado á no haber venido en su auxilio un ángel de bondad como vos?

—No creais, Pelaez, hermano, que os hago donacion de esa suma gratuitamente, porque pienso exigiros en recompensa un sacrificio de vuestra parte.

—Pedid cuanto se os antoje y os complaceré gustoso.

—¿Habéislo pensado bien?

—Absolutamente.

—Pues siendo así, escuchadme: dentro de tres dias debo regresar á Poitiers para liquidar mis rentas y dar comienzo á la cancelacion de los débitos de mi hermano.

—¡Cuán bueno sois!

—Aun cuando se ha menoscabado considerablemente mi fortuna, no me hallo aún tan pobre que no pueda

llevar en mi compañía á cierto muchacho inteligente, modelo en el respeto filial, honrado hasta lo sumo, y digno de mejor suerte que la deparada á un mozo de campo.

—No os comprendemos, Sir Scott.

—Querido Pelaez, amiga Irene, os lo diré con franqueza: vuestro hijo, puede hacer fortuna á mi lado; ¿aceptais gustosos el que venga conmigo á Francia, para que vuelva á su hogar dentro de dos años, con un buen nombre de comerciante, y un capital no pequeño?

—¡Señor!...

—¡Salvador nuestro!

—Nada, no andemos con ambajes; decidme francamente, si os conviene ó no la oferta.

—Por mi parte, lejos de tener inconveniente, juzgo que nos dispensais un señalado favor.

—Pelaez, esposo, repara...

—Nada, Irene; los hombres no han nacido para estar siempre pegados á las faldas. El chico es listo, el porvenir que le abre Sir Scott, no puede ser más lisonjero, ¿qué, querias que estuviese aquí pegado á los terrones toda su vida?

—Tiene razon padre,—contesté yo;—puesto que don Guillermo me brinda con la suerte, no debo despreciarle. Ya verán, ya verán usarcedes qué bien lo pasamos cuando vuelva á España; tendremos bateas de ámbar; leguas enteras de tierra de sembradura; todos me llamarán hidalgo, ¡qué contento, qué contento estoy!

—Celébro que así sea y procuraré que no halleis motivo de arrepentimiento al venir en mi compañía,—repuso el breton.

—¿Pero nunca te olvidarás de nosotros, verdad, hijo mio?

—Jamás, madre de mi corazon; precisamente para que usarcedes gocen de vejez tranquila, para que en los dias de su ancianidad vean recompensados el amor y el celo con que distinguen á su hijo, es por lo que éste parte á lejanas tierras, pues si es cierto que no existe vida como la honra, tambien es evidente que nada eleva tanto al sér en la tierra como el respeto y el cariño á los padres.

—Dios te bendiga,—exclamó el paciente desde el lecho haciendo la señal de la cruz.

. . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto el amigo fraternal de la falange estudiantil, sacó su pañuelo y secóse los ojos, guardando luego silencio algunos instantes.

El auditorio asecióse con respeto á su dolor, permaneciendo todos mudos como estátuas.

Apenas húbose disipado aquella ligera niebla de tristura, maese Pelaez continúo su relato de esta suerte:

—Omito narraros, amigos mios, todas las escenas de acerbo dolor que ocasionó en la casa de mis padres la idea de mi partida, durante los dias que precedieron á ésta.

Aquellos pobres lloraban como niños, y no per-

mitian que me separase de su lado un instante.

Mi padre, casi totalmente restablecido, no descansaba un momento; iba de aquí para acullá, buscando en la opinion de las gentes el necesario asentimiento para justificar su medida respecto de mí.

La mayoría de nuestros convecinos aprobaban su conducta, diciéndole:

—Habeis obrado como sabio dejando marchar al chico, señor Pelaez. Conociendo el mundo aprenderá á ser hombre. Buena suerte ha sido la vuestra con el hallazgo del breton. ¡Ojalá encontrásemos nosotros un protector análogo!

—Desgraciadamente para mi familia, sonó la hora de separarnos.

Mi casa hallábase á la sazon llena de amigos, todos procuraban consolar á mis afligidos padres.

De pronto apareció Sir Guillermo ante los concurrentes, y procurando disimular su emocion, repuso:

—La silla de postas nos espera: ¡partamos!

Una explosion de legítimo sentimiento fué la respuesta dada á las palabras del breton.

Mis padres arrojáronse sobre mí, cubriéndome de besos y de caricias.

Nuestros convecinos llenaron mis manos de dádivas y mi cuerpo de abrazos.

Seguido de todos, triste y sin alientos, bajé con sir Scott á la puerta de mi casa.

Ya allí, desbordóse la pena de mis padres, y yo, quedé un punto sin acertar á separarme de ellos.

El breton obligóme á entrar á la fuerza en el carruaje.

—¡Hijo, hijo! ¡siempre nosotros!—gritaron los autores de mis dias.

—Honrar padre y madre es mi lema,—contesté yo.—Con él á la vista obraré siempre; ya lo sabeis.

El chasquido de un látigo crugió en el viento; y la silla de postas, arrastrada por cuatro briosas mulas, partió con la velocidad de la centella, perdiéndose despues á los ojos de mi gente entre densas nubes de espesísimo polvo.

CAPITULO XXX

—

Los espíritus nobles son los grandes huérfanos en la tierra.

—Describir, señores, los viajes que se emprendian en la época de mis mocedades, seria tarea que nada grato os podria revelar.

—¿Tan dificultosos se ofrecian aquellos, maese Pelaez?—preguntó Pantoja al hostelero.

—Tanto, mi buen amigo, que aparte de las emociones inesperadas de encontrarse el mortal á las primeras de cambio con una partida de bandoleros, corria el peligro frecuente de despeñarse, ó de que el vehículo que le conducia se hiciese añicos en los altos y bajos de lo que impropiamente llamábanse carreteras.

—Entonces,—repuso uno de los estudiantes,—omitid esos detalles prolijos y pongámonos desde luego en Poitiers.

—Sea como deseais, compañeros,—contestó maese.

Y rugando el ceño, cual si su memoria no le sirviese con la fidelidad acostumbrada, detúvose un momento á pensar, y exclamó al fin, golpeándose la frente:

—¡Poitiers! Tierra un tiempo de mis esperanzas; ¿por qué no te hundiste antes de ser testigo del más acerbo de mis dolores?

Y por sus ojos, que giraron con espanto, cruzó una nube que retrató marcadamente el remordimiento.

. . . . . .

—Poitiers,—siguió diciendo maese Pelaez,—encerraba el mayor tesoro que pudiera poseer Sir Guillermo.

Allí vivia el ángel de sus esperanzas, el aliento de su vida, la incomparable Aurora de Broglie, modelo de perfecciones físicas y virtuosa hasta el heroismo.

Aurora, sin embargo de disponer de tan encomiásticas cualidades, tenia el vituperable defecto del orgullo.

Todo lo sacrificaba, segun hemos dicho, á esta pasion; y habria sido capaz de dejar á su alma condenada á perpétua tortura, con tal de no descender ni una línea de su rango.

Más de un año hacía que no habia visto á Sir Guillermo, y tres meses á la sazon, que no le enviaba sus cartas.

El hijo de Bretaña estaba, sin embargo, tranquilo, porque confiaba en que Aurora le guardaría fidelidad y esperaríale para darle su mano, máxime cuando en sentir del caballero, la jóven debia ignorar que todo

aquello de la nueva fortuna de Sir Scott, era ilusion y no otra cosa.

A las veces mostrábase, por el contrario, receloso; poníase de mal humor, y tornaba luego á su alegría, exclamando para sí:

—Cavilaciones propias de mi carácter y nada más. ¡Qué diantre! Todavía soy rico con lo que me resta en Poitiers, á pesar del gravámen que trae sobre las tierras la deuda de mi hermano. Veré á Aurora, me arrojaré á sus plantas pidiéndola compasion para este amor que consume mi espiritual energía, y consentirá en casarse conmigo. ¡Oh! Es evidente: su alma aunque dura, es al cabo alma de mujer.

—¡Infeliz protector mio y salvador de mi padre! La bondad de sus sentimientos obligóle á moldear en ellos los de los demás. ¡Cuán engañosas eran sus creencias!

—El juzgaba que en cada corazon debe encerrarse un mundo de misericordia; y no acertaba á comprender que los espíritus nobles, son los grandes huérfanos de la tierra.

Entramos en Poitiers al despuntar el alba, montados cada cual sobre su fornido caballo normando.

Los habitantes de la ciudad, dormian aún; sólo á trechos veíase marchar con lijereza á algun aldeano, que entonaba antigua balada, herencia del Parnaso carolingio.

Así marchando sin que nadie nos conociera, pues íbamos embozados hasta los ojos, cruzamos un espléndido paisage, matizado de límpidos arroyos, de blancas casitas y de sonrientes praderas.

A un extremo de la poblacion, en aislada calle abierta á las transacciones del comercio, pues cuantos en ella vivian eran mercaderes franceses y hebreos, en aquel lugar estaba la casa de Sir Guillermo Scott.

Y descendiendo hasta el final del barrio, cruzando una plazoleta primero, un pequeño puente despues, y tomando al cabo la direccion izquierda de un ancha avenida que ponia límite á este, encontrábase á los pocos pasos, un edificio de blanco mármol, formado de dos cuerpos, y cuyas ventanas estaban cerradas siempre á la curiosidad de los traseuntes.

Aquel palacio no era otra cosa que la mansion de Aurora de Broglie.

Llegamos recatadamente á la casa de Sir Guillermo, y poniendo este dos monedas de oro en las manos del dueño de los caballos que hasta ella nos habian conducido, exclamó:

—Tomad, y que nadie se apercibe de mi regreso.

—Estad tranquilo, señor, que no diré á cuantos me pregunten, esta boca es mia.

El aludido montó sobre uno de los corceles, y tomando al otro por la rienda partió de aquel lugar.

Sir Scott golpeó la puerta de su casa con un fuerte aldabonazo.

A poco oyóse el crugir de aquella sobre sus goznes.

Un hombre excesivamente alto y desgarbado en demasía, apareció en el dintel.

El desconocido llevaba una linterna en la diestra,

y al ver á Sir Scott empalideció súbitamente, exclamando:

—No os esperaba, señor, á fé mia.

—Rolando, ya es hora de que regrese á mi casa. ¡Tanto tiempo fuera de ella!

—En efecto, señor, cuando abandonamos nuestra hacienda, no tenemos derecho á quejarnos de las eventualidades que pueda correr.

—No te comprendo.

—Quiero, señor, deciros, que nadie despliega tanto interés por una cosa como su propio dueño.

—Rolando, ese lenguaje, esa vacilacion en tus palabras, ¿qué significan? Habla por Dios, y dime si algo malo me ocurre.

—Tanto como eso...

—Explícate bien, ó me ocasionarás un grave disgusto.

—Yo bien quisiera, don Guillermo, haberos presentado á vuestro arribo cuentas galanas y satisfactorias; pero es el caso...

—¿Qué?...

—Que no puedo hacerlo como quisiera.

—¡Ah! Vamos, ya te comprendo. Aludes á los acreedores de mi hermano, suponiendo que yo ignoro su déuda; pues te equivocas plenamente. A buen seguro que ya se habrán venido estos malsines con un auto judicial, disponiendo el embargo de las rentas del monte; ¿no es cierto Rolando?

—Algo de ello hay, señor, pero no es eso lo más triste.

—¿Que no es lo más triste, dices?—preguntó el de Bretaña con agitacion febril.

—Lo que oyendo estais.

—Pues por los cuernos de Júdas, acaba de una vez y no me abrases la sangre.

—Amo mio, ¿á qué engañaros? La desgracia nos persigue hace tiempo; y digo nos persigue, porque siendo yo vuestro administrador he de condolerme, como vos mismo, de cuanto amengüe y menoscabe vuestra propiedad.

—Sigue, Rolando.

—Gran priesa deben haber tenido los acreedores de vuestro hermano, porque hace ya algunos dias, que sus corresponsales vinieron á reclamarme el abono del primer plazo de la obligacion.

—¿Y tú lo satisfarias, seguramente?

—Era imposible, señor Scott.

—¿Que era imposible, me manifiestas?

—De todo punto.

—Pero Rolando, ¿negáronse quizá, los colonos del monte á pagar las rentas vencidas?

—Mal podian hacerlo.

—¿Por qué causa?

—Señor, porque hace quince dias... el monte... vuestra finca... fué...

—¿Fué?

—Fué totalmente arrasada por un incendio horrible.

—¡Jesucristo! ¡Esto más! ¡En la miseria casi! Mi hermano responsable sin culpa de una quiebra fraudu-

lenta. ¡Oh! Miserable; tú me engañas, no puedo, no puedo creerte.

—Es la verdad, Sir Scott.

—¡Villano! ¿Y tienes la osadía de presentarte ante mí despues de lo ocurrido?

—Yo no soy el culpable de ello.

—¡Tú, únicamente, ladron.

—¡Medid vuestras palabras!

—¡Lo dicho, brigante! En tu celo y laboriosidad puse toda mi confianza. ¿Qué has hecho de ella, hijo de Satanás?

—¡Soltadme! ¡Me ahogais!—gritó Rolando al sentir la ferrea mano de Sir Scott, que oprimia despiadadamente su cuello.

—¡Perdonadle! No os perdais, amigo mio,—exclamé yo, procurando calmar las iras del hidalgo.

—Sí, teneis razon, Pelaez,—contestó el breton otorgando la libertad á su víctima.—No es digno de mi cólera siquiera. Daré su mísera persona á los jueces para que le manden ahorcar por incendiario.

—Apiadaos de mí; pensad, señor, en que yo soy un hombro honrado, inocente,—exclamó el mayordomo cayendo de rodillas y cruzando las manos.

—Tú me has arruinado, infame. Tu indiferencia hácia lo mio, ha sido causa del siniestro.

—No lo creais, señor, no lo creais. Cuando me anunciaron la catástrofe, era tarde ya para remediarla. Todos trabajamos como negros, á fin de aplacar la voracidad de las llamas. El resultado fué infructuoso. Vuestra finca estaba destinada á perecer.

—Basta, villano; no quiero preguntarte más acerca del asunto.

—Ignoro cómo fué ocasionado el incendio.

—Repito que no quiero saber más. Ahora lo que me interesa es que abandones mi casa enseguida; no puedo albergar en ella por más tiempo á un facineroso.

—Me iré, señor, esta misma tarde á Burdeos, para unirme á mi familia.

—Y si no lo haces, cuenta con pasar á concluir tus dias en un calabozo.

—Está bien don Guillermo. Tomad las llaves de vuestra hacienda; y estos doscientos luises importe de la última recaudacion.

—Vengan y dejadnos sin perder un instante.

Rolando subió presuroso á sus habitaciones; recogió los objetos de su pertenencia, y volvió á poco al lado de Sir Guillermo.

—Adios, amo mio,—repuso,—y que el cielo ponga en vuestra mente mayor acierto para juzgar á los hombres.

—¡Ladron! Quítate de mi vista.

El mayordomo cambió de actitud, tornándose orgulloso y altivo.

—¡Ladron me llamais,—repuso,—despues de las leales explicaciones que acabo de daros, cuando no tengo más patrimonio que mi honra! Permita el cielo que lo único que poseais, se extinga en las nebulosidades del delito.

Dijo, y partió de allí con la ligereza del rayo.

Sir Guillermo quedó mudo de pavura ante la maldicion de su mayordomo.

—Hermano,—díjome apenas hubo desaparecido éste,—¿os habeis fijado bien en la imprecacion que me ha lanzado ese hombre?

—Sí, don Guillermo, sí.

—Y no ignorais que lo único que juzgo un tesoro en la actualidad, es mi esperanza puesta en Aurora.

—Ciertamente.

—Si ésta se disipase, si mi amada me fuese infiel, seria capaz... seria capaz... de matarla. ¡Oh! ¿Qué digo? Perdonadme, Dios Santo. Rolando, tenia razon; mi última propiedad, mi amor por ella, pasa de las puertas del cielo á los abismos del crímen.

—No tengais cuidado, Sir Scott,—contestéle.—Pues mientras conteis con un buen amigo como yo lo soy, se salvarán las dificultades sin caer en la vulgaridad de la venganza.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Permaneció Scott un momento en actitud reflexiva, con la frente apoyada en la diestra.

Terrible lucha debia mantener el hidalgo entre su voluntad y su razon.

—Voy á ver en este instante á Aurora,—repuso.

—No apruebo vuestra idea,—contestéle.—Debeis evitar exhibiros; la gente toda tiene sin duda noticia de vuestra quiebra, y ya sabeis lo que en el mundo

acontece: cuando uno se eleva todas son felicitaciones y cortesías, pero cuando decae...

—La burla, el escarnio, y algunas veces la compasion mentida...

Son lo único que recoje de sus semejantes.

—Tal vez, Pelaez amigo, participe la mujer á quien adoro de esas mismas creencias.

—Confiad en Dios y en su amor. Pronto sabreis si es digna de ocupar vuestro pensamiento. Esta misma tarde, al ponerse el sol, entiendo que debeis ir á visitarla.

De este modo, podreis sustraeros á las miradas de los curiosos y realizar vuestra voluntad sin intervencion de expías.

—Si haré, compañero si haré, por más que la impaciencia me consume, y desearia volar á su lado sin perder un minuto.

—Todo se arreglará, tened de ello la evidencia, si procedeis con calma y tino.

—Seguramente; entonces si os parece, me retiraré algunas horas á descansar de las fatigas del viaje, haciendo vos lo propio si gustais.

—No he menester de reposo; estoy acostumbrado á estos trotes, y preferiría consagrarme á examinar los primores que vuestro palacio encierra.

—Sea como quereis, Pelaez.

—Hasta luego, pues, don Guillermo.

—Dios os guarde, mi buen amigo.

Los dos colegas partieron en distintas direcciones; y al poco rato, mientras el uno regalaba su vista con

la contemplacion de valiosos objetos de arte, dormia el otro, exclamando entre sueños:

—¡Aurora! ¡Aurora! No me abandones; ten piedad; ¡ten compasion de mí!

CAPÍTULO XXXI

¡La última esperanza!

La luz del dia pugnando por romper el mundo impenetrable de las sombras, enviaba sus últimos rayos á la tierra.

Los árboles de los bosques, las florecillas de los campos, la argentada superficie de las montañas, comenzaban á ocultar sus poéticos atractivos, bajo el velo densísimo de la noche.

El viento enamorado despedia al crepúsculo con los rumores de sus besos.

La campana de la ermita elevaba al cielo con sus quejas el tributo de la oracion, formulada por los mortales en las armonías del *Angellus*.

Todo convidaba á la esperanza y al recojimiento.

Un dia más de existencia, y una página ménos en el libro de la amargura.

La noche parece ser el tribunal eterno de la humanidad: la virtud espérala siempre tranquila.

El criminal apártase por el contrario de ella, temiendo hallarse en la soledad del remordimiento, con el espectro horrible de sus víctimas.

Si animados por la curiosidad nos hubiésemos situado á la entrada del puente que era preciso cruzar para encaminarse á la casa de Aurora de Broglie, habríamos visto pasar primero diversos traficantes.

Y poco despues, como recatándose de las miradas del público, un hombre envuelto en larga capa roja.

Era el enamorado Sir Guillermo Scott. Bien pronto atravesó el puente, y con lijereza inconcebible tomó en sentido izquierdo por la larga avenida que lo limitaba.

Al cabo de una buena carrera llegó al umbral del palacio de Aurora, y golpeó suavemente la puerta.

—¿Quién vá?—preguntaron desde dentro.

Un segundo golpe fué la respuesta de Sir Scott.

—¿Es para algun paciente?—inquirió de nuevo el del zaguan.

—Abre, ¡voto al diablo!—exclamó lleno de cólera el caballero,—y presto saldrás de dudas.

—¡Pesia á tal!—refunfuñó el cancerbero desde el interior,—que no gana uno aquí para zapatos. No; pues como sea uno de tantos hambrientos como vienen á esta casa, le he de moler los huesos á palos.

—¡Sus! gritó lleno de rabia el desconocido á tiempo que abria la puerta.

—¿Quién eres, canalla?—preguntó al embozado.

—Mírame Guzman,—repuso Scott dejando ver su rostro.

—¡Jesucristo!—exclamó lleno de espanto el cancerbero.

—¡Silencio, ó te haré pedazos el corazon!

—Ved que vais á comprometerme, don Guillermo.

—Toma esta moneda y calla. ¿Tu señora?...

—Amo mio...

—Contesta sin embages. ¿Está sola Aurora?

—En este momento sí señor.

—Pues sólo esto deséo saber,—contestó Scott subiendo precipitadamente la escalera.

—¡Eh! caballero, mi amo; por Cristo vivo, que me vais á perder.

El breton no hizo el menor caso de la advertencia.

Con el alma llena de incertidumbre llegó presto á un antecámara.

Levantó una pesada cortina de terciopelo, y quedó fijo en el umbral de la puerta de un salon.

Rodeada de antiguos muebles primorosamente tallados, la estancia aquella revelaba el gusto y riqueza de sus dueños.

Veíanse por doquier, expléndidos divanes, tapices de gran mérito, en cuyos remates superior é inferior leíanse entrelazadas las iniciales A. y L.

Si don Guillermo no se hubiera hallado en aquellos instantes poseido de la fiebre del amor, su sorpresa

habríale arrastrado á conjeturar cual fuese el significado de aquellas letras.

Empero como su pensamiento, su ser, su vida toda cifrábanse en obtener el anhelado *sí* de la ilustre dueña de aquel palacio, el hidalgo de nada se curaba que no tuviese relacion con esto.

Cuando Sir Scott penetró en la sala, dormia junto á una gran chimenéa de mármol la incomparable Aurora de Broglie.

Vestia la jóven, elegante túnica blanca, ceñida á la cintura. Encarcelaba su alabastrino cuello su rizada gola del citado color, y sujetaba su cabello, como el ébano oscuro, en gracioso prendido muy semejante al que en tiempos posteriores usara doña Mariana de Austria regente durante la infancia de Cárlos II.

Al ver Scott á su adorada, sintió que el corazon queria saltarle de gozo.

Suspiró anhelosamente é intentó turbar su sueño.

—¡No!—exclamó para sí;—seria el mayor delito: quizás en este instante acaricie las esperanzas de nuestra dicha. Esperemos.

El hidalgo avanzó algunos pasos marchando de puntillas, y fué á tomar asiento en un sillon que frente al de la jóven estaba.

En el permaneció el caballero, poniendo sus ojos apasionados en la dama, y sin moverse para no alterar su reposo.

Sepulcral era el silencio que reinaba en la habitacion, cuando vino á interrumpirle la voz de Aurora que exclamó entre sueños:

—¡Lope! ¡Lope mio! Siempre tu memoria en el alma.

—¡Santo Crísto! ¿Qué oigo? ¡Ha citado un nombre y no es el mio!... Aurora, Aurora.

—¡Eh! ¿Quién me llama?

—Soy yo; tu amante, tu Guillermo.

—¡Menguado!—contestó la jóven, despertándose.

—¡Aurora! ¡Aurora! ¿No me conoces? ?No vienes á arrojarte en mis brazos?

—¿Qué es lo que decis caballero?

—¡Ese lenguaje!

—Cumple á vuestra osadia. Penetrar á estas horas en la habitacion de una mujer honrada; sin aviso previo como un ladrón; eso solo lo hace un miserable falsario.

—¡Aurora! Tú crueldad me enloquece; sin duda no estas en tú cabal juicio, ¿no me reconoces? Soy Scott, tu prometido, el hombre que te adora como á un Dios y que viene á cumplir su palabra.

—¡Su palabra!—exclamó la jóven lanzando una sonora carcajada.—Sin duda,—añadió,—debo dejaros por loco ú arrojaros de aquí por osado.

—¿Aurora mia; qué es lo que dices?

—Caballero, dejad á un lado la confianza y huid en seguida de aquí.

—¡Cómo!

—Que no puedo corresponderos.

—¡Infame!

—Templad vuestra cólera, tratadme con más respeto, ó mandaré que os arrojen á palos de mi casa.

—Piedad, ángel mio, piedad. Yo no soy responsable de mis desgracias: la fatalidad, el destino me arrojaron de súbito en la desesperacion. ¡Aurora una última súplica!

—No puedo oirla.

—Por la mamoria de tus padres, por tu honor mismo; júrame que tu amor me pertenece, que no será de otro hombre; y haré en cambio cuantos sacrificios me exijas, hasta el crímen si lo crees necesario.

—¡Basta seductor vil! ¿Juzgabas que procediendo villanamente como ahora, lograrias engañarme de nuevo?

—¡Aurora de mi vida!

—¡Oh! ya es tarde; disipose la última esperanza; una mujer de honor y de abolengo no podria nunca llegar á ser la esposa de un estafador.

—¡Mientes, hiena sin entrañas!

—Quien mintió fué aquel que quiso comprar el afecto de una dama ilustre con una fortuna que no le pertenecia; con un capital consagrado á satisfacer deudas vergonzosas.

—¡Aurora!

—Guillermo; tú te me presentaste con una posicion que no tenias, yo dí crédito á tus palabras y á tus ofertas, despues...

—¡Mi hermano; mi pobre hermano; su salvacion, su honra!

—Eso debe preverse en todo caso, ó resignarse cada cual á elegir una mujer de su clase.

—No puedo olvidarte aunque quiera.

—Tendrás que hacerlo forzosamente. Hoy no debes atender á otra cosa que á librar del abismo á tu familia.

—Aurora; yo sabré con el trabajo honrado, recuperar muy pronto mi capital.

—Insistes en vano, Guillermo.

—En nombre de Dios, líbrame Aurora de la condenacion eterna.

—No está en mis facultades.

—¿Por qué, mujer infame, por qué?

—Porque al conocer tu falsedad, al pensar en tu conducta villana, tomé hace un mes una determinacion enérgica.

—¿Una determinacion enérgica?

—Sabelo Guillermo; hace un mes que me uní en matrimonio al doctor don Lope de Santillana.

—¡Jesucristo!—exclamó el breton haciendo visible en sus ojos el espanto.

Presa de horrible estupor quedó un instante contemplando á Aurora.

La jóven fijó en el hidalgo su mirada orgullosa y altiva.

Así permanecieron ambos, un buen espacio de tiempo.

Al cabo de aquellos momentos solemnes, Scott avanzó hasta su amada, y sujetandola por un brazo, exclamó con voz enronquecida por la cólera:

—Bien, miserable; no podia esperar otra cosa de tí. ¿Pensaste despacio en las consecuencias de la medida?

—Y me complazco en ella.

—Perfectamente; pero como no contabas con que habia de juzgarte la dignidad herida, ella te impone este castigo.

—¡Guzman!—gritó Aurora con toda la fuerza de sus pulmones, á tiempo que Scott desnudaba su daga.

El aludido, apareció en la puerta de la habitacion.

Sir Guillermo envainó el arma precipitadamente, separándose al propio tiempo de Aurora.

—Te llamaba,—dijo la jóven al criado, porque este caballero padece de una enfermedad mental y le ha dado un acceso de locura.

—¡Mientes miserable!

—Venia á que le reconociese mi esposo el doctor, y ha dado la casualidad de que este saliera á girar la visita que todas las noches hace á sus enfermos.

—Es falsedad propia de una mujer sin pudor.

—¡Basta! Guzman, haced lo que os digo, atad á este hombre; ó arrojadle á palos de mi casa: es completamente igual.

Aurora sin atender á más respuestas, abandonó precipitadamente la cámara.

—¡Perjura! ¡vil, infame!—gritó el breton levantando los puños.

—¡Salid, don Guillermo, salid!—exclamó Guzman.

—Lo haré para mostrar á esa miserable que pudiera perderla, esperando aquí á que volviera el doctor, pero no quiero hacerlo para no confundir mi conducta con sus viles acciones.

Scott ganó la escalera del palacio de Aurora con gran premura.

Guzman abrió al hidalgo la puerta del zaguan, no sin extremecerse de pavura al verle salir de este.

Cuando Sir Guillermo estuvo en la calle miró á uno y otro lado lleno de aturmimiento, y con paso vacilante encaminose á un bosque próximo.

Allí sentose junto á un árbol, y comenzó á llorar amargamente.

—¡La última esperanza!—exclamó deshaciendose en agonía.

—¡Oh! ¡La muerte! ¡Es mi único recurso; sí, voy á dármela! ¡Adios, existencia deleznable! ¡Adios, menguada fé del hombre que apenas naces en el corazon, cuanto te ahoga la sombra fatídica del desengaño.

Sir Guillermo asió fuertemente su daga y ya iba á hundirsela en el pecho, cuando sujetó su brazo una mano desconocida.

—¿Son estos los hombres de valor!—preguntó el que tal hiciera.

—Pelaez, hermano mio ¿como aquí?

Os he seguido los pasos señor Scott, desde qué sailsteis de casa.

—Hicísteis mal, porque si no hubiéreis acertado á venir seria ya cadáver. Aurora...

—Lo sé todo don Guillermo, lo sé todo.

—Guzman me ha referido la escena habida entre vos y vuestra amada.

—¿Y hallais desdicha como la mía?

Miré recelosamente en torno mio, exclamando:

—Todo se ha perdido por el camino del bien ¿verdad señor Scott?

—Todo.

—Debemos, pues, apelar al mal.

—¿Qué decis?

—Qué entre la muerte y poseer á Anrora de cualquier modo, esto último.

—Sí, Pelaez, si.

—Pues yo me encargo—exclamé—de que suceda lo segundo.

—¿De qué manera?

—Figuraos un criado ambicioso á quien se le dice: si mañana por la noche cuando salga tu amo de casa, franqueas las puertas á Sir Guillermo Scott, le facilitas acceso hasta la cámara de tu señora, y callas luego aunque oigas quejas é imprecaciones...

—¿Qué?

—Tendrás cincuenta luises ¿que tal mi amo?

—¡Magnífico! Pelaez. Por vengar á mi amor propio ultrajado sería capaz de vender el alma á Lucifer.

—No hay necesidad de ello—contestele—pues por cincuenta luises, habreis adquirido el amor de un arcangel.

CAPÍTULO XXXII

Herir en la sombra.

—Mis consoladoras frases,—prosiguió Pelaez,—lograron tranquilizar un tanto á Sir Guillermo.

El corazon de aquel hombre abandonaba las grandes virtudes, para caer de lleno en los abismos del mal.

Es indudable que cuando el sufrimiento nos agovia á menudo en la vida, el veneno del odio y de la venganza se encarga de empenzoñar todos nuestros actos.

Sir Guillermo Scott, no conservaba ya alientos para el bien. Era el mártir de cruel destino; el desdichado sobre quien pesa funesta maldicion.

Cuantas esperanzas, cuantos ensueños sembraban de flores la existencia del hidalgo, desparecian envueltos

en los huracanes del infortunio. Hasta el amor de Aurora negábale sus dulzuras; aquel amor entrañable por el cual hubiese obtenido su redención el infeliz, huía de él tambien para irradiar la ventura de la jóven y de su esposo el doctor don Lope de Santillana.

¿Pudo darse nunca mayor suma de fatalidades?

Por esto desesperado ya el hidalgo, poseido del vértigo, lo primero que hizo al ver desvanecerse su última ilusion, fué llamar en su auxilio á la muerte.

Y esta, hallábase á punto de acudirle, cuando aparecíme yo á Sir Guillermo.

Medió entre nosotres el diálogo que os he relatado, y á pesar de la firmeza con que mi compañero aceptó en un principio mis planes, comenzó luego á decaer diciéndome:

—Amigo Pelaez, pensándolo bien, o debe un hombre de honor apelar á medios ruines para poseer á una dama.

—¡Voto á cien legiones de diablos! ¿Andais todavia con escrúpulos y consideraciones?...

—Es que Aurora....

—Aurora se ha burlado de vos; ha rebajado vuestra dignidad haciéndoos ver que si os amaba era única y exclusivamente por vuestro dinero; y para remate de felonías se casa con otro y os deja á la luna de Valencia.

—¡Es una serpiente, una infame!

—Y vos,—perdonadme que os lo diga,—un estólido en toda la extension de la palabra. ¿A quien le ocurre vivir adorando la impalpable sombra de una mu-

jer, mientras otro está poseyéndola materialmente?

—Por vuestro decoro, señor Scott, por vuestro decoro...

—Decís bien, amigo Pelaez.

—No debeis dejar impune tanto agravio.

—Sí, sí.

—¿No se mofó ella de vos en secreto?

—Ciertamente.

—Pues en secreto haced vos lo propio. Que aprenda esa menguada á no volver á jugar con los hombres de alientos; que valen de seguro, mucho más que el matasanos de su marido.

—Hablais como un oráculo, compañero. No debo decorosamente retroceder un punto; Aurora será mía, aunque para ello tenga que atropellarlo todo. Yo te haré ver, don Lope, quien es el que vale más de los dos.

—Así me gusta encontraros, amigo mio.

—Y así me encontrareis hasta finalizar la empresa.

—Mañana, pues...

—Tomareis dinero en abundancia.

—El necesario para que se inclinen un poco de nuestra parte, las voluntades de ese pillo de Guzman, que mientras vos conferenciabais con vuestra amada, consumía él conmigo en su portal, una botella de Borgoña.

—¡Ah! ¿le habeis hablado?

—Sí, señor.

—¿Y cómo os dejó entrar en la casa?

—Díjele que era vuestro escudero y que le brindaba con mi amistad y unos buenos tragos del vino de los príncipes.

—¿Y él?

—Estuvo conmigo sumamente cortés y afable; contóme muchas cosas, entre ellas los detalles de la ceremonia nupcial llevada á cabo en el casamiento de doña Aurora con don Lope, y supe finalmente por el cancerbero que el doctor es hombre bastante rico, y extremadamente celoso.

—Cuanto me alegro, así me será más sabrosa la venganza.

. . . . . .

. . . . . .

En este dialogo fuimos discurriendo mi amigo y yo hasta llegar á su casa.

Como era la noche bastante oscura, nadie acertó á descubrirnos durante la excursion.

Cuando estuvimos en las habitaciones de Sir Guillermo, arrojóse este en un sillon y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar de nuevo.

—¡Vive Dios!—exclamé al verle, ¿volveis á las andadas amo mío?

—No puedo, Pelaez, no puedo.

—Os vais á morir de tristura y por mi fé que no me explico vuestro llanto cuando tenemos en proyecto un triunfo.

—El poder del mal; la violencia de las pasiones; cobrarse con el deshonor; herir en la sombra, he aquí todo.

—Pero sus caricias serán vuestras,

—Su maldicion las acompañará.

—Un villano os robó su amor y tiene celos; ¡qué

mayor gloria que arrancar de su labio la sonrisa de desprecio, que mañana pudiera dedicar á vuestro nombre!

—Cierto muy cierto hermano mio.

—Los hombres tenemos en más estima una distincion de la mujer amada, que todas las veneras de la tierra:

—Sin duda.

—Sino hiciéseis lo que os digo, acaso un dia, cuando en Poitiers se pronunciase el apellido Scott no faltaria un doctor Santillana que exclamase.

—¡Pobre diablo! Le arrebaté la novia; quedóse sin fortuna, sin esperanzas y sin mujer.

—Pero hoy...

—Podreis añadir vos; ¡desdichado! mas no lográste hacer con mi decoro lo que yo con tu honra; pisotearla.

—Eso, eso es lo que anhelo.

—Ojo por ojo, y diente por diente, como señala cierta doctrina sublime.

. . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto, el infeliz breton cediendo sin duda á la cruenta lucha mantenida, fué cerrando poco á poco los párpados.

—¡Se ha dormido!—exclamé en mi interior,—dejémosle. El pobre ha sufrido tormentos horribles; necesita reposo para sobrellevar lo que aún le espera ¡oh! pero yo le salvaré, es ineludible obligacion mia; por su liberalidad, vive mi padre; por su desprendi-

miento, no se verá en una mazmorra. Pelaez, piénsalo bien; la dicha de Sir Scott te interesa tanto como la de los autores de tus dias. Escrito en tu conciencia estará perpétuamente tan sagrado deber: ó eres un ser innoble, ó pagas con la moneda del sacrificio, los servicios impagables prestados á tu progenitor.

En estas y otras abstracciones análogas, desenvolvía mis juicios, cuando sorprendiéronme los primeros rayos de la luz matinal.

Scott gozaba aún de un sueño reparador y tranquilo.

—No le molestemos,—exclamé contemplando á mi compañero.—Por las trazas que lleva,—añadí,—no despertaria en mucho rato. Bien puedo aprovechar las horas saliendo en busca de ese borracho de Gazman, para volver aquí con una buena noticia. ¡Partamos!

Sin hacer el menor ruido, abandoné la casa de mi principal, encaminándome á la de Aurora.

Muy poco tardé en llegar á ella, y cuando ya la tuve á la vista, situeme en la esquina de una calle tortuosa y mal enderezada, abierta frente por frente de la de la jóven.

Allí permanecí algunos instantes: incierta y débil mostrábase aún la luz crepuscular.

Impaciente hallábase mi persona, cuando un ligero rumor producido en la puerta del palacio de Santillana, obligóme á fijar en ella los ojos.

Abrieron la puerta cuidadosamente, y apareció en el exterior un hombre.

Cerró éste sigilosamente la misma, y encaminó

sus pasos en direccion del sitio en que yo me encontraba.

A poco, hallábase junto á mí.

—Guárdeos el cielo, querido Guzman,—exclamé tendiéndole la diestra.

—¡Oh! señor Pelaez.—respondióme,—¿vos por aquí á estas horas?

—Sí, amigo mio; como las ocupaciones de mi cargo me roban toda la libertad durante el dia, he aprovechado mis únicos momentos de vacacion, para visitar este pueblo.

—Haceis perfectamente, señor Pelaez; y ya que he tenido la suerte de encontraros, os invito á tomar el desayuno.

—Acéptolo con suma satisfaccion.

—Vereis, vereis qué Ginebra tan sabrosa.

—Sois aficionado ¿eh?

—Mucho; pero mis amos lo ignoran completamente. Si supieran que en su casa servia un vicioso, ya me habrian puesto de patitas en la calle.

—¿Y quien les ha contado á esos señores que el beber Ginebra es un vicio?

—Eso es lo que digo yo, señor Pelaez; los hombres que trabajamos mucho, necesitamos reponer nuestras fuerzas. El vino ¡qué diantre! es nuestro único alimento. Ellos, los nobles, lo critican, lo desprecian cuando lo consumimos nosotros; pero en tratándose de sus paladares, eso ya es asunto muy diverso.

—Tienen estos aristócratas cosas muy raras,—exclamé.

Entregados á este y otro linage de análogas digresiones, llegamos Guzman y yo á la hostería de las Tres Estrellas.

—Venid, venid me dijo tomándome del brazo, apenas estuvimos en el umbral del establecimiento.

Lo que á primera vista advertí en el mismo, no dejaba de ser curioso.

Frente al mostrador de la hostería situado á la derecha, un chico como de unos catorce Abriles, zambo, con las piernas medio desnudas, cubierto de girones el resto de su cuerpo y con el rostro tiznado, mantenia animadísimo debate con varios individuos que en torno de una mesa estaban.

El pilluelo aquel ostentaba en la diestra un taleguito, el cual se movia cediendo á la accion de algo viviente, en su interior oculto.

Y á guisa de gladiador que obtenida la victoria pesa su planta sobre el vencido, tenía puesto el pié izquierdo sobre un arca de madera.

Paréme allí movido de la curiosidad, y mi compañero me dijo lanzando una sonrisa:

—Ahora vereis, señor Pelaez lo que es bueno.

Uno de los ocupantes de la mesa, fijó sus ojos en el pillete, y preguntóle:

—¿Lisardo; aceptas mi proposicion?

—Si me abonais un escudo, no tengo inconveniente.

—Te he dicho que si haces trabajar á los animales, serás obsequiado con un vaso de Burdeos.

—Dinero y no vino es lo que yo he menester.

—Repara en que ha venido conmigo un extranjero y debemos ser amables con lo extraños.

—Pero yo no me alimento del aire.

—¡Eh! Fuera el rapaz.

—Es un engaña bobos.

—Un embustero.

—Un granuja,—exclamaron sucesivamente los de la mesa.

Compadecido yo del infeliz mozalvete y lleno de curiosidad por conocer el espectáculo á que aquellos aludieron, preguntéles con suma cortesía

—¿Ofenderia á vuesasmercedes, ¡oh! ilustres señores mios, si entregase á este jóven la cantidad que desea, á cambio de conocer sus habilidades?

—En modo alguno señor hidalgo. En esta casa reina una libertad incondicional; podeis hacer cuanto os plazca, aparte de que cada uno es dueño de emplear su dinero en lo que guste.

—Pues toma: sepamos tus gracias,—exclamé entregando una moneda al chico.

—Dios os lo premie,—repuso este,—y haciendo con la mano á los de la mesa una inclinacion para que se separaran;

—Apartaos un poco,—exclamó,—no se me vayan á espantar los animalitos.

—Obedecieron los hidalgos colocándose en dos filas.

El pilluelo introdujo la diestra en el saco extrayendo luego de él varios cuerpos de color gris, que se movían nerviosamente.

A medida que los excarcelaba, iba colocándolos sobre la mesa.

Seis enormes ratas, quedaron expuestas al público.

Profunda repugnancia me causó la vista de los roedores; pero, sin embargo de ella, tuve valor suficiente para no apartar mis ojos del grupo, atraido por las habilidades que hacía.

Como falange de soldados expertos, formábanse unas vez en correcta alineacion:

—Otras saltaban por un pequeño puente. Cuando, iban de aquí para acullá, marchando de dos en dos, como fieles reclutas; cuando, ascendian por unos hilos, y bajaban luego sin la menor dificultad.

Nutrido aplauso valió al pilluelo su destreza en la enseñanza de tales gimnásticos; animado con cuyo tributo, volvióse á nosotros y exclamó:

—Falta lo principal: ahora veran usarcedes lo más curioso.

Guardamos silencio los espectadores, y Lisardo abrió cuidadosamente el arca que bajo su pie yacia.

Practicada esta operacion, el bribonzuelo repuso:

—Sal, Petronilo, para que te admiren estos caballeros.

Un gato parduzco y de libras, saltó subitamente sobre la mesa.

—¡Va á devorar á las ratas!—exclamé yo sin poder contenerme.

—¿Que vá á devorarlas?—decis,—preguntó el pilluelo.—En este momento demostrará Petronilo que os equivocais.

En efecto el cachazudo felino, tendióse cuan largo era sobre la mesa, y las ratas comenzaron á pasearse sobre su cuerpo.

Imposible seria explicar el familiarísimo trato que existia entre aquellos animales.

Los roedores mordian las orejas de su compañero, y este resistia el ataque con muestras de resignacion verdaderamente encomiástica.

Luego saltaban por encima de aquel y parábanse más tarde sobre sus lomos.

Llegó el instante de que Lisardo probara al público la esmerada educacion que habia sabido dar á su pupilo.

A este fin, obligó al gato á que se sentara sobre la mesa, y colocó entre sus dientes un pedazo de queso duro, quedando fuera de la boca del animal una parte de él.

Las ratas aproximáronse al queso y comenzaron á devorarle, hasta dejar libres las mandíbulas de Petronilo.

Una explosion de carcajadas estrepitosas sucedió á este espectáculo.

Quiso Jupiter que cuando faltaba por realizar el último número del programa, viniese á interrumpirlo un funesto accidente.

Hallábase Petronilo muy atareado en cojer con la boca las ratas para ir entregándolas á su dueño, cuando á una de las criadas de la hostería, ocurrióle pasar por allí. La moza traia buena porcion de cacharros colocados sobre amplia batéa.

Al ver las ratas, lanzó un agudísimo chillido y dejó caer en tierra los trebejos.

Estrépito tal se produjo, que llenos de pavura Petronilo y sus colegas, salieron como alma que lleva el diablo.

—¡Cojedlos! ¡Cogedlos!—exclamó desesperadamente Lisardo, arrancandose á puñados la cabellera.

Mas fueron infructuosas sus órdenes, porque lejos su auditorio de obedecerle, diéronse á reir con tal fuerza los que le formaban, que alguno lo hubiera pasado mal, á no haberse oprimido el estómago con las manos.

CAPÍTULO XXXIII

En la pendiente del crimen.

Convencido Lisardo de lo inevitable de su desgracia, comenzó á llorar á gritos.

—¡He perdido mi única fortuna!—exclamó.—Mi padre me vá á matar á palos.

—¡Ay! ¡desdichado jóven!—repetia en medio de desgarradores lamentos.

—¡Pobre Petronilo! ¡Pobres hijas mias! Huir despues de haberme costado tantos sudores vuestra crianza.

—Todo se ha concluido para este mortal sin ventura. ¿Dónde, dónde, podre hallar modo de ganarme el sustento?

Tan íntima y verdadera parecióme la aflicion del muchacho, que para enjugarla, propuse á los concur-

rentes á la hostería, hiciéramos una cuestacion en favor del infortunado jóven.

Todos prestáronse á ello con sumo gusto, y poco despues, caía en las manos de Lisardo abundante cantidad de monedas.

—¿Estás contento?—preguntéle, una vez efectuada la recaudacion.

—Sí, amo mio; sí, respondióme,—¿Pero cuando volveré á encontrar otro Petronilo?

—¡Vete noramala!—exclamó uno del auditorio,—que bien recompensado te queda el perjuicio.

—Es verdad; Dios pague á vuesasmercedes tan méritoria obra.

El rapaz abandonó la hostería con gran premura, y cuando todos creimos que se hallaria á un cuarto de legua lo ménos de allí, fué apareciéndose en la puerta del establecimiento.

—¡Rabien! ¡Rabien! que áun me quedan otros animales sabios en casa,—repuso, y acompañó su aviso insolente, con una desvergonzada morisqueta.

—¡Tunante!—gritamos todos intentando caer sobre el bribon; pero este ganándonos la delantera, salió corriendo con tal velocidad, que sospecho no se habrá parado aún.

Como era natural, comentose el suceso entre los concurrentes á la hostería de las tres estrellas.

Cada cual juzgaba á su modo la conducta de Lisardo; no faltó quien la recríminase duramente; pero la gran mayoría convino en que el rapazuelo disponía de privilegiada imaginacion.

Consumido el desayuno, comenzaron á desfilar los abonados al establecimiento.

Sólo Guzman y yo quedamos en él.

—Haced que nos sirvan unas magras y algo de lo fuerte,—exclamó mi colega dirigiéndose al hostelero.

—Voy enseguida contestó este. Por cierto que vais á chuparos los dedos. Ayer recibí una buena cantidad de jamon de Wesfalia.

—¡De Wesfalia!

—Sí; pero mucho silencio porque es para los parroquianos solamente.

—Estad tranquilo Micer Guyot, nada diré sobre el asunto por mi propia conveniencia,—Pasemos al cuarto próximo si os place, señor Pelaez,—repuso Guzman.

—Vamos donde gusteis,—respondile.

A los pocos instantes nos hallábamos ambos en una habitacion pequeña, alumbrada por los tenúes fulgores de un farolillo que pendía del techo.

Modesto en demasía era el ajuar del cuarto aquel, pues componiase de dos mesas y unos cuántos taburetes.

Pero lo que no podia ménos de llamar la atencion de cuántos le visitaban, eran las pinturas murales debidas al propio pincel de Micer Guyot.

¡Qué asuntos tan raros; que alegorías tan extrañas, que detalles tan inútiles!

Frente á la puerta de la habitacion, estaba lo que el hostelero llamaba la defensa del vino.

Fresco por demás curioso, si á trechos no le hubiese manchado de lamparones, la escasa pulcritud de los concurrentes.

La composicion del cuadro daba á conocer en absoluto las dotes pictóricas de su autor.

Una dilatada campiña límitada por oscuros montes, en cuyas crestas el vermellon subido permitíase imitar á Febo, aparecia cuajada de soldados tudescos, quienes en son de ataque emprendíanla á cintarazos contra unos cuántos infelices bebedores de la Galia.

Apesar de ser aquellos muchos, defendíanse estos pocos arrojando botellas, pipas y pequeños toneles, sobre sus agresores.

La lucha no podia ser más reñida; el triunfo, como era natural, inclinábase del lado de los tudescos.

Entonces Baco compadecido de sus hijos; admirado de su valor y ganoso de corresponder á sus esfuerzos, aparecioseles envuelto en nubes, cruzando la region de la atmósfera.

Fijó su mirada imponente sobre los tudescos, y como estos no le hicieran el menor caso, exclamó con voz atronadora.

—¡Guay! de vosotros si intentais tocar el cuerpo de mis defensores.

—¡Muera el vino de Iberia!—gritaron los desalmados.

—¿Sí?—preguntó el dios lleno de cólera;—pues ahora vereis quien es Baco.

Y lanzando de la diestra un rayo vengador, hirió con él la dura masa de los montes.

Al punto saltó de las rocas una manga formidable de mosto, la cual, cayendo sobre los tudescos, causó á todos la muerte.

—¡Bravo pensamiento!—exclamé enmedio de una carcajada homérica.

—El cual no hubiéseis traducido,—interrumpióme Guzman,—si yo, señor Pelaez, no os hubiera explicado la verdadera significacion de la pintura.

—¿Y todas las obras de Micer Guyot, son lo mismo?

—Todas exijen requisito igual.

—Bien hace el hidalgo, si no ha de sucederle lo que á cierto pintor, que para hacer más cognoscible uno de sus cuadros, puso debajo de él: *esto es gallina*; con lo que el autor quedó satisfecho, convencido el público y el ave en posesion de su legítima carta de naturaleza.

Siguió Guzman relatándome el significado de otras dos pinturas que se veian en los restantes muros.

La primera de ellas, queria demostrar la influencia de las bebidas espirituosas en ciertos padecimientos tenidos por incurables.

La escena desenvolvíase en los primeros tiempos de la Grecia.

En una calle muy concurrida de Atenas, habíase colocado sobre ruda camilla á un agónico.

Era costumbre en los pueblos de la antigüedad, poner á los desahuciados en el lugar donde concurria más gente para que cada cual le propinase su medicamento, por si de este modo conseguian los legos en la ciencia lo que los facultativos no habian podido obtener.

Recordando, pues, este valioso precedente histórico, Micer Guyot, reprodujo una de las escenas de aquel tiempo.

En torno de la camilla de aquel moribundo, veíase

á varios indivíduos de la plebe que trataban en vano de devolver la vida al paciente, aplicándole á este fin las drogas más eficaces.

Otros increpaban duramente, por su impericia, á los doctores, quienes avergonzados, tristes y cariacontecidos agrupábanse en compacta masa para evitar las iras de la indignacion popular.

En esta situacion encontrábanse todos, cuando vieron venir á lo lejos, á un griego de pequeña estatura, abultado de vientre, colorado de rostro, y con unas piernas tan cortas y delgadas, que más parecian alambres, que humanos remos, destinados á mantener en pié aquel redondeado volúmen.

El ateniense dirigíase á todo correr hácia el sitio en que el espirante se encontraba.

Venia jadeante y sudoso, y llevaba en la diestra una vasija de cristal, portadora de un líquido claro y trasparente.

Hasta aquí la primera parte del cuadro.

La segunda, desenvuelta á su continuacion en la otra mitad del muro, mostraba al agónico en el momento de recibir el benéfico influjo de la bebida ministrada por el ateniense mencionado.

Por arte taumatúrgico, apenas saboreado el licor, el moribundo saltó del lecho; el pueblo comenzó á gritar lleno de asombro, los doctores convirtiéronse en estátuas poseidos de espanto inexplicable, y cuando á la esposa del paciente, cayendo de rodillas á los piés del curandero, ocurriósele preguntar ¿qué sustancia habeis dado á mi consorte?

—¡Vino!—contestó el interpelado,—¿ignorábais, imbéciles, que con él se curan las dolencias más graves?

Al llegar Guzman á esta parte de su descripcion, entró un sirviente en el cuarto, trayendo el desayuno.

—¡Magnífico, soberbio!—exclamó aquél frotándose las manos de gozo al ver que aún humeaban las magras,

—Señor Pelaez,—añadió,—ahora, ahora sí que os vais á chupar los dedos. ¡Qué plato tan excelente, y qué Ginebra tan incomparable! ¿Verdad, amigo mio, que son pálidos todos los placeres del mundo al lado de una buena comida?

—Es cierto, señor Guzman.

—Sobre todo, comer y beber bien y barato, hé aquí el ideal de todo pobre.

El propio fámulo que nos sirviera el desayuno, entró nuevamente en la habitacion.

—Sólo dos escudos importa,—exclamó dirigiéndose á mí;—hé aquí la vuelta.

Y entregóme ocho ó diez monedas de plata.

—¿Cómo? ¿os habeis anticipado á pagar? Eso sí que no lo consiento, señor Pelaez; oye, Ollivier, devuelve á este hidalgo su dinero y que no vuelva á suceder cosa semejante ¿lo entiendes?

—¿Me despreciáis, señor Guzman?

—En modo alguno, amigo mio; pero debeis tener presente que sois extranjero en mi tierra, y no puedo consentir...

—Aquí no somos más que buenos hermanos; y cuando de afectos tan íntimos se trata, no debe haber discusiones sobre asuntos que no merecen la pena.

—Gracias, señor Pelaez, gracias. Para que veais que opino de igual suerte que vos, acepto el obsequio; pero otra vez...

—Estad tranquilo; sereis vos el que pague, y yo contaré como merced señalada vuestra distincion.

Hicimos al fámulo un signo para que nos dejara solos y conseguido esto, corrí yo el cerrojo de la puerta del cuarto.

—Así estaremos con más libertad,—exclamé.—¡Vaya una copita, amigo mio!

Guzman apuró su vaso de Ginebra, y yo le imité, no sin hacer un supremo esfuerzo.

Tan poco acostumbrado á la orgía me hallaba.

Llenamos nuestros platos de magras, y empezamos á comer de ellas con bastante apetito.

Guzman rociaba de tiempo en tiempo su garganta con el helvético licor.

Durante el festin, medió entre nosotros el siguiente diálogo:

—Y vamos á ver, compañero; ¿qué tal marcháis con vuestros amos?—le pregunté.

—Mal, muy mal, rematadamente,—contestóme mal humorado.

—¿Es que no le teneis aficion al servicio?

—Es que tengo una suerte detestable. Mi señora es el orgullo personificado; su marido ¡oh! no quiero ni citar su nombre.

—¿Pues qué os acontece con él?

—Señor Pelaez, buscado por toda la redondez de la tierra, no encontraríais un hombre de corazon tan ne-

gro para los criados, como el doctor don Lope de Santillana.

—¿Tacaño y miserable quizás?

—Menguado y cruel en demasía. Es un tiranuelo en toda la extencion de la palabra.

—¿Un tirano decís?

—Figuraos que todas sus órdenes las comunica á gritos, y lanzando imprecaciones é insultos terribles.

—Aún lo recuerdo con ira satánica. No hace muchos dias estaba yo limpiando los caballos, don Lope hubo de llamarme dos ó tres veces, sin que yo acertara á oirle.

—¿Y qué hizo?

—Repitió su llamada, nadie le contestó, y entonces indignado, descompuesto, lleno de cólera, bajó á la cuadra y cruzó mi rostro con sus dedos, exclamando:

—¡Toma, para que tengas en adelante mejor oido!

Confiésoos, señor Pelaez, que ignoro si ni daga conceptuó deshonra abrir el pecho de aquel miserable; sólo puedo deciros que grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—Señor Santillana, os perdono la accion; no quiero subir por la pendiente del crímen para probaros que soy más que vos caballero.

Mi amo no desplegó su boca, y se retiró de aquel lugar con la vergüenza estampada en la frente.

CAPÍTULO XXXIV

Por amor ó por venganza.

Guzman dejó escapar de sus ojos un rayo de comprimida indignacion.

Apuró una nueva copa de Ginebra, y al maléfico influjo de sus vapores, cambió de tono para dar á su locuacidad rienda suelta en otro sentido.

Golpeóse la frente como para encauzar el pensamiento en el torbellino de extraviadas ideas, y siguió exclamando:

—¿Sin duda juzgareis, señor Pelaez, que la elocuente leccion que dí á mi amo obligóle á variar por completo? Os equivocais plenamente. El amor propio del doctor no cede nunca, tratándose de sus inferiores.

El miserable es á más de soberbio, vengativo, y me hubiese despedido de su casa, despues del suceso relatado, á no encontrar en mí un servidor sin segundo.

Esto, no obstante, enderezó sus gestiones por otro lado, á fin de mortificarme cuanto le fué posible.

No tengo para vos secretos, señor Pelaez, os lo referiré todo sin escrúpulos.

Una de las tres doncellas, que há poco tiempo hallábanse al servicio de mi señora, mantiene conmigo amorosas relaciones.

Esperanza es el nombre de mi novia, y aunque parezca, señor Pelaez, que la pasion me lleve á realzar sus cualidades, puedo deciros que goza de aprecio universal, por su virtud, nobilísimo corazon y belleza extraordinaria.

Pues bien: esta pobre criatura que no tiene otro ideal que su trabajo, ni otra fortuna que mi afecto, fué la víctima propiciatoria elegida por el doctor para realizar sus instintos malvados.

Cierto dia, llamóla doña Aurora á su presencia.

Santillana comunicóme por su parte análogo aviso.

Subimos Esperanza y yo á las habitaciones de nuestros principales, y encontramos á éstos arrellanados en un divan, como juez que aguarda la comparecencia del reo.

Cuando el infame Santillana acertó á ver nuestros rostros demudados y lívidos, sonrió siniestramente, y dirigiéndose á su esposa, repuso:

—¡He aquí al rondador de princesas, Aurora mia!

—Y á su barragana, Lope,—exclamó mi señora aludiendó á Esperanza.

Mi novia y yo, sentimos en nuestros corazones el

fuego de la cólera; pero cediendo á la prudencia, no osamos desplegar los labios.

—¡Vamos!—repuso el médico con palabra insultante. Ya pueden decirnos por vez última si piensan convertir mi casa en un lupanar.

—¡Caballero!

—¡Señor doctor!

—Trátenme usarcedes con más respeto y midan la diferencia que hay de unos nobles á unos miserables villanos.

—Se ha atacado á la honra de una mujer sin mancilla y nadie tiene derecho á esto, sin exponerse á la pena con que se castiga á los calumniadores,—repuse.

—¡Menguado!—gritó furioso el doctor Santillana haciendo ademan de golpearme con sus puños.

—He dicho,—añadió,—que están usarcedes amancebados y lo repito.

—Nunca, amo mio, nunca,—exclamó Esperanza deshaciéndose en llanto.

—¡Lágrimas de hipocresía! ¿Te has figurado que yo no sé traducir la verdad?—repuso mi ama.

—Señora, por la memoria de mi madre os aseguro que mi afecto hácia Guzman es noble, puro, desinteresado.

—No, no quiero malos ejemplos. No puedo consentir que las jóvenes que están á mi servicio, se contaminen en las funestas enseñanzas que tú les das.

—Tened vuestra lengua, señora,—grité yo con desesperacion febril,—ó me olvidaré de los deberes que mi humilde puesto me impone.

El doctor Santillana avanzó hasta mi y oprimiéndome un brazo con inusitada fuerza, exclamó:

—Oye, reptil inmundo; á nadie le consiento que me falte, y ménos á tí, siervo asqueroso.

Y esto diciéndo, echóme al cuello las manos, y ya iba á extrangularme, cuando logré desasirme de él, sin hacer gran esfuerzo.

Olvidándome de mi posicion, lancome sobre el hidalgo, hicele vacilar y cayó al punto en tierra.

—¡Cobarde!—exclamé con voz de trueno.—¡Estás hollado por mi, para esto servís los nobles!

—¡No le mates Guzman!—gritó su esposa cayendo de rodillas.

—¡Perdon, perdon!—repuso Santillana al sentir la asfixia bajo la fuerza de mi cuerpo.

—¡Oh! No sois digno de recibir la muerte de manos honradas,—exclamé con aire despreciativo dejando en libertad á mi dueño.

Don Lope púsose en pié, y yo quedeme frente á frente de su persona en actitud provocativa.

Aurora y Esperanza temblaban como epilépticas.

Una escena de profunda calma sucedió á estos acontecimientos.

Nadie tuvo valor para articular palabras, temiendo que el fatal cuadro se reprodujese.

Así permanecimos algunos instantes, hasta que el doctor, procurando recobrar la serenidad, exclamó con palabra seca.

—Has hecho bien, Guzman, en defenderte. Si yo no hubiese caido en el rebajamiente de medir mis

fuerzas con un criado, no habria tenido lugar el espectáculo tristísimo que hemos presenciado aquí.

—Sin apelar á determinaciones violentas, voy á obrar como dueño de mi casa.

—Estais, señor, en vuestro derecho.

—Esperanza queda despedida desde este instante.

—Perfectamente; yo la acompañaré.

—¿Tú? Sin duda olvidas que me debes el salario de un año, cuya cantidad te anticipé para que sacaras á tus padres de sus apuros.

—Es verdad,—contesté bajando tristemente la cabeza.

—Cuando me hayas reintregrado en mis desembolsos con tus servicios, puedes marchar donde gustes que yo no te necesito para nada.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Guzman exhaló un profundo suspiro y para no dejarse vencer por el dolor, apuró una nueva copa de Ginebra.

Al poco tiempo el cerebro de aquel hombre comenzó á perder la serenidad del juicio.

—¡Voto á cien rayos!—exclamó golpeando la mesa. ¿Dèspues de lo que os llevo dicho, creereis sin duda, señor Pelaez, que mis amos se apiadarían al fin de mi triste suerte y de la de mi amada?

—¡Miserables! La pobre niña fué arrojada de la casa del doctor aquella misma tarde. Sus quejas, sus lamentos, sus súplicas conmovedoras, perdiéronse en

el vacio, como la voz del caminante en la soledad del desierto.

—Yo, no podia seguir á Esperanza porque una obligacion ineludible, opresora de la conciencia, ligábame al doctor con crueles lazos.

—Además, Esperanza, no era mi esposa y yo no podia compartir un hogar con ella, sin haber puesto en tela de juicio su virtud.

Con el corazon desgarrado, tuve precision de separarme temporalmente de aquella, que constituyó la única felicidad de mi vida.

—Hoy Esperanza vive en uno de los arrabales de este pueblo; trabaja mucho en bordados para ganarse el pan; y yo la véo á menudo, hasta que llegue un dia en que pueda darle mi apellido.

—¿Y por qué no os casais desde luego con ella?—preguntele.

—Porque soy pobre, señor Pelaez, porque soy pobre.

Satanás debió sin duda inspirarme una idea luminosa aunque menguada.

Obligue á mi compañero, á que apurase algunos nuevos trages de licor, y aprovechándome de su aturdimiento preguntele en vez muy baja:

—Vamos á ver señor Guzman, ¿con cuanto dinero os conceptuariais dichoso?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Eso ya os lo comunicaré luégo.

—Pues como no concreteis la pregunta, me es muy difícil contestaros.

—Seré más explicito. ¿Vos cifrais en Esperanza toda vuestra ventura, no es verdad?

—Así es en efecto.

—Pero como para poder llamarla vuestra esposa, seria necesario que contaseis con el indispensable dinero que exije la compra de galas, de muebles para el hogar etc., etc...

—Resulta, que careciendo de aquel, mi felicidad se dilata cada vez más.

—Quién sabe si os queda aún algun verdadero amigo...

—¿Cómo?

—Algun apasionado vuestro que os regalase una buena cantidad.

—¿A título de limosna?

—A cambio de un pequeño servicio.

—Conozcamos las bases del negocio.

—Las expondré en breves frases. ¿Tendriais suficiente, amigo Guzman, con cien escudos de oro, para los primeros gastos?

—¡Santo Dios! Ya lo créo; con esa suma viviriames Esperanza y yo como príncipes.

—Pues yo os la ofrezco.

—¿Vos?

En nombre de mi amo Sir Guillermo, si le fácilitais una entrevista con doña Aurora, de modo que no corra peligro de ser sorprendido en sus brazos.

—¡En brazos de su antiguo amor!

—O en aras del ódio, como querais. Es preciso que esa infame de doña Aurora, pague á mi amo las

villanias que le hizo, con una caricia arrancadade sus lábios por la violencia ó por la seduccion.

—Cumplió la vil muy mal con don Guillermo.

—Es una miserable en toda la extension de la palabra.

—Negocio grave es el que me proponeis.

—Ninguna consecuencia ha de acarrearos. Lo único que mi amo pretende, es tener el derecho de decirse á sí propio, cuando pase Santillana junto á él:

—¡Goza de su amor miserable, que otros se encargaron de ayudarte en la empresa!

—Y yo podré añadir: Guzman ya estas vengado de los insultos que te infiriera el doctor. Puedes lanzar sobre él, á pesar de su nobleza, una mirada de desprecio y de compasion.

—Eso, amigo Guzman, eso, ¿con que os resolveis?

—Me decido á servir á vuestro amo; esta misma noche á las diez, podrá penetrar sin que nadie le vea en la cámara de doña Aurora.

—¿Pero su esposo?...

—Su esposo sale irremisiblemente de nueve á once, á visitar sus enfermos, que son infinitos.

—¿Y si se aperciben de algo las doncellas de doña Aurora?

—Pobres chicas; yo las llevaré á las habitaciones del jardin que están muy distantes de las de su ama.

—¿Y allí?

—Con unas cuantas notas de vihuela primero, y unos tragos de Sauterne despues, lograremos que las pobrecillas, caigan rendidas de cansancio.

—¿Vais á emborracharlas?

—Es el mejor procedimiento, amigo mio, para que no hagan la menor impresión en sus oidos castos, los gritos y exclamaciones que doña Aurora pudiera lanzar.

—¡Magnífico, caro Guzman, magnífico! Veo que sois un hombre en toda la extension de la palabra. Hé aquí, pues, los cien escudos de oro.

—Hé aquí la llave de la casa de don Lope, que facilitará á don Guillermo la entrada cuando todos estemos sordos.

—¿Una llave? ¿Y cómo podreis vos abrir?

—Veo, señor Pelaez, que no conoceis á los ricos.

—En casa de mi amo, todo sobra; dos llaves de la puerta principal tenemos.

—¿Dos, decís?

—Una, la que os ofrezco ahora. Otra, la que el doctor mandó hacer para su propio servicio.

—¿Para llevársela él por las noches, á fin de no molestar á su servidumbre si se viera precisado á retirarse tarde?

—Habéislo adivinado.

—¿Pues entonces, resulta que vos, señor Guzman, os quedais sin vuestros útiles de portero?

—Así aconteceria, señor Pelaez, si desde mis últimos disgustos con el doctor, no me hubiese éste impuesto el castigo de velar todas las noches hasta que él vuelva á su casa; por lo que, como yo le abro la puerta, no se ocupa en llevar consigo su llave, la cual queda siempre en mi poder.

—Soberbio, carísimo Guzman, soberbio.

—Todo sale á pedir de boca, señor Pelaez.

—Para vos, y para mi principal.

—El será de grado ó por fuerza dueño de Aurora.

—Y vos lo sereis legalmente de Esperanza.

—El curará su amor propio herido.

—Y vos, Guzman, castigareis de este modo los agravios que os infiriera el doctor.

—Amor y venganza son las armas de que disponemos.

—Pero nos falta el baluarte de nuestra empresa.

—¿Que se apellida?

—Prudencia, señor Guzman, y mucho tacto.

CAPÍTULO XXXV

¡Deudas sagradas del honor herido!

Pelaez continuó diciendo á los estudiantes:

—Salimos Guzman y yo de la hostería y despues de prestar solomne juramento de cumplir cada cual el compromiso contraido, partimos para nuestras respectivas casas.

—Poco tiempo tardé yo en llegar á la mia; entré en ella, gané la escalera con suma rapidez, y cuando penetré en las habitaciones de Sir Scott, encontréme á este paseando á lo largo de una sala.

—Gracias á Dios, Pelaez, que habeis vuelto,—exclamó al verme.

—Señor Scott, los negocios graves exigen mucho tiempo y bastante calma.

—¿Salísteis de aquí muy temprano?.

—Al amanecer.

—No me apercibí de ello.

—Como que dormiais con la tranquilidad de un canónigo.

—¿Y vamos á ver, qué habeis logrado en vuestros planes?

—Más de lo que pensais.

—¿Más aún?

—Como que esta noche podreis sin testigos requerir de amores á doña Aurora.

—¡Santo Dios!

—Hé aquí la llave de su casa. Ella dará acceso al templo de vuestras ilusiones.

—¡Una llave! ¡Su honra en mis manos! ¡La venganza cumplida! Pelaez, hablad por el cielo, y descifradme este embolismo.

Con acento reposado y sin omitir un detalle, narré á Sir Scott cuanto me ocurriera con Gazman en la hostería de las Tres Estrellas.

A medida que yo me explicaba, dibujábanse en el rostro de Sir Gillermo diversas impresiones.

Unas veces, encendia las mejillas del hidalgo el fuego del placer; otras, empalidecíalas el venero de la ira; cuándo, levantaba la cabeza como saboreando el triunfo, cuándo, movíala tristemente como quien advierte el desengaño con todas sus crueldades.

Terminado que hube mi narracion:

—¿Y bien, qué os parece de todo esto,—pregunté á mi principal.

—Señor Pelaez, que sois un amigo incomparable. Nadie en el mundo haria lo que vos haceis, por devol-

verme la tranquilidad y la calma perdidas. ¡Pero, ay! que es el corazon humano muy exigente.

—¿Y si está satisfecho?

—Entonces, todo le sobra. ¿Más es acaso satisfaccion para el alma, arrancar un beso á los labios adorados, si este brota envuelto en lágrimas?

—¡Deudas sagradas del honor herido! Mañana cuando el esposo de Aurora de Broglie, oiga que esta exclama en sus brazos: ¡Pobre Guillermo, cuánto daria por alcanzar tu suerte! repetireis vos en el silencio de vuestra mansion:

—¡Santillana! Tu tálamo está profanado por el crímen de la infidelidad conyugal.

—¡Oh! Y debo proceder así ¡vive Cristo!

—¡Cómo ella, no más, como ella!

—¿Esta noche?...

—A las diez; en el reposo de su cámara con vos y el remordimiento por testigo, volverá Aurora su vista al pasado; oirá vuestras frases de amor, y recordará aquellas dulcísimas horas de las protestas inextinguibles, y de los juramentos apasionados.

—Y como es mujer...

—Acaso exclame conmovida: Guillermo, fueron las nieblas de la vanidad, las que me privaron de la luz por un momento; pero sábelo, mi única esperanza, mi ventura, mi dicha, residen en tí solamente. ¡Guillermo, yo te amo con toda la fuerza de mi corazon!

—No repitais esa frase.

—¿Os enoja?

—Me enloquece pensar tan solo en que Aurora pue-

da corresponder por un momento voluntariamente á mi afecto.

—Dentro de algunas horas os convencereis de que así sucederá.

—Dios lo permita.

—La verdad es, señor Scott, que todo se consigue en el mundo con dinero. ¡Por cien escudos de oro vais á ser feliz; completamente feliz!

—O desgraciado para siempre.

—Don Guillermo, concluyamos de abrigar dudas y vacilaciones, ¿desautorizais mi modo de proceder?

—Jamás, amigo mio, jamás.

—Pues entonces, esperemos á que el tiempo se encargue de hacer por nosotros lo que juzgue más conveniente.

. . . . . .

. . . . . .

Es verdad indiscutible que el amor se viste siempre con el ropaje de la vanidad.

El infortunado sir Scott, ocupóse durante el resto del dia en acicalarse para mejor rendir á su dama.

Imposible hubiese parecido á no verlo, que un hombre dotado de carácter tan severo como el del breton, descendiese á aquellas puerilidades.

Más de tres riquísimos vestidos mostró á mis ojos, preguntándome repetidas veces:

—¿Cnál de ellos os parece más elegante?

—Todos los juzgo espléndidos, dada la distincion de vuestra persona.

—¿Y este collar, regalo del duque de Nemours?

—Más espléndido todavía.

—Es una condecoracion ganada en un certámen artístico.

—Debeis ostentarla sobre vuestro pecho, como prueba de vuestras altas dotes intelectuales.

—Sí haré, Pelaez, sí haré,—¿Qué os parece el anillo que encierra esta caja?

—La verdad; digno de un príncipe.

—Es un recuerdo de mi buen padre que pienso regalar á Aurora.

—¡Lástima de dinero!

—¿Cómo?

—Quise deciros, que valdria más que lo conservaseis para un gran apuro.

—¡Oh! ¡Cuán bello aparecerá en sus manos de nieve; en aquellos dedos de color de rosa, poéticos como los de un arcángel!

Y estampó un apasionado beso en la sortija.

—¡Voto á Lucifer! Estoy deseando, sir Scott que llegue la hora de la cita,—exclamé sonriendo,—á ver si recobrais el juicio.

—Perdonad, caro Pelaez, estos naturales trasportes de alegria. Aún la adoro con locura.

—Sí, sí, ya lo veo; y me parece imposible.

—¿Pues qué hubieseis hecho en mi caso?

—Reirme de ella, de don Lope y de su amor á mandíbula batiente.

—Bien se conoce que sois un muchacho aún.

—Más hombre que vos, puesto que poseo lo que á vos os falta.

—Frialdad de sentimientos ¿no es verdad?

—Exceso de filosofía, para tomar las cosas segun vienen; eso es.

—Dios no permita que os enamoreis nunca.

—Tendré de ello muy buen cuidado, y sobre todo si la que amo me hace una trastada tan grande como la que os ha hecho doña Aurora...

—¡Qué!

—Procuraré divertirme á su costa cuanto pueda, como vos en último caso pensais que acontezca esta noche.

—¡Plegue al cielo que hable el amor y no el delito!

—Sir Scott, dejemos por un instante este asunto que toma ya el carácter de monomanía.

—Es cierto, hermano mio.

—Cuando llegue la hora os pondreis como dicen en mi tierra los trapitos de cristianar, y saldremos...

—Iré yo solo á casa de mi amada.

—Pudierais tener algun contratiempo y entonces...

—¿No llevo en el cinto una buena tizona? Además, si alguien me viese en vuestra compañía, creeríame medroso y esto...

—Haced lo que os plazca, comprendo que teneis razon, y por eso no insisto más en mi oferta.

—Amigo Pérez; el dia está muy apacible y convida á recibir el benéfico influjo de los rayos del sol; ¿quereis que demos un paseo por el parque?

—No podriais haberme propuesto mejor cosa.

Apoyóse en mi brazo sir Guillermo y bajamos al jardin de su casa.

En él pasamos la tarde conversando sobre asuntos diversos, hasta que llegada la hora de la comida, volvimos á las habitaciones de mi amo.

Tan preocupado hallábase este con la idea de ver á Aurora, que no hacia el menor caso de cuantas palabras dirigiérale yo durante la comida.

—Terminada esta, sir Guillermo exclamó:

—Son las ocho, y á las diez debo verla, no puedo perder el tiempo. Voy á aliñarme un poco.

Más de una hora tardó el hidalgo en componerse, al cabo de la cual apareció ante mí.

—¡Magnífico, Sir Scott, magnífico!—repuse admirando su elegancia.—Estais hecho un brazo de mar.

En efecto; el precioso jubon y los gregüescos de raso blanco y azul que el caballero ostentaba, daban á su figura airosa, singular distincion.

La rizada y blanquísima gola aprisionando su cuello, realzaba más y más el rostro del breton, cuya barba sedosa y rubia, era el encanto de cuantas mujeres le veian.

El gracioso birrete que circundaba su cráneo, mantenia la elegante y finísima pluma con que el viento complacíase en jugar.

Cualquiera dama que no hubiese sido de hielo como Aurora de Broglie, habria exclamado al contemplar á sir Scott, recordando la antigua copla:

Huye, brisa enamorada
No demandes sus caricias.
Que son mios sus aoentos.
Y hasta el aire que respira.

Acerquéme á Sir Scott y mirando su costado izquierdo, exclamé:

—Respiro; veo que vá con vos lo que os hace más falta.

—¡El acero!

—Sí, amo mio, sí. Para empresas de la índole de la que vais á acometer, nada tan importante como una hoja obediente.

—Dios haga que no tenga precision de servirme de ella. Sabedlo, amigo Pelaez, los sufrimientos morales han debilitado de tal suerte mi organismo, que lo que antes era vigor y energía, resulta flaqueza en la actualidad. Si algun indivíduo de medianas fuerzas me retase, dudaria poder vencerle.

—Pues entonces, ¡voto á brios! ¿por qué me prohibís que vaya á guardaros las espaldas?

—Porque el corazon me anuncia que no debo temer ningun contratiempo.

—El cielo sea servido de que así acontezca.

—Indudablemento me presta sus auxilios, desconocido poder. Me siento muy animoso.

—Sir Scott, sacrificais cuanto sois en áras de la justicia, y como ella os asiste, hé aquí el motivo de vuestros alientos espirituales.

—Son las nueve y media.

—Llegó el momento de partir.

—Santillana habrá salido ya de su casa para ir á cumplir con sus deberes.

—¡Mucho corazon y nada de sentimentalismo!

—Así lo haré, amigo Pelaez; entretanto quedad aquí,

y pedid á Dios que de los labios de Aurora brote el rayo de la última esperanza.

—Estad tranquilo, que yo pediré al Supremo Hacedor en mis oraciones la calma que tanto habeis menester.

—Hasta luego, hermano mio.

—El cielo os ampare, Sir Scott.

. . . . . .

. . . . . .

El enamorado abandonó su casa con gran premura.

Yo sin perder un instante eché mano á mi capa, coloqué en el cinto mi puñal y exclamé para mi interior:

—¡Oh! Sí; debo seguirle apesar de sus órdenes en contrario; está enfermo y puede sucederle alguna desgracia. Partamos.

Y esto diciendo, salí apresuradamente á la calle, logrando divisar á Sir Scott, que marchaba á alguna distancia.

Recatándome todo lo posible, fuí en seguimiento de mi amigo.

Cuando éste impulsado por natural temor, volvia de cuando en cuando la espalda para ver si alguien trataba de sorprenderle, ocultábame yo en los huecos de los edificios, á fin de que mi principal no me advirtiera.

Así caminando, llegó Sir Guillermo al puente que era preciso atravesar para dar con la casa de Aurora.

A poco crucélo yo, sin encontrar en mi marcha, mortal alguno.

Ya Scott hallábase próximo á la casa de su adorada.

Para no porderle de vista me instalé en el remate

de la calle donde hube de encontrarme á Guzman, la cual estaba frente á frente de la de la jóven.

Desde el final de aquella, veíanse perfectamente la puerta principal de la casa de don Lope, á la que enviaba los tibios rayos de su luz mortecina un farolillo, colocado en el muro, al pié de una imágen.

Marchando con paso sumamente grave advertí á Scott, que poco á poco iba acercándose á aquel lugar.

No sé por que secreto impulso, latió mi corazon con violencia inusitada.

—No tiembles,—exclamé colocando la diestra sobre el pecho.—¡Conciencia; levanta la voz para recordar á quien de honrado se precia, que Scott salvó á mi padre y que hasta debo morir por él, si la fatalidad lo hiciese preciso!

CAPÍTULO XXXVI

—

La crueldad del destino.

Silencio sepulcral reinaba en los alrededores del palacio de Santillana.

Sir Guillermo caminaba de puntillas. Sin hacer el menor ruido llegó á la puerta de aquel.

Subió tres escalones, y ya iba á introducir la llave, facilitada por Guzman, en la cerradura, cuando una voz potente como salida del averno:

—¡Ladron!—exclamó con acento furioso.

—¡Jesucristo!—repuso Scott pegándose á la puerta.

—¡Nos ha vendido el villano!—grité yo mesándome las barbas y desnudando mi puñal.

—¡Cobarde!—exclamó aquel hombre que no era otro que Santillana.—¿Has comprado á mis servidores, te han sido fieles? Mañana la horca para ellos, hoy mi espada para tí.

—¡Desnuda tu víl acero, si te queda una gota de sangre en las venas!

—¡Don Lope!

—Te conozco; tú eres el villano, el miserable, el traidor.

—¡Menguado!

—Una casualidad me hace volver á mi casa á fin de recojer un objeto de mi profesion, y te encuentro violentando las puertas para hacer el robo. ¡Defiéndete ó te mato, hijo de mala madre!

—¡Basta, judío!—gritó Scott sacando furiosamente su acero y poniéndose en guardia.

—No venia,—exclamó enmedio del ruido de las espadas,—á robarte el dinero que posees. Venia á quitarte algo más; tu honra, cobarde, puesta en la infame á quien tanto he querido.

El breton luchaba desaforadamente; pero cediendo á su debilidad iba perdiendo poco á poco el terreno.

Yo que tal veia arrastrándome como un reptil, logré acercarme á la espalda del doctor.

En esto Santillana lanzó sobre Scott un brioso mandable que si bien lo paró mi amigo, causóle una herida en la mano.

Apesar de la efusion de sangre, siguió en su vil empresa contra Sir Guillermo.

Este descubrióse un poco; el doctor aprovechó aquel recurso.

—¡Toma, ladron!—dijo;—y ya iba á tirarse á fondo, cuando dejó caer la espada, llevóse la mano al pecho y exclamó con apagada voz:

—¡Jesucristo! ¡Socorro! Me han muerto á traicion. ¡Infames; yo... os maldigo!

Y cayó en tierra envuelto en su propia sangre.

—Mi puñal le habia partido el corazon.

—¡Huyamos!—grité con vos desesperada.

—¡Pelaez! ¡Pelaez! ¿qué habeis hecho?—exclamó lleno de espanto Sir Scott.

—Libertaros de la muerte, como vos hicísteis con mi padre. Se acerca gente. ¡Huyamos!

Emprendiendo vertiginosa carrera abandonamos mi amigo y yo aquel lugar.

Más de tres cuartos de hora corrimos sin detenernos.

Sin Guillermo volvíase á cada momente y exclamaba:

—Su sombra nos persigue; es él, es él.

—No temais nada, hermano mio.

—¡Jesús! ¡El crímen, el crímen como consecuencia! ¡Dios Santo, tened misericordia de mi!

Y caia de rodillas sobre la arena de los campos, derramando abundantes lágrimas.

—Señor Scott,—grité yo á mi compañero, divisando un cercano bosque.—Ocultémonos allí por el pronto.

—Sí, que alguien que pueda habernos visto, venga quizá en nuestro seguimiento.

—Es indispensable apelar al primer asilo que se nos ofrezca.

—¡Perseguidos por la justicia; sin casa, sin hogar, y sin su amor para siempre! ¿Adónde iré yo, Pelaez, adónde iré?

—Adelante avancemos; hé aquí el bosque.

—¡Qué calles de cipreses tan sombrías!

¡Los árboles parecen evocaciones fantásticas que piden reparacion por la muerte de don Lope!

—¡Oh! No digais tal. ¡Don Guillermo, vuestras palabras van extinguiendo poco á poco mi valor!

—Tengo miedo, amo mio , tengo miedo.

—¿Por qué le asesinásteis villanamente?

—Por evitar que él os matara.

—Mejor hubiera sido: de esta suerte habrian acabado mis amarguras.

—¡Yo criminal; yo asesino; el hijo del castellano más recto!

—Acordaos, Pelaez, de vuestra promesa: honrar padre y madre. ¿Qué direis ahora con el baldon que por mi culpa echais sobre sus canas?

—Diré que entre ver morir á quien devolvió honor y vida al que me dió el sér, ó arrancarle del peligro, lo segundo, señor Scott, lo segundo.

—Vengan esos brazos, hermano de mi alma, vengan esos brazos.

—Tomadlos protector de mi padre.

Sir Guillermo y yo quedamos unidos por los lazos del pesar y del infortunio.

Bien pronto nos separamos, influidos por indomable exaltacion.

—¿No oís?—preguntéle.

—Alguien se acerca.

—Acaso sea ilusion.

—O realidad amarguísima.

—Por aquí, Sir Scott, por estos zarzales. ¡Presto! ¡No nos acuda la justicia!

Rompiendo plantas, desgajando troncos, cortando yo con mi puñal, manchado aún con la sangre de Santillana, cuantos obstáculos á mi paso se openian, llegamos á un sitio donde se iniciaba una senda estrechísima.

El pequeño camino aquel, perdíase serpenteando entre los árboles, por lo que era imposible adivinar dónde tendria término.

—Marchemos por aquí y sea lo que Dios quiera,—repuse.

—El ruido de los que vienen se acentúa cada vez más.

—¡Adelante!

Y rompí la marcha, seguido de Sir Scott.

—¡Santo Cristo!—exclamé deteniéndomo á los pocos instantes.

—¿Qué sucede?—preguntóme el breton.

—Que estamos al borde del lago.

—¡Maldicion!

—Caeremos en las garras de la justicia; no podemos pasar adelante.

—Un remedio hay: el último que nos queda.

—Veamos cuál es.

—Al agua, y crucemos á nado la gran extension hasta llegar á la orilla opuesta.

—Moriremos de seguro.

—Entre la inflexibilidad de la ley y la inclemencia de los elementos, lo segundo.

—Decís bien: al lago, y sea lo que Dios quiera.

—¡Al lago pues!

Con temeridad inconcebible lancéme sobre las tranquilas ondas, y Scott hizo lo propio.

Como si mágica fuerza nos impulsase, comenzamos á nadar desesperadamente.

A poco, estábamos á muy buena distancia del bosque.

Nuestros cuerpos sumergíanse, y volvían á aparecer sobre la superficie de las aguas.

En uno de estos momentos pudimos ver gran cantidad de pequeñas luces que brillaban precisamente en el lugar de donde partiéramos.

—La justicia ha sido burlada,—dijo penosamente Sir Guiilermo.—Comienzo á perder las fuerzas,—añadió.

—Un poco más de energía, amo mio; la orilla está próxima.

—Sí, ya se advierte, pero el vigor se niega á servirme.

—¡Pardiez! Cuanto se quiere se hace. Más, uno, dos, tres; hé aquí nuestra salvacion.

El cielo habíase apiadado de nosotros.

Salté al borde del lago, y seguídamente llegó á él Sir Scott.

Venia trémulo, descompuesto y casi sin vida.

—¡Dadme los brazos!—gritéle al ver que vacilaba.

Con gran trabajo pude traerlo á tierra.

El desdichado habia sido víctima de un síncope.

—¡Cielo Santo!—exclamé procurando reaccionar el

cuerpo de mi amigo. No me faltaba otra cosa sino que fuera á morirse aquí.

—¡Don Guillermo, don Guillermo!—repuse á la vez que conseguia devolver el calor á sus miembros entumidos.

El hidalgo respondióme con voz apagada y casi imperceptible.

—¡Vive! ¡Vive!—exclamé.—Estamos salvados. Cubrámosle ahora y luego Dios dirá.

Y envolví su cuerpo con mi capa.

—A ver si se repone y podemos continuar nuestro viaje,—repuse para mí.

El desmayo de que habia sido víctima Sir Guillermo Scott, dejóle absolutamente como muerto.

No daba el hidalgo señal alguna de vida.

Su pulso latia anormalmente; su boca, entreabierta como la del agónico, cerrábase de cuando en cuando, para volverá aspirar despues el aire exterior.

Yo comencé á alarmarme ante la situacion de mi amigo.

El cielo encubriós e con negras y espesa ssombras.

De tiempo en tiempo la claridad del relámpago, fosforecia más brillante en la plateada superficie de las ondas azules.

Un mundo de tinieblas envolvia totalmente nuestros cuerpos.

El viento silbaba entre la espesura.

El lugar en que nos hallábamos Sir Scott y yo, érame completamente desconocido.

Por otra parte, nada pude advertir en mi alrededor, que me orientase respecto de mis dudas.

—¿Dónde hallar un asilo,—exclamé para mí,—en que pueda albergar á este desdichado?

Y mi voz, perdióse en la misteriosa y elevada montaña que se extendia á la izquierda del valle.

—¡Don Guillermo, don Guillermo!—repuse acercando el labio al rostro de mi amigo.

Scott, no respondió.

—¡Oh! ¡Cielo santo!—añadí cayendo de rodillas.—El frio se apodera de todos sus miembros; se muere, se muere.

En efecto, mi colega dejaba ver en su cuerpo la rigidez del cadáver.

—¡Dios mio!—continué.—Tened piedad de estos infortunados pecadores. ¿No habrá un alma caritativa que nos socorra?

—Sí,—repuso una voz grave y desconocida.

—¡Jesucristo!—grité dando un salto y asiendo súbitamente mi daga.

—¿Quién eres,—repuse,—sombra maldita del remordimiento?

—¡Mírame!—contestó llegando hasta mí el interpelado.

Un hombre como de sesenta años, de luenga y nevada barba, de mirada expresiva y severa, flaco y amarillento de rostro, quedó inmóvil, contemplando á Sir Scott.

El desconocido, vestia hábitos negros, ceñidos á la cintura y á ella sujetos por larga correa.

Era bastante delgado, y de elevadísima talla; circunstancia esta, que, unida al modo de andar pausado y majestuoso del cogulla, acarreábale el respeto y la veneracion más íntimos.

Al ver á aquel hombre, que sin desplegar los lábios, con el cráneo encerrado en amplia capucha, oraba de rodillas junto á Sir Scott, atreviméá preguntarle de nuevo, juzgándolo creacion de mi acalorada fantasía.

—¿Quién sois, estátua animada del silencio?

—Quien despues de haber dirigido á Dios sus preces por el moribundo,—respondióme,—espera devolverle la salud del cuerpo. ¡Cojedlo en brazos y seguidme!

Sin articular una frase, tomé al punto el inanimado cuerpo de Sir Scott, y seguí en pos del desconocido.

Bien pronto estuvimos en la falda de la montaña, de que queda hecha referencia.

Confieso que la fatiga y el cansancio iban ya dominándome.

—Un instante, señor,—repuse, dirigiéndome al de los hábitos,—necesito tomar alientos.

—Ahora os relevarán;—contestóme.

—¿Veis aquel bulto que se aproxima?

—Sí señor.

—Es el requisador nocturno de estos lugares; el monje Miguel de los Angeles.

—¿Un religioso?

—Mi hermano en Nuestro Padre San Agustin; á

quien se confia la difícil empresa de inspeccionar durante las noches estos sitios, en union de otros compañeros.

—¿De inspeccionar montañas decís?

—Así acontece, hermano; sabed que muchos extranjeros, atraidos por el encantador paisage que desde las crestas de esta montañas se divisa, visitan estos contornos á menudo.

—¿Y bien?

—Permanecen extasiados en estos lugares muchas horas; les sorprende en ellos la noche, y lejos de encontrar el camino que deben atravesar para volver á sus hogares, se pierden en estas veredas, y algunos han muerto de frio.

—¿Por lo cuál?

—Mis hermanos en religion examinan conmigo estos lugares á media noche, por si algun desgraciado necesitase de nuestro auxilio.

—Accion admirable.

—La que cumple realizar al último de los siervos del Señor.

En esto, llegaron hasta nosotros los compañeros del desconocido: venian tres de ellos: uno traia un farolillo en la mano, los dos restantes conducian una camilla.

—¡Ave María!—exclamó el de la linterna, haciéndonos un reverente saludo.

—¡Sin pecado concebida!—contestamos el desconocido y yo.

—¿Ocurre algo, reverendo padre?—repuso.

—Este desgraciado viajero, á quien me he encontrado exánime en los brazos del señor, su amigo.

—Ponedle al punto en la camilla, hermanos Romualdo y Julio, y llevadle al convento, que ya os seguimos.

Los religiosos obedecieron la órden; colocaron en la camilla á Sir Scot, y partieron de allí.

Yo quedéme con el desconocido.

—¡Destino cruel el suyo!—exclamó aludiendo á mi principal.

—No lo sabeis bien, padre, no lo sabeis bien.

—Perdonad mi curiosidad, ¿es soltero este hidalgo?

—Vos lo habeis dicho.

—¿Vuestros nombres?

—Guillermo Scott el suyo, Manuel Pelaez el de este vuestro humilde criado.

—Gracias hermano mio,—contestó el monje.

—Ahora me permitireis,—exclamé,—que os pregunte con quien tengo el honor de hablar.

—Con el prior del inmediato convento de Agustinos.

—Huélgome mucho de hallarme en presencia de tan ilustre autoridad.

—No soy más que un pobre, apartado de las pompas del mundo, las cuales destrozaron há muchos años mi corazon.

—¿De suerte que los desengaños os trajeron aquí?

—Sí, hermano del alma.

—¿Sois noble?

—Lo fuí en el siglo.

—¿Hacendado?

—Dueño entonces de inmensa fortuna.

—¿Militar?

—Y Adelantado de Sevilla.

—¿Vuestro nombre?

—Os lo diré sin reservas. Luis María de Santillana.

—¡Santillana! ¿Pariente acaso del doctor?

—¿Don Lope? ¡Es mi hermano!

—¡Jesús!—exclamé llevándome las manos á la cabeza, y cayendo sin sentido á las plantas del religioso.

CAPITULO XXXVII

¡Bienaventurados los que lloran!

El Monasterio de San Agustin de Hippona, sito á tres leguas largas de Poitiers, era un edificio de estilo greco-romano.

Ocupaba un extenso perímetro, y desde sus cuatro torres, levantadas en los cuatro ángulos de la inmensa mole de piedra, podia advertirse un lindísimo panorama.

Observado el convento desde la falda de los montes, sobre la cual aparecia construido, semejaba pequeña ermita de escasas proporciones, cuyos amarillentos muros, era imposible divisar cuando un cielo brumoso azulaba la atmósfera, con esos matices purísimos negados al más hábil pincel.

A medida que se elevaba el viajero, buscando la enhiesta cumbre, hacíase más evidente y real la percepcion.

El convento de los Agustinos, tomaba poco á poco formas más activas.

Sus torres crecian ante las miradas de los curiosos, su ventanaje hasta entonces ignorado, iba apareciendo en alineacion correcta como el de un plano trazado sobre un pergamino que vá desenvolviéndose lentamente.

Vencido el obstáculo de la subida, la sorpresa no podia ser más grata, ni más elocuente el engaño experimentado.

El convento mostrábase erguido con toda su imponente majestad. El predominio de la recta, la falta absoluta de afiligranada ornamentacion; el color opaco de sus muros, y la pesantez de tanta piedra, allí acumulada, conseguian lo que sin duda se habia propuesto el alarife que le proyectara: colocar al Ser Misericordioso rodeado de la gran tristura de los mortales: que no en las explosiones del placer y de la alegría, sino entre los amargos giros del dolor, es donde su poder infinito se levanta con todos sus esplendores, para repetir al que sufre.

—¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

La principal fachada del convento, ostentaba la férrea puerta, llena de dibujos alusivos á la conversion del santo patrono: y aunque aparecia cerrada, no lo estaba nunca para los necesitados.

La gruesa cuerda de cáñamo, pendiente del arco de aquella, esperaba á que la mano del indigente anunciase por medio de la campana á los religiosos, que

un pobre solicitaba con urgencia su caridad y buen corazon.

Encima de la puerta de entrada, veíase trazado el siguiente lema:

Deo favente in seculum seculi.

Ego meamque causam habentes istud defendamus ordinem.

Invocacion suprema y admirable, que vivirá grabada en el alma de los buenos, mientras el espíritu católico, cuente con un solo defensor sobre la tierra.

Recorrida la meseta central extendida frente á la puerta grande del convento, y tomando la direccion izquierda del mismo, comenzaba á divisarse la frondosa arboleda plantada en la montaña, y el valle encantador que á su pié tenia orígen.

Paisaje de incomparables atractivos era aquel: lo hacia más grato la soledad constante de aquellas praderas, por donde casi nunca veíase cruzar, sino al labrador, que con su yunta retirábase á su casa al terminar el dia, ó al austero monje, que paseaba por allí gravemente y sin apartar sus ojos del breviario.

A la derecha del valle, sobre un pequeño promontorio, podian advertirse las ruinas de una casa, que en remotos tiempos, debió destinarse á ermita, á juzgar por su aspecto exterior y por su campanario, bien conservado aún.

A espaldas de este breve edificio, se iniciaba una carretera, perfectamente tirada á cordel, la cual era bastante larga en extensiones.

Los ojos podian abarcar gran parte de ella, pero

sus límites hacíanse inapreciables, cuando, semejante el camino al réptil que se oculta en la maleza, perdíase de la vista en un frondoso bosque espeso y apretado.

Tras este, veíase una como especie de cárcel á juzgar por sus oscuras paredes exteriores; empero bien pronto desvanecíase la creencia de que pudiera destinarse á tal objeto, al fijar la atencion en la media naranja que se levantaba en la parte superior del edificio.

Remataba esta en pequeña torre cilíndrica, sobre la cual erguíase una cruz gótica, en cuyas aras detenía se el ave nocturna para iluminarlas con el siniestro fulgor de sus ojos.

¿Cuál era el verdadero empleo á que se consagraba aquella casa misteriosa?

Sigamos á dos personajes, que, aprovechando lo bonancible de la temperatura, abandonaron el convento en una hermosa tarde de primavera.

Descendieron por la montaña al valle, y á poco encontráronse en este.

. . . . . .

Al llegar á esta parte de la narracion, maese Pelaez, que ya iba sintiéndose fatigado, apuró unos sorbos de vino, y continuó diciendo á los estudiantes:

—Para mayor claridad os esplicaré quienes eran aquellos dos hombres y la conversacion que mediara entre ellos.

El uno, vosotros ilustres escolares, le conoceis bien; era el que tiene el honor de hablaros.

El otro, el caritativo colector del Monasterio de San Agustin, fray Miguel María de los Angeles.

¡Ah! Si me hubiéseis visto entonces, amigos mios, habríais dudado de que pudiese volver á la vida.

Pálido, demacrado, tembloroso, con la cabeza encorvada, sin poder expresarme más que con palabra difícil y premiosa, era yo la imágen viva del delincuente, á quien se deja el castigo de la vida como incomparable tormento.

Caminaba con paso vacilante, apoyado en un grueso baston, y veíame obligado á pararme á cada momento para tomar fuerzas.

Mi cariñoso padre, fray Miguel, tributábame dulces frases de consuelo.

—Hermano,—decíame.—La Misericordia del Señor ha tenido á bien libertaros de la muerte, despues de seis meses de horribles sufrimientos.

—¡Más valiera que mi miserable cuerpo hubiese descendido á la tumba!

—¡Oh! No ofendais al cielo con impías palabras.

—¿De qué me sirve, hermano mio, la existencia? Soy el hijo del crímen, y sino hubiese encontrado á los incomparables monjes de San Agustin, mi cabeza habria ya rodado en el patíbulo.

—¡Callad, callad, hermano Pelaez, el eco pudiera delatarnos á los hombres, y ya que despues de una sincera confesion, os ha perdonado el padre Luis de Santillana la muerte que diérais á su hermano...

—¡Santillana! ¡Oh! verdadero mártir; descubrir á los asesinos del doctor y perdonarlos, dándoles á la vez

albergue en el Monasterio: no pudo encontrarse nunca muestra más grandiosa de santidad.

—Perdonadme, hermano mio; pero yo no puedo tolerar ciertas calificaciones.

—Sir Guillermo Scott ha tomado el hábito hace un mes, y es ya un monje como nosotros.

—Siquiera él puede lavar su culpa con la macera-cion y la penitencia; pero yo...

—Si vuestra quebrantada salud no os ha permitido, hermano Pelaez, imitarle, acaso algun dia tengamos la suerte de llamaros nuestro compañero.

—¡Quién sabe, fray Miguel, quién sabe!

—Empero dejemos á un lado, hermano Pelaez, ideas que agravan vuestro padecimiento, y decidme si os vais sintiendo más fuerte.

—Más cada dia, gracias á vuestros esmeradísimos cuidados.

—Nada habeis de agradecerme; el afecto que á vos me inclina es grande, y mis deberes de cristiano me imponen la sagrada obligacion de atenderos en todo lo posible.

—Nunca olvidaré los esfuerzos de vuestro corazon nobilísimo.

—¿Habeis visto hoy, fray Miguel, al padre Guillermo?

—Muy de mañana. Poco despues, salió con el prior, á llevar los auxilios espirituales á uno de los más pobres labradores de estas comarcas.

—¿A un moribundo?

—Exactamente: el padre Santillana le acompaña á

todas partes, y le instruye en las prácticas inherentes á la vida monacal.

—No sé como vuestro prior no aborrece á mi principal.

—Aquí, hermano Pelaez, no caben ódios ni venganzas; si por culpa de Scott murió don Lope, nuestro jefe no puede hacer otra cosa que perdonar y absolver.

—¡Oh! Pero se necesita mucha virtud para tender una mano protectora al enemigo.

—En el mundo, Pelaez, en el mundo. Fuera de él, la misericordia para el desgraciado es ineludible obligacion en el ofendido.

—Casi decís verdad.

—En absoluto, hermano Manuel.

—¡Pobre amo mio! ¡Cómo ha cambiado!

—Está muy triste siempre, es cierto.

—Unas veces á través de su capucha percíbense las huellas del llanto abrasador que calcina sus mejillas; otras giran sus ojos con espanto, como buscando un punto donde encontrar el reposo de la esperanza.

—Casi tan enfermo como habeis estado vos, se halla el padre Guillermo.

—Más aún fray Miguel.

—¿Por qué causa?

—Si conociéseis su temperamento no me haríais esa pregunta. Sabed que mi antiguo amo, se deja arrastrar fácilmente por la melancolía.

—Eso se curará con el tiempo.

—Es que pasa con suma facilidad de la más depurada ternura, al ódio y á la cólera más íntimos.

—Circunstancia grave.

—Como que puede ser sintomática de una mental perturbacion.

—El Señor nos libre de ello.

—El os oiga en su caridad infinita, fray Miguel.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En esto llegamos á la ermita ruinosa de que hemos hecho mérito.

Allí tuve que pararme para recobrar las fuerzas perdidas.

—Dispensadme un momento,—repuse,—hermano fray Miguel.

—Deteneos todo el tiempo que querais,—contestóme.

—Gracias,—le dije,—amigo mio.—Pero, ¿no veis aquellos dos bultos que se divisan en la carretera?

—Sí, amigo Pelaez, sí.

—Creo adivinar en ellos al reverendo prior y al padre Guillermo.

—Efectivamente.

Poco á poco fueron avanzando los desconocidos.

Bien pronto pudimos convencernos de que nuestra sospecha era fundada.

El prior Santillana y fray Scott llegaron hasta donde nosotros estábamos.

Miré á mi principal y advertí en su rostro marcados tintes de alegría.

Habia cambiado de aspecto.

—¿Qué será?—dije para mí.

—Bienaventurados los que lloran, no lo olvideis,—exclamó á la sazon dirigiéndose á mi amo, el prior Luis María de Santillana.

CAPÍTULO XXXVIII

Entre la muerte y la vida.

Pelaez prosiguió de esta suerte:

—La variacion experimentada por mi amo, obedecia al benéfico influjo de las exhortaciones del padre Luis María.

—Segun supe despues, ambos monjes habian estado en la casa de un mísero albañil que acababa de expirar, víctima de la caida de un andamio.

—La familia del desdichado carecia absolutamente de recursos.

—Ni siquiera contaba con una pequeña suma para su entierro.

—El cuadro que se ofreciera á la vista de los dos religiosos no podia ser más aterrador.

—Seis andrajosas criaturas, los hijos del operario, pedian pan á gritos, deshaciéndose en quejas desgarradoras.

—La esposa del muerto, bastante jóven aún, daba rienda suelta al dolor.

—Tomaba á sus más pequeños niños en los brazos, y cuando conseguia apagar sus gemidos, regresaba á la oscura mansion en que el difunto estaba, para cubrir de besos y de lágrimas su helada frente.

—La pobre jóven entregábase ya á la desesperacion, cuando acertaron á llegar á la casa mortuoria fray Guillermo y el padre Santillana.

La viuda del obrero recibió á los monjes postrada de hinojos, y presentándoles á sus niños, pidióles caridad y misericordia para ellos.

—¿Qué os acontece?—preguntáronle á una los agustinos.

—Padres de mi alma,—respondió la viuda, que mis hijos se mueren de hambre; que el cuerpo de mi infortunado esposo se halla ya en completa descomposicion.

—¿Careceis de medios para darle sepultura?

—Absolutamente; aunque nada significaria si hubiesen querido enterrarle de caridad.

—¿Y os han negado este favor?

—Me han abandonado todos, todos: hasta aquellos á quienes mi pobre esposo prodigara en vida más atenciones.

—Pecado antiguo de la humanidad. Tomad, hermana mia, estas monedas, y aplacad el hambre de estas desventuradas criaturas.

—¡Son escudos de oro! ¡Oh! Gracias, gracias, padres mios. Dios os lo premie. Me sobra con tan crecida

suma para todos los gastos, hasta para el entierro de mi infortunado consorte.

—De eso, hermana, no os ocupeis.

—Es que advierto á mis señores, que no es posible demorar un dia más la triste práctica del sepelio.

—Tendrá lugar dentro de un instante.

—¿De un instante decís? ¿Y quién se encargará de ella?

—Yo mismo,—repuso enérgicamente el padre Guillermo.

—¡Vos! ¡Imposible! ¡Un sacerdote de alta gerarquía! No lo permitiria jamás.

—Y yo le ayudaré en la empresa,—exclamó á su vez el prior de los agustinos.

—¡Padres: señores! Dejadme que bese vuestros piés. Permitid á esta desdichada que riegue con llanto vuestro camino.

—Ocupaos, hermana, de vuestros hijos, que es lo que ahora os incumbe. Estais entre la muerte y la vida; dejad á nuestro cuidado los intereses de la primera, que harto trabajo teneis en haber de luchar con la segunda.

—El cielo llene de bendiciones á las almas grandes.

¡Pobre Antonio! ¡Qué seria de los séres queridos de tu corazon, si la mano de la caridad no se hubiese abierto para ellos?

La infeliz viuda separóse con sus hijos de aquel lugar, lanzando lastimeros sollozos.

Los padres agustinos Scott y Santillana cubrieron

sus cráneos con las capuchas, y encamináronse á la habitacion en que yacía el difunto.

Penetraron en ella, y no obstante el hedor insufrible que el cadáver desprendia, ni el más pequeño gesto de repugnancia retrató se en sus rostros.

Los monjes agustinos convertíanse en verdaderas estatuas, tratándose del sufrimiento.

Scott colocóse de rodillas á un lado del cadáver y Santillana al otro.

Poco despues recitaban las estancias del responso: *Ne reccorderis pecata méa dòmine.*

Causaba ciertamente tristura y compasion el lúgubre cuadro aquel.

El cuerpo del obrero Antonio, hallábase tendido sobre duro lecho de tablas.

Una especie de blanco sudario cubria por completo el cadáver.

Y una luz, triste, vacilante, producida por unas cuantas lamparillas, que sobrenadaban en el escaso aceite contenido en averiada taza, enviaba de cuándo en cuando al muerto su mísero fulgor.

Muy cerca del lecho mortuorio veíase una puerta, sita frente de la que daba acceso á la habitacion.

Era la que conducia al que fué un tiempo corral, propio de más acaudalados inquilinos.

A la sazon servia de lavadero á la infortunada viuda del operario.

Terminado que hubieron fray Scott y Santillana su responso, el primero exclamó contemplando tristemente al difunto:

—¡Ni ataud, ni luces, ni un crucifijo siquiera! ¡Dios mio es el colmo del infortunio!

—Hermano Guillermo, si á nadie perjudicó en vida, si llenó cumplidamente sus deberes de cristiano, si los intereses del prógimo causáronle veneracion y respeto; ¡dichoso de él, que disfrutará del único bien posible: la salud eterna!

—¡Hermano! ¡Hermano! Decidme; ¿sólo se salvan los que practicaron la virtud?—preguntó Scott con voz temblorosa.

—Y los arrepentidos, fray Guillermo.

—¡Don Lope otra vez! ¡Su sombra me persigue! ¡Su memoria abrasa mi cerebro! ¡Santillana! Siempre trás de mí vuestro hermano.

—¡Oh! Abandonad esas ideas.

—¡Este cadáver me parece el suyo!

—El doctor os perdona desde el cielo.

—¡Imposible, padre Luis, imposible!

—Con vuestra profesion religiosa habeis libertado de la culpa á la conciencia.

—¡Seguid, seguid!

—Yo os lo aseguro, como lo hice en el confesonario al daros mi absolucion.

—¿De modo que me perdonais de nuevo la muerte dada á vuestro hermano?

—Sí, fray Guillermo, sí. Vuestras lágrimas os han redimido; nada debeis á este pobre siervo de Dios.

—Gracias, cielo santo, gracias.

—Ahora si os parece, ocupémonos de este infeliz á quien yo conocia mucho.

—¿Conociáisle?

Era uno de los varios trabajadores que en la actualidad se hallan encargados de dar término al magnífico convento de las carmelitas.

—Hermoso edificio es en verdad.

—Como que el Comendador Rodrigo de Kenller, dejó en su testamento una buena suma para su fundacion.

—¿Pero aún está inhabitado el Monasterio?

—Falta realizar en él alguna obra de decorado, y construir algunes altares del templo.

—Operacion que durará...

—Tres ó cuatro meses todavía, al cabo de los cuales, serán trasladadas al convento diversas comunidades de religiosas carmelitas, que existen hoy en distintos puntos de Francia.

—Quiera el cielo que sea para mayor gloria de Dios y engrandecimiento de su culto.

En esto los caritativos monjes, colocaron sobre una vieja tabla que en la habitacion habia, el cadáver del infeliz obrero.

Abrieron la puerta que daba al campo y despues de hacer sobre el difunto la señal de la Cruz, dispusiéronse á conducirle al cementerio.

Antes de abandonar la fúnebre estancia fray Guillermo, dejó caer sobre el lecho del operario una bolsa llena de oro.

El prior de los Agustinos, no admitió aquel rasgo elocuente de oculta y modesta caridad.

Asiendo, pues, la carcomida tabla que mantenia el

cadáver de Antonio, salieron los monjes en direccion del Campo Santo.

Ya en la entrada del camino real advirtieron un grupo de hombres que marchaba en sentido opuesto al suyo.

Al ver á los religiosos detuviéronse estos enmedio de la carretera.

Bien pronto arribó el fúnebre cortejo al lugar en que los desconocidos estaban.

Fray Guillermo preguntó á uno de estos.

—¿Será hora, hermanos, de cumplir una de las obras de misericordia más gratas al Señor?

—¿La de enterrar á los muertos?—contestó el interpelado.—Preguntádselo á éste, á Micer Bert; que está hecho un basilisco porque no le proporciona su oficio una dobla.

—Comprendo lo que quieren los hermanos,—exclamó descaradamente el sepulturero.

—¿Qué decís?—repusieron con severidad los monjes, depositando en tierra el ataud improvisado.

—Seré más explícito,—exclamó el enterrador.—Vmesasmercedes, traen ahí un mendigo.

—¡Un hombre honrado y laborioso, que ha conquistado la muerte enmedio de la virtud del trabajo!

—Si no tenia dinero, permítanme, padres, que les diga, que ni honra podria conservar, ni ser otra cosa que un ente despreciable.

—¡Profanacion, Dios Santo, profanacion!

—Oigan lo que les repito y no me vengan con jaculatorias. Si lo que buscaban sus reverencias era

que enterrase yo de balde á ese hombre, lleváronse chasco. Ni pienso hacerlo, ni es persona Micer Bert que se conmueve con facilidad ante las hipocresías frailunas. ¿Qué tal compañeros?

—Teneis razon.

—Hablais como un libro.

—Que os paguen vuestro jornal, ¡voto á Lucifer!

—Hermanos, hermanos, oidme:—exclamó fray Guillermo, con suma mansedumbre,—ni nosotros pretendiamos perjudicar vuestros derechos, ni abrigaba nuestra pregunta la intencion que suponeis.

—En prueba de ello, tomad Micer Bert, las únicas monedas que me restan.

—¡Santo Cristo! ¡Tres escudos de oro!—exclamó el sepulturero recogiendo con mano temblorosa el metal.

—Perdónenme sus excelencias,—añadió deshaciéndose en cortesías,—yo pensaba, yo creí....

—Tratándose de hacer el bien, no busqueis nunca la humana recompensa.

—¡Oh! Sí; ciertamente. Estuve con vuestras Paternidades asaz ligero, descortés en demasía; menguado, avariento ¿qué se yo? Vamos, señores, relevemos á estos sacerdotes en su triste tarea. Soy el sepulturero, es mi deber: vosotros me ayudareis en el enterramiento de mi malogrado amigo Antonio.

—No hareis tal, Micer Bert,—exclamó con energía fray Guillermo.

—¿Cómo?—preguntaron á una el sepulturero y sus colegas.

—Digo que os quedareis aquí, ó partireis adonde mejor os plazca, excepto al cementerio.

—¿Que no iré á cumplir con mis obligaciones?

—Estais relevado de ellas.

—Padres mios, tengan presente que si yo reclamé el importe anticipado de mi trabajo, fué porque hace seis meses no cobro un maravedí por el oficio; pero ahora....

—Os curareis de no impedir á dos sacerdotes del Altísimo que realicen lo que el cielo les ordena.

—¿De suerte?...

—Que mi compañero y yo, cavaremos la sepultura de Antonio,—repuso fray Guillermo, tomando el atand en union de su colega.

—Dios os guarde, señores—exclamaron á una los agustinos.

Y sin articular más frases partieron de aquel lugar.

Micer Bert y sus cofrades no se atrevieron á abrir la boca, ni á dar un paso.

La conducta de los monjes dejóles sumidos en el mayor asombro.

Aquellos ruines no estaban acostumbrados á presenciar rasgos de desprendimiento como el que se acaba de referir.

Sigamos á los dos Agustinos en su triste mision.

Marchando con ligereza, llegaron frente al Monasterio de las Carmelitas.

—Desde el andamio más alto cayó este pobre,—dijo el padre Santillana á fray Guillermo.

—¡Desdicha eterna la de los hijos del trabajo, que

para conquistar la vida tienen que luchar con la muerte!—contestó Scott.

En esto acertaron los religiosos á penetrar en uno de los peores barrios del pueblo.

Las calles veíanse totalmente enfangadas.

Los muros exteriores de las viviendas, mostrábanse ennegrecidos por la humedad y la falta de aseo.

Aquel conjunto de miserables casuchas, de derruidos pajares, y de pequeños graneros, huérfanos de todo fruto, convertian el barrio en verdadera acrópolis de la pobreza.

Cuando por medio de su calle principal cruzaron los portadores del muerto, varias mujeres de macilento rostro y desgreñada cabellera, que reunidas junto á una puerta estaban, pusiéronse de rodillas, y cesaron en su tarea.

Consistia esta en examinar cuidadosamente los cráneos de sus hijos, para libertarlos de importunos moradores.

—Rezad un Padre Nuestro por el difunto Antonio, —exclamaron los monjes dirigiéndose á las del grupo.

Obedecieron éstas enseguida: mas como la curiosidad las aguijoneara despiadadamente, comenzaron á decir:

—¿Dónde irán sus Paternidades?

—Pues á buscar á Micer Bert.

—¡Quiá madama! Van á llevar al convento el *cadávre* de ese *difunto* para resucitarlo con un poco de manteca del santo,—exclamó un patan que próximo á las mujeres estaba.

—Ahora lo veremos,—gritó una de ellas.—Sigamos á los del hábito, y tú, Enrique, corre la voz para que vengan tras de nosotras los vecinos que gusten.

Como acreedores hambrientos, salieron en pos de los Agustinos las aldeanas.

A poco agregóse á ellas la mayor parte delos habitantes del pueblo.

CAPÍTULO XXXIX

Como vasallo del rey y como siervo de Dios.

Bien pronto encontráronse los expedicionarios en un campo tristísimo, rodeado de piedras superpuestas que le servian de valla.

Aquel lugar sombrío era la mansion de la muerte.

Por doquiera veíanse pequeñas cruces de tosco pino, único emblema de las tumbas.

El silencio que allí reinaba era aterrador.

Los monjes depositaron el ataud en tierra.

Los aldeanos iban entrando en el pátio aquel de dos en dos, y colocándose en fila no sin descubrirse con respeto ante el difunto.

Las mujeres situáronse frente al cadáver en línea opuesta á la de los hombres.

A una palabra de fray Guillermo cayeron todos de rodillas.

—No tardará en llegar Micer Bert, mi esposo,—repuso una de las mujeres.

—No hace falta aquí,—contestó el padre Luis María presentándose á los espectadores y poniendo en manos de su colega un azadon.

—¡Vá á cavar él mismo la fosa!—exclamaron hombres y mujeres con sin igual asombro.

En efecto, fray Guillermo hirió la tierra repetidas veces, hasta abrir una ámplia tumba.

Rezó un Pater Noster, que fué contestado por todos, y auxiliado por su compañero introdujo despues en ella el cadáver del operario.

Al ver aquel rasgo de caridad sublime, lloraron los aldeanos como niños.

Todos dirigian miradas de veneracion singular á los monjes.

Fué cubierta la fosa con varias capas de arena, y sobre la última colocóse gran cantidad de guijarros en forma de montículo.

En la cima de éste implantaron los monjes una cruz de madera.

Cuando fray Scott y el prior Santillana dieron término á su triste cometido, oraron brevemente sobre la tumba de Antonio, y dispusiéronse á partir para el Monasterio.

Les fué imposible obtener franco paso, en razon á que todos y cada uno de los de la aldea, pugnaban por oscular sus piés y por rendirles todo género de entusiastas demostraciones.

Ya en los umbrales del Monasterio de las Carme-

litas, despidiéronse Santillana y Scott de los del pueblo.

Estos prorrumpieron en hurras y vítores á los religiosos, los cuales desaparecieron de sus miradas, internándose en un bosque inmediato, que era el mismo que se advertia, desde el valle sito al pié del convento de San Agustin.

Cuando estuvieron Scott y Santillana completamente solos, el primero repuso:

—¿Qué os ha parecido, hermano, la conducta de los colegas de Antonio?

—Una explosion de legítimo entusiasmo, que el sentimiento popular rinde á vuestro noble corazon, fray Guillermo.

—Hipocresía y vanidad, querreis decir.

—No acierto á traducir vuestras palabras.

Scott se expresó de este modo:

—Recordareis, hermano, que segun verbal manifestacion de la viuda del obrero, todos sus convecinos habíanla abandonado al saber su desgracia.

—¿Y bien?

—Los mismos que negaron á la familia de Antonio un destello de su caridad, son los que han aplaudido la nuestra. ¿Sabeis por qué?

—¿Por qué, fray Guillermo?

—Porque nos creen ricos.

—No digais tal.

—No lo dudeis, Santillana, no lo dudeis. En el menguado mundo sucede siempre lo mismo: los esfuerzos del pobre son deberes; las obligaciones del acaudalado son sacrificios á los ojos del vulgo.

—Acordaos, hermano, de que no tenemos derecho á pensar mal sobre los actos del prójimo.

. . . . . .

. . . . . .

La noche sorpreudió al hostelero maese Pelaez, cuando se hallaba más engolfado en su discurso.

Los estudiantes de la salmantina, oianle con atencion singular.

La imaginacion meridional gusta siempre de todo lo dramático y novelesco.

A trueque de saborear hasta su fin los detalles de la vida de Pelaez, renunciaron todos á volver á la capital.

Pelaez invitó á la falange estudiantil á que pasara en su compañía el resto de la noche.

Aceptaron todos la oferta con gran contentamiento suyo, y el hostelero por su parte, trasladó á los jóvenes á uno de los cuartos interiores del establecimiento.

Dispuso se les sirviese allí una abundante y sabrosa cena, y entre bocado de lo de Avilés y sorbo de lo de Arganda, reanndó Pelaez su interrumpido relato diciéndo:

—Como os he manifestado, amigos mios, cuando fray Scott y Santillana, llegaron de regreso de su triste mision al valle próximo al Monasterio de San Agustin, se encontraron conmigo y con el padre Miguel de los Angeles.

—Sentámonos los cuatro frente al bosque que confinaba con el Monasterio de las carmelitas, y oimos de labios del prior toda la historia referente al obrero Antonio que acabo de relataros.

Como fray Guillermo cayese de nuevo en su habitual tristura, exclamó atendiendo á distraerle el padre Santillana.

—Hermano Miguel; relatadnos aquella interesante historia del cey Castellano.

—Harelo gustoso con vuestra autorizacion.—contestó humildemente el agustino.

—Podeis comenzar, que ya os escuchamos.

El padre Miguel de los Angeles, se explicó de esta suerte:

—Figuraos, señores, un rey español, cuyo carácter histórico no está claramente definido. Cruel le llaman unos, Justiciero le apellidan otros. Con estos datos habreis sin duda comprendido que me refiero á don Pedro I de Castilla.

—Hombre terrible en verdad.

—Y valiente.

—Y político, como el más experto.

—Prescindo de juzgarle bajo estos aspectos y me limito á referir á vuesasmerdes un suceso de su vida desconocido para la mayor parte de las gentes.

—Venga la interesante revelacion:

—Noticioso el monarca de que en una de las parroquias rurales pertenecientes á Sevilla, y donde más influencia conservaban las hechuras del bastardo don Enrique, existia un pobre clérigo, á quien se adeudaban dos anualidades por salarios, quiso probar la entereza y virtud del sacerdote.

—Al efecto, envióle un caballero francés, quien se fingió secretario y favorito del de Trastamara.

—El hidalgo llevaba cerca del presbítero la siniestra mision de ofrecerle grandes sumas, con que remediase su pobreza, en cambio de que predicase un sermon exhortando á sus feligreses á ser inobedientes y desleales á don Pedro.

El francés avistóse con el párroco, se encerró con él en una de sus habitaciones y habló de este modo:

—No os extrañará, monseñor, mi visita, cuando conozcais los motivos que á hacérosla me impulsan.

—Hablad, señor hidalgo, y decidme en qué puedo serviros.

—Seré breve en mis indicaciones.

—Yo, monseñor, disfruto de la absoluta confianza de un elevado caballero.

—¿Su nombre?

—Enrique de Trastamara.

—¿Enrique de Trastamara?—exclamó el clérigo incorporándose y lanzando al francés una mirada de fuego.

—El mismo que acabo de nombrar.

—¿Y qué pretende de mi persona el infante?

—Nada que pueda importaros un sacrificio.

—Sed más claro.

—Mi rey y señor, duélese mucho de las desgracias de sus súbditos.

—¡De sus subditos! ¿Y cuales son ellos?—preguntó con ironía el sacerdote.

—¡Los españoles todos?—contestó afectando suma energía el francés.

—Prescindamos de particulares apreciaciones,—ex-

clamó el clérigo y entremos en el fondo del asunto.

—A él voy, monseñor. Pues como os decia, mi amo don Enrique, conoce perfectamente vuestras singulares prendas.

—Se equivoca su alteza en su juicio.

—Conoce, digo, vuestras incomparables cualidades, y no ignora que sois víctima de incomprensible preterición.

—¿Os referís á las sumas que se me adeudan?

—A eso precisamente.

—Pues no le mortifiquen á vuestro príncipe estas cosas, porque nunca falta entre los cristianos quien socorra al desvalido.

—Es que mi amo no se conforma con esto.

—¿Pues qué desea su alteza?—preguntó el clérigo, dirigiendo al francés una mirada escudriñadora.

—Aspira á que un hombre tan sabio y eminente como vos, acepte dos mercedes que indiscutiblemente le corresponden.

—¿Dos mercedes decís?

—En efecto monseñor.

—¿Es la primera?

—Esta bolsa repleta de oro, con cuyo contenido podreis remediar vuestra cortedad de posibles.

—¿Y la segunda?

—Una mitra en el territorio de España que gusteis.

—¿Y todo esto por pura justicia á mis servicios?

—Todo esto,—exclamó el francés, bajando bastante la voz,—á cambio...

—¿A cambio?...

—De una cosa bien sencilla; que exhorteis desde la cátedra sagrada á vuestros feligreses para que no reconozcan á otro rey que á don Enrique, y se levanten en armas contra el usurpador don Pedro.

—¡Brava obligacion me impone su alteza!

—Sencilla y fácil en demasía. Ofrecéisme realizarla, monseñor, ¿no es verdad?

—Con una sola condicion.

—Sepámosla.

—Dadme vuestro acero como prenda probatoria de vuestro cargo.

—¿De cuál cargo?

—Del de fiel servidor de don Enrique.

—No puedo complaceros.

—Dádmelo sin temor para jurar sobre él que cumpliré mi palabra.

El francés vaciló un instante; empero accediendo á las indicaciones del sacerdote entrególe su tizona.

El párroco, asióla fuertemente y colocándose en la puerta de la estancia, exclamó:

—¡Por aquí salen los caballeros! ¡Por esa ventana los traidores!

—¡Miserable!—gritó el francés fingiéndose indignado.

—¡Ese es tu nombre!—replicóle el cura con valeroso acento.

—¡Mi espada, clérigo ruin, mi espada!

—Esa queda conmigo,—repuso enérgicamente el párroco.—¿Sabes para qué? Para defender á mi rey,

al único monarca legítimo, á don Pedro I de Castilla, imágen de Dios en la tierra.

—¡Basta, menguado!

—Si osas volver á injuriarme te haré pedazos el corazon con tus propias armas. ¡A la calle, extranjero vil, á la calle!

El párroco, en actitud amenazadora, indicó al francés la ventana que daba á la calle para que saliese.

El hidalgo, afectando hallarse poseido de pavura, cedió á los mandatos del clérigo.

Abrió la puerta de la ventana, y al mismo tiempo que se descolgaba al lado opuesto de ella, gritó fingiéndose colérico:

—¡Clérigo sin honra! Prepárate á recibir el castigo que merece tu infame conducta.

—¡Que sea duro!—exclamó con sin igual bravura el sacerdote.—Pero entretanto, puedes decir á don Enrique, que viniste á comprar mi dignidad y te has salido sin la suya.

. . . . . .

. . . . . .

Tres horas despues de los acontecimientos enarrados, comparecia el fingido amigo de don Enrique de Trastamara, ante don Pedro I de Castilla.

—Señor,—repuso,—sepa vuestra alteza, que he estado á punto de morir.

—¿A manos de quién?

—De ese hombre indomable, de ese clérigo cerca del cual se dignó vuestra alteza acreditarme como juez de sus intentos.

—¿Monseñor es partidario del Bastardo?

—Es vuestro súbdito más leal y entiende que se dejaria hacer pedazos, antes que incurrir en traicion á vuestra real persona.

—¿Habéisle ofrecido dineros?

—Y un obispado además.

—Pero él...

—Afectando aceptar mi oferta, pidióme la espada para jurar sobre la cruz ser fiel á don Enrique.

—¿Y vos?

—Resistime por de pronto á entregársela; pero cedí luego, no sin adivinar su intencion.

—¿Su intencion decís? ¿Y cuál era ésta?

—Apenas obtuvo, monseñor mi acero, con acento de suma entereza, exclamó:

—¡Salid por esa ventana que es la puerta destinada á los traidores! Id y contad lo ocurrido á don Enrique, para que sepa cómo las gastan los leales admiradores de don Pedro.

Salté á la calle, y aquí me tiene vuestra alteza milagrosamente escapado de las garras de la muerte.

—¡Bravo! ¡Vive Dios! ¡Ciudadanos como éste son los que necesita el rey de Castilla!

—¿Está vuestra alteza satisfecho?

—Tanto lo estoy, Beclard, que pienso hacer en ese clérigo la más honrosa de las justicias.

—¿La más honrosa, señor?

—Sí, Beclard; necesario es que yo demuestre en forma ostensible á los autores de tantos anónimos contra él formulados, que un monarca de mi sangre no

acostumbra á dejar en el abandono á las víctimas de la envidia.

—Hará vuestra alteza perfectamente.

—Para que mi determinacion resulte apoyada en sólidos fundamentos, necesito someter á ese sacerdote á una segunda prueba.

—¿A una segunda prueba?

—Segun vuestro testimonio, es un vasallo leal, ahora me falta saber si raya á tanta altura como siervo de Dios. ¡Retiraos!

El francés hizo un reverente saludo y abandonó la cámara régia.

Don Pedro quedóse allí examinando algunos documentos.

CAPÍTULO XL

La segunda prueba.

El padre Miguel continuó su discurso, diciendo:

—Tranquilo se hallaba el virtuoso súbdito de don Pedro de Castilla, pocos dias despues de su entrevista con el hidalgo.

Ni remotamente sospechaba que el temido príncipe, tuviese en su humildísima persona colocado su pensamiento.

Era el anochecer de un crudísimo dia de Enero; el párroco encerrado en su pobre vivienda abandonaba el Breviario para retirarse á descansar.

Empero como el hambre le hostigase despiadadamente, vióse obligado el infeliz cura á registrar su despensa, exhausta y vacía de ordinario.

Sólo un pedazo de remota cecina y un poco de Je-

rez, conservado para solemnes ocasiones, fué lo que el párroco hallara.

Cualquier mortal que no hubiese sido el virtuoso sacerdote, habríase lamentado de tanta pobreza y escasez tanta.

Empero el beatísimo anciano, juzgó sobrados, vino y manjar; y trasladándose á su habitacion se dispuso á comenzar la orgía, no sin exclamar con placentero rostro:

—A la verdad, no soy tan infortunado como parece. El Señor es servido de enviarme un rayo de su divina misericordia, siempre que lo he menester.

Y ya se disponia á consumir la vianda, cuando un fuerte aldabonazo, sacudió la puerta de la calle.

—Han llamado,—exclamó.—Veamos, si como creo, es alguien que reclama los espirituales auxilios para algun moribundo.

Y esto diciendo, acercóse á la ventana, y tiró de una cuerda que se comunicaba con el zaguan, atravesando una perforacion del suelo.

La puerta de la calle giró sobre sus goznes.

Volvieron á cerrarla y sintióse despues en la escalera el rumor de tardíos pasos.

—¡Ave María!—dijo una voz débil y entrecortada.

—Sin pecado concebida,—contestó el presbítero.—Pasad, hermano,—añadió.

—Buenas noches, padre,—exclamó el desconocido presentándose en la puerta de la estancia.

—Buenas las tenga el caminante,—respondió el párroco, fijando su mirada bondadosa en el hombre

aquel.—Sentaos, hermano,—añadió,—que por lo visto traeis hambre y cansancio.

—Lo segundo, sí; mas lo primero...

Y esto diciendo, bostezó con gran desahogo, no sin hacer al propio tiempo sobre los labios la señal de la cruz.

—Tomad, tomad hermano, esa cena,—exclamó el presbítero golpeando con sumo afecto el hombro de su huésped.

—Con una sola condicion,—repuso el interpelado.

—¿Cual es ella?

—La de que me acompañeis, pues seria en mi sentir menguada descortesía, el hacer yo penitencia, en tanto vos os quedabais viéndome comer.

—No os mortifiqueis, hermano, por ello, pues en verdad os digo, que antes de que vos llegarais, habia yo cenado opíparamente,

Empero haciendo al clérigo traicion sus mandíbulas, patentizaron su apetito con un bostezo, casi tan enorme como el del huésped.

—Padre,—repuso el desconocido sonriendo.—La bolsa de los pecadillos no debe ser frecuentemente castigada con las culpas que en ella guardeis, porque al que no es embustero de oficio, le acontece que cualquier cosa le denuncia por falta de práctica.

—¿No os comprendo?

—Quiero deciros, que me engañasteis cuando afirmabais, que habiais comido, antes de que acertara yo á dar con mi cuerpo en vuestro hogar.

—Suponed, puesto que no sé mentir, que en efecto iba á hacer colacion.

—Entonces,—contestó el harapiento,—no puedo aceptar decorosamente vuestra oferta.

—No os créo capaz de desairar á quién se precia de hospitalario.

—Sea en buen hora; os quitaré vuestra comida, porque para ello me faculta el hambre devoradora que siento; ¿pero no podriais darme el gusto de sacar de vuestra despensá algo para acompañarme?

—¿Mi despensa?—exclamó el sacerdote sonriendo.—Esa está huérfana como mi bolsa.

—¿De suerte, que sois tan pobre como yo; que no teneis nada que llevar á los labios?

—Hermano mio: debo hablaros con franqueza; el único manjar que en mi casa existe es ese que viendo estais.

—Pues ¡voto á Lucifer! que primero me dejaria hacer trizas que quitaroslo.

—Me acarrearíais un gran perjuicio obrando asi.

—Sepamos por qué.

—¿Os habeis fijado hermano, en el traje que visto y en la elevada mision que mi cargo impone?

—Sois un dignísimo ministro del Señor.

—Un humilde siervo suyo direis, á quien más que á ningun otro obligan los sagrados preceptos.

—¿Y bien?

—Os decia que me perjudicaria notoriamente el que despreciaseis mi mesa porque cuando el Padre de los buenos se digne llamarme á su juicio, quizás me recuerde aquella máxima súblime que nos obliga á dar de comer al hambriento.

—Siendo así.

—Consumid, hermano, esas viandas, yo os lo suplico con toda la fuerza de mi corazon, y entended que con ello me proporcionais la mayor de las riquezas.

Sonrióse el huesped, y despues de dirigir al cura una mirada de profunda veneracion, sentose á la mesa y comenzó á devorar lo añejo con voraz apetito.

En tanto comia, y remojaba su garganta con el Jerez, dirigia á su hospitalario amigo las siguientes frases:

—Padre, los tiempos están perdidos; desde que nuestro muy amado monarca el señor rey don Pedro, se ocupa tan solo en perseguir á los traidores, ni comercio hay en éstas tierras, ni nadie puede ganarse honradamente un ducado.

—No sucederia esto, si los extranjeros parciales de don Enrique fuesen arrojados de España á latigazos.

—Razon teneis que os sobra. Figuraos padre, que yo poseia hace años un molino harinero, con el cual trabajaba, ganándome lo necesario para mantener á mi mujer y á mis hijos.

—¿Teneis mucha familia?

—Seis vástagos señor cura, cuyas edades se extienden de los seis á los trece años.

—¿Os serviran los mayores de gran auxilio?

—Así aconteceria si conservase yo mi profesion antigua; pero ¿qué quereis? como esos bretones, nos lo traen todo hecho y guisado de su tierra, los industriales españoles estamos de más.

—Cuándo será el dia en que el reino pertenezca tan solo á los que en él nacimos.

—Eso mismo digo yo, padre;

—¿Con que deciais que los seres queridos de vuestro corazon?

—Se hallan sumidos en la mayor pobreza. Los mayores trabajan á las órdenes de un cardador de lanas, y reciben por este servicio, la comida y algun que otro torniscon sino aciertan á vencer la torpeza. Mi esposa se ocupa en las rudas faenas del campo, y yo ando errante de pueblo en pueblo, ejerciendo, unas veces el oficio de leñador, ó pidiendo limosna cuando no me proporcionan trabajo.

—Triste destino es el vuestro.

—Padre, no lo sabeis bien. Vagar por esos mundos, sin rumbo cierto; oir de la plebe todo linaje de agravios; luchar valerosamente con el infortunio, y luego...

—Regresar á vuestra casa sin poder acallar las justas voces de vuestros pequeñuelos, que os piden pan á gritos.

—Precisamente, padre, precisamente. Mis desgracias me llevan al abismo de la desesperacion; rara vez encuentro un alma caritativa que me socorra. Solo vos; hay pocos como vos en el mundo.

—No lo creais, hermano mio, no lo creais. La humanidad está compuesta de corazones privilegiados; lo difícil es saberles hablar en su idioma.

—Dios premie, padre, la elevacion de vuestros sentimientos.

—Lo que yo he hecho en vuestro beneficio, lo habríais practicado vos, al encontrarme en vuestro caso.

—¡Quién sabe, padre, quién sabe! A fé de Augusto, que este es mi nombre, os prometo si alguna vez salgo de mi pobreza, pagar con usura vuestra hospitalidad.

—Una oracion diaria de vuestro labio, será la mejor recompensa.

—Tendréisla muy ferviente, en tanto me quede un latido del corazon. Ahora, dadme, padre, á besar vuestras manos, y quedad con el cielo.

—¡Cómo! ¿Vais á salir con una noche tan cruda?

—Debo estar en casa al amanecer.

—¿Con qué objeto?

—Para que me curen con unas drogas la pierna derecha, la cual tengo completamente llagada.

—¿Tendríais inconveniente, hermano, en mostrarme vuestra herida?

—¿A qué fin, padre mio?

—Felizmente, he andado mucho tiempo metido en hospitales, y aunque los clérigos no debemos alimentar quirúrgicas aficiones, entiendo un poco del arte de Galeno.

—Sea en buen hora,—contestó el mendigo, disponiéndose á separar las vendas que cubrian el miembro lesionado.

El sacerdote abrió una pequeña alhacena que habia en un ángulo de la estancia, y extrajo de allí una vasija llena hasta el borde de un bálsamo rojizo.

Tomó del propio armario unos paños de hilo, y unas tijeras mohosas y mal constridas.

—Héme aquí ya,—exclamó el sacerdote sonriendo, —en disposicion de probaros, que tambien existen Esculapios de sotana. Veamos esa herida, y procuremos evitar un viaje que podria seros absolutamente nocivo.

—¡Cómo! ¿Seriais tan bondadoso, tan caritativo, tan admirable, que descendierais á aliviar el mal de un pordiosero?

—En mi casa, Augusto, no hay linajes, ni diferencia social. Todos aquí somos cristianos.

—Pues ¡voto á mi nombre! que no os rebajaré hasta el extremo de convertiros en mi enfermero.

—Bien, hermano Augusto, haced lo que os plazca; si es por desconfianza á mi inexperiencia, ó á la bondad de estas medicinas, estais en vuestro derecho obrando así.

—¡Oh! Eso nunca, padre mio. Desde mucho tiempo hace, os conocia yo como modelo de virtud y de caridad incomparables.

—¿Y por quién, siendo yo un triste cura ignorado?

—Por la infinidad de pobres, á quiénes en otros tiempos socorriérais con mano pródiga. Todos ellos, se hacen lenguas en vuestro elogio. Figuraos si cuando de tal suerte se muestra la pública opinion, he de osar yo separarme de sus juicios con menguadas suposiciones.

—Qué me place; y os invito de nuevo á que me dejeis hacer la cura.

—Sea como quereis, por más que ya me pesa y me sonroja el haber venido á incomodaros.

—No hablemos más de este asunto.

El desconocido desvendó su pierna con mano tem-

dolorosa, y el párroco arrodillóse ante él, aproximando la luz para examinarle mejor.

—¡Santo Dios!—repuso lleno de espanto, al contemplar el matiz rojizo que, efecto de la inflamacion, circundaba los bordes de la herida.

Empero no debia el pobre cura ser muy práctico en quirúrgicas tareas, porque aquella lesion de alarmantes caractéres, era el producto de un cáustico aplicado á la piel.

Apenado el sacerdote hasta más no poder, aplicó el bálsamo sobre unos trapos extendidos encima de la herida. Vendó nuevamente la pierna del pobre, y éste, lloroso y conmovido, exclamó cruzando las manos:

—Gracias, padre. Ya puedo quedarme aquí hasta que amanezca, si en el pajar hay un sitio para este desgraciado...

—En mi propio lecho dormireis,—contestó el sacerdote,—que no seria el peregrino bien aposentado, sino le diéramos lo mejor que en nuestra casa existe. Entrad en esa habitacion, y entended que no me retiraré á descansar, en tanto no me presteis obediencia.

Resistióse por el pronto el desconocido; pero fué tal la insistencia del clérigo, que *velis nolis* hubo de aceptar su lecho.

—Hombres como, vos son los que necesita la patria, —exclamó el harapiento, acostado ya en la cama del párroco.

—Dejaos de elogios, y hasta mañana.

—Que el Señor vele vuestro sueño, padre mio.

—El os acompañe, hermano Augusto.

El mendigo fingió á poco que dormia, y tomando el clérigo su candil, dirigióse al pajar.

Allí halló su lecho, y como habia realizado una obra en extremo meritoria, esperó á que el ángel de los buenos le diese su parabien á un tiempo que sus párpados se cerraron.

. . . . . .

Apenas amaneció, el ejemplar sacerdote trasladóse á su estancia.

Penetró en su alcoba y halló su cama vacia.

Augusto habia desaparecido.

—¡Santo Cristo!—exclamó el cura, llevándose las manos á la cabeza, presa de terrible espanto.

—¡Ha huido! ¡Ha huido!—gritó con fuerza.—Quizás sea uno de esos traidores, amigos como el francés del infante.

—Pero ¿qué importa? Sea quien quiera, yo no debo arrepentirme de haberle dado hospitalidad. Hacer el bien por el bien mismo, es mi lema; aunque fuese el mismo don Enrique en persona, venia á mi casa como pobre; debí, pues, favorecerle como honrado, como ministro de Dios y como caballero.

CAPÍTULO XLI

Justicias del rey don Pedro.

El Agustiniano Miguel de los Angeles, siguió relatándonos la curiosa historia del rey de Castilla, aumentada con las noticias que van á continuacion.

—Un mes largo transcurrió desde lo que ocurriera en casa del párroco con el mendigo Augusto.

Como el virtuoso sacerdote estaba acostumbrado á hacer el bien, sin esperar la recompensa, no volvió á acordarse de lo sucedido.

Sólo, sí, preocupábale muy mucho la circunstancia de que á los dos dias siguientes, al en que tuvo lugar la escena ocurrida con el haràposo, que hemos descrito, enviáronle al clérigo un pliego anónimo. atado á una bolsa que contenia gran cantidad de dinero.

El presente aquel, fué puesto en manos del sacerdote por un embozado, quien saliéndole al encuentro,

cierta noche oscura en que el presbítero volvia á su cesa, díjole, sin darse á conocer:

—No intenteis, padre, saber mi nombre. Tomad, esto; leed ese pergamino cuando os halleis en vuestra casa y ¡guay! de vos, si acertais á decir á nadie una palabra sobre este asunto.

Dijo, y desapareció el embozado como fantasma cuya sombría figura se disipa en el ether.

Atónito y mudo de sorpresa, quedóse el cura ante aquella aparicion.

Aunque era hombre de alientos y de corazon bien templado, estremecióse pensando en la amenaza que el desconocido le dirigiera.

—¿Qué será esto?—exclamaba para su sotana; y caminando asi, y deshaciéndose en conjeturas, llegó á su casa, subió presuroso la escalera, y rasgando el sobre que envolvia el pergamino, leyó á la mortecina luz de un candil, las palabras siguientes:

—Quien no está obligado á dar explicaciones, os ordena que recojais lo que la adjunta bolsa guarda. Son los salarios que se os adeudan; si van duplicados no os importe, que por grande que la suma aparezca no será nunca suficiente á premiar los servicios de un hombre honrado.

—¡Santo Dios!—exclamó el clérigo, extendiendo el oro sobre una mesa.—Rico yo, y tal vez ignorando que esta cantidad es un lazo que se me tiende para que haga traicion á mi rey. ¡Oh! Miserable don Enrique; no conseguirás realizar tus menguados propósitos. Guardaré, sin tocarle, este dinero y á la primera oca-

sion que tenga, se lo entregaré al monarca, para que haga de él, el uso que conceptúe más conveniente.

Introdujo el párroco el dinero en el fondo de un arca antigua, y esperó á tener ocasion de ir á la capital para ponerlo en manos del rey.

Un mes transcurrió, segun hemos dicho, desde estos últimos sucesos.

El honrado párroco, viose obligado á abandonar las conjeturas en que se deshacia su mente para entregarse de lleno á la tarea de su ministerio, en el período cuaresmal.

Cierta tarde hallándose en la sacristía del templo, uno de los acólitos entregó al sacerdote un pergamino enrollado.

Para abrir el misterioso documento, fué preciso que el párroco rompiese un sello de armas que lo sujetaba.

Solo este renglon, contenia:

—Sin que os quepa excusa, mañana á las dos os presentareis en palacio. Yo el rey.

—¡Vírgen Santa del Milagro! ¡Estoy perdido! ¡El rey me llama! los parciales de don Enrique se han vengado, fraguando contra mí alguna infame calumnia,—gritó el cura presa de fébril desesperacion.

Y volviéndose como un loco, á cuantos compañeros suyos presenciaban su pavura, díjoles tamblando como un epiléptico.

—¡Hermanos hoy es el último dia de mi vida! La cuchilla de Juan Diente me espera. Rezad un *Pater Noster* por mi ánima y perdonad á un ajusticiado el

mal que por ignorancia os hubiere podido causar.

Y fué abrazando uno por uno á sus colegas, quienes no se atrevieron á desplegar los labios, para tributar un consuelo al apesadumbrado presbítero.

Todos sabian cómo las gastaba el rey don Pedro, y no dudaban de que hiciese con el párroco alguna de las suyas, impulsado por falsa y calumniosa delacion.

Excusado es decir que durante la noche que precedió á la entrevista del clérigo con el monarca de Castilla, ni aquel intentó dormir, ni se ocupó de otra cosa que de preparar su alma para el viaje de la Eternidad.

—Puesto de hinojos ante la Cruz, balbuceaba precipitadamente millares de Ave Marías, y algun fúnebre responso de cuando en cuando.

—Señor, decia de tiempo en tiempo, elevando al cielo sus manos.—Acorredme en el duro trance á que me sujeta mi desgracia. Dadme alientos para no morir de miedo, cuando me encuentre frente á frente del rey; y si mi cabeza ha de rodar en el tablado, contádmelo, Dios mio, como sacrificio de mártir, que arrostro con valor, por no servir á los nenguados y traidores.

Apenas amaneció, púsose el cura á limpiar la única sotana y capa que poseía, para presentarse dignamente ante su príncipe.

Tomó en esta operacion empeño tan decidido, que á obra de dos horas de limpieza, dejó aquellos paños tan libres de pelo como cabeza de recluta.

Era de ver el arte, las vueltas, el refinamiento,

con que al desdichado cura disponia su traje para que aseado le pareciese al monarca.

Llevadas á cabo estas operaciones, vistióse el cura, y dispúsose á salir de su casa.

Descendió hasta el zaguan de la misma penosamente; y ya en la calle, cerró la puerta con una llave mohosa, y como quien abandona el hogar querido para no volver á verle nunca, repuso suspirando:

—¡Adios templo amado de mis tristuras! Ya no presenciarás mis inquietudes, y mis esperanzas, mi dolor y mis excasas alegrias: voy camino de la muerte: que aquel que albergues entre tus muros, sea más afortunado que yo.

El amedrentado clérigo montó sobre una mula que le facilitara uno de sus vecinos, á quien entregó para que la conservara la llave de su casa, y encaminóse á la capital de Andalucía.

Dos horas largas tardó en llegar á ella.

Cuando ya estuvo muy cerca de la Torre del Oro, dejó en un parador inmediato la caballería, y desconcertado, temblon, y sin alientos casi, enderezó el rumbo hácia el régio alcázar.

Cuando arribó á la puerta principal del mismo, el desdichado sacerdote no se daba cuenta de su existencia.

Latíale el corazon con vertiginoso impulso; su frente estaba convertida en un pedazo de hielo; su labio extremecíase como la flor por el viento agitada.

De esta manera presentóse en el vestíbulo de la mansion de don Pedro de Castilla, y cuando juzgaba

que los centinelas que daban allí la guardia de honor habrian de impedirle el paso, oyó con gran asombro que aquellos golpearon el suelo con la enja de sus lanzas.

Esta ceremonia era un tributo de rúbrica, dispensado tan solo á los grandes y altos dignatarios de la córte que en palacio penetraban.

El clérigo, verdaderamente atortolado, comenzó á ir de aquí para acullá sin saber qué hacer.

Y ya iba á dirigirse á los jardines del alcázar, cuando saliéndole al encuentro un cortesano jóven, apuesto, de simpático rostro y elegante vestir, preguntóle:

—¿Sois vos el padre Fernando?

—Yo mismo,—respondió el cura.

—Pues seguidme.

El clérigo, sin atreverse á abrir la boca, hizo lo que el palaciego le ordenara.

Subió por un ámplia escalera de blanco mármol, y su introductor abrió una puerta llena de incrustaciones de plata.

Sobre la misma veíanse primorosamente talladas las armas reales.

El introductor y el clérigo atravesaron una extensa galería, ocupada de trecho en trecho por los guardias reales.

Cuando el cura pasaba por delante de ellos, veia con asombro que todos le tributaban, golpeando el piso con las picas, el propio honor que recibiera al entrar en palacio.

—¡Qué será esto, Padre mio!—dijo el párroco para su sotana, sin advertir en aquel misterio un rayo de luz.

Al cabo de mucho andar penetraron el cortesano y el sacerdote en un salon elegantísimo.

Estuvo el cura á punto de caerse de espaldas al contemplar tanto mueble valioso, tanta escultura, y lujo tanto como se atesorara allí.

—Yo conozco poco al rey,—se dijo;—tal vez si viera ahora su retrato, me seria ménos dura la emocion que voy á experimentar al contemplarle.

—Esperad aquí un momento,—repuso el gentilhombre,—que voy á anunciaros á Su Alteza.

—Está bien,—contestó el cura temblando como un azogado.

El palaciego retiróse, tardando algunos minutos en volver.

—Pasad,—repuso,—padre Fernando; Su Alteza os espera.

Y esto diciendo levantó la pesada cortina de terciopelo carmesí que caia sobre la puerta por donde momentos antes él mismo partiese.

El cura atravesó una pequeña antecámara, y dejando ésta atrás hallóse de súbito en el salon del trono.

Sentado bajo dosel, aparecia ricamente vestido don Pedro I de Castilla.

A uno y otro lado del salon veíase á la córte toda fraccionada en dos grandes grupos.

Por medio de ella cruzó el virtuoso presbítero, y llegando á donde don Pedro estaba, cayó de rodillas á sus piés exclamando:

—¡Señor! ¡Señor! ¿Qué quiere Vuestra Alteza serenísima de este su humilde siervo?

—¡Alzad, padre Fernando!—repuso el monarca con tono cariñoso, ayudando al sacerdote á incorporarse.

Un rumor nacido de los cortesanos, demostró la sorpresa que les causara esta distincion, otorgada tan pocas veces por el rey.

En esto varios ugieres colocaron en el centro de la habitacion una pequeña mesa cubierta de manjares.

Pusieron á su lado un sillon de rica madera, tallada, con maestría.

—¡Sentaos ahí!—exclamó el rey dirigiéndose al padre Fernando y mostrándole el sitial.

—¡Señor, delante de mi soberano!—atrevióse á balbucear el cura.

—Sentaos, ¡voto á Lucifer!—repitió don Pedro;—que voy á serviros la comida.

—¡Santo Dios! esto se agrava. Preliminares del patíbulo,—dijo para sus adentros el párroco.

Los ugieres pusieron en manos del rey una batea de ámbar finísimo, que contenia una copa de oro llena hasta el borde de un delicios néctar, y rodeada de sabrosa repostería..

Tomó don Pedro el présente y descendió del trono hasta acercarse al padre Fernando.

Con frase de marcada benevolencia dijo al sacerdote el rey, ofreciéndole el agasajo:

—Bebed con libertad este vino, y consumid esos manjares.

—¡Señor, señor! No puedo...

—Haced lo que os mando sin replicar.

El cura llevóse á los labios una de las confituras, y bebió dos sorbos del vino.

Cumplida su órden, el rey tomó la palabra, exclamando con tono solemne:

—¡Ilustres caballeros y dignatarios de Castilla! antes de arribar á mi casa este vasallo, os expliqué sus antecedentes, inclinaciones y gustos.

Los cortesanos asintieron con un movimiento de cabeza.

—Os dije,—continuó el rey,—que sólo la mengua, la traicion y la calumnia fueron capaces de presentármelo como uno de mis más decididos adversarios.

El clérigo extremecióse visiblemente.

—Empero yo,—prosiguió don Pedro,—he practicado mis averiguaciones, y de ellas resulta que el sacerdote que veis, es uno de los vasallos de más virtud, de mayor lealtad y de sabiduría más firme de cuantos existen en mi reino.

El padre Fernando respiró con fuerza y dejó ver en su rostro los matices de la satisfaccion.

—¿Decidme, pues, señores,—continuó preguntando el monarca,—si obré con lijereza descendiendo á rendir á mi súbdito pleito homenaje?

—Obró su alteza cuerdamente,—repusieron varios palaciegos que próximos al rey estaban.

—Ya lo sabeis, padre Fernando,—exclamó el príncipe dirigiéndose al cura.—La alta representacion del país, aplaude como yo vuestros servicios.

—¡Señor! —contestó el aludido respetuosamente.—

Si no fuera punible culpa, yo me atreveria á dirigir á vuestra alteza la palabra para rogarle se me explicara á qué debo tanta distincion, que más me parece sueño que otra cosa.

—Yo os lo diré claramente.

—Gracias, señor, gracias.

El rey fijó sus ojos en el clérigo, y como éste no comprendiese que aquella mirada llevaba envuelta una pregunta, díjole el rey:

—¿Os acordais, Padre, del mendigo Augusto, á quien hace algun tiempo dísteis hospitalidad?

—Sí señor.

—¿Os fijásteis bien en sus facciones?

—No se me escaparia aunque le viese entre infinito número de personas.

—Pues eso es muy difícil, yo os lo aseguro.

—¿Por qué causa, elevadísimo señor?

—Porque bajo el disfraz de aquel hombre, se ocultaba un alto personaje.

—¡Quién, Dios mio!

—No puedo negároslo: el propio rey de España don Pedro I de Castilla.

—¡Jesucristo!—gritó el cura llevándose las manos á la cabeza y cayendo de hinojos ante don Pedro.

—Perdon, señor,—exclamó disponiéndose á besar la tierra.

—¡Perdon!—contestó el rey,—soy yo quien debe pedíroslo. En aquella noche os robé vuestra cena, vuestro lecho, cuanto constituia vuestra fortuna.

—Si yo hubiese sabido...

—Sin cuidaros de la pobreza que yo aparentaba, de mi traje andrajoso, del desaséo de mi persona, curásteis mis heridas y socorrísteis mi hambre. Sois un héroe: estos son los vasallos que el monarca de Castilla há menester.

—¡Hola, hidalgos y nobles, disponeos á presenciar la ceremonia con que debo dar á todos ejemplo de gratitud en la cabeza de este sacerdote.

Un repique general de campanas, efectuado en todas las iglesias de la poblacion, arrancó á los labios de la córte un prolongado viva al rey.

En esto abriéronse las puertas del salon y apareció revestido con capas pluviales, todo el cabildo catedral.

Delante de él, venian cuatro reyes de armas con hachas encendidas, y enmedio de ellos, con un grueso códice entre sus manos, el mismo francés que se fingiera ante el cura amigo, de don Enrique de Trastamara.

El hidalgo acercóse al rey, y presentándole aquel libro, que no era otra cosa que los Santos Evangelios, éste lo tomó entre sus manos.

Un nuevo repique de campanas percibióse.

El cabildo entonó las primeras estancias del *Te-Deum laudamus*.

—¡Arrodillaos, padre!—exclamó el rey con energía dirigiéndose al cura.

Este obedeció, no sin preguntar:

—¿Qué es esto, señor?

—Es,—contestó el monarca,—que prévia la vénia

del Apostólico, os nombro, en atencion á vuestros servicios, Cardenal Arzobispo de Sevilla.

—¡Jesús!—exclamó el cura derramando abundosas lágrimas.

Y en tanto el rey tomábale juramento de cumplir fielmente su nuevo encargo, los capitulares elevaban al cielo sus preces, y las campanas de la catedral atronaban el espacio con sus tañidos.

Enmedio de aquel cuadro conmovedor, y en tanto una nube de incienso embalsamaba la atmósfera del régio hogar, oyóse la voz del príncipe que decia:

—¡Estas sen las justicias que sabe hacer el rey don Pedro con los siervos de Dios y con los verdaderos leales al trono de Castilla!

CAPÍTULO XLII

De cómo no puede mentarse la soga en casa del ahorcado.

Al terminar Maese Pelaez la anterior relacion que enarrara fray Miguel de los Angeles, dijo á los de la salmantina:

—Voy á concluir muy pronto cuanto debo contaros, porque sobrada paciencia tuvísteis, amigos, en escucharme con tanta atencion.

—Señor Pelaez,—exclamó el aspirante Ginés Panteja,—todo lo que nos venís relatando es tan interesante, que el más sabio daríase por contento, con pasar largos meses en vuestra compañía; obligándose á no hacer otra cosa que oiros.

—Todo nos encanta,—añadió el bachiller Sandoval,—la historia de Guillermo Scott, la de su ídolo Aurora de Broglie; los antecedentes del doctor Santillana.

—¿Y de la muerte de éste, qué me decís?—preguntó con curiosidad el hostelero.

—Cuando termineis por completo vuestro discurso,—exclamó Pantoja,—os daremos nuestra opinion. ¿Verdad, compañeros?

—Sí, sí,—repusieron los estudiantes.

—Pues esperando el juicio valioso de vuestra crítica,—dijo Pelaez,—procuraré finalizar esta relacion de aventuras lo antes posible.

—No os apresureis, porque vá haciéndose muy sabrosa la velada.

El hostelero sonrió amargamente, y reanudando su peroracion, repuso:

—Terminó fray Miguel de los Angeles la curiosa anécdota del rey don Pedro de Castilla, y nos preguntó á todos.

—¿Qué os parece de la conducta del monarca español?

—Que si cuenta entre las sangrientas páginas de su vida muchos actos de justicia como el realizado con el párroco, fué un rey digno de eterno recuerdo.

—Decís bien, fray Scott, y me parece, abundando en vuestras opiniones,—exclamó el padre Miguel,—que los cronistas de su alteza se dejan influir por la pasion cuando procuran dar á todas sus acciones un tinte de marcada crueldad.

—No os quepa duda, hermanos,—exclamó el prior Santillana,—que el juicio asaz severo con que á don Pedro se trata, nace de que el bastardo vencedor en Montiel, llevó á España, muerto el monarca, infinidad

de caballeros bretones, que escribieron la historia á gusto de su príncipe.

—Por lo cual,—replicó el padre Miguel,—siempre que leemos ésta, sentimos invencible repulsion hácia el rey castellano.

Al llegar á este punto, sonó el toque de oraciones que dieran las campanas del monasterio.

Todos caimos de rodillas.

El prior Santillana, pronunció el *Angelus* con voz clara y perceptible.

Respondimosle con los poéticos acentos del Ave-María.

Las sombras de la noche tendíanse por do quier.

—La hora de volver al convento ha llegado,—exclamó el padre Santillana.—Partamos,—añadió,—que esta noche os corresponde, fray Guillermo, dirigirnos la palabra durante la cena.

—Poseo excasísimas cualidades de orador.

—Sin embargo, es preciso que os vayais acostumbrando al púlpito.

—Ya sé que el hábito que he adoptado, me impone la sagrada obligacion de predicar.

—Y sobre todo, recordad que dentro de dos dias vais á recibir las órdenes mayores. Vuestros antiguos estudios de sagrados cánones, hechos en las escuelas de París, excusan que hayais tenido que aprobar paso á paso las materias propias de la carrera eclesiástica. ¿Verdad que dada vuestra vocacion hácia la vida religiosa, os considerais muy feliz con que se os faciliten los medios de abrazarla?

—Sí,—repuso Scott, moviendo la cabeza tristemente.

—Sin duda ignorais,—continuó diciendo el prior,—lo que con vos pienso hacer.

—Sepámoslo.

—Como ya voy siendo viejo, no tardará la muerte en acudirme.

—Preocupacion infundada es la vuestra.

—No tardará,—digo,—en llevar á mis ojos sus helados dedos. Estoy muy trabajado, mi organismo vá debilitándose poco á poco, y la falta de salud me obliga á pensar...

—¿En qué, padre mio?

—En que si yo muriera, me parece que nadie reune tantas cualidades como vos para sustituirme en el cargo que indignamente desempeño.

—Me honrais demasiado, padre Santillana.

—Os hago justicia y nada más. Sabed, fray Scolt, que en mi testamento he consignado mi voluntad en el sentido en que os hablo.

—Hermanos nuestros hay en la órden con muchos más méritos y virtudes que yo.

—Ninguno lo cree así. Todos os llaman la perla del monasterio por vuestras ejemplares virtudes.

—Por nuestros mútuos remordimientos,—atrevime á decir yo, con voz enronquecida y temblorosa.

—¡Señor Pelaez!—dijo Santillana volviéndose á mí y lanzándome una mirada amenazadora,—creo haberos dicho repetidas veces, que solo cuando os pregunten os toca hablar. Vuestra posicion en nuestra casa,

es la de un mayordomo encargado de cuidar el mobiliario del convento. Entendedlo bien y que no vuelvan á repetirse vuestras importunas observaciones.

—Baje los ojos avergonzado, y seguí en pos de mis principales.

—Bien pronto estuvimos á la puerta del monasterio de San Agustin.

Los hermanos leian el Breviario, á la vez que se paseaban en la extensa galería del convento.

Cuando acertaron á ver al padre Santillana, obedeciendo una indicacion de éste, fueron reuniéndose de dos en dos para encaminarse al refectorio.

Singular espectáculo era el que presentaban aquellas dos largas filas de encapuchados vestidos de negro.

La tibia luz arrancada de un farol, pendiente del techo de la galería, caia sobre aquellos hombres, cuyas silnetas confundíanse en la sombra, como la de un fantasma que se disipa en el espacio.

Marchando así, llegamos todos al refectorio.

Este hallábase instalado en un gran salon, cerrado por blancas paredes, sobre las cuales, leianse varias inscripciones latinas, que recordaban nuestro fin, con tremendo aviso.

Sobre cada uno de aquellos epígrafes, habia una Cruz de gran tamaño, hecha de tosco pino.

Y enmedio de la estancia una larga mesa, del propio material, mantenia tosca vajilla de abigarrada loza, destinada á contener el frugal alimento de los monjes.

A espaldas del sitial destinado al prior, alzábase

una tribuna ó púlpito, cubierto de negro, para el religioso á quien correspondia leer ó perorar durante la comida.

Ya en el destartalado comedor, Santillana ocupó su puesto, y cada uno de los monjes hízolo en su respectivo lugar.

Pusiéronse luego en pié y oraron brevemente; sentóse de nuevo cada cual en su banco, y fray Guillermo Scott, subió á la tribuna, á tiempo que la cena comenzaba.

Abrió por la mitad un códice voluminoso, y sus ojos fijáronse con espanto en el epígrafe de un capítulo.

El breton leyó con voz temblorosa:

—*Miserere mei Deus, secundum magnam, misericordiam tuam.*

El padre Santillana no pudo ménos de hacer visible su disgusto; la oracion que debia pronunciar Sir Guillermo, habia de mortificar seguramente su espíritu.

Sabido es que el admirable monumento elegiaco de nuestra literatura sagrada, el *Miserere*, fué una exclamacion de sublime arrepentimiento con que al cielo demandase su piedad el rey David, avergonzado de haber caido en el adulterio.

Aquellas estancias de la inmortal composicion, debian despertar en el ánimo de fray Guillermo, tristes y adormecidas memorias.

El religioso hizo, sin embargo, un supremo esfuerzo, y comenzó á disertar sobre el significado de los versículos del Miserere,

Entregado á su inspiracion, desenvolvió con elocuencia incomparable la síntesis del poema sagrado.

Los monjes estaban verdaderamente sorprendidos al escuchar á su cólega.

Jamás le vieron rayar á tanta altura.

Con rasgos sublimes, con vivos caractéres, con expresion ciceroniana, pintó el cogulla el cuadro aquel inolvidable, en que presentándose el profeta al rey David, le notificó un hecho por demás punible.

Uno de los hombres más poderosos del reino, abundante en todo género de riquezas, dueño de muchas fincas y de numerosos rebaños, arrebató á un pobre la única oveja que poseía.

Indignóse el monarca ante esta revelacion, y notificó al profeta su propósito de castigar duramente la avaricia y maldad del rico, que tan despiadadamente robaba al pobre su única fortuna.

—Teneos, señor,—exclamó el enviado del cielo,—que muy bien pudiera ser el raptor un monarca del mundo, y Urías el pobre á quien arrebataron su esposa, única felicidad para él.

David cayó de rodillas ante la formidable acusacion contra su delito formulada, y elevando sus manos, demandó piedad al Señor, repitiendo enmedio de abundosas lágrimas.

—*¡Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam!*

Con tanta habilidad acertó el monje á tocar el corazon de sus compañeros, que todos ellos dejaban ver sus mejillas mojadas por el llanto.

Scott era un verdadero tribuno; esta circunstancia fué ignorada por el breton, hasta que le acreditaron como tal, sus primeros ensayos en el Monasterio.

Continuó el mismo su plática; pero despertándose en su alma de súbito el tenaz recuerdo de su pasion indomable, comenzó á temblar como un epiléptico á la vez que sus ojos se fijaban con espanto en el códice.

Lo que Scott leyera, exaltó su imaginacion hasta lo sumo.

—No se salvarán,—decia aquel,—los que, frustrada su tentativa de adulterio, no olviden á la mujer en quien pusieron sus ojos.

—¡Misericordia, cielo Santo! ¡Misericordia!—gritó Scott, presa del vértigo, moviendo la cabeza entre sus manos.

—¡Padre, padre! ¿Qué teneis?—gritaron los monjes acorriéndole.

—¡Atras, atras! separaos,—exclamó Scott con acento de loco!—Vosotros los buenos, los creyentes, no debeis acercaros á un alma que se ha condenado por delito frustrado de adulterio.

—¡Hermano, hermano! Calma, confianza en Dios.

—¡Oh! ¡No es posible, porque ella, ella, Aurora está... siempre siempre aquí?

Y llevándose la diestra al corazon, cayó fray Guillermo en tierra, á la vez que lanzaba una carcajada sardónica.

CAPITULO XLIII

¡Hasta en la herencia el perdon!

Seis meses largos habian transcurrido desde los anteriores acontecimientos.

El convento de San Agustin albergaba ya una familia de verdaderos hijos de la oracion.

Mi amo el tempestuoso y apasionado fray Guillermo, parecia totalmente libre de su pasion avasalladora.

El tiempo y la ausencia engendran el olvido, único medicamento poderoso para el amor contrariado.

Todos viviamos tranquilos en el antiguo y para nosotros amado Monasterio.

Scott, habíase transformado completamente, merced á las diarias exhortaciones del bondadoso padre Santillana.

Este sabio sacerdote, mostrábase siempre tan dul-

ce, cariñoso y persuasivo, que era imposible olvidar sus consejos. ó desoir sus prudentes indicaciones.

—Poco á poco fué sembrando el prior en el ánimo de fray Guillermo, decidida aficion á la vida monacal.

Constántemente, repetíale el agustiniano:

—Hermano mio; nada tan dulce á los ojos del Señor, como contemplar á sus verdaderos hijos separados de las miserias del mundo. ¿Qué es la vida? Conjunto de inquietudes, de afan incesante y de lucha perpetúa. Apartémones de este abismo nebuloso y consagrémonos por completo á Dios, para alcanzar la anhelada corona de la inmortalidad espiritual.

—Cierto, padre mio; vuestras frases van arraigando de dia en dia en mi alma, la conveniencia de pensar tan sólo en el cielo.

—Así lo esperamos de vuestra fé profunda é inquebrantable.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Cierto dia, las campanas dol Monasterio comenzaron desde muy temprano, á anunciar con sus sonidos de júbilo, que una gran fiesta iba á tener lugar.

El hermano fray Scott, debia recibir las órdenes mayores.

Esperábase la llegada del obispo de Orleans, que habia de imponer al neófito el sagrado carácter.

Este prelado procedia de la órden de San Agustin.

Las siete de la mañana de un dia claro y sereno serian, cuando los monjes, con su prior á la cabeza, sa-

lieron al valle próximo al convento, para recibir con la mayor solemnidad al prelado.

Este no tardó en apearse de la silla de manos que sostenían dos jóvenes pajes.

El obispo bendijo á la comunidad, la cual hincada de hinojos recibió merced tan valiosa del prelado.

Despues todos encamináronse al convento.

El templo perteneciente al mismo, hallábase profusamente iluminado.

El obispo penetró en él, bajo palio, entre dos filas de monjes, que entonaron el *Te Deum*, acompañándoles las voces sonoras de magnífico órgano.

Llegado que hubo el Pastor al presbiterio, tomó asiento en él, haciéndolo igualmente á su lado el prior y los monjes de más categoría.

Fray Scott, revestido de las insignias sacerdotales, salió de la sacristía precedido del diácono y subdiácono.

—Yo,—siguió diciendo Pelaez á los estudiantes,—presenciaba la ceremonia oculto en un rincon del templo, y derramando acerbo llanto.

La misa concluyó y practicadas todas las ceremonias del ritual, mi antiguo amo fué abrazando uno por uno á los monjes.

Aquella escena resultó por demás interesante y conmovedora.

Cuando á fray Guillermo tocóle estrechar al prior, díjole el primero temblando y en voz muy baja:

—Por última vez, padre mio, os pido perdon por la muerte dada á vuestro hermano y de la cual sólo yo fuí el culpable.

El prior limitó se á estrechar con fuerza á fray Guillermo; quiso hablar, pero acometido de inesperado accidente, cayó en tierra sin poder desplegar los lábios.

—¡Santo Dios!—exclamó el prelado haciendo indicacion á los monjes para que se acercaran.

Estos rodearon enseguida el cuerpo inerte del prior.

—¡Al momento, llevadle al lecho! ¡se muere, se muere!—exclamó uno de los monjes despues de pulsar á Santillana.

Este fué trasladado á su celda.

Todos sus hermanos le rodearon, y el mismo que le pulsara, que fué en el siglo un gran doctor, administróle los santos óleos.

El prior dejó de existir á los pocos instantes.

Una fulminante apoplegía fué la causa de su muerte.

Scott llegó al lado del cadáver de su generoso amigo, y cubrió de besos sus manos.

Singular contraste formaban los lamentos del religioso, y las oraciones que por el ánima del difunto articulaban sus colegas.

El cuerpo de Santillana fué revestido con las insignias sacerdotales, y al siguiente dia de su muerte, trasladado al templo donde se le hizo un suntuoso funeral.

El desdichado fray Scott parecia estar sujeto á terribles pruebas.

El obispo que le impusiera las órdenes mayores, encargó al breton la oracion fúnebre que, terminada la misa de *Requiem*, debia pronunciarse en honor de Santillana.

Si bien el monje pareció resistirse en un principio fundado en su carencia de dotes oratorias, el prelado hízole presente la necesidad de que realizase su mandato.

—Está bien,—contestóle Scott;—haré lo que su ilustrísima desea; pero no respondo de que pueda emocionarme, ante la contemplacion de los preciosos restos de aquel á quien no olvidaré jamás.

—Espero, hermano,—repuso el obispo;—que llenareis cumplidamente el encargo. A nadie como á vos queria el difunto, y esta circunstancia, debe obligaros á rendirle la última prueba de vuestra gratitud.

Suntuosos y espléndidos por demás, fueron los funerales del padre Santillana.

El pueblo entero acudió á presenciarlos.

Afecto tan íntimo profesaban al finado los moradores de las aldeas comarcanas, que ninguno se excusó de asistir.

El prior difunto recogia en el seno de la muerte el fruto de su inagotable caridad ,ejercida sin interrupcion durante su existencia.

Un modesto túmulo levantóse en la nave central del templo de los agustinos.

Sobre él fué colocado el cuerpo inerte de Santillana.

Infinito número de blandones circundaban la tumba del prior.

Y detrás de estos, veíase á la respetable comunidad, que, con el obispo á la cabeza, tenia su asiento en enlutados bancos.

Terminada la misa de *Requiem*, y entonado luego el oficio de difuntos, fray Scott, precedido de cuatro acólitos, salió de la sacristía para encaminarse al púlpito.

Un rumor general escapóse de todos los labios al ver al monje.

Sucedió á esto un silencio profundo y sepulcral.

El orador encargado de hacer el elogio de Santillana, habia conquistado envidiable renombre.

El pueblo, á quien el breton dirigiera su hábil palabra en las conferencias dominicales, conocia al monje con el apellido de *Labios de Oro*.

De suerte, que en los instantes á que nos referimos, esperaba con razon que la elocuencia del cogulla rayase en lo fabuloso é indescriptible.

No fué erróneo el juicio de la pública opinion.

Fray Guillermo comenzó su discurso con frase emocionada y balbuciente.

Pero á medida que entraba en materia, crecíase más y más, como la ola del tempestuoso Oceano agitada por las internas convulsiones de su fondo.

Con frase incomparable, con sublime poesía, con esos acentos que sólo al Profeta es dado articular cuando se dirije al mundo como enviado de Dios, fué desenvolviendo el padre Guillermo su plática.

Describió la vida de Santillana en sus detalles más minuciosos, y la comparó con la del viajero, que penetrando en ignotas tierras, es perseguido por sus moradores, en tanto que él devuelve una caricia por cada insulto y cien beneficios por cada agravio.

—Tal era,—decia Scott,—el infortunado Santillana. Rogad al Señor por él,—añadia.—Y mientras la inmarcesible corona de la inmortalidad orla sus sienes, que nos perdone á todos, y muy especialmente al que lleno de lágrimas, lo pide al cielo postrado de rodillas.

CAPÍTULO XLIV

En pos de un deber sagrado.

Seis meses habian trascurrido desde los acontecimientos que os acabo de relatar,—exclamó Pelaez.

A presencia de todos los monjes fué abierto y leido el testamento de Santillana.

En él manifestaba el prior su deseo de que á ser posible, y no existiendo impedimento canónico, le sucediera en su cargo el presbítero fray Guillermo Scott.

El prelado que impuso á éste el carácter sacerdotal, prestó desde luego su asentimiento.

Los conventuales convinieron casi por inspiracion en que les presidiese el llamado por Santillana.

Y hé aquí cómo, aprobada por las autoridades superiores la propuesta, quedó nombrado fray Guillermo Scott prior del convento de los agustinos, perteneciente á la circunscripcion de Poitiers.

Ningun accidente digno de señalarse ocurrió desde el fallecimiento de Santillana.

El monasterio habia adquirido gran preponderancia bajo el nuevo priorato.

Scott estableció en él la enseñanza de Humanidades, Filosofía y sabias lenguas, á cuyas cátedras podian asistir cuantos jóvenes exentos de recursos lo deseasen.

No contento con esto el monje, mandó vender algunos terrenos propios del monasterio, y con su producto erigió una casa de salud para los pobres, la cual fué instalada en el lugar más sano del valle.

Allí recibian solícitos cuidados cuantos enfermos reclamaban el auxilio poderoso de la caridad.

Los monjes de San Agustin multiplicábanse prodigiosamente para el trabajo.

A pesar de haberse aumentado considerablemente la encomiástica tarea de los religiosos, ninguno de ellos decayó un instante en su energía.

Fray Francisco de la Consolacion, nuevo nombre de hábito que adoptara el padre Guillermo, ejercia poderoso influjo sobre sus colegas..

Todos ellos respetábanle y le amaban entrañablemente.

Scott, sin ser directamente responsable de la muerte que yo diera, obligado por la fatalidad, al esposo de Aurora de Broglie, quiso purgar sus culpas con una vida de no interrumpido trabajo y de constante penitencia.

Aparte de tal opinion, procedia al obrar así, de

acuerdo con lo que el prior Santillana consignó en su última voluntad.

—Espero,—decía el anciano en su testamento,—que mi sucesor me superará con ventaja en cuanto al ejercicio espiritual y mayor lustre de nuestra órden se refiera.

Y no se engañó el otorgante, como lo prueba cuanto se acaba de exponer, respecto de las aptitudes del nuevo prior.

Era el anochecer de una tarde primaveral.

La brisa perfumaba la atmósfera, enviándole el grato azahar de los naranjos en flor.

Limpio y trasparente el cielo, comenzaba á vestirse de estrellas.

Nada alteraba el majestuoso concierto de la naturaleza, que adoptaba su traje de sombras, para nacer con más encantos al siguiente dia.

—Entregados á la contemplacion de espectáculo tan solemne, nos hallábamos conversando frente á la puerta grande del Monasterio, el prior fray Francisco, el padre Miguel de los Angeles y yo.

Nuestro diálogo giraba sobre la excelencia de las obras de San Agustin, obispo de Hippona.

El prior habíalas estudiado todas profundamente, é interpretaba su sentido, con recta y clara inteligencia filosófica.

La conversion de aquella lumbrera del catolicismo, el modo como la primera se llevó á cabo, constituia en sentir de Scott, uno de los poemas más bellos que se registran en la literatura sagrada.

Fray Miguel, que disponía de talento y educacion nada vulgares, hacía á mi amo, de tiempo en tiempo, atinadas observaciones.

Yo me limitaba á oir, porque no otra cosa me permitian mis escasos conocimientos.

En este ejercicio aparecíamos cada cual, cuando vino á sorprendernos el lúgubre tañido de lejana esquila.

—Alguna religiosa debe estar agonizando,—exclamó al oir el toque fray Miguel de los Angeles.

—Recemos por su ánima una plegaria,—contestó Scott, cayendo de rodillas.

Fray Miguel y yo imitámosle seguidamente.

Apenas iniciamos nuestra oracion, cuando nos acudió el ruido quo produjera el galopar de un caballo que se acercaba.

El ruido fué haciéndose más perceptible cada vez.

Por fin, corcel y ginete, aparecieron en la explanada central del Monasterio.

Todos avanzamos hasta donde el segundo estaba.

—¿Qué deseais, hermano?—preguntó el prior al verle.

—¡Confesion para una pobre carmelita que está á punto de morir,—respondió el aludido.

—Yo mismo iré á auxiliarla,—exclamó el prior. Y tú, Pelaez, me acompañaras.

—Pues subid á caballo,—repuso el desconocido,—que yo puedo volverme á pié. Vuestra presencia en el convento del Cármen, es de todo punto urgente.

—¿Sois el criado de la comunidad?

—Soy el demandadero.

Scott volvióse á fray Miguel de los Angeles, y díjole:

—Notificad á los hermanos mi partida, y la necesidad imperiosa de verificarla. En tanto yo vuelvo, presidid la mesa; regresaré al Monasterio muy pronto.

El desconocido sujetó su corcel por la rienda; montó fray Guillermo, y yo me coloqué á la grupa del caballo.

Poco despues, partíamos como el viento, veloces, en direccion del Monasterio de las Carmelitas.

Un buen rato transcurrió hasta que llegamos á él.

La noche tendia ya su manto por doquiera.

Apeámonos del caballo; atamos éste á una encina, y cubriendo Scott su cráneo con la capucha, articuló las primeras estancias del *Miserere*, á un tiempo que golpeaba la puerta del convento.

—*Ave María gratia plena*,—exclamó.

—¿Sois el sacerdote?—preguntaron desde el interior.

—El mismo y su acólito,—contestó fray Guillermo.

—Pues pasen los hermanos.

Abrieron la puerta, y apareció á nuestros ojos una religiosa que frisaria en los cincuenta años.

Su mirar profundamente severo, contrastaba con lo apacible y templado de su palabra.

Su continente majestuoso, permitia adivinar que aquella mujer era de noble orígen y distinguido abolengo.

Fray Scotti, guardó las manos en las anchas mangas de su hábito, y quedó parado ante la monja en espera de sus órdenes.

Esta se expresó del siguiente modo:

—Perdonad, padre mio, si cediendo al temor, os hemos hecho venir precipitadamente.

—Es mi deber,—contestó secamente fray Guillermo.

—Tiempo hace,—continuó diciendo la monja,—que una de nuestras hermanas, viene padeciendo terribles ataques al corazon.

—Dolencia grave es esa.

—Y mucho más tratándose de un alma torturada por el sufrimiento.

El prior lanzó un anheloso suspiro.

—Continuad, hermana,—repuso.

—Nuestra compañera, está desahuciada por todos los médicos. La ciencia se ha declarado impotente para curarla. El recuerdo de sus antiguas penas, acude á la jóven á cada momento; y como no puede olvidar, es tambien imposible que alcance el alivio necesario.

—Dios será servido de darle lo que más le convenga.

—Cuando os enviamos recado, padre mio, nuestra hermana era víctima de un violento ataque, y como el doctor nos ha dicho que en uno de estos puede quedarse muerta, hé aquí explicado el motivo de nuestra premura.

—Hicísteis muy bien en avisarme, hermana, y grave responsabilidad habríais contraído, si por indolen-

cia, hubiese muerto sin los auxilios espirituales esa jóven á quien no conozco.

—Por fortuna el ataque ha cesado, y en estos instantes, Sor María del Carmelo disfruta de algun repóso.

—Quiera el Señor sanarla completamente.

En esto, oyóse ruido en la escalera del convento, como si precipitadamente bajasen por ella.

Algo gravísimo debia ocurrir.

Nuestras dudas se desvanecieron bien pronto.

Una religiosa carmelita, llegó á nuestro lado.

Gran distancia debia haber recorrido, con gran priesa á juzgar por lo anheloso de su respiracion.

—¿Qué pasa?—preguntó la portera.

—¿El sacerdote?

—Yo soy,—contestó fray Guillermo.

—¡Pues seguidme al punto; Sor María ha sido víctima de un nuevo acceso; se muere, se muere!

Scott partió ligero como el aire en pos de la religiosa.

Yo hice lo propio, sin respetar las leyes de clausura que regían en el Monasterio.

Las infelices monjas hallábanse tan aturdidas con la enfermedad de su hermana, que no usaron del derecho que les asistia para expulsarme.

Gran afecto debian profesar á la enferma, cuando, olvidándolo todo, se ocupaban solamente de salvarla.

Despues de recorrer varios claustros guiados por la tibia luz de un farolillo que la desconocida llevaba, atravesamos el coro perteciente al templo de las carmelitas.

En uno de los angulos del mismo, veíase una pequeña puerta;

Trás ella se encontraba la empinada escalera, que conducia á una de las elevadísimas torres del Monasterio.

Dejamos el coro y torcimos en sentido izquierdo.

Un rayo de clarísima luna, inundó nuestros cuerpos en aquel instante.

Estabamos en un largo y ancho corredor, descubierto por la derecha, para que desde allí pudiera advertirse el pequeño huerto de la comunidad.

A el bajaban las religiosas, por unos desvencijados escalones que á un lado del corredor estaban.

Despues de andar algunos pasos, dimos con un amplio salon, cuyos muros aparecian cubiertos de antiguas pinturas.

La monja abrió cuidadosamente una puerta; descorrió una pesada cortina y yo quedeme en el umbral de aquella, en tanto que Fray Scott, fué avanzando poco á poco.

CAPITULO XLV

El final de la delencia.

Pelaez, prosiguió diciendo á sus amigos:

—No sé por qué secreto impulso, latió en aquellos momentos mi corazon con inusitada fuerza.

—Clavéme como una estátua en el umbral de la puerta aludida, y mis ojos se lanzaron á examinar todo lo que se desenvolvió ante ellos.

Un salon rodeado de sombras, fué lo único que por el pronto advertí.

Despues que mi vista se hubo familiarizado con aquella niebla espesísima, fuéronme más perceptibles los objetos.

A juzgar por la infinidad de sillones de oscurísima madera que circundaban la estancia toda, debia ser esta la sala capitular del convento.

Bajo encarnado dosel pendia de negra cruz, la imágen sublime del Redentor del Mundo.

Antigua debia ser la escultura, atendido el color de sus carnes; y producto de inspirado artista por la correccion con que estaba hecha.

La cabeza admirable de Jesús, aparecia inclinada al lado izquierdo del pecho.

Dos farolillos pendientes de largas cuerdas iluminaban el cuerpo sacrosanto del Señor.

Al pié mismo del Crucificado, desenvolviase una escena de duelo y muerte.

La hermana Sor María del Carmelo, permanecia allí, esperando el tremendo aviso.

Sentada en un sillon; apoyada la cabeza sobre unas almohadas, la religiosa estaba á punto de morir.

En el instante de llegar nosotros, habian envuelto las hermanas el cuerpo de su compañera en una gruesa manta palentina, por si lograban reaccionarlo.

De suerte que á la exoasa luz de las linternas del Crucifijo, solo podia advertirse un bulto inmóvil.

Al ver á Scott, las numerosas monjas que rodeaban á Sor María, dejaron al Prior el paso franco.

Este sin levantar los ojos del suelo, paróse do súbito, al oir la voz de una religiosa que le dijo muy quedo:

—En estos instantes la domina el sincope, si sale de él, se ha salvado; ¿quereis verla, padre mio?

Scott movió la cabeza afirmando.

Precedido de la monja, llegó hasta donde Sor María estaba.

Una de las carmelitas, fué separando poco á poco el paño que cubría el cuerpo de la enferma.

Scott levantó la vista del suelo, y fijándose en el rostro de la paciente;

¡Jesús!—exclamó llevándose las manos á la cabeza. —¡Es ella, ella; perdon, Aurora mia, perdon!

La moribunda fué irguiéndose lentamente; dejó ver el espanto en los ojos, y con voz exámine repuso:

—¡Sabedlo; este miserable es el asesino de mi esposo el Doctor Santillana!

—¡Aurora!

—Con su muerte; vine á la miseria, todo me lo arrebató la justicia. ¡Guzman declaró en la mazmorra el secreto del crímen; luego, luego... espiró en la prision.

—¡Hermana, hermana mia; por el hábito que visto, vierte una frase de misericordia para este desdichado!

—¡Jamás, infame, jamás!

—¡Asesino del doctor Santillana!—gritó con singular energía una de las religiosas,—habeis caido en manos de los jueces. Presto, avisad compañeras á la justicia, para que prendan á este miserable.

—¡Si, atadle; segad su cuello; le odio con toda la fuerza de mi corazon!

—¡Aurora, vida mia, aún te amo, vive, y rasgaré mis vestiduras para seguirte al infierno si me lo mandas!

—¡Impio! ¡Sacrílego!—exclamaron á una voz las religiosas, separándose con espanto del cogulla.

—¡Voy á morir, no puedo más; mi cerebro se abrasa; pero antes, oye, malvado, lo que te digo!

—¡Compasion, Aurora, compasion!

—¡Nunca, villano! Permita el cielo, que andes errante toda tu vida; entretanto... sabe... que no... te perdono... y que te... maldigo!

Un gemido espantoso salió de los labios de Aurora.

Llevó la jóven la diestra al corazon, y quedó muerta en esta actitud.

Fray Guillermo cogió el cadáver entre sus brazos y cubriendo de besos la frente de su amada, gritó con acento de loco:

—¡Muerta, muerta! ¡Maldicion!

—No saldreis de aquí,—grito la priora del convento,—sino custodiado por los agentes de la ley.

—Mentis ¡vive Cristo!

—¡Sois el asesino del del doctor Santillana!

—¡Sellad vuestros labios, mujer sin honra! Yo, yo, no fuí el matador de aquel cobarde. La fatalidad, solamente la fatalidad.

—¿Veis á ese villano? se llama Pelaez; pero calla; el cobarde huye, me abandona. El, el fué quien mató al doctor.

—¿El?

—Por la espalda, de una manera alevosa. ¡Detenedle!

—¡Canalla!—grité yo desde lejos,—¿Así pagas mis sacrificios?

—¡La culpa, la culpa es suya!—repitió Scott,—pero yo me convertiré en reo.

—¿Dónde vais? —preguntaron las monjas con espanto, intentando detener á Scott.

—¡Atrás, mengnadas! ¡Desde la torre de vuestro templo, podeis presenciar la justicia! Satanás se empeña en perderme; al infierno, pues: renuncio desde luego á la salvacion. Adios, por siempre, adios, Aurora de mi vida.

Scott, salió de la estancia mortuoria, y atravesó como un espectro la galería adjunta á la huerta.

En aquel momento apelaba yo á la fuga saltando al otro lado de sus muros.

Cuando iba corriendo, no pude ménos de volver la vista atrás.

Scott asomado á una de las ventanas de la torre, gritó elevando á un tiempo sus manos:

—¡Tierra maldita, regada con lágrimas! ¡Astros de muerte, cielo sin ventura, ¡mirad!

Un cuerpo cruzó el espacio, y á poco cayó sobre el pavimento, produciendo un bronco ruido.

Scott se habia suicidado, arrojándose desde la torre.

Al morir Aurora, perdió el monge la razon.

En aquel supremo instante, sentí caer sobre mi frente todo el peso del infortunio.

El único criminal, el único responsable de la muerte del doctor Santillana era yo, el infeliz Pelaez.

Imposible se hacia que volviese al Monasterio de los Agustinos.

Conocedoras las carmelitas de los verdaderos autores del crimen cometido en la persona del esposo de Aurora de Broglie, me hubiesen delatado á la justicia.

La horca me esperaba, más que para lavar el delito, para hacerme cómplice de mi destino cruel.

—¿Qué hacer en aquellos instantes?

—Sin recursos, sin amigos, sin una persona que atendiese á mi salvacion, el porvenir que se iniciaba no podia ser más funesto.

En medio de la soledad de la noche, despues de mucho caminar por tierras y bosques desconocidos, llegué á la cima de un elevado monte.

Me asomé desde allí, y contemplé el abismo que me llamaba desde su seno.

Pensé en imitar á Scott, suicidándome, pero una voz oculta, pareció decirme:

—¡Detente! ¡Todavía te queda un recurso; tus ancianos padres tienen derecho á tu última caricia!

Y cediendo al recuerdo que me inspiraran los autores de mis dias, caí de hinojos, y derramé abundoso llanto.

—¡Pobres pedazos de mi alma!—exclamé,—¡cuan agenos estarán de mi desventura!

Pero yo, nunca, nunca manché su apellido con nefandas acciones; el cielo lo sabe. Huí de su lado para alcanzar una fortuna, maté á un miserable, para salvar á Scott. ¡Conciencia mia! levanta tu voz acusadora, y si hay en mi existencia algo que pueda merecer castigo, pide al Señor Todopoderoso que envie sobre mi frente un rayo de su eterna maldicion.

Al terminar mis palabras, volví la frente y encontréme con que tres hidalgos contemplaban mis movimentos, y oian mis palabras con interés singular.

—¿Cómo?—exclamé al verlos, estremeciéndome súbitamente.—Lo primero que me ocurrió fué que aquellos hombres eran esbirros.

Quizás venian á prenderme.

—Perdonadme,—repuse uno, muy derrotado de traje; aunque noble, por lo cortés de sus maneras. —Estabamos oyendo vuestra perorata con singular agrado.

—¿Os burlais, señores?

—Guárdenos el cielo de semejante cosa.

—¿Entonces?

—Entonces, podeis suponer que los que os escuchan pertenecen por su lengua á vuestra patria, y por su traje á vuestro oficio.

—¿Españoles? Venga un abrazo queridos compañeros.

—¡Españoles, y dedicados al histrionismo como vos!

—¿Como yo?

—Seor hidalgo; en vano es que oculteis vuestro empleo.

—Repito...

—No os haremos la competencia; cuando llegamos aquí, estabais declamando sólo, completamente sólo. ¡Eso sí! ¡voto al diablo! sois un excelente actor.

—¡Ah! Que idéa,—repuse para mis adentros, aprovechándome del error de los comediantes.

—¿Qué decís?—preguntáronme.

—Hermanos mios; menguada conducta seria la de este mortal, si os negase su verdadero oficio. Soy

cómico en efecto; pero sin contrata, sin blanca, y sin conocer á nadie en este país.

—¡Ta, ta, ta! Pues poco más ó ménos nos acontece lo propio á los tres.

—¡La desgracia nos ha unido, ilustres hijos de Talia!

—¡La desgracia! ya lo créo: figuraos que un autor nos sacó de España hace seis meses.

—¿Y os trajo á Francia?

—Para que diéramos unas cuantas comedias de ruido; de aquellas de muchas jornadas, con largos entremeses y la zarabanda por remate.

—¡La zarabanda! Prohibida está ha tiempo en nuestra tierra.

—Pero no aquí, porque estos franchutes son lo más aficionado del mundo á todo lo verde, picaresco y maleante.

—¿Habreis ganado mucho oro?

—¿Quien dijo ganancias? Eso sucederia señor hidalgo, si el bribon del autor nos hubiese pagado nuestros sueldos.

—¿Os ha engañado tal vez?

—Figuraos que despues de representar varias comedias sin percibir una dobla, reclamamos al autor nuestros derechos.

—¿Y él?

—Nos dijo que deseaba pagar de una vez sus atrasos para evitar trabacuentas.

—Mas usarcedes...

—Confiamos en las ofertas del bandido, y una noche;

era la víspera del dia en que debia hacerse la liquidacion; huyóse con lo suyo y con lo nuestro.

—¡Válgame San Juan Evangelista!

—Desde entonces, andamos errantes, sin casa ni hogar. De dia, recorremos los pueblos pidiendo de comer.

—¿Y os lo dan?

Generalmente: eso sí, se cobran haciéndonos representar algunos entremeses.

—¡Brava manera de realizar el bien!

—De noche caminamos y dormimos donde nos coje; hé aquí porque hemos tenido la suerte de encontraros; descansabamos muy cerca de este lugar.

—Pues yo, amigos mios, vine á Francia obedeciendo á cierta mision de un poeta que me mandó llamar.

—¡Y os irá muy bien con él!

—¡Triste suerte la mia! Cuando llegué á Poitiers, acababa de expirar el hidalgo.

—¿De modo que os perjudicó por completo esta circunstancia?

—Tanto, que no tuve á quien volver la cabeza; pero yo que no me arredro de nada me las eché de caballero; conseguí engañar al patron, y al sastre...

—¿Y ellos?

—Viendo que pasaba el tiempo y no les pagaba, me arrimaron una paliza de tomo y lomo, ofreciéndome otra mayor si continuaba en Poitiers.

—Cómo á nosotros, cómo á nosotros.

—Hé aquí por qué ando huido por estos andurriales.

—¿Cómo os llamais?—dijéronme.

—Clotaldo de Riquelme,—respondiles.

—Pues hermano Clotaldo,—repusieron,—ni á vos, ni á nosotros, nos conviene seguir en Francia.

—Razon teneis.

—Ni atravesar por Poitiers de dia.

—Podrian apalearnos los acreedores.

—Muchos son los mios.

—Más son los nuestros: señor Riquelme aprovechemos las horas de la noche que áun restan, para cruzar por Poitiers, sin ser vistos.

—Me parece muy bien.

—Luego, nos encaminaremos á nuestra tierra, y ya allí daremos algunas representaciones.

—Me parece mejor.

—Ganaremos mucho dinero.

—¡Soberbio, soberbio! señores...

—Alcocer.

—Tendillas.

—Y Ortiz servidores de vuestra persona ilustre,—exclamaron respectivamente los cómicos.

—Pues adelante y caiga el que caiga.

Los cuatro histriones cojímonos del brazo, y entonando á media voz una copla del país, partimos de aquel lugar, marchando con paso marcial y uniforme.

CAPÍTULO XLVI

—

Prestando culto á Talia.

Insistieron los estudiantes en rogar á Pelaez que no omitiese detalle alguno de su interesante relato.

El hostelero accedió, y díjoles:

—Salvando obstáculos; dejando á nuestras espaldas pueblos y aldeas, villas y lugares; pidiendo limosna unas veces para atender á nuestro sustento, y recogiendo otras el excaso óbolo que en algunas partes nos daban por vernos representar, dirijímonos á la cordillera pirenaica despues de muchos dias de viaje.

Dimos con Bagnéres de Luchon, y ya en dicho punto nos detuvimos, para tratar de nuestros planes ulteriores.

Corrian los últimos dias de Junio y la temperatuaa no podía ser mas bonancible.

De todas partes de Europa, acudían á Bagnéres de Luchon los hacendados, para disfrutar de las excelencias del clima.

En aquel punto, la colonia de los extranjeros formaba una sola familia.

No se vió nunca mayor culto prestado al cosmopolitismo.

No habia allí diferencia de religion ni de nacionalidad; los heréticos eran invitados á las fiestas litúrgicas de los cristianos.

Los católicos acudían por previo convite á la sinagoga de los judios; nadie andaba allí con escrúpulos; y á tal extremo llegaba la fraternidad de todos, que en un auto sacramental, compuesto por un caballero aragonés, hizo de Santiago un príncipe turco y de Isabel la Catolica, la mujer de un hebreo comerciante en pieles.

En otra ocasion convidaron varios tudescos á comer á un mahometano. Trajeron á la mesa sus mancebas, emborracharon hasta más no poder al pobre cobrizo; y cuando este no podía ya más con sus pedazos, sirvieron un lechon frito, del cual comió el moro con tanta avidez, que indignado el Profeta con su falta, envióle un asiento que estuvo á punto de mandar al marroquí al Paraiso.

Solo nosotros, los pobres comediantes Alcocer Tendillas, Ortiz y yo, eramos los excluidos de aquel concierto de la dicha.

Despues de representar varias farsas en Bagnéres para que los de la colonia se solazasen, vimos con

harto sentimiento de nuestro corazon, que no compensaban los productos el trabajo realizado.

Diez ducados tan solo constituian toda nuestra ganancia.

¿Donde ir con aquella frusleria?

El histrion Alcocer que por su talento y dotes merecía toda nuestra confianza, llegó una tarde á la cueva en que estabamos alojados.

Encontrábase esta en el campo á media hora de Bagnéres, y habíamosla adoptado por vivienda, á trueque de no contratar con caseros estólidos, ni vernos en la precision de discurrir sobre materia de inquilinato.

Llegó como he dicho á la cueva Micer Alcocer, y abandonando los tres histriones la orgía, consistente en un pepino huerfano que nuestras afiladas uñas se disputaban en un estanque de caldo, dijímosle á un tiempo.

—¿Victoria y triunfo?

—¡Vergüenza y muerte!—contestó.

—¿Muerte decis?—exclamaron los tres con campanuda voz.

—¡Muerte del arte! ¡Oprobio del espíritu! ¡Vergüenza de Talia!

—¿No quieren que se verifique la farsa esta noche?

—Los coloniales se niegan á hacerme el anticipo: dicen que somos unos charlatanes saca-dineros, y añaden que si les gusta la comedia, nos pagarán luego lo que sea de razon.

—¡Es una crueldad!

—¡Una infamia!

—¡Una felonía!

—Yo,—repuso Alcocer,—les he manifestado con rostro compungido, nuestra precaria situacion diciéndoles:

—Pero vean vuesasmercedes ¡oh! ilustres señores mios, que no podremos representar, si el estómago persiste en sus quejas.

—¿Y ellos qué han objetado?

—Por los labios de cierta duquesa remilgada hánme dicho: Bueno, comerán sus señorías despues que hayan cenado los criados; estos escuderos son gente sobria y suelen dejar bastantes restos en los platos.

—¡Comer las sobras de los rufianes!

—¡De los felones!

—¡De los lacayos!

—No os indigneis, amigos, no os indigneis. Felizmente soy hombre de ingenio, y no acostumbro á renunciar á la venganza. ¡Mirad!

Alcocer sentóse en tierra y desató un gran pañuelo rojo, que venia ligado por sus puntas.

—¿Veis?—exclamó levantando en alto dos gruesas marañas de cabello?

—¡Jesucristo, si son dos pelucas!

—Esta, es la de la duquesa que osó injuriar á Talía; estotra la de su consorte.

—¡Qué lindos van á presentarse á sus compañeros, cuando muestren sus calvas tan limpias como la rodilla!

—¡Es chistoso el hurto!

—Pues fijaos, contemplad esta sábana que circunda este gorro.

—¡Válgame Dios! ¿Qué traéis aquí?—El turbante del príncipe turco; bonito vá á estar mostrando su cráneo, semejante á camuesa mal mondada.

—¿Y estos huesos engarzados en oro, qué son? Los dientes agenos, propiedad del regidor Zorrilla.

—Amigo Alcocer, me parece que de esta hecha, no os escapais de visitar las cárceles del Reino.

—Suceda lo que quiera; allí me darán de comer.

—Tomad, tomad á peso estas bolsas forradas de raso. ¿Habrá chirriona? Son los pechos postizos de Miss Mary, el aya del conde de la Oliva. ¡Qué vieja tan sin pudor!

—Continúe el inventario.

—Ojo del licenciado Rubillos, oidor de la chancillería de Valladolid. Hidalgo de gotera, que dice, y no se engaña, que tiene siempre fija la vista en Temis.

—¿Un chapin?

—El del ama de la hostería; pertenece al pié derecho de la Quintañona, porque el izquierdo lo suple con una pierna de palo.

—Basta, no saqueis más, señor Alcocer; sobrada venganza lanzais á los veraniegos.

—Y la que es más gorda aún, si aceptais mi plan.

—Disponed cuanto os plazca y os serviremos gustosos.

—¿Os acordais de Maricuela?

—¿Vuestra concubina?

—¡Mi esposa, á título de subsiguiente matrimonio!

—¡Vaya en gracia! Vuestra consorte.

—La lavandera del palacio donde se hospeda la colonia: es chica que me quiere mucho, y que revela grandes aptitudes para el histrionismo.

—Pues que se venga con nosotros.

—Ya lo creo que se vendrá; como que le he dicho que nos espere al anochecer, junto al molino de las cruces en las afueras del pueblo.

—¿Qué? ¿Vamos á emprender alguna excursion?

—Vos lo habeis dicho, señor Tendillas. Opino que hoy mismo partamos para Benasque, pueblo del alto Aragon, distante tres horas de aquí.

—¿Hoy mismo decís?

—Estamos á los veintinueve dias de Junio y mañana treinta, celebra aquel pueblo la fiesta en honor de su patron el beato San Marcial.

—¡Y allí podremos dar una farsa!

—¡Y lucir nuestras dotes!

—¡Y ganar mucho dinero!

—Eso, eso es lo más importante. Por el pronto, no echaremos de ménos la falta de damas.

—Aquellas viles que venian con nosotros, se huyeron en Francia con varios caballeros de industria.

—Pero alguna de las mozas de Benasque se prestará con gusto á ayudarnos en el desempeño de la comedia.

—¡Ta, ta, ta! ¡Pues no habeis dicho nada!—exclamó Ortiz.—Lo que más le agrada á la gente de las aldeas, es representar entremeses.

—Y aparte de todo,—replicó Alcocer,—¿no va, señores, Maricuela, en nuestra compañía?

—Es cierto.

—¡La gran histrionisa de España!

—Y la más amante de todas. A ella le debo, á ella solamente, la consecucion de cuantos trebejos, propiedad de los coloniales, han venido conmigo.

—Ella es, pues, el brazo de vuestra justicia.

—¡Mujer admirable! Aprovechando la hora de siesta de los veraniegos; ha entrado á sus cuartos, cuando éstos dormian, con el pretexto de recojer la ropa sucia.

—¿Y entonces?

—Entonces, ha despojado de sus prendas más indispensables á los bribones, representadas aquellas por las dos pelucas de los duques, el turbante del turco, los dientes del oidor, *et sit et cœteris*.

—¡Bravo! ¡Soberbio! ¡Incomparable! Solo me temo una cosa,—exclamó golpeándose el torax con sus afilados dedos, Ortiz.

—¿Cuál es ella, hermano?

—Que en vista de la desaparicion de Maricuela, le achaquen, como es lógico, el hurto, y la emprenda la justicia en su persecucion.

—Nada hay que temer, ¡vive Cristo! Mi adorada se decide á abrazar el arte dramático, y á seguirnos doquiera que la llevemos, y como ha de adoptar el nombre de lucha...

—Calla, pues es cierto. Opino porque la llamemos Rosicler.

—Amancia, es mejor.

—¿Y Dorotea?

—No se molesten usarcedes, porque ya está el asun-

to resuelto. Maricuela, se apellidará desde hoy Amarilis.

—¡Qué me gusta el apodo!

—¡Y á mí!

—¡Y á este cura!

—Pues siendo este el asunto más importante que pensaba someter á vuestra deliberación, arreglado ya, os propongo que emprendamos la marcha.

—Sí, sí, no sea que nos atrapen.

—Sobre todo amigos, hay que tener presente que los veraniegos esperan que haya comedia esta tarde, para obsequiar á un recien llegado.

—¿A un nuevo huésped?

—Sobrino del duque de Nemours: buen chasco van á llevarse los pelones.

—Todo dispuesto y huyeron los pájaros.

—Llevándose las pelucas.

—Y el chapín.

—Y el ojo.

—Y los dientes.

—¡No ví jamás cosa más chistosa!—exclamó Tendillas desternillándose de gozo.

—¡Que jueguen, que jueguen con los histriones!

—Y que los prostituyan invitándoles á comer lo que dejan los criados.

—Con nuestra fuga quedan burlados ¡voto á bríos!

—Contento se pondrá el de Nemours cuando vea el engaño de que ha sido víctima.

—No perdamos, no perdamos un momento, ¿señor Ortiz, teneis hecho el equipaje?

—Soy hombre prevenido; he aquí el hato. Contiene dos dagas: una sin funda y otra con ella; el bote de la pólvora, para la mágia...

—Y una camisa limpia para el primero que necesite mudarse, y unas medias de lana para curar las frieras dol señor Alcocer.

—¿Vos señor Clotaldo, llevais tambien en el equipaje vuestras prendas?

—Sí, amigo, el moquero sucio, esta es toda mi propiedad.

—Pues á conquistar la gloria, compañeros, en el seno mismo de la Patria.

—Nada tan hermoso como este nombre.

Ortiz cogió el hato que constituia el equipaje de los histriones, y volviéndose á Alcocer, repuso:

—Podemos marchar cuando gusteis.

—Esperad, colega,—repuso el interpelado abriendo mucho las piernas, y quedándose en dramática actitud. — Voy á dirigir mi último saludo á nuestra casa.

—¡Adios, templo de la sabiduría y el ingenio; no albergues en ocasion alguna á gitanos y á rufianes; que si tal viese Apolo, te reduciria á cenizas mandándote su rayo vengador!

—Nuestra permanencia aquí ha santificado tus muros; ha purificado tu ambiente.

—¿Qué te dimos? Grandeza, desinterés, virtud. ¿Qué te dejamos? Los dioses nos darán la respuesta.

En esto, cruzó la cueva de un lado á otro una enorme rata.

—Dejadme ¡vive Dios!—exclamó Ortiz tomando un guijarro.—Voy á castigar su osadía.

—No ¡pardiez! hoy es dia de indulto; que viva ese animal lamentando nuestra ausencia. ¡Adios!

Y esto diciendo, salió Alcocer seguido de todos los histriones para ir en busca de Amarilis que ya los esperaba impaciente.

CAPÍTULO XLVII

El hábito no hace al monje.

—Las diez de la mañana serian próximamente,—continuó diciendo Pelaez.

—Alcocer, Tendillas, Ortiz, Maricuela y yo, habiamos hecho un viaje verdaderamente penoso.

—Para dirigirse á Benasque desde Bagneres, era preciso ganar las altas montañas del Pirineo.

Y ya en la cima de estas, descender en opuesto sentido, hasta encontrar la localidad enunciada.

Benasque ha sido en todas las épocas de nuestra historia, un pueblo noble y aristocrático, valeroso y leal.

Sus hijos se han distinguido marcadamente, por su amor á las tradiciones que enaltecon las altas conquistas de la patria.

Las familias que de dicho pueblo se originar, son

modelo de selecta cultura y de hidalgos y levantados sentimientos.

Si algo queda en nuestra España que representar pueda el protótipo de nuestro carácter caballeroso, existe en el honrado pueblo del Alto Aragon.

Los histriones acudiamos á él por vez primera.

Alcocer, que se pasaba el tiempo formulando estadísticas de los lugares y aldeas más aficionados á rendir culto á Melpómene, colocó á Benasque en el primer lugar. ¿Por qué?

Habia corrido el histrion toda España, y sabia por confidencia de un su amigo, que cuantos comediantes llegaban á aquella localidad, eran regiamente recibidos y agasajados con toda suerte de tributos.

Alcocer pensó, pues, en aprovechar el período de fiesta á que Benasque se consagraba, para dar allí unas cuantas funciones, con cuyo producto nos reintegráramos de las pérdidas experimentadas en el extranjero.

Su propósito cifrábase tan solamente en colocar á la puerta del corral ó teatro, una gran batea sobre una mesa situada, para quo depositase en ella cada uno de los espectadores, la suma que fuese de su agrado.

Esta muestra de liberalidad y desinterés, podria sernos en su opinion muy útil.

Siempre se han distinguido los aragoneses por su generosidad. Jamás han permitido al forastero que castigue su bolsa, de tal modo que no halle la compensacion del obsequio.

Si á la mesa del aragonés acude un extraño, ha do participar de ella sin excusa.

Hé aquí por qué, dándonos lustre los histriones, de pródigos y liberales, habríamos de sacar, en sentir de Alcocer, mucho más partido que cediendo á las sugestiones de menguada y pecaminosa codicia.

Las diez y algo más de la mañana, segun llevamos dicho serian, cuando penetramos en Benasque.

El tañido incesante y bullicioso de las campanas de la parroquia del pueblo, anunciaba con su alegre sonar la fiesta.

Por todas partes, veíanse cruzar llenos de júbilo á les benasqueses.

Ellas, las mozas, mostrábanse vestidas de sus más ricas galas.

Ellos, los jóvenes, encaminábanse á la Iglesia entonando sentidas coplas, cuyos acentos eran interrumpidos por los gangosos ecos de la dulzaina.

Detuvímonos muy cerca del templo los histriones, para admirar aquel ir y venir de las gentes, y no pudimos evitar que todos cuantos desfilaban ante nuestras personas, se llevaran la mano al rostro á fin de ocultar una sonrisa.

Tan remendados, roidos y sucios hallábanse nuestros trajes, que los benasqueses no podian reprimir su hilaridad al contemplarlos.

Los histriones fingiamos no parar la atencion en semejante cosa, alentados por la esperanza de sacar el jugo á los del pueblo.

Inmenso número de vecinos habia ya penetrado en la iglesia, cuando un pobre aragonés, que frisaria en los sesenta años, detúvose ante nosotros.

Venia tan derrotado, maltrecho y sin aliño, que causaba lástima verle.

Negro jubon, bordado de remiendos de todos colores, cubria su cuerpo.

Los muslos del mendigo, se albergaban en unos gregüescos grises, tan hinchados y redondos, que más parecian globos de carton, que otra cosa.

El resto de las piernas de aquel infeliz, semejaba zanca de avestruz por lo delgado; y acentuaba más este parecido, el color de sus calzones de punto, si dorado un tiempo, amarillo y pálido á la sazon.

Bronceada capa pendia de los hombres del indigente, y era esta de paño tan lustroso, que parecia untada de sebo. Manteo de larga historia debió ser aquel.

Sin duda fué testigo de luminosas disertaciones en las aulas de la escolástica; ó tal vez compañero inseparable de clérigo avaricioso, que no quiso deshacerse de la prenda por afecto, hasta obtener la mitra, despues de cuarenta años de ejercicio.

Resguardaba el mendigo su cráneo en elevado birrete de negro terciopelo, y el rostro de aquel nada de particular ofrecia, sino fuese una tremenda cicatriz que surcaba su frente.

Luenga y enmarañada barba, blanquinosa como el puntiagudo bigote, pretendia en vano disimular la demacracion, estampada en el rostro del desconocido.

Como se dijo anteriormente, cuando el menesteroso nos vió tan maltrechos, quedóse parado, lanzónos una mirada compasiva, y dejando á un lado escrúpulos, avanzó hasta nosotros, exclamando:

—¡Ay! Hermanos, qué tiempo tan precioso pierden viniendo aquí.

—¿Cómo?—respondímosle á una.

—Compañeros, el oficio está perdido.

—¿Qué es lo que dice este hombre?

—Digo, que no hay quien dé un real á título de limosna, y como todos somos del arte...

—¡Villano! Ved como hablais,—gritó Tendillas en actitud amenazadora.

—Hablo como debo, ¿no son usarcedes, pobres de solemnidad?

—¡Somos histriones!

—¿Histriones?

—Ya veis si hay diferencia.

—Ciertamente que sí; pero como el hábito...

—El hábito no hace al monje; ¿habeis olvidado el refran?

—Nunca, á fé mia, lo olvidaré; porque yo estoy comprendido de lleno en el mismo. Figúrense usarcedes, que mi padre era un rico polvorista de Málaga, tan acreditado, que jamás hubo boda de princesa, en que no se quemasen sus torres góticas, sus feudales castillos, y sus fuentes arábigas.

—¿Era cohetero?

—El más hábil de España; pero ¡ay! un dia, estaba cerca de la lumbre, haciendo árboles de combustible, no tuvo precaucion, saltó una chispa, incendió la pólvora y dejó á mi padre completamente ciego.

—¡Válgame Santa Lucía!

—Yo que amaba al pobre viejo con locura, llevélo

á los más acreditados quirúrgicos. Opinaban unos que podria recobrar la vista; mantenian otros la contraria, y en esta diversidad de opiniones, yendo aquí, marchando acullá, gastamos todo cuanto teníamos. Al cabo de algun tiempo murió mi padre, y yo quedéme á la limosna como veis.

—¿Pero usarcé no sabia tambien el oficio de su progenitor?

—Ya lo creo; si hubiese trabajo, otra seria mi suerte.

Alcocer avanzó hasta el pobre, y con aire de suma vanidad, repuso:

—Habeis dicho que careceis de trabajo: pues bien, yo sé quien puede proporcionárosle, si no soís exigente en las condiciones.

—¡Exigente! A cambio de que me dieran de comer, ofreceriales yo primores.

—Pues no hay más que hablar; tendreis comida abundante, y la parte que os corresponda en las ganancias que obtengamos.

—¿Vais á trabajar en este pueblo?

—Sí, como el regidor nos dé su permiso. Desempeñaremos la farsa intitulada el *Dragon de las siete uñas, ó los amores de la princesa diabólica.*

—¡Hermoso título!

—Gracias, hermano...

—Rafael; tal es mi nombre.

—Pues bien, amigo Rafael, en esa farsa compuesta por mí, entra la pólvora á desempeñar un gran papel. Ya os explicaré el argumento de la comedia.

—Desde ahora me asocio á vuesasmercedes; acepto el papel que en la compañía me asignan, y les invito á disfrutar en el campo próximo, de lo único que traigo en el zurron.

—¿Qué es ello?—preguntó Tendillas, abriendo mucho los ojos.

—Un pedazo de queso, una calabaza con vino, y un pan que he recogido de limosna.

—¿Y os vais á privar de estas cosas? No lo consentiré jamás.

—Ni yo.

—Ni mi persona.

—Ni esta mujer.

—Ni Clotaldo.

—Vaya, amigos, déjense de cumplimientos, que yo les hago la oferta con toda sinceridad.

—Siendo así... Mas os advierto, que yo no tengo apetito,—exclamó Alcocer.

—Ni nosotros tampoco,—añadimos los demás, aparentando indiferencia.

—La mañana convida al esparcimiento,—repuso Rafael.—Vámonos bajo uno de aquellos árboles que desde aquí se divisan; y mientras la procesion recorre el pueblo, almorcemos nosotros, que tiempo habrá de verla cuando regrese.

—Vamos, pues.

Emprendimos la marcha, y poco despues, nos hallábamos los seis, almorzando sobre robusto tronco.

No pudo ménos de admirarme la deliciosa perspectiva que ofrecian las montañas desde aquel lugar.

Todas ellas aparecian cuajadas de preciosas flores silvestres.

La fresa y el *chordon*, (1) veíanse allí en la mayor abundancia.

Ante aquel cuadro lleno de atractivos, no pude ménos de preguntar al hermano Rafael:

—Decidme, compañero, ¿están siempre como ahora esas encantadoras montañas?

—¡Ojalá fuese así, señor Clotaldo! Pero desdichadamente su vestidura actual, es no más que traje de primavera.

—¿De suerte que en el invierno?

—Cada una de esas flores que veis, es un copo de nieve; las montañas semejan blanca sábana, que al sentir el pié del viajero, suelen lanzarlo al abismo.

—¡Cáspita!

—Sí, señor Clotaldo, sí. No podeis suponer hasta qué punto es peligroso el atravesar la cordillera en la época de los hielos.

—¿Tanto, amigo mio?

—Como que los que vienen de Francia en direccion á Benasque, no tienen otro remedio, si han de atravesar la cordillera, que tenderse á lo largo sobre la nieve y deslizar su cuerpo por ella, hasta tocar la falda del monte.

—¡Por Dios vivo! me parece que yo seria capaz de descender por el monte á pié firme.

(1) Fruta del país análoga á la frambuesa, con la cual se fabrica un líquido dulce y delicioso al paladar.

—¡Desgraciada de vuestra persona, si tal intentáseis! Debo advertiros que muchos extranjeros, impulsados por inexplicable temeridad, han querido hacer lo propio.

—¿Y bien?

—Han sido víctimas de caidas terribles que les han causado la muerte.

—¡Líbreme el cielo de persistir en mi opinion!

—Señor Clotaldo, vos no sabeis lo que son los Pirineos. El puerto estrechísimo de Benasque, suele castigar con inesperadas lecciones, hasta á aquellos que están con él familiarizados.

—Gracias al Señor Misericordioso, hemos cruzado las montañas sin contratiempo.

—¿Y os habrán prevenido los de Bagueres, que al pasar la cordillera no levantáseis la voz?

—Sí, amigo mio, para evitar que las *litarradas* que llaman aquí, ó tempanos de hielo, que decimos nosotros, no se desprendiesen con la influencia del sonido, y arrastrasen nuestros cuerpos violentamente.

—Por eso mismo, es por lo que se prescribe á los caminantes, que guarden silencio absoluto al atravesar ese sitio.

—A la verdad, señores,—exclamó Alcocer,—que no hay gente que arriesgue tanto la vida, como los cómicos para ganarse un mal pedazo de pan.

—¡Ejemplo vivo de ello, somos nosotros! Y ahora que todos formamos una misma familia, os diré sin escrúpulos, amigo Rafael, que cuando me invitásteis á almorzar, tenia yo un hambre canina.

—Y yo lo mismo,—exclamó Ortiz.

—Pues no dejábamos de copiaros,—repusimos sucesivamente Tendillas, Maricuela y yo.

—¿Veis?—replicó Rafael con rostro alegre.—Pues si no hubieseis aceptado mi leal invitacion, ni fuerzas tendríais para presentaros á los regidores.

—Es cierto, hermano, es cierto.

—Ahora que hemos llenado el estómago, podemos obrar con más cordura.

—¡Tripas llevan piernas! Es indudable,—repuso Alcocer,—¿pero qué son esas luces que diviso á lo lejos?

—La procesion que regresa á la parroquia.

—¿Y es digna de verse?

—Nada de particular presenta, sino son los zapatos de oro con que los benasqueses calzan el pié del beato Marcial. Dejemos, pues, si os parece, que la procesion se disuelva, y luego nos encaminaremos á la plaza donde ha de tener lugar la fiesta de los sacos.

Todos los comensales aprobamos por unanimidad la propuesta del anfitrion, y esperamos el momento oportuno de que el pueblo se hallase reunido en la plaza.

CAPÍTULO XLVIII

Los preparativos de la farsa.

Cuando terminada la ceremonia religiosa pudimos advertir que la gente, atropada, encaminábase á la plaza del pueblo, seguimos á aquella los histriones.

Ya en el lugar aludido, confundímonos en la gran masa de los asistentes.

Espectáculo singular y verdaderamente alegre ofrecia aquel sitio.

Carros llenos de aragoneses por una parte; tablados ó improvisadas y toscas tribunas por otra; aquí, el gaitero rodeado de chicos; acullá, el grupo de mozos de ambos sexos que baila hasta más no poder. Sobre un tablon, los regidores, con el alcalde á la cabeza, y en medio del circo, la voz aguardentosa del progonero, que exclama:

—¡Ténganse allá; que van á salir los d elos sacos!

Decir esto el anunciante oficial y quedar la plaza completamente libre de gente, fué obra de un momento.

Cada cual dirijióse á su localidad respectiva.

El eco agudo del clarin dió la señal de aviso.

Seis aragoneses de buena estatura, aparecieron en la plaza.

Traian los ojos con vendas, y de medio cuerpo abajo, venian metidos en sendos talegos.

¿Qué ejercicio iban á desempeñar?

Colocáronlos en fila á los seis, y quedaron como estátuas.

El clarin volvió á sonar con más fuerza.

Entonces salieron aquellos hombres dando saltos enmedio de espantoso vocerío.

Una buena distancia debian caminar así, hasta dar con el punto de arribo.

Y como los seis se disputaban el premio con ahinco, era de ver el número incalculable de caidas, golpes y porrazos, que hubieron de sufrir en su carrera.

Naturalmente, los sacos en que los aragones tenian encerradas sus piernas, eran obstáculo más que insuperable, á tal efecto.

Quién, de aquellos gimnásticos, caia sobre uno de sus compañeros; quién, ya en tierra, arrastrábase como reptil, á fin de recobrar su primitiva posicion, colocándose en pié derecho. En una de estas evoluciones, el más bajo de todos, dió tres ó cuatro saltos enormes, y tocó la cuerda puesta horizontalmente para señalar el punto de arribo.

—¡Pascualet, ha ganado!—exclamó el alcalde con acento medio francés y medio catalan.—¡Suyo es el premio!—añadió.

—*¿Quiès apostate?*—exclamó lleno de envidia uno de sus competidores que era de la Almunia,—¿á qué no traes el chico en brazos desde una legua de aquí?

—¿Quién es el chico?—preguntó el regidor.

—¡Otra, qué diantre, seor alcalde! ¿pus quién ha de ser? ¡El burro!

En esto ví con asombro, que Alcocer y Tendillas, encamináronse al centro de la plaza, entonando estos versos con toda la fuerza de sus pulmones:

ALCOCER ¿Quién eres?
TENDILLAS. El soberano
De más poder y más brio.
ALCOCER. Aparta Luzbel impío
Que te responde un cristiano.
TENDILLAS. ¡Ese nombre!
ALCOCER. ¡Voto á bríos!
No te agrada, ya lo sé;
Más te juro por mi fé
Que mientras me ayude Dios,
He de pedirle de hinojos
Para su honor y tu mengua,
Que se te seque la lengua
Y se te cierren los ojos.
TENDILLAS. ¡Cobarde!
ALCOCER. ¡Sella tu labio!
Viene en mi auxilio la luz;
¡Besa si puedes la cruz
Y así obrarás como sabio!

—Tendillas cayó en tierra súbitamente.

Alcocer hincóse de rodillas, diciendo:

¡Murió! ¡Bendito el poder
Que alcanza en su eterna gloria,
Aniquilar la memoria
Del infame Lucifer!

—¡Vítor! ¡Vitor!—gritó el pueblo en masa.

—¡Son histriones!

—¡Son comediantes!

—¡Deteneos ahí, que ahora bajamos!—exclamó el alcalde dirigiéndose á Tendillas y á Alcocer.

Los dos amigos cruzáronse de brazos, el pueblo formó círculo en torno suyo.

Poco despues, comparecieron los regidores ante los artistas.

—Huélgome mucho,—repuso el alcalde,—de que tan oportunamente hayan venido vuestras señorías.

—¡Nostramo!...

—Lo único que nos faltaba para que fuese completa la fiesta de San Marcial, era un poquito de comedia.

—Tendránla vuesasmercedes muy interesante, si para representar nos autoriza vuestra ilustrísima.

—Desde luego teneis mi permiso; ¿cómo se llama la comedia que vais á hacer?

—Intitúlase *El Dragon de las siete uñas, ó los amores de la Princesa diabólica.*

—¡Diantre! Me gusta el mote de la farsa. ¿Hay pólvora?

—Ya lo creo; el hermano Rafael, á quien tengo el honor de presentaros, es el pirotécnico.

—¡Vaya en gracia!—contestó el alcalde.—¿Cuánto tiempo necesitan usirías para los ensayos?

—Señor regidor, nosotros no tenemos precision de ensayar.

—¿Traen vuesasmercedes los papeles aprendidos?

—Perfectamente; la señora Amarilis y mis cofrades Ortiz, Tendillas, Clotaldo de Riquelme y el polvorista Rafael, saben al pié de la letra su obligacion.

—Qué me place.

—En cuanto á mi persona,—repuso Alcocer,—nada debo decir, porque como autor de la farsa, pareceria elogio cualquier frase que emitiera.

—¡Modesto sois en demasía!

—Gracias mil, señor alcalde; vuestra calificacíon, es el título más valioso que pudiera yo alcanzar en mi carrera artística.

—¡Qué muchacho más sabio!—contestó el regidor sonriendo.

—¿De suerte,—preguntó Alcocer,—que no hay obstáculos para que la comedia se efectúe?

—¡Ninguno, caramba! La comedia se verificará cuando usarcedes lo dispongan.

—Pues esta tarde si gustais.

—¡Magnífico! Esta misma tarde saldremos todos á la palestra. Ahora, señor regidor, he de merecer de vuestra cortesanía, me señaleis el local que hemos de convertir provisionalmente en teatro.

—¿El local? Caballeros, ¿cuál os parece el más apropósito?

Uno de los regidores exclamó con gran seriedad:

—Pues el corralon de la tia Melitona.

—¡Soberbio! No hay en el pueblo otro más grande ni más ventilado que este. ¡Hola! Señor pregonero; recorred las calles y anunciad á todos que dentro de tres horas, habrá espectáculo en el corral de la tia Melitona.

—Una palabra, señor alcalde.

—¿Qué deseais?

—Pediros dos pequeños favores.

—Vengan.

—Primero, que como somos pobres, nos permitais poner á la puerta del teatro una batea, para que cada cual deposite allí la cantidad que guste.

—Concedido.

—Segundo, que inviteis á dos mozas del pueblo para que hagan el papel de damas.

—¿Tienen mucho que hablar?

—Tres palabras tan solo.

—Pues entonces mi hija Lucía y mi sobrina Dorotea, saldrán al corral vestidas de comediantas.

Todas las mozas del pueblo mostraron su disgusto ante aquella disposicion, exclamando:

—¡Claro, como es su familia!

—¡Y tienen para moños!

—¡Y son tan remilgadas!

—¡Y tan pizpiretas!

—¡Y tan marisabidas!

—Silencio, ¡vive Cristo! ó mando á la cárcel á todas las pelonas de la cristiandad,—gritó el alcalde golpeando el suelo con su vara.

Alcocer, ganoso de llevar la calma á las descontentas, díjoles:

—Estén vuestras personas tranquilas, pues como pensamos permanecer algun tiempo en Benasque, para todas habrá papel en las farsas que desempeñemos.

—¡Yo haré de reina!

—¡Yo de diabla!

—¡Esta de mora!

—¡Y yo de peste!—exclamó el regidor,—á ver si concluyo con todas las del pueblo. Id, maese Alcocer, á preparar el teatro, y no pareis la atencion en los caprichos de estas deslenguadas.

—Sí haré, señor ilustrísimo.

—Vos, Ramonet, acompañad á estos caballeros histriones al corralon de la tia Melitona, y que les facilite lo necesario para su empresa.

—Está bien, señor alcalde,—repuso Alcocer.—Vámonos; pero antes permitidme que bese con la mayor reverencia vuestras manos.

El alcalde accedió á la súplica del comediante, no sin exclamar henchido de orgullo:

—Repito que este mozo es una verdadera joya.

Los histriones, precedidos de Ramonet, y acompañados de las mozas Lucía y Dorotea, encamináronse al corral de la tia Melitona para convertirlo en teatro.

No tardaron mucho en llegar, y ya en la puerta de la mansion de la vieja, ésta salióles al encuentro, y díjoles:

—Queridos, lo sé todo: el señor alcalde ha dispues-

to de mi casa para que en ella se efectúe la comedia, y ha hecho muy bien.

—¿Gustais del arte, doña Melitona?—preguntó Tendillas á la vieja.

—¡Oh! amigo mio; tanto me agrada, que cambiaria por él las mayores diversiones que se me ofreciesen.

—Pues entonces os auguro que habreis de gozar extraordinariamente, con la farsa que pensamos ofreceros.

—¿Cómo se apellida?

—*El Dragon de las siete uñas, ó los amores de la princesa diabólica.*

—Título interesante en verdad.

—Ya lo creo; si conociéseis el argumento, os pareceria la obra mucho más importante.

—¡Ay! Decidme algo sobre la fábula.

—No quiero; porque despues encontraríais lánguida la comedia.

—¡Vaya por Dios! Pero no creo que tengais inconveniente en notificarme en qué época se desarrolla vuestra produccion dramática. Yo he leido mucho, y me es absolutamente familiar la historia.

—Que nos place,—exclamó Alcocer.—Pues, señora Melitona, satisfaciendo vuestra discreta curiosidad, os diré que la escena de la farsa tiene lugar en tiempo de Neron.

—¡Neron! ¿Uno que fué tesorero en las Indias?

—¡Escándalo inaudito de las aulas españolas! Señora nuestra, sabed que Neron no fué nunca tesorero de nadie.

—Entonces seria clérigo.

—¡Válame Nuestra Señora del Socorro! Estais cometiendo la mayor de las impiedades. Señora Melitona, Neron fué un personaje de la antigüedad que cometió los más horrendos crímenes.

—¡Lástima que no hubiese sido presbítero!

—¿Por qué razon?

—Porque hubiera yo facilitado á vuesasmercedes un gran traje para representar la comedia.

—¿Un gran traje decís, señora Melitona?

—Sí, amigos mios: la sotana que poseo de mi malogrado sobrino el sacristan de Benasque.

—¡Venga! A pesar de todas las históricas aberraciones, nos servirá para imitar la túnica de los romanos.

—Gran idea: tambien puedo facilitar á usarcedes una gran peluca.

—Esta para el diablo.

—Y unos zuecos.

—Para el bobo que ha de explicar el argumento.

—Armas no faltarán: ahí están la pala y el azadon de mi nieto Pepico.

—¡Soberbio!

—Y decidnos. ¿Disponeis de alguna escalera para el descenso del arcángel San Gabriel, que ha de venir á coronar á los virtuosos?

—La del granero es hermosa: no hace quince dias que la estrenamos.

—Pues no habemos necesidad de más.

—Nada, amigos mios, que no se escasseen los medios indispensables al mejor éxito de la obra.

—Con los elementos enunciados, saldrá completa y exacta.

—Si algo más requiriese vuestro anhelo, ahí están mis enaguas nuevas, mi jubon de acristianar y mi manto de Tarifa.

—Quedará el auto á pedir de boca.

—A eso aspiro; por lo demás sólo resta que sus señorías pasen á conocer el terreno que habrán de convertir en corral.

—Vamos allá, ilustre protectora de Talía.

La señora Melitona emprendió la marcha, y los histriones siguiéronla, no sin mostrar en sus rostros el profundo placer de que se hallaban poseidos.

CAPÍTULO XLIX

—

El dragon de las siete uñas.

Las cuatro de la tarde serian próximamente.

Los vecinos de Benasque, hallábanse congregados en la plaza.

Unánime alegria y animacion, reinaba en aquel sitio.

Las mozas, vestidas con sus trajes de fiesta, danzaban con los mozos hasta saciarse.

Algunos arageneses, repetian la peligrosa carrera de los sacos.

Otros, jugaban á la barra haciendo verdaderos prodigios de fuerza.

De pronto, y cuando los benasqueses estaban más entregados al placer, apareció el pregonero en la plaza.

Venia seguido de multitud de chiquelos.

Al ver aquel hombre, todos los aldeanos quedaron mudos como estátuas.

El pregonero, lanzó al espacio dos golpes de clarin, y despues de redoblar sobre el parche de su atambor, repuso:

—¡Ave María! Sepan todos cuantos están aquí, que los *cómicos de las comedias*, les aguardan en el corral de la tia Melitona. Muy pronto empezará la farsa.

—¡Al corral, al corral!—gritó el pueblo entusiasmado, abandonando la plaza con premura.

—¡Yo traigo en mi bolsa,—decian unos,—lo que he de regalar á los histriones!

—¡Tres pollos he mandado que me lleven á la puerta del corral para donárselos,—añadian otros.

—¡Vamos á priesa, que nos quitarán el mejor sitio!

—¡Adelante! Pues si no corremos, no tendremos comedia.

Discurriendo en estos dimes y diretes, arribaron los del pueblo á la puerta de la casa de la tia Melitona.

Esta estaba cerrada aún, esperando á que el Regidor y los síndicos, se hallasen perfectamente instalados en la presidencia.

El pueblo, que formaba ya larga cola en los umbrales del corral, comenzó á impacientarse porque no le abrian.

—¡Bomba! ¡Bomba!—gritó con todo lo poder de sus pulmones.

Y como ánima vengadora que viene á la tierra en

noche de difuntos, comenzó el pueblo á golpear con furia la puerta del corral.

Abrieron ésta súbitamente.

El público lanzóse al interior con imprudente violencia; empero Alcocer que allí estaba, gritó como un energúmeno conteniéndolo:

—¡Eh! ¡Ténganse allá los hermanos! ¿No ven la batea y el arca?

El recuerdo del histrion, paralizó un tanto los ímpetus de los espectadores.

Todos fueron depositando en aquellos objetos su óbolo.

Quién, dejaba caer un gallo ético y un par de embutidos en el arca; quién, media docena de huevos, hechos tortilla prematura por la priesa con que los arrojaba su propietario; algunos descolgábanse con media docena de *malacatones*, como les llaman allí; y no faltó quien tuviese la osadía de pagar su billete, en moneda vil de durísimo tasajo.

Dióse por muy satisfecho Alcocer con los productos obtenidos, y retiróse al escenario para vestirse.

Sus colegas estaban ya preparados.

Inútil seria, conocida como es de todos la forma en que se verifican en los pueblos las representaciones dramáticas, detallar el aspecto de la casa de la tia Melitona, trasformada á la sazon en teatro.

El inmenso corralon de la vieja, habíase encerrado en una especie de herradura rodeada de grandes tablones.

Cuantos bancos, sillas y taburetes encontráronse

en las casas contiguas á la de la dueña, fueron destinados al público.

El tablado ó escenario, era de no muy grandes dimensiones; pero facilitaba el espacio suficiente, á los histriones que debian actuar en la representacion.

Valiéndose Alcocer de cuantas mantas, cortinas y paños encontró en la casa de doña Melitona, logró vestir la escena, convirtiéndola en alcázar de reyes.

Todas aquellas telas hallábanse sujetas á un complicado maderámen, cuya clavazon no era tan segura, que evitase en instante dado, la conversion de los materiales del templo de Talía, en un monton de escombros.

La decoracion de fondo, caia sobre la puerta de entrada de un granero; en el cual habia puercos de distintas edades, y gallinas de diferentes procedencias.

Este local quedaba oculto á los ojos de los espectadores.

En el ángulo derecho que formaba con el tablado el telon de fondo, permanecia oculto el hermano Rafael, con todos sus útiles de pirotécnia, para cuando fuese llegado el momento de lucir la pólvora.

Ya en su sitio cada uno de los espectadores, el pregonero impuso silencio á la multitud, prévia la venia del alcalde.

Descorrieron los histriones la cortina, y apareció en la escena Ortiz.

Venia disfrazado de bobo; llevaba descomunal corcova; enormes pantuflas, largo ropon, y un gorro, con piel de liebre confeccionado.

Apenas apareció en el tablado, el comediante, se expresó del siguiente modo:

—Público ilustre, la diosa del arte me envia á decirte que vamos á representar dos farsas, de tres jornadas cada una.

Intitúlase la primera: *El dragon de las siete uñas ó los amores de la princesa diabólica.*

Tiene la segunda por nombre: *Neron ó el príncipe de la sangre.*

—¡Vítor, Vítor!—gritó el pueblo entusiasmado.

—Gracias, señores, gracias, por vuestra cortesanía,—contestó el histrion haciendo una reverencia.

—Pues como os decia, ilustres oyentes, el dragon mencionado, formará el primer número de la fiesta. ¿Quereis conocer el argumento de esta produccion meritísima?

—Sí, sí,—exclamaron varias voces.

—Paes vedlo explicado en breves frases:

Una jóven princesa de la Italia, era obsequiada por los caballeros de mejor porte y mayor fortuna de aquel país.

A todos ellos despreció la dama, cuyo corazon era de piedra.

Llamábase Rossina esta señora, y su doncella, jóven tambien de extraordinaria hermosura, mostrábase como su ama indiferente á cuantos la pretendieran.

El propósito de aquellas vanidosas, no era otro que el de fascinar á cuantos hidalgos se les presentaran, para gozarse luego en la desgracia de su amor contrariado.

Cierto dia conversaban acerca de sus conquistas las jóvenes.

La princesa reíase de dos caballeros que habíanse batido por ella: uno de ambos fué atravesado por terrible estocada.

El vencedor, encaminóse á casa de Rossina para solicitar su mano á cambio del triunfo obtenido.

Esta lanzó al verle una sonora carcajada.

—¿Creíais,—preguntóle con sumo descaro,—que yo iba á pagar con mi afecto la destreza de vuestras armas? Pues os engañábais villanamente.

—¡Señora!

—Id con Dios, y no os mostreis irritado en mi presencia, pues ni habré de tolerar vuestra descortesía, ni os amo, ni os amaré jamás.

El hidalgo mordióse los lábios de cólera, y abandonó la casa de Rossina, diciendo para sí:

—Permita el cielo, mujer infame, que tú y la doncella os enamoreis perdidamente de Lucifer y de algun amigo suyo: que ninguno de ambos os corresponda, que los sigais por todas partes, hasta que os lleven al infierno montadas en el dragon de las siete uñas, y que os caseis allí con los dos demonios para vuestra eterna condenacion.

—Así sucederá,—como vereis,—exclamó el bobo,—y ahora me retiro si me lo permitís, para que dé comienzo la primera jornada.

El público aplaudió el introito hasta rabiar.

Echaron de nuevo los histriones la cortina y descorriéronla poco despues.

Rossina, cuyo papel era desempeñado por la hija del alcalde, apareció postrada de hinojos.

En vano pretendia sujetar por la diestra á un caballero que intentaba huir.

Era el diablo disfrazado de noble.

La altiva princesa se habia enamorado perdidamente del mozo; éste desoia sus quejas.

La maldicion lanzada sobre Rossina, comenzaba á producir funestos resultados.

Muchos y muy altisonantes versos, surgieron del labio de los histriones.

Mas como en uno de ellos acertase á decir la hija del alcalde, cayendo en los brazos de su interlocutor:

—¡Yo te amo Diego, y me huiré contigo!...

—¡Eso no, diantre!—gritó levantándose de su asiento el verdadero novio de la muchacha.

—¡Bestia, salvaje!—exclamó el público indignado, —¿no ves que es broma?

—Pues repito que no se la llevará.

—Hará lo que mande el papel,—contestó el alcalde golpeando el suelo con su vara.

—¿Sí?—preguntó hecho un basilisco el enamorado. —Pues á ver si quiere más al demonio que á mí. ¡Toma!

Y esto diciendo, disparó un tomate con tal tino, que vino á reventarse en el tiznado rostro de Lucifer.

El pobre histrion quedó hecho una lástima.

La gente prorrumpió en estrepitosas carcajadas al verle.

Satanás limpióse como pudo, no sin que Rossina le ayudara.

Logró el alcalde restablecer el órden, y salió al tablado la doncella de Róssina, acompañada de una bruja.

Este papel iba á ser desempeñado por Amarilis ó Maricuela.

Ya así constituidos los actores, mantuvieron el siguiente diálogo, Rossina y Lucifer de una parte, y la doncella y la bruja de otra:

LUCIFER. Mientes, ¡vil! no sufres nada:
Tu corazon está seco.
ROSSINA. Ahora escucharás el eco
De mi voz enamorada.

Un gallo comenzó á cantar desaforadamente.

Gritos unánimes, carcajadas estrepitosas, cuchufletas y demás, sucedieron á esta escena.

—¡Silencio!—volvió á decir el alcalde.

El público prestó obediencia al mandato.

Entonces la bruja dirigiéndose á la doncella exclamó:

¿Dudas de mí?
DONCELLA ¡Yo, señora!...
BRUJA. Una prueba has menester,
de mi influjo y mi poder,
voy á prestártela ahora.
Ricardo, deja las graves
tareas de tú razon,
y entona alguna cancion
de las muchas que tu sabes.

Decir esto Amarilis, y gruñir como si fueran á matarlo uno de los puercos del granero, fué obra de un instante.

El público no pudo ya resistir aquel fracaso, y levantóse presa de terrible indignacion.

—¡Esto es una burla!

—¡Esto es un engaño!

—¡No se puede tolerar!

—Han venido á reirse de nosotros.

Tales eran las voces en que los del patio se deshacian.

Quiso Amarilis restablecer la calma y repitió con entonacion vigorosa aquellos versos que decian:

Y entona alguna cancion
de las muchas que tú sabes.

Pero sin duda la fatalidad perseguia á los histriones, porque al decir la moza su última frase, volvieron á gruñir los puercos del granero y á despepitarse en su cantar los gallos.

Ya la silba no pudo acentuarse más.

—¡Fuera, trapaceros!—gritó el alcalde, encarándose con los histriones.

—¡Muy bien, muy bien!—exclamó el público en masa.

—Una palabra, señores,—repuso Alcocer interrumpiendo la representacion.

—¡No hay palabra; que se vayan, que los maten!

—La pólvora, hermano Rafael, la pólvora. A ver si esta nos salva,—exclamó Ortiz á media voz.

Y cuando más acrecia el tumulto, salió silbando una culebrina que fué á perderse no se sabe dónde.

El público cambió de actitud; tranquilizóse un tanto, y ocupó nuevamente las localidades.

Un cohete y otro, fueron lanzados al espacio desde la escena, por un pequeño hueco que daba al campo.

—Esto ya es otra cosa.

—Es muy bonito.

—Mira, mira, Pepica, cuántas luces forma la pólvora al reventar.

—¡Humo! ¡Humo! ¡Y sale del granero!—gritó el alcalde desesperado.

—¡Bribones, incendiarios! ¡Han querido vengarse!

—¡Sálvese el que pueda!—dijeron varias veces, á la par que salia la gente del teatro en confuso tropel.

—¡Hija mia!—gritó el alcalde tomando en brazos á la suya.—El cielo te ha permitido escapar de las llamas. ¡Huyamos, huyamos!

El granero de la tia Melitona fué bien pronto pasto del voraz elemento.

Los histriones pudimos, gracias á Dios, ponernos á salvo, no sin correr como liebres.

¿Cuál habia sido la causa del percance?

Ni más ni ménos que la culebrina lanzada por el hermano Rafael, que fué á ocultarse en el granero.

CAPÍTULO L

El final de la partida.

—Casi milagrosamente,—siguió diciendo Pelaez,—dudimos salvarnos del siniestro los histriones.

El pueblo entero de Benasque debió, sin duda, lanzarse tras de nosotros.

Pero la carrera que tomamos debió ser de liebre acosada, porque nadie á nuestras espaldas vimos.

Ya en el campo todos los comediantes, Alcocer exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Nos hemos librado de las iras del público; ¡hermanos, adios, y sálvese el que pueda! Cada uno de nosotros, echó á correr en distinto rumbo.

Sólo la pobre histrionisa Maricuela ó Amarilis, quedóse rezagada; no he vuelto á saber más de ella ni de mis compañeros.

Cuando por la extension de la distancia recorrida

calculé que me habia puesto á salvo de las asechanzas de los benasqueses, detúveme para tomar alientos.

Sentéme á la sombra de un corpulento álamo, y cubriéndome con las manos el rostro, exclamé cediendo á una corriente de amarga tristura:

—Pobres padres mios; ya no me queda en el mundo mas consuelo que vosotros; correré á abrazaros: ¡menguada hora aquella en que abandoné el hogar, ganoso de honores y de fortuna!

El hombre que me tendió su mano protectora, el desdichado Scott, no existe: el huracan de las pasiones arrastró al abismo su alma. Vosotros, padres mios, ignorais á estas horas, que al autorizar mi partida con el breton, me causabais un gran perjuicio: deseando que vuestro primogénito obtuviese una posicion en el mundo, le abandonásteis á su suerte. Salí de mi casa con opinion de honrado, y volveré á ella con el estigma del asesino. Sí, yo maté á Santillana á traicion, por satisfacer la deuda contraida con el salvador de mi padre. ¡Infierno, pues que en ello te empeñas, yo te juro que no volveré á mi hogar, para que no tiemblen de vergüenza los labios, al imprimir un ósculo tiernísimo sobre la nevada frente de los autores de mis dias!

—En estas y otras tristes consideraciones,—continuó diciendo Palaez,—permanecí largo tiempo abismado.

Terrible lucha de encontradas ideas, mantenia á la sazon mi cerebro.

Al cabo de mucho pensar, exclamé, venciendo mi preocupacion abrumadora:

—¡Oh! No tengo otro recurso; volveré desde luego á mi tierra. Allí no han de faltarme, seguramente, las caricias de los pobres ancianos, que me vieron partir con las lágrimas en los ojos y el pesar más profundo en el corazon. El final del viaje emprendido por mi alma, no tiene más que dos recompensas; el suicidio, ó la misericordia de Dios, formulada en el perdon de mis padres. Busquemos éste, sí, busquémosle: aún es tiempo; quizás mañana sea tarde. ¡Vida amarga de aventuras y de desdichas; yo me despido de tí para siempre!

Como impulsado por satánica fuerza, abandoné el lugar que ocupaba y comencé á caminar sin rumbo y sin fortuna.

Quiso la suerte, que cuando marchaba así, divisaran mis ojos una pequeña casa, cuyos muros blancos como la nieve, pretendian vencer con su color el imperio de las sombras de la noche, próxima ya á llegar.

A la puerta de aquella humildísima mansion, aparecian sentados, bajo una parra, tres jóvenes, que á juzgar por sus trajes, debian ser aragoneses; dos de ellos, punteaban la vihuela con gran soltura, en tanto que el tercero, entonaba una jota con clara y argentina voz.

De cuándo en cuándo, tomaban un jarro que descansaba en una esquina del banco de piedra que ocupaban, y llevaban aquel á sus labios.

Largo tiempo permanecian saboreando el contenido de la vasija.

Así que hubieron dado gusto al cuerpo, el cantarito y

los músicos, retornaron á su primitiva tarea de gorjear y tañer.

Yo contemplaba, retirado á alguna distancia, aquel cuadro de dulcísima alegría, no sin verter lágrimas abundosas.

—Siempre lo mismo,—me dije,—ellos rien y gozan, en tanto que á mí me consume la pena; maldito mundo, siempre la ley del contraste presidiéndote: al lado de la planta ufana y vigorosa, el tronco desgajado y muerto; junto al alcázar del noble, la humilde choza del menesteroso, que ni áun derecho tiene para recoger sus migajas.

En tales pensamientos discurria yo, cuando ví salir por la puerta de la venta un vehículo enorme, cargado de pellejos.

Los músicos y el cantante cesaron en su tarea.

Entregaron las guitarras á una robusta moza que salió en pos del carro, y despues de abrazarla todos tres, exclamó el cantante:

—*Chiquia*, Roperta; expresiones á madre y hasta que volvamos.

—Adios, hermanicos,—exclamó la jóven,—y que vendais mucho.

Los dos músicos subieron al carro: el cantante quedóse á pié para hacer de zagal por un momento, y ya iban á partir, cuando acercandome á ellos, exclamé:

—Perdonenme, hermanos, si los detengo; ¿pero pueden oir una palabra?

—¡Dios la socorra!—contestaron los tres viajeros á una vez.

—Es que debo decirles...

—Que Dios le ampare; ¡canario con estos grandullones!

—¡Vaya á trabajar!

—¡O á servir en galeras!

—¡O á tirar de una carreta! ¡*cuidiao* con estos lechuguinos!

—Es que debo advertirles,—exclamé yo, poniéndome delante de las mulas,—que si no me oyen, soy capaz de contener á mordiscos las bestias, ó echarlas al suelo á puñetazos. ¡Voto á cien mil cuernos de demonios!

—¡Hola, hola, hola!—exclamaron en tono de burla los tres aragoneses.

—¿Se mofan vuesasmercedes?

—¡Eh! ¡Quítese allá!—exclamó intentando descargar un golpe sobre mí, el que de zagal hacia.

Pero apenas levantó el brazo, cuando cogíle por la muñeca é hícele caer en tierra con suma facilidad.

—¡Chiquio!—exclamó uno de los del carro.—Esa ya es otra cosa; ese hombre es un sabio; *cuidiao* si tiene *juerza*.

—¿Dudais todavía de mí?—preguntéles.

—¡Otra que diantre!—contestáronme.—¿Cómo hemos de dudar, cuando teneis más talento que Toribio, que no hay quien le aventaje en tirar la barra en todo Aragon?

—Pues entonces decidme si puedo hablaros.

—Venga, venga.

—El asunto es este; inquirir adónde os encaminais.

—Primero á Zaragoza, y á Pamplona luego, para vender un poco de vino.

—Me agrada vuestro viaje, y puesto que yo voy con rumbo á Salamanca; me atrevo á proponeros una cosa.

—¿Cuál es ella?

—Que me permitais ir hasta Navarra en vuestra compañía, á cambio de dos ducados y otros dos que llevo para la comida.

—¡De valde vendreis, canastos!—exclamó en un rasgo de honrada nobleza, Toribio.—El hombre que me vence á mí, no paga en ninguna parte, ¿lo entendeis? Sois un valiente; al carro, al carro, nosotros no queremos nada con tontos.

Con efusion estreché la mano de Toribio; subí al vehículo y á poco partió éste, no sin producir ruido infernal, mezclado con estas voces:

—¡Arre, Cordera! ¡Ala, Primorosa! ¡Corre, Capitana!

—Muy pesada se habrá hecho, señores, mi historia, y voy á concluir,—exclamó Pelaez.

Luego, se expresó de esta suerte:

—Omito relataros los infinitos accidentes que ocurrieran durante mi viaje de regreso al hogar.

—Baste deciros, que empleé muchos dias en la jornada; que gracias á los hospitalarios aragoneses no sucumbí de hambre, y que por fin, quiso el cielo ponerme frente á frente de mis antiguos lares.

El sol mostrábase claro y espléndido.

Las cumbres de la montaña coronábanse con el ma-

tiz purísimo de la atmósfera azul, y la arena del valle, convertida en granos de oro, recreaba la mirada del pasajero, que se extendia sobre la llanura, hasta encontrar como límite del horizonte.

Al trasponer la montaña, mis ojos se inundaron en olas de alegría.

Mi corazon latió con fuerza, mi labio balbuceó una plegaria: quise andar y no pude: mi cuerpo fué inclinándose poco á poco, hasta que caí de rodillas.

Habia divisado desde aquel lugar, la oscura torre de la iglesia de mi pueblo, con su empizarrado lustroso, con sus campanas mudas á la sazon.

Cerca del templo humildísimo, veia yo la antigua era, cuajada de doradas mieses hacinadas ya; el grupo de ancianos labradores, que departian en fraternal consorcio, el potro desenfrenado que libre del yugo, cruzaba á todo correr la pradera, sudoso, jadeante y con la crin al viento; la pléyade de alegres é inquietos muchachos, que ora acudian á robar nidos, ora acosaban á pedradas al pobre buey, rendido de fatiga y de cansancio.

Todo esto, en forma confusa y desordenada, acudia á mi mente, despertando á la par el recuerdo imborrable de los alegres dias de la niñez.

Mi madre, aparecia ante mi imaginacion, como dominando este cuadro de mis eternas alegrías.

El bueno de mi padre, con su faz severa, con su rostro tostado por los rayos del sol; con su mirada penetrante y expresiva, acudíame tambien en aquellos momentos.

La imágen del anciano, hacíase más perceptible y real á cada instante; todo era forjada ilusion de mis sentidos.

Despues de rezar mucho, y de llorar como un niño, decidíme á bajar al pueblo; emprendí la marcha; mas me detuve á los pocos pasos. Un presentimiento doloroso parecía anunciarme un gran contratiempo.

Para las almas acostumbradas á sufrir, la idea del placer, es un nuevo motivo de decepcion.

De tal suerte se funde el espíritu del hombre en los moldes de la amargura cuando esta le persigue constantemente, que no acierta á considerarse dichoso, si al lado del triunfo de la esperanza, no encuentra la compensacion del imposible.

Esto me acontecia á mí, señores escolares.

Confieso á vuesasmercedes, que nunca me conceptué más venturoso, que en las horas á que aludo.

Reproduccion viva del hijo pródigo, mi única aspiracion cifrábase en volver á la casa paterna, para reanimar allí mi frente, al calor de los grandes afectos.

¿Seria el cielo tan cruel que me negase esta dicha?

Pronto habreis de saberlo.

Inspirado por secreta voz, que llevaba la tranquilidad más halagüeña al ánimo, púseme en pié, y comencé á descender por la montaña.

A mis espaldas, hube de dejar gran distancia de terreno recorrido.

Al fin encontré me frente á frente de una larga carretera, á cuyos lados levantábanse gigantescos cipreses.

El remate de este camino, formaba una especie de herradura; la parte derecha de esta, perdíase en intrincado laberinto de enmarañado conjunto de árboles, sobre los cuales alzábase una cruz colosal, de tosca piedra construida.

El lado derecho de la, para mí desconocida carretera, confinaía con las primeras casas levantadas extramuros del pueblo.

Dolor inmenso hirióme en el corazon, al pensar que por las trazas, debia haber experimentado un cambio radical la modestísima aldea en que plugo al cielo, viese yo la luz por vez primera.

Pensando así, llegué al final de la extensa calle de árboles, y en lugar de encaminarme al pueblo, tomando la direccion izquierda, fuíme hácia donde la cruz de piedra se levantaba.

Bien pronto pude convencerme de la significacion que el santo emblema tenia en aquel lugar.

Llegué al pié de unos cuantos escalones, construidos de deleznable tierra; subí por ellos, y encontréme en una extensa plazoleta, de flores y verdura rodeada.

En el centro de la misma, erguíase la cruz que yo habia visto desde lejos.

Silencio sepulcral reinaba en aquel sitio; ni una muestra breve, ni un soplo de vida le daba alientos.

Con miedo invencible, con horrible pavura, miré á uno y otro lado; y cual si mi corazon me anunciase algun drama espantoso, quise retroceder. Era tarde ya.

Como el náufrago que busca la tabla á que asirse

para resistir el imperio de las olas, busqué yo algo con apariencias de viviente realidad, que me libertase de mis mortales temores.

No tardé mucho en hallarlo.

Al pié de la cruz, cubierta con negro velo, llegó una mujer, cayó de rodillas, y quedóse orando, completamente inmóvil.

Recatándome cuanto pude, avancé hasta ella sin hacer el menor ruido.

—Perdonadme, señora,—díjele á media voz.

—¿Qué quereis?—preguntóme volviendo la cabeza y dejando ver su rostro de arcángel, embellecido por las perlas del llanto.

—Señora,—añadí,—indiscrecion punible es la mia al interrumpir vuestras plegarias. Excusadme. Si no fuese un forastero que se ha extraviado en su ruta, no me atreveria á preguntaros donde estoy.

—Fácil es saberlo,—contestó la jóven,—si quereis seguirme.

—Estoy, señora, á vuestras órdenes.

Sin articular más palabras, púsose la dama en pié y emprendió su camino á espaldas de la cruz.

Seguíla yo, y á poco nos encontramos en un pequeño campo rodeado de toscas piedras.

Por un ángulo accesible al mismo penetramos.

Sobre el terreno aquel veíanse dos grandes losas; ambas hallábanse rodeadas de musgo, y amapolas y flores silvestres.

Acercámonos á una de ellas, y cayendo la jóven de hinojos, exclamó deshecha en llanto:

—Leed esa inscripcion; ella os dirá que aquí están enterrados mis padres.

—¡Santo Dios! ¡El cementerio!—exclamé con exaltacion creciente.

—En él estais,—contestó con severidad la jóven.

—¡Lo primero, lo primero que se ofrece á mi vista al volver al hogar: la muerte como final de la partida!

—Señora, señora,—pregunté á la jóven temblando, —¿y aquella otra losa?...

—Venid y leed.

Con paso vacilante acerquéme al borde de la otra tumba.

Bajéme poco á poco, y lanzando un gemido terrible, leí estas palabras:

¡Pelaez. Manuel é Irene! R. I. P: ¡Hijo no nos olvides!

—¡Madre! ¡Padre mio! ¡Muertos! ¡Mentira!—grité cayendo sobre la tumba y cubriéndola de besos y de lágrimas.

—¡Vuestros padres!—exclamó la jóven llena de espanto.

—¡Sí! Yo soy su hijo; el desdichado hijo, que no puede lavar sus culpas con la última palabra de perdon de los que le dieron el sér.

—¡Oh! No digais tal; no ofendais á Dios, negando la merced de su misericordia.

—¡Señora, eran mi único consuelo mi sola esperanza!

—La misma desgracia nos une, caballero.

—Verdad, hermana mia, verdad,—contesté á mi cariñosa desconocida, tendiéndola los brazos.

—Pelaez,—me dijo;—vuestra madre os dió al morir su bendicion, y os envió sus besos. Vuestro padre articuló al espirar estas palabras: «Partió siendo honrado; volverá como se fué.»

—¿Eso dijo?... ¡Santo Dios! ¡Mi pecho se abrasa; mis ojos se cubren de espesas nubes! ¡La voz!... ¡Padre, madre mia!... ¡No puedo... no puedo más!

Y caí en tierra, como herido por una exhalacion.

. . . . . .

. . . . . .

—He terminado mi historia. ¿Qué os ha parecido, señores escolares?

—¡Que sois un ingénio privilegiado!—contestó el bachiller Sandoval.

—Un gran inventor,—repuso el estudiante Iñiguez.

—¡Las forja al vuelo!—exclamó otro de los sopistas.

—Señores; amigos mios,—exclamó con tono triste Pelaez:—la historia referida, no es uno de esos cuentos con que á menudo os distraigo.

—¡Jesucristo!—exclamaron á una los escolares.

—¡Qué! ¿Os deshonra, ¡vive Dios!—exclamó Pelaez,—el haber comido á la mesa con el asesino de Santillana?

—¡Oh! Nunca, nunca: no mereceis ese nombre.

—Verdad decís,—exclamó Pelaez:—yo fuí el hijo de la fatalidad, el mártir del destino. ¡Hija! ¡Esposa mia!

Las dos mujeres acudiéron al llamamiento.

—Aquí tenéis,—exclamó Pelaez abrazándolas,—las

que me han convencido de que yo no soy un criminal: esta, mi esposa, fué aquella que cubierta de tupido velo, me enseñó la tumba de mis padres; esta, mi hija, la que puede patentizaros, que quien educa á los hijos en el santo temor de Dios, en el respeto á la familia y en el amor al trabajo, merece título más valioso: el que presta la virtud.

Pelaez quedó en pié, y su esposa y su hija de rodillas, con las cabezas reclinadas sobre las manos del ventero.

Los estudiantes desfilaron ante aquel interesante grupo, sin osar desplegar los labios para no quitarle su solemnidad.

A poco, hallábanse fuera de la hostería.

Y sumamente impresionados, encamináronse á la capital de Salamanca, no sin decir cada cual para sus manteos:

—Dios nos libre de que el destino se empeñe en que para realizar el bien, tenga el alma que llamar en su auxilio á la menguada culpa, que todo lo ennegrece y afea.

CAPITULO LII

El regidor Vizcarrondo.

Vivia en Salamanca, allá por el año de 1510, un hidalgo de andaluza cuna, y cuyos antecedentes é historia, eran por demás curiosos.

Descendiente el caballero, por remotas líneas, de alguno de los que acompañaran á Pelayo á su gloriosa empresa del Auseba, conservaba en sus gustos é inclinaciones el sello característico de la familia asturiana.

Era pleitista por temperamento; orgulloso por idiosincrasia; dado á los motes y apellidos por tradicion; nunca alternó con los humildes; jamás estrechó mano de plebeyo; en toda su vida reconoció afinidad con parientes pobres, y nunca (á pesar de tenerse como postura aristocrática), anduvo con la cabeza un poco inclinada, sin duda, porque segun él decia, el rostro de los de su raza habíase creado para hacer la competencia al sol.

Marcial de Vizcarrondo, llevaba por nombre y apellido el hidalgo; rayaba á la sazon en los cincuenta y cuatro Abriles, y mostrábase bajo de estatura y abultado de abdómen, efecto de su violenta gimnástica costal, para conservarse recto y erguido.

Lo que de ejercicio de espalda y pecho sobraba al andaluz, faltábanle á sus piernas; pues eran tan escuetas y magras, que más parecian patas de jilguero que remos de hombre.

Descomunales y juanetudos piés, encerrados en especie de negras falúas, ó zapatos por mal nombre, mantenian en posicion vertical el rarísimo cuerpo de Vizcarrondo.

Y como éste se destacara redondo y esférico sobre aquellas extremidades apenas perceptibles, dió la gente en la flor de llamar á Vizcarrondo; la bola negra primero, el morcillon despues, y el regidor Vejiguilla más tarde, apellido que le persiguió durante todo el resto de su vida.

En cuanto al rostro del caballero algo puede decirse: hallábase éste matizado á trechos de manchas herpéticas; pero de tan subido color, que á las veces permitia sospechar en Vizcarrondo, un decidido afecto por el zumo de las uvas.

Suposicion menguada y desprovista de razon era ésta. El andaluz no bebió nunca sino agua, y alguna droga en que predominaba el azufre, que le propinaron los galenos para ver de purificar su sangre.

Ostentaba el hidalgo sobre una boca nada breve, cerdoso y retorcido bigote, y daba albergue bajo el la-

lio inferior, á una perilla de diabólica hechura, que iba á perderse entre los pliegues almidonados de su gola.

Ojos pequeños y de penetrante mirar poseia Vizcarrondo; mas como éstos acostumbraran á vestirse de colorado, no quiso su dueño en ocasion alguna mostrarlos á la gente con tan llamativa tintura.

Al efecto, castigó tamaña desvergüenza, tapándola con sendas gafas verdes, las cuales hallaban cómodo espacio y ámplio sosten en las narices de su señoría, que por lo gruesas parecian trompo, y remolacha por su matiz avinatado.

Espesa cabellera gastaba el regidor, y sobre el cráneo del mismo veíase siempre su gorra de terciopelo negro; de ésta, partia blanca pluma sujeta con rico broche de preciosas piedras.

Marcial de Vizcarrondo fué dos veces casado: la primera, con doña Aldonza de Ossorio, dama de aristocrático linaje y no escaso caudal; la segunda con doña Juana de Herrera, señora de tan ilustre prosápia y saneada dote como la anterior.

Apenas tuvo lugar el matrimonio del andaluz con su primera consorte, inicióse el más descomunal de los pleitos entre Vizcarrondo y el tutor de su esposa, que habia quedado huérfana siendo muy niña.

La causa de la contienda jurídica no fué otra que la terquedad, orgullo y excesivo amor propio, del regidor.

Al entregar á doña Aldonza su tutor la fortuna que los padres de la jóven dejaran á ésta, empeñóse Vizcarrondo en hacer una liquidacion de cuentas tan

minuciosa y detallada, que nada faltó para que el tutor enloqueciese.

—¡Yo no me he comido nada; soy un hombre honrado; entiéndalo vuesamercé,—exclamaba el tutor hecho un basilisco!

—¿Se han empeñado ucedes en matarme á disgustos? ¿eh? pues no lo conseguirán, ¡vive Cristo!—exclamaba furioso el regidor.—Aquí, ¡voto á brios! se ha de poner en mis manos hasta el último real. Las rentas de las fincas, deben ascender al doble de lo que se me entrega, y por quien soy, que habrá pleito, pleito y más que pleito.

Y así aconteció: el pleito vino, el tutor probó claramente su rectitud en el manejo de los intereses de su pupila, y Vizcarrondo fué sentenciado á pagar las costas del litigio; y una indemnizacion á su contrario, por los graves perjuicios que le causara.

Enferma de aburrimiento y tristura, por ver tan descompuesto á su marido, hallábase doña Aldonza, cuando le fué leida la precitada sentencia.

El regidor escuchó tal lectura, interrumpiéndola con voces desaforadas, extridentes gritos, juramentos é imprecaciones: quiso matar al escribano que la relató, le dió de puñadas despiadadamente, lanzólo de su casa, no sin calificarle de ladron y de judí.; maldijo delante de su mujer la hora en que se habia casado con ella, y hasta llegó á decir al actuario en un acceso de cólera:

—Id, villano, y decid de mi parte á esos follones de jueces, que no pienso darles gusto; que no cumpliré su

sentencia, y que primero me harán pedazos, que pagar un maravedí.

El escribano cumplió tan al pié de la letra el encargo del regidor, que á los cuatro dias fué este condenado á un mes de destierro por irreverencia á la justicia de Su Majestad.

Toda esta serie de diarias contrariedades acrecentó el mal de doña Aldonza; la cual, á obra de dos meses bajó al sepulcro, dejando en la viudez al basilisco de Vizcarrondo, que no tardó mucho en consolarse de la pérdida experimentada.

Pobre, y aburrido de no figurar, encontrábase en Madrid el hidalgo, cuando en fuerza de poner en juego sus múltiples relaciones, logró ser designado para regidor.

Entonces fué ella: Vizcarrondo púsose más inflado que pompa de jabon; abandonó por pobres á la mayoría de sus amigos; hízose dar tratamiento de ilustrísima por los criados, pretendió el hábito de Santiago, aunque sin fruto, por no tener completas las probanzas exigidas; conspiró, buscando una ejecutoria de duque, y tantas otras cosas de este jaez llevó á efecto, que se tornó verdaderamente insoportable para cuantos tuvieron el sentimimiento de conocerle.

En estas empresas andaba metido el bueno de don Marcial, cuando hubo de interponerse en el camino de su vida, la ilustre señora doña Juana de Herrera.

En un sarao conociéronse el regidor y la dama; y al punto, sintieron sus corazones mutuo afecto é inclinacion.

Los padres de la jóven apercibiéronse luego de tal simpatía; y halagados por la posición oficial de Vizcarrondo, franqueáronle las puertas de su palacio, muy dispuestos á otorgarle la mano de doña Juana, á la primera indicacion que el regidor hiciese.

Resultado de tanta cortesanía fué, que á los dos años de esto, se verificase el matrimonio de la hija de Herrera con don Marcial.

Y héte aquí ya, casado en segundas nupcias, al finchado munícipe.

La inmensa fortuna y vanidad extrema de doña Juana, no permitieron á Vizcarrondo continuar en sus preocupaciones primitivas.

El regidor tenia verdadera fiebre de pleitos; mas la buena señora se armó de energía, y aplacó los desatentados propósitos de su marido. Cuando este intentaba proponer alguna contienda litigiosa, al punto salíale al encuentro doña Juana, diciéndole:

—Ya te he dicho, pariente, que no quiero meterme en negocios de justicia.

—Esposa,—contestábale don Marcial,—muy mal haces en no dejarme proceder con entera independencia. Tu casa goza desde mucho tiempo há de grandes privilegios y no es razon que por tu terquedad prescindamos de reclamallos en juicio.

—Digo que no, y no,—contestaba la de Herrera.

Pero el fanfarron de su marido no hacia el menor caso de estas indicaciones.

Resultado de tales dimes y diretes fué que Vizcarrondo se saliese con la suya.

Liquidó gran parte de la fortuna de su consorte y la aplicó á un negocio de minas.

Mas estas se aguaron, quebrando bien pronto la empresa, y dejando en la calle á los accionistas, entre los cuales figuraba Vizcarrondo como uno de los primeros.

Y aquí fué Troya.

Al verse la de Herrera arruinada, llenó con razon de denuestos á su desatinado marido.

Maldíjole una y cien veces, renegó hasta de la hora en que se habia casado con él, y decidióse á no vivir más con aquel basilisco.

Así aconteció. Los padres de doña Juana llenos de tristura al ver la desgracia que le habia cabido á su hija al topar con un hombre de tan poca sal en la mollera, decidiéronse á separarla de él.

Juró, pateó y gruñó Vizcarrondo al ser noticioso de esta medida, mas tuvo que resignarse de grado, porque doña Juana ofreció darse la muerte antes que continuar viviendo al lado del regidor.

Y héte aquí ya al mismo, en pleno período de desgracia.

Mas esta no se limitó á la separacion exclusiva de los cónyuges.

Al poco tiempo de ocurrir esta desdicha, murió doña Juana en el extranjero á donde se habia trasladado.

Los pocos recursos que le habia dejado libres su marido, gastáronse en visitar médicos notables y en apurar todos los recursos de la ciencia, para que

doña Juana se restableciese en su quebrantada salud.

Los padres de la señora habian muerto hacia bastante tiempo, y la fortuna que estos legasen á su hija, fué tan escasa, que se consumió bien pronto con todo lo demás de su dote.

Serie tan dilatada de contrariedades, habia de consumir necesariamente las fuerzas físicas y morales de la de Herrera, dando finalmente con su cuerpo en la tumba, segun acabamos de decir.

Lloró y retorcióse de pena Vizcarrondo al saber el fallecimiento de su consorte, y fué más íntimo su duelo, cuando abierto el testamento de doña Juana, sólo se halló que dejaba en él, el suplicatorio para que rezase muchos *Pater Noster* y *Ave Marías* por su ánima.

¿Qué hacer en aquella situacion?

Descender del pináculo de la abundancia á los abismos de la pobreza por caprichosas maquinaciones del destino, es siempre doloroso; pero cuando el individuo se ocasiona este mal por sus propios desaciertos, entonces debe convertirse en martirio el dolor.

Tal le aconteció á Vizcarrondo.

Pobre, viudo segunda vez y sin esperanza de volver á sus antiguos esplendores, el hidalgo contrajo en Madrid, donde se hallaba, una pasión de ánimo tan intensa, que estuvo á punto de lanzar su cuerpo á la sepultura.

Mas apiadado, sin duda, el cielo, de su afliccion, acudió á remediar la natural tristura del caballero, en la forma y manera que se dirá en el capítulo entrante.

CAPÍTULO LIII

—

Los amores del tutor.

Precisamente, con la caída y tristura del regidor, coincidió el enfermar gravemente un hermano del hidalgo, que, muy acaudalado, vivia en Salamanca.

Una sola hija tenia éste, la cual rayaba á la sazon en los diez y siete abriles, y tan bella y encantadora se mostraba la jóven, que hubiera sido capaz de inspirar envidia al mismo sol.

Dorotea llevaba por nombre la muchacha y *querubin* por sobrenombre, y á la verdad que no se equivocaron los que así la reconocieron, pues rayaba la niña tan alto en dotes personales, como en belleza.

Jamás se vió rostro tan perfecto, ni alma tan pura como la de la sobrina del regidor.

Era ésta de elevada estatura, de talle gentil y airoso, majestuosa en el andar y llena de elegancia en todos sus movimientos.

Rostro ovalado, grandes ojos azules velados por largas pestañas, boca brevísima, y conjunto, en fin, lleno de atractivos, tales aparecian las principales cualidades físicas de Dorotea.

Como era lógico, tratándose de una jóven que reunia tantos méritos, no habian de faltarla pretendientes.

Empero don Bernardo, que así se llamaba su padre, no encontró ninguno digno de ella.

Todos los solicitantes parecíanle pobres y exentos de títulos para poseer la mano de su hija.

Dorotea, cuya modestia rayaba á gran altura, veíase obligada á acallar los impulsos de su corazon por no disgustar al bueno de don Bernardo.

Muchos jóvenes declaráronle su afecto; entre estos alguno le pareció á la muchacha muy bien; empero consultada la cuestion á su padre, persistió en su tenaz negativa, so pretexto de la falta de posicion de los pretendientes.

Como era natural, la jóven cayó bien pronto en el abatimiento, y entregóse á funesta tristura.

Don Bernardo desesperábase ante la situacion de su hija, y quería lograr por medio de amargas reprensiones, lo que no habia conseguido por la persuasion.

Y tanto y tanto llegó Vizcarrondo á irritar á la jóven, que olvidando ésta los respetos naturales debidos al autor de sus dias, llegó á exclamar perdiendo la paciencia:

—Es inútil cuanto hagan por impedírmelo: ó me caso con el primero que se presente, ó me arrojo desde el terrado á la calle.

—¿Eso harás, bellaca?—rugió al oirlo don Bernardo.—Pues por quien soy te aseguro, que antes de que tal acontezca, te habré de arrancar el pellejo. Ya verás, ya verás la que te espera.

Mas no pudo realizar Vizcarrondo sus propósitos, porque á los pocos dias, cayó enfermo muy gravemente.

Entonces se acordó de su hermano don Marcial, que viudo se hallaba á la sazon en Madrid.

Escribióle y díjole, que estando próximo á la muerte, le llamaba para despedirse de él, y encargarle de la tutela de su hija.

Vió don Marcial el cielo abierto al recibir esta carta; pues si bien le apenaba la situacion de su hermano, se acordó del saneadísimo caudal de su sobrina.

Y como los duelos con pan son ménos, si dón Bernardo moria, presto podria consolarse don Marcial.

Quizás Dorotea se enamorase de su tio, y entonces el regidor habria hecho su completo negocio.

Casado de terceras nupcias, y con mujer rica tambien, sus males quedaban concluídos para siempre.

Ante estas consideraciones pensó don Marcial en trasladarse inmediatamente á Salamanca.

Renunció su cargo en la córte y partió para dicha ciudad como alma que lleva el diablo.

Cuando llegó á ella, don Bernardo vivia aún; empero la gravedad de su mal acrecia por instantes.

El paciente, con voz entrecortada y sin alientos casi, exclamó al ver á su hermano:

—Marcial, voy á morir; pero me queda el consuelo

de que cuando yo falte, atenderás á Dorotea con paternal solicitud.

—Sí, hermano mio, sí.

—Quiero que seas su tutor; que no me la dejes de la mano, y muy especialmente te recomiendo que no me la cases con pobre.

—¿Aunque sea virtuoso?

—Aunque sea un santo: en este mundo hay muchos *pincha-peces* que andan buscando gangas, y ni nuestro limpio linaje, ni nuestra extirpe, nos permiten que Dorotea venga á caer en manos de uno de ellos.

—Bien está, hermano; haré lo que tú me ordenas, —contestó con voz emocionada don Marcial.

A las pocas horas de verificarse esta conferencia, entregaba don Bernardo su alma á Dios, en medio de las lágrimas de sus allegados.

. . . . . .

¿Qué aconteció despues de la muerte del caballero?

Trascurrido el período del luto natural, comenzó el bueno de don Marcial de Vizcarrondo á hacer de las suyas.

Con lujo inusitado montó su casa y fuese á vivir en ella con su sobrina.

La infeliz Dorotea ignoraba que todo aquel boato, era adquirido con su propio dinero.

Creia que don Marcial era rico, y ante esta idea no se curaba de otra cosa.

Mas no faltó quien á la jóven dijese, que su señor tio y tutor estaba robándola de una manera descarada.

Entonces la muchacha, con singular habilidad, con

acento dulce, y con frase por demás expresiva, dijo en cierta ocasion al hidalgo:

—No extrañará vuesamercé, señor tutor, que le haga una pregunta.

—Dispuesto estoy á contestarla, Dorotea.

—Quiero que me diga vuesaseñoría, si me otorgaria su autorizacion para casarme.

—Cuando llegue el caso de que esto acontezca, hablaremos.

—Es, señor tio, que ha llegado ya.

—¿Qué significan esas palabras? ¿Ignora vuesamercé los derechos que hubo de concederme mi difunto hermano sobre su persona?

—Señor tio, los conozco perfectamente.

—Entonces me extraña...

—De nada tiene que extrañarse vuesaseñoría; he pensado en no quedarme para vestir imágenes, y realizaré mi idea, pese á quien pese.

—Pues yo digo que encerraré á vuestra soberbia persona en un monasterio, para ejemplo de pupilas deslenguadas.

—Pues yo ofrezco que no iré.

—¿Cómo se entiende?

—Llevaremos la cuestion á los tribunales, y allí, señor tio, dará vuesamercé cuenta del estado de mi dote, de los intereses que debe haber producido, y de las diferencias que en ella puedan advertirse desde que se la entregaron.

Dió la jóven la vuelta, y el ex-regidor estuvo á punto de caerse de espaldas.

Al ver Vizcarrondo la entereza de su sobrina, tembló como un azogado.

Recordó sus antiguos litigios, y las desgracias que por ellos le vinieran, y exclamó para su coleto:

—Si Dorotea me obliga á entendérmelas con la justicia, estoy perdido.

La muchacha ignora que con su dinero he emprendido muchos negocios temerarios, que han dado en tierra con buena parte del caudal.

Iré á prisiones de seguro por mi conducta, y en esta ocasion voy á pagarlas todas reunidas.

¿Cómo hacer, Dios Santo, cómo hacer para que no se descubran estos gatuperios?

¡Ah! qué idea: ha llegado el momento de que yo declare á mi sobrina, la pasion que por ella me consume.

Si logro obtener su mano, todo sale á pedir de boca. Marcial, ponte guapo, y procura interesar el corazon de ese querubin.

Desde aquel dia mostróse Vizcarrondo con Dorotea afable y galanteador en sumo grado.

El hidalgo no paraba mientes en requebrarla á la menor ocasion.

Colmaba de obsequios á la jóven á cada instante.

Pero lo hacia con su propio dinero.

Como las mujeres son de la piel del diablo, Dorotea propúsose engañar á su tio.

Hízole creer que le amaba, y al efecto le dijo cierto dia:

—Señor: la verdad es que cualquier dama se honraría con poseer vuestro corazon.

—¿Qué dices Dorotea?

—Digo, que... la verdad; tiene vuesamersé encantos irresistibles.

—¡Oh! no me hables de ese modo,—repuso don Marcial derritiéndose de placer.

—Sí, señor tio, sí, vuestra apostura, vuestro entendimiento inspiran las más nobles pasiones.

—¿Es cierto, sobrinita, que sientes lo que dices?

—Ciertísimo, tio de mi alma.

—¡Oh! no me trates con tanto respeto, pimpollo. Expliquémonos claramente: si tú me amas como yo á tí, debe cesar entre nosotros todo cumplido.

—Pero...

—Nada: dime con toda franqueza, si estás dispuesta á quererme.

—Sí, señor.

—Magnífico. ¿De suerte que no tendrías inconveniente en casarte conmigo?

—Don Marcial...

—Responde categóricamente.

—Pues bien, seré franca: me casaré con vuesamercé...

—¡Oh! ¡qué dicha!

—Cuando me haya demostrado hasta la evidencia que me ama de verdad.

—Dispuesto estoy á probarlo, dentro de pocos dias se verificará nuestra boda.

—No haremos tal: soy mujer muy exigente y no

me basta con que un hombre me diga que me ama, á tontas y á locas.

—Sobrina, ¿dudas de mis palabras?

—No, don Marcial; pero necesito que nuestras relaciones duren dos años, por lo ménos.

—¡Dos años!

—Tiempo no muy largo para que una dama de juicio vaya al altar, convencida de que es profundo el afecto de su consorte.

Vizcarrondo frunció el entrecejo, y tornándose de amable en arisco, repuso:

—¿Sabeis lo que os digo, señora Dorotea?

—¿Qué, señor?

—Que es mucha vuestra exigencia y corta mi dignidad, cuando permito que me vengais con imposiciones.

—¡Caballero,—exclamó Dorotea poniéndose en pié,—si tan alto raya vuestro orgullo que creeis que una dama honrada ha de volverse loca por que le ofrezcais vuestra mano, rompamos nuestro compromiso, pues yo no pertenezco á esa clase.

Y ya iba la jóven á abandonar á don Marcial, cuando éste, cayendo de rodillas, repuso:

—¡Oh! no te alejes, ídolo de mis ensueños; yo te amo con toda la fuerza de mi corazon. Si tú me faltaras, la vida me seria inútil; haré cuanto quieras; esperaré á recibir tu mano, todo el tiempo que gustes. ¿Estás contenta, tórtola mia?

—Sí, Marcial de mi alma, sí.

—¡Oh! Tus frases devuelven á mi pecho la tranqui-

lidad; júrame, ofréceme, Dorotea, que no serás de otro.

—Jurarlo no puedo á fuer de buena cristiana.

—Bien, bien; pero sí me lo prometes; ¿no es cierto?

—Así lo hago, querido Marcial.

—¡Déjame, déjame besar tus manos de arcángel!—exclamó con tono apasionado Vizcarrondo.

—Líbreme Dios de incurrir en pecado: ínterin no sea vuestra esposa, he de guardarme de toda tentacion.

—¡Ay, ay, ay, sobrina! ¡cuándo llegará aquel dia feliz!

—Vendrá al cabo, no lo dudes, tiito de mi alma.

—Interin esto sucede, Dorotea de mis ensueños, ya verás, ya verás, adonde llega la constancia de un hombre enamorado.

—Así lo espero,—repuso la jóven.—Hecha esta confesion, á sus habituales tareas cada cual.

—Razon tienes, esposa mia; no debe apurarse nunca de un sorbo, la copa de la felicidad.

—Adios, pues, pichoncito de mis ilusiones.

—Adios, estrella de mis esperanzas.

Vizcarrondo hizo ademan de lanzar un beso al espacio y salió de la estancia.

Ya hallándose fuera de ésta, exclamó:

—¡Dorotea, has caido en mis redes; casado contigo, me libraré de dar cuentas de tu fortuna y de los desaguisados que en ella *fice!* ¡Qué pillo, qué pillo soy!

La jóven, así que hubo salido su tio, exclamó lanzando una sonora carcajada:

—¡Imbécil! Lo has creido todo y supones que no alcanzo tus marrullerías.

Por robarme lo mio, por disfrutar de mi dote, has pretendido enamorar á la niña inocente; ¡ah! bellaco villano, no sabes con quién te las has.

Si yo no hubiera dado oidos á tu amor engañoso, me habrias encerrado en un monasterio á la fuerza.

Pero el tonto has sido tú: espera dos años, dos años, sí, el tiempo suficiente para que se haga bachiller, el único hombre á quien amo, y con el cual he de casarme pese á quien pese.

—¡Oh, mi amadísimo Ginés Pantoja! ¡bendita la hora en que te vieron mis ojos!

CAPÍTULO LIV

La casa de Peyroncelli.

Dos años iban trascurridos desde los sucesos anteriormente relatados.

Las aulas de la Universidad salmantina, recogian los acentos luminosos de los labios de un jóven escolar.

Ni más ni ménos era éste, que aquel Ginés Pantoja que puso en conmocion á su pueblo con sus travesuras.

Ginés habia logrado los primeros lugares en las cátedras.

Sus maestros encantábanse al oirle.

Sus condiscípulos apellidábanle la perla de la Universidad, por su clarísimo talento y extraordinaria instruccion.

Cuando Pantoja disertaba en las cátedras, era im-

posible contener los aplausos que le rendian sus compañeros.

Tan alto rayaba en la explicacion de sus lecciones.

Como acontece siempre en los cuerpos docentes, los escolares más distinguidos formaban una verdadera familia.

Pantoja no se separaba un instante de otros dos jóvenes tan notables como él; eran éstos los bachilleres Iñiguez y Sandoval, á quienes ya conocemos.

Su amistad diaria con los mismos, obligó al bueno de Ginés á abandonar sus antiguas inclinaciones.

En vez de consagrarse á la carrera eclesiástica, dedicóse al estudio de las ciencias de la naturaleza.

Y con tal aprovechamiento atendió á su cultivo, que en pocos años logró recibir el título de bachiller, con notas de sobresaliente *némine discrepante*.

Como Pantoja era pobre, limitóse á recibir aquel grado, y no pasó de él.

El bachiller Sandoval, que disponia de algunas sumas, ofreció á Ginés costearle el resto de su carrera.

Empero éste se negó á aceptar la oferta, fundado en que queria debérselo todo á sí propio.

—Los hombres de mi naturaleza y cuna,—decia Pantoja,—no están contentos, sino recogen el fruto de sus afanes despues de largo trabajo personal.

—Razon tienes,—Sandoval decíale,—respeto tu noble orgullo, amigo Ginés; pero ya que no aceptas mi proposicion amistosa, no vacilo en hacerte una pregunta.

—¿Cuál, amigo mio?

—La siguiente: ¿si yo llegase á ser médico y me diera la ocurrencia de ir á las Indias, me acompañarias en mi viaje como ayudante?

—Pregunta más extraña.

—No lo es, á fé mia: Iñiguez y yo, pensamos ir á Alcalá para graduarnos de doctores, y una vez esto conseguido, nos lanzaremos á los mares.

—¿Con rumbo adónde?

—Con rumbo á Méjico y despues adonde Dios quiera.

—¿Pero con qué medios contais para ello?

—Con la amistad de un valiente español á quien llaman don Pedro de Alvarado, amigo íntimo del extremeño Hernan Cortés, que tanto está figurando en las Indias.

—¡Hola, hola!

—Varias veces me dijo el hidalgo: el dia que seas médico, si te parece bien, te vienes conmigo á América, y si alguno de tus compañeros gusta igualmente de hacerlo, para todos habrá destino; ¿conque te decides, Ginés?

—Con dos condiciones.

—Sepámoslas.

—Primera: he de ir á ver á mis padres.

—Concedido.

—Segunda: no abandonaré la patria española, sin antes haberme unido en legítimo enlace con mi muy amada señora doña Dorotea de Vizcarrondo.

—¿La sobrina del regidor Vejiguilla?

—La misma que viste y calza.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Pantoja?

—Lo que acabais de oir, Sandoval. Dorotea me ama y ha de ser mi consorte, pese á quien pese.

—Amigo mio, me parece que esa mujer te engaña, pues segun dice don Marcial á cuantos quieren escucharle, muy en breve se verificará su boda con su sobrina.

—No conoceis, señor Sandoval, de lo que son capaces las hijas de Eva.

—A ver, á ver.

—Como Dorotea sabe que su tio es un energúmeno y un malversador de su fortuna, ha dicho para sí:

—Hagamos creer á este bribon que dentro de dos años seremos su esposa. Al cabo de este tiempo, Pantoja, á quien amo, será ya bachiller y estará en disposicion de casarse conmigo; se realizará nuestro enlace y tendrá el tutor que soltar mi dote, acrecentada con dobles intereses que ha debido devengar el capital, por el mucho tiempo transcurrido desde que Vizcarrondo comenzó á manejarle.

—Lista es la niña.

—Ya lo creo, señor Sandoval: aquí obramos de pillo á pillo. Vizcarrondo finje amar á su sobrina para no darle cuentas de lo que de su dinero ha gastado. La niña logra engañar á su tutor, para cogerle al cabo en el garlito.

—¿Pero ella te quiere de veras?

—Con toda su alma, señor Sandoval.

—Pues siendo así, bien harás, Pantoja en ocuparte de tu matrimonio y en normalizar tu situacion.

—Conseguido lo cual, juro y prometo á vuesamercé, que despues de saludar á mis padres, he de ir á buscarle, así como al señor Iñiguez á Alcalá, para que cuando lo juzguen conveniente nos lancemos á los mares.

—Dentro de un año se habrán terminado nuestros estudios y podremos emprender el viaje.

—Magnífico, señor Sandoval, magnífico.

—Nada te faltará en América viviendo yo, Pantoja.

—No lo ignoro, amigo del alma.

—Si yo llego á ser médico de las fuerzas españolas que sirven al rey en Indias, tú serás mi ayudante, tendrás un buen sueldo, vivirás conmigo, atenderé á tu manutencion, y así podrás enviar á tu familia gran parte del dinero que ganes.

—Mil gracias por vuestra cortesanía; pero entiendo que no tendré necesidad de ocasionaros ningun gasto.

—¿En razon á qué, Ginés?

—En razon á que como Dorotea es rica, me sobrará con su dote para subvenir á todas mis exigencias.

—¡Hombre desdichado entre todos los de la raza! ¿Crees tú, que si te casas con Dorotea vas á cojer un real? Conozco bien á Vizcarrondo y sé que á la hora *desta* ha dado ya al traste con toda la hacienda de su sobrina.

—Puede ser, en cuyo caso me contentaré con su amor y con el patrocinio que me ofreceis.

—Más te vale, queridísimo Pantoja.

. . . . . .

Tal era el diálogo que muy de mañana, mantenian desde su respectivo lecho los dos amigos.

—Ha llegado la hora,—exclamó el bachiller Sandoval,—de que nos encaminemos á casa de Peyroncelli, para tomar el desayuno.

—Sí, compañero, decís bien.

—Amigo Pantoja, repetidas veces te he dicho que si no me *tuteas*, me obligarás á que te trate con el mismo cumplido.

—No puedo daros gusto, señor Sandoval: vuestro linaje es ilustre, y todos los plebeyos hemos convenido en acatar á vuestra persona como cumple á su extirpe.

—Pues es una gran tontería.

—Además, en las aulas os apellidan con razon el maestro, por vuestra inteligencia y saber, y cuando tal hacen los catedráticos, no hemos de ser ménos los discípulos.

—Tambien á tí, querido Pantoja, te saludan con el nombre de perla de la Universidad.

—Porque vuesamercé y el señor Iñiguez, dieron en la flor de otorgarme dictado tan injusto.

—Ménos modestia, y póngase cada cual en el lugar que le corresponde.

Levantáronse los dos amigos, y se dispusieron á partir en direccion de la casa de Peyroncelli.

Era este, italiano de cuna, y escultor de oficio.

Vivia desde mucho tiempo atrás en Salamanca, fabricando esculturas para los templos y los palacios de los grandes.

Pero no se limitaba á esta exclusivamente, la profesion del escultor.

Ganoso de hacer dinero y de llenar con él producto de otro género de trabajo, las deficiencias del suyo, apenas Peyroncelli llegó á Salamanca, abrió un modesto comedor destinado solamente á los estudiantes de la universidad.

En él, por poco dinero, facilitaba el patron á los escolares, almuerzo, comida y cena.

Y como los italianos se han distinguido siempre en esto del arte culinario, Peyroncelli lograba atraer á su comedor á cuantos cursantes encerraba la salmantina.

Por vulgar que un plato fuese, sabia el escultor ó su servidumbre aderezarlo con tal maña, que cuantos le gustaban, chupábanse los dedos de gozo.

Así que su casa adquirió bien pronto justo y merecido crédito.

El italiano, tenia además la virtud de no dar entrada en su comedor á ninguno que no fuese estudiante.

Y rayaba tan alto su amor por las virtudes y fueros de la clase estudiantil, que cuando los escolares tenian alguna pendencia, el primero que empuñaba la tizona para salir á defendellos, era Peyroncelli.

Y tan hábil y diestro era en el manejo de la esgrima, que triunfaba sobre los más espertos tiradores.

Así, con tal patrocinio, resultaba siempre victoriosa la falanje de los sacerdotes de Minerva.

Esta nobilísima conducta tenia entusiasmados á los

escolares de la salmántina, que se deshacian en encomiásticas lenguas para su defensor, por el cual se habrian dejado todos hacer pedazos.

Como aditamento de tales procederes, señalaremos uno muy fundamental.

El poco dinero de que el italiano disponia, estaba siempre á disposicion de sus abonados.

Todas las trampas hechas por los escolares, y cuantas pérdidas y menoscabos experimentaban estos en sus peculios, eran remediados accidentalmente por el escultor.

Y si el bueno de Peyroncelli no disponia de recursos para *hacello*, pedíale prestado á un amigo, con lo que sacaba del apuro á los necesitados.

Natural era que quien obraba así, alcanzase los más espléndidos tributos de admiracion y de afecto.

Cuando Peyroncelli llevaba á cabo una de estas exigencias de su corazon nobilísimo, exclamaba ante los ecos de gratitud de los jóvenes:

—¿Que cuándo me lo pagarán dignamente, dicen? Pues el dia en que tomen la borla, viniendo á dar un abrazo, á este viejo amigo de vuesasmercedes.

—El alma y la vida os daremos,—contestaba á una, toda la falanje escolar.

Y protextando mil y mil veces al escultor su cariño, prodigábanle nuevos elogios.

Los unos llamábanle *pater minorum gentium*, á usanza romana.

Los otros latinizaban considerándolo: *lux juventutis*.

El de aquí, permitíase apellidarle *speculum misericordiæ*.

Y la mayoría largábanle á cada paso, aquello de *homo sapiens*, *vir prudens*, *magister dignitatis nostra*, con otros saludos de este jaez.

Mas no se crea que era todo virtud y diafanidad en el italiano.

¿Cómo se reintegraba él mismo de los perjuicios que le ocasionaba su esplendidez?

Ahora vamos á verlo.

Agradecidos íntimamente los escolares, ya fuesen pobres ó ricos, de las mercedes que les prodigara el escultor, escribían frecuentemente á sus padres ó encargados diciéndoles:

Que tenian en el artista un segundo padre, el cual les atendia con la mayor solicitud, durante su permanencia en Salamanca.

Que si algun estudiante tenia la desgracia de caer enfermo, al punto trasladábase Peyroncelli á su lado, hasta que el paciente sanaba.

Que con celo cristiano y cariño inimitable, cuidaba el artífice al doliente, propinándole por sí propio todas las *melecinas*.

Y en fin, que jamás hallaron libro de consejos, catálogo de lecciones y formulario de consultas, como los labios del escultor.

Como era lógico, estas noticias llenaban de singular contento á los parientes de los estudiantes.

Y á fuer de hidalgos agradecidos, y de caballeros cortesanos, aprestábanse á corresponder, segun su ex-

tension de posibles, á tanta y tanta fineza de Peyroncelli.

¿En qué forma efectuábanlo?

Apenas llegaban Natividad y Páscua de Resurreccion, llovian los regalos en casa del italiano.

El rico como rico, y el pobre según sus recursos, enviaban al escultor su homenaje correspondiente.

De modo que al poco tiempo, el habilidoso extranjero lograba reunir en su corral, más gallinas que en todos los de España juntos: en su despensa, más jamones, cecinas y embutidos, que en producir pensó la rica Extremadura: en sus sótanos, más pellejos de mosto, que pudiera consumir Aragon en tres décadas; y en sus almarios más quesos, mieles, repostes y confituras, que fabricaran en veinte años, todas las monjas de cuantos monasterios existian á la sazon.

¿Y qué hacia con tan buenas provisiones el italiano?

Ni más ni ménos que dar de comer *dellas* á los escolares, y seguir cobrándoles sus mesadas.

Con todo lo cual resultaba, que el dinero que por este concepto recibia Peyroncelli, pasaba á sus arcas de polvo y paja limpio, hasta que la voz de mayores necesidades era servida de *sacallo*.

En cuanto á las demás virtudes del artífice, apuntaremos algo.

Jamás quiso Peyroncelli tener en su casa criadas jóvenes, para evitar contingencias de mal carácter.

Pero en cambio, desplegando toda su sagacidad, logró encontrar para el servicio de los escolares una

quintañona, tan hábil en el manejo de los platos, como diestra en el *zurcido* de todas las roturas.

Sabia esta vieja echar las cartas á la perfeccion y dar consejos tan hábiles, como los que pudiera producir la boca del más experto letrado.

Así, pues, cuando los estudiantes se veian enredados en la dificultosa madeja de Cupido, acudian de seguida á la Quintañona para pedirle su proteccion.

Esta comenzaba por apelar á la cartomancia, para deducir de sus combinaciones lo que al enamorado habríale de suceder.

En consecuencia de lo que de aquí resultaba, la señora Mariverde, que así le llamaban sus admiradores por la color de sus gafas, producia sus consejos acerca del partido que convenia adoptar.

Luego, si el astro del amor mostrábase benévolo para los que reclamaban su auxilio, dábales la vieja unos polvos, *de la uña de la gran bestia*.

El que los tomaba, tenia por fuerza que enamorarse de aquel de cuyas manos venian; de suerte que si algun encantado doncel dolíase de los desvíos de su dama, no tenia que hacer otra cosa que propinar disimuladamente el medicamento, y esperar á que el hielo de la indiferencia, se tornara en vivo fuego de la más arrebatadora pasion.

Muchas victorias alcanzaron, á la verdad, los escolares con las drogas de la tia Mariverde.

La cual completaba sus hechizos, facilitando á cuantos se los pagaban bien, ciertos modelos de cartas de amor, de tan empalagosa literatura, que hubiesen can-

sado hastío á la miel misma, caso de que la miel hubiese tenido paladar.

Tales eran, en resúmen, los elementos dignos de estudio, que encerraba la casa del escultor Peyroncelli.

Empero sigamos á los bachilleres Sandoval y Pantoja, que conversando amigablemente salieron de su casa, cruzaron varias calles, y dieron al cabo con la del artista, en cuyo comedor esperábales, sobre blanco mantel, su sabroso y abundante desayuno.

CAPÍTULO LV

Desafueros y travesuras.

No habian hecho los dos bachilleres más que pisar el umbral de la casa del escultor, cuando oyeron los más desaforados gritos en la calle.

Iban á salir; pero detuviéronse hasta ver lo que aquello significaba.

Peyroncelli, sin desplegar sus labios, cerró ante ellos la puerta del zaguan.

—¡Hoy si que me va á costar cara la hazaña de esos picaros!—repuso.

—¡Mueran los estudiantes!—gritaron desde la calle.

—¡Sí, que mueran!—contestaron.

—¡Por Dios vivo! que voy á salir á hacerlos pedazos,—exclamó Pantoja echando mano á un garrote.

—¡Teneos!—gritó Peyroncelli,—pues podeis perdernos á todos.

—¡Mueran los estudiantes!—repitieron desde fuera.

—¡Abajo los hambrones!—contestaron varias voces aguardentosas.

Peyroncelli abandonó á Pantoja y á Sandoval por un instante, y llegó hasta el corral de su casa que daba al campo.

—¡Por aquí, vive Dios!—gritó abriendo una puerta.

Varios sotanas, viéronse cubriendo los cuerpos de algunos estudiantes.

Atravesaron éstos, como alma que lleva el diablo la puerta aquella, y el escultor la cerró súbitamente.

Volvió luego al zaguan y dijo á Sandoval y á Pantoja:

—¡Por vuestra vida, escondeos tambien!

—¿Pues qué ha sucedido?

—Nada: una de tantas travesuras como esos menguados hacen á menudo.

—¡Mueran los manteos sin honra!—repitieron desde fuera.

Pantoja sin poder contenerse, abrió lleno de cólera la puerta del zaguan, y apareció en la calle.

—¡Voto á.....—exclamó.

Pero no pudo concluir la frase porque le vino tal risa á los labios, que estuvo á punto de reventar.

¿Qué le sucedia al bachiller?

El cuadro que se desplegó ante sus ojos, no podia ser más original.

Los dueños de los comercios inmediatos á la casa de Peyroncelli, estaban asomados á los balcones.

En la calle ocurria una escena cómica por demás.

Rodeados de numeroso gentío, veíanse dos rarísimos personajes.

Eran estos una mujer, alta como caña de la doctrina y delgada como espárrago triguero; y un enano de desvergonzado rostro y descarado continente.

Aquellas dos personas, acababan de contraer matrimonio y volvian á su hogar seguidos de todos los convidados á la boda.

Pero quiso Lucifer que al pasar por delante de la casa de Peyroncelli, ocurriera á los cónyujes un extraño contratiempo.

Varios de los estudiantes más traviesos que frecuentaban la hospedería del escultor, supieron que los casados habian de atravesar por frente á ella.

Subiéronse á las bohardillas de la casa, provistos de largas jeringas, de tinta llenas, así como de no pequeña cantidad de tomates.

Cuando los novios acertaron á pasar por allí, uno de los escolares descargó desde su escondite la hortaliza sobre el vestido blanco de la novia, dejándolo mal parado.

Otro, disparó un golpe de lavativa sobre el rostro del enano, dejándolo más negro que el carbon.

Como era natural, los novios y los convidados, pusiéronse ante estos ataques hechos unos basiliscos.

Y en fuerza de los gritos que daban todos, los convecinos de Peyroncelli salieron á los balcones para asociar sus protestas á las de los agredidos.

Por esto se explicaba la algarabía y ruido de la calle, cuando apareció Pantoja ante la multitud:

Al ver el bachiller lo mal parados que se encontraban los novios, no pudo ménos de reir á mandíbula batiente.

Lo cual acrecentó las iras de los espectadores, que mirando á Pantoja, comenzaron á gritar llenos de rabia:

—¡Ese es el culpable de todo, ese ha sido! ¡Muera la canalla estudiantil!

—¡Mentís, menguados!—rugió Ginés, levantando en alto los puños.

—¡Matadle, matadle!—repitieron varias voces.

Sandoval que oyó estas frases, acudió en auxilio de su amigo.

—¡Otro, otro canalla!—volvieron á decir desde la calle y desde los balcones.

—¡Canallas serán los que tal dicen!—gritó indignado Pantoja.

—¡Abajo la plebe, mueran los hambrientos!—repitió á coro el público.

Y ya iba éste á lanzarse sobre los bachilleres, cuando apareció en aquel lugar una ronda de alguaciles.

Al lado de su jefe venia el famoso regidor Vizcarrondo.

—¡Ténganse todos á la justicia!—exclamó el familiar levantando su vara.

La gente quedó en absoluto silencio.

El jefe de la ronda entonces, colocóse delante de los grupos y exclamó:

—Salgan al frente los ofendidos.

El enano y su mujer obedecieron al justicia.

—¿Qué ha pasado? Hablad; pero presto,—díjoles el de la Santa con tono acre.

—Ni más ni ménos, contestó el enano,—que una de tantas infamias como suelen hacer á menudo, estos bribones que viendo estais.

—Las canalladas de siempre,—repuso metiendo su cuarto á espadas Vizcarrondo.

—¡Las canalladas, tutor sin honra, son las vuestras! —rugió lleno de ira Ginés.

—¡Miserable!—exclamó el regidor lanzando fuego por los ojos.

—¡Silencio!—gritó el corchete elevando los puños, —todo el mundo calle, hasta que se expliquen con libertad los ofendidos.

El enano, entonces, tomó la palabra diciendo:

—Señor familiar: lo ocurrido, y así me condene si no digo verdad, ha sido lo siguiente:

Volviamos del templo, de celebrar nuestro enlace Lucía y yo, acompañados de estos caballeros, cuando al pasar por delante de la casa de ese italiano, que Dios confunda, nos disparan desde la azotea, yo no sé qué proyectiles.

El familiar volvióse á Pantoja y severamente le preguntó:

—¿Qué decís *desto?*

—Señor justicia, que lo acontecido es natural,— contestó el interpelado.

—¿Cómo?

—Me explicaré: mi buena señora doña Lucía se ha puesto roja, no por tomatazos ni nada de esto.

—¿Pues por qué entonces?

—Porque á fuer de virtuosa, le *sale el rabor por todas partes.*

Una explosion de carcajadas y de silbidos, fué la respuesta otorgada á Ginés.

El familiar logró imponer silencio á la gente, y Pantoja siguió diciendo:

—En cuanto á la negra color que embadarna el rostro de este hidalgo, nada de particular tiene.

—¿Qué quereis decir?

—¿No acaba de casarse?

—Así es.

—Pues siendo así, nada de extraño tiene *que sude tinta.*

—¿Cómo?

—Pensando en la gravedad de lo que acaba de hacer.

—¡Basta de burlas! ¡vive Dios!—gritó el familiar hecho un energúmeno.

—¡Prendedlos, prendedlos!—exclamó la gente sublevada.

—¡Sí, sí, que acabe una vez el imperio de los bribones!—repuso ingiriéndose, Vizcarrondo.

—¡Mejor haríais en no robaros la dote de vuestra sobrina!—exclamó Sandoval.

—¿A mí tal insulto, villano?

—A vos y á cuantos pilletes circulan por las calles debiendo estar en presidio.

—¡Fuera, fuera!

—En esto varios alguaciles que habian penetrado

en la casa de Peyroncelli para registrarla, volvieron á donde estaba el familiar y exclamaron.

—Por desdicha han huido los pájaros.

—¿Qué pájaros ni qué niño muerto?—repuso con saña Vizcarrondo,—aquí, entendedlo, no hay más culpables del desaguisado, que estos dos bachilleres que viendo estais.

—¡Mentís, voto á brios!—contestaron los aludidos.

—Eso ya se averiguará más tarde,—repuso el familiar,—ahora, daos presos por el pronto.

Como abortado por la tierra, apareció en aquel sitio súbitamente un anciano sacerdote.

—¡Su Ilustrísima!—exclamó á una el público, quedando como petrificado.

El sotana avanzó con paso grave hasta Vizcarrondo y el familiar.

—¡Parece mentira,—exclamó,—que hombres serios como usaredes, estén perdiendo el tiempo en estas cosas!

—¡Señor!

—¿Iban á prender á estos dos jóvenes, no es cierto?

—La ley obliga á detener á los culpables de cualquier delito, y estos bachilleres son los únicos responsables de lo ocurrido aquí.

—¡Mentís!—exclamó el sacerdote, que no era ni más ni ménos que el Obispo de Salamanca bajo cuyo patronato estaba la universidad.

—Yo afirmo,—repuso descaradamente Vizcarrondo,—que la justicia no se equivoca en este caso.—La respeto suficientemente para no desautorizarla.

—Mejor haríais,—contestó el prelado con tono enérgico,—en rendirle culto, dándole cuentas claras de ciertos negocios.

El regidor sintióse invadido por el hielo de la muerte y no osó desplegar sus labios.

El prelado levantó la cabeza y preguntó al público con acento claro y expresivo.

—¿Hay alguno, que á pisotear se atreva los fueros de la universidad?

El auditorio guardó completo silencio.

El obispo preguntó nuevamente:

—¿Existe algun menguado que desconozca las virtudes y sabiduría, de los señores bachilleres Panteja y Sandoval?

Nadie se atrevió á desplegar los labios.

—Me place,—exclamó el sacerdote;—ver ahora á usarcedes tan callados, que ni una palabra digan.

El enano al escuchar esto, atrevióse á exclamar.

—Señor ilustrísimo: como me asiste la razon, me permito afirmar que lo que han hecho los escolares con nosotros, es una verdadera felonía.

—Mayores son las que vos haceis frecuentemente con ellos.

—¿Cómo?

—¿Si no tuvieseis en vuestro hogar una casa de juego, se perderian tantos jóvenes por vuestra culpa?

El enano echóse á temblar como un epiléptico, y venciendo poco despues su estupor, exclamó dirigiéndose á su esposa.

—Lucía: con permiso de estos señores, vámonos de aquí.

—Es lo mejor que podeis hacer,—repuso el prelado,—así ocultareis la vergüenza de vuestras villanas acciones.

Enmedio de prolongado rumor, abandonaron aquel lugar los novios y los convidados á la boda.

La gente que ocupaba los balcones fué retirándose.

Cuando el obispo estuvo sólo con el regidor la justicia y los bachilleres, exclamó dirigiéndose al primero:

—Retiraos; que vos nada teneis aquí que hacer.

Vizcarrondo partió de aquel sitio muy á pesar suyo, no sin lanzar á los escolares una mirada de tigre.

Cuando ya lo hubo efectuado, dijo el sotana al familiar.

—Si en adelante procedeis como ahora autoritariamente, sin curaros de quienes sean los verdaderos causantes de las faltas que ocurran teneos por destituido y por algo más que no quiero decir.

—Yo, señor.

—Vos, que empezais por ser prestamista de los más avaros que conoció España.

El familiar mordióse los labios de cólera, y se limitó á partir, haciendo préviamente al sotana una inclinacion de cabeza.

—Ahora,—repuso este dirigiéndose á Pantoja y Sandoval,—retiraos vosotros, mis queridos discípulos.

—Vuestra ilustrísima estará perfectamente convencido,—exclamaron ambos jóvenes,—de que nosotros nada tenemos que ver con lo que acaba de ocurrir.

—Seguro estoy de ello; conozco á fondo vuestro carácter y seriedad y no se me oculta que esos bribones de vuestros colegas, tienen la culpa de todo.

—Nosotros les diremos en nombre de su Ilustrísima, que se abstengan de incurrir en lo sucesivo en tales desafueros.

—Sí; porque como estas cosas se repitan,—exclamó el obispo,—voy á sentenciar á media universidad á que pierda el curso.

Sandoval y Pantoja besaron respetuosamente las manos del prelado, el cual encaminóse á su casa.

Los dos bachilleres penetraron en la del escultor.

Dentro de ella, esperábanles los autores de la acometida dada á los recien casados.

Habian vuelto á la hospedería movidos de curiosidad, y para declararse autores del hecho si hubiera sido preciso.

—En buen aprieto hemos estado,—exclamó Pantoja al ver á sus compañeros.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntáronle éstos.

—Nada; que por poco vamos á prisiones Sandoval y yo, por vuestra culpa.

—Injusticia grande habria sido esa,—exclamó uno de los escolares,—cuando aquí nadíe es responsable del suceso más que yo.

—¿Tú, Melendez?

—El mismo que viste y calza.

—¿Y qué te ha movido á tratar tan cruelmente al enano y á su mujer?

—¿Qué me ha movido?—Preguntádselo á los únicos cinco ducados que el piojo me robó anoche en el juego.

—¡Cuándo dejarás la aficion, Melendez!

—Muy pronto Pantoja: he jurado no volver á jugar más: por eso me he despedido del vicio *llorando tinta*, cuyas lágrimas han mojado el rostro estúpido de mi competidor.

CAPÍTULO LVI

Las adivinaciones de Mariverde.

Penetremos en el comedor del famoso Peyroncelli.

Sentados en torno de una larga mesa de pino y alumbrados por la luz tenúe de una linterna que pendia del techo, veíanse varios estudiantes.

Todos ellos acababan de cenar, y disponíanse á pasar la velada, relatando sus glorias.

Los unos, con demasiada flexibilidad de lengua, recitaban el catálogo interminable de sus conquistas mujeriles.

Los otros, criticaban con punzantes sátiras á sus profesores.

Varios, debatian acerca de determinados conceptos científicos.

Y los más, entreteníanse en recojer de la mesa los

escasos restos del festín para comer de nuevo, después de haber cenado como canónigos.

De todos los escolares que veíanse allí, sólo uno aparecía triste, melancólico y silencioso.

Era el famoso bachiller Ginés Pantoja.

En vano procuraban distraerle sus amigos, relatándole cuentos y consejas.

Pantoja disponíase á escucharlas; pero quedaba al poco tiempo como abismado en profundas reflexiones.

Al verle así, el estudiante que se encontraba á su lado, repuso lleno de cólera:

—¡Por mi vida, que parece, Ginés, que te has vuelto tonto!

—¿Yo?

—¿Dudas del amor de Dorotea ó qué demonios te acontece?

—¿Dudar? Eso nunca: la creo asaz noble y virtuosa, para suponer que estuviera engañándome.

—¿Entonces?...

—Amigo mio; ciertos presentimientos inexplicables, llenan de amargura mi corazon.

—¿Presentimientos? ¡Oh! Pues bien pronto puedes saber si se convertirán al cabo en realidades.

—¿Cómo?

—Ahí se halla nuestra amiga la señora Mariverde, que ya estará deseando que la llamemos para consultar la rueda de la fortuna.

—Dejaos de esas tonterías.

—¿Tonterías las llamas? Pues apuesto doble contra

sencillo, á que si esta noche consulta su *horóscopo*, no ha de quedar cosa que no averigüe.

—Maldita, si creo en semejantes brujerías.

—Eso podrás asegurarlo, cuando nuestra muy venerable señora te diga una sarta de verdades más gordas que puños.

—Dispuesto estoy á hacerlo,—contestó una voz asaz cascada y chillona.

La bruja Mariverde presentóse de súbito en la estancia.

—He aquí, á la ilustre princesa del donaire y de la felicidad,—exclamó uno de los jóvenes aludiendo á la vieja.

—Cierto, ciertísimo,—respondieron otros.

—Gracias, hijos mios; vuestra amabilidad no tiene límites para esta pobre mujer.

—¡Como que sois la perla de la casa!

—¡El astro de nuestras dichas!

—¡Nuestra madre!

—¡Nuestra protectora!

—Basta, basta de elogios ó harán vuesasmercedes que me salgan al rostro los colores.

—Todo lo mereceis, señora Mariverde.

—Lo que yo quiero es ver si se alegra el buano de Ginesito.

—No será difícil, mi ama.

—Vamos á verlo; colocaré los elementos de combate en su respectivo lugar.

Y esto diciéndo, sentóse la vieja y formó sobre la mesa los naipes que en sus manos traia.

Todos los escolares aprestáronse á oirla con gran atencion.

Pantoja quedó sentado muy cerca de la anciana.

—Alza una de estas cartas, y luego otra, hasta concluirlas, dejando una siempre enmedio,—exclamó la quintañona.

—Hízolo así Ginés.

Cuando hubo concluido de realizar esta operacion, Mariverde tomó la palabra, exclamando:

—En verdad te digo, pimpollo, que todo lo que tú tienes son celos.

—¡Celos!

—De ese miserable de Vizcarrendo.

—A fé mia...

—A fé tuya que aquí no caben fingimientos, tengo el astro de la verdad en mi presencia, y no es posible que triunfe nada que á ella sea contrario.

—Como gusteis, señora Mariverde,—la respondió Pantoja.

La vieja prosiguió en esta forma:

—Ginesito, estás más celoso que un turco, y ciertamente que no te falta razon.

—¡Jesucristo!

—Don Marcial no para mientes en agasajar á susobrina y en colmarla de obsequios y de regalos.

—¡Voy á matar á ese miserable!

—Ten cuidado, no te mate él á tí.

—¿Qué decís, bruja?

—Si comienzas á inferirme agravios, daré por terminada mi tarea.

—Teneis razon, soy un menguado, perdonadme, señora Mariverde.

—Hágolo en gracia de que los enamorados no estais nunca en vuestro juicio: pues como iba diciendo; don Marcial no cesa de enamorar á Dorotea; pero tú triunfarás al cabo, Ginés, si te ayudan la constancia y el valor.

—De ambas cosas dispongo—dijo con resolucion Pantoja.

—¡Magnífico, eso es lo que hace falta!—contestó la vieja.

Luego siguió diciendo:

—De la combinacion de estas cartas, mias aparece que pronto tendrás una pendencia.

—¿Con quién?

—No me es dado decirlo; lo que puedo asegurarte es, que estés prevenido; porque de esa reyerta sacarás una herida, aunque leve.

—¡Venga todo lo que el cielo sea servido disponer!

—Despues,—prosiguió exclamando la vieja,—despues, por accidentes inesperados, Dorotea, tu novia, será reducida casi á prisiones.

—La veré, aunque Satanás se empeñe en lo contrario.

—No la verás en seis meses lo ménos.

—¡Valgame Nuestra Señora del Socorro! ¿Sabeis, señora Mariverde, que el bachiller Ginés Pantoja es

capaz de abrirse paso á cuchilladas delante del infierno mismo?

—Pues hijo de mi alma, yo te aseguro que en adelante si quieres ver á tu adorada, tendrás que apelar á un extraño procedimiento.

—¿A cuál, vive Dios?

—A un disfraz.

—¿A un disfraz? Maldito si entiendo una palabra de este negocio.

—Ni á mí me es dado ser más explícita.

Los naipes rezan cuanto acabo de decirte, y yo no puedo ir más allá de lo que alcanza su significacion.

—Y vamos á ver, ¿llegaré á casarme con Dorotea?

La vieja se detuvo á reflexionar un instante y repuso luego:

—No está eso muy claro, Ginesito; lo que sí puedo afirmar es que si llega á efectuarse tu matrimonio con la mujer á quien amas, será, apelando á medios violentos y burlando en absoluto al tutor.

—¡Eh! basta, vieja artificiosa; ni creo en vuestras palabras, ni me he de curar lo más mínimo de ellas,—exclamó Pantoja poniéndose en pié.

—¿Que no crees en cuanto te llevo vaticinado?—repuso Mariverde un tanto enojada,—pues, hijo mio, con tu pan te lo comas, que no he de empeñarme yo en que des crédito á mis adivinaciones, como si fueran artículo de fé.

La vieja púsose á echar las cartas á otros escolares más crédulos que Pantoja, y éste se dispuso á salir á la calle.

Al verle preguntóle uno de sus amigos:

—¿Dónde vais, queridísimo compañero?

—A mi dulce tarea de todas las noches,—contestó el estudiante.

—¿A departir con vuestra adorada?

—Precisamente.

—Pues por Dios vivo, que despues de las profecías de Mariverde, me causa temor el que salgais solo.

—¿Vos sois tambien de los agoreros?

—Algo, algo, amigo Ginés, y como conozco las habilidades de esa vieja en esto de la magia, por eso os digo...

—Pues no os preocupeis de la suerte que pueda aguardarme, porque á mí, maldito si me importa este negocio un ardite.

—Ved que...

—Saldré ahora mismo y venga lo que viniere.

—Haced lo que os plazca; pero conste que no os ha faltado un consejero que opina que debiérais quedaros aquí.

—Aunque me hicieran trizas, no renunciaría á la gloria de ver á mi amadísima Dorotea.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Con planta valerosa y sin temor alguno, salió Panteja á la calle.

Bien pronto estuvo al pie de una de las rejas de la casa del Regidor.

Dió dos suaves palmadas, y abrieron esta sin producir el menor ruido.

La gentil figura de la hermosa Dorotea, hízose bien clara y perceptible, á los tibios fulgores del astro protector de los enamorados.

CAPITULO LVII

Comienzan á cumplirse los vaticinios de Mariverde.

—Por fin vuelvo á verte, amada mia,—axclamó Pantoja departiendo con Dorotea.

—Ginés; tu presencia reanima mi abatido espíritu. Estoy siempre tan triste...

—Pues ángel de mis sueños; creo que debes disipar tu tristura, cuando no está lejano el horizonte de nuestra felicidad.

—Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué? Habla, Dorotea, y no desgarres mi corazon con cruel incertidumbre.

—Mi tio...

¿Persiste quizás en sus ridículas pretensiones respecto de tu corazon?

—No es esto.

—Dorotea, ¿te arrepientes de haberme consagrado tu cariño?

—Jamás, amor mio, jamás.

—Entonces...

—Oye y no me interrumpas. El bueno de mi tutor, persiste ciertamente en sus galanterías para conmigo; pero aunque me amenazase con la muerte, serian inútiles sus proposiciones. Yo no amo en el mundo á nadie más que á ti, Ginés de mi alma.

—Y yo, Dorotea, te corresponde con locura. Sigue revelándome tus sentimientos.

—Esta mañana volvió á casa mi tutor, mostrando en su rostro la palidez de un cadáver.

—¿Así vino?

—Don Marcial, apenas entró en sus habitaciones, cayó abismado en un sillon.

¡Lástima grande que no haya muerto!

—Pidió agua Vizcarrondo, en medio de la mayor fatiga, y tardó bastante en reponerse.

—Mas luego...

—Cuando su agitacion fué cediendo, pateó el piso lleno de furía, arrojó espuma por la boca, y exclamó con tonos descompasados:

—¡Por Dios vivo y la memoria de mi madre, ofrezco que los felones se han de acordar de mí!

Hícele una mueca á mi tio para que se contentase, y cuando le hube calmado un poco, atrevíme á preguntarle:

—¿Qué ha acontecido á vuesamerce, mi amo y señor?

—¡Calla, sobrina, que sólo con pensarlo, se me vuelve el juicio!

—¡Tan grave ha sido ello!

—¡Poner en evidencia delante de la gente á un hidalgo como yo!—respondióme.

—Pero...

—Dorotea,—exclamó don Marcial,—no he de parar, hasta que concluya con la canalla de los estudiantes.

—¿Le han hecho algo malo á vuesamercé?

—Ah! es nada:—repuso mi tutor,—dos de esos bribones, los bachilleres Sandoval y Pantoja...

—¡Pantoja!

—¡Eh! ¿Qué es eso? Parece que te ha sorprendido el nombre.

—En modo alguno: la causa de mi sorpresa, nace del recuerdo de cierta amiga mia que llevaba ese mismo apellido. ¡Pobrecita, murió en la flor de su edad!

Mi tutor siguió diciendo:

—Pues como te he manifestado, acompañaba yo esta mañana al familiar Jimenez, que en union de su ronda iba á desfacer un entuerto cometido por dichos escolares, cuando se nos apareció el señor Obispo.

—¿Y qué hizo su Ilustrísima?

—Al ver que mi amigo y yo íbamos á prender á dichos malandrines por haber osado mortificar á unas gentes pacíficas, el Prelado, poniéndose hecho una furia, salió á la defensa de los estudiantes diciendo, que no podia consentir se hollasen los fueros de la Universidad.

—¿Eso dijo su eminencia?

—Añadiendo que ¡guay! de nosotros, si acertábamos

á poner las manos en los bachilleres, honra y prez de las aulas salmantinas.

—¿Y vuesamercé qué respondió al sacerdote?

—Ni tiempo tuve para contestarle, porque me lanzó á cajas destempladas del lugar del suceso, exclamando:

—¡Idos de aquí, señor Vizcarrondo; y no me obligueis á que os manifieste, ya que tan aficionado á la justicia sois, que el tributo que ahora quereis rendirle, debiérais reemplazarlo, mostrándole la limpieza de vuestro proceder en el manejo de ciertos intereses!

—¿Y á cuáles aludia su eminencia?

—Sobrina,—díjome mi tio,—si nombrarlos quiero, porque se cubriria mi rostro de rubor.

—Respeto el silencio de vuesseñoría.

—Bien haces, Dorotea: hay secretos en la vida de los hombres, que no se pueden confiar á nadie.

—Tiene vuesamercé mucha razon; y le aconsejo que no se preocupe de ciertas fruslerías.

—Sí haré, Dorotea, sí haré; pero juro á Dios, que no me he de quedar sin venganza.

—¡Vengaros! ¿y de quién?

—No será del obispo, porque me lo impide el carácter de su investidura; pero en cuanto tenga ocasion, han de acordarse del regidor Vizcarrondo, los bachilleres Pantoja y Sandeval.

Al llegar Dorotea á este punto de su relato, el buen de Ginés lanzó una sonora carcajada.

—Dorotea,—preguntó luego á la jóven,—¿es el te-

mor á la venganza que en mí pueda tomar tu tio, lo que te preocupa?

—Exactamente.

—Pues por el diablo te aseguro, que puedes estar tranquila: ni carezco de brios, ni me falta brazo para luchar con don Marcial.

—No lo ignoro, Ginés de mi alma; pero como mi tió es tan malo...

—Que...

—Bien pudiera vengarse de tí á traicion.

—No ha nacido quien se atreva á proceder tan villanamente con Ginés Pantoja.

—Siempre debemos estar en guardia, tratándose de hombres tan miserables como mi tutor.

—Don Marcial es un cobardon de primera; y en todo caso, si á tal se atreviese, él realizaria sus gastos; pero yo le prometo que habria de tener que sentir.

—¿Qué harias con él, Ginés mio?

—Extrangularlo, sin contemplacion alguna.

—¡Oh! librenos el cielo de semejante desgracia; te perderías tú, y nos perderías á todos.

—Tienes razon, Dorotea, tienes razon.

—Ginés, es preciso que nos revistamos de paciencia, hasta el dia feliz en que vayamos al altar.

—No tardará mucho, yo te lo prometo.

—Entretanto es indispensable evitar escándalos y lances desagradables: mi nombre andaria en lenguas...

—Y como yo soy un mísero estudiante, saldria perdiendo. Quizás la justicia, inclinada hácia tu tutor, me lanzase á una mazmorra para diez ó doce años.

—Y entonces sí que podíamos dar por muertos nuestros amores.

—Dorotea, como un libro hablas. Sea cualquiera la venganza de tu tio, la sufriré resignado, con tal de que no se malogre nuestra union.

—Así quiero verte, Ginés de mi alma.

—Ya sabes que tus deseos, que tus aspiraciones, son leyes para mí.

—Te quiero demasiado, para no aconsejarte nada que pueda acarrearte un perjuicio.

—Nunca olvidaré, ángel de mis ensueños, lo mucho que te debe mi corazon.

. . . . . .

En este diálogo discurrian los dos amantes, cuando oyeron algunos pasos.

Una sombra deslizóse por la acera situada enfrente de la casa del regidor.

Un bulto detúvose, y marchó luego con gran priesa.

Torció en sentido izquierdo, ganando la calle que tuvo que atravesar Pantoja para llegar á la casa de Dorotea, y perdióse de la vista de los amantes.

—¡Bah!—repuso Ginés sonriendo,—uno de tantos embozados como circulan por Salamanca durante la noche.

—Tal vez, algun caballero que corra en busca de su amor.

—Alguien ménos feliz que nosotros, Ginés mio.

Entregados Dorotea y Pantoja á este diálogo, no pudieron observar lo que el embozado, que pasó ante sus ojos, hacia.

Oculto en la calle mencionada, sacaba de cuando en cuando la cabeza, dirigiendo miradas escrutadoras al grupo de los amantes.

El caballero aquél no era ni más ni ménos que don Marcial de Vizcarrondo.

¿Qué significaba su actitud en aquel lugar?

Ahora tendremos ocasion de saberlo.

Así que Dorotea y Pantoja cansáronse de formular protextas y juramentos de amor, repuso el segundo:

—Es muy tarde ya, y debo abandonarte, vida mia.

—Bien lo siento, Ginés: me considero tan dichosa cuando estoy á tu lado...

—Mañana volveré á verte como de costumbre.

—Así lo espero: libres de obstáculos, podremos hablar de nuestra futura felicidad.

—Dime, Dorotea, ¿no podria tu tio sorprender nuestros diálogos de amor?

—A estas horas, don Marcial goza del sueño más profundo, y no acertarian á despertarle los ruidos mayores que á su lado se hiciesen.

—¿Estás segura de ello?

—Tanto, que todas las noches, despues de rezar el Rosario, se retira á su habitacion y ya no vuelve á salir de ella hasta el siguiente dia.

—Pues entonces podemos estar tranquilos y no abrigar temor alguno de que ocurra un contratiempo.

—Esa es la verdad, Ginés.

—Animo, pues, y confianza en el cielo, Dorotea.

—El inspira todos mis actos.

—Hasta mañana, bien mio.

—Pantoja, que el ángel protector de los buenos, vele por tí para eterna ventura da esta pobre mujer.

Dorotea se retiró del nido de sus amores, y cerró la reja sin hacer el menor ruido.

El bachiller embozóse en su capa y se dispuso á partir.

Con planta firme avanzó algunos pasos y llegó hasta la calle en que se hallaba oculto Vizcarrondo.

Tan abstraido marchaba el bueno de Ginés, que no acertó á ver al regidor.

Cruzó ante éste, y cuando se encontraba ya á espaldas del mismo, don Marcial levantó el brazo y dió al bachiller un palo terrible en la cabeza.

Pantoja, lanzó un agudo grito, y cayó en tierra bañado en sangre.

El regidor echó á correr, y llegó á su casa con la velocidad del viento.

Llamó, abriéronle, é internóse en sus habitaciones.

Sigamos al pobre bachiller.

A pesar del miedo que las gentes tenian en aquel entonces, á verse envueltas en procesos criminales cuando ocurrian lances nocturnos, no faltó quien socorriera al infeliz Pantoja.

Al oir su grito, fueron abriendo poco á poco la puerta de una hostería inmediata.

Varios hombres lanzáronse á la calle.

Todos ellos mantenian linternas en las manos.

Bien pronto dieron con el cuerpo de Ginés, rodeándole enseguida.

—¡Gran Dios!—exclamó el uno,—¡el cadáver del bachiller más ilustre que frecuentó las aulas!

—¡Mentís, vive Cristo! Este hombre no ha muerto,—contestó el otro.

—Pues poco le falta;—dijo un tercero,—¡cuidado si ha sido terrible la cuchillada!

—¡Qué cuchillada, ni qué niño muerto!—respondió su interlocutor.—Lo que ha sucedido aquí, es cosa bien distinta.

—¿Podríais explicarla?

—Ya lo creo que la explicaré: si el señor Pantoja bebiese el vino de nuestra casa, no le acontecería esto; pero, ¿qué quereis? estos chicos andan siempre de aquí para acullá, y como les dan el mosto lleno de porquerías, á las primeras de cambio, tropiezan, caen, se abren la cabeza, y hé aquí todo.

—¡Ah, vamos! ¿De modo que vos suponeis que el accidente ocasionado al señor Pantoja tiene por orígen la embriaguez?

—No es que lo supongo, sino que lo afirmo sin temor de equivocarme.

—El Señor sea loado y tenga á bien curar á tan ilustre caballero.

Durante este diálogo, los de la hostería aplicaron á la cabeza del estudiante varios paños mojados en agua. A obra de este procedimiento, lograron contener la sangre que brotaba de la herida.

Pantoja suspiró con más desahogo.

—¡Victoria, Victoria!—exclamó uno de aquellos individuos.

—Sí, sí,—respondieron otros,—se ha salvado; ahora ya podemos moverle sin temor á un derrame; llevemos al señor bachiller á casa.

Con gran celo y cuidadosamente, tomaron aquellos hombres el cuerpo de Pantoja y trasladáronlo á la hostería.

Cerraron despues la puerta de ésta, y á poco, quedaba la calle entregada á silencio sepulcral.

El cielo habíase servido disponer que la justicia no tomára cartas en este malhadado negocio.

Y el genio de la mágia, por su parte, veia con satisfaccion, que comenzaban á cumplirse los vaticinios de la nunca bien ponderada Mariverde.

CAPÍTULO LVIII

Continúan las maquinaciones de los nigrománticos.

Los bachilleres Iñiguez y Sandoval, habian ya partido para la famosa escuela complutense.

Los compañeros de estos hidalgos, despidieron á sus dos colegas con las lágrimas en los ojos.

Los maestros de los mismos colmáronles de bendiciones antes de marchar.

Aquellos respetables catedráticos, que otorgaron la inmortalidad con su saber á las aulas salmantinas, lloraron como niños al despedirse de los bachilleres.

El obispo de la diócesis, hizo más que ninguno visible su dolor, porque se le iban dos distinguidos teólogos.

Sandoval é Iñiguez cursaron las ciencias eclesiásticas al par que las profanas, no ciertamente por aficion, sino cediendo á imperiosas exigencias de familia.

Un ojo de la cara hubiese dado el prelado, por haber impuesto las sagradas órdenes á aquellas dos eminencias.

Pero Iñiguez y Sandoval habian nacido para realizar distintos fines.

Dejemos á estos caballeros en su viaje, y sigamos al bueno de Ginés.

Trasladado por los de la hostería á casa de Peyroncelli, recibió allí los cuidados solícitos del escultor.

Más de quince dias tardó el bachiller en curarse.

Durante este tiempo, hiciéronle sus amigos mil preguntas para averiguar la causa que motivó su herida.

Pantoja respondió que habia sido ocasionada por un súbito desmayo, que le obligó á caer en tierra sin conocimiento.

A sabiendas mentia el bachiller, pues no se ocultaba á su sagacidad, que el autor de sus males era Vizcarrondo en persona.

Mas como el escolar habia jurado á Dorotea que se revestiria de calma á trueque de no perder su amor, apeló á la paciencia para cumplir su ofrecimiento.

Los médicos que asistieron á Pantoja, repitieron una y cien veces, que la lesion causada en el cráneo del jóven, revelaba orígen bien distinto.

Pero, poniéndose el bachiller hecho un energúmeno, contestaba á los doctores:

—Perdónenme, usarcedes, si les digo que en esta ocasion se equivocan de medio á medio.

Y como ellos volviesen á la suya y Ginés á *contra-*

decillos, concluyeron por creer que era verdad lo que Pantoja decia, y que en el caso aquel, habian visto turbio.

Fuere de esto lo que quisiera, es lo cierto que al cabo del tiempo precitado, Pantoja recobró su salud.

Ya estaba otra vez en disposicion de acudir á las plantas de Dorotea.

Cierta noche, salió muy animado á la calle el bueno de Pantoja.

Sin acordarse de lo que le ocurriera, y sin temor á que le descargasen otro golpe, se dirigió á la casa de su amada.

Llamó una y dos veces á la reja.

Fueron inútiles sus gestiones.

Con el corazon lleno de pena, sintiendo acudir las lágrimas á sus ojos, supuso que habia perdido á Dorotea para siempre.

Volvió Ginés seis ú ocho noches más al nido de sus amores, y con dolor inmenso de su alma no logró ver al ídolo de su corazon.

Entonces acudieron á su espíritu en confuso tropel diversas y encontradas ideas.

—Quizás—decíase Pantoja,—la infame habrá por fin cedido á las caricias de su tutor.

—¡Oh! Si esto aconteciera,—añadia,—los miserables caerian á mis piés con el alma hecha pedazos.

Entregado á tales pensamientos, Pantoja perdia la tranquilidad y tornábase en verdadero loco.

El sueño le faltaba durante las noches, su estómago negábase á recibir alimento.

¿Y existia fundada razon para que así se mostrase el bachiller?

En manera alguna.

Dorotea, sufria tanto como su adorado al no verle.

La bellísima jóven parecia un cadáver.

El basilisco de Vizcarrondo al descubrir los amores de la muchacha, la increpó duramente por su conducta.

Llenóla de agravios y hasta quiso maltratarla de obra.

—¡A encierro perpétuo, queda vuesamercé condenada, mujer sin honra!—gritóle al volver á su casa Vizcarrondo.

Dorotea cayó de rodillas ante su tio y deshecha en llanto pidióle perdon.

—¡Jamás, miserable, jamás!—rugió el hidalgo convertido en energúmeno,—no te perdonaré nunca la burla que de mí has hecho.

—¡Señor, señor,—repetia la jóven,—mire vuesamercé que no pueden darse leyes al corazon, y el mio pertenece en absoluto al bachiller Pantoja!

—Ya te daré yo, bellaca, tu merecido,—exclamaba lleno de cólera don Marcial.—¡No darás un paso, sin que yo te siga: todas estas zurcidoras de tus criadas, irán mañana mismo á la calle, para que no te ayuden en tu menguada empresa, y luego... luego yo sé bien lo que tengo que hacer!

Al pié de la letra cumplió su palabra don Marcial.

Todas las doncellas que servian á su sobrina, fueron despedidas de la casa.

En su lugar, colocó el hidalgo al servicio de la jóven á una vieja de feroz semblante y fea catadura.

Aquella quintañona, era más mala que el mismo Lucifer.

Apenas entró en casa de Vizcarrondo, previno á la vieja el hidalgo, que si protegia los amoros de Dorotea y no la trataba con severidad, seria despellejada viva.

Ante semejante anuncio, la setentona juró y perjuró que cumpliria al pié de la letra las órdenes de su amo.

Y asi lo hizo efectivamente.

Un mes iba ya trascurrido desde estos acontecimientos, y el bachiller Pantoja hallábase dominado por terrible desesperacion.

No habia logrado saber nada de Dorotea, ni esta habia salido de su hogar durante este tiempo, cediendo á los mandatos de su tio.

El desdichado Ginés pensó en ablandar con dádivas el duro corazon de la vieja criada de su novia.

Al efecto, salió el escolar una mañana muy temprano de su casa, y esperó á que la quintañona abandonara la suya para ir á misa.

—¿Vos sois el aya de la señora Vizcarrondo?—preguntó el bachiller á la anciana, saliéndole al encuentro.

El vestiglo quedóse mirando á Pantoja con ojos de mochuelo; pero no le respondió una palabra.

—¿Será sorda?—dijo para sí Ginés.—Veamos.

Y levantando la voz cuanto pudo, interrogó de nuevo á la vieja, diciéndole:

—¿Os he preguntado, si estais al servicio de la ilustre dama doña Dorotea.

La dueña sonrióse, é hizo ademan de pedir anticipado el precio de su contestacion.

—Con mil amores pagaré vuestro servicio,—repuso el bachiller, sacando unas cuantas monedas de su bolsa, y depositándolas en las manos de la vieja.

Esta, despues de besarlas, guardóselas, y lanzando un suspiro repuso:

—Pues os diré, señor estudiante... que primero es la obligacion que la devocion.

Y esto diciendo, echó á correr con tal velocidad, que no la hubiese aventajado el rapazuelo más hábil.

—¡Ah, ladrona, yo te cojeré!—exclamó Pantoja saliendo en pos de la abuela.

Mas apenas hubo dado tres pasos, cuando salióle al encuentro un hombre excesivamente alto, y díjole:

—¡Teneos, flor y nata de las Humanidades!

—¡Dejadme, dejadme, amigo Olmedo!—respondió Ginés.—Voy muy de prisa.

—Teneos, repito, os he visto correr en persecucion de la ancianidad, y esto es reñnar demasiado las pasiones.

—¡Voto á cien mil legiones de demonios!—exclamó Pantoja pateando la tierra,—me habeis causado, señor Olmedo, un grave mal.

—¿Os habeis enamorado de doña Robustiana? ¿Vais á dedicaros á *cultivar la historia antigua?* ¿Os gusta el jamon añejo?

—¿Qué Robustiana, qué historia, ni qué embutido?

Aquí, señor Olmedo, no hay nada de lo que creeis.

—Entonces...

—Esa vieja infame es la criada de mi novia Dorotea, á quien he tratado de sobornar para que me diera noticias de la jóven.

—¡Desdichado de vuesamercé!

—¿Cómo desdichado?

—Señor Pantoja, por lo visto ignorais lo que pasa; pero no, no debo decíroslo.

—¿Está enferma Dorotea? ¿Le amenaza algun peligro? Hablad, hablad por vuestra vida.

—Yo...

—Decidme, señor Olmedo cuanto sepais, ó creeré que os gozais en atormentarme.

—¡Oh! Eso nunca: lo diré, lo diré todo.

—Sí, por vuestra honra.

—Señor bachiller, hoy he sabido que el regidor Vizcarrondo, parte para Madrid.

—¡Santo Dios!

—Pasado mañana sábado se traslada don Marcial con su sobrina á la córte.

—¡Esto más, Virgen de las Angustias!

—Al efecto, el regidor ha vendido cuantos muebles y enseres hay en su casa, para hacer el viaje libre de engorros.

—¿De suerte que ya no volverá Dorotea á Salamanca? ¿De modo que no he de verla más? ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, tened piedad de mí!

Pantoja cubrióse el rostro con las manos, y comenzó á derramar lágrimas abundosas.

—Vamos, vamos, amigo mio,—repuso Olmedo consolando al bachiller,—es preciso que los hombres demuestren su entereza en los momentos críticos de la vida.

—Es verdad, señor Olmedo, es verdad, ¿pero cómo podré yo resignarme á sufrir los desdenes de Dorotea?

—Estais equivocado, señor Pantoja, si creeis que la muchacha no os ama.

—Entonces no me explico por qué soporta la tiranía del infame de su tutor.

—¡Pobre Dorotea! ¿Sabeis lo que hubo de contestar á Vizcarrondo cuando éste le notificó el viaje?

—A ver, á ver.

—Pues ni más ni ménos que lo siguiente:

—Vuesamercé podrá disponer lo que guste, señor tio: iremos á Madrid; pero ya que se me niega el derecho de casarme con Pantoja, á quien amo, me encerraré en un monasterio para toda mi vida.

—¡Oh, bendita mil y mil veces su boca de arcángel!

—Ya veis, señor bachiller, cómo no teneis motivo para desesperaros. ¿Qué es lo que á vuesamercé le importa? ¿el amor de Dorotea? Pues contando con éste, la argucia, el ingénio y la sagacidad que os distinguen, pueden contrariar los planes de Vizcarrondo.

—No os comprendo, señor Olmedo.

—Quiero deciros, señor Pantoja, que inventeis alguna travesura para poder hablar con vuestra adorada.

Ginés quedóse en actitud reflexiva, y al cabo de un instante:

—¡Oh, qué idea, santo cielo!—exclamó.

—¿Habeis dado ya en el *quid?*—preguntóle sonriendo su amigo.

—Sí; por mi vida; pero necesito indispensablemente de vuestra cooperacion.

—Para todo lo que querais, señor Pantoja, ya como comediante, ya como simple ciudadano.

—Como lo primero, hermano mio, como lo primero.

—Pues echad por esa boca cuanto os plazca.

—¿Entre los trajes de los histriones de vuestra compañía, habrá alguno de fraile dominico?

—No uno, sino varios.

—Magnífico, ¡vive Dios! Señor Olmedo, necesito adoptar ese disfraz para llegar hasta mi novia.

—Pues lo tendreis, y yo me comprometo á pintaros el rostro, á colocaros una barba, y á vestiros, en fin, de tal manera, que no os conozca ni la madre que os parió.

—Pues no haya más que hablar: esta noche á las diez, estaré en vuestra casa, señor Olmedo.

—En ella tendré el gusto de esperaros con todos los adminículos.

—Con vos pasaré la noche, y al amanecer saldré á la calle convertido en cogulla.

—Mucho me complacerá, señor Pantoja, poder serviros en la presente ocasion.

—Por lo cual os guardaré, amigo mio, gratitud eterna: vais á dispensarme la mayor merced que pudiera yo recibir en el mundo.

—No haya más que hablar de este negocio. A las diez en mi casa, señor Pantoja.

—Así lo haré, señor Olmedo.

—Que el cielo os guarde.

—El vele por vos para consuelo de los afligidos y, socorro de los desdichados.

El comediante y el bachiller partieron en distintas direcciones.

Así que se separaron, exclamó el primero:

—Pobre chico, ¡cuán hermoso es su corazon!

A su vez, Pantoja repuso:

—¡Tendrás que apelar á un disfraz para verla!—díjome la bruja.—Pues señor, hay que creer, que Mariverde está en combinacion con algunos nigrománticos.

CAPÍTULO LIX

De cómo se cumple la profecía.

El dia amaneció claro y espléndido.

Las calles de Salamanca aparecian solitarias completamente.

Sólo á intervalos veíanse circular por ellas algunos vendedores, y no pocas beatas que se dirigian á los templos para oir la primera misa.

Si movidos por la curiosidad nos hubiéramos detenido un instante en la puerta de un convento de dominicanos, que á la sazon en dicha capital existia, habríamos visto llegar primero á muchas personas.

Y en pos de ellas, á un hidalgo de vanidoso aspecto que acompañaba á una dama cubierta con negro manto.

Tales personajes eran ni más ni ménos que el famoso regidor Vizcarrondo y su sobrina Dorotea.

La jóven acostumbraba á confesarse todos los vier-

nes muy de mañana en el monasterio aquel, é iba á cumplir, por la vez postrera en Salamanca, su piadoso ejercicio.

Penetraron en la iglesia la dama y el caballero aludido, y arrodilláronse cerca de un confesonario.

Allí aguardaron á que el monje que le ocupaba fuera confesando á varios penitentes, hasta que á Dorotea le tocase su turno.

Hizo la casualidad que en la noche anterior, llegasen al convento aquel cuarenta padres dominicanos, procedentes de otros monasterios.

Traían para el Emperador ciertas cartas del pontífice, y fueron hospedados como embajadores por sus hermanos de Salamanca.

Frente por frente del aludido confesonario rezaba con gran fervor é hincado de rodillas, uno al parecer de aquellos religiosos.

Y decimos al parecer, porque el individuo en cuestion no era otro que el bachiller Pantoja.

Tan perfectamente le habia disfrazado su amigo Olmedo, que no le hubiera, en efecto, conocido ni la madre que le parió.

¿Qué se proponia el escolar con aquella actitud?

Acercarse á Dorotea, bendecirla al pasar á su lado, y darla al propio tiempo una carta.

No tuvo necesidad Ginés de violentarse.

La suerte casquivana parecia decidirse á otorgarle su proteccion.

Hizo la casualidad que un acólito se acercase al monje que estaba confesando, y le dijera:

—Padre, ha llegado la hora de que vuestra paternidad diga su misa.

El monje sacó la cabeza fuera del confesonario, y exclamó:

—El caso es que falta aún mucha gente per confesar; pero en fin, veremos si aquel hermano quiere reemplazarme por algunos momentos.

Y señalando el religioso á Pantoja, dijo al monaguillo:

—Acércate á aquel padre y dile si puede venir un momento.

El acólito comunicó al bachiller las órdenes de su principal, y Ginés con paso grave avanzó hasta el confesonario.

—Hermano,—preguntóle el confesor, ¿seríais por ventura uno de los compañeros que llegaron anoche á esta santa casa?

—Vos lo habeis dicho.

—¿Querríais hacerme un favor?

—Con mucho gusto.

—Pues es tan sólo que me otorgueis la merced de confesar á estas damas, ínterin yo celebro el santo sacrificio de la misa.

—Tendré en ello verdadera satisfaccion.

El dominico abandonó el confesonario, sustituyéndole en él el temerario de Pantoja.

Como el bachiller sabia mucho de latines, teología y ciencias eclesiásticas, desempeñó su papel á las mil maravillas.

Confesó á una y dos viejas; absolvióla, y salie-

ron éstas encantadas del talento y cordura del monje.

Tocóle la vez á la sobrina de Vizcarrondo, y apenas se aproximó á la rejilla:

—¡Dorotea, ángel de mis sueños! —Pantoja exclamó.

—¡Santo Dios! ¿quién sois?—preguntó en voz baja la jóven sin reconocer á su adorado.

—¿Quién ha de ser? tu amante; Ginés, que te adora con más entusiasmo que nunca.

—Gracias, madre mia, gracias! ¡al fin has oido mis oraciones desde el cielo!

—Dorotea,—exclamó Pantoja,—me he valido de este traje para llegar hasta hasta tí.

—Bien has hecho, Ginés de mi alma.

—Sé que mañana mismo ese canalla de Vizcarrondo te llevará á la fuerza á Madrid.

—La muerte me daria, si gozase de libertad para ello antes que abandonarte, Ginés mio; pero no encuentro medio hábil de contrariar las órdenes de mi tutor.

—Uno existe, Dorotea.

—Veamos cuál es este.

—¿Te hallas dispuesta á realizar mis indicaciones?

—A cumplir cuanto tú me mandes.

—Entonces apelaremos á la fuga.

—¿A la fuga?

—¿Desconfias de mi caballerosidad? ¿Dudas de que si te vienes conmigo, iremos á casa de mis padres y nos casaremos enseguida?

—No, pero...

—¿Pero qué? Explícate por Dios.

—Mi tio no me abandona un instante, sólo por la noche vá una hora de tertulia á casa del familiar Jimenez.

—Pues hé aquí el momento oportuno.

—Mi criada no se separa de mí.

El bachiller sacó un pequeño papel, y entregándoselo con gran cuidado á Dorotea, díjole:

—Dale estos polvos mezclados con tabaco á la quintañona, y apenas los aspire, quedará dormida como un liron.

—Si haré; ¿y luego?

—Colocas en el balcon principal de tu casa, una de las escalas que tienen tus jardineros para arreglar las enredaderas, de modo que llegue hasta la calle.

—¡Qué embolismo!

—¿Pero entiendes bien mis instrucciones?

—A las mil maravillas, Ginés.

El fingido fraile continuó diciéndo á su novia:

—Hecho todo esto, cierras á piedra y lodo los balcones y ventanas del edificio.

—¿Con qué fin?

—Dorotea, no seas curiosa; ya lo sabrás.

—Perfectamente.

—Realizadas estas prácticas, bajas al zaguan, y aunque llame quien llame y aunque tu tio pretenda echar la puerta abajo, no le abras en manera alguna.

—¿Y cuándo abriré para acudir á tu lado y huir contigo?

—En oyendo dos palmadas: la libertad apoyada en

la hidalguía, ofrecerá entonces ancho campo á nuestras aspiraciones honradas.

—Ginés: quiera el cielo sacarnos con felicidad de este negocio.

—Confianza en él, Dorotea mia, que así habrá de acontecer.

—Hasta la noche, pues, amado de mi corazon.

—Adios, ángel de mi alma, y no me olvides.

Dorotea levantóse y fué á besar la mano del fraile con fingida humildad.

Pantoja impuso la absolucion á su penitente, haciendo visible en su cara el enojo.

Lo cual hubo de gustarle mucho al regidor, suponiéndo que el dominico habia reprendido severamente á Dorotea.

Concluida la misa, el monje que primeramente vimos, volvió á su confesonario y dijo al bachiller:

—Gracias, hermano, por vuestra atencion: podeis retiraros, que voy á ocupar mi puesto.

Con gran ceremonia saludóle Ginés, y abandonó el tribunal de la penitencia.

El dominico siguió confesando á las demás personas que allí estaban.

Ginés detúvose á orar un instante, para pedir al cielo perdon por el paso que habia dado.

Y seguramente el Todopoderoso le perdonaria, pues de no haber hablado Pantoja con Dorotea, la desesperacion le hubiese conducido al suicidio.

De suerte que con aquel rasgo de travesura, se salvaba quizás el alma de un infeliz enfermo de amor.

¿Qué hizo luego Pantoja?

Concluida su plegaria lanzóse á la calle y en un *dos por tres*, llegó á casa del italiano Peyroncelli.

En el interior de la misma, esperaban á Ginés todos sus compañeros.

Al verle en aquel traje, surgió de los labios de los jóvenes, unánime carcajada.

Olmedo estaba tambien en aquel lugar.

—¿Qué tal, qué tal?—preguntaron á una, todos los escolares.

—¡Victoria, señores, victoria!—gritó Ginés, ébrio de gozo.

—¿Vuestra adorada?...

—Esta noche huirá conmigo.

—¡Soberbio, incomparable, trascendental!

—Iremos á casa de mis padres; luego nos casaremos, y el tutor quedará burlado.

—¿Y cómo habeis podido arreglar este negocio?

—Oid, amigos mios, oid.

El bachiller, con aplauso de todos sus oyentes, refiriéles cuanto le aconteciera en el monasterio de los dominicos.

—¡Brava empresa, y estrella admirable!—contestaron los escolares, así que hubo terminado su narracion Pantoja.

—Verdad, decís,—exclamó el bachiller;—pero nada habré conseguido si el señor Peyroncelli y todos vosotros, no me ayudais en la empresa.

—Con alma y vida,—contestaron los interpelados, —explicaos, Ginés.

—De vos, señor Peyroncelli, reclamo el favor de que me presteis un caballo para huir con mi adorada.

—Le tendreis, amigo mio, le tendreis; yo mismo le conduciré hasta la calle que está á la derecha de la casa de Vizcarrondo.

—Gracias mil, compañero,—contestó Pantoja;—á la primera venta que llegue, daré órden para que os devuelvan el animal.

—No os cureis de eso.

El bachiller dirigiéndose á sus amigos, repuso:

—El favor que como tributo de despedida necesito de vosotros, es el siguiente:

Que acudais esta noche con el mayor recato, á las inmediaciones de la casa del regidor.

—Así se hará.

—Allí os ocultareis, hasta el instante en que yo emprenda la fuga con Doretea.

—¿Y luego?

—Cuando veais al regidor en la situacion más crítica en que puede encontrarse un hombre, salis de vuestro escondite y le dais la silba más estupenda de los siglos.

—Llevaremos tomates.

—Y pitos.

—Y cebollas.

—Las linternas bajo la capa.

—Todo cuanto querais: el asunto estriba en que el infame de don Marcial, pague sus canalladas con el ridículo.

—Así acontecerá ¡voto á cribas!

—Pero no hareis el menor daño en su cuerpo.

—Como mandeis, amigo Ginés.

—Realizada esta empresa, á vos os toca coronarla, señor Peyroncelli.

—¿De qué modo?

—Cuando yo haya partido con Dorotea, citad á una conferencia á su tutor.

—¿Y de qué trataremos en ella?

—Le direis á don Marcial, que sus desaciertos y conducta menguada, han sido la causa de este desaguisado.

—Muy bien.

—Que ya no hay remedio, y que se resigne con su desgracia.

—Perfectamente.

—Que si por escrito formula el consentimiento del matrimonio de su sobrina conmigo, le perdonamos todas las fechorías, robos y trasferencias que ha hecho en la dote de la jóven.

—¿Y de no acceder Vizcarrondo?

—Nos casaremos de todas maneras, y no pararé yo hasta que lleve á don Marcial á prisiones para toda su vida.

—Al pié de la letra haré, señor Pantoja, cuanto me ordenais.

—La solucion de todo, la espero en mi casa al lado de mis ancianos padres.

Allí hay siempre una mesa pobre, pero honrada, y un lecho para los buenos amigos.

—Yo mismo iré á vuestro pueblo á daros cuenta de todo,—exclamó Peyroncelli.

Pantoja desligóse de su traje monacal, y dirigiéndose á sus compañeros, repuso, con voz entrecortada:

—Amigos mios: pocas horas nos restan de estar juntos; llegó el instante de nuestra separacion.

Los escolares, visiblemente afectados, fueron abrazando uno por uno á Pantoja.

En los rostros de los jóvenes, reflejábase bien clara la tristura.

De todo corazon sentian separarse de aquel compañero, con quien habian compartido sus triunfos y sus penas.

Y acentuábase más esta amargura, por cuanto que aquellos escolares, habian visto abandonar á Salamanca hacia poco, á los bachilleres, Sandoval é Iñiguez.

A tales empeños hallábanse entregados unos y otros, cuando presentóseles de súbito la vieja Mariverde.

Venia muy triste y apesadumbrada.

Pantoja avanzó hasta ella y le dijo:

—No os equivocásteis, señora mia, en vuestras predicciones; todos vuestros anuncios se han realizado.

—¿Todos?

—Absolutamente.

—Ya lo sabia yo, señor Pantoja, no suelo equivocarme con facilidad; y por cierto que hace poco vaticiné una desgracia...

—¡Una desgracia!

—Que me obliga á daros una mala noticia.

—¡Diablo!

—¿Os acordais de maese Pelaez?

—Seguid, seguid.

—No hace dos meses le vaticiné que sucumbiria pronto.

—¿Y bien?

—Hace cinco dias falleció y uno de sus criados me ha dado hoy tan triste noticia.

—¡Cielo Santo!

—Bien haceis en sentirle. Pelaez os queria mucho á todos vosotros, y ha muerto enviándoos sus bendiciones.

—¡Pobre amigo nuestro, no le olvidaremos nunca!

—Bien hareis, hijos mios, bien hareis: la gratitud hácia los que nos aman, es una virtud digna del mayor aplauso.

Pantoja llevóse su pañuelo á los ojos y secó unas lágrimas.

Luego lleno de tristura repuso:

—Hermanos, amigos mios, os propongo que elevemos al cielo una plegaria por el eterno descanso del infeliz Pelaez.

Todos los que allí estaban cayeron de rodillas, y balbucearon entre dientes una oracion, por el alma del difunto.

CAPÍTULO LX

La hora de la partida.

Llegó la noche, y la poblacion entera quedó entregada al silencio.

Los alrededores de la Casa de Vizcarrondo encubriéronse con los densos mantos de las sombras.

Apenas anocheció, el regidor don Marcial trasladóse á casa de su amigo el familiar Jimenez.

Era la última velada que Vizcarrondo pensaba pasar con su colega, pues al dia siguiente debia trasladarse á Madrid, como sabemos.

Contento, satisfecho y alegre, salió el regidor de su domicilio, suponiendo que habia llegado la hora de poner término á sus inquietudes.

Alejada Dorotea de su amado Ginés, y decidida como estaba la jóven á entrar en un convento, cuando á Madrid llegase, habia Vizcarrondo colmado sus deseos.

Ya no debia dar cuentas del capital de su sobrina; ya no le armaria esta un pleito; ya no tenia que dotarla.

Tales eran las ilusiones del bribon, el cual ignoraba lo que habria de ocurrirle.

Sus proyectos estaban destinados á fracasar, mediante la habilidad de Pantoja, á quien auxiliaba el amor.

Empero dejemos entregado á su tertulia á aquel tutor sin entrañas, y trasladémonos á las puertas de su hogar.

Marchando sigilosamente y sin hacer el menor ruido, fueron llegando cerca de la casa de Vizcarrondo varios bultos.

Apostáronse en los huecos de algunos portales y allí permanecieron como adheridos á la pared.

El lector habrá adivinado que aquellas sombras, eran ni más ni ménos que las proyectadas por los cuerpos de los escolares amigos de Ginés.

El escultor Peyroncelli, montado en un corcel brioso, arribó tambien á aquellos lugares.

Detúvose en una calle que á la derecha de la casa de Vizcarrondo existia, y ató su caballo á una reja.

Verificada esta operacion, el italiano avanzó hasta la esquina de dicha calle.

Apoyado en la cual, podia advertir todo cuanto en la puerta de la mansion de Vizcarrondo aconteciese.

Perfectamente preparado quedaba el plan dispuesto por Pantoja, y en la actitud que hemos visto, ha-

llábanse sus colegas, cuando muy suavemente abrió Dorotea el balcon principal de su casa.

Como le fué posible, ató á los hierros del mismo el extremo de una escala, de modo que el lado contrario tocase con la calle.

Hecho esto, desapareció súbitamente del balcon.

Más de una hora trascurrió desde esta práctica.

Ninguno de los apostados abandonó su puesto á pesar de que su situacion no era nada cómoda ni ventajosa.

Pantoja á su vez, encontrábase tambien oculto en uno de aquellos lugares.

Revistióse de paciencia, é imitáronle sus generosos amigos.

Empero como esperasen mucho, la calma fué abandonando á todos.

Uno de los estudiantes, á quien la sangre le hervia en las venas, atrevióse á abandonar su escondite.

Salió frente por frente de la casa de Vizcarrondo, y desembozándose, dejó ver una linterna en sus manos.

Los amigos de este jóven, que eran tambien de la piel del diablo, imitáronle y llegaron á donde él estaba.

Entonces uno de ellos exclamó:

—No me cabe duda de que don Marcial no ha salido de su casa esta noche; son más de las diez y no vuelve.

—Pues medrados estamos, si acontece tal cosa,—respondió otro escolar.

—No, pues lo que es nosotros, no quedamos burlados.

—¿Vamos á apedrear la casa?

—¿O á darle una serenata de pitos?

—Mejor es que le obliguemos á bajar á la calle para mantearle luego.

—¡Voto á todos los demonios juntos!—gritó Pantoja aproximándose á aquellos calaveras.—¿Sabeis, señores, que es mejor entendérselas con comediantes sin contrata, que con hombres como usarcedes?

—¿Pues?...

—Pues que me van á echar á perder mis planes á lo mejor de la fiesta.

—No tengais cuidado, Ginés.

—Vizcarrondo no ha salido esta noche.

—Apuesto doble contra sencillo, á que se encuentra durmiendo ahora como un cachorro.

—Primero faltaria la misa mayor en Roma, que el regidor dejara de asistir á su tertulia.

—Amigo Pantoja, eso podrá haber sucedido antes; pero hoy...

Al decir esto, oyóse lejano ruido de pasos.

—¿Eh?—repuso uno de los estudiantes.

—Nada, que el regidor se acerca,—contestó otro.

—¡Pues *fúgite!*

Y esto diciendo, salieron como bandada de murciélagos los escolares, acurrucándose en sus respectivos escondites.

Por la calle situada frente á frente de la mansion de Dorotea, venia su tutor don Marcial.

Algun tibio rayo de luz, desprendido de las linternas que los escolares llevaban ocultas, debió herir sus

ojos, por cuanto al arribar el regidor frente á frente de su casa, repuso, hablando consigo mismo:

—¡Por Dios vivo, que juraría haber divisado gente congregada aquí!

Y adoptando una actitud provocativa, desnudó la daga que llevaba sujeta al cinto, y saliendo al medio de la calle, exclamó:

—¡Por la honra de mi extirpe, juro al cielo, que cobarde y follon será, aquel que oyendo estas palabras mías, no quiera habérselas en lucha con quien las profiere!

Nadie se tomó la molestia de contestar á la fanfarronada de Vizcarrondo.

Sólo Ginés, perdiendo la paciencia, estuvo á punto de lanzarse sobre don Marcial.

Empero contúvose, á trueque de vengarse de él de otra manera.

Viendo el regidor que nadie contestaba á su desafío, envainó con gran ceremonia su daga, exclamando:

—Sobradamente sabia, que pocos caballeros gustan de medir sus armas con este hidalgo. Esto tenemos los valientes: una sola palabra de nuestra boca, es suficiente para poner en fuga á los más valerosos campeones.

Y abandonando su actitud hostil, encaminóse á su casa. Mas apenas llegó á la puerta, echándose á la cabeza las manos:

—¡Gran Dios! ¿Qué es lo que veo?—exclamó—¡Una escala pendiente de mis balcones! ¡Ah, vive Cristo, la... infame, se ha salido con la suya!

—¡Llamaré á la puerta; la echaré abajo si es preciso; pero no entraré en mi casa, hasta que los dos infames caigan muertos á mis piés!

Y acompañando á la palabra la accion, sacudió sobre la puerta dos briosos aldabonazos.

Esperó un instante, y:

—Nada, no me responden,—se dijo;—los criminales se han propuesto hacerme una burla sangrienta: avisaré á la justicia, sí, á la justicia.

¿Pero y si entretanto huye ese bellaco de Panteja y me acusa de calumniador? ¡Oh!, no haré tal; será mejor cojerlos infraganti, sorprender á ambos en su diálogo de nefando amor. ¡Sí, Vizcarrondo, ánimo y arriba!

Y esto diciendo, comenzó á subir muy despacio por la escala que pendia del balcon.

Al cabo de un instante llegó á este.

Penetró en su interior y al ver las vidrieras cerradas:

—¡Maldita sea mi suerte!—repuso.—Llamaré, á ver si consigo algo.

Con furia loca, y mayor ahinco que la primera vez, golpeó Vizcarrondo sobre los cristales, quebrando dos de ellos.

—¡Abrid, miserables, y daos á la ley!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

La voz de Vizcarrondo perdióse en el espacio.

—¡Estoy perdido!—repuso,—no me queda más solucion que ir á avisar en este instante á la justicia!. ¡Bajemos!

—¡Atrás!—gritó una voz desde la calle, al propio tiempo que Pantoja y Peyroncelli tiraban de la escala, arrancándola del balcon.

—¡Canallas, bribones, malandrines!—rugió Vizcarrondo, viendo que no podia descender.

—¡Fuera el tutor!—exclamaron los escolares lanzando luego grandes silbidos y mostrando sus linternas.

—¡Daos presos, villanos!—rugió don Marcial arrancándose el cabello.

Pantoja dió dos palmadas y Dorotea abrió la puerta del zaguan.

Salió al punto á la calle y los estudiantes comenzaron á decir:

—¡Viva la reina de la hermosura! ¡Viva Ginés Pantoja!

—¡Viva!—contestaron otros.

—¡Mirerable: pupila sin honra, meretriz villana, rugió Vizcarrondo,—¿qué vas á hacer?

—¡Ahora lo vereis, tutor menguado!—contestó Pantoja, al par que colocaba á Dorotea á la grupa de su caballo, montando él tambien.

—¡Piedad, socorro; traicion: que se llevan á mi sobrina!

—¡Mueran los pelones!—exclamaron los estudiantes.

—¡Adios, tutor sin honra!—¡adios, amigos mios!—exclamó el bueno de Ginés.

Y picando espuelas al bruto, salió de aquel sitio con la velocidad de una flecha.

—¡A ellos! ¡A ellos!—exclamó con tonos desesperados don Marcial.

Pero la voz se ahogó en su garganta, porque en aquel momento le reventaron un tomate en la boca.

Los estudiantes prorumpieron en gritos de júbilo, lanzando al par sonoras carcajadas.

Una nueva lluvia de tomates y otras hortalizas, cayó sobre el desvalido Vizcarrondo.

Y tal era su orgullo, que apesar de esto, seguia desde el balcon insultando á los estudiantes.

—La gresca tomaba ya serios caractéres, cuando á uno de los jóvenes ocurriósele decir:

—¡La ronda vendrá pronto; huyamos!

—¡Sálvese el que pueda!—dijeron varias voces.

Y como bandada de pajaros, salieron del lugar del suceso los escolares, tomando rumbo distinto cada cual.

—¡Pillos, ladrones, sin vergüenzas!—gritó de nuevo Vizcarrondo.

Peyroncelli, que era el único que habia quedado en la calle, dijo á don Marcial con acento severo:

—Tened vuestra lengua, señor Vizcarrondo; y permitidme la entrada en vuestra casa, porque habemos de tratar asuntos muy graves.

—Yo...

—Vos debeis preocuparos ahora de negocios más serios que la fuga de vuestra sobrina.

—Me gusta el descaro.

—Os repito que os decidais á que conferenciemos, y sino, por vos lo sentiré.

—Bueno, bueno, pasad; y sacadme por el cielo de esta situacion aflictiva.

Peyroncelli entró en el zaguan y cerró la puerta del mismo.

Subió precipitadamente la escalera, y llegó al salon principal de la casa.

Acercóse, auxiliado por su linterna, al balcon en que estaba preso Vizcarrondo, y abriéndolo con gran premura, dejó en libertad al hidalgo.

Este con los puños cerrados y lleno de cólera, penetró en el salon aludido, y cayó abismado en un sillon.

Bastante tiempo tardó en reponerse despues de la cruenta lucha mantenida, y cuando ya lo hubo logrado, lo primero que dijo fué:

—Voy á matar á esa vieja infame, que por desgracia puse al cuidado de Dorotea. Ella tiene la culpa de todo.

—Equivocado estais,—repuso Peyroncelli,—esa anciana es irresponsable de lo ocurrido.

—¿Pretendeis excusarla tambien?

Pretendo deciros que mis amigos los estudiantes no son tontos, y que cuando hacen alguna travesura, procuran atar todos los cabos.

—¿Aludís á una nueva infamia, verdad?

—Quiero deciros que la dueña que está á vuestro servicio, es una ladrona.

—¡Mentís, voto á brios!

—Es una gran pícara, repito; so pretexto de hacer á Pantoja ciertas revelaciones, le sacó el dinero y huyóse luego con él sin decir nada.

—¡Es imposible!

—Lo afirma un hombre de honor y basta, señor Vizcarrondo. En consecuencia de la ruin accion de esa vieja impía, Ginés...

—¿Qué?

—Mandóle dar ciertos polvos...

—¡Asesino!

—Nada de eso; mandóla dar ciertos polvos para que gozase de sueño profundo, interin Dorotea se escapaba.

—¡Ah! ¡Miserable, bellaco!

—Reflexionad bien, señor Vizcarrondo, en que nadie tiene la culpa de estos lamentables sucesos, si no es vuestro carácter.

—¿Osais injuriarme todavía?

—Quiero traeros á la razon y nada más.

—¡Aquí, truenos y rayos, no existe más razon que una sentencia dura contra el raptor y la raptada! Voy, voy en este instante á dar parte de todo á la justicia.

—No hareis semejante cosa.

—¿Llegaria vuestra avilantez hasta intentar detenerme?

—Quizás, quizás.

El regidor dió un salto y mostrando en sus ojos la ira:

—¡Atras, italiano sin honra!—exclamó.

—¡Miserable!—gritó no ménos furioso Peyroncelli, —si das un paso, te atravieso el corazon de una estocada.

Y sujetando al regidor por el cuello, repuso el escultor con voz enérgica:

—¡Júrame por tu honor, si le tienes, que retiras tus menguadas palabras!

—¡Suelta, suéltame, villano!

—Pues haz al pié de la letra lo que te ordeno.

—¡Yo!...

—¿Afirmas que has mentido como un bellaco?

—Sí, sí.

—Pues ya que te retractas de tus cobardes afirmaciones, ponte en pié y escucha lo que voy á decirte.

El regidor lleno de pavura, cumplimentó la órden del italiano.

Este tomó la palabra, en la forma que á continuacion se dirá.

CAPÍTULO LXI

Los resultados del valor.

Trémulo, descompuesto y casi sin vida, sentóse Vizcarrondo en un sillon y Peyroncelli hizo lo propio, quedando enfrente de su enemigo.

Un corto espacio de silencio sucedió á este acto.

Al cabo del cual, el regidor repuso:

—Hablad, señor mio, y concluya pronto esta situacion enojosa.

—Sí haré; pero antes debo manifestaros, que si me permito tocar cierto negocio, es sólo á título de apoderado del bachiller Pantoja.

—Bien esté.

—El hidalgo háme encargado con gran interés, que tenga yo una entrevista con vuestra persona.

—¿Y bien?

—Cumplo mi cometido, realizando sus deseos.

—Adelante, señor Peyroncelli.

—Allá voy, señor Vizcarrondo. Desde luego, no se le oculta á ningun mortal que el acto realizado por Pantoja...

—¡Es de los más arteros, villanos y miserables que vieron los siglos!

—No opino yo así, señor don Marcial. Si vuesa merced prescindiera por un instante de su amor propio...

—¡Qué!

—Veria que á los chicos les sobra razon para emanciparse de vuestra tutela.

—¡La nieta de cien duques, concubina de un pelgar!

—La jóven discreta que en breve se unirá en matrimonio con un hombre sabio, honrado y caballero.

—¡En matrimonio! ¿Sabeis, ¡vive Dios! lo que decis?

—Lo que oyendo estais.

—Señor Peyroncelli; primero me dejaria hacer trizas, que dejar impune el horrendo delito que esos infames acaban de cometer.

—Señor Vizcarrondo, prescindid de vuestra cólera, y vayamos al terreno de lo justo y de lo equitativo.

—Hablad presto, porque la sangre me ahoga.

—Desde luego, tanto Pantoja como Dorotea, suponen que vuesamercé, no habrá de dejar de hacer alguna de las suyas.

—Y estoy en mi derecho.

—Eso es lo discutible.

—¿Cómo lo discutible?

—Si me ois con calma, os demostraré que es fundada mi afirmacion.

Vuestro modo de conduciros con los dos jóvenes, ha producido la erupcion del volcan.

—¡Venga, venga una prueba!

—Por Dios vivo, que os la daré plenísima ¿Os acordais de tres hermosas tierras de sembradura existentes en el término de Valladolid?

—¡Cómo!

—¿Que si haceis memoria de esas fincas?

—Yo...

—Nada de rodeos: ó respondeis categóricamente, ú os dejo entregado al peligro que os amenaza.

—Pues bien, es cierto: tengo noticia de esas propiedades.

—Perfectamente, así quiero veros, y de este modo podremos llegar á una solucion satisfactoria.

—Seguid, seguid.

—No cabe duda, de que dichas tres tierras no os pertenecen:

—¿Eh?

—Quise deciros, que todas formaban parte del caudal que á Dorotea dejó su padre al morir.

—¡Oh!

—¿Me equivoco, tal vez, señor Vizcarrondo?

El regidor bajó la cabeza, lanzó un penoso suspiro, y repuso con voz entrecortada:

—Es cierto cuanto afirmais.

—¡Soberbio! Vuestra ingenuidad me satisface sobremanera. Continuaré hablándoos con la franqueza de un amigo.

—No hace mucho, con el mayor silencio y recato, vendísteis esas fincas.

—¿Quién os ha contado tales cosas?

—Quien puede y lo sabe. Decidme si estoy en un error.

—Referiré la verdad.

—¿Y qué hicisteis con el producto de esa venta?

—Pues ni más ni ménos, que comprar acciones de cierta compañía minera, existente en Extremadura.

—Por mi fé, que si lo hice fué por acrecentar el capital de mi sobrina.

—¡Lástima grande que fracasaran tan buenas intenciones!

—Ved cómo hablais, porque yo soy un hombre honrado.

—No lo dudo; pero á las veces, no basta la honradez para prevenir ciertas contingencias.

—Repito que la fortuna de esa pupila sin decoro, subirá á muchas talegas.

—Pues yo repito tambien que os engañais.

—¿Quereis saber más que mi persona, señor Payroncelli?

—En el caso actual, de seguro; suele acontecer en la vida que...

—Concluid pronto.

—Que cuando más tranquilos reposamos sobre

nuestros laureles, es cuando debiéramos desesperarnos.

—Señor Peyroncelli, vuestras palabras me llenan de recelo y de inquietud. Hablad ¡voto á los cuernos de Lucifer! y acabe de una vez este tormento.

¿Pende sobre mí alguna desgracia?

—Sobre vuesamercé, no; pero sí sobre su sobrina.

—¡Ah! entonces, lejos de lamentarla, me alegro y me *retealegro*: así me ahorra el vengarme de sus villanías.

—¡Hermoso corazon el de vuesamercé! ¿Con que desearia que esa pobre jóven, experimentara las crueldades del infortunio?

—Lo dicho, dicho.

—Pues no se saldrá vocé con la suya, porque la desdicha ocurrida no pesa sobre el cuerpo, sino sobre el capital de Dorotea.

—¡Gran Dios!

—Señor don Marcial ¿á qué ocultarlo, si ya no tiene remedio? Sabed que la compañía minera donde teniais gran parte del capital de vuestra sobrina, ha quebrado.

—¡Mentís, vive Dios!

—Este papel que os entrego lo prueba, así como acredita tambien, que los fundadores de la sociedad aludida, se han fugado llevándose todo el dinero que existia en sus arcas.

Vizcarrondo, lleno de espanto, leyó el contenido del documento y exclamó despues:

—¡Jesucristo! ¡No me engañan mis ojos! ¡Es verdad; es verdad!

—¿Lo veis?

—¡Ay! ¡Santo Cristo de la Agonía! ¡Ay! ¡Madre del Carmelo! ¡Yo pierdo la razon; yo me vuelvo loco!

Y esto diciendo, comenzó á arrancarse la perilla y á darse de puñadas en el cráneo.

—¡Bruto de mí!—exclamó luego el regidor lleno de coraje.—¿A qué me he metido en tales negocios sino era mio el dinero?

—Eso debió vuesamercé haberlo pensado antes.

—¡Maldita la hora en que vine á Salamanca, en que me hicieron tutor de pupilas sin decoro; y en que me metí á desfacedor de entuertos! ¡Ay! bestia; ¡ay! salvaje que eres, Marcial.

Y diciendo el regidor estas palabras, comenzó á llorar de rabia y desesperacion.

Peyroncelli no pudo contener la risa al verle; empero reponiéndose de súbito, exclamó con suma seriedad:

—Ahí teneis las consecuencias de vuestras locuras; dejar en la calle á una jóven, que no tenia más amparo que vos en el mundo.

—¡Callad, callad, señor escultor!

—No haré tal cosa, ínterin no prescindais de vuestra orgullosa actitud.

—¡A mí no me importa nada de nadie! Aborrezco á toda la humanidad; pero si yo estoy perdido, tambien lo está esa bribona de mi sobrina!

—No lo creais, señor Vizcarrondo.

—El infierno me facilita una venganza indirecta: que huyan, que huyan los amantes; ahora comerán alpiste.

—Desdichado de vuesamercé.

—¿Por qué causa?

—Oid y temblad: Pantoja y Dorotea poseen documentos escritos, en que constan los desaguisados que habeis hecho en el caudal de la jóven.

—¡Mentira!

—¿Mentira? ¿A ver donde fué á parar la dehesa del Cuervo?

—¡Jesucristo!

—¿Y las viñas sitas en Málaga?

—¡Santo Dios!

—¿Y el molino de Valdepeñas?

—¡San Pablo!

—¿Y las yuntas de Medina, las piaras extremeñas, y los bienes dotales...

—¡Basta, basta! no me atormenteis más, señor Peyroncelli,—exclamó el regidor cayendo de rodillas.

—¿Confesais?...

—Confieso que todo, todo ello lo vendí indebidamente.

—Pero podreis entregar el producto de la venta á su dueña legítima.

—Mañana... quizás.

—Ya lo creo, miserable, porque hoy es imposible. No ignoro nada; sé perfectamente que habeis derrochado la fortuna de la huérfana, entre las tertulias del

familiar, y dos concubinas á quienes manteneis con gran lujo.

—¡Perdon, perdon por vuestra honra!

—Ese es el que yo vengo á buscar aquí.

—¿Qué deseais, señor Peyroncelli?

—Lo que Ginés Pantoja desea: que formuleis por escrito vuestro consentimiento, autorizando su matrimonio con vuestra pupila.

—¿Pero?...

—¿Os resistis?

—Yo...

—Veo que no os hallais conforme con esta súplica.

—Es descaro inaudito lo que me piden.

—Mas descaro supone, malversar la fortuna agena, dejando á una pobre mujer en la calle.

—¡Pesia tal!

—Ni votos ni por vidas han de serviros, señor Vizcarrondo. El dilema formulado por Ginés es el siguiente: ó cede don Marcial en su terquedad, en cuyo caso Dorotea le perdona todas sus fechorías, ó vamos los tres á prisiones: el tutor por ladron y fullero; los dos amantes por haber tomado la resolucion de huir.

—¿De modo que al bachiller le importa poco ir á una mazmorra para muchos años?

—Nada le significa, con tal de que le acompañe vuesamercé.

—¡Ay! qué embrollo, Madre de las Angustias.

—En vuestra mano está, aclararlo.

Vizcarrondo púsose en pié, y como si la razon le sobrase, exclamó con gran orgullo:

—Pues bien: daré mi consentimiento para que esos mengados se casen.

—Gracias, gracias, amigo mio.

—Pero entended ¡vive Dios! que no lo hago por miedo á ciertas amenazas.

—Ya lo supongo.

—Sino en razon á que no quiero que la limpieza de mi apellido, sufra menoscabo.

—¡Muy bien pensado está!

—Dorotea... Ginés... en fin, comprendereis, señor Peyroncelli, que ya la cosa no tiene remedio.

—Uno solo existe: el matrimonio.

—Justamente, el matrimonio: pero conste, que si despues pretenden armarme un pleito...

—Yo réspondo de que no harán los novios semejante cosa.

—Pues bien: mañana mismo extenderé mi consentimiento ante un escribano: á las nueve os espero aquí para entregárosle.

—Sin falta acudiré á la cita.

—¡Luego, luego, despues de entregaros las únicas dos talegas que han quedado sanas en el capital de mi sobrina, huiré de este pueblo para ir á concluir mis dias en el último rincon de España!

—Perfectamente hareis.

—No quiero volver á saber nada de mi familia; estoy harto de sufrir sus menguadas acciones y de recibir disgustos por su culpa.

—En perfecto derecho os hallais, de tomar el partido que más convenga á vuestros intereses.

—Sí, sí.

—En esto oyóse ruido en la escalera, y á poco presentóse en el salon aquel, una ronda de alguaciles presididos por el familiar Jimenez.

—¡Daos preso!—repuso el justicia dirigiéndose á Peyroncelli.

—¿Por qué causa?—contestó el escultor.

—Aparte de que no debo daros explicaciones, os diré que debo apoderarme de vuestra persona, por haber patrocinado el escándalo estudiantil que ha surgido esta noche en estos contornos.

—Perdonadme, señor familiar, si abrigo alguna duda.

—¿Cuál es ella?

—¿Os habeis enterado personalmente de lo ocurrido?

—Yo siempre estoy frente á frente del deber.

—¿Apesar de mantener todas las noches el juego vil, en vuestra tertulia?

—¡Gran Dios!

—Respondad al punto.

—Bajad la voz, por el cielo, señor Peyroncelli.

—Sí haré,—repuso el italiano.

Y luego acercándose al familiar, díjole en tono muy bajo:

—¡Si osais armar una causa criminosa; si dais la menor noticia de lo ocurrido, os denuncio ante las gentes como jugador, prestamista sin entrañas, y jefe de una partida de estafadores!

—¡Oh! callad, callad por vuestra honra.

—Pensad, pues, lo que haceis, y ahora prendedme si os place.

—No haré semejante cosa,—repuso el familiar.

Y saliendo luego á la escalera donde sus subordinados le esperaban, llamóles, diciendo:

—¡Hola! Entrad, entrad presto, alguaciles.

Todos los de la ronda obedecieron el mandato.

Penetraron en el salon, y Jimenez les dijo:

—Señores: lo que creímos delincuencia, ha sido ni más ni ménos que una broma dada por los estudiantes al señor Vizcarrondo.

Cosa natural es que los jóvenes que frecuentan las aulas, incurran en esta clase de desahogos, y como la parte ofendida, es decir, el señor don Marcial, los perdona á todos, creo que nada tenemos que hacer aquí.

—Ciertamente, señor familiar.

—En su consecuencia, partamos; empero antes, ordeno á vuesasmercedes que ni sus camisas tengan conocimiento de lo ocurrido, para que no caiga en menoscabo la autoridad: de este modo evitaremos las hablillas de los que dicen que siempre vá la ronda, á donde no debe ir.

—¡Muy bien, muy bien!—respondieron varios alguaciles.

—En marcha, pues, señores.

Señor Peyroncelli, que Dios os guarde: don Marcial hasta más ver.

Jimenez al frente de los suyos, salió á la calle.

El escultor quedó con Vizcarrondo y antes de abandonarle, exclamó:

—Señor regidor: no olvidaré nunca la gratitud que debo á vuestra benevolencia.

—Podeis guardarme agradecimiento, porque sois el primer hombre que ha logrado dominar á este hidalgo.

—¡Buen pillo estás!—repuso el escultor para sí.

Y en tanto se despedía de Vizcarrondo, repetia este para sus adentros:

—¡He logrado escaparme de sus garras: qué fuerza, Señor, qué fuerza la de este italiano!

CAPÍTULO LXII

De lo que les sucedió á los amantes despues de su fuga.

Salvando obstáculos, cruzando montes y llanuras, y marchando á todo galopar, ganaron Ginés y su adorada gran extension de terreno.

Las sombras de la noche favorecian su empresa.

Y decimos esto, porque de haber emprendido su marcha los amantes á la luz del sol, claro y èvidente es que hubieran salido mal parados.

Las gentes que hubiesen acertado á encontrarles, habríanles detenido de seguro.

Empero quisieron los génios protectores del amor sacar sanos y salvos á los dos novios.

Sin dificultad salvaron como hemos dicho, gran distancia, y ya al amanecer halláronse muy cerca de una venta.

Antes de arribar á aquel meson, apeáronse Ginés

y Dorotea, y tomando de la rienda el primero al caballo, encamináronse á la venta aludida.

Toda esta operacion, no tuvo otro objeto que desorientar á los moradores de la hospedería mencionada.

Puesto que si hubiesen visto á Dorotea y Ginés montando el mismo caballo, habrian pensado, con razon, que el caballero habia raptado á la jóven, dado lo violento de su viaje.

Pantoja, sin ser trapacero, ni mucho ménos, tenia gran facilidad para urdir embustes cuando lo juzgaba conveniente.

Y así, como al llegar á la venta le preguntase el ventero cuál era la causa de que trajeran un solo corcel, contestó Pantoja sin inmutarse:

—Desdichada de mi señora, que ha estado á punto de morir; su caballo se espantó algo lejos de este sitio, y dando con su cuerpo en tierra, salió despavorido y sin freno.

—¡Válame Dios y qué cosas suceden en el mundo! ¿De modo que esta ilustre dama vendrá malferida?

—No á la verdad; al huir el bruto caí sobre unas yerbas, y éstas me evitaron una terrible fractura.

—Más vale así,—respondió el ventero.—¿Y no podria saber á dónde se dirigen vuesasmercedes?

El bachiller reveló al del meson que iba en compañía de la dama á su pueblo natal, y que esperaba le facilitase un medio cómodo para trasladarse á dicho punto.

—Le tendrá vuesaseñoría,—respondió el ventero;

—precisamente dentro de una hora sale un carruaje conduciendo viajeros para dicho punto.

—Pues preparadnos un buen almuerzo á mi señora y á mí, y dentro de una hora partiremos.

—Sereis servido, señor hidalgo.

—¡Ah!—exclamó Pantoja,—se me olvidaba deciros, que tengais en vuestra cuadra este caballo hasta que vengan á recojerlo de parte de su dueño legítimo, que es un italiano llamado Peyroncelli.

Dispuesto el almuerzo, Pantoja y Dorotea consumiéronle con gran apetito.

Llegó la hora de partir en direccion del pueblo de Ginés, y despues de abonar éste todos los gastos hechos en la venta, dispúsose á reanudar su viaje.

Penetraron Dorotea y su adorador en un vehículo que ocupaban tambien otros viajeros, y á poco, salian de aquel lugar sin contratiempo ni novedad alguna.

Como acontecia en la época á que nos referimos, su jornada fué lenta y tardía por demás.

Cinco ó seis dias de marcha tuvieron los dos jóvenes.

Despues de atravesar largos caminos de andadura, y de pernoctar en distintos mesones, llegó el instante feliz de que Pantoja divisara la torre de la iglesia de supueblo.

El corazon del bachiller llenóse de júbilo.

Gruesas lágrimas de alegría escapáronse de los ojos del jóven.

Dorotea participó de este sentimiento de su amante, y exclamó en un rapto de alegría:

—No tengo padres que me acaricien: los tuyos, querido Ginés, reemplazarán á los mios desde hoy.

Los viajeros llegaron á la entrada de la aldea, y oyeron rumores como si mucha gente se acercara.

¿Qué habrá acontecido?

Los padres de Ginés, que tenian ya noticias de que su hijo debia llegar de un momento á otro, supieron por cierta aldeana que vió á Ginés y á Dorotea apearse del coche, que era ya evidente el arribo de éstos.

Con la ligereza del gamo comunicaron tan grata noticia á sus convecinos, y el pueblo en masa salió á recibir á los recien llegados.

Imposible seria describir la tiernísima escena que ocurrió entre el bachiller y sus ancianos padres. Los pobres viejos llenaron de caricias á Ginés y á Dorotea.

Lloraron como chicuelos, y colmaron de bendiciones á aquel hijo, que volvia al hogar con la corona del sabio y la reputacion del hombre virtuoso.

Dispensaron los padres de Ginés igual cariñosa acogida á Dorotea, porque Pantoja les habia comunicado por escrito las desdichas de aquella mujer, á quien amaba, y la tiranía de que era objeto por parte de su tutor Vizcarrondo.

En su consecuencia, los pobres ancianos escribieron á su hijo, diciéndole que si él podia arreglar todas las dificultades que se oponian á su union con la jóven, ellos accedian gustosos á su casamiento.

De suerte que, con tales precedentes, no podia extrañar á los padres del bachiller, que éste volviese á su pueblo natal acompañado de su futura.

Razon por la que, acogieron á la jóven, considerándola como hija.

Tan satisfactoria como la recepcion que al bachiller y á Dorotea hicieron los padres del primero, fué la que les dispensaran todos los vecinos del lugar.

Como si se tratara de recojer un tesoro, disputábanse todos ellos el honor de abrazar á Ginés y á su futura consorte.

En aquella ocasion el honrado vecindario de la localidad, apuró en beneficio de sus huéspedes, todo el catálogo de los elogios.

Despues de todas cuyas alabanzas, Dorotea y Ginés, seguidos de todo el pueblo, trasladáronse á casa de los padres de Pantoja.

Allí les esperaba aquel virtuoso párroco, aquel padre Roque, que en otro tiempo fué objeto de las travesuras de Ginés.

Al ver el bondadoso sacerdote á su antiguo discípulo, lanzóse á sus brazos y le colmó de caricias.

El llanto acudió á sus ojos y bendijo una y cien veces la honra de haber sido el primer maestro de Ginés.

Este pidió perdon al anciano por las fechorías que en tiempos pasados con él hiciera, y profundamente conmovido el cura hubo de contestarle:

—Hijo muy amado de mi alma, los hombres como tú, no deben pedir perdon nunca. Has honrado á tus padres, vuelves al hogar con un nombre ilustre, con una brillante carrera, ¿qué más puede exigirse á un jóven?

—¡Cuán bondadoso sois, padre mio!

—Nada de bondades, Ginés; justicia y no favor es lo que yo te hago. Ahora, sí, debo pedirte una merced que es la mayor que pudieras otorgarme en tu vida.

—Hablad, mi amado padre Roque.

—Pues ni más ni ménos, que permitais que yo os dé la bendicion nupcial.

—Tendré en ello sumo gusto; pero os advierto, que para que mi matrimonio con Dorotea tenga lugar, nos falta aún un detalle.

—¿Y cuál es este?

—El consentimiento de su tutor; á pesar de ser don Marcial de Vizcarrondo un basilisco y un malvado, no quiero que pueda decir el dia de mañana que desconocí su autoridad.

Tal fué la forma en que recibieron á Ginés en su pueblo, y tal su conversacion con el padre Roque.

Los dias iban trascurriendo sin que los fugitivos recibiesen noticias de la capital.

Este silencio sembró la inquiétud en el espíritu de todos.

—Quizás,—se decian,—el regidor persista en su tenacidad. ¡Oh! Pero si esto acontece, habrá de pesarle de seguro: su funesta gestion en el manejo de los intereses de Dorotea, dará con su cuerpo en una mazmorra. Esperemos.

No tuvieron que hacerlo mucho los enamorados.

Un dia apareció el italiano Peyroncelli en casa de Pantoja.

Lleno de júbilo y de placer, notificó el escultor á

la familia aquella, el resultado favorable de sus entrevistas con Vizcarrondo.

En su consecuencia, entregó á Pantoja el documento en que don Marcial otorgaba su autorizacion, para que su sobrina Dorotea contrajera matrimonio con Ginés.

Inútil es pintar la alegría que semejante nueva sembró en el hogar del bachiller.

Ya no se ocupó éste de otra cosa, que de concertar los preliminares de su casamiento.

Y al cabo de ocho dias, cuando ya estuvo preparado todo, se unian en lazo indisoluble la bellísima Doretea y el ilustrado escolar de las honradas aulas salmantinas.

. . . . . .

. . . . . .

Dos años iban trascurridos desde los anteriores sucesos.

La casa de Ginés Pantoja hallábase convertida en un templo de felicidad.

La cual vino á colmarse, con la presencia de un hermoso niño, que el cielo quiso conceder á los dos jóvenes.

Los padres de Pantoja recreábanse en aquel ángel, verdadero prodigio de belleza.

Dorotea á su vez, hacia más gratos con la bondad de su carácter, los postreros dias de aquellos ancianos.

Mil y mil veces bendijeron éstos la hora en que plugo á Ginés elegir esposa de tan relevantes condiciones.

Los pobres viejos amaban á Dorotea tanto como á su propio hijo.

Y no hubieran cambiado todas las dichas del mundo, por la que gozaban á la sazon.

Empero como ni el placer ni el dolor son eternos habia de tocarle su fin á la alegría que experimentaban los padres de Ginés.

Cierto dia, recibió éste una carta.

Era de puño y letra del bachiller Sandoval.

En aquella epístola participaba á Pantoja su amigo, que tanto Iñiguez como él, acababan de recibir en Alcalá la investidura de doctores.

Que en su consecuencia, y despues de despedirse de sus familias, partian ambos á prestar sus servicios científicos en América, haciendo su viaje con el español Pedro de Alvarado.

El doctor Sandoval proponia de nuevo á Ginés que si se decidia á pasar con ellos á las Indias, haria su felicidad por completo.

Quedaria nombrado su ayudante y Sandoval le instruiria en las ciencias médicas, lo cual, dados los conocimientos de Pantoja, habia de costarlo poco trabajo.

Terminaba Sandoval su epístola participando al bachiller que disponia de tres meses para tomar una resolucion.

Al leer Ginés esta carta, sintióse aguijoneado por una sed invencible de gloria.

Comunicó á Dorotea y á sus padres la propuesta de su amigo, y éstos prorumpieron en lágrimas de profundo dolor.

—¡Esposo, hijo mio! no te separes de nosotros,—exclamaban derramando abundoso llanto.

—Volveré con honores y con fortuna,—respondia á estas súplicas Ginés.

—¡Oh! no nos dejes, por tu vida.

—Ved, amados mios,—contestaba Pantoja,—que arrojo mi carrera por la ventana; que yo he estudiado para aplicar mis conocimientos en favor de la humanidad, y que hoy por hoy, no soy otra cosa que un bachiller desconocido.

Resultado de todo esto fué, que muy á pesar suyo, cedió al fin á sus deseos la familia apesadumbrada de Ginés.

El cual, lleno de bendiciones y de caricias, de abrazos y de consejos, partió una tarde de su hogar, dejando á los suyos entregados á acerba amargura.

¿Qué le aconteció al bachiller más tarde?

Ya en Alcalá, con sus amigos Sandoval é Iñiguez, designó el primero el dia en que habrian de trasladarse á Cádiz.

Lleno el corazon de entusiasmo, la mente de proyectos y el alma de energía, hiciéronse ya en Cádiz á la vela aquellos bravos, en cierta tarde del hermoso Abril.

Muchos españoles acompañábanles, al frente de todos los que, aparecia el caudillo Pedro de Alvarado que habia de ser más tarde Generalísimo de las fuerzas de Castilla, en Guatemala.

Un viaje largo, una travesía peligrosa, puso á todos aquellos valientes al borde del abismo.

Pero quiso el cielo que al cabo de muchos dias de navegacion, acertasen á dar con la Veracruz.

Más tarde, Pantoja y sus compañeros realizaban heróicas empresas en México á las órdenes del invicto Hernan Cortés.

Llegó la hora de que el marqués del Valle encargase á Alvarado la conquista de Guatemala, y entre los individuos que á las órdenes de éste fueron, marchaban, como sabemos, Sandoval, Iñiguez, y el famoso bachiller salmantino.

Del cual debemos añadir, que durante todo el período de la conquista de la Nueva España, no se separó del doctor.

En Guatemala, pues, veremos á todos estos hidalgos, dando aquí por terminada la interesante vida que en España llevase, el esclarecido bachiller Ginés Pantoja y Yévenes.

CAPÍTULO LXIII

—

En los espacios de Marte.

La necesidad de referir la rara historia de uno de los subalternos de Alvarado, ha separado por algun tiempo nuestra atencion, de lo que en Guatemala acontecia.

El carácter, las condiciones, la vida llena de accidentes que Ginés Pantoja llevara en España antes de partir para América, no podian dejarse ocultos á la atencion ilustradísima del benévolo lector.

Detalles hay y páginas se cuentan en la historia de algunos hombres, que formarian el libro más curioso y de mayor entretenimiento.

¿Quién podrá negar que las revelaciones hechas por el hostelero Andrés Pelaez á los escolares de Salamanca, constituirian el poema de dolor más digno de estudio?

¿Y quién no se holgaria de tener en casos de apuro

un compañero que como el bachiller Pantoja, venciese lo mismo en los espacios de Cupido, que en los alcázares de Minerva?

A buen seguro que con hombres como Ginés, toda empresa resultaba fácil y accesible.

Espíritus de esta naturaleza, necesitaba el génio conquistador en el suelo americano.

Por fortuna, lo mismo Colon, que Hernan-Cortés, que Alvarado, rodeáronse de este linaje de indivíduos, para mejor cumplir su mision en las Indias.

Y á la verdad que no vieron defraudadas sus esperanzas.

Por el curso de los acontecimientos, hemos tenido ocasion de observarlo.

Todos cuantos españoles militaban en Guatemala á las órdenes de don Pedro de Alvarado, merecerian ser biografiados aparte.

Empero como esta tarea seria más difícil para nosotros y fatigosa para el lector, nos abstenemos de intentarla en absoluto, limitándonos á hacerlo respecto de aquellos hombres que como Pantoja, contaban sucesos tan originales en su vida.

¿Y dió el bachiller en América pruebas tan cumplidas de valor, de energía, y de arrojo, como las que mostrase en España?

Para coronacion de su historia, señalaremos una muy importante.

Todavía no habia pensado Hernan Cortés en proponer á Alvarado que realizase la conquista de Guatemala.

En su consecuencia, don Pedro servia como todos sus colegas en México, á las órdenes de aquel hijo inmortal de Estremadura.

Uno de los que figuraban en las falanges de los guerreros existentes en el suelo mexicano, era el bachiller Ginés Pantoja.

En aquel país desempeñaba la plaza de ayudante científico del doctor Sandoval.

Lo cual no era obstáculo para que, cuando llegaba la necesidad de batir el cobre, se distinguiese Pantoja como uno de los primeros en la liza.

Cierta tarde, el ilustre Hernan Cortés, dirigíase al frente de sus soldados á casa de un importante cacique de México, que en el campo vivia.

Aquella excursion militar, no tenia otro objeto que el de tomar posesion solemne de unas tierras, ofrecidas voluntariamente por el cacique á los españoles.

El acto de entrega de aquellas fincas, debia hacerse por convenio de las partes, frente á las fuerzas del uno y el otro bando.

Cortés habia pensado en hacer al cacique los honores de príncipe, para dar una prueba de su diplomacia.

Al efecto, trasladóse como hemos dicho, al lugar de la entrega, en union de los suyos.

Todos caminaban pacíficamente por el campo, sin intencion ni esperanza de luchar.

Pero no contaban con los propósitos de los naturales.

La casa del cacique aludido tenia una posicion topográfica, bella y pintoresca por demás.

Alzábase en un montecillo, cuajado de frondosos árboles, cuyos aromas perfumaban el ambiente.

La parte de monte correspondiente á la fachada principal del edificio, ofrecia acceso á la casa aludida, por medio de unas sendas matizadas de flores, que iban á perderse en el fondo de amenísimo valle.

Al llegar á este, debian los españoles hacer sonar sus cornetas para que los indios salieran á recibirlos.

Y así lo verificaron los castellanos.

Pero no con todo el éxito que fuera de desear.

Detenidas las tropas de Cortés al pié del montecillo mencionado, sonaron una, dos y hasta tres veces sus clarines.

Nadie les respondió.

Avanzaron un poco para más hacer perceptible su llegada; pero apenas lo efectuaron, salieron como abortados del infierno millares de indios.

Desde el monte, comenzaron á disparar flechas y piedras sobre los españoles.

—¡Ah! Canallas,—gritó Alvarado con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ah! Bellacuelos,—exclamó sin alterarse Cortés.

—¡Duro y arriba!—repuso más tarde.

Formando compacta masa, empezaron los castellanos á asaltar el monte.

Viendo lo cual los indígenas, huyeron despavoridos en distintas direcciones.

—¡Nuestro es el terreno!—rugió, avanzando Cortés.

Mas al decir esto, de la casa del cacique comenzó á salir una columna de negro humo.

—¡Fuego! ¡Han prendido fuego á la finca esos miserables para no entregárnosla!—exclamó lleno de cólera Alvarado.

¡Esto es una verguenza!—añadió.

Oir estas palabras y salir un jóven de entre las filas, fué obra de un momento.

Al ver que subia á lo alto del monte con temeridad incomprensible:

—¡Pantoja! ¿Qué vais á hacer?—don Pedro, lleno de espanto, le gritó.

—¡Voy á tomar posesion de la casa!—contestó el jóven desde lejos.

—¡Desdichado! ¡Hoy es el último dia de tu vida! ¡Vas á morir entre las llamas!

Tales fueron las frases que á su vez Hernan Cortés pronunciara.

Pero perdiéronse las mismas en el espacio.

Con asombro de todos los soldados que le veian desde la falda del monte, Ginés Pantoja llegó á la puerta de la casa del cacique.

Abrióla de una terrible patada y penetró en su interior.

Subió con gran brio una escalera, y divisó un pequeño cuarto.

Pero al ir á entrar en él lanzó un terrible grito, llevóse la mano al pecho y vaciló un instante.

El puñal de una india le habia herido gravemente.

El incendio acrecia, haciéndose visible por la parte superior de la casa.

Los españoles decidiéronse á salvar á Ginés.

Lit. de J. Palacios. Arenal, 27. Madrid.

El puñal de una india le habia herido gravemente.

Y cuando iban á asaltar el edificio, Pantoja presentósele, marchando penosamente.

Una nueva onda de sangre brotó de su herida, y entonces el bachiller cayó al suelo á presencia de todos.

—¡Traicion! ¡Nuestro amigo ha sido asesinado! ¡Venganza!—gritó lleno de cólera Hernan Cortés.

—¡Sí, venganza!—contestaron los hijos de Iberia.

El cuerpo inerte de Pantoja fué recogido de aquel sitio y entregado á los cuidados del doctor Sandoval.

Entonces Cortés apoderándose de un pedazo de viga que, envuelta en llamas se habia desprendido del edificio aquel:

—¡Prendamos fuego al monte!—gritó con singular energía.—Ya que ellos nos niegan la propiedad de los terrenos conquistados, hagamos lo mismo con los suyos.

La pléyade de los guerreros aplicó á los árboles del monte maderas encendidas.

Este comenzó á arder, ofreciéndose un espectáculo imponente.

Los españoles, á fin de no perecer entre las llamas, salieron precipitadamente y en confuso tropel por las veredas que habian quedado libres del fuego.

Mas apenas llegaron al valle, una masa descomunal de indios cortóles el paso.

Los que creyeron fugitivos, se habian reconcentrado allí para desbaratar á los españoles.

Terrible y descomunal batalla trabóse entre españoles y mejicanos.

Los indígenas, que eran muchos, batíanse desafora-

damente; pero eran rechazados por el vigor de los hijos de Iberia, quienes se multiplicaban en la lid.

Pedradas, flechas, golpes de cuchillo y de hacha á diestro y siniestro, tal era el espectáculo que en aquellos instantes se ofrecia.

Iba la victoria iniciándose para los españoles, cuando en medio del fragor del combate, oyóse una estentórea voz quo dijo:

—¡Duro con los *gachupines*; acabad con esos perros hambrientos!

Los indios, con lijereza inconcebible, formaron un gran cuadro de defensa, dejando en el centro á un hombre y una mujer.

Eran el cacique y su esposa.

A esta última debia el bachiller su herida.

Así que la infame clavó su puñal en el pecho de Pantoja, huyó por una puerta excusada de su casa, y fué á agregarse á sus compatriotas.

—¡A ellos!—exclamó Cortés ganoso de, apoderarse del cacique y de su consorte.

Pero tuvo que detenerse de súbito, porque un grupo de indios que traia á un hombre casi exánime, penetró en el centro del cuadro.

Con el infeliz, venian seis ó siete españoles atados codo con codo.

—¡Gran Dios!—gritó Alvarado, que tal viera,—¡Pantoja, Sandoval, nuestros amigos, han sido hechos prisioneros por estos miserables!

—¡Es cierto, vive Dios!—rugió lleno de ira Hernan Cortés.

¿Qué habia sucedido?

El doctor Sandoval, olvidándose del peligro que corria, detúvose con otros varios compañeros para curar á su ayudante.

Estando en esta operacion, cayó sobre el grupo un puñado de cobrinos, haciendo prisioneros á aquellos castellanos.

En presencia de semejante felonía, sintió Hernan Cortés que la sangre se le helaba en las venas.

Y creció de punto su indignacion, cuando oyó decir al cacique:

—Este *gachupin* que aquí tenemos, ha sido castigado por mano de mi esposa, con un buen golpe de puñal. Rompad ahora el cuadro si os atreveis. Al primer movimiento que hagais, caerán en tierra estos prisioneros cosidos á puñaladas.

Y diciendo estas frases, rodearon los indios á los castellanos presos, presentando sus puñales en ademan de herirles.

¿Qué hacer en aquella situacion?

Jamás se vió Hernan Cortés en lance tan apurado.

Si hubiese caido en aquel momento sobre sus enemigos, antes de que lo hubiera intentado habrian estos hecho pedazos á los prisioneros.

Si por el contrario, se hubiese decidido á proponer parlamento, envalentonados los indígenas, habrian realizado alguna de las suyas.

Cortés, ante aquellas consideraciones, permaneció silencioso, ordenando á sus soldados que se detuvieran en sus ataques.

—¿Os rendís? ¿No es cierto?—preguntó al cacique lleno de orgullo.

—Esperad un instante y hablaremos,—respondió Cortés.

—¡Os rendís!—volvieron á gritar los indígenas, á tiempo que levantaban los del centro del cuadro sus puñales, en ademan de asesinar á los prisioneros.

—¡Alto! ¡por los dioses! ¡por vuestra vida!—gritó uno de los que estaban al lado de Pantoja.

—¿Qué sucede?—dijeron varias voces.

—Que este *gachupin* herido, está rezando una de las plegarias de nuestra religion.

Un rumor prolongado salió de los labios de la tropa.

—Este hombre se ha convertido. Dice que le perdonemos; y que prestará culto á nuestras deidades.

—¡Mentira!—gritó Cortés lleno de cólera blandiendo al aire su espada.

El caudillo no habia comprendido que todo era una estratagema de Pantoja.

A pesar de la mucha sangre que el bachiller habia derramado, logró ir reponiéndose poco á poco, gracias á las medicinas que le aplicara Sandoval.

Mas siguió fingiéndose agónico, para mejor realizar sus planes.

—Soltad á ese hombre ¡voto á Cristo!—repuso de nuevo Cortés, ó rompo las hostilidades.

—Un momento... un momento,—exclamó Pantoja incorporándose.

—Abrid el cuadro,—exclamó el cacique con inesperada generosidad.

Haciéndolo así los indios, retirándose á espaldas de su jefe, para demostrar que no tenian miedo á los españoles.

Estos quedaron como estátuas, obedeciendo una indicacion de sus superiores.

En esta posicion las fuerzas beligerantes, el cacique avanzó hasta donde Cortés estaba, y díjole con afable acento:

—Señor capitan: os propongo una tregua; ya veis que yo cedo en la lucha, ceded vos tambien.

—Hablad presto.

—Nadie puede ingerirse en el sagrado de la conciencia.

—Verdad decís.

—Ese español que está herido, ha manifestado deseos de abrazar nuestra religion.

—Me parece increible.

—Pudiera ser que los dioses le hubiesen inspirado la necesidad de profesar otra doctrina.

—¿Y bien?

—Os propongo una cosa; que si ese compatriota vuestro manifiesta delante de nosotros su amor á nuestro rito, demos por terminada esta lucha, juzgando que los dioses nos consideran hermanos.

—¿Y qué gana el pabellon español con esto?—interrogó Cortés.

—Que mis súbditos os conceptuen vencedores, y que vosotros nos otorgueis el derecho de haber conquistado para el cielo un alma.

—Sea como quereis.

—Pues que traigan ahora mismo al herido, y lo coloquen aquí enmedio.

—Cúmplanse vuestras órdenes.

Cuatro indios de la servidumbre del cacique, partieron en busca del bachiller.

CAPÍTULO LXIV

El final de la tregua.

El cuerpo de Pantoja fué depositado en tierra.

Los soldados de una y otra parte guardaron religioso silencio.

El bachiller, incorporándose poco á poco y penosamente, quedó sentado.

Su respiracion era anhelosa, su rostro mostrábase blanco como la cera.

Causaba lástima el verle, de tan demudado y descompuesto como se hallaba.

Empero sus compañeros, lejos de condolerse de su situacion, lanzábanle miradas de cólera.

Ya era para ellos el bachiller, un maldito renegado que iba á manchar con la deshonra el sacrosanto nombre de la patria.

Cortés, sin apiadarse de la situacion de su antiguo amigo, preguntóle:

—¿Es cierto, miserable, que vas á renunciar á la sublime religion del Crucificado, por la de estos naturales?

—¡Sí!—contestó enérgicamente Pantoja.

Un grito de júbilo de los indios y una explosion de rabia de los españoles, confundiéronse en el espacio.

Entonces Cortés, tomando un arma de manos de un soldado, exclamó:

—¡Villano! ¡Traidor sin honra! Si tuviéramos en nuestro poder tu espada, haríamos esto con ella.

Y arrojó el arma de modo, que vino á caer al lado mismo de Pantoja.

—¡Cogedla! ¡Cogedla!—exclamó éste dirigiéndose al cacique.

—¡Muera el traidor!—repusieron los soldados españoles.

—¿Así cumplis vuestras palabras, valerosos castellanos?—preguntó indignado el cacique.

—¡Silencio, voto á Cribas!—rugió Cortés dirigiéndose á los suyos.—Porque haya un villano, no es razon para que yo falte á mi palabra. Dejad á ese mal compatriota en libertad.

—¡Coged, coged esa espada!—volvió á decir el bachiller al indio. Pero presto, voy á jurar sobre ella fidelidad á vuestros dioses, como en España se usa con el Dios falso.

Enmedio de una tempestad de protestas, de imprecaciones y de gritos, hizo el indio lo que el bachiller le mandara.

Pantoja fué levantándose hasta ponerse en pié, é hizo una indicacion para que todos callaran.

Costóle mucho trabajo conseguirlo; mas así que lo hubo logrado, exclamó con gran entereza:

—¡Hijos de los volcanes! Reconozco que los dioses verdaderos, han castigado mi osadía con razon; y para probarles mi amor profundo, hago esto.

Y como víbora que salta sobre su presa, cayó el bachiller sobre el cuello del cacique, dejándolo reducido á polvo entre sus manos, al par que tomando la espada que el indio mantenia, lanzóse, sólo y aislado, sobre la imponente falange de los cebrizos.

—¡No era traidor, sino valiente! ¡Viva España! ¡A ellos! —gritó Hernan Cortés lleno de goze.

Los españoles atacaron rudamente al enemigo, á tiempo que Pantoja gritaba matando indígenas á diestro y siniestro.

—¡He coronado la obra; no puedo, no puedo más!

Y cayó de nuevo en tierra con el cuerpo acribillado á cuchilladas.

En tanto que esto sucedia y á tiempo que los pocos indios que quedaban libres en la refriega emprendieron vergonzosa fuga, detuvo á los españoles una voz de mujer que dijo:

—¡Asesinos: mirad lo que hago por no verme sometida a vuestro yugo!

Todos los soldados volvieron la cabeza, hácia unas yerbas del monte que ardian aún.

Con espanto viéron que la mujer aludida se arrojaba á las llamas.

Era la vil esposa del cacique muerto.

—¡Ha hecho bien la infame,—gritaron los castellanos,—en aplicarse la pena que merecía su delito!

—¡Victoria! ¡Victoria!—dijeron de una y otra parte, cruzando las tropas de aquí para acullá, hasta posesionarse por completo del terreno conquistado.

Las cornetas dieron el toque de alto la lucha; y se vió á Cortés, que avanzaba hasta una pequeña meseta en donde yacia el bachiller Pantoja.

Con asombro vieron el candillo y sus capitanes, que Sandoval, con todo el rostro ensangrentado, prestaba de nuevo sus auxilios á su ayudante.

—¡Santo Dios!—gritaron á una Cortés y Alvarado,—y yo que os creia muerto, señor doctor.

—Poco me ha faltado,—respondió Sandoval;—pero mi ayudante y yo, tenemos siete vidas como los gatos.

—Panteja nos ha facilitado con su arrojo uno de nuestros mayores triunfos; ¡oh! si este héroe muriera...

—No morirá, ¡viva Cristo!—contestó el médico,—su carne es de bronce y su organismo de piedra.

Cortés, avanzando hasta sus soldados, díjoles:

—¡Hermanos mios; os habeis batido bravamente; pero la bizarría de Ginés Pantoja, excede á todo encomio!

—¡Viva el bachiller!—contestó entusiasmado el núcleo del ejército.

—Desde este instante,—siguió diciendo el candillo,—consideraréis á nuestro colega, como oficial de las fuerzas de Castilla, cuya investidura le otorgo en nombre de Su Majestad.

—¡Viva el rey! ¡Viva España!—respondió en masa la tropa.

El resto de aquel dia, le ocuparon los hijos de Iberia en inspeccionar aquellos campos, para ver si se albergaban nuevos indios que pudieran hacerles traicion.

No encontraron á ningun enemigo.

Como cerca del campo aquel estaba la capital de Tenochtitlan, llegó bien pronto á oidos de la autoridad indígena, que sobre ella mandaba, la noticia de lo ocurrido.

Al punto envió emisarios á Cortés, diciéndole que lamentaba con toda su alma el suceso.

Asimismo el indio, participaba al capitan español, que el cacique, dueño de los campos donde tuvo lugar la escaramuza, habia obrado arteramente y sin su consentimiento al engañar á los españoles.

En su virtud, añadian aquellos emisarios, su jefe reconocia desde luego á los hijos de Castilla como propietarios de aquellas tierras, cuyo dominio nadie se atreveria á disputarles.

Esto tranquilizó un tanto á Cortés, el cual podia volver á la capital, sin temor á ulteriores consecuencias. Para quitar al acto todo aspecto de amenaza, dispuso el capitan español, que sus soldados regresasen á Méjico por fracciones y sin apariencia de haber mantenido un combate.

Hiciéronlo así los castellanos.

Al anochecer de aquel dia, todas las tropas habían se retirado á sus cuarteles.

El bizarro Gómez, fué trasportado cuidadosamente desde el campo á la capital.

El estado de sus heridas se habia agravado bastante.

Hubo instantes en que Sandoval tembló por la existencia de su auxiliar, á quien queria entrañablemente.

Empero, gracias á su celo, á la naturaleza de Pantoja y á las drogas facilitadas por los indios mejicanos, que sin estudio alguno han sido siempre excelentes médicos, logró el bachiller ir restableciéndose poco á poco.

Un dia, hallóse ya completamente bueno.

Sandoval habíase dirigido al hogar de Cortés para despachar con Su Excelencia ciertos negocios.

El bachiller no habia abandonado aún el lecho.

Estando en él, llamaron á la puerta del cuarto de Pantoja.

—¿Quién vá?—preguntó éste.

—Abridme, mi amo, por el cielo, que deseo ver al señor doctor,—contestaron.

En paños menores levantóse Pantoja, abrió la puerta de su gabinete, y volvió á su cuarto encerrándose en él.

Interin se vestía, dijo al recien llegado, que no era sino un indio:

—Esperad un momento que salgo en seguida.

El indígena miró recelosamente á todos lados, y al advertir unas botas altas de cuero, que en un rincon de la estancia habia, acercóse á una de ellas y dejó caer algo en su interior.

Hízolo con tal sigilo y disimulo, que Pantoja no tuvo ocasion de verlo.

Seguidamente comenzó el indígena á temblar como si padeciese de alferecía.

Y así se mostraba, cuando acertó Pantoja á salir de su cuarto, sin cuidar de vestirse.

—El cielo os guarde, —dijo el bachiller al indígena. —¿Puedo saber qué deseais?

—¡Ah! mi amo, —contestó humildemente el indio, —no es á vuestamercé á quien yo busco.

—¿Pues á qué persona entonces?

—A uno que llaman estrella de los sabios: el doctor Sandoval.

—¿Deseais consultarle acerca del padecimiento que parece os aqueja?

—No por esto precisamente; pues el mal que hacen visible mis movimientos es en mi muy antiguo.

—Entonces...

—Sepa el señor, que yo tengo una niña, que está enferma; pero muy enferma.

—Pobrecilla.

—Padece de una tos que la ahoga, y en estos instantes se halla casi expirando.

—¡Dios alivie á la infeliz!

—Cuántas medicinas se le han dado, cuántas experiencias se han hecho para curarla, han sido completamente inútiles.

—¿Y venis en busca del doctor Sandoval?

—¡Oh! sí: el eco de su gran fama ha llegado hasta nosotros. Por todas partes se dice que ese *gachupin* es

un sabio; que tiene un acierto prodigioso para curar todos los males.

Señor; por vuestra madre, decidme donde puedo ir á buscar al señor doctor para que salve á mi pobre hijita.

El indio, derramando abundantes lágrimas, cayó de rodillas á los piés de Panteja.

—Alzad, no os detengais,—exclamó este.

—¿Sabeis,—preguntó al indígena,—donde se halla la casa de su excelencia el señor marqués del Valle?

—Sí, sí.

—Pues corred, que allí encontrareis al doctor.

—Voy, voy al punto. Nunca olvidaré esta merced. Gracias, mi amo, y que los dioses os paguen vuestro beneficio.

El indio besó con pasion ferviente las manos de Pantoja, y salió de aquel lugar como alma que lleva el diablo.

Así que el bachiller estuvo solo, exclamó para su coleto:

—Pobre hombre y cómo le acosa la desgracia: él, con grave epilepsia su hija, al borde de la tumba. Cuando uno reflexiona sobre la desigualdad de los destinos humanos, se vuelve loco.

¡Cuántos bribones habrá por ahí, á quienes no les abandona un instante su buena estrella, y entretanto ese desdichado, vive en la mayor amargura!

Y á propósito Ginés: ¿no te has portado como vil canalla, al no socorrer á ese hombre con unas cuantas monedas?

¡Necio que á ese! Quizás ese indio tenga más dinero que todos los conquistadores juntos.

No es la primera vez que creyendo hablar con un mendigo, nos encontramos con el ciudadano más rico del pueblo.

En fin, deja Ginés correr las cosas y dispone á salir por esos andurriales.

El bachiller púsose un jubon de negro terciopelo, y quitóse unas pantuflas que llevaba.

Sentóse despues y tomó sus blancas botas de cuero.

Pero así que se hubo calzado una de ellas, lanzó un grito terrible seguido de una imprecacion.

Con gran priesa intentó descalzarse; pero estando en esta operacion, lanzó un segundo grito más fuerte que el primero.

Por fin quitóse la bota, y sacudiendola fuertemente vió caer en tierra un pequeño animal y exclamó con espanto:

—¡Santo Cristo! ¡Un alacrán rojo! ¡Y es de tierra caliente! ¡Estoy perdido, Virgen María, estoy perdido!

El ponzoñoso reptil, movíase con rabia vertiginosa. Pantoja quiso andar; pero no pudo.

Su pierna derecha comenzó á hincharse extraordinariamente, y á apoderarse de los miembros del hidalgo, un frio sudor.

Seguidamente el bachiller fué presa de una convulsion terrible.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó entonces, á tiempo que abrian la puerta de la estancia.

El doctor Sandoval apareció en ella.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Santo Cristo! —exclamó al ver á su amigo Gines.

Y sin perder un instante, aplicó el alcaran, llamó á un sirviente, y extrayendo de su estuche un bisturí, acercóse á Panteja, é hizole en la pierna herida varias incisiones.

CAPÍTULO LILIV

Habilidades mexicanas

Así que brotó de la lesion del bachiller bastante sangre, la convulsion que hiciera visible el mismo comenzó á cesar.

Sandoval alarmado por la intensa fiebre que se apoderara de Panteja, creyólo todo perdido en un momento.

En esto entró un indio en el cuarto.

Traía el alacran en una como especie de sarten.

—Señor,—dijo el indígena á Sandoval,—ya está frito este demonio; aplicándolo á la herida de nuestro amo, sanará de seguro.

—¡Qué fritos, ni que diablos asados! Haz lo que te dije; trae en este instante el hierro que te mandé pusieras á la lumbre, y nada más.

El indio salió y volvió de seguida.

Traía una larga barra metálica, enrojecida por el fuego.

Sandoval aplicó aquel *termo cauterio* improvisado, á la herida de Ginés y este comenzó á morder un pañuelo, al par que su carne convertiase en toston.

Con alientos incomparables, resistió la cura el hidalgo.

Vendóle despues el doctor y mandó que lo trasladaran al lecho.

Por el pronto, no dejó la fiebre al bachiller.

Tres ó cuatro dias vióse precisado á guardar cama.

Pero merced á la acertada medicacion empleada por Sandoval, logró curarse en breve.

Un día, cuando ya estuvo bueno completamente, Panteja departía con su amigo y jefe el doctor:

—Por quien, soy,—decia el bachiller sonriendo,—que voy á convertirme en verdadero rigor de las desdichas.

—No os engañais, caro Pantoja.

—Despues de aporrearme á su gusto los naturales en la última escaramuza habida, vino el animalejo y ¡zas! dejó en mi humilde cuerpo su ¡terrible ponzoña.

—¿Qué vino el alacran, decis?

—Así me parece.

—Pues os engañais como bellaco.

—¿Por qué, señor Sandoval?

—Porque el reptil no vino, sino que le trajeron.

—¡Qué le trajeron! No acierto á comprender. ¡Ah! que idea. Seria...

—¿No entró en este cuarto ninguna persona durante mi ausencia?

—Sí, á la verdad: un indio que deseaba asistieseis á su hija moribunda. Como el hombre estaba muy apesadumbrado, díjele que acudiese á veros en casa del señor marqués del Valle, donde á la sazon os encontrábais.

—Pues amigo mio, ni he visto á tal hombre, ni ha estado allí.

—¿De suerte?...

—Que el fingido padre, es ni más ni ménos que uno de tantos canallas como andan por el mundo: él ha traido aqui el alacran, y en un momento de descuido, lo ha echado en vuestra bota para que os picase cuando os la pusiérais.

—¡Voto á cien rayos! Por quien soy que no puede darse mayor felonía, máxime cuando ni yo ví jamás á semejante hombre, ni le hice nunca el menor daño.

—Tal vez le hayais perjudicado más de lo que parece.

—¿Cómo?

—¿Podríais asegurar que el indio que ha estado aquí, no es uno de los guerreros á quienes derrotamos en la última escaramuza?

—¿Sabeis que no me ha ocurrido semejante cosa?

—¿Pero qué os parece mi opinion?

—Acertadísima en extremo: ese indígena, es ni más ni ménos que un enemigo de los que contendieron con nosotros.

—Así se explica, Pantoja, que haya realizado en

vuestra persona su venganza: como fuísteis el que se batió con más heroísmo y encono...

—No hice más que cumplir con mi deber. ¡Diantre! y la verdad es que estos mejicanos se baten como leones.

—Son muy valientes, é ingeniosos cual ninguno: hay que hacerles justicia.

—¡Con qué ardimiento se lanzan á la lucha!

—Sin que les arredre el peligro por grande que este sea.

—¡Como pudiéramos agregar á las fuerzas de España las de los naturales de Méjico, entiendo que nuestro país seria el más temido del globo!

—Lo único que hay es que en cuanto tienen ocasion, nos la juegan de puño estos naturales.

—Ahora, amigo Ginés, que estamos solos, os diré que eso es muy lógico y racional: ellos se hallan en su casa, y nosotros hemos venido á molestarles, y á pretender imponerles religion, costumbres y usos distintos de los que profesan.

—Hablais como un libro, señor doctor.

—Pero guárdenos el cielo de expresarnos así delante de nadie.

—Nos acusarian de falta de patriotismo. Los hombres que como vos y yo, someten el conocimiento de las cosas al juicio de la razon desapasionada, no dejan de comprender que una invasion extranjera, presta legítima ocasion para que un pueblo busque su defensa en cuantos medios estén á su alcance.

—Verdad decís, señor Sandoval.

—Hé aquí por qué, los que á la ciencia nos consagramos, debemos procurar el triunfo de nuestra causa, más por la persuasion y la dulzura, que por la fuerza.

—Cierto es esto, pues al fin y al cabo, hermanos somos todos los hombres, en esta patria comun que se llama la tierra.

. . . . . .

. . . . . .

En este diálogo discurrian Pantoja y Sandoval, cuando el criado que primeramente vimos, penetró en la estancia.

Venia sumamente alegre; pero no se atrevió á desplegar los labios.

—¿Qué traes, buena pieza?—preguntóle sonriendo el doctor.

—Mis amos,—contestó el indio,—acaba de llegar un compatriota, hijo de ese territorio que sus mercedes saludan con el nombre de Puebla...

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con la llegada de ese hombre?

—Dice que quiere ver á sus mercedes.

—¿Alguna nueva felonía? Pues por Dios vivo, que viene á tiempo para morir como un sapo.

—Mi compatriota es incapaz de hacer daño á nadie; vive del producto de cierto comercio, el cual quiere dar á conocer á los señores.

—Pues siendo así, que pase; pero por las barbas de Caifás le juro, que si pretende hacernos alguna barrabasada, lo vá á pasar muy mal.

El indio salió y volvió á poco con su compañero.

Era este un jóven como de veintiocho años, de simpático rostro, de mirada sagaz y expresiva, de recia complexion y de movimientos sueltos y elegantes.

Al ver á Sandoval y á Pantoja, saludólos con una reverente cortesía.

Luego, dejó en tierra dos cajas que llevaba.

El poblano tomó la palabra diciendo:

—Altos y muy poderosos señores; conocedor de las bondades que distinguen á vuestros pechos hidalgos, no he vacilado en venir á pediros vuestra valiosa proteccion.

—¿Y para qué?—preguntó, rugando el ceño, el doctor Sandoval.

—Sepan mis amos,—contestó el indio,—que el trabajo está perdido há tiempo en nuestra tierra.

—¿Y pretendeis que nosotros os auxiliemos?

—Sí, señores.

—Pues por mi fé, que harémoslo con gusto en la medida de nuestras fuerzas, siempre que conozcamos el oficio á que os dedicais.

El indio abrió una de las cajas que llevaba consigo y extrayendo de ella dos pequeños bustos, modelados en barro:

—¿Conoceis á este?—preguntó á Sandoval, poniendo en sus manos la escultura.

—¡Cielos! Si es Hernan Cortés en persona: no ví nunca cosa más admirable.

El indio siguió diciendo:

—¿Y este otro busto, sabeis de quien es?

—¡Voto á cien mil truenos!—exclamó Pantoja lleno

de alegría: —si es el General don Pedro de Alvarado, á quién no le falta sino hablar. ¿Pero quién demonio ha hecho estos retratos sublimes?

—Yo mismo.

—¿Vos mismo?

—Es natural mis amos que se sorprendan, y que no den crédito á mis palabras; pero ahora verán, ahora verán como no miento.

El indio sacó unas tablas, y haciendo que engramasen unas con otras, dejó á la vista una, como mesa improvisada.

Luego sacó una taza con barro, y unos pequeños instrumentos cortantes.

Con habilidad extrema, comenzó á modelar entre sus dedos aquella masa.

A cada movimiento que hacia, dirigia frecuentes miradas al doctor Sandoval.

Cuando ya lo consideró conveniente, tomó un cuchillo de aquellos, y lo pasó varias veces por el barro.

—Ya está,—exclamó el indio al cabo de diez ó doce minutos de operacion.—¿Qué tal, señores?

—¡Voto á Cristo! Señor doctor, si es vuestra efigie, si estais admirablemente retratado; no ví jamás cosa más parecida,—exclamó Pantoja.

—Esperad mi amo,—repuso el indígena dirigiéndose á Pantoja,—que ahora entro con vos.

El artista reanudó sus operaciones, y con más lijereza si se quiere que la primera vez, dejó hecho en brevísimo plazo el busto de Pantoja.

Los españoles llenaron de plácemes al escultor, una vez terminada su tarea.

Sandoval adquirió los bustos aquellos, pagándoselos al autor, en muy buena y abundante moneda.

De gozo saltaba el artista, quien prometió á los castellanos venir á visitarlos muchas veces.

Estos rogáronle que lo hiciera así, asegurándole que tendrian sumo honor en presentarle á Hernan Cortés, á Alvarado y á sus demás jefes y amigos.

Agradecido el indio á tantas distinciones como se le prodigaran, exclamó en un acceso de alegría:

—En esa otra caja que están viendo mis amos, traigo unos *gachupines* para venderlos, pero prefiero regalárselos á sus señorías.

—¡Miserable!—exclamó Pantoja montando en rabia.—¿Creeis que los españoles se dejan vender con facilidad?

El indio no pudo contenerse y lanzó una sonora carcajada.

—¿Os burlais? ¡Vive Dios!—gritó encolerizado Sandoval.

—Líbrenme los cielos de eso.

—¿Entonces por qué os reis?

—Ahora lo verán sus mercedes.

Y diciendo estas frases, sacó de la caja el mejicano una como especie de jaula.

Abrió ésta y extrajo una tablilla sobre la que habia colocados unos pequeños palos.

Atados á éstos por la mitad del cuerpo, veíanse unos como muñecos de negro rostro, y de tamaño diminuto.

Todos ellos iban vestidos de guerreros castellanos.

—¿Ven vuesasmercedes,—preguntó el indígena,—como eran gachupines estos caballeros?

Ni Pantoja ni el doctor pudieron contestar: tan grande fué su risa al ver á aquellos soldados, cuyos piés y manos se movian del modo más gracioso y original.

—¡Por Dios vivo! ¿Quereis decirnos, hermano, qué clase de autómatas son estos?—preguntaron los castellanos al indio.

—Acérquense mis amos y lo verán.

Obedecieron al mejicano los españoles, pero apenas se aproximaron á la tablilla aquella, el doctor echóse las manos al vientre para no reventar de risa. Lo propio aconteciéle á Pantoja.

—Son *pinacates* (1) *pinacates*—exclamaron á una los dos amigos.

—Que yo mismo he tenido la paciencia de vestir: en mi tierra se dedican muchos á este oficio, y luego venden los escarabajos convertidos en reyes, en príncipes y en gobernadores.

—¡Ay! qué cosa tan graciosa.

—No ví nunca diversion más original.

—¡Y cómo movian las patas!

—Es claro: como estos animalejos no están acostumbrados á usar prendas de sastrería, les estorba el traje.

—¡Válgame Dios, si mi Dorotea viese esto como habia de reir!

(1) Escarabajos.

—Amigo, amigo, pedid cuanto querais por este ingeniosísimo trabajo vuestro, que nosotros adquirimos desde ahora.

—No haré tal: he dicho que quiero regalarles los pinacates y desde ahora son suyos.

—En manera alguna.

—En vano es que insistan vuesasmercedes.

Y esto diciendo, salió el indio apresuradamente de la habitacion, dejando á los españoles, dueños de todas aquellas prendas.

Poco despues regalaban las mismas á Cortés y á Alvarado.

Estos recibieron con sumo regocijo aquellas donaciones, encomiando la habilidad, destreza é ingenio de su autor.

—No cabe duda,—decia Hernan-Cortés,—que la gente de este país es vivísima.

—¡Cuidado si vale! En materia de ingenio, excede su cultura á toda ponderacion.

—¡Oh! Si yo encontrase en el país que voy á conquistar,—exclamaba Alvarado,—gente como la de aquí, se habian satisfecho todos mis afanes.

—¡Quién sabe lo que serán los gohatemaltecos!—decia el marqués del Valle.

—Poco tiempo nos resta de dudas,—contestaba Alvarado.—Dentro de quince dias partiremos ¿verdad, señor Sandoval? ¿No es cierto, amigo Pantoja?

—Así es, señor don Pedro.

—Allí necesito de vuestra cooperacion importante: la ciencia me ha de ser muy necesaria.

—Pues si alguna existe en nosotros, la consagraremos como honra altísima al servicio de la patria y del rey.

—Así lo espero,—respondió el valeroso Alvarado.

. . . . . .

A los pocos dias de estos acontecimientos disponíanse las tropas que habian de ir á Guatemala con Alvarado, á hacer todos los preparativos de viaje.

Emprendieron éste al fin, y despues de largas jornadas, de muchos sufrimientos y de constantes privaciones, quiso el cielo que encontraran las tierras de la América Central.

Allí desplegaron los españoles, como sabemos, sus valiosas aptitudes.

El curso de las escenas que hemos tenido ocasion de presenciar, nos lo han hecho ver así.

Todos los antecedentes relacionados, acreditan las causas y los motivos que obligaron á Ginés Pantoja á ir á América.

El primer país en que comenzó su carrera de guerrero, fué Méjico.

Ya hemos visto lo que en dicho pueblo le sucediera.

En él, estuvo á punto de morir por su arrojo y valor indomables.

Hechas estas aclaraciones, reanudemos el hilo de nuestra historia, que hemos interrumpido para dar á conocer al lector la del bachiller.

Realizado lo cual, debemos volver á Guatemala.

Y en ella penetraremos de nuevo, como lo acredita el capítulo entrante.

CAPÍTULO LXVI

En pos del fugitivo.

El lector recordará cómo se encontraban las cosas en Guatemala, cuando dimos comienzo á la historia del bachiller salmantino.

Gustavo de Alvarado habia abandonado la casa de su padre, á causa de los insultos que éste le infiriera, y de la oposicion del Adelantado al matrimonio del jóven.

El médico de cámara de su excelencia doctor Sandoval, habia sido destituido por don Pedro.

El lector conoce ya las causas que motivaron tal medida; las cuales no eran otras, que las opiniones que el Adelantado abrigaba, de que Sandoval protegia los amores de su hijo.

Al ver tal ingratitud, y la punible conducta observada por don Pedro, el ilustre doctor pensó en vengarse de su jefe, protegiendo abiertamente á Gustavo.

El Ballestero mayor don Luis de Valenzuela, decidióse á conceder al hijo de don Pedro igual proteccion.

El corazon magnánimo de don Luis, no podia permanecer indiferente ante las desgracias de Gustavo.

Y como el ballestero ardia en celos, suponiendo, aunque equivocadamente, que Alvarado requeria de amores á su esposa Violeta, hallábase ganoso de dar á don Pedro una severa leccion.

Por esto le veremos intervenir en los destinos de Gustavo y de Elena.

En cuanto á fray Gerónimo de Viscasillas, no ignoramos que habia dado su palabra al doctor Sandoval de casar á los jóvenes, cuando llegase el momento oportuno.

De suerte, que Gustavo no se hallaba tan desprovisto de buenos auxiliares, como el Adelantado creia.

Ocultos estaban en casa del famoso médico, Valenzuela, Gustavo y su criado Guillen, cuando acertaron á llamar á la puerta.

El bachiller Pantoja que hacia de guardian, púsose en pié y exclamó para sí:

—Ahí está la policía de don Pedro. Veamos.

Y bajó apresuradamente la escalera de la casa.

—¿Quién vá?—preguntó, una vez húbose encontrado en el zaguan.

—Abrid, ¡voto al diablo!—contestaron desde fuera. —La busca de ese mozalvete nos va á volver á todos locos.

Pantoja franqueó la entrada á los recien llegados.

Varios individuos de la policía privada de don Pedro, aparecieron en el portal.

El bachiller, sin inmutarse, preguntó al que hacia de jefe:

—¿Podré saber, amigo Sancho, que es lo que os trae por aquí?

—Pregunta vana es esa, contestó el interpelado.

—No sé por qué causa.

—¡Voto á mil bombas! ¿Conque teneis encerrado en esta casa al hijo de su excelencia, y todavía preguntais qué buscamos?

—Lléveme Lucifer, si entiendo una palabra de lo que hablais.

—Esta es buena; ¿pero, señor Panteja de mis pecados, ignorais lo que ocurre?

—Repito que no comprendo lo que decís.

—¡Rayos y truenos! O tratais de darme una broma, ó pienso que os habeis vuelto iluso.

—Por vida de Dios, que como no os expliqueis con más amplitud, maldito lo que podré responderos.

—Oid y temblad: el hijo del Adelantado de mar y tierra, el oficial don Gustavo de Alvarado ha huido de su casa.

—¡Jesucristo!

—El desdichado mozalvete ha tomado tan villana resolucion, porque no le dejan casarse con esa condenada de india á quien llaman Sylvia, Elena ó qué sé yo cómo.

—Válgame mi padre San Francisco.

—Como comprendereis, señor Pantoja, al saber

don Pedro la fuga de su hijo, se ha puesto hecho una fiera.

Lo raro es, que no haya mandado ahorcar á medio ejército.

—No es tarde aún. Su excelencia ha reunido á los jefes de su escolta, y les ha amenazado con mandarlos degollar, si protegen en lo más mínimo á don Gustavo.

—Pero nuestros capitanes...

—Han jurado una y cien veces, que ignoran donde haya podido ir á parar el jóven.

—¿Y qué disposiciones ha adoptado en su consecuencia don Pedro?

—Ha mandado publicar un pregon, en el cual dice, que castigará con pena de la vida, á aquel que ose dar albergue en su casa á don Gustavo.

—¡Válgame mi padre Jesús!

—Figuraos, señor Pantoja, si el horno está para cocer panes: ocho horas llevamos registrando todas las casas de este pueblo, y nada, pero absolutamente nada de topar con el fugitivo.

—Sin embargo; tal vez hayais dejado sin examinar un escondite importante.

—¿Cual, voto á Cribas?

—La casa del padre de Violeta.

—¿La del cacique Tixplan? Pluguiera á Dios que nunca lo hubiéramos intentado.

—¿Pues qué os ha sucedido?

—Que apenas penetramos en el umbral, la esposa de don Luis de Valenzuela, nos cortó el paso diciendo:

—Id, señores, y manifestad de mi parte al genera-

lísimo de las fuerzas españolas, que en mi casa no manda otro que mi marido. Cuándo éste regrese á ella, y lo haga tambien mi padre, que está ausente, podrán autorizar el registro que deseais, si lo consideran oportuno.

Y diciendo tales frases Violeta, nos dió con la puerta en el rostro.

—No le arriendo la ganancia á esa señora.

—Ni yo, señor bachiller amigo, porque habeis de saber, que, temblando como chicuelo medroso, le he manifestado á su excelencia el fatal resultado de nuestras pesquisas.

—¿Y os ha contestado?

—Cerrando los puños lleno de cólera, y desprendiendo de sus labios esa siniestra sonrisa que hace extremecerse al más fuerte, háme dicho su excelencia:

—¿Con que no dais con el villano de mi hijo? ¿Conque la esposa de don Luis de Valenzuela se niega á franquear su casa?

—Señor...

—Nada; vuestra comision está cumplida, sólo falta un procedimiento para terminarla. En cuanto á la esposa del Ballestero, yo me encargaré ¡vive Dios! de que sea un poco más obediente.

Y golpeando su excelencia su mesa de despacho:

—Id,—díjome,—y registrad hasta sus últimos rincones la casa del doctor Sandoval: en ella estoy seguro que se oculta Gustavo.

El policía dirigió al bachiller una mirada escrutadora.

Este no hizo el menor caso de semejante forma de investigacion.

Limitóse Pantoja á adoptar una actitud descarada, y preguntó luégo á su amigo Sancho:

—¿Con que eso es lo que os ha prevenido su excelencia, eh?

—Como acabais de oirlo.

—¿Y no sabe el muy ilustre señor don Pedro de Alvarado, que mi jefe amadísimo el doctor Sandoval es hombre de vergüenza, y de decoro?

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Que si ese rapazuelo de don Gustavo se hubiera atrevido á venir á esta casa, le habriamos arrojado de ella con malos modos.

—¿Por qué razon?

—¡Otra te pego! ¿Os parece don Sancho, que podria prestar apoyo el doctor, al hijo de aquel que le ha quitado el pan destituyéndole de su empleo?

—Verdad decís.

—Don Pedro se ha portado villanamente con mi principal.

—Ha sido algo ingrato con él.

—¡Relevarle sin motivo en el cargo de médico de su cámara! ¡Echarle de su lado como se despide á un sirviente! ¡oh! mil veces me lo ha repetido: Pantoja en breve abandonaremos esta tierra: no quiero permanecer aquí más tiempo.

—El señor Sandoval tiene mucha razon.

—Ya lo creo que la tiene: así es que con sólo pronunciar el nombre de Alvarado, se le suben las cóleras

á la cabeza: figuraos, pués, si podria mi señor admitir en su casa al fugitivo.

—Señor Pantoja: entiendo que acabais de sostener una verdad de á folio; pero la justicia...

—Comprendo lo que quereis decir: la justicia tiene que realizar su mision.

—Eso, eso precisamente.

—Registrareis hasta los últimos rincones, examinareis cuanto este edificio encierra; estais en vuestro derecho y cumplis con vuestro deber. Partamos.

Precedidos por Pantoja emprendieron la marcha los polizontes.

Jamás pudo verse excrutinio más detallado y minucioso.

Cuantas habitaciones contenía la casa de Sandoval, fueron registradas por los comisionados de don Pedro.

Llegó á tan alto grado la escrupulosidad de la operacion, que cuando topaban los de la ronda con una mesa ó una silla, golpeaban sobre ella, como si se tratara de buscar un insecto y no un hombre.

Esta cavilosidad de aquellos castellanos, arrancó muchas carcajadas á los labios del bachiller.

Asi que la justicia reconoció cuantos espacios encerraba la casa de Sandoval, el bueno de don Sancho repuso con tristura:

—Desgraciadamente, el fugitivo no se alberga en estos rincones: estoy perfectamente seguro de ello.

—Es que debo advertiros,—exclamó Pantoja,—que aun os falta por registrar algo.

—¿Y qué es ello?

—El pequeño patio de esta casa: á fuer de leal, no puedo menos de auxiliar á la justicia en su empresa.

—¡Oh! sí, sí, y yo os lo agradezco vivamente. Vamos, vamos allá de seguida.

Con gran premura cruzaron los personages en cuestion, un corredor muy extenso.

Arribaron á una desvencijada escalera y descendieron por ella con gran dificultad.

Poco despues encontrábanse todos en el patio aludido.

No pudo menos de llamar la atencion de don Sancho, la cantidad de tinajas que, en correcta alineacion, veíanse en el patio aquel.

En el centro del mismo, existia una mesa, cubierta con un lienzo blanco.

Sin atreverse el de la policia á poner sus manos sobre ninguno de aquellos objetos, preguntó á Pantoja:

—¿Quereis explicarme, Ginés amigo, qué aplicacion tienen todas esas vasijas?

—Ahora lo sabreis.

—Es que si ellas contuviesen vino, aceite ó alguna cosa análoga, estaba de más el registro.

—Nada de lo que pensais contienen: pero ya que la justicia quiere desplegar todas sus aptitudes para realizar cumplidamente su deber, os exijo que examineis con detenimiento lo que en su interior encierran esas tinajas.

—Sí, haré, para que luego no nos vengan acusando de confiados y de negligentes.

Con paso firme, avanzó don Sancho hasta donde las vasijas estaban.

Introdujo su diestra en una de ellas, y:

—¡Santo Dios!—gritó lleno de pavura, extrayendo un brazo humano.

—Seguid, seguid,—repuso sonriendo el bachiller.

Temblando como un niño, continuó el polizonte en sus pesquisas.

Acercóse á la segunda tinaja, practicó igual operacion que en la primera, y tirando de un objeto dejó á la vista el pié descarnado de un hombre.

—¡Canastos!—exclamó dejándolo caer de nuevo en el interior de la tinaja.—O yo veo visiones, ó todas estas cosas son producto de horrendos crímenes realizados aquí.

—Continuad, don Sancho, que despues aclararé este misterio: quizás en alguna de las tinajas restantes, pudiera estar oculto don Gustavo.

—¡Voy, voy aunque el demonio se me aparezca!

El polizonte introdujo sus dedos en el último de los receptáculos.

Algo como enmarañado cabello debió palpar, por lo que gritó lleno de alegría:

—¡Ya dí con él, ya dí con él! ¡Acá está el infame!

—¡Jesús! ¡San Pedro! ¡Virgen María!—exclamó el hidalgo, presentando á sus compañeros una horrible cabeza humana.

Un grito de espanto surgió de los labios de todos, excepto de los de Pantoja que miraba aquellas prácticas con gran impasibilidad.

—Presto, presto,—repuso don Sancho,—poniendo término á sus pesquisas.—Declarad, señor bachiller, de dónde proceden todos estos restos humanos; sinó lo haceis, creeré que todos los que en esta casa se albergan, son unos asesinos.

—¡Ved, como hablais, porque todo cuanto aquí habeis visto!...

—¡Qué!

—Son ni más ni ménos, que preparaciones anatómicas empleadas por el sabio doctor Sandoval, para su estudio y experiencias.

—¡Y de dónde las saca su merced!

—De los cadáveres procedentes del hospital de Santa María. El señor don Pedro de Alvarado tiene ya noticia de ello, y ha encargado que pongan á disposicion del doctor, cuantos elementos reclame para sus investigaciones.

—¿Juraisme que cuanto afirmais es la verdad?

—Lo juro por mi honra, don Sancho. ¿Si quereis continuar viendo este museo anatómico?...

—¡Abrenuncio! Tengo el estómago levantado y me parece que voy á soñar toda la noche con muertos. ¡Ea! señores: que aquí no se encuentra el fugitivo es un hecho evidente, ya veis que la busca no ha podido ser más detallada.

—Es cierto, es cierto,—contestaron los servidores de don Sancho; el cual repuso:

—Descargada nuestra conciencia de todo temor, vamos á revelar á su excelencia el resultado de nuestra visita. Señor Pantoja que Dios os guarde.

—El os guie á todos.

La justicia abandonó la casa de Sandoval, y el bachiller partió á relatar á Gustavo y sus amigos cuanto acababa de ocurrir.

CAPITULO LXVII

La justicia, por sí propio.

Presa de invencible temor, llegaron don Sancho y los suyos al palacio del Adelantado.

Don Pedro paseaba á la sazon á lo largo de su cámara.

Su impaciencia hacíale montar en cólera á cada instante.

—¡Cuando volverá esa canalla!—exclamó en un momento de inquietud.

Y ya iba á salir en busca de los de la ronda, cuando acertó don Sancho á comparecer ante él.

—¡Voto al diablo!—rugió Alvarado con acento acre, —que ya me parecia vuestra tardanza un tanto sospechosa. ¿Habeis dado con el prófugo?

—Señor...

—Hablad, ¡vive Cristo! y no andemos con reticencias.

—El caso es...

—¡Qué: rayos y truenos!

—Que hemos registrado hasta los últimos rincones de la casa del doctor Sandoval.

—¿Y bien?

—Que allí no se halla don Gustavo.

—¡Voto á todos los demonios juntos! ¿Y teneis la osadía de mentir tan descaradamente?

—Señor excelentísimo, pedazos me hubiera dejado hacer, ántes que engañar á vuestra egregia persona.

—Pero bellaco, ¿es posible que mi hijo no esté oculto en casa de ese galeno?

—Por la madre que me parió, por la religion que profeso, por la fé jurada sobre las banderas, que Dios me mate, si su señoría se encuentra en casa de Sandoval.

—Bien, está bien, no necesito saber más; retiraos. Está visto que la policía no sirve para nada.

—Señor...

—Repito que os retireis con toda vuestra gente.

—Si su excelencia ordena que emprendamos la busca por otra parte...

—¿No os he dicho que os marcheis, voto á Cribas? Salid de aquí en este momento, ó juro á Dios que si no lo haceis, os mando degollar.

Como alma que lleva el diablo abandonó el policía la cámara.

Don Pedro llamó á un paje, y díjole:

—Venga quien venga, para nadie estoy, ¿lo entiendes?

—Muy bien, señor excelentísimo.

El Adelantado cerró la puerta de su habitacion.

Luego, reanudando sus paseos, entabló el diálogo siguiente consigo mismo:

—No ha de ser, ¡vive Dios! ese hijo desnaturalizado, el único hombre que tenga el atrevimiento de burlarse de mí.

Por fortuna, me sobra energía para confundirle, y aniquilar tambien á sus protectores.

Estos no pueden ser otros que el cacique Tixplan y su hija Violeta. Los viles se han empeñado en hacerme la oposicion; pero yo les juro por el nombre que llevo, que han de acordarse del Adelantado de Guatemala.

De noche, sí, entre las sombras, entre el silencio y el reposo, penetraré en la casa del cacique y sorprenderé á mi hijo en brazos de su concubina.

Despues, apoderándome de Gustavo, lograré que no vuelva á ver á esa india sin nombre; pues en tanto mi hijo vá á una mazmorra, Elena saldrá desterrada con todos sus protectores. Es soberbio, es indestructible mi plan.

El caudillo frotóse las manos de gozo, y dejó ver en su labio su helada sonrisa.

—Presto vá á anochecer,—se dijo;—esperaremos algunas horas para dar el gólpe.

Al llegar á este punto, detúvose don Pedro, y exclamó para sí:

—Y ese Valenzuela sin volver aún; ¡oh! pero cuando regrese, de seguro que vamos á tener escenas tan

dolorosas, como las que en malaventurados tiempos ocurrieran con el bizarro Usagre.

¡Cuidado si fué infamia la cometida por unos miserables! ¡Hacer creer al Ballestero que yo lo alejaba de esta capital, para rendir un amor nefando á las plantas de su esposa! ¡oh! no puede darse mayor villanía.

Sin embargo, Valenzuela es bastante respetuoso para no formular una queja descarada ante mí; y si lo hiciese, tendria razon: la calumnia es como la bola de nieve, que comienza á formarse con el átomo imperceptible, y concluye su curso tomando gigantescas proporciones.

El tiempo se encargará de demostrar á don Luis que yo soy incapaz de ofenderle, y la verdad de mi labio habrá de confirmarle esta aseveracion.

Don Pedro dirigióse á la mesa de despacho, y tomando un pliego que sobre ella habia, repuso:

—Vea usarcé lo que son las equivocaciones. Su majestad me escribe desde España, diciéndome que se halla altamente satisfecho de la conducta de todos mis subordinados. ¡Cita el rey textualmente sus nombres, entre los cuales figura el de mi hijo, el de mi hijo! ¡oh! Si su majestad supiera las condiciones del villano, le habria dado vergüenza hablar de él.

«Enviad á España,—dice nuestro señor,—á vuestro bizarro hijo, y á los más esclarecidos capitanes; quiero conocelles y abrazallos. Justo es dar una tregua de descanso á esos valientes, que tanto bien han hecho á la patria. A ninguno de ellos le faltará á nuestro lado

el tributo que merecen sus virtudes: Gustavo de Alvarado será nombrado capitan, y quedará en palacio como mi ayudante: los otros caballeros, obtendrán cargos militares adecuados á su categoría.»

—¡Oh! Voy á escribir á su majestad en este instante, narrándole punto por punto todas las villanías de mi h jo: pero no; seria proceder muy de ligero: ningun padre se atreve á evidenciar los defectos de aquel á quien engendró. Cumplamos con esta ley sublime, y sobre todo, si ese rufian persistiera en sus culpas, tiempo tendríamos de hacello.

Entregado á estas y á otras análogas consideraciones, pasó Alvarado unas dos horas.

—Bien de noche es ya,—exclamó luego;—ha llegado el instante de que yo me convierta en juez de mi propia causa.

El Adelantado, cubrióse el cuerpo con una capa roja, púsose su birrete, y tomando de una panoplia una daga, ciñósela á la cintura.

—Todo el mundo,—exclamó, realizadas estas operaciones,—se hallará entregado al descanso. El momento no puede ser más oportuno para que concluya la incertidumbre.

Y llamando el caudillo al paje que vimos primeramente:

—Voy á salir,—le dijo,—cuida de que nadie venga en mi seguimiento. Sólo á don Sancho, al jefe de mi policía privada, dirasle que no se aleje de la casa del

cacique Tixplan. Dentro de una hora, que me espere por allí.

—Está bien, señor excelentísimo.

Bajó el jóven su cabeza, y quedó guardando esta respetuosa actitud, ínterin don Pedro pasaba por delante de él.

Poco tardó el Adelantado en llegar á la calle.

La soledad que en ella reinaba, permitióle avanzar sin que nadie le sorprendiese.

La majestuosa figura del conquistador de Guatemala, deslizábase entre las sombras, tomando aspecto hermoso é imponente.

Don Pedro caminaba muy deprisa; la idea de la venganza dábale alientos para marchar con más rapidez.

Muy cerca hallábase ya de la casa del padre de Violeta, cuando detúvose como herido por el rayo.

Sin duda hubo de asaltar al Adelantado algun pensamiento grave, ó quizás el grito acusador de la conciencia, le pedia cuenta estrechísima del paso que don Pedro iba á dar.

Violeta se encontraba á la sazon en su casa, sin el auxilio de su padre.

Tanto Tixplan como Valenzuela, hallábanse fuera de su domicilio.

De suerte, que la honra de la jóven quedaba á merced de las hablillas de sus convecines, si estos hubiesen ácertado á ver entrar á don Pedro en casa de Violeta á hora tan avanzada de la noche.

No se ocultaron á la clara inteligencia del caudillo, todas estas importantes consideraciones.

Razon por la cual, antes de llegar á la casa del cacique, paróse exclamando:

—Por Dios vivo; que dado el aspecto que van tomando las cosas, no he meditado friamente lo que voy á hacer.

La esposa del Ballestero ha negado á mis representantes la entrada en su casa, fundándose en que se hallan fuera de ella su padre y su marido.

Esta oposicion de la jóven, demuestra bien claramente la pureza de sus virtudes y su acrisolada honradez.

Y yo, menguado, sin respetar tan altos méritos, sin guardar al hogar del amigo la veneracion que se le debe, voy ahora á atropellarle, ¿y para qué?

Si cualquiera me viese, se atrevería á afirmar que era yo el amante de Violeta; el cual aprovechándose de la ausencia de un esposo, acudia á una cita de amor, cuando nadie podiá sorprenderle.

¡Oh! Proceder tan villano seria indigno de un caballero, á quien ha designado su patria para realizar las empresas más nobles.

¡Una jóven inocente, modelo de virtudes, envuelta en las redes de la calumnia por los desafueros de un osado! ¡Oh! no haré, no haré tal: volveré á mi casa y el menguado negocio que tanto me preocupa, se arreglará como Dios quiera.

Don Pedro hizo ademan de desandar lo andado.

Empero su deseo de apoderarse de Gustavo detúvole, obligándole á decir:

—¿Y por qué ¡voto á brios! he de guardar á estas

gentes tantas consideraciones, si abrigo la seguridad de que en su casa ocultan á mi hijo, para ver de contrariarme en mis propósitos?

—Si Tixplan, si Valenzuela, si su esposa, han creido realizar un buen negocio arrancando á la fuerza mi consentimiento para el matrimonio de Gustavo con la india, se engañan como bellacos ¡vive Dios! ¡que no es el Adelantado de Guathemala, el español don Pedro de Alvarado, hombre que tan fácilmente consienta en prostituir su linaje, dando entrada en él á ralea de cobrizos ni á extirpe de despreciables bastardos!

—¡Adelante, pues!—exclamó para sí con energía don Pedro.

Si la honra de Violeta puede ponerse en tela de juicio, tambien el honor de un padre exige que no se abandonen cuantos medios existan, para el cumplimiento de un sagrado deber.

El Adelantado, con planta firme, avanzó hasta la casa del cacique Tixplan.

Llegó á ella, y golpeó briesamente la puerta de la misma.

Poco despues, abriéronle, apareciendo en el umbral un indio, que no era otro que el bendadoso criado Tlaloc.

CAPÍTULO LXVIII

La conferencia.

Tlaloc, quedóse como una estátua al ver á don Pedro.

Este sin dirigir al indio el más pequeño saludo, intentó penetrar en el zaguan.

Empero avanzando Tlaloc un poco, detúvole diciendo:

—Perdóneme su excelencia, mas...

—¿Te atreves villano á prohibirme que entre en esta casa?—preguntó Alvarado con tonos amenazadores.

—Señor, yo...

—¿Tú, qué; reptil? Habla presto.

—Mi ama está sola, y cumpliendo las órdenes que le comunicara su señor padre al abandonarla por unos dias...

—Díjole...

—Que no permitiese entrara nadie aquí, ínterin él no volvia.

—¿Y esa órden se extiende tambien, bellaco miserable, al Generalísimo de las fuerzas de Iberia?

—A todo el mundo, señor.

—¡Villano! Ahora mismo sin articular más frases, sin desplegar tus inmundos labios, vas á dejarme el paso libre; pero recibiéndome como á un rey, de rodillas... sí, de rodillas.

Con fuerzas tan brutales oprimió don Pedro los brazos de Tlaloc, que le hizo caer en tierra postrado de hinojos, no sin que el pobre indígena lanzase un grito de dolor profundo.

Luego, sin cuidarse de más, subió la escalera de la casa del cacique, verificándolo en dos ó tres saltos.

Bien pronto, hallóse don Pedro con una puerta que daba á la habitacion en que Violeta se encontraba.

—¡Jesús!—exclamó la jóven, abandonando el rezo á que se hallaba entregada.

Alvarado con los brazos cruzados, permaneció en el dintel, sin hacer el menor movimiento.

Presa Violeta de legítima indignacion, exclamó al ver la actitud que guardaba el Adelantado:

—Haceis bien, señor excelentísimo, en permanecer ahí. Cuando se violan las órdenes del dueño de una casa, cuando se compromete á una mujer digna asaltando su hogar á horas avanzadas de la noche, para poner su honra á merced de todas las calumnias, es

conveniente y oportuno, quedar en la posicion que vos guardais, lleno de verguenza y de miedo.

—¡Miedo!—gritó Alvarado con voz atronadora.—¡Señora mia: ved lo que hablais, y recordad la clase de hombres á que pertenezco!

—¡Lo que acabais de hacer, señor general de las fuerzas de Castilla, me autoriza para apellidaros ladron de honras!

—¿A la vuestra os referís?

—Precisamente.

—¿Y qué me importa á mí vuestro honor, el de vuestro marido y el de vuestro padre?

—¡Villano!

—¡Basta, india renegada; tu hogar, nada me significa, la autoridad de tus allegados, me causa el mayor desprecio; yo no deseo nada tuyo, lo que yo quiero es mi hijo, que me devuelvas á mi hijo!

—¿A Gustavo?

—¡A ese niño sin experiencia, á ese mal aconsejado rapaz, á quien todos vosotros habeis trastornado con vuestras lecciones!

—¡Jesus!

—No finjas espanto, ni asombro, india sin entrañas, Gustavo está aquí, encerrado en esta casa para saborear con libertad el afecto de su asquerosa concubina.

—¡Oh!

—¡Atrévete á negarlo, zurcidora de las mayores liviandades!

—¡Vírgen Santa del Carmelo!

—No inveques ese nombre: en tus labios, perderia

todo su sánto mérito: tú eres la india renegada que se ha convertido al Cristianismo, por satisfacer las pasiones de la fibra carnal, casándose con el católico Valenzuela.

—¡Madre de mi alma!

—A tiempo lo he descubierto todo: los amores de Gustavo y Elena, crecen y se desarrollan con vuestra proteccion.

—¡Nunca, nunca!

—Vosotros, miserables, os habeis dicho: uniendo á nuestra pupila con el hijo del Adelantado, hemos realizado el gran negocio.

—¡Mentira!—rugió Violeta, cambiando de actitudes, y desplegando todo el valor de su raza.

—¡Oh! ¡Pero no será, no será! ¡voto á Cristo! Antes me dejaria hacer pedazos el corazon.

—¡Miserable! ¡Te he estado oyendo con calma, y me causa vergüenza el no haberte arrojado de aquí á latigazos! ¡Tú; el conquistador de un pueblo valeroso; tú, el caballero ejemplar; mienten los que tal dicen; Pedro de Alvarado, no es otra cosa que un cobarde!

—¡Violeta!

—Un cobarde, sí, que encontrándose en cierta ocasion frente á frente del jefe de la artillería española...

—¡Silencio!

—Hizo que le condenaran á muerte, por no tener valor para medir sus armas con él.

—¡Basta, hija de Satanás!—rugió don Pedro lleno de exaltacion y cayendo sobre Violeta á quien sujetó por un brazo.

—¡Villano, ruin canalla! ¿Tratas de vengarte en una pobre y débil mujer?

—¡Entrégame á mi hijo, ó te deshago el pecho con mi daga!

—¡Piedad, socorro, compasion!—respondió Violeta cayendo de rodillas.

—¡No hay misericordia, no hay piedad para los infames! Entrégame á Gustavo, que está aquí con Elena, ó te hundo en el pecho mi puñal.

—Don Pedro, por la memoria de mi madre os juro, que ignoro donde se halla vuestro hijo.

—¡Mientes, india expúrea!

—No está aquí, no está aquí: en cuanto á Elena... salió... á rezar por él ante la Santa Cruz.

—¡Oh! Hija maldecida de todos los demonios; ¿persistes en engañarme, en ocultar al villano?

—No, no.

—¿Vas á entregarme al culpable enseguida?

—Me es imposible, porque no se halla en esta casa.

—Piensa que la paciencia se me concluye.

—Repetiré una y cien veces mi juramento.

—¡Violeta, Violeta por última vez te prevengo que seas obediente á mis órdenes!

—No está en mis manos hacerlo.

—¿No?... ¡pues toma!

Y esto diciendo, hizo ademan don Pedro de herir á Violeta con su puñal.

Un grito terrible se escapó del pecho de la jóven, que cayó al suelo desmayada.

—¡Jesús! ¿Qué es lo que he hecho?—exclamó el caudillo, retrocediendo espantado.

—¡Intentar, cobarde, herir á una mujer indefensa! ¡Oh! El primer dia es hoy en que te acude la vergüenza al rostro, Adelantado de Guatemala.

Violeta sin salir de su paroxismo, lanzó un suspiro.

—¡Vive, vive!—exclamó don Pedro, sin atreverse á dar un paso,—¡oh! si la hubiese herido.... infame que soy... no puedo permanecer aquí un solo instante.

Y diciendo estas frases, sin soltar de su mano la daga, salió apresuradamente de la habitacion.

Descendió con gran lijereza por la escalera de la casa, y el criado Tlaloc al verle, abrió la puerta del zaguan y cerróla en seguida.

Don Pedro encontróse al fin en la calle; pero apenas hubo dado dos pasos:

—¡Atrás, miserable!—exclamó con voz de trueno un hombre.

—¡Valenzuela!—repuso el Adelantado dejando caer en tierra su daga.

—Sí, Valenzuela, que vuelve al fin á su hogar, manchado con vuestras infames acciones.

—¡Señor Ballestero!

—Señor don Pedro de Alvarado, ¿creíais que de un hombre cual yo, se burla cualquiera impunemente?

—Respetad la superioridad de mi investidura.

—No la reconozco ¡voto á bríos!

—¡Cobarde!

—Ese es el nombre que cuadra á quien valiéndose de su omnímodo poder...

—¡Mentís, bellaco!

—Arroja lejos de sí á un subordinado suyo, para seducir villanamente á su esposa.

—¡Te estoy oyendo, rufian sin decoro, y no sé, no sé cómo no te aplasto el cráneo con mi planta.

—Eso sólo lo hacen, los que mandan sentenciar á muerte á un artillero valeroso, por miedo al vigor de su brazo.

—¡Miedo!—exclamó don Pedro con voz atronadora, señor don Luis de Valenzuela, dejadme partir en calma que bastante prueba de amistad os doy con la prudencia que guardo.

—¿Partir? Os parece que un hombre de honor á cuyo rostro habeis arrojado el mayor de los insultos, puede acceder á tales súplicas, sin vengar el agravio?

—¡Por Dios vivo! dejadme marchar, señor Ballestero, que tengo poco aguante.

—¡Nunca, nunca!

—¿No?

—Y cien veces no ¡voto á la coraza de Pelayo!

—Pues bien, entonces, quitaremos los obstáculos de esta suerte.

Y avanzando hasta el Ballestero, cruzó don Pedro su faz con una tremenda bofetada.

—¡Ladron! ¡cobarde! ¡hijo de madre adúltera! ¡Defiéndete ó te mataré aquí mismo como un perro!—gritó Valenzuela desnudando su espada.

—Sí haré,—contestó el Adelantado, secundando á don Luis con irritante impasibilidad.

—¡En guardia, en guardia! á ver si es verdad que

se necesita valor y arrojo para castigar á un mulato.

Las espadas de los dos héroes se cruzaron, sin que al principio acertará ninguno de ellos á herir á su competidor.

Estando en lo más duro de la lucha, gritó lleno de coraje Alvarado:

—¡Bien te defiendes; perro sin entrañas; mas juro á Dios!

—¿Qué?

—¡Qué vás á morder el polvo!

—¿Sí?

—¡Como cumple á tu osadía, bellaco!

—¡En otra ocasion, quizás; pero ahora... Adelantado de Guatemala, toma tú merecido.

—¡Jesús!—exclamó seguidamente don Pedro de Alvarado.

Y llevándose al pecho la diestra, vaciló un punto y cayó en medio de la calle.

Una certera estocada del Ballestero, castigó cumplidamente la osadía de su General.

—¡Ahora!—repuso Valenzuela envainando su espada con aire de triunfo,—si vives, revuélvete, bellaco, en tu sangre, sólo, aislado, sin que nadie te tienda una mano protectora.

Valenzuela avanzó hasta su casa, llamó, abriéronle y penetró en ella.

Poco despues, don Pedro quedaba completamente solo en la calle.

—¡Socorro, piedad! ¿no hay un alma caritativa que me ayude?—decia poco despues el Adelantado.

Su apagada voz perdióse en el espacio, sin que nadie acertará á responderle.

—¡Socorro, so...co rro!—volvió á decir Alvarado, procurando en vano contener la sangre que brotaba de su herida.

—¿No hay corazon que se apiade de mí?—repitió.

—Uno existe,—exclamó un bulto acercándose al Adelantado.

—¡Gran Dios, Elena!—gritó don Pedro, reconociendo á la adorada de su hijo.

—Yo soy, señor, que vuelve despues de rezar mi plegaria de todas las noches; pero estais herido.

—Silencio...

—¿Quién ha sido el infame?...

—¡Oh! calla, calla, Elena: que nadie sepa, que nadie conozca mi deshonra; al ver mis soldados que su invencible jefe habia sido derrotado en lucha, me despreciarian, y no volverian á obedecerme.

—Venid, venid á casa.

—¡Oh, Nunca, nunca; no es posible!

—¡Dios mio, esas frases, esa oposicion!

—No te extrañes de ello: Violeta está sola, el señor Tirplan, el señor Valenzuela se encuentran fuera de casa, y seria comprometerlos ir allí en la aflictiva situacion en que yo estoy.

—¡Vuestro hijo!...

—¡Oh! Esa palabra; mi hijo, sí, deseo verle lo mando. ¡Elena, díme por el cielo donde se encuentra Gustavo!

—Yo...

—Dímelo; él te ama, no me cabe duda; tú sabes donde está:

—Señor; lo ignoro completamente.

—¡Mientes, miserable! Por tu culpa, por tus infames pasiones, acontece todo esto.

—¡Vírgen María!

—Si no es así; dame tu mano y júrame que ignoras dónde se halla tu amante el vil desertor.

La jóven fué á acercarse á don Pedro, y al par que esto hacia:

—¡Alto!—exclamó un hombre, apareciendo en aquel lugar, en union de otros castellanos.

—¡Sancho, Sancho!—exclamó don Pedro.—Socorredme.

—¡Señor: su excelencia herido, y esta mujer!... Elena, Elena ¿qué haceis aquí?

—Yo... auxiliar al señor Adelantado.

—¡Mentira!—exclamó uno de los de la ronda.

—¿Cómo?

—¡Que esta jóven, que esta india infame, ha intentado asesinar á nuestro jefe!

—¡Jesús!—gritó Elena, lanzando un grito y cayendo luego desmayada en brazos de uno de los españoles.

—¡La prueba, la prueba!—exclamó Sancho dirigiéndose á su amigo.

—Hela aquí, hela aquí.

Y esto diciendo, cogió del suelo la daga que Alvarado habia dejado caer, cuando tropezó con Valenzuela.

—¡Basta, no me cabe duda; esta india es la causa de todo!—rugió lleno de cólera don Sancho.—¿Verdad señor excelentísimo?

—¡No sé... la sangre me ahoga... mi hijo... yo muero, Santo Dios, yo muero!

—¡Presto, llevad á su Excelencia á su palacio!—exclamó el jefe de la ronda.—En cuanto á esta mujer, á la cárcel con ella.

Varios de los alguaciles lleváronse á Elena, quien no habia vuelto aún de su letargo.

Mientras esto hacian, don Pedro, cuyos brazos se apoyaban en los hombros de dos corchetes, repuso con apagada voz:

—¡Esperad... detenéos... no, no es ella; pero sí, haceis bien en meterla en prisiones; de este modo... está asegurada... mientras ella exista separada de mi... hijo Gustavo... viviré para Elena. Ya unidos... la muerte llevará... nuestras almas al cielo.

El Adelantado lanzó una carcajada terrible y al punto lleváronsele de aquel lugar.

Así que los alrededores de la casa del cacique estuvieron enteramente solitarios, apareció muy cerca de ella un hombre.

Marchaba de puntillas y sigilosamente.

Al advertir que estaba completamente sólo:

—¡Venid, venid presto! ¡voto á Cribas!—exclamó á media voz.

Dos hombres envueltos en largos ropones, acudieron de seguida.

—¡Gustavo!—exclamó el que les diese el aviso, que

no era otro que Sandoval.—¡Animo y confianza en el cielo!

—¡Mi padre, mi padre herido; quizás por mí culpa! Soy el hijo más desnaturalizado y más infame de la tierra.

—¡Oh! no penseis en eso Gustavo: vos no teneis la culpa de nada, yo lo he visto todo, todo lo que le ocurriera á vuestro padre, oculto muy cerca de aquí.

—¡Y Elena, y mi amadísima Elena, conducida la infeliz á una mazmorra; no volveré á verla nunca, nunca!

—Os he dicho que la salvaré y la salvaré ¡vive Cristo! pese á quien pese. Dejaos, Gustavo, de lloriqueos, y ahora á vuestra obligacion.

El jóven separóse de Sandoval y de su otro amigo, que no era ni más ni menos que Guillen.

A la puerta de la casa del cacique lanzó Gustavo un silbido, y Tlaloc abrióle la puerta de seguida.

Penetró en el interior y cerraron luego.

Así que el doctor y Guillén estuvieron solos, el primero repuso:

—¿De suerte que estais dispuesto á hacer un sacrificio por don Gustavo?

—Aunque fuese el de la propia existencia,—contestó Guillen.

—Pues no haya más que hablar,—repuso el doctor: ¡Partamos!

CAPÍTULO LXVI

Sagacidad y desprendimiento.

Recatándose cuanto les fué posible, abandonaron Sandoval y Guillen los alrededores de la casa de Tixplan.

¿A donde iban los dos personajes?

Oigamos su conversacion y de esta lo deduciremos.

—¡Voto á Cribas!—repuso el escudero de Gustavo, —que no ví unnca escena tan terrible como la que acabamos de presenciar. Mañana será un dia de luto para España: don Pedro...

—Don Pedro, llevado de su amor propio, procurará ocultar á todo el mundo el verdadero nombre del autor de su herida.

—¿De suerte que si el Adelantado sucumbe, la inocente Elena?...

—Morirá entre las llamas, como la única responsable de la agresion.

—¡Oh! por Dios vivo; no digais tal cosa señor Sandoval: el cabello se me crispa al oirlo.

—Por eso, por eso precisamente, es indispensable, amigo Guillen, que hagamos un sacrificio para salvar á la adorada de Gustavo.

—Repito, señor doctor, que para lograrla, cualquier empresa realizaré por difícil que resulte.

—Mucho prometer es, amigo mio.

—Me sobran alientos para todo.

—Sin embargo, es preciso meditar en calma estas cosas. Ya sé yo querido Guillen, que tratándose de la guerra, por ejemplo, nada hay que os arredre.

—Dispongo tambien de sangre fría, para servir á mis amigos en la paz.

—Vamos á verlo.

—Hablad cuanto os plazca.

—Elena se halla encerrada á estas horas, en uno de los calabozos destinados á los enfermos de la cárcel.

—Seguid.

—Como médico que soy del establecimiento, visito el mismo dos veces durante el día y una durante la noche.

—¿Y bien?

—El incomparable religioso fray Jerónimo de Viscasillas, me acompaña siempre á visitar á los presos.

—No lo ignoro.

—Viene su reverencia conmigo, para prodigar sus consuelos á los encarcelados, y para socorrer pecuniariamente á los pobres.

—Todo eso está muy bien, señor doctor; ¿pero quiere vuesamercé explicarme, qué relacion guarda con el asunto que nos ocupa?

—Mucha á fé mía.

—No comprendo...

—Esperad, Guillen, un instante, que todo se andará.

—Continuad, que ya os escucho.

—Si haré; Pues como os decía, fray Gerónimo me acompaña en la tarea de visitar á los enfermos, y he aquí la circunstancia que podria favorecer nuestros propósitos, encaminados á salvar á Elena.

—¿En qué forma?

—Sustituyendo, vos, Guillen, al franciscano.

—¿A ver, á ver que es eso?

—Me explicaré más claramente. ¿Si os pusiérais, Guillen, una barba, y el hábito de nuesto seráfico padre, podriais semejaros algo á fray Jerónimo?

—Ya lo creo.

—¿De modo que viniendo en mi compañía, nadie se atrevería á dudar de que erais su paternidad en persona?

—Como la visita la hiciéramos de noche, juro al cielo, que no acertaría á descubrirme ni la madre que me parió.

—¡Magnífico, soberbio y admirable!

—Continuad, continuad, señor doctor ilustre.

—Ya disfrazado vos de fray Jerónimo, haremos juntos nuestra entrada en la cárcel, visitaremos á los enfermos pobres, y dejaremos para lo último el calabozo en que yace la desdichada Elena.

—¿Y luego?

—Ya en él, la cosa es bien sencilla; la novia de Gustavo se vestirá con el hábito que vos lleveis; se plantará vuestra postiza barba, y saldrá conmigo á la calle.

—¿Y yo me quedaré en su lugar en la mazmorra?

—Precisamente.

—Por Dios vivo, que ya me parece el negocio más peliagudo de lo que pensaba.

—¿Os arrepentís de vuestro ofrecimiento, Guillen?

—En modo alguno, señor doctor.

—...¿Entonces?...

—Ningun inconveniente tengo en llevar á cabo cuanto acabais de indicar, á trueque de servir á mi amo; pero encuentro que no ha de salir el negocio tan bien como creemos.

—¿Por culpa vuestra, quizás?

—Por culpa de los carceleros encargados de la custodia de los reclusos: en cuanto descubran el enredo en que los hemos metido, en cuanto se aperciban de la fuga de Elena, darán parte al Adelantado, y...

—No la darán ¡voto á Cristo! ¿Creeis, señor Guillen que los esbirros de la cárcel sean tan tontos, que vayan á evidenciar una falta cometida por ellos mismos?

—¿Por ellos, decís?

—Pues es claro; ¿en qué consiste su deber?

—En el ejercicio de una gran vigilancia sobre los individuos confiados á su custodia.

—Exactamente: de suerte que quien no sabe evitar la fuga de uno de ellos, se hace reo de un delito grave, el cual don Pedro castigará con mano dura.

—Ya veo más claro, señor doctor; pero desearia que prácticamente desenvolvierais vuestras indicaciones.

—Harélo con sumo gusto; fijaos Gillen en lo quo os digo, y no olvideis la más insignificante de mis palabras.

—Muy bien, señor Sandoval.

—Elena, disfrazada con el hábito que vos lleveis, huirá de la prision en mi compañía.

—Magnífico; y yo me quedaré en su lugar envuelto en el capisayo que usa la jóven. ¡A fé mia que voy á estar precioso!

—Dejaos ahora de rendir culto á la vanidad, y vamos á lo que importa.

—Seguid, seguid.

—Ya vuestra persona en el calabozo, tiene necesariamente que quedar expuesta á las consecuencias de la temeridad realizada.

—Me descubrirán los carceleros, y entonces...

—Llenos de espanto, de miedo singular y de satánica colera, pretenderán ir á notificar á don Pedro lo ocurrido.

—Es claro.

—Es turbio digo yo, porque vuestra sangre fria, evitará que den los esbirros este paso.

—¿De qué manera?

—Con el mayor aplomo, direis á vuestros guardianes lo siguiente:

Ya comprendereis, señores, que al venir yo en lugar de esa jóven desdichada, al favorecer su fuga, me he jugado la cabeza.

—Lo cual, repito, que hago con gusto por servir á mi amo.

—El os lo agradecerá mucho, Guillen.

Direis á vuestros carceleros aquellas palabras, y añadireis las que siguen:

Poco me importa perder la vida, despues de haber salvado á una niña inocente; de modo que usarcedes pueden comunicar al señor Adelantado cuanto acabo de hacer; mas antes procuren mirar por sus pescuezos, pues ellos sufrirán como el mio, el rigor del hacha del verdugo.

Don Pedro de Alvarado, es hombre que no perdona nunca la deslealtad; al huir Elena de la cárcel, creerá que usarcedes le han facilitado la fuga; y aunque no lo crea, habrá por lo menos de castigar con dureza á aquellos guardianes, que no saben velar con celo á los indivíduos confiados á su custodia.

—¿Eso habré de decir á los encargados de la cárcel, señor doctor?

—Eso precisamente; y como todos ellos son gente asaz medrosa, y ante la sola enunciacion del nombre de don Pedro tiemblan como azogados, ya comprendereis, que no han de exponerse á perder la pelleja, por revelar al Adelantado lo que hiciérades vos.

—¿De forma que no darán parte de la evasion de Elena, ni de haberme encontrado á mí en su lugar?

—Si obrais, Guillen, como os digo, estad seguro de que los de la cárcel callarán como muertos; nadie tendrá noticia de la ocurrencia, y vos por vuestra parte, pedireis á dichos funcionarios que os dejen permanecer en la mazmorra, hasta que el tiempo se encargue de arreglarlo todo y de premiar dignamente á los defensores de la buena causa.

—Está muy bien, señor Sandoval: cumpliré al pié de la letra vuestras instrucciones.

—¿Os confirmais, Guillen, en no arrepentiros?

—Una y cien veces, señor doctor: cuando empeño mi palabra en cualquier negocio, ni me vuelvo atrás nunca, ni me importa un ardite perder el pescuezo.

—Sois valiente como nadie, amigo Guillen, y por esto me valgo de vuestro importante auxilio en este asunto intrincado.

—Repito que no tendreis queja de mí, señor Sandoval; pero me asalta un temor invencible.

—¿Cuál es este?

—Que os acarree un disgusto grave la directa intervencion que vos tomais en la causa de Elena.

—No os cureis de eso; porque yo, Guillen, juego como vos el todo por el todo.

—¡Si os sorprendiesen llevando á la jóven en vuestra compañía!

—Me batiria con cincuenta para salvarla; y si fuere vencido, sufriria resignado el rigor de la ley, á cambio de haber cumplido con mis deberes.

—¿De hombre caritativo?

—Y de médico que soy de Elena y de Gustavo: la ciencia aconseja que ambos jóvenes se unan en lazo indisoluble, sino han de perder la vida, y se casarán pese á quien pese.

—¡Válame Nuestra Señora del Amparo, y quiera sacarnos con felicidad en este dificilísimo asunto!

—Todo saldrá á pedir de boca, no lo dudeis Guillen.

En este diálogo discurrian ambos personajes, cuando acertaron á llegar á la casa de fray Jerónimo.

Llamaron, y apareció en la puerta un lego.

—¿Está su reverencia?—preguntó Sandoval.

—No, señor doctor: mi amadísimo padre ha salido hace rato.

—¿Y á donde ha ido fray Jerónimo á estas horas?

—¡Donosa pregunta me haceis! Señor Sandoval, por los cilicios de todos los penitentes, me atrevo á suponer que no sabeis lo que pasa.

—¡Qué es ello!

—¡Válame Dios! Pues qué; ¿siendo vuesaseñoría el médico de su excelencia don Pedro de Alvarado, ignora que ha sido herido mortalmente?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—¿Cómo?

—Que ni yo soy en la actualidad médico de semejante señor, ni creo que su herida sea de peligro.

—¡Válgame mi seráfico padre! ¿pero será verdad todo lo que estoy oyendo?

—Ahorremos preguntas ineficaces, padre Ramon, y entremos en la habitacion de fray Jerónimo, que

no es cosa de estar aquí departiendo al aire libre.

—Pasen, pasen vuesasseñorias: estoy tan aturdido, que me habia olvidado de rendirles la cortesía que se merecen.

Sandoval y Guillen penetraron en el interior, hallándose poco despues en la celda de fray Jerónimo.

El padre Ramon quedóse en la puerta de la misma.

Ocultó sus manos en las amplias mangas de su hábito, cubrió su cráneo con el ancha capucha del mismo, y permaneció breves instantes mirando á Sandoval con cierto temor.

El médico, que sentado cerca de Guillen, hallábase silencioso y meditabundo, salió de su abstraccion diciendo al monje:

—¿Parece, hermano, que sentís por mí cierta compasion?

—¿Yo?...

—Las miradas que me dirigís en este instante...

—Señor doctor, ¿á qué ocultarlo? como os quiero tan profundamente, como conozco el carácter de don Pedro...

—¿Qué?

—Lamento con toda mi alma el que no os halleis á su lado en estos instantes.

—Padre Ramon: una y cien veces creo haberos manifestado, que he sido destituido de mi empleo.

—Sin embargo...

—El que hace el primer desprecio al doctor Sandoval, no encuentra nunca ocasion de hacerle el segun-

de: el General de las fuerzas españolas me ha lanzado lejos de él y...

—Esto no obstante, la religion nos aconseja que perdonemos á nuestros prójimos, y yo me permito recordaros este sublime precepto.

—¡Voto á las calzas de Avicena! ¿os habeis empeñado, frailuco ruin, en enderezar un sermon que no os he pedido?

—Perdonadme, más yo creia...

—Sabed que en las cuestiones de honor, no tengo otro juez, ni otro sacerdote, que mi propia conciencia.

—Los deberes que me impone el hábito que visto...

—Os obligan ciertamente á dar saludables consejos á aquellos que se separan del buen camino...

—Por eso ahora, con vos...

—Pretendeis que me haga solidario de una de las más viles pasiones; la adulacion. ¿Qué significa, padre, esto de aconsejar á un caballero que vaya á rendir homenaje al orgulloso don Pedro de Alvarado?

—¡Yo!

—¿Vos me estais diciendo, que vaya á postrarme á sus plantas, cuando no ignorais las bellaquerías que acaba de cometer conmigo.

—Señor doctor...

—Padre Ramon: ¿tanta influencia tienen las pasiones mundanas en el corazon del hombre, que hasta llegan á un religioso?

—No os comprendo.

—Quiero decirós, sino os causa rubor el proponerme que vaya á curar á don Pedro, ó á lisonjearle me-

jor dicho, en virtud de la diferencia de categoría que nos separa.

—¡Oh! Lejos de mí, señor Sandoval, el abrigar tales intenciones.

—Pues no se deducen otras de las frases que acabais de emitir.

—El respeto que el señor Adelantado me inspira, el cariño que por vos siento...

—No pueden en ningun caso exigiros que aconsejeis al más débil, lo que no quisierais para el más fuerte.

Bajó el monje la cabeza y no supo qué contestar.

Sandoval habíale cogido entre sus redes.

Iba el doctor á continuar su discurso, cuando sacudieron la puerta de la casa con un fuerte aldabonazo.

El padre Ramon descendió hasta aquella, y abrióla de seguida.

Poco despues aparecióse ante Sandoval y Guillén el reverendo fray Jerónimo de Viscasillas, á quien los dos personajes esperaban con singular impaciencia.

CAPITULO LXX

Por la salvacion del alma.

Sudoso, jadeante, y sin alientos, venia el prior de los franciscanos.

Lo primero que hizo al entrar en su celda, fué dejarse caer en un sillon.

Con vez apagada, como si hubiese mantenido una gran lucha, pidió fray Jerónimo á su hermano le diese un poco de agua.

Sirviósela de seguida el padre Ramon, y Viscasillas bebió con suma avidez gran cantidad de ella.

Durante esta práctica, ni Sandoval ni su amigo, atreviéronse á desplegar los labios.

Lo primero que Guillén pensó al ver la exaltacion de fray Jerónimo, fué si don Pedro habria muerto.

No así Sandoval, quien con frialdad estóica, esperó

á que el prior se serenase para conocer punto por punto lo que le ocurriera.

Viscasillas logró ir tranquilizándose poco á poco, y cuando ya lo estuvo totalmente, exclamó, echándose las manos á la cabeza:

—¡Dios nos socorra, porque yo no sé lo que vá á pasar aquí!

—Su excelencia...

—Se halla herido gravemente; ahora mismo acabo de oir su confesion. ¡Un héroe, un bravo: quién habia de creerlo!

Y diciendo estas frases, Viscasillas echóse á llorar lo mismo que un niño.

Poco despues, veíase el monje acometido de un violento acceso nervioso.

El doctor Sandoval sacó de su bolsa un pequeño estuche, é hizo aspirar al franciscano cierto líquido encerrado en un bote.

A los pocos momentos recobró el cogulla toda la integridad de su ánimo.

Así que Viscasillas se hubo repuesto completamente, Sandoval con acento en extremo afable, exclamó:

—Vamos, vamos padre mio, es preciso tener valor para los grandes trances, y el de ahora...

—Señor Sandoval, don Pedro se halla en gravísimo estado.

—Quizás os equivoqueis.

—Es muy difícil: he asistido á muchos enfermos, y no suelo engañarme en mis pronósticos.

—Sin embargo, en esto de observaciones quirúrgicas, es preciso andar con piés de plomo.

—¡Oh! Si hubiéseis visto, señor doctor á su excelencia... ¿pero qué digo? habríais hecho muy mal.

—¿Por qué razon, fray Jerónimo?

—Porque al indicarle la conveniencia de que se os avisara...

—¿Qué ha dicho?

—Que no hicieran tal: pues que aborrece á todos los galenos del mundo y muy especialmente... á vuestra persona.

—No tenga cuidado ese mónstruo de que vaya á reclamarle su afecto.

—¡Oh! No le trateis así, señor Sandoval; dejad la pasion á un lado y ved...

—¿Qué es lo que de ver tengo?

—Que su excelencia ha sido vilmente atacado por un asesino...

—Mentira, ¡vive Dios!

—¿Os atreveis á negar que Elena, la infame india á quien Gustavo adora, es la que ha realizado el crímen?

—¡Rayos y truenos! ¿Sabeis lo que estais hablando, fray Jerónimo?

—Lo que la justicia afirma, señor doctor: cerca de la casa del cacique se ha encontrado á don Pedro malferido y á Elena á su lado, que acababa de arrojar al suelo el arma homicida.

—¡Oh! ¡Villana y miserable calumnia!

—Elena ha sido sorprendida en flagrante delito y conducida á la cárcel. ¿Y sabeis, señor doctor, cuál ha

sido la respuesta de don Pedro, al preguntarle los jueces qué deseaba se hiciera á esa jóven?

—Veamoslo.

—Pues tan alta ha rayado su hidalguía, que les ha respondido: «Tenedos: no hagais nada con esa criminal, hasta que yo me cure: hasta que pueda indagar por mí propio, las causas que le impulsaron á cometer el crímen.»

—¡Ah, miserable bellaco!

—¡Señor Sandoval!

—Esas palabras y otras no ménos duras, merece el Adelantado de mar y tierra.

—¡Qué!

—Fray Jerónimo, don Pedro de Alvarado, miente como un felon.

—¿Qué es lo que decís?

—Que nada de lo que se cuenta es verdad.

—¿Será posible?

—Bajo la fé de mi palabra, os referiré lo que ocurriera, si jurais no descubrirme.

—Lo juro por mi honra de sacerdote,—exclamó fray Jorónimo.

Sandoval avanzó hasta la puerta del cuarto, cerróla, y volviendo luego al lado de Viscasillas, preguntóle:

—¿No os extraña, fray Jerónimo, que dada la irascibilidad de carácter de don Pedro, no haya ordenado éste, que se imponga un inmediato y duro castigo á Elena?

—Cierto que sí.

—¿No advertís en su vacilacion, algo de nebuloso y oscuro?

—En efecto.

—¿Y no se os ocurre, que hay en esta conducta algo grave, que mueve á don Pedro á detener el brazo de la ley?

—¿Cómo: qué decís?

—Señor Viscasillas, Elena, la desdichada Elena, es incapaz de hacer daño á nadie; el autor de la herida de don Pedro...

—¿Quién es, quién es?

—Don Luis de Valenzuela.

—¡Jesucristo!

—No os espantéis, porque el Ballestero Mayor de Castilla, es incapaz de cometer un crimen.

—¿Entonces, cómo ha herido á su jefe?

—¡En duelo y con nobleza!

—¡En duelo!

—No de otra suerte puede vengar un caballero sus agravios.

—Pero , ¿cómo ha podido ocurrir esta desdicha?

—Oid y juzgad:

—Al volver Valenzuela á su casa, despues de largos dias de ausencia, tropezó con don Pedro que de ella salia.

—¿Qué me contais?

—Celoso de su mujer el Ballestero, pidió á Alvarado cuentas de aquella visita, hecha á su hogar durante la noche y hallándose fuera de la casa el esposo de Violeta y su padre.

Don Pedro entonces, negóse á dar respuesta á don Luis.

—Hizo muy mal su excelencia, siendo así que los motivos que le impulsaron á visitar la casa de Valenzuela, fueron seguramente...

—No me interrumpais, fray Jerónimo, si deseais saber lo ocurrido.

—Continuad, señor doctor.

—Negóse el Adelantado á responder al Ballestero, segun llevo dicho, y éste perdió la calma, como es natural.

—¿Y vinieron los dos caudillos á las manos?

—Es don Luis de Valenzuela demasiado prudente, para tomar una medida así, sin causa justificada.

—¿Don Pedro, quizás?....

—Con el satánico orgullo que le distingue, respondió al Ballestero:

—Dejaos de reclamaciones que nada me importan, y abrid franco paso.

—No haré tal,—repuso don Luis,—sin que antes me deis cumplidas explicaciones.

—¿Insistís, señor Valenzuela, en vuestra terquedad?

—Una y cien veces.

—Pues ¡voto á brios!—gritó don Pedro,—que lo que no se me otorga de grado, lo conquistaré por la fuerza.

Y diciendo estas frases, manchó el rostro de don Luis con una terrible bofetada.

—¡Jesús me asista!—exclamó el prior, llevándose las manos á la cabeza.

—Ya veis, fray Jerónimo, si la cosa es grave; ¿os parece ahora, que don Pedro de Alvarado es digno de compasion?

—¡Oh! Por mi vida que obró como vil, al ofender á un hidalgo del temple de Valenzuela. Continuad, continuad, señor doctor.

—Despues, lo de siempre: dos hombres que se baten con brío: el chocar furioso de los aceros: las imprecaciones de una y otra parte; y un cuerpo que cae en tierra: el del invencible Adelantado de Guatemala, rendido en esta ocasion á los piés de un subordinado suyo.

—¡Glorioso vencimiento fué el conquistado por el Ballestero Mayor de Castilla!

—El más grande á que pudiera aspirar; por esto, fray Jerónimo, el *ilustre herido*, se dejaria hacer pedazos antes que confesar su derrota.

—Sin embargo: declarar culpable á la inocente Elena de un crímen...

—A eso voy precisamente; pero antes dejadme, señor Viscasillas, concluir mi narracion.

Cayó don Pedro en tierra, herido de una certera estocada, y le abandonó su rival don Luis.

Pero antes, el Ballestero, tuvo sangre fria para ceñir á don Pedro su propia espada, diciendo:

—Te la devuelvo, para que veas que soy más caballero que tú.

—¿Pero Elena, cómo ha venido á ser parte en este suceso trágico?

—Muy sencillo: cuando Valenzuela húbose reti-

rado á su casa, quedó don Pedro sólo en la calle.

Entonces la jóven, que volvia á su hogar, despues de rendir su acostumbrado rezo ante la Santa Cruz, acertó á encontrarse con el Adelantado.

Llena de sorpresa, aproximóse á él para *catarle las feridas*, y en esta operacion se encontraba la jóven, cuando llegó al lugar del siniestro la ronda de don Sancho.

Ver á Elena al lado de don Pedro y prenderla los de la ronda enseguida, fué obra de un instante.

En vano intentó la jóven demostrar su inculpabilidad: pues en tanto sollozaba y gemia, acertó uno de los alguaciles á encontrar un puñal en el suelo.

—Hé aquí el arma homicida,—gritó el corchete con gran brío.

—Ahora sí, no cabe duda,—repuso con aire de triunfo don Sancho,—de que esta mujer, esta infame, es la autora del crímen realizado en su excelencia.

Y al mismo tiempo que esto decia, llevábanse á la desdichada Elena á una prision.

La jóven no pudo añadir una sóla palabra más, porque habia sido acometida de un síncope.

En cuanto á don Pedro, lejos de dolerse de la desgracia de la india, gritó con la fuerza que le permitia su estado:

—¡Encerrad á esa jóven, sí; es merecedora de un castigo fuerte!

Luego lleváronse á su excelencia á su casa, y hé aquí la verdad de todo lo ocurrido.

. . . . . .

Así que Sandoval hubo terminado su relato, el bueno de fray Jerónimo comenzó á hacerse cruces.

La sorpresa y el estupor, retratábanse claramente en el rostro del monje.

Jamás se vió asombro semejante al del cegulla.

Sin esperar á que se explicára, Sandoval preguntó á fray Jerónimo:

—¿Qué tal, qué tal os ha aparecido el lance, padre mio?

—Que si sucedió así, no puede darse mayor infamia que la cometida con Elena; pero me asalta una duda.

—Explicaos.

—Si ella no fué autora del supuesto crímen, ¿á quién pertenecia el puñal que los de la ronda encontraron cerca de don Pedro?

—A don Pedro mismo.

—¿Será posible?

—Tanto, que al salir su excelencia de casa de Tixplan, llevaba el arma aludida en sus manos, y al ver á Valenzuela dejóla caer con gran disimulo.

—¿Y qué objeto llevaria el señor Adelantado al presentarse así?

—Señor Viscasillas, esto es lo que ignoro completamente: á fuer de narrador fidelísimo, me concreto á contar lo que sé.

—¿De modo pesia tal, que todo ha sido una farsa, en la que se halla envuelta la novia de Gustavo?

—Así es.

—¿De suerte que la más infame de las calumnias, viene á caer sobre el alma pura de un ángel?

—Cierto, ciertísimo.

—¿Y no sabe el Adelantado de Guatemala que Dios, que vigila todos los actos de los hombres, puede enviarle un terrible castigo por su menguada accion?

—Así me gusta oiros hablar, fray Jerónimo.

—Mi deber se cifra en estar al lado de la virtud.

—Recojo vuestras palabras, padre mio, y espero que las lleveis á un terreno práctico.

—¿De qué modo?

—Ayudándonos á Guillen y á mí, en la empresa de sacar á Elena de sus prisiones.

—Ved que esto es muy grave.

—¿Os arrepentís de lo dicho, fray Jerónimo?

—No, pero...

—Ya sabia yo,—exclamó con tono sentencioso Sandoval,—que una cosa es ayudar al fuerte, y otra ponerse al lado de los que sufren.

—Señor doctor, uno de mis deberes en la tierra estriba en consolar al triste; pero la subordinacion...

—¿La subordinacion al diablo?

—¿Cómo? ¡Jesús me valga!

—¡La obediencia á Satanás, que aquí representa don Pedro, os causa más interés que las desdichas de un ángel como Elena!

—¡Oh! Callad, callad.

—Sí haré; pero antes, fray Jerónimo, oid. Si el cielo fuese servido de enviaros la muerte en este instante, ¿podríais obtener la salvacion, cuando vuestra ánima pecadora se niega á amparar á la inocencia por no disgustar al criminal?

—¡Oh!

—¿Qué decís?

El religioso incorporóse, y repuso con gran brío:

—¡La inocencia, la inocencia: amparémosla, que todo lo demás importa bien poco!

CAPITULO LXXI

La prueba monacal.

Al oir Sandoval la declaracion de fray Jerónimo, tendióle los brazos, diciendo:

—Ya sabia yo, que no podia esperar otra cosa de un corazon tan hermoso como el vuestro.

—Decidme en qué puedo serviros, señor doctor.

—Muy poco teneis que hacer, padre Viscasillas.

—¿Muy poco?

—Ni más ni ménos que facilitarnos un hábito de vuestra órden, y permitir que mi amigo Guillen se ponga en vuestro lugar por algunos instantes.

—No entiendo este embolismo.

—Pues yo os lo explicaré punto por punto.

Sandoval reveló al franciscano todos los proyectos que tenia para sacar á Elena de su prision, valiéndose del disfraz de Guillen.

No pudo ménos fray Jerónimo de celebrar el ingénio de su amigo.

Y así que éste húbole hecho su confidencia, Viscasillas exclamó:

—¿De suerte que el señor Guillen vá á convertirse en mi propia persona?

—Voy á tener ese honor,—contestó el aludido.

—¿Y sabeis llevar bien el hábito?

—Dadme uno de los vuestros en este instante, y vereis, padre del alma si lo hago bien ó mal.

Viscasillas puso cara de vinagre, y dijo á Guillen y al doctor:

—Muy duro me es, señores mios, que las santas vestiduras de mi Seráfico Padre anden metidas en mundanas empresas; pero en fin, á trueque de salvar á un inocente, todo sea por Dios. Hermano Ramon.

—¿Qué manda su paternidad?

—Que traigais al punto uno de mis hábitos: en la inteligencia de que ni á vuestra camisa habeis de confiar cuanto hacemos aquí.

—Descuide vuestra reverencia, que soy un arca cerrada.

Salió de la estancia el padre Ramon, y volvió á poco, trayendo los hábitos de fray Jerónimo.

—Vamos á ver,—exclamó el cogulla,—si como decís, son tan acabadas, señor Guillen, vuestras facultades de imitacion.

—Creo que no tendreis queja,—respondió el aludido, al par que se ponia los hábitos en un abrir y cerrar de ojos.

—En efecto,—exclamó Viscasillas, así que Guillen se hubo vestido,—todo favorece la ficcion; vuestra estatura, el modo de andar... ¿verdad, señor doctor, que parezco yo mismo en persona?

—Ya lo créo: no le faltan á Guillen sino las barbas; pero mi compañero el bachiller Pantoja se encargará de hacer unas.

—¿Con qué materiales?

—Con lo que todas se fabrican: con cabello de cadáveres. Por fortuna tengo algunas cabezas en mi gabinete anatómico.

—¡Ay, qué asco!

—Para vuesamercé, señor prior; mas no para los que están acostumbrados á manejar tales utensilios.

En esto, Guillen comenzó á imitar á fray Jerónimo, haciendo como que predicaba.

Al oirle, estuvo el prior á punto de reventar de risa. Igual suerte cúpele al padre Ramon, quien se apretaba el estómago para evitar un siniestro.

Sandoval, por su parte, hallábase henchido de gozo ante las habilidades de su confidente.

Lo que habia empezado en duelo y tristeza, tornábase en alegría y placer.

—¡Magnífico, señor Guillen del alma!—exclamó ébrio de satisfaccion fray Jerónimo.

—Ya ve vuestra paternidad,—respondió el escudero, que no me duelen prendas cuando se trata de realizar cualquier oficio.

—Un temor me asalta:—repuso el monje,—si Elena no supiese desempeñar su papel...

—¿Las mujeres? Vos no sabeis, señor Viscasillas, de lo que son capaces las hijas de Eva.

—Ni lo pretendo.

—Cuando ellas quieren...

—¡Fúgite!

—Con un mimo, una carantoña y un ósculo.

—Abrenuncio.

—Son capaces de ablandar á la misma piedra berroqueña.

—Laus Deo.

Además, en la oscuridad de la noche, pueden hacerse grandes fingimientos, sin temor á que sobrevengan consecuencias fatales.

—El cielo lo quiera así, señor doctor; de todas suertes cuantos intervenimos en este negocio, nos hemos jugado la cabeza.

—Eso es verdad; pero poco debe importarnos.

—Sirvamos al cielo, que lo demás nada significa.

—¿De modo, señor Viscasillas, que vos estais dispuesto á coronar esta obra admirable, dando la bendicion nupcial á Elena y á Gustavo?

—En cuanto usarcedes lo dispongan.

—Ya señalará dia para ello el señor Valenzuela.

—Sí; porque lo primero que hay que conseguir es que el jóven parezca.

—Ha parecido ya.

—¿Qué me decís?

—Señor Viscasillas; Gustavo de Alvarado se halla hace algunas horas en casa del cacique Tixpian, al lado de su amada.

—¿Será posible?

—Como que yo mismo le he acompañado al hogar de su novia.

—¿Sabeis, señor Sandoval, que estoy admirado de vuestra generosidad y buen corazon?

—No dicen todos lo mismo.

—Pues apostaria cualquier cosa á que el ilustre herido, daria un ojo de la cara porque le asistiéseis; pero su orgullo...

—No puedo acercarme al lado de don Pedro; estoy despojado de mi investidura.

—¿Y si yo os hiciese un ruego, señor doctor?

—Veamos cual es.

—Que vieseis un instante á su excelencia...

—¡Nunca, nunca!

—Cuando yo salí de palacio, comenzaba á gustar un sueño tranquilo y reparador.

—¿Y bien?

—Que hallándose dormido el Adelantado, podriais examinar su herida sin que él lo advirtiera.

—¿Y si está despierto?

—Entonces no hay nada de lo dicho. Ya veis como procuro conciliar las justas exigencias de vuestro amor propio, con el ejecicio de la caridad.

—Fray Jerónimo, lo que me pedís es imposible: las leyes de la delicadeza, no permiten á un hombre de honor hacer ciertas cosas.

—Ved que Dios nos aconseja que perdonemos á nuestros enemigos.

—Sin embargo...

—En nombre del Señor, yo os suplico, ilustre doctor Sandoval, que accedais á mis indicaciones.

—Pero...

—Recordad lo que me dijisteis ha poco: ayudadme, padre, á salvar á Elena, haciéndolo *por la salvacion del alma*; pues bien, por vuestra eterna gloria, prestad un momento á don Pedro de Alvarado los auxilios valiosos de vuestro profundo saber.

—Basta; haré lo que me ordenais, fray Jerónimo, —contestó con tonos templados Sandoval.

—Gracias, gracias, amigo mio.

—Iré á ver á don Pedro en este instante; pero por los cuernos de Lucifer que si me agravia...

—Sufrireis con resignacion el insulto: eso es lo que debe hacer un cristiano...

—Todo sea por el Señor. Padre Viscasillas, no hay en el mundo una palabra que arrastre y seduzca tanto como la vuestra.

—Os engañais, amigo mio; aquí lo que vale es vuestro corazon, la nobleza admirable de vuestros sentimientos.

Terminado éste diálogo, Sandoval dirigióse á Guillen, y díjole:

—Coged, compañero, esos hábitos: id á casa, y esperadme allí.

Obedeció Guillen la órden, y despues de saludar á todos, salió de la estancia aquella.

Sandoval, entonces, exclamó:

—Voy en este instante á ver al herido, padre Jerónimo.

—Sí, y que el cielo premie vuestra accion meritoria.

El franciscano hizo sobre el médico la señal de la cruz.

Sandoval salió de aquel sitio y encaminóse al palacio del Adelantado de Guatemala.

No tardó mucho en llegar.

Con aire de seguridad suma, penetró en el vestíbulo, ganó la escalera del alcázar, y encontróse despues en un ámplia habitacion.

En ella estaban reunidos todos los individuos que componian el estado mayor del Adelantado.

Al ver al exonerado doctor, no pudieron ménos de experimentar grata sorpresa.

—Sois un caballero,—exclamó Usagre, tendiendole la diestra.

—Don Pedro...

—En este instante descansa; pero todos aquí estábamos desconcertados, porque nos hacian falta vuestros conocimientos valiosos.

—Vamos á ver al herido.

Dos pajes con luces en la mano pusiéronse delante del doctor, y todos los capitanes siguieron en pos de éste.

Bien pronto arribaron á la estancia en que yacía don Pedro.

Al lado del mismo estaba el doctor Iñiguez, que asistia á su excelencia en union de dos religiosos.

Al ver á Sandoval, abrieron los ojos desmesuradamente.

Mandó el doctor que descubriesen el pecho del he-

rido.

Haciéndolo así, sin que don Pedro lo advirtiera, pues la debilidad le tenia aletargado.

Al ver Sandoval la herida de su jefe, exclamó:

—No hay peligro: es un rasguño, y una fuerte contusion.

—¡Cómo!

—Lo que oyendo estais: oid, señor Iniguez, lo que quiero deciros.

Sandoval habló en voz baja con su compañero.

Iñiguez salió de la estancia, y volvió despues á ella, trayendo un emplasto de amarillento color, y vendas ó hilas.

Con habilidad extraordinaria aplicó Sandoval al herido aquella medicina, y le vendó luego magistralmente.

Todos salieron de la alcoba aquella, quedándose con el Adelantado, sus primitivos acompañantes.

Sandoval, permaneció algunos instantes al lado de sus compañeros del estado mayor.

Estos se desbicieron en preguntas, respecto á las causas por las cuales habia sido destituido.

Guardó la mayor prudencia Sandoval en sus explicaciones, sin dirigir la menor censura á la conducta de su jefe.

En este diálogo discurrian, cuando oyeron un suspiro que se escapó de los labios del Adelantado.

Luego surgió la voz de este, que con gran entereza decia:

—Por Dios vivo; que me encuentro mucho mejor.

Un vitor de los generales, dedicado al médico, fué la respuesta dada á Alvarado.

La voz de don Pedro fué haciéndose más clara y perceptible.

Luego preguntó á Iñiguez:

—Amigo mio: ¿esta curacion repentina, es obra de encatamiento ó qué?

—No señor, es obra de un sabio:

—Al punto queda nombrado médico de cámara: su nombre, quiero saber su nombre.

—Se llama... el doctor Sandoval.

—¡Sandoval! pues siendo así, derogo el nombramiento.

—Señor...

—Paguen su cuenta ese á Esculapio y váyase á curar á otros.

El doctor presa de indignacion legítima, puso se en pié y repuso:

—Ya lo ois, señores generales; aquí la gratitud es letra muerta; pero dejo á vuestra consideracion el juzgar los actos de cada cual.

Y salió del palacio de su excelencia, con las lágrimas en los ojos, y la cólera del odio en el alma.

CAPÍTULO LXXII

La inocencia en libertad.

Habia llegado la noche.

La hermosa capital indígena, ocupada por los conquistadores españoles, recogia á sus hijos en el silencio y el descanso.

Tambien los ilustres guerreros de Iberia, entregabanse al reposo, despues de las cruentas tareas del día.

Solo varios castellanos velaban.

Eran estos, el doctor Sandoval, el inclito Pantoja, y el no ménos famoso Guillen.

Valenzuela por su parte, paseabase en su casa á lo largo de sus habitaciones, como meditando algun grave suceso.

En esta taréa acompañabale su buen amigo Gustavo de Alvarado.

Ambos departian, en voz muy baja, y se detenian de cuando en cuando.

Dejémoslos entregados á su conversacion, para seguir á dos importantes personajes.

Caminaban estos pausadamente, y por las trazas parecian dirigirse al hospital de Santa María.

Si, impulsados por la curiosidad, hubiésemos salido al encuentro de ambos hidalgos, habriamos reconocido al famoso médico Sandoval.

Religioso nos hubiese parecido el segundo, por los hábitos que vestia, y decimos por los hábitos, porque solo esto tenia de monge aquel individuo, que no era otro que el escudero Guillen.

Comparado el aspecto exterior de fray Jeronimo de Viscasillas con el del lacayo aquel, veíase extraordinario parecido entre uno y otro.

Pantoja y Sandoval habíanse dado tan buenas mañas para desfigurar á Guillen, que no le hubiere conocido ni la madre quo le parió.

A su véz el ingenioso escudero, puso en juego todas sus habilidades para imitar perfectamente á su homónimo.

De suerte, que todo parecia inclinarse del lado de la infeliz Elena, para obtener su salvacion.

Caminaban, como hemos dicho, Sandoval y Guillen, apoyado el uno en el brazo del otro, cuando sin contratiempo de ninguna clase, acertaron á llegar á espaldas del hospital de Santa María.

En aquella parte del edificio, estaba el lugar destinado á los presos, á quienes aquejaba alguna dolencia.

Apenas arribaron nuestros personages á aquel lugar, llamó Sandoval á la puerta, la cual abrieron seguidamente.

—¡Ave María!—exclamó Guillen.

—Buenas noches,—dijo el doctor.

—Dios les guarde,—repuso en correcto castellano un indio.

No era extraño que el portero aquel se expresase así, porque venia figurando al lado de los españoles desde el comienzo de la conquista de Guatemala.

El, y otro colega suyo, que estaba como encargado de la custodia y asistencia de los presos, habian recibido muchas mercedes de los hijos de Iberia, y hasta renunciaron su ciudadanía por adoptar la nacionalidad española.

Más tarde fueron cristianados, poniéndoles por nombre Gabriel y Juan.

Pues como decíamos, cuando Sandoval y Guillen arribaron á aquel sitio, salió á abrirles, el primero de los dos citados indios.

Traia una linterna en la mano, y mostraba en su rostro marcado disgusto.

Bien pronto comprendió Sandoval lo que aquello significaba.

Gabriel era muy aficionado al juego, y pasaba jugando gran parte de la noche con su colega Juan.

Este, no le iba en zaga en tales aficiones.

De modo, que conocidos los gustos de ambos guardianes, no era difícil hacerles una jugarreta, cuando se hallaban entregados á su pasion.

Al ver Sandoval la impaciencia dibujada en el rostro de Gabriel, no pudo ménos de complacerse y le preguntó con tono afable:

—¿Estas enfermo?

—No, mi amo, —contestó el indio.

—¿Entonces?

—Es que...

—¡Ah! Vamos, comprendo; lo de siempre, el maldito vicio que os trae locos á todos.

—Ese pillo de Juan juega de mala fé, y...

—Y cuando él habla de tí, dice lo mismo.

—Juro á vuesamercé que yo...

—¡Eh! basta; dame esa luz, que voy á visitar á los presos en compañía de mi muy amado padre fray Jerónimo.

—Pero...

—Ahora no te necesito; anda á jugar, que no es razon que yo os robe las horas que destinais al recreo ó al descanso.

—Si mi amo no se ofendiese...

—No me ofendo; yo mismo te he concedido la autorizacion; sé lo que os domina ese vicio menguado y las dificultades que encontrais para vencerle.

—Pues con el permiso de su señoría, voy un momento á ver si le doy un disgusto á ese pillo de Juan.

—Anda con Dios, Gabriel.

El indio salió disparado como una flecha y metióse en un cuarto muy próximo á la puerta de entrada.

Sandoval tomó la linterna de manos del portero, y avanzó por una galería, acompañado de su amigo

Guillen. El doctor y el fingido fraile, visitaron tres ó cuatro celdas.

Todos los que las ocupaban hallábanse profundamente dormidos.

No quiso Sandoval despertar á ninguno de los ocupantes de aquellas habitaciones, pues dedujo por el sueño de todos, que habian mejorado notablemente.

Así, pues, hizo la visita en brevísimo término, y dirigióse á la celda que hacia el número cinco.

Aplicó á la cerradura de la misma una llave que llevaba, y penetró en el cuarto, seguido de Guillen.

—¡Elena!—exclamó Sandoval,—viendo á una jóven, que en actitud suplicante lloraba postrada de hinojos.

—¡Ah! ¡Doctor! ¡Cuán grande es mi desdicha!—repuso deshaciéndose en llanto la interpelada.

—Elena, no lo creais.

—¡Qué decís!

—Que vengo á salvaros.

Y al mismo tiempo que esto afirmaba, desligóse de sus hábitos el escudero, y quitóse las barbas que traia puestas.

—¡Guillen!—gritó Elena en un rapto de alegría.

—El mismo que viste y calza,—que viene á daros la libertad,—contestó el escudero.

—¿Pero cómo, Dios mio?

—Quedándome yo en vuestro lugar, y saliendo vos disfrazada con estos trebejos.

—¿Será posible?

—Ponéoslos en este instante, y salid con el se-

ñor doctor, imitando como yo á fray Jerónimo.

—No me costará gran trabajo; ¿pero cómo recompensar este beneficio?

—De eso no os ocupeis: aunque uno pierda la cabeza ya está pagada.

—¡Oh! dadme vuestras manos, amigos mios; quiero imprimir en ellas un ósculo de eterna gratitud.

—Dejaos de ósculos, que no podemos perder el tiempo.

Elena comenzó á ponerse los hábitos que habia dejado Guillèn, y Sandoval le colocó las postizas barbas.

Estando en esta operacion, preguntó la jóven al doctor con acénto por demás candoroso:

—¿Y á dónde ir, señor Sandoval?

—Al lado de vuestro amadísimo Gustavo, que ya os esperará con los brazos abiertos,—contestó el médico.

—¡Dios mio, la alegría vá á matarme!—repuso Elena, en tanto que acababa de vestirse el sayal.

Así que lo hubo verificado, preguntó á Guillen el doctor:

—¿Qué os parece este fraile, amigo mio?

—Qué... me lo *comeria* sin escrúpulos de conciencia.

—¡Bellaco!

—Teneis razon, señor doctor; pero está mi señora tan bella, que bien puede perdonar mi amo don Gustavo estos chicoleos. ¡Uf! ¡y lo que me gustan las hijas de Adan!

Elena rióse de la ocurrencia de Guillen, y ya disfrazada, dispúsose á salir de la mazmorra en compañía del doctor.

Mientras esto hacian, el escudero calóse el capisayo que habia dejado Elena en la celda, é introdújose en un lecho que veíase allí.

Luego despidióse de los fugitivos, diciendo:

—Adios, mis amos, y no dejen de rezar unos cuantos *Pater noster* por mi ánima.

—No tengais cuidado,—repuso el doctor,—que Dios nos favorecerá á todos.

Y esto diciendo, cerró por fuera la prision, dejando dentro de ella á Guillen.

—Serenidad y disimulo,—dijo el doctor á Elena, en tanto avanzaban por un largo pasillo, buscando la puerta de salida.

La jóven desempeñó su papel de fraile, con tanta ó más perfeccion que lo hiciera Guillen.

Marchando así, llegaron á la puerta del cuarto en que Gabriel y su amigo jugaban.

Al ver al doctor, salió el primero, y díjole:

—Voy á las mil maravillas.

—¿Has ganado mucho?

—En este instante estoy dando la gran paliza á Juan.

—Pues ábrenos la puerta y vuelve á tu tarea de seguida: la suerte suele escaparse de nuestras manos en un abrir y cerrar de ojos.

Tomó Gabriel la linterna de manos del doctor, y avanzó hasta la puerta, sin acertar á reconocer á Elena.

Así que húboles el indio dejado franco paso:

—Hasta mañana,—exclamó Sandoval.

—Dios guarde á vuestras mercedes,—contestó Gabriel.

El fingido fraile bendijo al portero ceremoniosamente, y poco despues, hallábase con su salvador en la calle.

—Apoyaos en mi brazo, y caminemos de prisa; no podemos perder el tiempo,—repuso el doctor.

Hizo Elena lo que su salvador le ordenara, y favorecidos por las sombras de la noche, cruzaron muchas calles y no pocas avenidas, sin encontrar á nadie.

Al fin divisó el médico la casa del cacique Tixplan, y lanzando un penoso suspiro, repuso:

—Ya está ahí; gracias al cielo que dimos con ella.

En efecto, á los pocos instantes, llegaban los fugitivos á la puerta del hogar del cacique.

Sandoval silbó muy suavemente, y el criado Tlaloc apareció en el umbral.

Entraron en la casa el doctor y Elena, y al propio tiempo que Tlaloc cerraba presuroso la puerta, dijo para sí:

—¡Sandoval con un monje y á estas horas! ¡qué será ello, Dios mio?

El médico preguntó al bondadoso indígena.

—¿Duerme don Luis de Valenzuela?

—No, señor; conferenciando se halla con don Gustavo: se conoce que mis amos tratan algun negocio grave.

Sin esperar más explicaciones subió el doctor la escalera de la casa, seguido de Elena.

Bien pronto hallóse en la presencia del Ballestero y de Gustavo.

El fingido fráile quedó en la puerta de la habitacion sin móverse.

—Doctor carísimo,—exclamó Valenzuela corriendo á abrazar á su amigo,—¿pero este monje?—añadió.

—Es un curioso.

—¿Un curioso decís?

—Que quiere conocer á Gustavo.

—¡Cosa más rara! Satisfaremos su curiosidad,—repuso el jóven,—pero antes decídme: ¿qué habeis hecho de vuestra palabra, señor doctor?

—Ese religioso os dará la respuesta.

La jóven desligóse de su capucha y arrancóse las barbas:

—¡Elena!—gritó el mancebo arrojándose en los brazos de su amor.

—¡Gustavo, Gustavo mio! Al fin vuelvo á verte,—contestó la jóven, colmando de besos la frente de su adorado.

—¡Oh! ¿Cómo pagaros, señor doctor este beneficio?

—Hablad de vuestra futura dicha, y dejaos de cumplimientos.

Cojidos del brazo los dos jóvenes, comenzaron á pasear á lo largo de la estancia.

Mientras ellos conversaban de amores, Valenzuela preguntó al médico:

—¿Pero cómo demonios habeis salvado á mi protegida?

Sandoval refirió al Ballestero punto por punto, cuanto hiciera hasta dejar á Guillen en el lugar de la jóven.

Así que hubo terminado, don Luis exclamó:

—Sois un héroe, amigo mio, sois un héroe.

—Cumplo con mi deber, y nada más; pero hablemos de lo que importa: ¿y don Pedro?

—Mejorando notablemente; hasta tal punto, que hoy mismo he recibido una carta de su puño y letra.

—¿En la cual os agravia de nuevo?

—En la cual se sirve ordenarme con lenguaje asaz, duro, que me presente enseguida en su alcázar, para tratar de un negocio que á él le interesa.

—¿Y qué le habeis contestado?

—Que puesto que él es el interesado en el asunto, es más lógico que venga á mi casa.

—Duro y á la cabeza, ¡voto á bríos! así me gustan los hombres, enérgicos templados y valientes.

—No estoy dispuesto á tolerar en lo sucesivo las groserías del Adelantado, aunque me vaya en ello la garganta.

—Desdichado de él si acertara á tocaros: sois, señor Valenzuela, el guardador de sus secretos, y...

—Alvarado no ignora que con hombres como el Ballestero de Castilla, no se juega impunemente.

En esto entró el criado Tlaloc, y puso un pliego en manos de Valenzuela diciendo:

—Para vuesamercé ha traido esta carta un soldado.

—La respuesta de don Pedro,—exclamó don Luis enterándose del contenido.

—¿Qué dice?—preguntó con ansiedad el doctor:

—Oid un instante.

Valenzuela leyó las siguientes palabras:

«En cuanto me lo permita el estado de mi salud, iré, señor Ballestero, á visitaros como deseais. Previamente os anunciaré mi visita.

»Supongo que cuando exigís al Adelantado de mar y tierra que vaya á vuestra casa, será para tratar de algun negocio de Estado.

»En su consecuencia, iré á veros *acompañado de toda mi corte, que no otra cosa merecen vuestra alta gerarquía, y la trascendencia que, sin duda, entraña vuestro propósito de que os rinda pleito homenaje,*

«DON PEDRO DE ALVARADO.»

—Se burla de mí ¡vive Dios!—exclamó el Ballestero montando en colera.—¡Oh! si yo pudiera devolverle la partida.

—Fácil es hacerlo,—repuso Sandoval.

—¿De qué manera, señor doctor?

—¿No dice su excelencia que vendrá á veros en compañía de sus subordinados, porque así debe exigirlo la solemnidad de algun acto preparado por vos?

—Ciertamente.

—Pues hagámosle ver que no se equivoca.

—¿De qué modo?

—Casando á Gustavo con Elena en el momento en que el Adelantado y los suyos se hallen aquí.

—Paso grave es el que me proponeis.

—¿No estan arregladas todas las formalidades que han de preceder á ese matrimonio?

—En efecto.

—Pues ¡qué diantre! ya no es cosa de que esos chicos esten sufriendo, cuando tanto han padecido en el mundo.

—Teneis razon docter Sandoval.

—¿De modo que aceptais mis indicaciones?

—Admito cuanto creais conveniente ordenarme.

—Pues no teneis que hacer otra cosa, que lo siguiente: el día en que don Pedro os anuncie su venida, nos llamais seguidamente á fray Jerónimo y á mí, que nosotros lo arreglaremos todo.

—¿Cómo pagaros tanta merced, mi buen doctor?—exclamó el Ballestero.

—Queriéndome como hasta aquí: ahora, cada mochuelo á su olivo.

—¡Oh! Gracias, gracias, nuestro amado señor Sandoval,—exclamaron á una, Elena y Gustavo.

—No teneis nada que agradecerme;—contestó el doctor,—mi lema es protejer al que sufre.

Y diciendo estas palabras, abandonó la casa de Tixplan, y encaminose luego á la suya.

CAPÍTULO LXXIII

La visita del caudillo.

Quince ó más dias iban ya trascurridos desde los sucesos anteriormente enarrados.

Don Pedro habia recobrado por completo la salud merced á su naturaleza vigorosa, y á la medicacion que le aplicaba Iñiguez, inspirado en las indicaciones de Sandoval.

Sólo una cosa preocupaba al Adelantado: la suerte que correria su hijo, cuyo paradero áun ignoraba.

Tampoco era conocedor don Pedro de la fuga de Elena, y de su sustitucion en la cárcel por Guillen.

El bribon del escudero, habia logrado que los empleados de la cárcel no revelasen nada á su excelencia.

Para esto, cumplió al pié de la letra Guillen las instrucciones que le habia dado Sandoval.

Al encontrarle los esbirros ocupando en la maniobra el lugar de Elena, díjoles con la mayor frescura:

—En vano será que me delaten; pues los primeros castigados serán sus señorías por su descuido al haber dejado escapar á la presa.

Dejenme aquí; no digan nada; nadie se enterará de lo ocurrido, y el dia del triunfo todos alcanzaremos el premio.

Los infelices guardianes, temerosos de que los sentenciaran al patíbulo, accedieron á las indicaciones de Guillen.

En su virtud, quedose el bribon en su compañía.

Dejemos á uno y otros en sus empeños, para ir en pos del Adelantado de Guatemala.

Habia llegado el momento, de que don Pedro hiciese su anunciada visita al Ballestero mayor don Luis de Valenzuela.

Al efecto, acompañado de su hermano Jorge, del historiador Bernal Díaz del Castillo, y de todos los miembros de su escolta, partió en cierta noche don Pedro, á casa del cacique Tixplan.

Un piquete de soldados marchaba al frente de todos ellos.

Cualquiera que hubiese visto aquella comitiva, habríala juzgado embajada de algun rey.

Aquella manifestacion aparatosa, habia sido dispuesta por don Pedro para escarnio de Valenzuela.

Por su parte don Luis, apenas supo que Alvarado

le iba á visitar, llamó á su casa á Sandoval y á fray Jerónimo, y les comunicó instrucciones, relacionadas con cierto asunto de que hablaremos luego.

Valenzuela adornó su casa lo mejor que pudo, para recibir dignamente al Adelantado.

Iluminó profusamente el ámplio salon en que le vimos conferenciar con Sandoval, y hasta colocó en él, una especie de trono destinado á don Pedro.

A la derecha de dicha sala, instaló el busto en piedra de don Pedro de Alvarado, rodeandole de laureles.

No podia darse mayor prueba de mansedumbre, veneracion y respeto, hácia el hombre que habia agraviado á don Luis.

En la parte izquierda del salon aludido, existia una gran puerta, que daba á una habitacion, consagrada en otro tiempo al adoratorio de los dioses falsos.

Valenzuela habia mandado que se cubriese con un amplia y espesa cortina.

¿Qué significaba aquél misterio?

Pronto tendremos ocasion de descifrarlo.

Así dispuestas las cosas, llegaron el Adelantado y los suyos, á la casa del cacique Tixplan.

Con gran ceremonia, fueron penetrando en la sala los soldados de la guardia de don Pedro.

En pós de estos, entraron tambien todos y cada uno de los individuos que formaban el estado mayor de su excelencia.

Detrás de ellos penetró en la estancia el Generalísimo de mar y tierra.

Lo primero que hizo el Ballestero al ver á su jefe, fué hincar ante él la rodilla.

—¡Alzad!—dijo el Adelantado con acento orgulloso, —esa postura no es propia sino de los viles, y vos...

—Tengo demostrado, que hago besar el polvo á quien me ofende,—contestó con acento enérgico Valenzuela.

Don Pedro mordióse los labios de cólera, y no supo que contestar.

Luego, pasando de la exaltacion á la ironía, dijo al Ballestero:

—Señor don Luis de Valenzuela, compláceme en extremo la disposicion en que se halla vuestra casa: tanto lujo, tantos adornos...

—Como que iba á honrarme su excelencia con su visita.

—Sí, pardiez, y como os negasteis á venir á verme, he querido yo trasladarme á vuestro hogar, acompañado de estos caballeros; es decir, con *toda solemnidad*.

—Ha hecho bien su excelencia; pues en toda ocasión debe ir unido con los que le ayudan á ganar laureles en estos reinos.

—¿Es una reticencia, vive Dios?

—Es la lealtad, que habla.

—Señor don Luis de Valenzuela, reportaos, ó haré con vos un castigo ejemplar.

—Señor don Pedro de Alvarado, recordad que os hallais en mi casa y que en ella no hay más jefe que yo.

Un rumor sordo escapóse de todos los labios.

El Adelantado haciendo un supremo esfuerzo, procuró serenarse.

Luego con palabra balbaciente, repuso:

—Concluyamos esta entrevista enojosa.

—Concluyámosla.

—Cuando os dirigí, señor Valenzuela, mi primera carta...

—Adivinó lo que me queríais preguntar: el paradero de Gustavo.

—¡Mi hijo, mi desnaturalizado hijo: eso precisamente!

—Pues nos hallamos lo mismo que ántes.

—¿Cómo?

—Que no sé donde se encuentra.

—¡Por Dios vivo, meditad, señor Ballestero, lo que haceis! ¡Mirad que tengo alientos suficientes para condenaros á la hoguera, y volved de vuestro engaño, voto á cien bombas!

—Lo dicho, dicho.

—¿Perristís en vuestra vil conducta?

—¡Miserable!

—¡Basta, bellaco ruin; ahora sabrás quien es don Pedro de Alvarado. ¡Hola! alguaciles; registrad en el momento la casa de este villano.

—¡Atrás, canalla!—rugió Valenzuela al par que sacaba su tizona.

—¡Adelante, adelante!—exclamó don Pedro.

—Venid, si, y os daré una leccion como la que recibió de mi espada vuestro jefe.

—¡Dios santo!—repusieron á una varios capitanes.

—¿Negais la verdad del hecho?—preguntó á Alvarado Valenzuela.

—Es exacto, pero ahora no tratamos de luchar, sino de obedecer.

—Si alguno osa avanzar, pasará por encima de mi cadáver: de otra suerte le será imposible.

—Bien está,—contestó don Pedro con su habitual sangre fría,—no se hará el registro; pero oye, Valenzuela, y tiembla.

—Hablad,—exclamó el Ballestero, envainando su espada.

Un silencio sepulcral, sucedió á estas frases.

Alvarado, con voz de trueno, exclamó:

—Yo sé que aquí se oculta mi hijo: ó me lo devuelves en este instante, ó la cabeza de Elena rodará en su prisión, á impulsos del hacha del verdugo.

—Hacedlo si os atreveis.

—Ahora lo verás ¡vive Cristo!

Don Pedro avanzó, pero se detuvo ante la aparicion inesperada de un hombre.

Era el alguacil don Sancho.

Venía temblaroso y pálido como un difunto.

—¿Se ha cumplido mi justicia?—preguntó al polizonte don Pedro.

—No señor,—contestó balbuceando éste.

—¿Qué es lo qué hablas, bellaco?

—Lo que su excelencia oye.

—Explicate, ó te deshago el corazon con mi daga.

—Elena...

—¿Qué?

—No ha podido ser castigada...

—¿Por qué miserable?

—Porque... se ha fugado de su prision.

—¡Jesucristo!—exclamó don Pedro llevándose las manos á la cabeza.

—En lugar de la jóven,—repuso don Sancho,—se ha encontrado á un vil...

—¡Oh! Yo muero; yo me ahogo,—exclamó el Adelantado de mar y tierra, dejando ver en su fáz la palidez de un cadáver.

—¿Señor, señor, os habeis puesto enfermo?—preguntaron á su jefe, rodeándole, varios de su escolta.

—¡Gustavo, hijo mio!—gritó don Pedro deshecho en llanto.

—¿Temeis por él, señor?

—¡Sí, sí: aquella carta suya!

—¿Cual, por vuestra vida?

—Gustavo me dijo: mientras viva Elena, para ella viviré: el dia en que estemos juntos, el beso de nuestra libertad será el último de nuestra existencia.

—¡Dios Santo!

—¡El suicidio! ¡oh! ¡no quiero creerlo: Gustavo y Elena se habrán dado la muerte ya!

—¡Serenaos don Pedro!—exclamó Usagre.—Hablad, señor Valenzuela, por vuestra honra.

—¡Yo os lo ruego, de rodillas!—exclamó Alvarado cayendo de hinojos ante el Ballestero.

—Alzad, repuso secamente este.

—No haré,—gritó don Pedro,—ántes mandaba como jefe: ahora suplico... como padre desconsolado.

—¿Respondereis á cuanto yo os diga?

—Exigidme, señor Valenzuela, cuanto querais.

El Ballestero, exclamó con voz conmovida.

—Señor general: ¿seguis aborreciendo aún al bastardo?

—¡Le amo con toda mi alma!

—¿De modo que le perdonariais viéndole?

—Todo cuanto creais oportuno; pero mi hijo, salvad á mi hijo.

—Quizás pueda hacerlo.

—Pedidme en cambio de su vida que bese vuestras plantas, y realizaré gustoso este acto de sumision.

—No exijo tanto; quiero solamente que confeseis aquí una cosa.

—Hablad pronto, por el cielo.

—Gustavo se encuentra sin proteccion, sin apellido.

—¡Oh!

—Yo puedo, en su consecuencia, adoptarle.

—Sí, sí.

—Nadie tendria derecho á oponerse á que yo le diera en matrimonio una joven honrada y digna.

—¿Qué quereis decirme señor Valenzuela!

—Don Pedro, ha llegado el instante de las grandes resoluciones.

—¿Persistis en vuestra tenacidad?

—A trueque de salvar á Gustavo, consentiré en todo, absolutamente en todo.

Decir esto don Pedro, y descorrer la cortina que velaba el adoratorio, fué obra de un minuto.

—¡Oh! ¡Gracias Dios mio!—gritó el Adelantado lleno de júbilo.—¡Gustavo, Elena, yo consiento; yo os doy mi bendicion! ¡Perdonadme, hijos de mi alma, perdonadme!

CAPÍTULO LXXIV

Tras de la tempestad, la calma.

¿Qué fué lo que viera don Pedro?

Al descorrer la cortina del adoratorio, apareció éste convertido en capilla cristiana.

Un altar cuajado de luces ofrecióse á la vista de todos.

A su pié, fray Gerónimo de Viscasillas daba la bendicion nupcial á Elena y á Gustavo de Alvarado.

Servian á los jóvenes de padrinos, el cacique Tixplan y su hija Violeta.

—Terminada que fué la ceremonia:

—¡Hijos, hijos mios, á mis brazos!—gritó don Pedro lleno de júbilo.

—¡Padre del alma!—exclamaron los recien casados abrazando al caudillo, que los llenó de caricias.

—¿Me perdonais, señor?—preguntó Gustavo al autor de sus dias.

—¿Qué es perdonar? ¡Bendita una y cien veces, la hora en que un hombre valeroso castigó mi altivez!

Señor Valenzuela, ¿me negais vuestros brazos?

—Con toda mi alma os los entrego,—contestó don Luis estrechando cariñosamente á su jefe.

—¡Estos son hombres! ¡Viva España!—gritó lleno de gozo el capitan Alonso Castrillo.

—¡Viva!—repusieron sus compañeros.

—Bien haceis, señores, en invocar el nombre de la patria,—repuso con acento viril Alvarado;—pues si nuestros aceros se cruzaron, cediendo á pasiones mal entendidas...

—Ya no volverán á desnudarse, sino para defender la honra del valiente pueblo español,—exclamó á su vez Valenzuela.

La reconciliacion de los dos caudillos fué muy celebrada por todos.

El cuadro de lucha y de sangrienta cólera que antes se desplegara, tornóse en fiesta y en placer.

Valenzuela entonces, exclamó dirigiéndose á su jefe:

—Señor, para coronar estas horas de expansion sublime, debo rendir un tributo á la justicia.

—¿Cuál, amigo mio?

—El de manifestar á su excelencia, que yo no soy autor directo de la felicidad de estos jóvenes.

—¿Qué me decís?

—Que existen tres caballeros, que han hecho en este caso mucho más que yo.

—Presto, quiero tener el gusto de abrazarlos.

Valenzuela entonces exclamó acercándose al adoratorio:

—¡Padre Viscasillas, señor Sandoval, venid aquí en este instante!

Los personajes aludidos, aparecieron cogidos del brazo ante aquel concurso.

Un vítor prolongado surgió de los labios de todos al verlos.

Don Pedro acercóse á ambos, y con fingido enojo preguntóles:

—¿Quereis decirme, señor Viscasillas, por qué habeis unido en eterno lazo á Gustavo y á Elena?

—¡Por salvar el alma!—exclamó con tono sentencioso el monje.—De no haberlo hecho, se hubieran suicidado los dos amantes, y el infierno...

—Cumplísteis con un deber sagrado, padre Jerónimo,—contestó el caudillo.

Luego, dirigiéndose á Sandoval, díjole:

—Y vos, señor doctor, ¿por qué os interesásteis en esta boda?

—Por salvar el cuerpo. Dolencias hay que no se curan sino con la medicina del matrimonio, señor Adelantado: además, como yo estaba en libertad de ejercer mi cargo libremente, apliqué á mis enfermos la medicacion más acertada.

—Y obrásteis como buenos, ¡vive Dios! Desde este

instante, os devuelvo mi confianza y vuestros empleos primitivos.

En esto apareció un encapuchado en la palestra.

—¿Quién es ese fraile? —preguntó sonriendo Alvarado.

—Señor,—contestó el aludido desligándose de la capucha y de unas barbas que llevaba puestas,—soy el pobre Guillen, el escudero de vuestro hijo.

—¡Ah, tunante!

—Con estos hábitos, fuí á salvar á doña Elena; con ellos, se escapó de su cárcel mi señora; yo me quedé en su lugar; de modo, que aquí no ha habido *más que entrada por salida*. ¿Me perdona su excelencia?

—¿No te he de perdonar, bribon, si tu conducta es la de un sirviente fiel que ama de veras á su amo?

—De suerte, que me concederá una prebenda.

—Oid lo que pienso concederos, señores: ¡Gustavo!

—Padre mio.

—Su majestad el rey mi señor, desea abrazar á varios de los valientes conquistadores de estos terrenos.

—¿Y bien?

—Hijo mio, he pensado enviar á su majestad una embajada: al frente de ella irás tú y tu esposa.

—Padre, ¿cómo separarme de vos?

—Es indispensable, Gustavo: necesitas descansar algun tiempo, y sobre todo, el casado casa quiere. ¿Te disgusta mi resolucion?

—La venero con toda mi alma.

Don Pedro siguió diciendo:

—Su majestad desèa colmar de honores á algunos

de sus vasallos de Indias. ¿Aceptais, señores, como vuestros representantes á los capitanes Valenzuela y Alonso Castrillo?

—Sí, sí.

—Pues ellos irán á España tambien: en la segunda embajada que envie, los relevareis los que aquí quedais.

—Un favor tengo que pediros,—exclamó Gustavo.

—Habla, hijo mio,—repuso don Pedro.

—Sentiria en el alma separarme del señor Tixplan, de su hija Violeta y de mi fiel amigo Guillen: ellos han sido mis segundos padres.

—Pues por Dios vivo, que no tendrán ocasion de arrepentirse: tambien ellos te acompañarán en tu viaje.

—Y si no pecase de molesto, quisiera yo pediros una merced,—exclamó Sandoval.

—Hablad, señor doctor.

—Hé aquí á mi amigo el ínclito bachiller Pantoja.

—¿Deseais tambien ir á España, señor bachiller?

—No me vendria mal, señor excelentísimo, descansar algun tiempo al lado de mi familia.

—Pues ya podeis prepararos; y como sois de los más valientes guerreros que aquí he tenido, bien justo es que os recompense.

—Señor...

—¿Os gusta la cátedra?

—Sobremanera.

—Qué me place; puesto que teneis hechos los estudios de doctor en ciencias, yo haré que se os conceda una cátedra...

—¡Dios Santo, qué placer!

—En la Universidad de Salamanca; ¿os agrada esto?

—Más, señor, que si me diesen cien mil ducados: mi única aspiracion, mi único anhelo, es enseñar en aquella casa que tanto amé.

—Pues contaos como catedrático de ella.

—Gracias del corazon, señor excelentísimo.

En esto el ex-cacique Tixplan, vestido como los guerreros españoles, apareció ante aquellas gentes.

Ya sabemos que desde su acristianamiento, fué conocido con el nombre de don Ramiro.

El nuevo cristiano presentóse en la sala entre cuatro indígenas lujosamente vestidos.

Cada cual traia un arca en las manos.

Tixplan impuso silencio, y tomó la palabra, exclamando:

—Ha llegado el momento de las grandes revelaciones.

—¡Qué?

—Señores, en nombre de Dios os digo, que Elena no es lo que parece.

La jóven quedóse sorprendida, y lo mismo todos los circunstantes.

Tixplan abrió un arca de oro que llevaba, extrajo de ella un pergamino y entrególo á Iñiguez.

—¡Gran Dios!—exclamó éste enterándose de su contenido.

—Decid, decid lo que habeis leido, señor oficial.

—No debo...

—Pues bien, lo haré yo.

El cacique entonces repuso:

—Sabed, señores, todos los que me oís, que Elena no es lo que parece: Elena... es... hija natural del rey Sequechúl.

—¡Jesucristo!

—¡Nadie lo dude; este sello real lo prueba: ese pergamino tambien!

—Señora, perdonadme,—exclamó don Pedro intentando arrodillarse ante la jóven.

—¡Padre, padre mio,—repuso esta,—mi mayor gloria consiste en llamarme vuestra hija, en ser esposa de Gustavo, y en cobijarme bajo el nobilísimo pabellon español!

—¡Viva España! ¡Viva la hija del rey!—dijeron los castellanos á una.

Elena corrió á abrazar al cacique y á Violeta, derramando los tres abundosas lágrimas.

Gustavo estaba sin darse cuenta de lo que le sucedia.

Tixplan reanudó su discurso, exclamando:

—Siendo niña, fué entregada Elena á mis cuidados, con la siguiente advertencia: «Sólo el dia en que se case, revelarás su verdadero orígen.» He cumplido, pues, mi palabra.

Tixplan fué tomando de manos de los indios cada una de las arcas que llevaban, y poniéndolas en las manos de Gustavo, repuso:

—Con toda religiosidad, os entrego estos caudales que constituyen la dote de Elena.

—¿Y vos?—preguntó el jóven á Tixplan.

—No os comprendo.

—La recompensa...

—¡Oh! no hableis de semejante cosa: la recompensa mía está en vuestro cariño, en vuestro inquebrantable afecto.

Tixplan avanzó hasta la mitad de la sala, y con acento de satisfaccion extraordinaria, repuso:

—¿He cumplido con mi deber, señores?

Una estrepitosa salva de aplausos fué la respuesta dada á Tixplan.

En cuanto al historiador Bernal Diaz del Castillo, dijo con voz entera:

—He comenzado á escribir la crónica de estos sucesos.

—¿Cómo la llamais?—preguntáronle.

—Le pongo este epígrafe: «Una leccion de hidalguía dada por un indio, al muy ilustre señor don Pedro de Alvarado, Generalísimo de las fuerzas españolas.»

—¡Muy bien dicho!—exclamó el Adelantado sin enojarse.—Porque la juzgué pobre y sin abolengo, me resistí á entregar á Elena á mi hijo.

—En cambio el cacique guardó su secreto religiosamente, cuando podia haber dado un mentís al señor Alvarado,—exclamó Bernal Diaz.

Don Pedro avanzó hasta Elena, tomóla de la mano y la condujo hasta el improvisado trono que habia en la habitacion.

—¡Viva España! ¡Viva la hija del rey!—volvieron á decir los capitanes.

—Rindamos pleito homenaje, á la ilustre perseguida,—repuso Usagre, jefe de la artillería española.

Cada uno de los que allí estaban, fueron desfilando por ante el trono ocupado por Elena.

De súbito, penetraron en la estancia oficiales y guerreros enarbolando las banderas.

En la calle oyóse gran ruido.

Los cornetas tocaban la marcha española, consagrada á los infantes.

—¡Viva Gustavo de Alvarado!—repitieron en la calle varias voces.

El oficial vióse precisado á salir á un balcon.

Arengó á la tropa, y fué saludado con unánime aplauso.

Mientras esto pasaba, las cornetas seguian atronando el espacio con sus toques.

Y en torno de Elena, agitábanse las banderas y estandartes de Castilla, á los nuevos gritos de:

—¡Viva España! ¡Viva Guatemala! ¡Viva la nieta de cien reyes!

CAPITULO LXXV

En que se dá cuenta de los regalos que llevaban al rey de España, Gustavo y los suyos, con otros datos curiosos.

La determinacion del Adelantado al enviar á su hijo á España, en union de sus demás compañeros, obedeció á la idea de separarle de todo peligro.

Alvarado habia sufrido grandes contrariedades, producidas en la mayoría de los casos por su carácter orgulloso y altivo, y no queria que el bueno de Gustavo volviese algun dia á ser víctima de cualquier contratiempo.

El jóven oficial de las fuerzas de Castilla, habia dado pruebas sobradas de patriotismo y de valor.

Casado ya con Elena, era lógico que desease cambiar la vida azarosa de la guerra, por las dulzuras y atractivos del hogar.

Alvarado comprendió esto, y ganoso tambien de que su hijo obtuviera algun descanso, determinó en-

viarle con su nueva familia y algunos de sus compatriotas, cerca del monarca español.

El lector comprenderá, cuán honda sería la pena del Adelantado al tener que separarse de su hijo.

Pero á trueque de hacerle feliz, renunció á la satisfaccion que experimenta todo padre, cuando tiene á su lado á aquellos á quienes dió el sér.

La partida del cacique Tixplan y de su hija Violeta, tenia por orígen motivos bien distintos.

Desde que aquellos indios recibieron el agua bautismal, y desde que Violeta contrajo matrimonio con el ballestero mayor don Luis de Valenzuela, el odio de sus compatriotas creció de punto contra ellos.

Alvarado sabia que los naturales del territorio guatemalteco anhelaban vengarse de los renegados.

Mil veces llegaron á oidos de su excelencia los ecos de la plebe cobriza, ganosa de castigar rudamente á los convertidos.

Los espías de que disponía don Pedro, hicieron saber al mismo que se tramaba una conspiracion para asesinar á Tixplan y á su hija por traidores.

Y como el Adelantado de Guatemala estaba sumamente reconocido á los servicios y favores que prestaran á su causa aquellos nuevos compatriotas suyos, quiso librarles del peligro que les amenazara, enviándolos á lejanas tierras.

Ya en España, no habia de faltar á Tixplan y á su hija la necesaria proteccion para vivir con holgura y desahogo.

Su majestad el rey habria de dispensarles su afecto,

en razon á los lazos que con los castellanos les unia.

Además, Alvarado queria estar en libertad completa para emprender nuevas guerras y nuevas conquistas.

De haberse quedado su hijo en su compañía, le hubiera expuesto á la muerte quizás.

Y Gustavo habia dado demasiadas pruebas de valor y arrojo, para que se sacrificara su juventud á los azares de la vida militar.

Tambien quiso don Pedro que acompañaran á Gustavo en su excursion á España, los capitanes Valenzuela y Alonso Castrillo, para que recibieran de su majestad las insignias de sus nuevos cargos.

Otra mision llevaban estos militares cerca del rey, la cual consistia, en entregarle copia no escasa de valiosos regalos y ricos presentes, con que querian agasajarle los príncipes de los terrenos conquistados.

Costumbre era esta, que nació con el advenimiento á Méjico del ilustre caudillo Hernan-Cortes.

Durante su permanencia en el antiguo *Tenochtitlan*, fué enviada al monarca español multitud de obsequios primorosos.

Cuenta la historia, que entre ellos hubo uno verdaderamente original y raro.

Los aztecas hicieron, valiéndose de plumas solamente, la efigie de San Francisco...

Así que recibió el rey de España esta prenda, envióla como regalo al Soberano Pontífice.

Quedóse verdaderamente sorprendido el Papa al contemplar aquella joya, y despues de colmar de elo-

gios á sus autores, y al pais que les viera nacer, exclamó con incomparable entusiasmo:

—Creo que no hay arte que esto pueda imitar.

Pues de esta clase de donaciones, mandaba muchas por medio de su embajada don Pedro de Alvarado, al invicto rey de Castilla.

Entre ellas existia una, de la cual debemos hacer particular mencion.

Consistia ésta en una espléndida corona, construida con esmeraldas de gran tamaño, traidas de la provincia de la Verapaz.

Muchos indios trabajaron en la construccion de este objeto valioso, el cual causó la admiracion y asombro de los españoles.

Don Pedro quiso pagar en la medida de sus fuerzas el importe de esta alhaja; pero negáronse los indios, pretextando, que ya que no podian hacerlo de otra suerte, deseaban dar de este modo al rey de Castilla, una prueba de su afecto y sumision.

Otro de los regalos que llevaban para el príncipe, Gustavo y los suyos, era por demás curioso.

Cifrábase éste, en unos cuantos ejemplares de la moneda primitiva, que no era otra cosa que granos de cacao. Aquellos iban encerrados en una riquísima caja de maderas finas, chapeada de oro parte de ella.

Lo más particular de aquella caja, estribaba en los retratos hechos en su parte anterior por hábil tallista.

Tres eran éstos: el de don Hernando de Cortés, marqués del Valle de Oaxaca; el de don Pedro de Alvarado, generalísimo de mar y tierra, y el de su hijo

don Gustavo, ayudante electo del monarca español.

Rodeando la cerradura, (hecha de piedras preciosas) de aquella caja, veíase un cuadro singularísimo, tallado en ella tambien.

Queria representar el mismo, el hecho histórico del establecimiento de la monarquía guatemalteca, á partir desde el reinado de *Acxopil*.

Cuentan de este príncipe, que tuvo dos hijos varones de su mujer, llamada *Eselixoc*.

Estos dos indios debian heredar el gran imperio del su padre, á la muerte de éste.

Sin embargo, no esperó *Acxopil* á que un acontecimiento tan triste viniese á hacer efectivos los derechos de sus sucesores.

Cansado de ejercitarse en la guerra y fatigado del peso de los años, *pues no más que ciento contaba á la sazon*, pensó en que sus hijos le sustituyeran en las funciones gubernamentales.

Al efecto, determinó investirlos como señores de algunos de los países sometidos á su dominacion.

El mayor de los hijos de *Acxopil*, fué, como sabemos, Jintemal. A éste, le entregó su padre todo el reino de los *Kachiqueles*, que no es otra cosa que Guatemala, uno de los estados que hoy constituyen el territorio de la América central.

A *Acxiquat*, hijo menor, dióle el autor de sus dias todo el *Sotogil*.

Hecha esta division, quedóse *Acxopil* con lo más rico de Utatlan, disponiendo en estos estados la forma señorial de suceder, en el órden siguiente:

Por muerte del fundador, habia de entrar en el gobierno de Utatlan, como rey supremo, el hijo mayor Jintemal; el segundo, *optaria* al estado de su hermano mayor que era el quiché (1).

El hijo del segundo, *Acaiquat*, entraría en el señorío de los *sotogiles*.

Si á éste llegase á faltarle sucesion, entrarían á la posesion de la corona y á la de los dos estados, los parientes más cercanos en sangre al tronco de la familia real tulteca.

Esta forma de suceder no se limitó única y exclusivamente á la corona.

El fundador dispuso que se aplicase igualmente á los *ajaus* ó cabezas de *calpules* (2); concediendo á éstos ámplia soberanía, como señores que eran de vasallos.

Así dispuestas las cosas, *Jintemal* fijó su córte en Guatemala, y su hermano en *Atitlan*, á cuyo punto llamaban los indios *Atziquinihai*, cuyo significado no es otro, que el *de casa del Aguila*.

Despues de establecido así el gobierno, en la forma señalada por la vinculacion, los *sotogiles*, que ocupaban la parte Sur, enriquecióronse con el comercio del cacao; y llenos de ambicion, no satisfechos con estos progresos, declararon la guerra á sus hermanos, promoviéndose entre unos y otros, terribles y descomunales contiendas.

(1) Lo curioso de esta vinculacion nos obliga á darla á conocer al lector en sus detalles.

(2) Linajes.

Esto, que conserva como verídico la historia del territorio guatemalteco, constituia el asunto trazado, como hemos dicho, en la caja que los indios enviaban al rey de Castilla.

En aquel objeto figuraba retratado el rey Acxopil en el momento de distribuir entre sus hijos el territorio de su dominacion.

Multitud de indios, cuyas facciones distinguíanse perfectamente, presenciaban tan solemne ceremonia.

Y no podia ménos de llamar la atencion, el que siendo todas estas figuras tan diminutas, se hallasen tan correctamente construidas en un espacio tan pequeño como el que ofrecia la caja.

Muchos otros regalos enviaba el Adelantado á su majestad, por conducto de su hijo.

En la imposibilidad de mencionarlos todos, citaremos los más importantes:

Tres doseles, primorosamente ejecutados con plumas de aves de distintos colores.

El obsequio al rey de España, no podia alcanzar mayor significacion, si se atiende á que entre los príncipes indios, el uso de tres doseles era el signo de la mayor autoridad y soberanía.

Los indivíduos pertenecientes al *calpul* del difunto rey *Sinacam*, entregaron á los enviados, con destino á su monarca, un enorme cuchillo con el que habian sido muertos ni más ni ménos que *doscientos esclavos*.

Pero lo que á los españoles causó gozo indecible, fué la donacion que los indios les hicieran de cincuenta papagayos ó loros.

Todos estos animales fueron cogidos por hábiles cazadores y encerrados en jaulas, convenientemente dispuestas, para que aquellos pudieran hacer bien el viaje.

En tanto esto tenia lugar, mandó don Pedro que las jaulas se instalaran en una habitacion que habia disponible en el cuartel ocupado por sus tropas.

Allí tuvo lugar una *trajedia horrible*.

Pocos dias antes de partir Gustavo y los suyos para España, efectuóse una gran revista en el campo.

En el cuartel habian quedado de guardia los oficiales Velez de Guevara, Vargas, Ponce y Beltran.

Recordará el lector, que éste último poseia un famoso *orangutan*, llamado Pipi, el cual fué regalado al español por la enamorada vieja *Raxa caculha*.

Muy entretenidos en animado diálogo hallábanse en un patio del cuartel los tres oficiales, cuando vieron cruzar rápidamente al orangutan.

Pipi venia todo ensangrentado; pero en la ligereza de su marcha hacia ver que no estaba herido.

Al topar con su amo, gimió el mono de una manera muy singular, y ganando con gran presteza una de las columnas sobre que descansaban los pisos superiores, llegó á uno de ellos.

Allí repitió sus gritos y sus quejas de un modo desgarrador.

—¡Voto á cien rayos!—exclamó Beltran al verle.—¿Quereis apostaros,—dijo á sus compañeros,—á que ese canalla ha hecho alguna barbaridad muy gorda?

—Preocupaciones tuyas no más.

—Ahora lo vereis,—repuso el interpelante.—Pipi, Pipi, baja acá enseguida.

El orangutan comenzó á dar saltos y á temblar como un epiléptico.

—¿No bajas?—volvió á decir Beltran.

El mono continuó haciendo gestos y contorsiones; pero sin obedecer á su amo.

—¡Voto á los cuernos de Lucifer!—gritó con voz de trueno el oficial,—que si no bajas, te voy á deshacer el cráneo, beduino.

Y esto diciendo, hizo don Alonso ademan de tomar una piedra.

Y ya iba á descargarla sobre el infeliz cuadrumano, cuando le cortó la accion Vargas Ponce, diciéndole:

—¡Por Dios vivo, que sois demasiado injusto con vuestro ayudante! Ibais á matarle quizás de una pedrada y no sabeis si el infeliz está herido. Id á registrar todos los rincones de nuestra casa, y si Pipi ha cometido algun desafuero, castigadle entonces.

—Sí haré,—respondió el oficial;—pero por las uñas de Satanás aseguro, que si me ha jugado alguna mala pasada, le he de despellejar para ejemplo de orangutanes bellacos.

Y esto diciendo, abandonó Beltran á sus amigos, sin dar tiempo á que le siguieran.

CAPÍTULO LXXVI

¡Terrible contratiempo!

—¡Favor! ¡Socorro! ¡Maldita sea mi suerte!—gritó poco despues Beltran.

Al punto partieron sus amigos en su busca.

Recorrieron varias habitaciones sin hallarle.

—¿Dónde estáis? ¡voto á Cribas!—preguntó gritando Velez de Guevara.

—¡Aquí; *en el cementerio*!—respondió con voz dolorida Beltran.

Sus colegas encamináronse á la habitacion en que se guardaban los loros.

Llegaron bien pronto á ella, y el espectáculo que vieron no pudo ser más *desgarrador*.

El cuarto estaba todo sembrado de plumas de diferentes colores.

Muy cerca de éstas, habia gran cantidad de despojos de aves.

El *asesino* Pipi, era el autor de toda aquella *hecatombe*.

Ignórase quien dejaria abierta la puerta de la habitacion en que se encontraban los *papagayos;* pero es lo cierto, que el orangutan encontró acceso fácil al cuarto aquel.

Ya allí, hizo pedazos las jaulas, y se apoderó de sus infelices moradores.

Divirtióse con todos hasta que no pudo más, y luego los sentenció á la *pena de muerte*.

Ni un solo loro quedó vivo en la contienda.

Al ver Beltran aquel cuadro de horrenda desdicha, comenzó á arrancarse las barbas lleno de cólera.

—¡Maldita sea mi suerte!—repitió á la sazon que sus amigos llegaban,—¿Lo veis?—añadió.—Ahí teneis la obra de ese condenado de Pipi.

Vargas y Velez tuvieron que apretarse el estómago para no reventar de risa.

—¡Eso, eso, reiros ahora, villanos!—gritó Beltran hecho un energúmeno.

Sus colegas no hicieron el menor caso de su incomodidad; antes al contrario, redoblaron su risa y su broma.

—¡Ay! ¡Válgame el apostol Santiago; yo voy á reventar de ira!—gritó Beltran pateando furiosamente el piso.

—De ira, ¿y por qué?

—¿Y todavía me lo preguntais, miserables? Pues

qué: ¿ignorais que estos *difuntos*, eran un regalo que enviaban los indios á su majestad el emperador?

—Y bien: se cazan otros.

—¡Otros! ¡Poned tiento á vuestra boca, protectores de orangutanes mal nacidos, ó hago con vosotros una que sea sonada!

—Ha hecho bien Pipí en aniquilarlos.

—Amigo Vargas, no me quemeis la sangre: tengamos la fiesta en paz, porque si no...

En esto oyóse ruido, procedente de los patios.

Era producido por la marcha de los soldados que regresaban al cuartel.

No se cuidaron de ello los tres oficiales; entregados como se hallaban á su disputa.

Don Alonso Beltran, temeroso de que le trajese malas consecuencias el desaguisado hecho por Pipi, exclamó lleno de tristura:

—Amigos mios; ha llegado el último instante de mi vida.

—¿Cómo?

—Que su excelencia don Pedro de Alvarado habrá de sentenciarme á muerte.

—¡Qué bestialidad!

—La bestialidad es la vuestra; ¡gente descomunal y sin entrañas! ¿No se os alcanza, follones, que en cuanto pertenece al rey no se puede poner la mano? ¡oh! ¡quién me lo habia de decir! ¡quién lo habia de creer!

Beltran comenzó á darse terribles puñadas en la cabeza, mientras todos sus amigos se desternillaban de risa.

De súbito cesaron en sus desahogos al escuchar una voz:

Era la de don Pedro de Alvarado.

—¿Qué es esto?—preguntó el general; presentándose á los oficiales en compañía de su hijo.

—¡Perdon, misericordia!—exclamó Beltran, cayendo de rodillas ante el Adelantado.

—¿Pero qué acontece?—preguntó don Pedro, lleno de sorpresa.

—¡Todos difuntos, señor, todos difuntos!

—¿Pero quiénes? ¡voto á Cribas!

—Una porcion de charlatanes.

—¿Castellanos?

—¡Del país de los loros!—repuso casi llorando Beltran.

Al oir esto don Pedro, comenzó á reir con tal gana, que tuvo que apoyarse en los brazos de Velez para no caer.

—No he sido yo, señor excelentísimo, no he sido yo, —exclamó el oficial con tono lacrimoso.

Don Pedro, continuó dando carcajadas extridentes.

—Pipi, Pipi: ese, ese asesino, es el autor de todo: el canalla ha osado poner sus inmundos dedos en estas *criaturas* destinadas á su majestad.

—Callad ¡por Dios santo!—repuso don Pedro sin poder vencer su risa.

—Señor,—siguió diciendo Beltran,—yo entiendo que su excelencia, no se ha fijado en lo que acaba de suceder aquí; es horrible, trascendental, espantoso.

—¿Quereis hacerme la merced de serenaros?

—¡Oh! Cuando su majestad mi amo y señor sepa lo acontecido, ¿qué idea formará de sus vasallos?

—¡Basta, voto á cien bombas!—exclamó don Pedro fingiéndose enojado;—señor oficial, vuestra pesadez no tiene límites.

—Es que...

—Basta, repito. ¿Qué ha acontecido aqui; que vuestro mono ha dado muerte á cincuenta papagayos?

—Efectivamente.

—¿Que todos ellos debian ser entregados á su majestad por mano de mi hijo?

—Cierto.

—¿Que esto no es posible, en razon á que los loros han fallecido, víctimas de las travesuras de Pipi?

—Sí, señor.

—Pues bien, ni el asunto merece que de él nos ocupemos, ni creo que cumpla á hombres de nuestro carácter, darle tal importancia.

—Sin embargo, su excelencia me permitirá le diga, que bien pudiera haberse recreado su majestad con la charla de estos difuntos.

—Señor Beltran, el monarca de Castilla acostumbra á usar el águila en su escudo: solo la reina de las aves es digna de llegar hasta él.

—¿De suerte que á vuestra excelencia no le importa nada lo ocurrido?

—Ni un ardite.

—¿De modo que yo quedo libre de toda responsabilidad en este caso?

—Absuelto estais completamente.

—Pues bien, señor Adelantado, á fuer de leal, diré á su excelencia una cosa.

—Veamos cuál es.

—Ya sabe vuestra ilustre persona, que me doy muy buena maña para domesticar animales..

—Es cierto.

—En cuanto vinieron estos loros á casa, me encerré con ellos...

—Adelante.

—Les habia enseñado á decir muchas cosas.

—¿Bellaquerías tal vez?

—No, señor; la oracion de las *cinco llagas*.

—Eso es bueno.

—El Pater Noster en *árabe*.

—¡Qué barbaridad!

—Digo, en latín: siempre confundo á los moros con los romanos.

—Pues se parecen tanto, como un huevo á una castaña.

Seguid, seguid, señor oficial.

—Además, señor; ¿para qué negarlo? Yo... ¡qué diantre! ¡tengo miedo de decirlo!

—Hablad claro, ¡voto á Lucifer!

—Me explicaré con franqueza: uno de los difuntos era tan obediente, tan sabio, que aprendió á decir estas palabras, al pié de la letra.

—Señor rey: de parte de Beltran, que cuándo le pagan los tres meses de sueldo que se le deben.

—¡Ah! bribon,—exclamó don Pedro, riéndose á más no poder,—ahora comprendo por qué os lamenta-

bais de que no llegasen los loros á manos de su majestad.

—No os desalenteis por eso; dentro de breves dias recibiré dinero de México, y se os abonarán todos vuestros atrasos.

—Gracias mil, señor excelentísimo.

—Ahora,—exclamó don Pedro,—cuidad señores oficiales de que se dé un buen rancho á la tropa. Esta tarde han trabajado mucho, y necesitan reponer sus fuerzas.

—Así se hará señor Adelantado,—exclamó el oficial Velez de Guevara.

Don Pedro saludó á sus amigos, y salió del cuartel para encaminarse á su casa.

Cuando ya Beltran y sus dos colegas estuvieron solos, el primero repuso:

—Ahora es la mia, ¡vive Dios!

—¿Qué vais á hacer, señor Beltran?

—¡Quiero despellejar á Pipi!

—¡Desdichado!

—Luego, romperme la cabeza con el que dejó abierta la puerta de este cuarto.

—Terrible sois en verdad.

Velez y Ponce abandonaron á su compañero y se encaminaron al patió del cuartel.

Beltran quedose en el cuarto destinado á los loros, y fué recogiendo cuidadosamente las plumas que en el suelo habia.

Lo propio hizo con los cuerpos de los papagayos que habian quedado útiles.

Aquella operacion, practicábala sin duda Beltran para disecar más tarde á las víctimas.

Así que hubo recogido uno por uno todos aquellos restos, encerrólos el oficial en una caja.

Luego repuso para sí:

—Honrada, aunque temporal sepultura, acabais de recibir queridos mios. Ahora parto á vengaros.

Y esto diciendo, mostrando en sus ojos la cólera, fuese enseguida al patio en que primeramente le vimos.

Al llegar allí, encontróse con varios de sus compañeros de graduación.

Todos formaban círculo en torno de una grande y humeante olla.

Puestos en pié, mantenia en la diestra, cada uno de aquellos oficiales, una gran cuchara.

De tiempo en tiempo, avanzaban hasta donde se encontraba la olla, introducian en ésta la cuchara, y retirábanse despues.

No era de extrañar que en actitud tan incómoda saboreasen su comida aquellos oficiales, dado su temperamento de hombres rudos y de guerra.

Llegó como hemos dicho Beltran hasta donde el grupo estaba, y al verle sus compañeros, comenzaron á reir á mandíbula batiente.

Don Alonso revistióse de calma y de paciencia hasta ver lo que le decian sus amigos.

Entonces uno de ellos exclamó:

—¡Qué desdicha la vuestra!

Otro, añadió á su vez:

—¡Pobre Beltran! ¿Quién os manda tener á vuestro cargo pupilos tan descorteses?

—¡Voto á Cribas!—repuso un tercero,—lo malo aquí, es que no volvereis á ver á vuestro mono; le hemos visto escaparse por el tejado y...

—¿Y sabeis lo que os digo?—gritó hecho un energúmeno Beltran.

—¡Qué!

—¡Que es el más bellaco, el más follon, y el más vagabundo de todos los mortales, quien facilitó á Pipi la entrada en el cuarto de los pájaros!

—No fuí yo á la verdad.

—Ni yo tampoco.

—Ni este cura.

—Sés quien quiera el culpable, lo dicho, dicho está, y además añado que es un salteador de caminos.

—¡Miserable!—gritó delatándose á sí propio Castillo el de los pensamientos.

—¡Hola! ¿Fuisteis vos; acémila, imbécil, mentecato?

—¡Ved cómo hablais!—respondió el aludido.—Yo fuí quien dejó abierta la puerta; ¿y qué tenemos con eso?

—Que solo le ocurre semejante cosa, á un bestia como vos.

Decir esto Beltran, y descargarle Castillo la cuchara llena de comida que tenia en sus manos, fué obra de un momento.

—¡Canalla, chupa lámparas, gallina! ahora verás lo que es bueno,—gritó Beltran lanzándose sobre su ofensor.

Una terrible lucha á puñadas y á brazo partido luego, inicióse entre los dos oficiales.

Sus compañeros, lejos de separarlos, comenzáron á azuzarles diciendo:

—¡Duro, valientes!

—¡A ver quién puede más!

—¡Firme y á la cabeza!

—¡Apretad ahí!

—¡Que no se diga que os vencen, señor Castillo!

—¡Que no se proclame vuestra derrota, señor Beltran!

—¡Arriba con él!

—¡Vivan los manchegos!

—¡Y los hijos de Extremadura!

Tales eran las voces que salian de uno y otro lado, en tanto que Beltran y Castillo se aporreaban despiadadamente.

Este último, que habia logrado ponerse encima del primero, perdió el vigor en un instante y fué sustituido por Beltran.

Entonces el dueño de Pipi vengóse á todo su gusto, descargando sus furias sobre las narices de su contendiente.

La lucha tomaba formidables proporciones, y los dos soldados arrojaban sangre en abundancia.

Viendo esto los espectadores, decidiéronse á separarlos no sin grandes esfuerzos.

Castillo y Beltran quedaron en pié, mirándose frente á frente.

—¡Sois un felon!—exclamó el primero.

—¡Y vos un canalla!—repuso el segundo.

—¡Buena la habeis llevado, ladron!

—¡No tan grande como la zurra que os acabo de dar!

—¡Mentís como un cobarde!

—¡Callad, bastardo!

—¡Todavía tengo alientos para pisotearos la lengua!

—¡Y yo para arrancaros el corazon!

—Veamos si es verdad.

—A las armas.

—Eso; á las armas.

Iban los dos rivales á desnudar sus aceros, cuando sin saber cómo ni cuándo, apareció Pipí entre el grupo.

Al ver que ofendian á su amo, lanzó un agudo chillido y esperó un instante á ver lo que pasaba. Castillo hizo ademan de lanzar un tajo sobre Beltran; pero no tuvo tiempo, pues apenas lo vió Pipi, cojió la olla del rancho, y mandó su contenido á la cabeza del valiente.

—¡Maldicion!—gritó Castillo, envuelto en grasa y sin poder abrir los ojos.

Los espectadores estuvieron á punto de morirse de risa.

—¡Pipi, Pipi! ¿Qué has hecho?—gritó Beltran levantando los puños.

El orangutan gimió como si pidiese misericordia.

—¿Qué has hecho, hijo de mala madre?—volvió á decir el oficial.

Pero apenas pronunció estas palabras, el mono

saltó sobre él y aplicándole sus manos cariñosas al rostro, dejóle más negro que un tizon.

Las risas repitiéronse entonces con más ahinco.

¿Qué habia pasado?

Que el orangutan, temeroso de recibir una felpa, habia estado escondido en una de las carboneras del cuartel.

CAPÍTULO LXXVII

—

El adios á América.

¿Qué sucedió despues de tener lugar la boda de Gustavo con Elena?

Durante algunos dias los españoles entregáronse al divertimiento.

—Los indios obsequiaron con bailes y danzas á los nuevos cónyuges.

Alvarado por su parte, socorrió con dadivosa mano á los pobres y dispuso que les entregasen dinero y víveres en abundancia.

El pueblo indio, fraternizó con los castellanos hasta tal punto, que se veia marchar á unos y otros por las calles, cogidos del brazo y dando vítores á España y á América.

Los rencores que parecian existir contra Tixplan y su hija, se habian apagado, gracias á las atenciones que los iberos dispensaron á los naturales.

Gustavo y Elena fueron aclamados con entusiasmo por indios y españoles.

La noche siguiente, á la en que tuvo lugar su matrimonio, aparecieron iluminadas las casas de los naturales.

Al pié del palacio de don Pedro, hiciéron los indígenas una especie de farsa singular.

Consistió ésta, en una danza en que intervenian como actores ángeles y demonios.

Lo singular del espectáculo, eran los rarísimos y abigarrados trajes con que los guatemaltecos iban disfrazados.

Más de descientos danzantes tomaron parte en la fiesta.

Los que de demonios hacian, iban vestidos de color rojo y negro, llevaban los rostros tiznados, y ostentaban en sus cráneos enormes astas.

Aquellos que querian imitar á espíritus celestes, vestian de blanco, y en lugar de sus habituales diademas de plumas, ornaban sus cabezas con coronas de flores.

Dificilmente podria encontrarse en los anales de las representaciones coreográficas, un baile tan singular y raro como el que nos ocupa.

Al empezar la fiesta, aparecieron cogidos de las manos los que simulaban espíritus puros.

Detrás de ellos venian los cincuenta demonios perseguidores de la virtud.

Unos y otros, marcharon á compás, y tomando una especie de trote muy pausado.

Sin saber cómo, casi por intervencion de artes mágicas, hubo un instante en que las personalidades ángélicas aparecieron circundadas por las diabólicas.

Los fingidos demonios formaron un corro, quedandando dentro de él los espíritus puros.

Al punto entonaron los vencedores, en su lengua, la más rara, chillona y original de las canciones.

Al final de cada estancia, salia á relucir la correspondiente música de pitos y caracoles.

Los nombres de *Xpiyacoc* y *Xmucane*, repitiéronse con insistencia.

Entonces los espíritus que aparecian aprisionados, descubriéndose de ciertos mantos que llevaban, dejaron ver una porcion de luces ténues y opacas.

Levantaron muy altas las linternas en que iban encerradas y comenzaron á correr haciendo círculo.

Los diablos imitáronles marchando en sentido contrario y lanzando fuertes alaridos.

Así la fiesta, llegó el momento en que una de las entidades angélicas, dijo con voz extentorea cierta palabra sacramental.

Los demonios fingieron llenarse de pavura y comenzaron á hacer más lenta su marcha.

El espíritu celeste repitió por segunda vez la frase aquella.

Los diablos detuviéronse, é hicieron como que se hincaban.

La frase fué repetida, y entonces secundáronla con sus gritos las entidades sublimes.

Al oir esto, cayeron todos los demonios en tierra, como heridos del rayo.

Viendo lo cual los ángeles, avanzaron hasta ellos y fingieron sujetarlos con su planta.

Los diablos confesaron á coro su derrota y poco despues, formando todos un grupo, diéronse de puñadas en las narices hasta sacarse sangre.

Tal fué uno de los espectáculos más salientes, con que obsequiaron los indios á los jóvenes recien casados.

Por su parte los españoles, procuraron corresponder al agasajo rendido, como les fué posible, Beltran, que ya habia hecho las paces con Castillo el de los pensamientos, fué el encargado de realizar tal empresa.

Al efecto construyó buena cantidad de *zancos* de madera, y apelando á aquellos de sus amigos que más habilidades tenian para la gimnástica, preparó una especie de certámen.

El premio habia de alcanzarlo aquel, que con los zancos corriese más.

La fiesta se llevó á cabo en efecto; pero no sin que hubiese en ella el correspondiente número de talegazos, caidas y resbalones, que arrancando gran risa á los indios, fueron ocasion de gratísimo solaz para todos.

Realizado esto, salieron á la palestra dos soldados de la compañía de Velez.

Desligáronse de sus armaduras y demás elementos de guerra y quedaron vestidos con trajes negros de punto, muy adheridos estos á las carnes.

Verificada esta operacion, tendiéronse en tierra, y

dando á sus miembros una flexibilidad incomprensible comenzaron á imitar á todo linaje de reptiles.

Los indios hallábanse espantados, al ver la facilidad y soltura con que aquellos españoles copiaban en los suyos, los movimientos de la culebra y otros animales de este jaez.

Gran aplauso mereció el ejercicio llevado á efecto por estos dislocados.

Pero lo que causó más admiracion entre los naturales, fué la última parte del programa.

Los honores de ella correspondieron al insigne Vargas Ponce.

El oficial dió á conocer sus altas habilidades de pirotécnico.

Valiéndose de alguna cantidad de pólvora, que le dió el jefe Usagre, construyó dos árboles de artificio.

Estos fueron quemados, enmedio de los gritos de sorpresa y júbilo que los naturales lanzaban.

Jamás pensaron ver cosa tan bella, como la que acababan de admirar sus ojos.

Aquellos preciosos cambiantes de luz y de colores, parecian á los indios, obra de nigrománticos.

Ellos habrian deseado que la fiesta no hubiese concluido nunca.

Así se encontraban los ánimos de todos, cuando Vargas Ponce puso fin á la fiesta pegando fuego á unos muñecos de pólvora, que corrieron desalentados á través de largos alambres.

Los muñecos fueron y vinieron de una parte á otra hasta acabarse el último grano de combustible.

Vargas fué aclamado calurosamente por el público que habia presenciado la fiesta.

El oficial prometió á los indios que la repetiria en la primera ocasion que pudiese.

Poco despues, retirábanse naturales y castellanos á sus respectivos hogares.

Empero no todo ha de ser alegría y algazara en el mundo.

Tras el placer, se sucede siempre el dolor, y en este encadenamiento de cambios, se encuentra la posibilidad de la existencia.

Si el hombre no sufriese, resultaria en la tierra un sér lánguido, indolente y sin accion.

En las grandes crisis de la vida, se producen los esfuerzos del heroismo y de la inteligencia.

No puede haber una personalidad ilustre, allí donde no se encuentre el dolor.

Que como dijo un ilustre poeta del Nuevo Mundo:

«Siempre vinieron
Sobre los grandes hombres, grandes males.»

Habia llegado, decíamos, un instante de acerba pena para el ilustre caudillo don Pedro de Alvarado.

Era un hermoso dia de primavera.

El sol mostrábase ya, claro y esplendente.

Desde hora muy temprana, las fuerzas de Castilla comenzaron á tenderse desde el palacio del Adelantado.

Un largo camino ocupaban las tropas españolas.

Detrás de éstas, veíanse enormes masas de indios, que deseaban presenciar el espectáculo.

Gustavo, su esposa y sus amigos, iban á partir.

Al pié del palacio de don Pedro, veíanse varios caballos, que sujetaban los indios por la rienda.

A pesar de ser inmenso el gentío que rodeaba aquellos contornos, toda la gente guardaba silencio sepulcral.

Este fué interrumpido al ver á don Pedro, que en unión de su gente descendia la escalera de su casa.

Al verle, los castellanos comenzaron á agitar las banderas y á prorumpir en vivas y aclamaciones, para España y para don Pedro.

Los indios asociáronse tambien á esta manifestacion.

Ya en la puerta de su palacio, el caudillo, con las lágrimas en los ojos, abrazó uno por uno á todos los viajeros.

Al llegar á su hijo, prodújose una escena conmovedora por demás.

El héroe cubrió de besos la frente de Gustavo, y no acertó por algunos minutos á separarse de él.

Mientras esto acontecia, los espedicionarios despedíanse de sus compañeros.

Hubo un instante de terrible lucha para don Pedro.

Por fin, desprendióse Gustavo de su padre, y cayendo de rodillas, besó sus manos y pidióle perdon.

Alvarado, despues de prodigar á Elena iguales caricias que á Gustavo, tendió la diestra sobre la cabeza de los jóvenes, y exclamó:

—¡Adios, hijos de mi alma! ¡Sed felices! Yo os bendigo como cumple á un buen padre.

Alvarado no pudo contener la pena que le embargaba, y cayó en los brazos del jefe de la artillería.

Derramando abundantes lágrimas, don Pedro separóse de aquel lugar.

Gustavo, venciendo su honda pena, dió la voz de marcha.

Los vítores y aclamaciones acrecieron.

Las cornetas comenzaron á sonar, entonando una marcha dedicada á los embajadores.

Los viajeros subieron á sus caballos, marchando en este órden:

A la cabeza de todos iba Gustavo de Alvarado, llevando á su derecha á Elena, su esposa, y á su izquierda á Violeta, mujer del ballestero.

Detrás de ellos, iban los generales Alonso Castrillo y don Luis de Valenzuela.

En pos de los mismos, el cacique Tixplan y el bachiller Pantoja.

Y en último término, el criado Tlaloc y el escudero Guillen.

En esta forma cruzaron por ante las tropas los expedicionarios, enmedio de unánimes aclamaciones.

Al cabo de un rato, perdiéronse á las miradas de sus compañeros.

. . . . . .

. . . . . .

Pocos dias despues, todas las personas que acabamos de citar, embarcábanse con rumbo á España.

Su viaje fué lento y sembrado de peligros.

Bastante tiempo tardaron los expedicionarios en llegar á la Península.

Pero al fin arribaron á ella sanos y salvos.

Al presentarse los viajeros ante el monarca español, éste los recibió con marcadas muestras de afecto.

Su majestad les colmó á todos de consideraciones, y de regalos.

Valenzuela y Castrillo, despues de recibir en solemne ceremonia las insignias de sus empleos, fueron nombrados consejeros del rey.

Gustavo recibió la banda de capitan, y fué investido caballero del hábito de Santiago.

El cacique obtuvo un cargo importante, como administrador de una de las propiedades régias.

Violeta y Elena quedaron al lado de la emperatriz como damas de su servidumbre.

Y en cuanto á Guillen y Tlaloc, despues de demostrar en cien batallas su valor y arrojo, obtuvieron el grado de oficiales, como premio á su bizarría.

Uno solo de nuestros personajes, el famoso bachiller Ginés Pantoja, debia ganarse sus empleos de otra suerte.

En las lides de la inteligencia, tenia por precision que combatir.

El rey expidió una real cédula para que pudiera aspirar en público exámen, á los grados de doctor en Medicina y Ciencias.

Pantoja salió tan airoso, que obtuvo estos grados con calificacion de sobresaliente *némine discrepante*.

Pocos años despues, merced á una oposicion que causó asombro, Pantoja era nombrado catedrático de la Universidad de Salamanca.

En dicha capital vivió feliz y alegre Ginés en compañía de su esposa Dorotea y de su hijo, puesto que sus ancianos padres habian muerto ya.

Conocida la suerte que corrieron estos personajes, los dejaremos en España, para volver á ocuparnos del cuadro espléndido de la conquista de Guatemala.

CAPITULO LXXVIII

El casado casa quiere.

Don Pedro de Alvarado hallábase sumido en la mayor tristura.

La partida de su hijo y de sus demás colegas, habíale producido honda sensacion.

Inútiles fueron los consejos que dieran á su jefe los españoles para disipar su amargura.

El caudillo se afirmaba en ella más y más.

Sólo cuando se dedicaba á proyectar futuras empresas militares, aparecia el Adelantado un tanto alegre.

Pero así que cesaba en este entretenimiento, volvía á caer en sus primitivas reflexiones.

Entonces le aguijoneaba el recuerdo con más fuerza.

Alvarado habia llegado al punto de no poder dormir más que muy pocas horas.

Durante la noche, abandonaba el lecho á lo mejor y poníase á pasear á lo largo de su cámara.

De pronto se detenia, y moviendo tristemente la cabeza, decia para sí:

—¡Oh, quizás no vuelva á verle nunca! ¿por qué, Dios santo, le he enviado tan lejos?

Y pronunciando estas frases, caia don Pedro en un sillon y cubríase con las manos el rostro.

Luego reponíase, y quedando en pié, exclamaba:

—Sí, me lo aconsejaba mi conciencia como padre y como caballero.

Gustavo al lado del rey puede hacer mucho: de haberse quedado conmigo, ¿qué porvenir le esperaba? La lucha, las privaciones, y... acaso la muerte.

¡Oh! ¡Dios mio, no quiero, no quiero pensarlo!

Ante esta última consideracion, Alvarado fué recobrando la calma, aunque muy poco á poco.

Su hermano Jorge y el ingenioso capitan historiador Bernal Diaz del Castillo, contribuyeron mucho con sus talentos á distraerle.

El médico Sandoval y el sabio Iñiguez, no se daban punto de reposo para demostrar á don Pedro, que el viaje de Gustavo y de su familia, era la mejor determinacion que se habia podido adoptar.

—Los dos jóvenes,—decian ambos caballeros á su jefe,—se aman con toda el alma. Buen negocio hubieran hecho quedándose aquí.

—Teneis razon, señores,—contestaba don Pedro.

—Además,—exclamaban los doctores,—¿quién no le dice á su excelencia, que la permanencia de don

Gustavo entre nosotros no hubiese sido ocasion de grandes disturbios?

—¿De grandes disturbios?

—Indudablemente, señor, ¿cree su excelencia que los indios nobles, podian ver con tranquilidad que la hija de uno de sus más ilustres príncipes, renegaba de sus doctrinas para unirse á un español?

—Verdad decís, amigos mios.

—Ha hecho muy bien su excelencia en mandar á su hijo á España. Don Gustavo al lado de su majestad, tiene un brillante porvenir.

—Así lo creo.

—¿Qué hubiese sacado en estas malditas tierras, señor Adelantado?

—¡Servir á su patria con lealtad!

—O volverse á ella con un brazo ó una pierna ménos. Nada, señor, el *casado casa quiere*, y *bien está San Pedro en Roma aunque no coma.*

Don Pedro encontraba un dulce consuelo en esta y otras análogas frases de sus amigos.

Además, contribuía mucho á enjugar la pena del Adelantado, la seguridad en el cariño que á su hijo dispensaban el Ballestero, Violeta y Tixplan.

Al lado de éstos, nada podia faltar á Gustavo, caso de que se enfermase ó sufriera alguna desgracia.

Tales consideraciones fueron poco á poco, como hemos dicho, devolviendo á don Pedro su energía.

La cual brilló con su explendor, primero en el ánimo de su excelencia, cuando recibió la primera carta de su hijo.

En ella le participaba Gustavo su llegada feliz y la de sus amigos á España; la cariñosa acojida de que habian sido objeto por parte del rey, y los honores que éste tuvo á bien dispensarles.

Uno de los que más trabajaron por devolver al alma de don Pedro su natural vigor, fué el capitan don Luis Diego Usagre, jefe de la Artillería española.

Aquel hidalgo, habíase cambiado en el mejor amigo del caudillo.

Desde que ocurrió la terrible escena de la muerte de Hinojosa, hallándose el artillero en capilla, recordará el lector que no volvió á interrumpirse la fraternal amistad que entre Usagre y don Pedro existiera.

Ni Alvarado, ni don Luis, podian permanecer en la inaccion en que hacia tiempo se encontraban los españoles.

Ambos sentian grandes deseos de emprender nuevas luchas y nuevas conquistas en el vasto territorio de la América Central.

Usagre habia sido nombrado segundo jefe de las fuerzas castellanas, en reemplazo de Valenzuela.

Don Pedro le habia manifestado la necesidad de que formulara un plan de guerra, para emprender la marcha en direccion de los terrenos que aun faltaban por conquistar.

No pudo confiarse al jefe de la Artillería, mision más satisfactoria.

Usagre era por su temperamento uno de esos hombres á quienes causan hastío las dulzuras de la paz.

Rudo, aunque de corazon sensible, reñidor, aunque

benévolo con los vencidos, su mayor distraccion, era la lucha; su mejor premio, los laureles de Marte y su más legítima propiedad, la conquistada con el vigor de su brazo.

Así que, cuando don Pedro le dió la mision de formar los planes y proyectos de las nuevas campañas, Usagre estuvo á punto de enloquecer de alegría.

Ocho días consecutivos estuvo el artillero consagrado á esta tarea.

Y como no carecía de instruccion militar, sino que por el contrario, era buen conocedor de la estrategia y de la balística de su tiempo, acertó á salir muy airoso de su cometido.

Cierta tarde, hallábanse Usagre y Alvarado departiendo en un pequeño jardin próximo al hospital de Santa María.

El Adelantado habia adquirido á buen precio aquella finca, para instalar en ella un pequeño museo de antigüedades americanas.

Sentados en dos piedras gruesas y apoyando sus brazos en una mesa rústica, conversaban amigablemente los dos guerreros.

El primero fijaba sus ojos en un plano.

El jefe de la Artillería, iba marcando con unas especies de tachuelas, los puntos en que habria de detenerse el ejército.

Clavaba aquéllas en el plano, y recorria despues con un puntero las líneas que quedaban libres.

—¡Magnífico dibujo!—exclamó don Pedro interrumpiendo á Usagre en su narracion.

—Gracias, mi general,—contestó el aludido,—lo que yo deseo es que vuestra excelencia me rectifique, si encuentra algun error en este trabajo.

—Ninguno, á fé mia: antes al contrario, veo, señor Usagre, que sabeis meditar.

—¿Advierte vuestra excelencia bien definidos los puntos que han de ser objeto del ataque de las tropas, caso de que los naturales se resistan?

—Muy bien lo veo todo, es un plano exselente. ¿De modo?...

—Que aquí están trazados con tinta roja, los puntos que entiendo yo deben ser el primer objeto de nuestras miras.

—¿Es esta la famosa cordillera de Parrasquin?—preguntó don Pedro señalando á un punto del plano.

—Esa es, señor,—contestó Usagre.—A ella nos dirigiremos en su dia; pero antes, Quezaltenango y todo el territorio de los Kachiqueles, ó Guatemala, se ofrecen como el campo de preferencia para nuestras investigaciones militares.

—Mucho nos resta por hacer.

—Nos sobran fé y entusiasmo para salir airosos de nuestro cometido. Segun he dicho á su excelencia varias veces, toda la dificultad en la empresa de conquistar estos territorios, estribaba...

—En el desconocimiento que teníamos de las lenguas del país, pero hoy...

—Hoy podemos decirlo con orgullo: no hay uno de los nuestros, que no las posea como un papagayo.

—El mismo fray Jerónimo, gran conocedor de las

costumbres tultecas, creo que ha escrito algo acerca de este punto y de los dialectos del país.

—Vale mucho su Paternidad.

A esta conversacion hallábanse entregados los dos caballeros, cuando apareciéronseles los doctores Sandoval é Iñiguez.

—¿Qué traen por aquí los ilustres hijos de Minerva? —preguntó á los recien llegados don Pedro.

—Poca cosa, señor,—contestó Sandoval,—sino es la noticia que para vuestra excelencia me han dado unos *ahagüaes*.

—¿Alguna nueva inoportunidad?

—Nada de eso.

—Los jefes de las tribus me han encargado os diga que mañana se celebra el *caybal* (1) *de los arroyos*.

—¿Y bien?

—Que desearian tuvieseis la bondad de asistir.

—¿Con qué objeto?

—Para que vuestra excelencia conozca el modo de comerciar que tienen estos naturales.

—No gusto de ver la enagenacion de esclavos ni cosas de esta índole.

—Los ahagüaes dicen que procurarán evitar la presentacion de escenas desagradables, para que los castellanos no se disgusten.

—Pues siendo así, iremos: ¿dónde se celebra esa almoneda?

—En un pueblo distante dos leguas de aquí. Llaman

(1) Especie de almoneda pública.

á ese mercado el *caybal de los arroyos*, porque el lugar donde se verifica está rodeado de manantiales de agua muy pura y sabrosa.

—Pues nada, señores,—exclamó don Pedro,—si á usarcedes les parece, mañana al despuntar el sol montaremos nuestros caballos, y nos encaminaremos al caybal.

—¿Ha de venir alguno más en nuestra compañía?

—Nosotros cuatro solamente iremos, señor Sandoval; pero haced saber á esos ahagüaes, que procuren no maltratar á ningun esclavo en mi presencia, si no quieren tener un disgusto.

—Así lo haré, señor excelentísimo.

Pasó el resto de aquel dia sin accidente digno de mencion.

Así que amaneció el siguiente, partieron en direccion del mercado de los arroyos, Alvarado, Usagre, Iñiguez y Sandoval.

Caminaron buen trecho hasta que divisaron en forma incierta, una arboleda frondosa.

—Aquel debe ser el sitio de la fiesta,—exclamó el Adelantado.

—Indudablemente,—contestó Iñiguez.

—Pues avancemos si os place,—añadió don Pedro.

Los castellanos picaron espuelas á sus corceles, y salieron á todo galope.

Muy pronto arribaron al caybal de los arroyos.

Ataron sus caballos á unos árboles y se internaron en lo que pudiera llamarse *real de la féria*.

Un amenísimo terreno cuajado de árboles frondo-

sos, que impedian la entrada á los rayos del sol, ofrecióse á la vista de los castellanos.

Hácia la parte Norte del mismo, existia una gran pendiente ó montaña, que iba á perderse en un valle rodeado de blancas casitas.

Como la inclinacion de aquella era tal, que casi formaba un ángulo recto con el valle existente á su pié, los indios, para descender hasta el mismo, tenian que valerse de un procedimiento muy raro.

Desde la cúspide de la montaña dejábanse caer rodando muy despacio, hasta llegar á su límite.

De esta manera bajaban sin peligro algnno.

Al lado opuesto del valle extendíase un arroyo clarísimo, que iba á perderse en lontananza.

Tal era, descrito á grandes rasgos, el campo destinado á la celebracion del caybal.

CAPÍTULO LXXIX

Encuentro triste.

Cuando don Pedro y sus tres colegas penetraron en el mercado aquel, quedaron sorprendidos.

La belleza del panorama desenvuelto ante sus ojos, llamó extraordinariamente su atencion.

Por todas partes veianse preciosas tiendas, destinadas á la venta de objetos raros.

Los mercaderes iban y venian de aquí para acullá, deshaciéndose en elogios para mejor vender su género.

El caybal estaba animadísimo, y lleno como nunca de gente.

Numerosos grupos de indios iban acudiendo á los lugares en que se expendia el *pulque* y la *chicha*.

Allí saboreaban por poco precio, el néctar de los dioses.

En otros puntos del campo aquel, verificábase la

enagenacion de objetos que pertenecian á muchos deudores insolventes.

La venta de esclavos no habia tenido lugar aún.

Muchos indios de mala catadura esperaban á que ésta se efectuase para hacer su negocio.

Don Pedro y sus amigos hallábanse muy absortos examinando todo lo que contenia el caybal, cuando oyeron estas voces.

—¡La loca! ¡ahí viene la loca! ¡Su dueño no quiere tenerla más en su poder! ¡Corramos!

El público en masa abandonó el caybal, y fuese hácia el límite del bosque que confinaba con la montaña próxima al valle.

Alvarado y los suyos quedáronse á espaldas de todos.

Muy pronto oyeron voces extridentes, carcajadas sardónicas y gritos desgarradores.

Todas estas quejas salian del centro de un compacto grupo de indígenas.

Don Pedro, sin ver lo que pasaba, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Teneos, canallas! ú os haré pedazos á todos.

Los indios volvieron la cabeza hácia el lugar ocupado por Alvarado, y fraccionándose en dos filas, dejaron ver un cuerpo que yacía en tierra.

—¡Una mujer, Santo Dios!—gritó Usagre lleno de espanto,—Voy, voy á ver qué han hecho con esa infeliz.

Y desnudando su acero, con sin igual arrojo, avanzó hasta donde los indios estaban.

Abrióse camino entre ellos, y llegando hasta donde el cuerpo aquel yacía:

—¡Magnolia!—gritó el artillero, cayendo de rodillas.—¡Muerta, muerta! ¡maldicion!

Y poseido de desesperacion febril, miró con espanto el cadáver y lo cubrió luego de besos.

—¿Qué habeis hecho, asesinos?—gritó don Pedro horrorizado, dirigiéndose á los indígenas.

Varios de estos contestaron llenos de pavura:

—No hemos muerto nosotros á esa mujer, sino su amo.

—¡Su amo!

—Estaba loca esa india, y cansado de ella su dueño, la ha traido aquí para venderla en el caybal.

—¡Miserables!

—¡Magnolia mia!—volvió á decir el artillero sin acertar á separarse de la muerta.

La desdichada jóven habia fallecido, víctima de los crueles tratamientos de su poseedor.

—¿Sabeis lo que habeis hecho, villanos?—exclamó don Pedro lleno de cólera,—pues habeis autorizado la muerte de la sobrina de vuestro ministro el difunto Rostal.

—¡Venganza!—gritaron varios de aquellos mercaderes.

—¡Muera Zopilote!—exclamaron otros echando á correr.

Aquellos naturales, iban en busca del asesino.

Oculto entre unas matas hallábase éste, cuándo acertaron á descubrirle sus perseguidores.

—¡Aquí está, aquí está!—dijeron varios indios apoderándose del antiguo carcelero.

Con rabia satánica cogieron á Zopilote aquellos individuos y maniatándole fuertemente, condujéronlo á la presencia de sus compatriotas.

—¡Muera ese traidor!—gritó el público en masa al verle.

—¡Detenedos!—exclamó Usagre dominando su dolor, —quiero castigar sus infamias luchando con él.

—¡Ya es tarde!—dijeron á una los conductores de Zopilote.

Y acompañados de numeroso gentío, subieron á la cúspide de la montaña.

Empujaron al indígena, y éste cayó al otro lado, no sin lanzar un doloroso gemido.

Don Pedro no quiso presenciar el despeñamiento de Zopilote.

Usagre lleno de cólera:

—¡Ya estoy vengado!—exclamó abandonando el cadáver de su adorada y subiendo hasta donde estaban los naturales.

—¡Santo Dios!—gritó cubriéndose con las manos el rostro.

Los indios pronunciaron con voz extentórea varias palabras sacramentales.

Luego oyéronse terribles aullidos que del fondo del valle salieron.

Al llegar á éste el cuerpo ensangrentado de Zopilote, fué presa de seis perros hambrientos.

En un instante devoraron los canes al infeliz.

Usagre que esto viera, cubrióse el rostro para no presenciar tan repugnante castigo.

Era costumbre en aquel caybal tener siempre preparados varios perros, para que hiciesen presa en los esclavos que se vendian, si éstos intentaban evadirse.

Para que aquellos animales realizasen mejor su cometido, se les privaba de todo alimento por algunos dias.

De suerte, que cuando llegaba el caso de que los perros diesen buena cuenta de los esclavos, deshacian sus carnes con singular avidez.

Al ver don Pedro el espanto retratado en el rostro de Usagre:

—¿Qué habeis contemplado?—le preguntó.

—Subid aquí, señor, y lo vereis,—contestó el artillero.

Accedió don Pedro al punto, y...

—¡Jesucristo!—exclamó llevándose las manos á la cabeza, al ver á los perros que acababan de devorar á Zopilote.

—¡Bárbaros!—gritó Alvarado cerrando los paños, y volviéndose hácia donde estaba la plebe indígena.

—Se ha cumplido nuestra ley,—contestaron varios mercaderes con frialdad estóica:—el que la hace que la pague.

Y como si nada hubiese acontecido, volvieron á su caybal para proseguir su comercio.

—¡Estoy vengado!—exclamó Usagre, dirigiéndose á su jefe.

—Sí, amigo mio,—contestó don Pedro tendiéndole

los brazos:—Zopilote fué el infame que os robó á Magnolia. Bien ha pagado su felonía.

—El, delatándome ante vuestra excelencia, fué causa de que se me aplicase la ordenanza.

—Hasta el punto de poneros yo en capilla por su culpa. ¡Oh! no quiero acordarme de aquella escena terrible. ¿Verdad que nunca me guardareis rencor, don Luis?

—Este abrazo fraternal lo prueba, señor excelentísimo.

Los dos guerreros quedaron estrechamente unidos por algunos instantes.

Al cabo de ellos Usagre, derramando abundosas lágrimas, rompió el silencio diciendo:

—¡Pero ella... pobre Magnolia mía... quién podria creer que habria de encontrármela aquí!

—Señor Usagre, ya no hay remedio.

—¡Muerta, muerta! ¿por qué plugo á los cielos que la volviese á ver?

—Don Luis, pensad en que ese dolor no es legítimo.

—Señor...

—Teneis hijos, teneis esposa, si á ellos les hubiese acontecido tal desgracia, entonces...

—Verdad dice su excelencia,—repuso el artillero, haciendo un supremo esfuerzo para serenarse.

—Sí, amigo mio, es necesario mucho aliento para estos trances; yo apelo á vuestra inquebrantable energía, para que pongais un lenitivo á vuestro dolor.

—Sí haré.

—La patria nos reclama, y de ensanchar sus dominios debemos ocuparnos solamente.

—Esté tranquilo vuestra excelencia que no me descuidaré en su servicio un sólo punto, aunque la pena me haga pedazos el corazon.

. . . . . .

¿Cómo habian venido á parar al caybal Magnolia y Zopilote?

Recordará el benévolo lector que Magnolia fué raptada por Zopilote, y que ambos atravesaron en una barca el Lago de los Suspiros.

El infame indio, despues de cruzar dicho lago, saltó á tierra.

Aprovechándose del desmayo en que yacía la jóven, llevósela á una cueva que estaba en un monte oculta.

Magnolia al volver en sí, al verse en brazos del hombre á quien aborrecia, al contemplar el lazo que Zopilote le habia tendido, fué víctima de terribles accesos de locura.

Enmedio de ellos, no hacia más que pronunciar el nombre de su adorado Usagre, á quien no volveria á ver.

Zopilote, lleno de desesperacion, convencido de que Magnolia no le amaba, apeló á los más crueles tratamientos para castigar su odio.

Esto exacerbó la locura de Magnolia de un modo horrible.

Zopilote, lejos de compadecerse de la suerte de aquella infeliz, teníala constantemente encerrada en la cueva.

Allí permanecia Magnolia dia y noche, deshaciéndo-

dose en nerviosas convulsiones, y negándose á tomar todo alimento.

Por su parte, el indio, lejos de compadecerse de la jóven, gozábase en sus tormentos con incomparable crueldad.

Así permanecieron mucho tiempo la víctima y el verdugo.

Un dia, tan demacrada y débil hallábase Magnolia, que Zopilote juzgó que se aproximaba su muerte.

Entonces el infame, para no perder del todo aquel tesoro, pensó en venderla.

Llevó á Magnolia al caybal de los Arroyos; pero apenas entró en negociaciones para enagenar la esclava, ésta sucumbió de pesadumbre y de fatiga.

Despues hemos visto lo que aconteció: el encuentro de Usagre con el cadáver de su adorada; el despeñamiento de Zopilote, tachado aunque sin razon de siervo fugitivo, y el final de aquel drama que tuvimos necesidad de interrumpir, por exigirlo la relacion de otros acontecimientos.

La justicia se habia cumplido, y Usagre, que fué víctima de las infamias de Zopilote, estaba sobradamente vengado.

. . . . . .

. . . . . .

¿Qué hizo el caudillo español don Pedro despues de estas desagradables escenas ocurridas en el Caybal de los Arroyos?

Sin detenerse un instante, dijo á Usagre Alvarado:

—Amigo mio, no permanezcamos más aquí; venía-

mos buscando el placer, y nos hemos encontrado frente á frente del dolor.

—Tiene razon su excelencia; partamos, pero antes me permitireis que dé mi despedida á la muerta.

—Ya es tarde,—exclamó aproximándose un indio que estas frase oyó.

—¿Cómo?

—Nuestra compatriota ha sido retirada de aquí para darle mañana honrosa sepultura.

—¡Dios quiera haberla recogido en su seno!

. . . . . .

. . . . . .

Triste, meditabundo, y sin desplegar sus labios, cruzó Usagre todo el campo del caybal en compañía de su jefe.

Como los indígenas estaban muy entregados á su comercio, no hicieron el menor caso á los españoles.

Alvarado y su amigo llegaron al lugar en donde estaban sus caballos, el cual distaba unas cien varas del campo de la almoneda.

Completa soledad reinaba en aquel sitio.

Los mercaderes habían renunciado á encaminarse por allí al caybal, en razon á lo desigual del terreno.

Don Pedro desató de un árbol su caballo, Usagre hizo lo propio, y golpeándose el primero la frente, repuso:

—Pero ¡por los cuernos de Lucifer! ¿dónde habrán ido á parar Sandoval é Iñiguez?

—Ciertamente que no hemos vuelto á verlos desde nuestra entrada en el caybal.

—Llamémoslos á ver si contestan.

Hízolo así Usagre.

Sus avisos fueron completamente infructuosos.

—Quizás se hayan dirigido en busca de nuevos descubrimientos científicos.

—¡Oh! No podemos abandonar á nuestros colegas.

—Tal vez hayan sido víctimas de alguna infame traicion.

—Dios nos libre de semejante desgracia.

—Pronto sabremos si algun nuevo infortunio nos amenaza. Partamos, señor Usagre.

—Estoy á las órdenes de vuestra excelencia.

Y picando espuelas á sus corceles, Alvarado y su amigo retornaron sus pasos en direccion del caybal.

CAPÍTULO LXXX

Suceso inesperado.

Poco habian andado los dos capitanes, cuando cortóles el paso un indio.

—Deténganse mis amos,—exclamó.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿Pero qué pasa, voto á cien bombas?

—¿Ven sus mercedes aquel camino de la derecha que han dejado atrás para venir aquí?

—En efecto.

—¿Advierten una gran llanura en cuyo centro se levanta una montaña de color parduzco?

—Bien; ¿y qué?

—A ella se han dirigido los teules Iñiguez y Sandoval.

—¡Pero, hijos del demonio que son ellos, si ese monte debe encontrarse á ocho leguas de distancia lo ménos de este lugar!

—No importa: sus mercedes hánme dicho: Vé y dí de nuestra parte al muy ilustre señor don Pedro de Alvarado...

—¿Qué?

—Que hemos echado el anteojo hácia aquel monte y á él nos dirigimos. Aunque empleemos tres dias en la marcha, no pararemos de andar hasta que demos con él.

—Pero esos malditos, ¿qué objeto tienen en hacer tal viaje?

—Mis amos me han dicho, que el color de la montaña aludida indica que deben existir en ella muchos metales preciosos.

—¡Voto á cien mil de á caballo! que no gano para sustos con las locuras de esos doctores: el mejor dia me los voy á encontrar hechos pedazos.

—Señor Usagre, vamos en su busca, y aunque tardemos una semana, no paremos hasta dar con sus personas.

—Como vuestra excelencia guste.

Los capitanes despidiéronse del indio portador de la noticia, y emprendieron su marcha en direccion del lugar á donde suponian que se hallarian los fugitivos.

Anduvieron mucho y no acertaron á encontrar á nadie.

—¡Voto á Luzbel!—exclamó Alvarado lleno de corage!—¿Sabeis, señor artillero, que la marcha vá haciéndose por demás pesada?

—Cinco horas de camino llevamos, mi general, y sin encontrar á esos malditos.

—Pues áun cuando nos sorprenda la noche en nuestro viaje, no hemos de parar de correr hasta dar con ellos.

Así aconteció efectivamente.

Alvarado y Usagre anduvieron leguas y leguas.

El sol habíase puesto, y las sombras de la noche comenzaban á invadir el espacio.

Profunda soledad reinaba en los campos que Usagre y su jefe iban recorriendo.

Aquel viaje por regiones desconocidas hubiese sido capaz de inspirar miedo al más bravo.

Sin embargo, ninguno de los capitanes sintió el más leve temor.

Ni era fácil que tal dolencia les hubiese acudido, acostumbrados como estaban á realizar las más peligrosas empresas.

De súbito, y cuando iban más entretenidos en su conversacion, oyeron ruido como de gran cantidad de agua que se quebraba sobre las peñas.

Lo que al principio fué sólo un rumor opaco, tomó luego formidables proporciones.

—¡Adelante!—exclamó don Pedro sin cuidarse de lo que aquello pudiera ser.

Pero bien pronto viéronse todos obligados á detenerse.

Habian llegado al final de una montaña, desde cuyo seno brotaba el agua á torrentes para ir á perderse en el abismo.

Tan formidable era la catarata aquella, que don Pedro no pudo ménos de exclamar:

—¡Por Dios vivo, que no creí encontrarme con este obstáculo!

—Verdad dice su excelencia,—contestó Usagre.—Lo peor del caso es, que no podemos pasar al lado opuesto.

—Este maldito salto de agua existe entre dos montes cortados casi simétricamente.

—No tenemos más remedio que volver atrás, señor Adelantado.

—¿Quién dijo tal cosa?

—En mi opinion...

—La clara luz de la luna nos permite divisar la meseta que está enfrente de este sitio.

—Así es.

—¿Cuántas varas creeis, señor Usagre, que existirán desde aquí al lado opuesto?

—Unas ocho próximamente.

—Pues por los cuernos de Satanás os aseguro, que si vuestro caballo tiene tantos alientos como el mio, todo se ha logrado.

—¿Qué quereis decir?

—Que si estais dispuesto á que ganemos de un salto, la meseta opuesta.

—Como vuestra excelencia guste: todo puede reducirse á perder los sesos en la demanda.

—Pues allá voy.

Alvarado volvió un poco hácia atrás, picó espuelas á su corcel, y éste salió como una flecha.

Usagre le imitó de seguida.

Los dos valientes cruzaron como águilas la region

del viento, y acertaron á saltar al otro lado de la montaña.

El salto habia sido por demás peligroso y temerario.

Tanta impresion debió producir en los caballos de don Pedro y de su amigo la rudeza de sus acicates, que al tocar el lado contrario de la montaña salieron disparados.

Un ancho campo ofrecióse á los ojos de los caballeros.

En el centro del mismo estaba la montaña que habian divisado desde el caybal.

—¡Adelante!—gritó Alvarado, marchando á todo galope.

Pero apenas lanzó esta voz al aire, oyéronse fuertes alaridos.

Sin saber cómo don Pedro y Usagre, viéronse rodeados de una falange de indios feroces.

Todos ellos mostraron sus arcos en disposicion de disparar la flecha contra los españoles.

—¡Deteneos!—gritó Alvarado con acento de singular energía.

El eco de su voz debió impresionar mucho á los indígenas, por cuanto estos abandonaron su actitud amenazadora.

—¡Iñiguez! ¡Sandoval!—exclamó don Pedro en alta voz, por si la casualidad hacia que allí se encontrasen los sabios.

—¡Aquí; aquí estamos todos!—respondieron dos individuos, apareciéndose á los recien llegados.

En pos de ellos venia gran copia de indígenas, con hachas encendidas en la mano.

Los naturales que rodeaban al Adelantado y al artillero, cayeron de rodillas al ver á Iñiguez y á Sandoval.

—Buenas noches, señor excelentísimo,—exclamaron á una los sabios sonriendo.

—¡Buena... centella os parta!—contestó don Pedro lleno de corage!

—¡Menudo susto nos han dado vuesasmercedes,—repuso Usagre,—siete horas largas venimos caminando en su busca!

—¿Les parece á sus señorías,—preguntó con tono acre don Pedro,—que he venido yo á Guatemala para constituirme en ayo suyo?

—Señor: la ciencia, tiene deberes sagrados que no pueden eludirse.

—Si es en beneficio de la humanidad, tienen ucedes razon; pero cuando se hacen marchas inútiles y exploraciones ineficaces, se pierde el tiempo lastimosamente.

—Pues crea vuestra excelencia que en el caso presente se ha equivocado.

Sandoval volvióse á los indios y preguntóles:

—¿Verdad, amigos mios, que me he portado bien con vosotros?

—Si, sí,—contestaron los interpelados, disputándose el derecho de acariciar á Sandoval.

—¡Cosa más extraña!—repuso don Pedro fingiéndose sorprendido.

—No lo parecerá á su excelencia, cuando conozca lo que acaba de acontecernos.

—Explicaos, señor doctor.

—Cuando en compañía de vuestra persona y del señor Usagre cruzamos el caybal, vimos desde allí la montaña que existe enmedio de este campo.

—¿Y bien?

—Movidos por la curiosidad, pensamos Iñiguez y yo en explorar dicho monte, suponiendo por su color, que habria de contener minerales de gran mérito.

Al efecto, acercándonos á un indio, hubimos de preguntarle:

—¿Quereis decirnos, hermano, qué clase de terreno contiene el monte que advertimos desde aquí?

—¿Para qué quieren saberlo?—nos respondió.

—Porque somos hombres de estudio y deseamos conocer á fondo la naturaleza del suelo americano.

El indígena nos miró atentamente y luego con gran interés nos preguntó:

—¿Será alguno de vuesasmercedes, médico quizás?

—Yo lo soy,—hube de contestarle.

—¡Oh! pues por vuestra vida, por la memoria de vuestra madre á quien querreis mucho, os pido de rodillas una merced.

Y esto diciendo, postróse el indio de hinojos ante mí.

—Hablad presto,—díjele.

—Yo vivo,—contestóme,—cerca de esa montaña que tanto preocupa á vuesasmercedes.

—¿Y bien?

—Tengo un hijo de veintidos años sumamente enfermo, se le ha aplicado multitud de medicamentos y cada vez está peor.

—¿Y qué es lo que padece ese jóven?—le pregunté.

—Unos horribles dolores en el cráneo que le tienen siempre en un grito, y tanto le mortifican, que hace ocho dias que no puede dormir.

—Pues vamos allá,—repuse,—y veremos si es posible curarle.

En efecto, llegamos, señor Adelantado, y he aquí el motivo de que nos separásemos de usarcedes, mi amigo Iñiguez y yo.

Don Pedro miró atentamente á Sandoval, y díjole luego con acento cariñoso:

—Pase por esta vez la falta, sobre todo si me probais que vuestra profesion médica ha producido felices resultados en el caso presente.

—Ya lo creo que lo haré. Dad vuestros caballos á uno de estos hombres y seguidnos.

Alvarado y Usagre apeáronse de sus corceles y los entregaron á un indio.

Luego marcharon en pos de Sandoval é Iñiguez, acompañados de toda la falange indígena.

Bien pronto arribaron todos á la casa del enfermo.

Varias mujeres salieron á recibir á los recien llegados.

Al ver á Sandoval, pretendieron besar sus piés.

—Nada teneis que agradecerme,—dijo éste,—¿y el enfermo?—preguntó á las indias.

—Se ha logrado,—contestó una de ellas,—lo que nadie esperaba.

—¿Está tranquilo?

—Duerme como un muchacho.

—Soberbio,—exclamó Sandoval,—ahora, señores, vengan conmigo á ver al paciente.

Alvarado y Usagre penetraron con el médico en la choza.

En medio de ella, el enfermo dormia sobre un monton de paja.

A uno y otro lado del paciente habia dos mesas.

Don Pedro quedó de ello sorprendido y exclamó:

—¿Pero qué significa ese mecanismo?

—Un elemento que me ha servido para mucho; desde esas mesas he aplicado mi medicacion al paciente.

Sabed, don Pedro, que al venir aquí me hallé con una enfermedad original y nueva.

—¿Nueva decís?

—Así es: los dolores de cabeza que este jóven padecia, eran ocasionados de que la raiz de su cabello se torcia interiormente, y experimentaba grandes contracciones.

—Por mi vida, que no ví nunca dolencia más rara.

Pues oid ahora el remedio que yo he empleado: subido en esas mesas que veis, colocado un pié en cada una de ellas, he cogido al paciente por el cabello.

—¡Santo Cristo!

—Y levantándole varias veces, he logrado desenredar sus raices capilares.

—Remedio brusco habeis empleado, señor doctor.

—Sí lo es; pero juro que no volverá á padecer del mal que le atormentaba.

En esto el enfermo suspiró anhelosamente y despertó.

—¿Qué tal, qué tal, amigo?—preguntó el doctor acercándose á él.

—Muy bien, señor,—contestó el interpelado,—han cesado los horribles dolores que me aquejaban.

—¿Lo vé, su excelencia?

—Parece un milagro.

—¿Y vos, señor Usagre, qué decís?

—Que por hombres como vos, puede uno andar muchas leguas, seguro de encontrar siempre, algo que dé nuevas glorias á la patria.

CAPÍTULO LXXXI

Junto al lecho del paciente.

Don Pedro de Alvarado, sus amigos y los indígenas, permanecieron un instante observando al enfermo sometido al tratamiento de Sandoval.

El paciente fué recuperando el sueño poco á poco.

Sin embargo, á intervalos lanzaba anhelosos suspiros y pronunciaba un nombre.

El doctor rugó el ceño, y dirigió una significativa mirada á Alvarado.

Este la recogió sin poder adivinar lo que el doctor queria decirle.

Volvió el enfermo á caer en su reposo, y despues de algunos instantes de calma:

—¡Oh! La muerte, la muerte,—exclamó presa de terrible pesadilla,—primero hundiré en el pecho del cobarde la hoja de mi cuchillo.

El padre del enfermo, dejó ver en sus ojos el fuego de la ira, y luégo repuso:

—¡Oh! El, él tiene la culpa de la desgracia de mi hijo. ¡Maldita hora la en que nací bajo su poder!

—¡Eh! ¿Qué es esto?—exclamó el Adelantado dirigiéndose al anciano indígena, que llevóse las manos al restro para contener sus lágrimas.

—Es, es... no puedo revelároslo,—contestó el aludido.

—Sin embargo...

—Es un secreto de mi hijo, y debo respetarlo. Además, ante su solo recuerdo, se despedaza mi corazon. Figuraos qué seria, si yo os relatase el hecho...

—En manera alguna,—contestó Alvarado,—respeto vuestro silencio, y asaz indiscreto seria, si procediese de otro modo.

—No es que me inspireis desconfianza, señor General.

—Repito que no insistiré un instante en pretender averiguar la causa de vuestro dolor, y la del de vuestro hijo. Sólo sí debo manifestaros, que como soldado que soy, bien pudiera...

—¿Qué?

—Prestaros algún servicio, si de vengar un agravio se tratase.

—¡Vos!...

—Como oyéndolo estais: me conocereis de nombre suficientemente, y no debeis ignorar que el Adelantado de Guatemala ni teme ni debe á nadie.

—¡Oh! ¡Si eso fuera cierto!

—¡Qué es lo que decís! ¡voto á Cribas! ¿Os atreveis á injuriar á un español, suponiéndole capaz de mentir!

—¡Líbranme de ello los dioses!

—Entonces...

—Nada, señor General; no puedo ser más explícito. Quizás mañana, si mi hijo está más aliviado, si puede abandonar el lecho, os refiera él mismo á la luz del sol...

—¿Qué?

—Algo envuelto en las tinieblas de la deshonra.

El anciano bajó tristemente la cabeza, y Alvarado quedóse mirándole fijamente, sin atreverse á desplegar los labios.

La misma actitud guardaron Iñiguez y Usagre.

En cuanto á Sandoval, nada se cuidó de la conversacion de que queda hecho mérito.

Estaba tan abstraido contemplando á su enfermo, que sólo el estudiar la dolencia de éste, le preocupaba.

El padre del paciente hizo un supremo esfuerzo para disipar las tristes ideas que le abrumaban, y exclamó luego un tanto avergonzado:

—Si no fuésemos pobres de solemnidad todos los que habitamos en estos contornos...

—¿Qué sucederia?—preguntó don Pedro al indio...

—Ofreceria á sus mercedes una buena cena; pero no tengo, sino unas cuantas frutas, y algunos jarros de *chicha*.

—¡Magnífica provision para gente de guerra!

—Qué; ¿no se desdeñarian mis padres los teules, de aceptar esta ofrenda humildísima de un pobre indio?

—Lejos de desdeñarla,—contestó Alvarado,—tendremos sumo honor en acompañaros á cenar.

—El honrado será yo á quien cumple agasajar dentro de sus facultades, á los ilustres vasallos del más alto príncipe de la tierra.

—No os equivocais al calificar así á nuestro rey,—exclamó Alvarado lleno de noble orgullo.

—Cuanto soy y cuanto valgo daria por conocerle,—repuso el anciano indígena.

Alvarado extrajo de su bolsa varias monedas de oro, y haciendo ademan de entregarlas al indio:

—Hé ahí el retrato de su majestad, grabado en esos metales,—exclamó.—Recibid éstos como un recuerdo mio.

El indio contempló entusiasmado las monedas, y luego atrevióse á decir con plausible orgullo:

—¡Señor Adelantado de Guatemala: si este oro fuese el precio de la hospitalidad, no lo recibiria!

—Y haríais muy bien; ¡voto al diablo! tratando con otra clase de gentes, pero no con españoles; porque estos acostumbran á recompensar la cortesía con el oro del corazón, que por otro nombre se llama gratitud.

El anciano quedóse confuso, y guardó las monedas sin hacer más observaciones.

En esto entró en la habitacion un jóven, y dirigiendose á los circunstantes, díjoles á media voz para no despertar al paciente:

—Cuando mis amos gusten, pueden venir á cenar.

—Vamos al punto, señores,—exclamó el anciano, dirigiéndose á sus huéspedes.

—Estamos á vuestras órdenes:—contestó don Pedro.—¿Y vos, no veríis, señor Sandoval,—añadió.

—Yo no tengo apetito alguno; prefiero quedarme al lado del enfermo.

—Pero si este duerme á pierna suelta y se encuentra muy aliviado; ¿qué necesidad teneis de continuar aquí?

—Repito que debo hacer algunas observaciones clínicas y...

—Sea en buen hora,—exclamó Alvarado,—quedaos donde gusteis, que no he de ser yo quien contraríe vuestra voluntad.

—Mi mejor alimento es el ejercicio de la profesion: dejadme gustarlo á mi antojo.

—Sí haré,—repuso don Pedro,—pues aparte de todo, aunque el infierno en masa se empeñase en variar vuestros gustos, no lo conseguiria, ¡voto á brios!

Sandoval sonrióse ante la cariñosa amonestacion de Alvarado, y quedó solo en la estancia.

Don Pedro y sus amigos salieron de ella, encaminándose á un pequeño huerto inmediato á la choza.

Allí tomaron asiento sobre la yerba, para saborear en union de los indios, las frutas y la *chicha* conque les brindara el padre del enfermo.

El anciano habíase tranquilizado un tanto, ante las esperanzas que acerca de la salud del jóven, habíale dado el doctor Sandoval.

Pero no debian ser tantas sus seguridades, si se atiende á que enmedio de las espansiones de aquella cena frugal, no cesaba el anciano de volver la vista hácia su casa á cada momento.

Hubo de llamar la atencion de Alvarado esta inquietud; por lo que dijo al anfitrion:

—¿Supongo que vuestros temores se fundarán naturalmente, en que no pueda estar vuestro hijo tan celosamente cuidado, como si os hubiéseis quedado con él?

—Perdonadme; pero es tan nervioso, su sensibilidad se halla tan excitada, que...

—Aunque le acudiese la dolencia más rara; aunque se viese aquejado del más misterioso de los males, no dudeis de que su enfermero sabria conjurar el peligro. Es el doctor Sandoval un sabio, en toda la extension de la palabra.

—De ello estoy plenamente convencido, señor Adelantado. Sin embargo, á veces cae mi hijo en un padecimiento muy raro, que ninguno de los médicos indígenas acierta á explicarse.

Las palabras del viejo fueron interrumpidas al llegar á este punto, por un espantoso ruido subterráneo.

—¿Qué es esto, gran Dios?—exclamó Alvarado poniéndose súbitamente en pié.

—No hayais temor, señor Adelantado,—contestó el indio con frialdad glacial;—la tierra cuenta más años que yo, y ya sabeis que los viejos...

—Explicaos con claridad, ¡voto á Lucifer!

—Quise deciros... ¿á qué ocultarlo? Que estamos en los alrededores de un volcan.

—¡Jesucristo!

—¡Oh! Pero no hayais cuidado: esa montaña que veis, y la cual se encuentra media legua de aquí, hace

más de cuarenta años que no vomita la lava de su seno.

Iñiguez al oir estas palabras, abandonó su cena y con gran agitacion, preguntó al anciano:

—Decidme, amigo mio; ¿seria fácil en vuestra opinion, llegar hasta el cráter del volcan ese?

—¿Qué estais preguntando, hijo del demonio?—gritó Alvarado con espanto singular.

—Permitidme, señor Adelantado,—contestó Iñiguez,—Mil veces nos ha repetido vuestra ilustre persona, que no quiere ingerirse en las cosas de que se ocupan los sabios.

—Es cierto; aunque Satanás os lleve á todos.

El ruido subterráneo volvió á acentuarse con más fuerza que en la primera ocasion.

Alvarado y Usagre temblaron por la primera vez en su vida.

—¡Vive Dios!—exclamó Iñiguez con irritante serenidad,—que ya me hierve la sangre, de impaciente que estoy por ir á explorar la montaña volcánica.

—Los dioses no permitan semejante intento. Ninguno de nuestros exploradores, ha osado nunca realizar tal cosa.

—Pues yo aseguro que no hay peligro alguno de hacerlo en el caso actual.

—Creo que os equivocais grandemente,—repuso el anciano.

—Y yo entiendo lo mismo, — exclamó don Pedro.

—Y yo igualmente, añadió Usagre.

—Perdónenme sus señorías; porque de estas materias creo que puedo dar lecciones sobradas.

—Nadie os niega la competencia,—exclamaron sonriendo Usagre y Alvarado.

—Pues como decia,—repuso Iñiguez amostazado hasta no más,—entiendo que lo que ahora acontece, es ni más ni ménos que un pequeño temblor de tierra.

—Verdad decís,—contestó el indio.

—Y que los tales temblores, ni más ni ménos son, que malogradas tentativas de volcánicas erupciones.

—Habeis herido en la dificultad; esa es la opinion de todos nuestros sabios,—exclamó el anciano, lleno de sorpresa.

—¿Lo veis, señores? Si en esto de conocer á mi madre la tierra, no cedo el derecho á ningun mortal.

—Bueno ¿y qué pretendeis, señor Iñiguez?—preguntó con agitacion Alvarado.

—Ir en este instante á explorar el volcan.

—¡Pero por los clavos de Nuestro Señor! ¿insistís en vuestra locura, hombre descomunal y sin entrañas?

—¿Falto con ello á la ordenanza?

—No; pero...

—¿Desobedezco á su excelencia?

—Tampoco; mas...

—Entonces...

—¿Entonces, qué?

—Que Dios guarde á vuesasmercedes y... hasta que nos veamos de nuevo.

Iñiguez abandonó aquel lugar, saliendo con la velocidad de la centella.

—¡Eh! ¡Teneos, bellaco; yo os lo ordeno; ved que vais á morir!—gritó Alvarado, con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero era tarde ya; su voz perdióse en el espacio.

Iñiguez habia desaparecido, tomando desconocida direccion.

Igual resultado obtuvieron los gritos que Usagre y el anciano dieran.

El explorador español, deberia encontrarse ya bastante alejado de sus amigos.

Don Pedro, presa de visible cólera, comenzó á mesarse las barbas, y á decir con voz de trueno:

—Si yo me tengo la culpa: si con estos hombres no se puede ir á ninguna parte. ¡Voy, voy á salir en su seguimiento!

Y ya iba á emprender la marcha, cuando vió buena suma de indios que con hachas encendidas parecian encaminarse á aquel lugar.

—¿Otra tenemos?—preguntó con gran disgusto el Adelantado.

El anciano indígena no esperó á dar la respuesta á don Pedro.

Salió en busca de los que traian las hachas, y volvió al lado de Alvarado poco despues.

—¿Quereis explicarme,—preguntó al anciano el caudillo,—qué significa esa misteriosa procesion?

—¡Son los curanderos; los malditos curanderos que han asaltado mi casa!

—¿Cómo?

—Sabed, señor, que mi hijo, el que está al lado del

doctor Sandoval, padece de otro mal del que no es habia dado cuenta.

—¿Esto más, cielo santo?

—Durante las noches, suele abandonar el lecho, y dormido, hace una porcion de maniobras como si despierto estuviera.

—¡Ah! Ya comprendo cuál es su enfermedad.

En esto llegaron los de las hachas al huerto donde habia tenido lugar la cena.

Marchaban tales indios en dos filas, y enmedio de ellos, cubierto con largo sudario blanco, venia el sonámbulo aquel.

A su lado, y sin quitarle la vista, caminaba el doctor Sandoval.

El sonámbulo, con los ojos completamente abiertos, fué avanzando pausada y lentamente, hasta donde Usagre y don Pedro estaban.

—¿Qué es esto?—preguntó Alvarado al doctor.

—Es,—contestó el interpelado,—que mi enfermo disponia de esta virtud que veis, por mí ignorada.

—¿Pero qué significa el acompañamiento que traeis?

—Estos señores, son los curanderos de estos contornos, que han asaltado la casa de mi enfermo, cuando yo me encontraba al lado de su cama.

—¿Y con qué fin?

—Con el de estudiar, en los gestos y contorsiones de este desdichado, lo que ellos llaman *dolencia desconocida*.

—¿Y cómo habeis permitido á vuestro enfermo que saliera al campo en esta disposicion?

—Los señores son testigos,—exclamó Sandoval, dirigiéndose á sus acompañantes,—de que mi cliente sacó de pronto un cuchillo de entre las yerbas sobre que dormia, y blandiéndolo al aire, exclamó:

—¡Si algun villano se atreve á impedir que vaya yo á vengarme del *cacique de hierro*, le hundiré esta hoja en el corazon!

—¡Terrible aviso!—exclamó moviendo la cabeza Alvarado.

El doctor Sandoval siguió diciendo á don Pedro:

—Al ver la resuelta actitud del durmiente, convinimos estos señores y yo en dejarle hacer lo que quisiera, á ménos que hubiese atentado contra su vida.

—¿De modo que este jóven lo hacia todo hallándose dormido?

—Como se encuentra en este instante.

—¡Fenómeno raro y original!—exclamó don Pedro.—Y decidme, señor doctor; ¿no convendria despertar á este jóven?

—Seria peligroso: quizás un susto, una emocion demasiado fuerte, pusieran su vida al borde del abismo. He ahí por qué no nos hemos atrevido á sacarle de su paroxismo y le hemos dejado llegar hasta aquí, sin abandonarle, por supuesto.

—¡Voto á cien rayos, que me causa compasion profunda el estado de este jóven!

—Ya lo creo, señor general,—repuso tristemente el padre del sonámbulo,—y más vuestra piedad se aumentaria, si conociéseis los sufrimientos de que ha sido objeto por parte del malvado...

—Sí; vuestra historia secreta: aquella de que no queríais fuese noticioso.

—Perdonad...

—No tengais cuidado, amigo...

—Chapala: ese es mi nombre,—exclamó el anciano.

—Pues bien, hermano Chapala: yo os juro que he de vengar la ofensa inferida á vuestro hijo.

Decir esto don Pedro, y dejar caer el sonámbulo, sin despertarse, el cuchillo que llevaba oculto, fué obra de un momento.

Seguidamente avanzó poco á poco hácia el lugar en que don Pedro se encontraba.

Sandoval creyó llegado el instante oportuno de despertar al sonámbulo.

Cortóle la marcha, y como si un rayo de sublime inspiracion le hubiese hecho resolver lo que á la sazon era un problema científico, colocó sus labios próximos al rostro del jóven, bañando este con algunas corrientes de aire.

Luego, como quien trata de rasgar un velo, hizo ademan de separar con sus manos la atmósfera que rodeaba al jóven.

Este lanzó un anheloso suspiro, y:

—¿Dónde estoy?—exclamó despertando de su letárgico sueño.

Pero nadie acertó á responderle, porque cuando pronunció sus últimas frases, se oyó un nuevo espantoso ruido subterráneo, y la voz del anciano Chapala que decia:

—¡Al suelo todos! ¡La erupcion del volcan está próxima! ¡No hay tiempo que perder!

Cuantos oyeron las fatídicas palabras del indio, tendiéronse en la arena.

Una terrible detonacion percibióse, y la tierra comenzó á balancearse, como el buque abandonado á las borrascas del mar.

El cielo parecia desgajarse para dar salida á los ímpetus del rayo.

De súbito, mientras el suelo se agrietaba, salió de la cúspide de la montaña una espesa columna de humo.

Poco despues el cráter del volcan lanzaba al espacio un ramillete de ardiente lava.

Mientras esto acontecia, surgió la voz potente de Alvarado, diciendo:

—¡Iñiguez, desdichado; no volveremos á verle nunca!

—¡Feliz él si acierta á morir en la demanda!—contestóle uno, que no era otro que el ilustre médico Sandoval.

CAPITULO LXXXII

En el seno de la tierra.

Retrocedamos algunos momentos, para acompañar á Iñiguez en su temeraria excursion.

Apenas abandonó á Alvarado y sus amigos, lanzóse en direccion del lugar donde la montaña volcánica se encontraba.

Ni un sér viviente logró hallar en su camino.

Los alrededores del volcan semejaban por lo solitarios, un estado del reino de los muertos.

Las sombras eran espesísimas, divisándose enmedio de ellas como fantasmas vengadores, las siluetas de algunos montecillos cercanos.

El relámpago iba á quebrar su luz vivísima en la superficie de éstos, y el trueno, resonando majestuosamente en el espacio, parecia convertirse en eco de ira, lanzado por la naturaleza desde su seno.

Otro hombre que no hubiese sido Iñiguez habria retrocedido lleno de pavura al contemplar el cuadro horrendo de la tormenta.

Pero lejos de intimidarle, enardecian más y más su espíritu científico aquellas geológicas convulsiones y aquella soledad verdaderamente fúnebre.

Iñiguez caminaba con más alientos cada vez.

De pronto, y cuando ya se hallaba próximo al volcan, la tierra agrietóse, crugió como pedazo de engomada tela que se rasga violentamente, y dejó abierta á los ojos del sabio la boca del abismo.

Iñiguez cruzóse de brazos ante él, detúvose un momento, y como si tratase de hacer juguete del peligro, saltó al otro lado.

En esta empresa no fué Iñiguez todo lo afortunado que pensaba ser.

En su caida deslizóse su pié sobre un guijarro, y dió con su cuerpo en una charca de fango llena.

Penosamente y como pudo, fué irguiéndose poco á poco; pero al ir á ponerse en pié, vióse rodeado de diez ó doce pajarracos muy grandes.

Las aves aquellas, que no eran otra cosa que enormes gavilanes, comenzaron á mostrar su soberbia, lanzando terribles graznidos é intentando picotear la cabeza de Iñiguez.

Este rióse de su aventura, y desnudando su tizona, comenzó á dar tajos á diestro y siniestro.

Como era lógico, la mayoría de los importunos huéspedes de aquella region, pagaron su desvergüenza con la vida.

Los restantes gavilanes huyeron llenos de pavura.

—¡Bravo encuentro ha sido el mio! —exclamó el sabio para sí.—Por fortuna el monte está cerca, y pocas varas tendré ya precision de andar. ¡Avancemos!

Tomó el hidalgo por una senda tortuosa, y se vió precisado á descender.

Así anduvo un buen trecho, sin hallar fácil salida.

Entonces comenzó á desanimarse, y pensó en volver atrás, diciendo:

—Creo que he cambiado el camino: la cosa se vá poniendo muy mal. Sin embargo, no debo pararme en temores pueriles: adelante, y sea lo que quiera el cielo.

El doctor continuó descendiendo, y á medida que lo hacia, vió con singular sorpresa que iban desapareciendo de sus ojos las impresiones producidas por los fulgores del cielo.

Sobre su cabeza extendianse grandes masas minerales.

De tiempo en tiempo parecian las mismas extremecerse, lanzando ruidos amenazadores.

Iñiguez fué bajando y bajando cada vez más, sin amedrentarse un solo momento.

De pronto sintió como que su pecho se oprimia horriblemente, y se detuvo.

Luego hirieron sus fosas nasales espesas corrientes de gases mefíticos, que estuvieron á punto de asfixiarle.

Hallándose así, la luz de un relámpago, internándose por alguna agrietacion de la tierra, permitióle divisar un punto de salida que debia hallarse muy lejos.

—Adelante, ¡vive Cristo! —gritó el sabio dando

alientos; á su colosal energía.—Si muero, recibiré el sublime dictado de mártir de la ciencia.

Y como si tratase de caminar por terrenos que le fueran completamente conocidos, comenzó á marchar con planta segura y firme.

Los gases nocivos, que por un instante pretendieron robar á Iñiguez la existencia, dejáronle libre ya.

Pero fueron sustituidos por unas corrientes de aire en extremo pesado y caliginoso, cuya densidad y espesor parecian aumentarse, á medida que adelantaba en su camino el sabio.

Enmedio de este mundo de tinieblas impenetrables:

—¿A dónde iré yo á parar?—díjose Iñiguez.

Y sin abandonar un punto la única guía de que podia disponer, la cual no era otra que su mano derecha, que tanteaba las rocas laterales del antro, siguió y siguió sin detenerse.

El doctor suponia, y quizás no se equivocaba, que marchaba por una vereda estrechísima, formada por obra misma de la naturaleza.

Y que si se hubiese inclinado á la izquierda, tal vez su cuerpo, perdiendo tierra, habria rodado á las entrañas del más ignorado abismo.

Empero, á pesar de la gravedad de estas consideraciones, no se intimidaba Iñiguez un momento.

La fiebre de la pasion científica alimentaba su voluntad, como la fiebre patológica alimenta al paciente cuando más débil parece encontrarse.

Sin embargo, todo cuanto el ilustre doctor español hubiese acertado á descubrir allí, no alcanzaria otro

valer que el que representaban su esfuerzo y temeridad inquebrantables.

Muchas veces acontece lo propio en las exploraciones científicas.

Por la consecucion de un pequeño mineral, que ha de dar orígen á nuevos empeños taxonómicos, se sacrifican cien vidas de otros tantos varones ilustres.

La ciencia hase mostrado asaz cruel, con sus más esclarecidos sacerdotes.

Al tratar de realizar un nuevo descubrimiento, han perecido infinitos sabios en la demanda.

Otros, á sabiendas, han dado gustosos su vida con tal de dejar sentados en fórmulas elocuentes los términos del problema, que habria de ser su gloria póstuma.

Iñiguez hubiera pertenecido á estos últimos, si el destino humano, que puede más que las individuales inclinaciones, no se hubiese empeñado en hacer prevalecer sus leyes sobre toda otra voluntad.

Empero no abandonemos á nuestro valeroso explorador. Marchaba éste por entre galerías y más galerías subterráneas, sin que un átomo de luz le hiciese ver la naturaleza del terreno que atravesaba.

El paso del explorador era sumamente lento, para evitar el choque rudo con algun escollo que le hubiese hecho tropezar y caer tal vez.

Iñiguez caminaba, como ya hemos manifestado, pegado siempre á las rocas laterales que á su derecha estaban.

El terreno que recorria á oscuras, era accidentado y difícil por demás.

A pesar de esta circunstancia, no tuvo el sabio el menor tropiezo. Un espíritu protector parecia guiarle enmedio de las sombras y de la soledad.

Un momento llegó en que Iñiguez oyó ruido, como de grandes torrentes que se quebraban sobre las peñas.

Anduvo más y más, guiado por su inspiracion solamente.

El hidalgo sintió que se elevaba poco á poco por una especie de altísima espiral.

El ruido producido por el agua torrencial acentuóse bastante; luego creció mucho, y al cabo convirtióse en uno semejante al que pudieran hacer muchos carros de artillería, marchando á un tiempo sobre terrenos pedregosos.

Ya Iñiguez, ante aquel nuevo misterio, detávose, no impulsado por el miedo, sino para reflexionar lo que debia hacer.

—Quizás la muerte me espera,—se dijo;—pero... avancemos. Todo intento de retirada seria completamente infructuoso; ni conozco el camino por donde he llegado aquí, ni acertaria á volver atrás.

En esto, al aplicar el sabio su mano á una de las rocas, sintió un calor intenso y vivísimo.

Un poco más adelante, las petreas paredes ardian.

Iñiguez sintió que su mano se abrasaba, que sus pulmones se negaban á funcionar por falta de aire, y que la sangre se le agolpaba en el cerebro.

Haciendo esfuerzos sobrenaturales, anduvo dos ó tres pasos más, y á tiempo que gritaba, próximo ya á la asfixia:

—¡Dios mio, tened piedad, tened misericordia de mí!

Ofrecióse á sus ojos el espectáculo más aterrador é imponente que presenciara en su vida.

Dos extensas galerías, hechas por la naturaleza; y por la techumbre de las cuales penetraba algun rayo de tibia luz, mostráronse á la vista de Iñiguez.

Por una de ellas, venian formidables brazos de agua hirviente, cuya compacta masa, caia en el abismo abierto junto á las plantas mismas del sabio.

Por la otra venian verdaderos ríos de lava, que convertian aquél lugar en mar de sangre, y en desiertos de fuego; pero el agua logró extinguirlos bien pronto.

Esta circunstancia hacia posible la permanencia momentánea del sabio en aquel lugar.

Iñiguez, aunque estaba bastante separado del lugar por donde nacian aquellos terribles elementos, sintió que el cabello se le erizaba.

Sus miembros parecian petrificarse; sus ojos cubrirse con las sombras de la muerte.

El corazon del explorador latia con fuerza, como si quisiese evadirse de su cárcel.

El sabio estaba próximo á la intoxicacion.

Sólo el Todopoderoso en su infinita Misericordia, podria salvarle.

Iñiguez, apoyado á la pared, haciendo esfuerzos vanos para respirar, y dirigiendo al espacio miradas de moribundo, exclamó con voz apagada:

—No, no es este el volcán que buscaba; aquel debe hallarse próximo; pero... yo... he encontrado... aquí...

el origen de un nuevo volcán de agua: yo... ¡lo he descubierto... queda... aquí... mi puñal.

Y arrojó en tierra el arma, como prueba de haber sido el primer hombre que ponia su planta en aquel sitio.

Una espesa columna de agua cegó completamente el hueco por donde habia penetrado Iñiguez.

El doctor dirigió al mismo una mirada de terrible espanto, y gritó:

—¡Ahora... sí; ya... no hay... remedio! ¡Compasion... Vírgen María... compasion!

Y á tiempo que esto decia, la tierra abrióse muy lentamente á sus espaldas, cediendo al terremoto.

El hidalgo advirtió este punto de salida, poniendo su mano en él; y:

—¡Gracias... gracias... Madre mía... me habeis oido... como siempre!—exclamó con débil voz.

Luego, sobreponiéndose á su debilidad, realizando esos supremos esfuerzos que el instinto de la propia conservacion sugiere en los grandes trances, deslizó su cuerpo, arrastrándose casi por el hueco aquel.

El doctor comenzó á respirar aire puro.

Se fué reanimando; pero no hasta tal punto que su respiracion fuera amplia y desembarazada.

La lucha que el hidalgo habia mantenido con la muerte, fué por demás terrible.

Aquel organismo vigoroso era humano al fin, y tenia que ceder á la leyes inflexibles que regulan todas sus funciones.

Al salir Iñiguez de su encierro, anduvo lleno de

fatiga algunos pasos, por entre galerías y rocas.

Luego divisó alguna claridad incierta; despues un rayo de luz más viva, y al fin los fulgores del astro de la noche, que lucian en el firmamento entre diáfana atmósfera azul.

Iñiguez encontróse en la cúspide de una montaña, para él desconocida.

Desde ella pudo advertir que se habia equivocado en su viaje.

La montaña volcánica que intentó el sabio descubrir, encontrábase á sus espaldas.

La equivocacion del sabio, pues, fué el orígen de su salvacion.

Si Iñiguez hubiese intentado siquiera acercarse á la falda del expresado monte, al eruptar el volcán, hubiese pulverizado su cuerpo.

Pero el sabio al advertir su error, lo lamentó en vez de celebrarlo.

No tuvo tiempo sin embargo Iñiguez, de atender á otra cosa que á su cuerpo horriblemente quebrantado por la excursion.

Con mano temblorosa, dominado por su extrema debilidad, buscó un sitio donde poder tenderse.

Mas apenas lo hizo, llevóse la mano al corazon, sintió un frio glacial en su rostro, y exclamó al fin con voz apagada:

—¡No puedo, no puedo más!

Y cayó en una meseta de la montaña, presa de un sincope profundo.

Como abortados por el infierno saltaron dos indios

feroces, muy cerca del lugar que Iñiguez ocupaba.

Los dos prorumpieron en fuertes alaridos, y por el pronto, no se atrevieron á llegar hasta el docto.

Uno de ellos exclamó:

—¿Has visto cómo ha salido del seno de la tierra ese hombre?

—Del infierno, querrás decir: sin duda el demonio nos envia uno de sus emisarios, para sembrar la peste y la desolacion en nuestros hogares.

—¡Oh! sí; tienes razon: ese no es un sér como los demás: el modo que ha tenido de aparecerse en este sitio...

—Acerquémonos á él, y démosle la muerte, si aún vive.

—Mejor será en este último caso, que lo llevemos á nuestro señor el cacique, para que haga de su cuerpo lo que guste.

—Muy buena idea: si logramos ofrecer en holocausto á los dioses la persona de este demonio, será el mayor tributo que hayamos podido prestarles.

—¡Adelante, pues!

—¡Avancemos!

Los dos indios fueron aproximándose poco á poco al cuerpo del doctor.

Uno de ellos púsole la diestra en su sien, y:

—¡Vive!—exclamó lleno de alegría.

—Pues arriba con él,—respondió el otro.

Los dos cobrizos tomaron á Iñiguez cual si fuese una pluma, y desaparecieron con él entre las espesas sombras que invadian el espacio.

CAPÍTULO LXXXIII

Caridad, valor y heroismo.

Retrocedamos para volver al lado de don Pedro y sus amigos.

Tendidos en tierra, encomendábanse todos al cielo para que les libertase de los horrores del volcán.

La erupcion continuaba con intermitencias no muy largas.

La tierra balanceábase más y más cada vez, reduciendo á escombros las casas de algunos desdichados indios.

Estos corrian despavoridos, pidiendo misericordia para sus familias que se hallaban sepultadas en los escombros.

Gritos de dolor intenso, acentos en extremo desgarradores, quejas horribles: tal era el cuadro que ofrecia el campo aquel.

Alvarado, Usagre y Sandoval, sintieron que la sangre les hervia en las venas, al conceptuarse impotentes para luchar con tan formidable enemigo, como el que tenian delante.

En esto la tierra crugió con más fuerza que nunca, y á unas diez varas del sitio en que estaban los españoles, derrumbóse una pequeña casa, sepultando entre los materiales á sus moradores.

Gemidos desgarradores y profundos, oyéronse luego. Sin duda habian sido víctimas de la catástrofe muchos infelices indios.

Alvarado no pudo ya contenerse, púsose en pié, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Compañeros! socorred al prójimo, y caiga el que caiga.

Don Pedro, seguido de Usagre, de Sandoval, y de algunos indígenas, lanzóse á los escombros de las casas derruidas para extraer los cadáveres de los que hubiesen perecido en la demanda, ó salvar á los que aún viviesen.

El indio Chapala no pudo acompañarles, porque el estado de salud de su hijo reclamaba su asistencia.

El sonámbulo habia sido presa de un nuevo accidente nervioso, por lo que hubo precision de trasportarle á su lecho nuevamente.

Alvarado y sus compañeros realizaban en aquellos instantes, verdaderos prodigios de valor.

Unas veces, introducíanse en las casas que aún quedaban en pié, y sacaban al campo á sus habitantes con ligereza suma.

Otras penetraban en los montones de ruinas, y sin temor al terremoto, extraian los heridos y los muertos, que eran depositados en la llanura.

El temblor acrecia, y la tierra amenazaba convertir aquel lugar en desierto de sangre.

En esto una pobre mujer cruzó el terreno gritando de una manera horrible:

—¡Mi hijo! ¿No hay quien salve á mi hijo?

La fantástica figura de Alvarado avanzó entonces hasta la pobre madre aquella, y mostrándole un niño que en sus brazos llevaba:

—¿Es este vuestro hijo?—exclamó.

—¡Sí, sí!

—Pues tomadle y que Dios le bendiga.

La india quiso deshacerse en caricias para el Adelantado.

Empero este desapareció de su vista, para continuar realizando su filantrópica empresa.

La terrible convulsion geológica fué cediendo lentamente.

El campo hallábase sembrado de cuerpos humanos, y los heridos eran trasportados á un gran local destinado á guardar las mieses.

Los infelices indígenas que habian salido ilesos de la catástrofe, caminaban despavoridos, buscando entre los heridos y muertos á las personas de su afinidad.

En esto comenzó á amanecer.

Una leve tempestad pareció iniciarse.

Cuando nadie pensaba en ello, cayó un rayo, seguido de un trueno formidable, muy cerca de la choza del

sonámbulo. Esta empezó á arder por la puerta de entrada.

La gente indígena se agrupó allí, lanzando gritos terribles, mas sin atreverse á apagar el incendio.

Estando en tal situacion, oyóse la voz formidable de Alvarado que decia:

—¡Abridme paso, voto á bríos!

Una exclamacion de espanto surgió enseguida, á la vez que Alvarado, cruzando las llamas, penetraba en el hogar del enfermo.

Seguidamente reapareció el caudillo ante la multitud, y los vítores y aclamaciones surgieron al verle.

El Adelantado traia entre sus brazos de hierro al sonámbulo y á su padre, los cuales venian desmayados.

Pero el invencible general les habia salvado la vida.

Ya cuando la tempestad cesó, cuando el cielo comenzó á despejarse y el dia se mostró completamente claro, Alvarado, lleno de pesadumbre, permitió á los indios el reconocimiento de los heridos y de los muertos.

La escena fué por demás terrible y desgarradora: padres y madres que advertian los cuerpos inertes de los seres queridos de su corazon; infelices viudas que al contemplar los cadáveres de sus esposos, lloraban y se deshacian en lamentos horribles; niños huérfanos que se quedaban sin más amparo que Dios en el mundo: tal fué el espectáculo que presenciaran los españoles.

Don Pedro y sus amigos hallabánse verdaderamente afectados al contemplar tanta desdicha.

Los indios colmábanlos de abrazos y de vítores, por los valiosos servicios que les habian prestado.

Y enmedio de explosiones de llanto, de quejas hondas y de lamentos incomparables, pedian los indígenas á los castellanos que les socorriesen en su desgracia, porque se quedaban sin pan, ni auxilio alguno en la tierra.

—Sí haremos,—don Pedro contestaba,—todo cuanto poseemos los españoles es vuestro desde ahora.

Y multiplicábanse las manifestaciones de gratitud hácia los hijos de Iberia, y el pueblo aquel en masa rodeábalos por doquier.

Alvarado, Sandoval y Usagre, acompañados de algunos indígenas dieron por sí propios sepultura á las víctimas del terremoto.

Luego el Adelantado facilitó su caballo y el de Usagre á dos indios, para que fueran á la capital á ser portadores de una carta para su hermano Jorge.

En ella decia don Pedro á su hermano que le enviara camillas, vendas, víveres en abundancia y dinero para socorrer á los que habian sufrido en el accidente del temblor. Como verdaderas exhalaciones salieron los indios portadores de la mision de Alvarado.

Cruzaron como saetas, campos y llanuras, y como conocian muy á fondo todo el terreno de su país, adoptaron uno, ignorado por los españoles, el cual les permitió llegar bien pronto á la capital.

Resultado de todo esto fué, que al anochecer de aquel mismo dia tuviese en su poder don Pedro de Alvarado cuanto á su hermano habia pedido.

Sandoval instaló á los heridos convenientemente, y comenzó á prodigarles sus cuidados científicos.

Don Pedro y Usagre repartieron entre los indígenas víveres y dinero en abundancia, logrando de esta suerte mitigar un tanto el infortunio, y recibiendo las bendiciones de los desdichados.

Los vecinos todos de los contornos aquellos, circundaban á los españoles y no les dejaban casi moverse, en fuerza de tantas manifestaciones de gratitud. Hallándose así, ocurrióseles decir á varios indígenas:

—Si los españoles fueran nuestros amos, otra sería nuestra suerte.

—¡Muera el cacique de hierro!—gritaron unos.

—¡Abajo con él!—respondieron otros.—¡Oh! Pero no, no podemos, somos sus esclavos.

—Es muy fuerte; nos vencería y mandaría que nos arrancasen las entrañas.

—¡Tanta sangre de esclavos vertida por el infame!

—¡Muera, muera!—repitió el pueblo en masa.

—Sí, sí; con hombres como don Pedro de Alvarado, nos atreveríamos con él; ya veríamos si entonces se apellidaba *El único invencible*.

Al oir estas frases don Pedro, sintió hervirle la sangre en la cabeza, é impuso silencio á la multitud.

—Voy á hablaros para que todos me oigais,—díjoles luego.

—¡Sí, sí!—contestó el pueblo alborozado.

Don Pedro subió con planta firme á un montecillo muy bajo y desde la cima del mismo dirigió la palabra al pueblo, en esta forma:

—Hermanos, ya conoceis la civilizadora mision que me ha traido á estos terrenos de América.

—¡Verdad, verdad!

—Habeis advertido que los españoles, más que vuestros enemigos, son vuestros hermanos.

—¡Vivan los salvadores del que sufre!

—¡Vivan!—exclamó el pueblo á una.

—Gracias, amados míos; gracias: lo que hemos hecho, es obra del deber solamente.

—¡Arriba don Pedro de Alvarado! Reconozcámosle como á jefe de nuestras tribus.

—No lo permitiria jamás: aquí debe tratarse de otra cosa.

—¡Que hable, que hable!

—¿Existe por lo visto un menguado que os tiraniza?

—¡El cacique, el cacique de hierro!

—¡Somos sus esclavos!

—Tenemos obligacion de labrar sus tierras, y de entregarle los frutos sin recibir ninguna recompensa.

—¡Miserable indio!—gritó Alvarado sin poder contenerse.

Los indios asintieron con grandes voces, y dijeron luego:

—Cuando al cacique le conviene, nos manda azotar, sahumando nuestras heridas con *chile*.

—O nos hace llevar grandes cargas en la cabeza, hasta que caemos enfermos de cansancio y de fatiga.

—¡Muera el tirano!

—¡Abajo el traidor!

—¡Vivan los teules!—exclamó el auditorio en masa.

—¡Silencio, os lo suplico!—volvió á decir con energía el Adelantado.

Todos los circunstantes quedaron como estátuas.

Don Pedro reanudó su peroracion, diciéndoles:

—Podemos vengarnos de las ofensas de ese miserable, de un modo bien sencillo.

—¿Cuál, cuál?

—¿Tendríais inconveniente en poneros militarmente bajo mis órdenes?

—¡Nunca, nunca!

—¡Qué me place! ¿Cuántos hombres de guerra podrá mover el cacique de hierro?

—¡Unos dos mil!

—¿Y cuántos sois vosotros?

—Seiscientos hombres, dispuestos á luchar por su honra.

—¡Magnífico! ¿De suerte que no os aterra la diferencia del número?

—Con Alvarado al frente, iremos al infierno si es preciso.

—Pues no haya más que hablar: designareis cuatro de los vuestros para que conferencien conmigo, y nos pondremos de acuerdo sobre nuestro plan de ataque, y acerca del dia en que debemos dar el golpe.

—¡Viva España! ¡Vivan los hijos de la Iberia!—volvieron á decir los indios.

Alvarado con más alientos, exclamó:

—Nada más grande, hijos mios, que cuando el hombre lucha por su libertad honrada:

—¡Muera el tirano!

—El valor,—repuso el caudillo,—nace de la dignidad: nada más superior que ver á un hombre haciendo pedazos el látigo que hiere su rostro.

La multitud cobriza levantó las manos en alto, presa de entusiasmo fébril, y quiso apoderarse del cuerpo de don Pedro para pasearlo triunfalmente.

Pero el Adelantado los contuvo, hasta lograr que le oyesen el resto de lo que tenia que decir.

Con sumo trabajo consiguió que le escucharan exclamando:

—Despues... si el triunfo nos acude, saborearemos en calma el producto de nuestro heroismo: ni habrá más deshonra, ni verteremos más lágrimas.

—¡Benditas vuestras frases, teul privilegiado! Quieran los dioses que se realicen como un aviso del cielo.

—Se realizarán, no dudeis, de que se realizarán.

En esto uno de los oyentes, se dejó decir:

—A ver si ahora, persiste el cacique de hierro en seguir llamándose *invencible*.

Don Pedro sintióse herido en su dignidad, y volviéndose hácia donde la voz saliera, exclamó con acento terrible:

—¡Juro á Dios, por el nombre que llevo, que si me ayudais, repartiremos el territorio de ese miserable, como los cuervos se reparten su presa en el festin de la muerte!

CAPÍTULO LXXXIV

Un prólogo de revelaciones.

Habian trascurrido ocho dias desde los sucesos anteriormente relatados.

La tarde mostrábase esplendente y serena.

Los indios moradores de los contornos de la montaña volcánica, entregábanse á sus tareas agrícolas.

El cuadro de desolacion y de muerte que ofrecia el terremoto, habia desaparecido por completo.

La filantrópica mano del caudillo español habia enjugado el duelo de aquellos infelices, con su caridad inagotable.

Todos los indígenas á quienes Alvarado dirigió la palabra, dejaban ver en sus rostros la expresion viva de profundo placer.

Cualquiera que hubiese visto aquellos hombres, habria atribuido su satisfaccion á su buen éxito en las tareas agrícolas.

Empero quien tál opinase, se habria equivocado grandemente.

Los indios á quienes dirigió su peroracion Alvarado, estaban contentos y alegres, porque habia llegado el momento de vengarse del hombre que los tiranizaba.

La presencia de don Pedro entre ellos, reanimó sus espíritus de tal suerte, que estaban dispuestos á realizar las mayores hazañas para sacudir el ominoso yugo de su opresor.

De cuándo en cuándo, enmedio de las faenas campestres, oíanse animadas canciones lanzadas al viento á media voz, por aquellos naturales.

Por el espíritu de ellas, deducíase, áun desconociendo su idioma, que no eran más que gritos de guerra, anuncios sublimes del hombre oprimido que trata de reconquistar su libertad.

¿Cuál era el fundamento de tal situacion así demostrada por el pueblo aquel?

Muy pronto tendremos ocasion de saberlo.

Para esto es indispensable que sigamos al Adelantado de Guatemala, á sus amigos Usagre y Sandoval, y á Chapala y su hijo el sonámbulo.

Todos ellos aparecian reunidos en un delicioso bosque, en la tarde de que hemos hecho mérito.

Sentados en tierra, á la sombra de un árbol frondoso que perfumaba el espacio con sus aromas, mostrábanse entregados á interesante conversacion.

El sonámbulo hallábase completamente curado de sus accesos nerviosos, gracias al acierto de Sandoval.

El indio dirigióse á su padre Chapala, y díjole:

—Señor: si lo creeis conveniente, referiré á estos caballeros el amplio capítulo de nuestras desgracias.

El anciano envió á su hijo una mirada dolorosa, y poniéndose luego en pié, exclamó:

—Ciertamente que estos caballeros teules, tienen derecho á conocer nuestra historia como salvadores nuestros que sois; pero no debo, no puedo estar en su presencia mientras tú la relatas, porque quizás muriese de vergüenza, cuando advirtiesen que no he sabido vengarme.

El anciano pronunció estas palabras con tales tonos de energía, que Alvarado quedóse mirándole con profunda atencion.

Adivinó que en el alma de aquel hombre se desencadenaba una tempestad horrible y díjole, queriendo tranquilizarle:

—Perdonad, señor Chapala amigo; pero entiendo que por graves que sean los secretos de vuestra vida, todos somos aquí hombres de mundo, y...

—Ruégoos, señor Adelantado, que me dejeis abandonaros por un instante: Tamarindo, mi hijo, quedará haciendo mis veces,—exclamó Chapala.

—Sea en buen hora,—contestó Alvarado.—Seria imprudencia punible molestaros más.

El anciano hizo una reverente cortesía á los españoles y abandonó aquel sitio.

Tamarindo el sonámbulo dirigió sus ojos hácia el lugar por donde habia partido su padre.

Cuando se hubo convencido de que ya el anciano

no podia oir sus revelaciones, llevóse las manos al rostro como para contener la cólera en él retratada, y lanzando un suspiro, comenzó su historia, hablando de esta suerte:

—Tierra de maldicion es la que veis, teules, porque es tierra de esclavos.

Todos cuantos habitamos en estos alrededores, todos los que tenemos nuestro hogar en éstos contornos, llevamos en nuestra f z impreso el sello infame de la esclavitud.

La tierra que cultivamos no nos pertenece, el fruto que cogemos con el esfuerzo de nuestro brazo, aumenta la cuantía de la propiedad de un asesino; sabedlo, teules, en los alrededores de estas montañas, no existen hombres, ni animales siquiera, porque á estos se les mantiene para regalo del dueño, y á nosotros sólo se nos conceden por alimentos frutas y yerbas.

Si alguna vez nos atrevemos á formular una queja, por cada lágrima, sufrimos cien golpes de fusta que desgarran horriblemente nuestras carnes; pero luego cicatrizan nuestras heridas con humo, manchan con saliva nuestros rostros, y estamos ya purificados.

—¡Oh! Callad ¡vive Dios!—exclamó Alvarado, sin poder contenerse.

—Esto no es nada, señor Adelantado, al lado de lo que me resta que referiros,—contestó el sonámbulo.

—Seguid, Tamarindo,—repuso Usagre.

El jóven continuó de esta suerte:

—Otras veces, cuando el tirano conceptúa que hemos cometido un delito enorme, como por ejemplo,

cuando nos quejamos de la mala alimentación que se nos proporciona, nos manda abrir la cabeza á pedradas, y ofrece á los dioses nuestra sangre.

—¿De suerte,—preguntó Sandoval al indio,—que vuestra enfermedad capilar?...

—Se origina, señor doctor, de esas crueldades y de otras muchas que tienen igual índole: pero permitidme que prosiga mi narracion.

—Podeis hacerlo, y procuraremos no interrumpiros más.

Tamarindo continuó diciendo:

—Mucho tiempo hace que el hombre, bajo cuyo yugo nos encontramos, desea celebrar una fiesta solemne, entregando á la voracidad de las fieras algunos esclavos: quizás el que esto os habla, sea una de las víctimas del sacrificio.

. . . . . .

El indio bajó la cabeza tristemente, y luego fué levantándola poco á poco, como herido en su dignidad, para decir:

—¿Mas qué me importan las iras de las fieras si estas desgarran mi cuerpo despues de haber realizado la venganza?

Porque sabed, señores, que si son terribles, si son graves las heridas causadas en mi cuerpo por el látigo del tirano, lo son más, mucho más las del alma. Y aquí entra el capítulo de mis amarguras horribles, que os pido escucheis con singular atencion.

Mi madre murió hace muchos años, dejando á su esposo dos hijos: Diamantina y yo.

Esclavos todos del tirano, por leyes de infame abolengo, nuestro porvenir á la muerte de mi madre no podia sernos desconocido.

Trabajo incesante, luchas horribles, castigos sin cuento, tal era la suerte que á mi padre, á mi hermana y á mí nos esperaban.

Empero como enmedio del más acerbo dolor surge siempre un rayo de alegría, experimentábala mi padre enmedio de su duelo, viendo á sus hijos crecer, y á mi hermana convertirse en verdadero prodigio de belleza.

¡Pobre anciano de mi alma! ¡Cuántas veces ha llorado su infortunio!

. . . . . .

. . . . . .

Corrieron los años, y mi hermana Diamantina llegó á cumplir diez y siete.

Como era tan bella, como atesoraba tantos atractivos, acudían á solicitar su mano infinitos jóvenes, esclavos como ella tambien; pero Diamantina no quiso nunca dar oidos á sus galanteos, por no separarse de mi padre, á quien amaba con locura.

Al ver la oposicion al matrimonio que Diamantina demostraba, todos sus adoradores renunciaron á seguir galanteándola; empero no faltó quien, inspirado por el demonio del mal, tratase de poner en práctica los más criminales intentos.

Trabajábamos, como os he dicho, en el cultivo de estas tierras del tirano, cuando cierto dia se acercó á mí uno de su servidumbre.

—Mi amo,—me dijo,—me encarga que la enviéis á Diamantina, para que quede en palacio como aya de su señora.

—¿Eso ordena nuestro príncipe?—preguntéle yo.

—Precisamente,—contestó me.

—¿Y cómo se ha fijado en una humilde labradora el más elevado de los *ahagüaes*?

—Lo ignoro en absoluto.

—A la verdad, me parece raro que vos no lo sepais cuando gozais de la absoluta confianza de nuestro amo

—No hago más que servirle con lealtad.

—Y con demasiado celo; ¿pensais que yo ignoro, que vos sois el encargado de satisfacer á nuestro príncipe cuantos *caprichos* tiene?

. . . . . .

. . . . . .

El emisario de nuestro tirano púsose encendido de rubor, y exclamó con voz balbuciente:

—Concluyamos esta conferencia enojosa, que yo nada tengo que esperar aquí.

—En vos está el hacerlo.

—¿Qué le digo á mi amo?

—Decidle que pondré sus órdenes en conocimiento de mi padre, y que él resolverá.

El representante del déspota partió de mi casa sin articular más frases.

Salí á buscar á mi padre y á mi hermana, que estaban en el campo, y les notifiqué todo lo ocurrido.

El honrado autor de mis dias hizo visible en su rostro un gesto de terrible cólera, y procurando repo-

narse, exclamó luego dirigiéndose á mi hermana:

—Y bien, Diamantina, tú dirás si te conviene ir á formar parte de la servidumbre de nuestro soberano.

—¡Nunca, padre mio, nunca!— xclamó mi hermana con singular entereza.

—Quizá nuestra suerte variase.

—¡Oh! No penseis en ello jamás: ¡yo, al lado del asesino, del vil!... Por vuestra vida, por lo que más ameis en el mundo, no insistais, padre mio, en quebrantar mi voluntad.

—Diamantina, esa alteracion de tu rostro, ese espanto que se refleja en tu semblante, qué significan?

—Nada, padre de mi corazon, nada.

—¡Pero estás temblorosa; tu mano se halla como el hielo fria; un pensamiento horrible parece surcar tu frente! ¿Qué es esto? ¿Qué misterio hay aquí?

—Os amo bastante, padre mio, para no abandonaros; la sola idea de separarme de vos y de mi hermano, altera mi espíritu poniéndome en esta situacion.

—¿De suerte?...

—Que si vos me autorizais, renunciaré al honor que nuestro príncipe quiere dispensarme.

—Sí, Diamantina; pero tú comprenderás que nuestro amo es terrible, y que una negativa...

—Dirémosle que os soy necesaria en el servicio del hogar, y que os causaria la muerte el que yo os abandonase.

—¿Y si insistiera, hija mia, en que yo te enviase á su lado?

—¡Entonces... yo sabria lo que habria de decir!

Calló el bueno de mi padre ante el misterioso anuncio de mi hermana, y no volvióse á hablar del asunto.

Yo me devanaba los sesos pretendiendo averiguar la causa que pudiera influir en el ánimo de Diamantina para exaltar su espíritu, siempre que del príncipe se hablaba.

Y repasando mi memoria, recordé que un dia, habiendo venido á visitar estas tierras su dueño, acercóse á mi hermana uno de sus pajes, y hablóle en baja voz.

Diamantina volvióse á él como el reptil herido y contéstole mostrándole un cuchillo:

—¡Cuando éste haya partido el corazon de la hermosa!

Estas incoherentes frases me hicieron adivinar algo horrible; pero no volví á pensar más en ello.

Al anochecer del mismo dia en que el emisario del tirano conferenció conmigo, presentóse otro en mi casa, donde nos hallábamos reunidos mi padre, mi hermana y yo.

Sin rendirnos el más pequeño saludo, dirigióse á mi padre, exclamando:

—Mi amo y señor respeta vuestra determinacion al no querer mandar vuestra hija al servicio de su esposa; pero entiende que es vuestro deber, el de Tamarindo y el de Diamantina, presentaros á él para darle personalmente vuestras excusas.

—En eso tiene razon nuestro príncipe,—contestó secamente mi padre.

El emisario añadió:

—Asimismo, su soberana persona me encarga os manifieste, que si Diamantina no quiere presentársele porque *siente vergüenza*, podeis ir padre é hijo solos.

—¡Vergüenza!—gritó mi hermana poniéndose en pié y lanzando rayos de ira de sus ojos.—¡No saldreis de aquí sin explicar el significado de esas palabras!

—¡Yo!

—¡Vos, miserable, que osais haceros cómplice de una sospecha calumniosa contra la honra de una mujer!

—Perdonad, esclava orgullosa; pero no es ese el sentido de las palabras de mi amo. Lo que él quiere decir, es que tal vez pudiera ruborizaros el comparecer ante una corte tan fastuosa como la suya.

—¡Suelo mirar al sol de frente y no me hacen bajar la vista sus rayos! ¡Figuraos si habrán de conseguirlo las riquezas humanas!

. . . . . .

El comisionado bajó la cabeza y quedó mudo de estupor al contemplar la entereza de mi hermana.

Un instante de silencio solemne sucedió á esta escena. El representante rompió al cabo el mismo, diciendo:

—Y bien, ¿qué he de contestar á mi señor?

—Decidle,—repuso mi padre, con tono avinagrado,—que mañana temprano estaremos mis hijos y yo en su presencia: es cuanto tengo que manifestar.

El emisario del tirano abandonó mi casa, saliendo de ella con la velocidad del rayo.

Cuando ya se hubo alejado bastante, mi padre acercóse á mi hermana, y díjole imprimiendo un ósculo en su frente:

—¡Los dioses te bendigan, hija de mi corazon; es todo cuanto puedo decirte!

. . . . . .

Antes de amanecer el siguiente dia, salimos mi padre, mi hermana y yo, en direccion del alcázar de nuestro jefe.

CAPITULO LXXV

Continúa la narracion de Tamarindo.

El sonámbulo siguió diciendo á los españoles:

—Mi padre, mi hermana y yo, llegamos bien pronto al palacio del tirano.

E te no se encontraba en el mismo.

Apenas hubo nacido el dia, dirigióse á uno de sus jardines para dar un largo paseo.

Nos sorprendió á mi familia y á mí esta noticia, y fué más grande nuestra sorpresa, cuando uno de los guardianes de palacio dijo á mi padre:

—Nuestro muy amado amo, les espera en la rotonda de su jardin, adonde habré de acompañarles.

Mi padre sintió acudirle frio glacial al rostro y exclamó luego:

—Iremos, pues, al jardin; pero no comprendo por qué no hemos de esperar aquí á mi amo.

—Síganme,—repuso el palaciego,—y no me repliquen más.

Llenos de dudas horribles, con el temor en el alma y la inquietud más espantosa en el corazon, seguimos en pos del amigo del tirano.

Cruzamos calles amenísimas de árboles frondosos y corpulentos y nos internamos en un espesísimo bosque.

Ganamos una senda tortuosa y muy estrecha, y dimos, por fin, en una plazoleta, circundada de árboles del país.

El el centro de la misma, alzábase una graciosa rotonda, cerrada por muros cubiertos de flores.

Una sola puerta, á cuyo pié veíanse cuatro soberbios escalones de mármol, contemplábase desde fuera de la rotonda.

Y como dicha puerta hallábase abierta completamente, podíase advertir lo que mi padre, mi hermana y yo vimos.

En el interior de la rotonda aludida, que era por cierto bastante ámplia, encontrábase el tirano.

Jamás se vieron lujo y grandeza como los que rodeaban al miserable.

Número infinito de pintadas y preciosas aves recreaba el oido del déspota.

Todas ellas estaban encerradas en una gran jaula de oro, rodeada de artísticas macetas, cubiertas de flores.

En otro lado de la habitacion, alzábanse ricos pebeteros que embalsamaban el espacio, al enviarle el aroma de sus perfumes.

Y enmedio de la rotonda, muellemente tendido sobre un divan, hecho con riquísimas telas y rematado con labores de gran precio, ejecutadas en marfil, aparecia nuestro tirano.

Al vernos, fué incorporándose poco á poco, y sin abandonar su sitial:

—Acercaos,—repuso con frase en extremo cariñosa.

Temblando como azogados, penetramos en la rotonda mi padre y yo, llevando enmedio á mi hermana.

El tirano, sin hacer el menor movimiento, limitóse á decir:

—Acércate y siéntate aquí á mi lado, Diamantina.

Mi padre hizo un gesto horrible, y mi hermana obedeció al déspota con gran repugnancia.

Sentada que estuvo la jóven al lado del infame, éste clavó en ella una mirada de fuego, é intentando coger una de sus manos:

—¿Persistes en odiarme?—preguntóle con tonos de suprema pasion.

—¡Sí!—contestó mi hermana con varonil acento, intentando retroceder llena de pavura.

—¡Pues entonces,—gritó el indio, circundando con su brazo la cintura de Diamantina,—serás mia á la fuerza!

—¡Ladron de honras!—grité lanzándome sobre el tirano con mi cuchillo desnudo.

Pero apenas lo hube hecho, cuando me sujetaron por la espalda seis hombres y me taparon la boca.

—¡Hija, mi hija! —gritó mi padre á quien se lo llevaban arrastrando varios forajidos.

—¡Mi honra; la muerte! —exclamó, con acento de loca mi hermana, sin poder desasirse de los brazos férreos del seductor.

Con la angustia más horrible en el alma, con el fuego de la desesperacion en la frente, mi padre y yo quisimos libertarnos del yugo de aquellos infames.

Y en tanto nos amarraban cruelmente á dos árboles, vimos con horror que la puerta de la rotonda se cerraba poco á poco, perdiéndose las quejas desgarradoras de mi hermana en el interior de la estancia aquella.

. . . . . .

Al oir estas frases, comenzó Alvarado á temblar como un epiléptico, é hizo visible en su rostro un gesto horrible.

—¡Seguid, seguid, Tamarindo! —repuso con voz atronadora.

El indio continuó de esta suerte:

—¡En tanto el déspota robaba violentamente su honra á Diamantina, mi padre fué despiadadamente azotado y abrasadas sus carnes con hierros candentes!

En cuanto á mí, arrancáronme el cabello á puñadas, y me dieron centenares de golpes en el cráneo. Luego con unas largas agujas, saetearon todo mi cuerpo, y aplicaron brasas á las heridas para cauterizarlas.

. . . . . .

Excusado es decir que tanto mi padre como yo,

perdimos el conocimiento á los pocos instantes de nuestro martirio.

—¿Y despues?—preguntó Alvarado con creciente agitacion.

—¡Despues!... ¡ah!... no quiero recordarlo; pero sí, lo diré, lo diré hasta el final.

Sin saber cómo, al volver de nuestro letargo, nos encontramos mi padre y yo en casa.

Lloramos nuestra desdicha, y juramos realizar la mayor de las venganzas; pero al formular nuestro juramento, vimos unas tablas clavadas en la pared que contenían unos geroglíficos.

Arrastrándome como una serpiente, pues no otra cosa me permitia mi asendereado cuerpo, llegué al lugar donde las tablas estaban.

Con espanto incomparable, leí lo siguiente:

«Castigo justo á los esclavos soberbios. Desde hoy la orgullosa Diamantina, forma parte del grupo de mancebas de nuestro amo. Cuídense mucho sus parientes de no apelar á la venganza, porque apenas la inicien, caerá la india en tierra con el corazon partido de un golpe de puñal.»

He terminado mi história,—exclamó Tamarindo,—y sabed... señores... que desde aquel funesto día... mi infeliz hermana... es la querida forzosa del tirano.

Tamarindo llevóse las manos al rostro y comenzó á derramar angustioso llanto.

—¡Presto, presto, vive Dios!—gritó Alvarado cer-

rando los puños.—¡Quiero conocer el nombre de ese miserable!

—Se llama el cacique de hierro,—exclamó el anciano Chapala, apareciendo á espaldas del caudillo.

—¡El cacique de hierro! ¡Oh! ¡Por Dios vivo, que lo que acabo de oir, me afirma más y más en la promesa de venganza que os he jurado!

—Gracias, gracias, salvador nuestro.

—¡Tamarindo, cese vuestro llanto! ¡Señor Chapala, no es aflijais más! ¡La hora del castigo del culpable ha sonado! ¡Diamantina será arrancada de manos del verdugo, y redimido este pueblo de su cautividad!

—¡Hola, indígenas que me escuchais: acudid á vuestros compañeros y congregadlos aquí en el instantante.

El indio partió como alma que lleva el diablo, y á poco oyóse el eco agudo de una especie de bocina.

Chapala y su hijo fueron reponiéndose ante las palabras del Adelantado, y mientras los conjurados llegaban preguntó don Pedro al sonámbulo:

—¿Qué situacion ocupan los dominios del cacique de hierro?

—Vive en un pueblo, no lejano de aquí, perfectamente amurallado.

—¿Y es muy alta la fortificacion?

—Bastante; pero en materia de escalar paredes y muros no hay quien nos aventaje.

—¡Magnífico! ¿De suerte que el pueblo en que reside el cacique de hierro, ó mejor dicho, las murallas, se divisarán desde el extremo de alguna carretera?

—No, mi amo. La poblacion en que el tirano mora, se halla incrustada en medio de espesos bosques que la hacen completamente invisible.

—Previser es el bellaco; ¡pero vosotros conocereis muy bien esos terrenos?

—Perfectamente.

—Basta: no necesito saber más.

En esto comenzó á oirse prolongado griterío.

Eran los indios en masa que acudian al llamamiento de Alvarado.

Todos venian con armas de distinta especie.

Los unos traian arcos y flechas en abundancia: los otros grandes picas y gruesas hondas: cuchillos y enormes hachas, los más.

Al ver los conjurados á don Pedro mostráronle sus armas, elevándolas bastante.

Luego lanzaron al espacio gritos unánimes de venganza y guerra.

Alvarado, seguido de Usagre, Sandoval y de todos aquellos hombres, trasladóse al montecillo desde donde el primero dirigiera á los indios la palabra.

Los españoles, acompañados de Tamarindo y Chapala, subieron á la cima de aquel.

La falange de los esclavos qudó en la falda del monte.

Una explosion de entusiasmo surgió del labio de los indios al ver que los castellanos sacaban las espadas.

Empero don Pedro logró acallar á la multitud diciéndole:

—Hijos míos: la actitud que en estos instantes guardais, llena mi alma de indecible gozo.

—¡Viva el salvador de los oprimidos!

—¡Nada más grande que contemplar un pueblo de esclavos que quieren conquistar con el valor de su pecho el título de señores!

—¡Sí, sí!

—¡Ayer os ofrecí vengar las infamias que ha cometido con vosotros el cacique de hierro!

—¡Muera el tirano!

—¡Hoy os juro por la honra de esta espada, destrozar al villano y á sus secuaces si todos me ayudais en la empresa!

—¡Ahora, ahora mismo!

—Esperad un instante: es preciso que conozcais mi plan y que me prometais dos cosas. ¿Me ofreceis solemnemente si el triunfo es nuestro, aceptar la sublime religion del Crucificado, que vela por todos los que sufren y rompe las cadenas de todos los oprimidos?

—¡Sí, sí: cuanto quieran los teules!

—¿Protestais igualmente, si alcanzamos la victoria, conceder el derecho de jefatura al anciano Chapala, cuya hija voy á libertar?

—¡Viva Chapala: viva el más honrado de los indios!

—¡Soberbia conducta la vuestra, valientes hijos de los volcanes. Así me gusta veros; el triunfo será nuestro, no lo dudeis!

El entusiasmo del auditorio subió de punto ante las levantadas frases de Alvarado.

Este siguió diciendo:

—Mi idea consiste en lo que vais á oir.

—¡Mañana temprano saldré yo solo en busca del cacique de hierro!

—¡No, no, moriríais de seguro!

—¡No se ha hecho la flecha que me ha de matar!

—Iremos en vuestra compañía.

—En modo alguno: caeríamos todos en poder del enemigo, y entonces no habria ya remedio para nuestros males.

—¡Bien, muy bien!

—No admitiré más compañía que la de uno de vosotros, para que me guíe en el misterioso camino que hay que recorrer hasta llegar á la casa del cacique.

—Obedecemos vuestras órdenes.

—Saldré, como os he dicho muy temprano, y vosotros aguardareis á la mitad del dia, para seguirme. Entonces, sigilosamente, marchando por pequeños grupos y llevando con vosotros cuantas armas tengais, os dirigireis á los bosques, que están próximos á las murallas que circundan el pueblo de vuestro amo.

Allí acampareis, procurando situarse los unos proximos á los otros, para cuando llegue el instante de asaltar el pueblo.

Yo os daré la señal desde lo alto de las murallas, ó como pueda.

—¡Nunca, nunca! ¡Vais á morir!

—Haced ¡vive Cristo! lo que os mando y no os cuideis de otra cosa.

Si oís mi voz desde los bosques, si me veis agitar

un pañuelo desde lo alto de los muros; atacad sin piedad; asaltad las fortificaciones, entrad en los dominios del tirano: la cuestion estriba en que hagais notar vuestro valor, destruyendo á vuestros adversarios y exceptuando solamente á las mujeres y á los niños.

Una tempestad de vítores sucedió á estas palabras, surgiendo en medio de ella la voz de Alvarado, que decia:

—¡Hijos mios: guerreros valientes, para la completa coronacion del propósito, irán al frente de vuestras fuerzas, los señores Usagre y Sandoval y vuestro hermano Tamarindo.

—Y allí pelearemos hasta derramar nuestra última gota de sangre,—respondieron los españoles aludidos cruzando sus aceros con el de Alvarado.

—¡Viva España!

—¡Llegó la hora de la justicia!

—¡El infame sucumbirá de seguro con todos sus cómplices!—gritó la falange indígena ébria de gozo.

El Adelantado continuó su peroracion en esta forma:

—Mucha calma, pues, y haced al pié de la letra cuanto os llevo dicho: réstame sólo añadir, que podeis llevar á vuestras familias con vosotros para que no vuelvan á pisar esta tierra de maldicion.

—¡Sangre, queremos la sangre de los tiranos!

—¡El hogar del cacique, los palacios de vuestros opresores, se convertirán en propiedad de los oprimidos!

—¡Allí instalaremos á nuestros hijos y á nuestras esposas, despues de la lucha!

—¡Allí se constituirá un nuevo pueblo honrado y valeroso: que no quede un solo átomo, un solo vestigio de la tiranía del cobarde!

Al decir Alvarado estas palabras, el auditorio enloquecido quiso llevárselo en triunfo.

—¡Esperad un instante!—repuso con tono solemne el conquistador.

Todos los indios quedaron inmóviles.

El caudillo exclamó con voz conmovida:

—El Dios de los cristianos, que es el Dios de todos los hombres, bendice en estos instantes nuestra empresa. Su alta sabiduría sorprende todas las intenciones, vigila todas las ideas, y cuando éstas son honradas, cuando nuestros propósitos no alientan la bastardía de la ambicion, ni el error del orgullo, su mano poderosa señala el camino verdadero de la justicia y de la felicidad.

Aquellos infelices esclavos hicieron visible su conversion con signos afirmativos.

—Pláceme sobremanera,—prosiguió el caudillo,—que la antorcha de la fé haya iluminado vuestros corazones para comprender la verdad.

Al cielo, pues, debemos enviar nuestras preces, para que nos auxilie en la grave empresa que pensamos acometer.

Arrodillaos, hijos mios, y elevad al cielo una plegoria. Importa poco el idioma en que la formuleis: el lenguaje de la oracion es universal cuando la fé en que se apoya es verdadera.

Todos los circunstantes cayeron de rodillas, y

mientras los indios á coro entonaban un himno propio de su liturgia, un rayo del sol esplendente de América hirió la frente del conquistador, como una respuesta del cielo á la obra sublime que pensaba realizar.

CAPÍTULO LXXXVI

El encuentro de dos fieras.

Sigamos, sin perderle de vista, al Adelantado de Guatemala.

El claro fulgor de la luna en una noche serena, irradiaba los muros exteriores de un pueblo, perfectamente fortificado.

Silencio sepulcral reinaba en los lugares próximos á las murallas aquellas.

Sólo se oia de cuando en cuando la lejana voz de algunos indios, guardadores, sin duda, de lo que pudiera llamarse plaza fuerte.

De súbito, y saliendo de los bosques próximos á los muros citados, vióse un guerrero, cabalgando sobre brioso corcel.

Era el invencible don Pedro de Alvarado.

En su compañía venia un indio que habia hecho el

viaje á la grupa del caballo del conquistador.

El indio sujetó al animal por la rienda, y el Adelantado apeose de seguida.

—Amigo,—dijo don Pedro á su acompañante,—¿no habrá un lugar por aquí donde podamos dejar á mi caballo?

—¿Pues qué vá á hacer su excelencia?

—A penetrar en el pueblo, salvando esos muros con el auxilio de dos puñales que vienen en mi compañía.

—¡Dioses! ¿Qué estais diciendo, señor?

—Lo que oyendo estais.

—¿Pero no vé vuestra muy ilustre persona que pueden hacerle pedazos los guardianes de la fortaleza?

—No lo creo: además que yo no puedo entrar en el pueblo á la clara luz del dia; aunque no juzgo á estas gentes capaces de habérselas conmigo en singular batalla...

—Adivino lo que quereis decir: os harian prisionero y entonces todo se habia echado á perder.

—Es preciso que yo me presente ante el cacique con cierto carácter fantástico.

—¿Para que se impresione el misarable?

—Para que me otorgue cierta superioridad no concedida á los séres vulgares y comunes. De esta suerte, me permitirá observarlo todo, enterarme de cuanto abrazan sus dominios y estudiar lo más conveniente al desarrollo de mis planes futuros.

—Sea como os plazca, señor Adelantado.

En esto, oyóse ruido como de mucha gente que se acercaba.

Y luego el crujir de las ruedas de un carro enorme, al deslizarse sobre aquel terreno en extremo pedregoso.

—Ocultémonos,—exclamó Alvarado, situándose tras de unas yerbas.

El indio obedeció, escondiéndose al lado de su jefe.

El ruido aquel fué haciéndose cada vez más perceptible.

Al fin, don Pedro y su guía, divisaron una porcion de indios que traian luces en la mano.

Todos rodeaban un enorme vehículo de hierro cerrado por todas partes.

Mucho peso debia tener aquel carro, á juzgar por los esfuerzos que hacian cuatro bueyes que tiraban de él.

Los animales veíanse obligados á detenerse á cada momento, impulsados por la fatiga.

Entonces uno de los indios acercábase á un pequeño agujero practicado á espaldas del carro, y decia:

—Su majestad el rey de los valientes ha cesado en sus quejas; ahora duerme como un cachorro, para comer mañana con apetito.

—¡Voto al diablo!—exclamó Alvarado dirigiéndose á su compañero,—que me dan ganas de salir para ver lo que esos hombres llevan en esa jaula.

—Temeridad punible seria la vuestra.

—¿Y quién me asegura que esos bellacos, no llevan ahí encerrado algun hombre para hacerle pedazos luego?

—Juzgo que en ese carro vá escondida cosa bien distinta de lo que pensais.

—¡Pluguiera al cielo que me equivocase!

El acompañante de Alvarado impuso silencio para oir las palabras de los indios, que decian á enmedio de grandes carcajadas:

—¡A fé mia que vá á ser divertida la fiesta!

—¡El rey de las selvas comiendo carne de demonio!

—¡Nunca le hemos visto alimentarse con manjares de esta especie!

—¡Como que siempre ha vivido á costa de la sangre de los esclavos!

—La verdad es que de cuando en cuando, conviene presenciar estas fiestas.

—Para matar un poco el aburrimiento.

—Y aprender nuevas cosas: el hombre instruido necesita saber de todo.

—Jamás hemos visto á nuestro amo tan satisfecho como ahora.

—Nada hay que tanto le complazca como rendir un tributo de admiracion á los dioses.

—Pues ahora vá á ser cumplido.

. . . . . .

Alvarado al oir estas frases, repuso con voz de trueno:

—¡Mentís, bellacos!

Los conductores del vehículo volviéronse hácia donde la voz saliera, pero no osaron penetrar en la espesura.

Comenzaron á temblar, y mientras aguijoneaban á los bueyes para que reanudaran su marcha:

—¡El demonio está aquí!—exclamó uno.

—¡Ofendido de nuestras palabras, nos ha dirigido una amenaza terrible! —repuso otro.

—Lo más seria que se introdujese en el cuerpo del rey de las selvas para demostrarnos su poder.

Un bramido horrible salió del interior del carro.

Los indios quedaron atónitos, y exclamaron luego,

—¡No cabe duda, era él!

—¡Adelante, no nos detengamos más! —dijeron varias voces,—lleguemos cuanto antes á la puerta, y entretanto, dirijamos nuestras plegarias á los dioses, para que ahuyenten á los espíritus malignos.

El carro comenzó á marchar, y los indígenas que lo vigilaban, á dirigir sus oraciones al cielo.

Mientras esto sucedia, y cuando ya la misteriosa procesion se alejó un poco, Alvarado salió de su escondite, y dijo á su colega:

—Es una fiera sin duda lo que esos miserables llevan consigo.

—Y de sus palabras parece desprenderse, que hay algun infeliz á quien destinan á ser despedazado por ella.

—¡Por los cuernos de Júdas, que no será como ellos creen!

—Señor Adelantado, ya están próximos á entrar en la ciudad; ya les abren las puertas; ya han penetrado en el interior del pueblo.

—¡Oh! Por Dios vivo que siento en el alma no haber detenido á esos infames; hubiera sido el *encuentro de dos fieras*.

—Es cierto, dados vuestra energía y valor.

—Pero no es tarde aún.

—¿Qué pensais hacer, señor Adelantado?

—Entrar en el pueblo, asaltando esa muralla, como he dicho anteriormente.

—Quiera el cielo libraros del peligro espantoso que vais á correr.

—Dejaremos mi caballo por aquí cerca, para que pueda pastar, y vos ireis á agregaros á vuestros colegas, los amigos de Chapala.

—Si me permitiérais, señor Adelantado, acompañaros en el asalto de las murallas.

—En manera alguna: podrian descubriros, y suponer que yo tenia amistad con vuestros colegas los esclavos.

—Sea como quereis.

—Dajad, como llevo dicho, atado mi corcel á uno de esos árboles, y partid, que ya no he menester de vuestro servicio.

—Pues que los dioses os guarden, señor general.

—El cielo vele por todos vosotros.

El indio tomó por la rienda el caballo de Alvarado, y éste encaminóse á los muros.

Muy poco tardó en llegar.

El caudillo midió con la vista la altura que tenia que recorrer.

Movió la cabeza con cierto aire de disgusto, y sin cuidarse de otra cosa, extrajo dos enormes y duros puñales que á más de la espada llevaba en el cinto.

Clavó en la fortificacion uno de ellos, y luego otro, y así empezó á subir sin dificultades. En esto oyóse la voz de los centinelas que daban la alerta.

Ninguno de ellos acertó á ver al Adelantado.

Este, despues de penosa ascension, recatándose como el reptil, logró llegar al extremo de la muralla.

El aviso de los centinelas volvió á repetirse.

Don Pedro deslizóse al otro lado del muro, y repitiendo con los puñales la operacion de la subida, comenzó á descender.

Bien pronto estuvo en tierra.

¿Dónde ir entonces?

Alvarado, pegado siempre á las paredes de la fortificacion, vió algunas calles correctamente alineadas.

Suntuosos edificios advertíanse levantados en ellas; pero ni alma nacida circulaba por el pueblo á aquellas horas.

Así, desorientado, caminaba el caudillo español, cuando advirtió varias luces lejanas.

—¿Qué será ello?—se dijo.

Y avanzando en su direccion pudo convencerse bien pronto, de que los de las hachas eran ni más ni ménos, que los conductores del carro misterioso que viera desde su escondite.

Torció Alvarado en su busca por una pequeña abertura que las murallas ofrecian, y encontróse enmedio del campo.

En el centro del mismo abríase uno como especie de gran estanque circular.

Desde su sitio pudo el caudillo advertir que los de las hachas penetraron en él y que salieron luego.

El Adelantado ocultóse tras un árbol para no ser visto, y en esta situacion se encontraba, cuando vió

desfilar ante él aquellos indios, los cuales iban diciendo:

—Ya está enjaulado su majestad.

—Buen trabajo nos ha costado la operacion.

—Sobre todo, bajar con el carro hasta las cuevas.

—Mañana nos resarciremos de lo penoso de la tarea realizada.

—Aplaudiendo hasta rabiar cuando despedace el preso.

—Y qué diablo tan raro es él: ni quiere comer cosa alguna, ni demuestra pavor un solo momento.

—Ya veremos si se muestra mañana tan valiente.

—Lo dudo mucho.

—Y yo igualmente.

—Y yo.

—Sobre todo cuando vea á nuestro amo.

—Hay que convenir en que tiene mucho mérito.

—Y que está probado que nadie le vence en el mundo.

—¡Mentís, miserables!—gritó Alvarado sin darse á conocer.

—¡El demonio, el demonio otra vez!—gritaron los indios.—¡Huyamos!

Y como liebre acosada partió la falange aquella, tomando cada uno de sus miembros distinta direccion.

—¡Pardiez!—exclamó el Adelantado al verlos, saliendo de su madriguera.—Si todos los soldados del cacique de hierro tienen el temple de estos hombres, me parece que la empresa que traemos entre manos es de éxito seguro.

Cuidado si corren ante la sola idea de topar con Satanás.

Quizás sea un poco mejor el diablo que ellos.

Alvarado, sin temor alguno, avanzó hasta lo que él consideraba estanque.

—Veamos qué cosa es esta,—se dijo.

No tardó mucho en salir de dudas.

Asomóse á él, y vió con sorpresa que aquello era ni más ni ménos que una gran plaza.

Habia sido construida la misma, abriendo en el terreno una gran extension.

Toda estaba circundada de asientos de piedra, destinados al público.

Y en la pista levantábase á cierta altura una gran verja de hierro que tenia dos puertas.

Alvarado comenzó á pensar sobre lo que aquello podia suponer, y repuso para sí:

—Ya lo comprendo todo: este es un circo donde se arroja á los esclavos para que los despedacen las fieras.

Esa verja de hierro que rodea la pista se ha hecho, sin duda, para apartar al público de todo peligro.

Esas puertas que divisa desde aquí, separarán á la víctima del verdugo.

¡Oh! ¡Si yo pudiera libertar al esclavo!

Quizás se encuentre en alguna cueva, oculta bajo mi planta.

Pero no es tarde: aventurado sería buscar ahora al pobre indio á quien tal vez mañana sacrificarán.

Conviene más esperar y hacer algo por él *solemnemente*, si es preciso.

Vamos á buscar un sitio cómodo donde pasar la noche, que mañana Dios dirá.

El caudillo anduvo algunos pasos; pero se detuvo súbitamente.

Un bramido horrible percibió, escapado bajo la tierra que pisaba.

—¡Pardiez!—se dijo.—¡Buena pieza debe ser la fiera que acaba de quejarse!

—¡Oh! Pero tiene más alientos, de seguro, el leon de Castilla.

. . . . . .

. . . . . .

Sonrióse con su frialdad de costumbre el Adelantado, y buscó entre los bosques un lecho donde acomodar su asendereada persona.

Hallólo bien pronto, y tan oculto y seguro era, que nadie hubiera acertado á descubrirlo.

Tendióse en su rústico lecho el jefe de las fuerzas de Castilla, y comenzó á gustar de un sueño dulce y reparador.

Pero apenas se entornaron sus ojos, sintió que unos dientes en extremo agudos picoteaban su tostada faz.

Igual impresion experimentaron sus manos.

Con rapidez incomparable llevóse el caudillo las manos al rostro, y oyó un agudo chillido, al par que extrujaba un cuerpo no muy grande.

—¡Diantre, si es una enorme rata!—exclamó lanzando una carcajada sonora.

Pero no era una sola la que habia osado llegar hasta el héroe.

Diez ó doce formidables roedores circundaban á Alvarado.

Este limitóse á repartir unas cuantas cuchilladas sobre los importunos huéspedes, y despues de hacer sangrienta carnicería, volvióse á dormir con la más serena y envidiable tranquilidad.

CAPÍTULO LXXXVII

Frente al rey de las selvas.

El cansancio, la fatiga y el esfuerzo, habian necesariamente de ejercer su invencible accion en la corporalidad de don Pedro de Alvarado.

El caudillo quedóse dormido como una piedra.

Sin duda por esto, cuando amaneció el dia, no lograron hacer mella en su letargo los rayos fulgentes de un sol espléndido.

Muy avanzada estaba la mañana y don Pedro dormia aún.

De pronto llegaron á sus oidos rumor de voces y ecos de algazara.

Eran los indígenas que, en su mayor parte, hallábanse ya congregados en el circo de las fieras.

Oyó don Pedro, como hemos manifestado, tales voces, y levantándose con presteza:

—¡Maldito mi cuerpo!—exclamó.—¡Esos malvines están ya reunidos, y yo durmiendo como un cachorro! ¡Valiente servicio hubiera yo prestado á los esclavos, si esos canallas no aciertan á gritar!

Las exclamaciones repitiéronse entonces con más fuerza.

Una música infernal de pitos y caracoles, sucedió á tales desahogos.

—Sin duda están en los preliminares del sacrificio, —díjose don Pedro,—veamos.

Y avanzó en direccion del circo de las fieras.

Cuando llegó allí, varios de los indios que ocupaban las localidades, dirigieron al héroe miradas de profunda sorpresa.

Pero como arrastraba totalmente la atencion de aquellos el espectáculo ofrecido á su vista, no volvieron á ocuparse de la persona del conquistador.

Sentóse Alvarado junto á una escalera que terminaba en la pista, y esperó á que las primeras ceremonias concluyesen.

En efecto; así que la música infernal cesó en sus inarmónicos ecos, salieron varios sacerdotes á la palestra.

Repitieron sus acostumbradas ceremonias de matar unas cuantas gallinas, y hacer como que rociaban el sol con su sangre.

Concluida su tarea, retiráronse los sacerdotes á sus respectivos lugares.

Un hombre hercúleo levantóse entonces de su sitial.

Con voz extentórea, hizo una pregunta á los indios en su lengua.

El público en masa, puesto en pié, gritó de una parte.

—¡El rey, primero: que salga el rey!

Otros decian por el contrario:

—Antes, soltad al hijo del demonio.

—¡Mentís, canallas!—grito don Pedro ganando de un salto la escalera que conducia á la pista.

—¡El diablo, el diable, que viene en su auxilio!—exclamaron los espectadores llenos de pavura al ver á Alvarado que bajaba.

—¡Muera, sujetadlo bien para que le devore el príncipe de las selvas!—repusieron varios cobrizos.

—No hay necesidad,—contestó el Adelantado briosamente.

Y lanzándose sobre la verja que separaba la pista del público, descorrió un enorme cerrojo y penetró en el redondel.

Cerraron por fuera, y quedó don Pedro á merced de lo que aquellos bárbaros quisieran hacer con su persona.

Una tempestad de gritos, de exclamaciones y de insultos sucedió á este acto.

Don Pedro presenciaba la indignacion popular, nidiferente, y con los brazos cruzados.

Cuando más arreciaba el tumulto, oyóse el rudo crugir de una puerta de hierro.

Alvarado miró hacia ella, y vió salir un enorme tigre.

El felino lanzó un rugido espantoso, y abriendo la boca, dejó ver sus horribles y enrojecidas fauces.

Sin esperar á más, con espanto de todos, salió Alvarado al encuentro de la fiera.

El caudillo cerró los puños, fijó una mirada terrible en su enemigo y lanzó al aire su voz, en trueno convertida.

Ante la majestad de aquella incomparable figura humana, debió el tigre sentir miedo porque bramó nuevamente y retrocedió algunos pasos.

El público entonces, no abrigó ya la menor duda de que Alvarado era el demonio; y á fin de deshacerse de él lo ántes posible, comenzó á azuzar á la fiera desde sus asientos.

Engrióse el tigre con aquellas excitaciones, y comprendiendo Alvarado el peligro que corría, fué retirándose poco á poco.

Entonces don Pedro hizo como que se cruzaba de brazos y sacó su puñal.

La fiera, como arrastrándose, avanzó hasta el caudillo, y éste imitóla adelantándose un poco.

Y cuando ya iba á dar el salto traidor para arrojarse sobre su presa, cayó don Pedro sobre el tigre con la velocidad del rayo, y le clavó el puñal hasta la cruz. El felino cayó en tierra para no volver á levantarse nunca.

Alvarado tomó al animal por el pescuezo, y mostrándoselo á la plebe:

—¡Para luchar conmigo, esta clase de reyes vale muy poco!—exclamó.

Y arrojó el tigre muerto á gran distancia.

—¡Huyamos, huyamos; es el demonio, no cabe duda! —gritaron los espectadores intentando fugarse.

—¡Deteneos!—exclamó Alvarado.—No soy lo que pensais.

—¡Miente el diablo, miente!

—Repito que soy un hombre como vosotros; con las mismas debilidades y con iguales sentimientos.

—¡No, no!

—¿Lo dudais todavía, bellacos?

—Si no es el demonio, que pronuncie el nombre de nuestros dioses.

Alvarado invocó una por una á todas las deidades del rito indígena.

El público quedó mudo de asombro.

Todos estaban ya seguros de que Alvarado nada de de demonio tenia.

Ningun espíritu maligno podia pronunciar el nombre de los dioses, sin que, segun ellos, cayese hecho ceniza, y el caudillo español lo habia verificado sin que nada le aconteciese.

La inquietud del pueblo calmóse por un instante con la actitud de Alvarado.

Las palabras del héroe acarreáronle cierta simpatía por parte de los espectadores.

Los unos decian:

—Indudablemente, quien se atreve con el *balam* (1) es un sér superior.

(1) Tigre.

—Un hombre extraordinario,—repusieron los otros.

—Quizás nos hayamos equivocado, y juzgándole aborto del infierno, resulte enviado de los dioses.

La nobleza de su frente, revela la altura de sus pensamientos.

Por otra parte, su valor no se parece á nada de lo que hasta ahora hemos visto.

—Este sí que es un *invencible* en toda la extension de la frase.

Llegaron á oidos del cacique de hierro, que presidia el concurso, todas estas palabras y lleno de envidia y de indignacion contra Alvarado, exclamó:

—Hijos mios, ¿sabeis lo que pienso?

Todos gardaron silencio absoluto.

—Pues creo,—añadió el cacique,—que el hombre que viendo estais, es domador de fieras.

—Nunca tuve semejante profesion,—contestó sonriendo Alvarado.

—Perdonareis que lo dude,—exclamó el indio.—Y sino, decidme en este instante, ¿seríais capaz de luchar cuerpo á cuerpo con los valientes hijos de esta tierra?

—No, á fé mia, manejando sus armas,—repuso hipócritamente el caudillo. En mi vida he tomado el arco entre mis manos, y en cuanto á lanzar la piedra *chai*, tampoco estoy muy fuerte.

—Así me gustan los hombres: que confiesen su debilidad cuando es preciso,—exclamó burlándose el cacique.

El auditorio prorrumpió en sonoras carcajadas.

Alvarado, lleno de cólera, estuvo á punto de lan-

zarse sobre aquel hombre: pero se contuvo y bajó la cabeza con modestia fingida.

El cacique de hierro se satisfizo mucho del éxito que habian tenido sus palabras, é imponiendo silencio á la plebe, díjole:

—Cuando un hombre se distingue en un oficio, claro es que no parece prudente exigirle que sobresalga en otros: ¿Verdad, ilustre vencedor de las fieras?

—No os comprendo,—contestó el héroe,—y sino bajais á la pista, difícil es que pueda recojer el eco de vuestras palabras.

El cacique dejó ver en sus ojos la alegría.

Lo que él deseaba era medir sus extraordinarias fuerzas con Alvarado, suponiendo que iba á aniquilarle.

Por esto apresuróse á descender al redondel.

—¡Ya estoy aquí!—repuso con acento orgulloso, así que húbose encontrado en el centro del mismo.

—¡Qué me place!—exclamó don Pedro sin alterarse ante la presencia de aquel hombre hercúleo y colosal.

—¿De modo que me reconoceis como amigo vuestro?—preguntó el indio.

—Tengo en ello verdadera honra,—respondió Alvarado,—y como sé que nunca negais nada á vuestros amigos verdaderos, me permito pediros un favor ante todo.

—¿Cuál?

—Que deis la libertad al hombre que debió ser devorado por el tigre.

—Concedido; siempre que vos me otorgueis otro.

—¿En qué consiste?

—En que me tendais la mano como signo de amistad.

—Tomadla,—contestó el caudillo noblemente.

El público guardó entonces silencio sepulcral.

Alvarado sintió su mano oprimida por un círculo de hierro: el cacique apretaba cada vez más.

Entonces el español apeló á sus fuerzas extraordinarias, quedando equilibrado el vigor de los dos contendientes.

Más tarde el cacique, verdadero hércules, insistió en su opresion, mostrando su rostro, morado como el lirio de los esfuerzos que hacia.

Alvarado secundó á su enemigo en su conducta, y con espanto de la concurrencia, vió que el indio se inclinaba poco á poco.

El cacique pareció reponerse, y cuando más reanudaba sus esfuerzos, lanzó un ¡ay! agudo y cayó de rodillas ante Alvarado.

El general español habia probado que poseia fuerzas más superiores que las del indio.

Imposible seria describir la tempestad de gritos, protestas y voces que en el instante se levantara.

—Ha terminado mi comision,—repuso don Pedro, queriendo retirarse.

—En manera alguna,—exclamó el cacique lleno de soberbia poniéndose en pié.

—¿Quereis luchar más todavía?—preguntóle el Adelantado.

—Quiero probaros que no admito en estas materias la primacía de nadie: la casualidad os ha hecho vencer.

—¿La casualidad?

—Ni más ni ménos.

—Pues por vuestra honra, luchemos á brazo partido si os parece.

—Eso lo creo más legal.

—¿Estais preparado?

—¡Sí!—contestó con energía el cobrizo.

Don Pedro lanzóse sobre el indio con los brazos abiertos; éste le recibió con los suyos de igual suerte, y poco despues comenzó una tremenda lucha entre ambos.

Unidos en lazo fuertísimo comenzaron á forcejear ambos contendientes, sin que ninguno viniera al suelo.

Los indios los animaban con gritos y excitaciones.

Ningun resultado práctico obtuvieron para otorgar el triunfo á uno ú otro de los atletas.

Hasta que, cuando ménos lo pensaba el público, vió vacilar al cacique.

Alvarado arreció un poco y cayó en tierra encima de su competidor.

—¡Cobarde! ¡Traidor!—gritó el indígena, presa de terrible cólera, en tanto que el pueblo aplaudia frenéticamente á Alvarado.

—¡Poneos en pié!—exclamó éste dirigiéndose á su contrincante,—no quiero que dejeis de reintegraros en vuestra derrota.

—¡Sí, sí!—rujió el cacique incorporándose con facilidad suma.—¡Uno de los dos tiene que quedar en el campo!

—¡Hola! ¿Tomais la cuestion en sério?

—¡Presto! ¡Acudidme esclavos! ¡Traed dos buenos arcos y cantidad de flechas en abundancia!

—¡No, no! ¡Nuestro jefe va á morir!

—Ved lo que dice vuestro pueblo.

—Es indispensable que uno de los dos sucumba.

—Entended que yo no puedo aceptar este desafío; vos manejais el arco á la perfeccion, y yo...

—¿Teneis miedo quizás?

—¡Miedo! ¡Por vuestra honra, sellad el labio, indio orgulloso!

—¡Basta! ¡A su sitio cada cual! ¡Ahora sabreis quién es el cacique de hierro!

Enmedio de los gritos del pueblo, que se oponía á aquella lucha, partieron el indio y Alvarado en distintas direcciones.

Colocáronse á gran distancia, uno enfrente del otro, y recibió cada cual de manos de un paje, su correspondiente arco y buena cantidad de flechas.

Los espectadores cesaron en sus gritos y pusiéronse en pié.

Profunda ansiedad marcábase en todos los rostros.

Don Pedro de Alvarado, antes de disparar, preguntó con voz entera á su enemigo:

—¿Cómo luchamos?

—¡A muerte!—contestó, temblando de rabia, el cacique.

—Pues disparad, que á vos os toca hacerlo.

El indio echóse el arco á la cara, y lanzó una flecha que cruzó á bastante distancia de Alvarado.

Este sonrióse con irritante calma.

Ensoberbecido el cacique de su desacierto, disparó

una segunda flecha y el resultado fué el mismo. Hízolo con una tercera y el exito fué igual.

—¡Ahora me toca á mí!—exclamó con aire de triunfo Alvarado.

—¡No, no!—gritó la plebe desesperada.

—Recordad vuestro reto: á muerte. Pues ahí os la envío.

Una exclamacion de espanto surgió, al par que don Pedro disparaba su primer proyectil.

Con arte extraordinario, arrancó éste una de las plumas que el indio llevaba en la cabeza.

—¡Viva el extranjero noble!—exclamó en masa todo el concurso al ver la conducta caballeresca de Alvarado.

Y mientras esto decia, lanzó don Pedro de su arco la segunda y tercera flecha, que arrancaron otras tantas plumas de la diadema de su competidor.

—¡Sois un bravo!—gritó el cacique, tornandose afable y arrojando su arco en tierra como considerándose vencido.

El público atronaba el espacio con sus vítores, y obligó á los contendientes á que se abrazaran.

Estos hiciéronlo enmedio del júbilo unánime de las gentes.

Luego Alvarado dijo al cacique:

—Espero que vuestra palabra...

—Voy á cumplirla ahora mismo. ¡Hola, escuderos: soltad al hombre que debia haber sido devorado por la fiera!

Los lacayos bajaron á la pista, abrieron una trampa, y apareció un individuo.

—¡Iñiguez!—gritó Alvarado al verle.

—¡Señor! —contestó éste tendiéndole los brazos.

El público no se daba cuenta de lo que aquello podia significar.

El Adelantado volvióse al pueblo y preguntóle:

—¿Era este el hombre que destinábais al tigre?

—¡Sí, sí!

—¡Pues ¡voto á Dios! que si hubiérais llegado á tocarle, no queda de vosotros un solo hueso, ni de esta maldita poblacion una sola piedra!

CAPÍTULO LXXXVIII

Conferencia importante.

Las palabras pronunciadas por Alvarado al encontrarse con Iñiguez, acabaron de sembrar entre los indios el estupor.

Ninguno de ellos acertaba á darse cuenta de la actitud misteriosa en que se mostraban los dos extranjeros.

Que no eran demonios, estaba ya probado sobradamente, porque Alvarado no habia encontrado dificultad para pronunciar el nombre de los dioses.

Y que no eran deidades resultaba seguro, porque de haberlo sido, lo habría pasado mal el cacique de hierro, cuando intentó luchar con un sér superior.

Estas y otras análogas consideraciones, pusieron en gran inquietud á los naturales y á su jefe.

En vista de lo cual, y para prevenir nuevas complicaciones, el príncipe de aquellas gentes ordenó á estas que desalojaran el circo y que se retirase cada familia á su hogar.

Como dominados por invencible duda fueron retirándose de la plaza los espectadores.

Durante su marcha no se produjo el menor desórden.

Las indicaciones del cacique de hierro, habian sido suficientes á evitar que ninguno de sus súbditos pidiese la prolongacion del espectáculo.

Y tanto respetaba al tirano su pueblo, que aun á pesar del insulto que el Adelantado le arrojara al rostro, cuando abrazó á Iñiguez, sufrió resignado la amenaza por no contrariar las órdenes del superior.

Quedáronse, pues, solos en el circo Iñiguez, Alvarado y el cacique de hierro.

Entonces díjoles este último:

—Necesito hablar ampliamente con vuesasmercedes. Hoy son prisioneros míos.

—No lo dudamos; pero tambien sabemos que vuestra persona respeta las leyes de extranjería, y...

—No haya cuidado de que yo os mortifique en lo más mínimo: os habeis portado bizarramente y soy además hospitalario por aficion.

—Pues vamos donde vuestra excelencia guste.

—A mi palacio: allí hablaremos.

Iñiguez y Alvarado salieron en pos del cacique de hierro.

Cruzaron el campo y luego varias calles.

Las construcciones aliseadas y correctas que en ellas se veían, llamaron poderosamente la atención de los españoles.

Siempre aconteciales lo mismo en América: cuando creian encontrar verdaderos desiertos plagados de indios errantes, incultos y feroces, hallábanse con ciudades llenas de magníficos edificios y con habitantes tan ilustrados como lo permitian su tiempo.

Los dominios del cacique de hierro estaban constituidos por un pueblo de hombres ricos, y déspotas hasta no poder más.

Vivian tales hombres separados del resto de sus compatriotas, y muchos de estos desconocian la existencia del príncipe de hierro y de sus súbditos.

Como el pueblo del cacique estaba amurallado y circundábanle además espesos bosques, como sabemos, nadie pretendió explorarle ni lo hubiera logrado tampoco.

La dificultad en asaltar una plaza fuerte era grande, y los exploradores hubieran pagado con la existencia su osadía al intentarlo.

De suerte, que fundado el jefe de aquellas regiones en esta circunstancia, podía ejercer el poder sin contratiempo alguno, y hacer dentro de sus estados cuanto se le antojase.

Y así lo verificaba en efecto.

Jamás se vieron castigos más duros, ni leyes más inflexibles como los que aplicaba el tirano á los que tenian la desgracia de pertenecer á la última clase social.

En esta tarea ayudaban al déspota los muchos nobles que le rodeaban.

El cacique se habia propuesto domar en una poblacion, convertida por él en aristocrática, y lo habia conseguido.

Todos aquellos infelices que tuvieron la desgracia de nacer esclavos, fueron arrojados de su córte y lanzados al campo á cultivar las tierras.

Los que venian de abolengo ilustre, quedáronse en el mismo pueblo en que habitaba el tirano.

Para seguridad completa de su persona y de las de sus súbditos, el cacique habia fortificado aquella plaza como sabemos.

Tres puertas habian quedado libres; pero difícilmente hubiera podido un enemigo penetrar por ellas, pues hallábanse vigiladas constantemente por centinelas bien armados.

Con tales garantías juzgábase perfectamente á cubierto de cualquier atentado, el jefe de aquellas regiones: mas no contaba con tener que habérselas algun dia con un hombre como don Pedro.

Sigamos á éste y á sus acompañantes.

Cruzaron, segun hemos dicho, varias calles, el cacique de hierro, Iñiguez y Alvarado.

Los tres caminaban sin articular una frase, cuando se detuvieron ante un magnífico edificio hecho de mármol todo él. Una gran verja le rodeaba, tras de la cual, veíase un jardin verdaderamente espléndido.

Para llegar al vestíbulo de palacio, era preciso cruzar éste.

Apenas uno de los servidores del déspota vió á su amo, salió á abrir la puerta de la verja, no sin hacer á los recien llegados una gran cortesía.

El cacique y los españoles penetraron en el jardin y despues de ganar unos anchos escalones, tambien de mármol, dieron con el vestíbulo del alcázar.

Una seccion de veinte indígenas de rostro feroz, pero de figura escultural, formó en la puerta á la llegada del príncipe.

Los españoles siguieron en pos del jefe de la casa.

Este los condujo por unas amplias y hermosas galerías, cuyas paredes, cuajadas de ídolos pintados y llenas de doradas inscripciones, revelaban por su lujo la riqueza del dueño.

Sorprendiéronse al ver estas cosas Alvarado y su amigo, y mucho más creció su asombro, al encontrarse en un salon de grandes dimensiones.

El piso del mismo estaba formado con maderas finas que se diversificaban en labores primorosas.

En el centro del salon alzábase un ídolo, cuya cabeza y cuerpo eran de oro.

El dios aquel aparecia sentado en una montaña de cristal, á cuyo pié, veíase un pequeño estanque que contenía agua llena de perfumes.

Y como el sol venia á quebrar sus rayos en aquel cristal diáfano y trasparente, y de la cabeza del ídolo saltaba el agua en graciosísimos juegos, resultaba de todo aquel conjunto, el cuadro más espléndido que pudiera observarse.

Quedaron sumamente sorprendidos Alvarado é Iñiguez al contemplarlo y preguntó al cacique el primero:

—¿Quereis decirme, señor, qué significa esa fuente alegórica?

—Es el Dios de las aguas, que fué descubierto en una excavacion por mi padre.

—¿Y es de oro la figura de su majestad?

—Vos lo habeis dicho. La montaña en que se halla sentado es de cristal de roca.

—¡Magnífico tesoro representa esa escultura!—exclamó el sabio Iñiguez.

Siguieron observando la estancia aquella los castellanos, y vieron que en torno de la fuente alegórica, se levantaban espléndidas macetas de flores bellísimas. Circundaban este cuadro doce esbeltas columnas de jaspe, que iban á rematar en una gran armadura de cristal.

Toda la parte que quedaba libre entre las columnas y los muros de la estancia, hallábase cuajada de muebles riquísimos, de artísticos sitiales y de especies de mesas, llenas de ídolos.

Al lado de una de estas sentáronse Iñiguez y Alvarado, haciendo lo propio frente á ellos el cacique.

Entonces este último exclamó:

—Rara casualidad es, el arribo de vuesasmercedes á estos lugares.

—No tanto como vuestra excelencia supone, porque dado nuestro oficio, hasta en el infierno debemos entrar.

—¿En el infierno?

—Señor príncipe,—exclamó Iñiguez,—de sobra sabeis, porque os lo he repetido varias veces, que tengo la ciencia por profesion, y que vengo de muy lejanas tierras á estudiar países nuevos y cosas desconocidas.

—¿Y cómo os encontraron mis súbditos?

—Llevado de mi curiosidad invencible, entré en el seno de una montaña volcánica; recorrílo todo, y salí luego al exterior, aprovechando una oquedad de la tierra.

—¿Entonces caísteis en manos de mis servidores que os trajeron aquí?

—Así debió ser; pero no puedo asegurarlo, porque á la sazon se habia apoderado de mi cuerpo un letargo espantoso.

—¡Pues de buena os habeis librado, porque sino acierta á venir este noble compañero vuestro, ya os hubiera hecho pedazos el tigre!

—Verdad decís,—contestó al cacique, Alvarado.—Tengo el propio oficio de mi compañero; y como hacia muchos días que no sabia de él, me propuse buscarlo hasta encontrarle, y lo he conseguido.

—¿Y quién os ha dado noticia de mis dominios?

—El destino y la casualidad solamente: cruzando campos, saltando montes y llanuras con mi brioso caballo por compañero, he dado con mi cuerpo en vuestra ciudad.

—Vuestro caballo ¡ah! ya lo comprendo: es uno que han encontrado mis servidores fuera de la muralla.

—El mismo.

—Pues abajo en los sótanos está á vuestra disposicion.

—Gracias mil, príncipe ilustre.

—Pero volviendo á nuestro asunto, yo creo que no me guardareis rencor, ilustres extranjeros, por lo que he hecho con vuestra persona.

—He aquí el punto discutible,—exclamó Alvarado.

—¿Cómo?—preguntó el cacique con sorpresa.

—Amable príncipe: en vuestro claro juicio, no podreis ménos de apreciar nuestros sentimientos como legítimos.

—Explicaos.

—Nuestra nacionalidad, nuestra bandera, han sido agraviadas por vos y por vuestros súbditos.

—¡Qué!

—Nosotros creíamos que un sabio como vos, sabria dar hospitalidad á los extranjeros.

—Y no os equivocábais.

—Equivocábame grandemente; porque sin haber dado motivo para ello, habeis querido echar á mi colega á los tigres, y á mí me habeis injuriado llamándome cobarde delante del pueblo. ¿Es justo tal conducta con hombres leales é inofensivos?

El cacique mordióse los labios, y con voz entrecortada, repuso:

—Es cierto, teneis razon; no obré como debia; pero fué porque os juzgaba hijo del demonio.

—Los dioses nos libren de semejante parentesco.

Creemos en vuestras deidades, y ellas conocen la pureza de nuestras intenciones.

—Muy bien, caballeros...

—De la espuela de hierro: ese es nuestro nombre de lucha; y por él podeis distinguirnos de los demás.

—Perfectamente: ahora, rey, amigos, á probaros que no me ciega el orgullo, cuando reconozco que obro mal.

—Hablad, cuanto gusteis.

—Por una ligereza inconcebible, tal vez por mi amor exaltado á la religion de mis padres, quise haceros víctimas de los sacrificios; pero estoy dispuesto á reparar la ofensa.

—¿De qué modo?

—Os expondré mi pensamiento para ver si os agrada.

—Sepámoslo.

—¿Os satisfaria pasear por delante de mis tropas en una solemne formacion?

—Si esto significaba un tributo de respeto al país en que nacimos, desde luego me parece reparacion bastante,—exclamó Alvarado.

—Yo procuraré hacérselo saber así á mis fuerzas,—repuso el príncipe,—y al efecto señalaremos el dia en que tenga lugar la ceremonia, considerándolo como de fiesta nacional.

—Es una gran merced la que nos dispensais, y que nos reintegrará en absoluto en nuestro decoro.

—Pláceme sobremanera vuestro asentimiento. Ahora debo procuraros tambien algun recreo durante los dias que permanezcais entre nosotros.

—¿Y cuál es él?

El cacique dejo ver en sus ojos un rayo de alegría, y frotándose las manos, lleno de placer, preguntó á Alvarado:

—¿Os gustan las mujeres?

—¿Y á quién no le agradan, señor príncipe?

—¡Bien! No vayais á creer que os voy á ofrecer las que tengo para recreo mio.

—Es muy natural.

—Sino para que entre las que constituyen el *coro del amor*, elijais una que haga el papel de reina en el festival á que he aludido anteriormente.

—Si es costumbre entre los individuos de vuestro pueblo, no tengo inconveniente en aceptarla.

—Es uso entre nosotros cuando alguien se distingue de los demás por su destreza, valor ó cortesanía, que escoja una dama con quien comparta sus triunfos al presentarse en público.

—Pues no haya más que hablar,—exclamó Alvarado,—pasearé con mi ilustre señora por este vuestro ejército.

Iñiguez permaneció callado, por lo que el cacique dirigiéndole una mirada maliciosa, preguntóle:

—¿Y vos no quereis una compañera?

—Príncipe ilustre; yo me ocupo muy poco de las hijas de los volcanes; porque los hombres de estudio tenemos escaso tiempo para rendir culto al amor.

—Respeto vuestros gustos, y no insisto más en mi propuesta. Ahora, señores, como yo he sido franco con vuesasmercedes, espero que hagan algun sacrificio para

corresponder á mi liberalidad en el día de las fiestas militares.

—Es muy lógico,—respondió Alvarado.

—La cosa es muy sencilla,—exclamó el cacique.

—Conozcámosla.

—No se habrá escapado á vuestro claro juicio, que mis vasallos abrigan grandes dudas sobre la precedencia que podais tener.

—Nos han creido diablos primero; y dioses más tarde.

—Lo cual nada de extraño tiene, atendidas las cualidades excepcionales que os adornan.

—Bondad de vuestra parte y nada más.

—¡Salir ilesos del seno de los volcanes! ¡Pelear con los tigres y aniquilarlos! A fé mia que nunca vimos cosa igual.

—Pues como veis, hombres cual los demás somos, y todo el mundo puede imitarnos.

—¡Ojalá y fuesen ciertas vuestras palabras! Hasta hoy,—confiésolo ingénuamente,—llamábame yo el invencible *cacique de hierro*; pero adelante procuraré ser más modesto para no caer en el más amargo desengaño.

—Dejaos, señor príncipe, de lisonjas, y vamos al asunto que pensábais desarrollar.

El cacique quedóse en actitud reflexiva y habló como se dirá en el capítulo entrante.

CAPITULO LXXXIX

El coro del amor y los planes del cacique.

El príncipe de hierro salió de su abstraccion, exclamando:

—Como comprendereis, esta incertidumbre del pueblo, respecto al orígen de vuestras personas, exije que yo os pida una prueba que os justifique ante él.

—Hablad y yo me encargaré de dársela, —contestó Alvarado.

—El asunto es bien sencillo: no sé si al llegar á este pueblo habeis advertido el muro sagrado.

—No nos hemos apercibido de él.

—Pues bien; este muro se halla un poco separado de las fortificaciones que rodean esta plaza.

—¿Y para qué sirve el mismo?

—Su elevacion es bastante grande, y en la cúspide se mantiene el estandarte de todos nuestros triunfos

y la efigie de una de nuestras deidades protectoras.

—Adelante.

—Cuando el pueblo duda de la religion que pueda profesar algun individuo, le obliga á subir á lo alto del muro en cuestion.

—¿Y bien?

—Si se atreve á poner la diestra sobre la estátua del dios, le considera favorecido por éste.

—¿Y si no lo verifica?—preguntó Alvarado dejando ver en sus ojos el placer.

—¡Ah! Entonces cree con razon, que el menguado tiene pacto hecho con el demonio.

—Dispuesto estoy á demostrar á vuestros vasallos que yo pertenezco á los primeros.

—¿De modo que no teneis inconveniente en subir al muro?

—Ninguno, á fé mia: el dia de la ceremonia militar lo verificaré á la vista de nuestras tropas.

—Yo es lo agradeceré vivamente; veo que á más de valeroso, sois un hombre discreto.

—Allá en lo alto del muro demostraré lo que verdaderamente soy.

—Gracias, gracias, amigos mios. Vamos á otro asunto.

—Estamos á vuestras órdenes.

—He dicho que deseaba proporcionaros algun recreo durante vuestra permanencia en mi casa y voy á cumplir mi ofrecimiento. Seguidme.

El cacique abrió una puerta y partió por allí acompañado de los españoles.

Descendieron por una pequeña escalera y cruzaron luego una rotonda.

Cuidadosamente levantó el príncipe una cortina, y encontráronse los emperadores en una sala espléndida.

De trecho en trecho veíanse hasta seis hermosas mujeres sentadas en ricas almohadones.

Las cinco primeras, muellemente apoyadas en el brazo derecho, que descansaba sobre un taburete, dejaban ver en sus rostros los signos del vicio y de la voluptuosidad.

La última de aquellas hembras vestida de blanco, ceñía su cintura con una gruesa cuerda, y su cabello caía en ondulantes rizos sobre los hombros.

El rostro de tal mujer retrataba la demacracion producida por horribles sufrimientos, pero ésta no acertaba á amenguar su belleza, que era verdaderamente ideal.

Las manos de aquel querubin estaban sujetas con esposas.

—Hé aquí el coro de mi amor,—exclamó el cacique mostrando aquellas mujeres á los españoles.

Y con aire de triunfo fué acercándose á cada una de las favoritas, golpeando luego cariñosamente sus mejillas con la mano.

Las queridas del cacique contestaban á estas demostraciones con un gracioso gesto y pronunciaban sus nombres despues.

Con actitud severa y respetuosa mostráronse Alvarado é Iñiguez ante aquellas desgraciadas, hasta que el cacique colocóse al lado de la sesta.

—Hé aquí la más altiva de mis adoradas, —repuso el príncipe mostrando aquella jóven á los castellanos.

La india dirigió una terrible mirada de desprecio al déspota, y otra como demandando piedad á los españoles.

—¿Verdad que es muy bella? —preguntó el cacique.

—Mucho.

—¡Oh! Si ella fuese amable conmigo como sus compañeras, otra seria su suerte; pero ¿qué quereis?

Por tener las manos demasiado sueltas para con su jefe, he tenido que mandarla amarrar.

Alvarado llevó instintivamente la diestra á su daga para castigar la crueldad de aquel miserable, pero se detuvo enseguida.

El cacique de hierro siguió diciendo:

—A causa del orgullo y soberbia de esta mujer, dispuse há pocos dias que le dieran cincuenta buenos latigazos en la espalda.

—¡Vive Cristo!

—¡Oh! No os altereis, caballero de la espuela de hierro: por fortuna esta mozarrona carne de asno, y enseguida se repone de los castigos.

Alvarado hizo un signo imperioso al cacique para que se callara, y acercándose á la jóven la preguntó:

—¿Vuestro nombre?

—Me llamo Diamantina.

—¡Cielos!

—¿Qué os acontece?

—Esta niña lleva el mismo nombre de una hermana que al cielo plugo arrebatarme.

—¿Y bien?

—Que desde ahora la elijo para reina de la fiesta militar,—exclamó Alvarado.

—Pero...

—De esta suerte rendiré tributo de afecto á la memoria de aquel ser querido de mi corazon. ¿Os parece mal, señor príncipe?

—Habria deseado que hubiéseis elegido otra compañera más amable; pero en fin; si ese es vuestro gusto...

—Este es mi deseo; y espero no lo contrariareis: ahora réstame pediros un favor.

—¿Cuál?

—Que libreis las manos de esta jóven de los grillos que las sujetan.

—Mucho me pedís.

—Mas, como sé que no sois capaz de ensañaros con un ser más débil que vos, por eso...

—Voy, voy al punto,—contestó el príncipe lleno de vergüenza y de cólera. No quiero que digais que no soy complaciente.

Y salió en direccion de la puerta de la estancia. Alvarado entretanto, acercóse disimuladamente á Diamantina.

—¡Vengo á salvaros!—díjole,—calma é hipocresía.

La esclava dejó ver en su rostro el fuego del placer, y dirigió una mirada indescriptible de gratitud al Adelantado.

En esto volvió el cacique acompañado de un indio de feroz aspecto.

—Desata á esa perra, Cuautli,—dijo el déspota á su servidor.

Diamantina fué libertada de las ligaduras que oprimian sus manos, y dirigió al cacique una mirada de fingido amor, diciéndole:

—Gracias, mi amo: confieso que obré mal; perdonadme si os disgusté en alguna cosa.

—¡Hola! ¿Parece que ya te vas ablandando?

—Señor...

—Nada, no tienes que darme explicaciones: mientras seas dulce, amable y cariñosa conmigo, todo marchará bien, tendrás cuanto gustes, y serás la primera de todas. Ahora que vean estos caballeros cómo pagas mis sacrificios.

Diamantina púsose en pié, y mostrando en su rostro la palidez de un cadáver, acercóse al cacique é imprimió un ósculo de fingido afecto en su frente.

—¡Así me gusta, así me gusta!—exclamó el tirano,—¿qué os parece de mis siervas?

—Que son muy obedientes,—contestó Iñiguez.

—Y muy amorosas,—repuso el déspota.

—Todo lo merece la apostura y gentileza de vuestra persona nobilísima,—exclamó Alvarado.

—¡Oh! Pues si las oyéseis cantar; pero ahora no es ocasion oportuna.

—Despues de las fiestas, será mejor, ¿no es cierto?

—Exactamente,—respondió el cacique:—hoy tengo mucho que hacer y vuesasmercedes me dispensarán que les abandone.

—Está vuestra excelencia en su derecho.

Despidiéronse los españoles de las favoritas del tirano y salieron en pos de éste, volviendo á la misma habitacion.

Ya allí el príncipe les dijo:

—Ahora me veo precisado á manifestar á los caballeros de la espuela de hierro, que tienen que cumplir con las exigencias de nuestro rito antes de subir al muro.

—¿Exigencias?

—Son escasas: consisten tan sólo en hacer oracion cada uno de ucedes en su habitacion respectiva.

—¡Ah! ¿Quereis separarnos á mi compañero y á mí,—preguntó con sorpresa Alvarado.

—No pretendo tal cosa; puesto que delante de las gentes podreis hablar ambos cuanto querais.

—Vamos, comprendo vuestras intenciones, señor príncipe.

—¡Yo!

—Quereis tenernos como prisioneros, guardándonos toda clase de consideraciones, á fin de que el pueblo no se alarme.

—Estais en un error.

—No, si nada nos importa: somos unos intrusos en vuestros estados y es natural que hagais todo cuanto esté de vuestra parte para asegurar la tranquilidad de ellos.

—Así sucede, y veo que sois hombres razonables.

—No haya cuidado que nos enojemos por eso,—repuso el Adelantado.—Lo que sí os suplico, es que nos conduzcan á nuestras habitaciones, porque yo no puedo más con mi cuerpo.

—El déspota volvióse á su servidor y díjoselo que llevase á los caballeros á sus cuartos respectivos.

Alvarado é Iñiguez saludaron cortesmente al cacique, y partieron en pos del indio Cuatli.

Este instaló á los españoles en dos habitaciones nada cómodas, y bastante separadas la una de la otra.

Al despedirse Alvarado de su conductor, díjole con tono acre:

—¿Supongo que no sereis como la mayoría de los que desempeñan vuestro oficio?

—¿Qué quereis decirme?

—Que no habrá miedo á que nos hagais una traicion cuando estemos más descuidados.

—¡Yo!

—Vos, vuestro amo, ó quien quiera que sea: aunque no he hecho grandes estudios sobre vuestra raza, no se me ocultan sus condiciones y caractéres más salientes.

—Estad tranquilo, *niño*, que nada sucederá.

—Y si sucede,—repuso con gran energía don Pedro,—procurad que sea gorda vuestra venganza, y digna de hombres verdaderamente bizarros.

. . . . . .

. . . . . .

Cerró don Pedro la puerta de su cuarto, y el page Cuantli quedó mudo de estupor.

Vencido éste, corrió á contar el indio á su amo el cacique lo que le habia ocurrido con don Pedro.

El tirano llevó á su servidor á una habitacion reservada y díjole:

—Cuantli: ¿quieres ganar un gran puesto?

—¿Cuál, señor?

—El de primer mayordomo de mi casa.

—La cabeza daria por serlo.

—Pues sin tanto sacrificio puedes ganártelo.

—Hable vuestra soberana persona.

—Se trata de celebrar una fiesta guerrera para dar una satisfaccion á esos dos perros.

—¿A los caballeros de la espuela?

—Precisamente.

—¿Y bien?

—Con el mayor disimulo, precisa advertir á las tropas que den un buen golpe.

—¿Cuándo?

—Mi plan es el siguiente:

Dentro de pocos dias habrá una formacion para que esos hombres desfilen triunfalmente ante mis soldados.

—¿Y luego?

—El que aparenta más edad, subirá al muro sagrado para prestar reverencia á nuestros dioses.

—¡Buena gloria conseguiremos con ello!

—Pues no consistirá en esto solo.

—A ver, á ver.

—Cuando el caballero se halle en la cima de la montaña santa, nuestras tropas fingirán proclamarle como su príncipe.

—¿Y entonces?

—Indignado yo, fingiré pedir á los dioses justicia.

—¿Y ellos os oirán?

—Ya lo creo: como que tu habrás rociado de líquidos inflamables todo el interior del muro, le aplicarás fuego y arderá completamente, reduciendo á cenizas la vil persona del vencedor de los tigres.

—Dispuesto me hallo á cumplir las órdenes de vuestra excelencia.

—Y te ganarás el cargo más sabroso de palacio.

—Muy bien, señor, muy bien. Pero ahora me perdonará vuestra soberanía le exponga una duda que tengo.

—Habla, Cuantli, lo que quieras.

—¿Qué objeto tiene vuestro plan?

—Amigo Cuantli: los indios están muy entusiasmados con el vencedor de las fieras, y pudieran destituirme para proclamarle á él soberano de estos contornos.

—¡Ah! vamos.

—Pero viendo el pueblo que los dioses envían fuego sobre el intruso, se alegrarán de que este sucumba y de que siga yo rigiéndole.

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Y estás dispuesto á servirme?

—Tanto lo estoy, que juro por mi honra, secundar vuestros planes con la mayor delicadeza y el esmero más detenido.

CAPÍTULO XC

Los histriones del cacique de hierro.

Apenas entraron Iñiguez y Alvarado en sus respectivas habitaciones, tendiéronse en sus lechos y quedaron profundamente dormidos.

El cansancio y la fatiga habiánse apoderado de sus cuerpos absolutamente.

Los españoles no se cuidaron de nada, ni temieron que el cacique realizase en ellos durante su sueño alguna traicion.

Eran hombres de templado espíritu, y consideraban la existencia como una prenda de que podian ser despojados á lo mejor.

Por su parte el señor de aquelloe estados, era suficientemente hipócrita, para no dar á conocer abiertamente sus intenciones á los teules.

Su maldad y falacia permitíanle esperar á realizar su venganza en un momento solemne.

Además, el cacique de hierro conocia á fondo la impresionabilidad de carácter de sus súbditos, y no ignoraba la simpatía que en ellos, habian logrado despertar el Adelantado é Iñiguez.

De suerte que si hubiese hecho el tirano con los españoles alguna fechoría, cuando estos se hallaban indefensos, hubiésenlo atribuído los indios á odio y envidia de su jefe.

Y esto no le convenia al cacique, porque queria vengarse de los exploradores, buscando un castigo que pareciera obra de seres sobrenaturales.

Con lo cual, en su sentir, alcanzaria el tirano ante las gentes cierto carácter divino, que le aseguraria el poder por luengos años.

Fundado en tales consideraciones preparó el infame su venganza, en la forma que hemos visto en el capítulo precedente.

Para mejor disimular sus planes, para no infundir sospecha alguna entre sus súbditos, interin Iñiguez y Alvarado descansaban, publicó el cacique de hierro un pregón, haciendo saber á sus vasallos que pensaba celebrar varias fiestas para honrar dignamente á sus huéspedes.

El pueblo agradeció mucho esta noticia, y varios individuos se acercaron al príncipe para rogarle permitiese ver muy de cerca á los dos misteriosos viajeros que en su palacio se albergaban.

Contrarióse mucho el tirano ante aquellas mani-

festaciones de simpatía; pero no hizo el menor gesto de desagrado á su llegada.

Agolpado el pueblo á las puertas de palacio, pidiendo á gritos que le dejaran ver á los españoles, cuando el cacique vióse precisado á salir á una de sus ventanas para contener á la plebe, pero les dijo:

—En este instante,—repuso el príncipe en alto,—se hallan deseando nuestros amigos

—¡Qué salgan! ¡Que salgan!

El cacique abandonó la balcona y subió al cabo de algunos instantes.

—Ya están—dijo al Adelantado.

—Que salgan, que salgan—gritó la plebe.

—Es indispensable proceder así, por mucho que,—la sala de las ceremonias se halla dispuesta para la recepción.

Apenas pronunció el Adelantado estas palabras, la multitud desenfrenada, á las salvas disparadas, se fué en un instante.

En un tropel cruzaron los pasillos y las galerías del alcázar, hasta dar con el salon de las ceremonias.

Hallábase este instalado en un espacioso amplísimo, cuajado de esculturas de ídolos y de adornos hechos con plumas y con ricas telas del país.

En aquel salón, sentados bajo el dosel perteneciente al príncipe, veíanse á éste, al Adelantado y á Iñiguez.

El pueblo al contemplarlos, lanzó al aire gritos de júbilo y exclamaciones de placer.

Singular estrépito movióse.

La gran avalancha de gente que se apiñaba en la puerta del salon, amenazaba invadirle sin consideracion alguna.

Los guardias del príncipe, desplegaban toda su energía para contener á la plebe, pero les era imposible lograrlo.

El cacique dió órden para que sus vasallos fueran entrando por grupos en el salon.

Mientras los guardias ponían órden en el pueblo, el cacique dijo al Adelantado y á Iñiguez:

—Amigos míos: si quereis captarnos las simpatías de estas gentes, habreis de hacer cuanto ellas hagan.

—¡Válgame mi padre San Francisco!

—Es indispensable proceder así, porque sino se considerarán desairados esos hombres.

—Todo por el Señor.

Apenas pronunció el Adelantado estas palabras, llegaron hasta el trono veinte ó treinta indios.

Saludaron cortesmente al caudillo y á Iñiguez, y estos devolviéronles el saludo con no ménos cortesía.

Luego palmotearon á compás, y el Adelantado y su amigo imitáronles.

Los indígenas retiráronse á un ángulo del salon.

Entró un segundo grupo bastante numeroso, y caminando marcialmente, aproximóse á los iniciales.

Formáronse allí los indios, y á la vez de: *uno, dos, tres*» formulada en su lengua, diéronse la terrible puñada en las narices, que comenzaron á echar sangre.

—¡Aquí entra la gente! dijeron para sus adentros Alvarado é Iñiguez.

Y sin esperar á más, descargáronse tal porrazo en la boca, que á poco estuvieron de quedarse sin muelas.

Al ver los indios que tambien como ellos sangraban los españoles, comenzaron á saltar con tal gozo y á gritar con tal furia, que poco faltó para que ensordecieran á los demás.

—¡Fuera de aquí, y que entren otros!—exclamó el cacique con singular imperio.

Los de las puñadas sácanse con sus colegas al extremo del salon y dejaron paso franco á sus reemplantes compatriotas.

Penetraron estos en la estancia y al aproximarse al lugar ocupado por el cacique y los españoles, formaron coro ante ellos.

Entonaron la más rara, original y chillona de las canciones, y comenzaron á dar vueltas.

Despues y á una señal de su jefe, arrancáronse unos á otros grandes mechones de su cabello.

—¿Esto más, voto á Cribas?—rugió Alvarado con marcado enojo.

—Nada, señores,—exclamó el cacique sonriendo, —si ustedes no tienen valor para imitar á esos indios...

—¡Lo que no tenemos es pelo!—contestó Alvarado rápidamente.

—Las barbas...

—¡Ah! ¿Sirven las barbas? Pues amigo Iñiguez, ya lo ois: ¡á la una... á las dos, y á... á las tres!

Y esto diciendo, arrancóseles brutalmente los teules unos rizos de sus barbas.

—¡Estos son hombres! gritó al pueblo, á otro.

—Vivan, vivan los amantes de nuestro rey.

—¡Silencio y que pasen los histriones!—exclamó el príncipe de hierro, imponiéndose á las demostraciones de la plebe.

En efecto, su orden se cumplió, y fueron entrando en la cámara, unos como especies de cestos que parecían caminar solos.

Alvarado soltó la carcajada sin poder contenerse.

El cacique de hierro dijole:

—Estos son mis bufones.

—¿Pero quiere decirme vuestra soberanía, quién diablos mueve esos cestos?

—Hombres como vos y yo.

—Perdonadme que lo dude, el tamaño de esos serones, ó lo que quiera que sean, entiende yo que no podrá dar cabida á un niño de cinco años.

—Ahora os convenceréis de vuestro error.

Calló Alvarado y el cacique pronunció ciertas palabras.

Los que iban metidos en los cestos formáronse en dos filas, y rompiendo aquellos á una voz, salieron como por arte mágica.

Un conjunto de feísimos enanos ofreciósele á la vista de los españoles.

Iban todos ellos vestidos con largos ropones rojos, y ostentaban unos bigotes postizos tan afilados como púas de puerco espín.

Los rostros de aquellos bufones aparecían teñidos de una sustancia negra y brillante como el charol.

Manos de orangután, rematadas en afiladas uñas, hacían visibles aquellos histriones.

Sus pies presentaban igual adorno, pero lo que más llamaba la atención era su cráneo.

Libre este de pelo en su mayor parte, ostentaba un mechón en el centro, y otros dos á cada uno de los lados; descollando sobre tan lamentable calvicie, el adiamento de unas orejas *apolinadas* que se movían á merced y capricho de sus poseedores.

Al ver semejante extravagancia, prorrumpieron Iñiguez y Alvarado en carcajadas sonoras, y tuvieron que sentarse en sus sillones para no caer dominados por la risa.

Y mucho más se aumentó su gozo, cuando el cacique de hierro, dirigiéndose á los enanos exclamó:

—¡Pimpollos: ya sabéis vuestro deber!

Aquellos verdaderos escrúpulos de hombre, comenzaron á bailar, en medio de los movimientos más cómicos y originales que puedan suponerse.

Y como si hubiesen querido representar algun triunfo épico ó cosa semejante, al terminar su danza quedaron con la mano izquierda en la cadera y puesta la derecha en la guía de su bigote.

Luego uno de ellos ordenó que le trajésen lo que él llamaba las pirámides de cristal.

En efecto: todos los indígenas que ocupaban la sala hiciéronse á un lado.

Los criados del cacique colocaron en el centro de

ella multitud de copas, llenas de un líquido rojo y como sanguinolento.

Cuando ya tales vasijas estuvieron alineadas, formando estrechas calles entre ellas, el enano comenzó á saltar y correr por los espacios que dejaban libres.

Jamás se vió habilidad como la de aquel hombre.

Cual si estuviese movido por resorte mágico, caminaba sobre las vasijas sin quebrar ninguna.

Luego deslizaba su planta por los espacios que entre unas y otras existian, y lo verificaba á todo correr.

Los españoles aplaudieron con frenesí la seguridad y destreza del enano.

Enorgullecido éste con su triunfo, quiso hacer más patente su habilidad con otros ejercicios.

Al efecto, tomó en ambas manos dos largas varas por sus extremos y las colocó en sentido horizontal.

Un indio que hacia de ayudante de los histriones, colocó por la base doce copas en cada una de las varas, dejando las primeras en equilibrio.

Imposible parecia que el enano hubiese sostenido todo aquello sin que las copas viniesen á tierra.

Pero era un equilibrista consumado; porque comenzó á caminar muy deprisa sin que las copas se cayeran. El entusiasmo y los aplausos hácia el histrion crecieron entonces.

El orgullo de éste subió de punto, y para demostrar que sus aptitudes en la materia eran todavía mayores, sin soltar las varas que mantenian las copas, mandó traer una escalera.

Quedáronle al punto y cuando ya esta hallóse fija en medio del salon, subió muy velozmente por un lado de la misma y descendió por el otro, sin que las copas perdieran su posicion vertical.

Alvarado é Iñigues quisieron abandonar sus sitiales para ir á abrazar al histrion.

Pero detuviéronse á instancias del cacique de hierro, quien les dijo que al final de la fiesta tendrian ocasion de verificarlo.

Otros muchos ejercicios dió á conocer el equilibrista, entre los cuales, hubo uno digno de llamar poderosamente la atencion.

Trajéronle varios tubos de hierro y colocaron uno detrás de otro, de modo que se hallaban frente á frente las bocas de los mismos.

Era tan pequeño el diámetro de aquellas figuras cilíndricas, que parecia imposible que el cuerpo de un niño cupiese en su interior.

El último de los tubos más parecia cañon de chimenea que otra cosa, viendo lo cual Alvarado, preguntó al cacique de hierro.

—¿Vá á atravesar por alguno de esos tubos vuestro histrion?

—Por todos ellos.

—¡Válgame San Pedro Martir! ¿Y por el último que parece destinado á una culebra?

—Ahí teneis la contestacion.

Y á tiempo que esto decia el cacique, salió el enano por la boca del tubo último, cual si hubiese sido el más lijero de los reptiles.

—¡Bien, bravo, sublime!—gritaran los españoles, en tanto que los indios aplaudian como ellos.

El equilibrista saludó cortesmente al público y dió por terminada su tarea.

Entonces en union de sus restantes compañeros los enanos, acercóse á Alvarado y á Iñiguez.

Graciosa y galantemente ofreció á cada uno de los castellanos una de las copas con que habia trabajado, la cual estaba llena del mencionado líquido rojo.

Gustó Iñiguez un sorbo de él, é hizo seguidamente un gesto de desagrado.

Imitóle don Pedro, y su manifestacion de disgusto fué más marcada todavia.

—¿Que demonios es esto?—preguntó el caudillo al cacique poniendose pálido.

—¡Es, es... sangre de gallina!

—¡Uf! ¿por qué no me lo habeis dicho antes?

—Porque creí que os agradaba.

—¿Agradarme?... ¡Sí!... mucho! Pero en esta ocasion hay muchas aves en el... corral!

—Y esto diciendo, volvióse de un lado don Pedro, y vomitó al lado del príncipe cuanto tenia en el estómago.

CAPÍTULO XCI

En que se relatan otras fiestas dadas por el príncipe de hierro.

Ante la contrariedad experimentada por Alvarado, ordenó el cacique de hierro á los indios que se retiraran.

Al mismo tiempo, prevínoles que acudieran en la noche á sus jardines para presenciar otros festejos.

Muy regocijado el pueblo, fué desalojando el alcázar de su señor.

Este dispuso que Alvarado é Iñiguez se retiraran á sus respectivas habitaciones.

Ni un instante tuvieron los teules para hablar: el cacique no los abandonaba un minuto.

Cuando ya Alvarado estuvo sólo en su estancia, dijo para sí:

—De todo lo que he presenciado en estos malditos lugares, deduzco que ese bellaco de déspota ha querido burlarse de nosotros.

Primero: nos ha obligado á aporrear nuestras narices en forma cruel y despiadada.

Despues, ha hecho que nos arrancásemos las barbas á tirones, cual si fuesen pluma de pollo.

Luego hemos bebido la más asquerosa y obscena de las inmundicias, hasta el punto de dar al traste con la tolerancia de mi estómago.

Y al fin, nos tiene aquí como á verdaderos cautivos.

Don Pedro sonrióse con marcado desprecio y añadió para su interior:

—Por fortuna no tardará en llegar el momento de que los esclavos vengnen el agravio que este canalla les infiriera.

He jurado á ese pueblo valeroso libertarle de su yugo, y á Chapadá y Tamarindo, salvar á la desdichada Diamantina.

Y lo conseguiré, vaya si lo conseguiré.

Alvarado aproximóse entonces á una mesa y partió en pedazos una torta de *casabe* (1) que en ella había. Comió un trozo y repuso:

—¡Vaya un alimento para hombres de nuestra estirpe!

Sin duda el villano no nos considera á Iñiguez y á mí, dignos de sentarnos á su mesa.

(1) Torta delgada y circular hecha con la raiz de la *yuca* ágria.

Si supiera quienes somos, si conociese que en su hogar se alberga el conquistador de Guatemala, por Dios vivo, que ya hubiera muerto del susto.

Pero es preciso disimular todo cuanto sea posible.

En esto oyó el Adelantado como gemidos que salian de una habitacion próxima.

—¡Perdon, perdon!—exclamó una voz de hombre.

Luego sintióse rumor semejante al ruido que produce un cuerpo arrojado en tierra desde bastante altura.

La voz no se percibió más.

—¡Oh!—dijose don Pedro,—sin duda han muerto á palos á algun sirviente. Me estan dando ganas de echar la puerta abajo y lanzarme sobre sus agresores.

Pero ya es tarde: tiempo habrá de vengarlo todo.

No se había engañado el caudillo.

En la habitacion inmediata á la suya, habian asesinado, por mandato del cacique, á uno de sus servidores.

La causa de este castigo no fué otra, que la de haber aquel pobre indio mirado con ojos demasiado amorosos á una de las favoritas del príncipe.

El canalla sintióse herido en su amor propio y lleno de celos, mandó que apaleasen á su pretendido rival hasta dejarle sin vida.

La sentencia habíase cumplido sin que nadie conociera su ejecucion más que Alvarado.

Esta conducta enardeció más y más en el ánimo de don Pedro, el deseo de vengar en la cabeza del ca-

cique, tantas maldades como éste hiciera sobre sus esclavos.

Empero esperemos á que llegue el momento oportuno de que don Pedro caiga sobre sus enemigos, y sigámosle así como á su colega Iñiguez.

La noche habia llegado ya.

A las orillas de un ámplio lago que hermoseaba los jardines del cacique, veíase numeroso gentío.

Don Pedro, Iñiguez y el tirano aparecian en una tribuna.

Iba á verificarse un concurso de natacion entre seis hermanos á quienes apellidaban *las anguilas*.

Tal era su destreza en el enunciado arte, que nunca se vió quien les igualara.

Todos ellos eran delgados como vara de alcalde y flexibles cual el corzo.

Habian sido invitados por el príncipe para dar á conocer sus habilidades náuticas, y á cambio de un buen premio, ensayaron nuevos ejercicios.

Cuando más impaciente encontrábase el pueblo porque los *anguilas* no venian, aparecieron estos bajo la tribuna de su señor.

El pueblo los recibió con frenético aplauso.

Venian los nadadores vestidos con unos trajes oscuros, llenos de *chalchiguites*.

Dichos trajes ceñíanse perfectamente á la carne, dejando libres las piernas y los brazos de aquellos.

Las figuras de los nadadores, irradiadas por la luz de la luna, tomaban cierto aspecto fantástico.

Sus cuerpos inclináronse saludando al público, y quedaron fijos é inmóviles esperando el momento oportuno para sumergirse en las aguas.

Este no se hizo esperar.

El cacique, levantándose de su asiento, pronunció en su lengua varias palabras de rúbrica, y seguidamente vióse desaparecer entre las aguas á los hermanos *anguilas*.

La multitud de los espectadores prorrumpió en voces y gritos de alegría.

Los nadadores cruzaban como peces de regia de Neptuno.

Las ondas del lago eran cortadas con tal rapidez por aquellos indios, que ningún movimiento de éstos advertíase definidamente.

Sólo sus cuerpos rígidos deslizábanse, como si estuviesen movidos por una fuerza interior.

Lo que habían aquellos nadadores era un verdadero prodigio.

Alvarado é Iñigaez contemplábanlos con entusiasmo, sin acertar á explicarse que aquellos organismos humanos estuviesen dotados de tanta flexibilidad.

La distancia que habían de recorrer los opositores era muy larga.

Como límite de ésta, habíase colocado entre una y otra parte del lago un pequeño puente.

El primero que saltase á él había conquistado el premio.

Pero no fué posible adjudicarlo, porque, cuando más empeñada parecía la lucha, vióse saltar del agua

á una de las nadadoras, que á sus colegas que le verificaban al propio tiempo.

La ansiedad de la concurrencia convirtióse entonces en verdadero desencanto.

¡Es nulo, nulo el certamen! dijeron francamente varias voces.

En efecto: el premio lo habian ganado los cuatro opositores á la vez.

El público rogó al príncipe, de buen, dispusiera que los nadadores realizasen otra de las habilidades que les eran características.

Con lo cual, el que en ella sobresaliese, sería proclamado vencedor.

Acudió el príncipe á la solicitud de sus vasallos, y ordenó á este fin que los nadadores se sumergiesen en el lago.

Aquel que permaneciera más tiempo bajo las aguas, sin salir á flote, sería conquistador de la recompensa.

A un aviso del príncipe los aguilas desaparecieron de las miradas de los espectadores.

Los cuerpos de aquellos individuos parecian haber descendido al seno del lago.

Silencio sepulcral sucedió á esta escena.

Las gentes todas, con los ojos fijos sobre la plateada superficie de las aguas, esperaban la salida de los nadadores.

Buen espacio de tiempo habia trascurrido, cuando saltó al puente el primero de los vencidos.

Llevóse las manos al pecho como para libertarle

de la opresion que le dominaba, y abriendo el indio la boca, aspiró buena cantidad de aire.

Luego respiró desahogadamente, quedando su pulmon funcionando como antes de que su dueño se internase en el lago.

Con intervalos de más ó menos tiempo, sucedieron á aquel hombre en su salida de las ondas, sus restantes hermanos.

Todos ellos habian perdido el premio, puesto que aún quedaba bajo las aguas el último de los *anguilas*.

Mucho tiempo pasó sin que éste saliera á flote ni se dejara ver.

La multitud comenzó entonces á impacientarse.

Suponia que el nadador se habia ahogado.

Y ya el cacique, convencido de ello, iba á ordenar que extrajesen del agua el cuerpo de la víctima, cuando el intrépido jóven apareció en la superficie del lago.

Un grito de asombro primero, y muchas exclamaciones de triunfo despues, sucedieron á tal reaparicion.

El vencedor saltó al puente y ya fija la planta en él, exclamó:

—¡He conseguido la victoria! si alguno quiere competir conmigo, repetiremos la operacion de permanecer algun tiempo bajo las aguas.

El *anguila* no tuvo tiempo de oir la contestacion, porque cuando más descuidado estaba, tomáronlo en alto sus hermanos, quienes lo entregaron al pueblo, el cual lo paseó en triunfo por los jardines del cacique.

Con este espectáculo terminaron las fiestas de aquel dia. Al siguiente, y mucho antes de amanecer, Alvarado é Iñigues pusiéronse á remontar al señor.

A sus oidos acudieron prolongados clamores: era el pueblo que se reunia en la explanada anterior del palacio del cacique.

Un paje de este entró á despertar á los españoles, á quienes anunció que el pueblo desea verlos nuevamente.

Los castellanos dieronse de semejante inoportunidad cometida á hora tan desusada; pero á fuer de corteses, manifestaron al paje que bien pronto bajarian á departir con el pueblo.

Y así lo hicieron efectivamente.

Apenas amaneció, presentáronse Iñigues y Alvarado en la explanada donde hallábase la multitud.

En medio de terribles alaridos, que no eran otra cosa que vítores, saludaron los castellanos á la plebe.

Gran música de pitos, conchas de tortuga, y golpes de planchas metálicas, oyóse seguidamente.

Los hijos de Iberia estuvieron á punto de perder el oido.

Sin poder remediarlo llevaronse las manos á la cabeza, y Alvarado, con voz estentórea, exclamó:

—Callad por los dioses y decidme si puedo serviros en algo.

—Eso es lo que queríamos oir de vosotros,—repuso un indio adelantándose, en tanto sus compañeros ponian otro á sus filarmónicos desmanes.

—¿De suerte, —preguntó el Adelantado, —que pretendeis de mi compañero y de mí alguna cosa?

—Precisamente. Sabed, dijo de las regiones del misterio, que os tenemos así en concepto de dioses.

—Afirmo que os equivocais.

—Insisto en ello; estais atribuidos de cualidades divinas, porque lo que es de demonios, maldito si teneis nada.

—¿Y en qué os fundais para concedernos tanta superioridad?

—En que desde que habeis venido á estas tierras, todo es alegría en nuestros hogares y bienandanza en nuestras familias.

—Mucho celebro, —repuso Alvarado, —que sucede así.

—Además, nuestro príncipe y señor, que es taciturno de suyo, se halla reventando de gozo desde que os encontrais á su lado.

—Benevolencia suya...

—No hay tal cosa, —contestó el príncipe de hierro, que habia bajado á la explanada acompañando á los españoles. —Verdaderamente, que desde que tuve la honra de conoceros, me acude la felicidad por todas partes.

—¿Estará esta gente burlándose de nosotros? —dijo para sí Alvarado.—Disimulemos, que pronto nos las pagarán.

—Pues, señores mios, —exclamó el Adelantado en alta voz, —como no hay quien resista á tan galantes atenciones cuales las que nos estais prodigando, os diré

que á más de pagaros con profunda gratitud, estoy dispuesto á serviros en cuanto me ordeneis.

—Y yo lo mismo,—añadió Diegues.

—La cosa es bien sencilla,—repuso el cacique en tono burlesco.

Y volviéndose á uno de sus pajes:

—¡Hola! vengan inmediatamente los hombres mozos,—exclamó.

Decir esto el cacique y aparecer en la explanada una cuadrilla de jorobados feísimos, fué obra de un momento.

Alvarado y su amigo riéronse mucho al verles.

El príncipe de hierro con acento en extremo burlon, repuso:

—Los únicos desgraciados de este país, son los que viendo estais.

—Verdaderamente que no les ha favorecido mucho la fortuna: esas prominencias que les agobian...

—Cuantos remedios se han aplicado á estos infelices, cuantas invocaciones se han hecho á los dioses para curarlos, han resultado inútiles.

—Gran fatalidad es la suya,—repuso Alvarado.

—¡Oh!—contestó el príncipe,—pero estando vuesasmercedes aquí...

—¿Qué?

—Pudiérais hacer un milagro.

—¿De qué modo?

—Quitándoles las jorobas á estos pobrecitos.

Una carcajada de burla salió de los labios de la plebe.

Alvarado contuvo su cólera, y con fingida serenidad repuso:

—Es muy fácil lo que pedís.

—¿En qué forma?

—De esta manera.

Y desnudando su espada, hizo ademan el caudillo de descargar un golpe sobre la espalda de uno de los jorobados.

—¡Tascos! —gritó el cacique á tiempo que los jorobados huian y el pueblo gritaba lleno de espanto.

—Es una iniquidad lo que ibais á hacer.

—No conozco otro modo de quitar jorobas que á cuchilladas, —repuso Alvarado enrainando su acero.

El cacique comprendió que los españoles habian adivinado la burla, y tembló como un niño.

Dificilmente podia nadie mofarse de hombres tan valerosos, y mucho méno un sér como el cacique de hierro.

El pueblo miraba con temor á los españoles y convencíase de que no se jugaba con ellos sin recibir castigo

El cacique persistia en su afan de ridiculizar á los teules.

Al efecto mandó que comparecieran en la explanada seis ó siete viejas llenas de lacras, de histérico y de costurones.

Aquellas mujeres eran antiguas criadas del príncipe de hierro, que habian obtenido su jubilacion.

Las quintañonas formáronse todas á espaldas de su jefe.

El cacique entonces, presentando aquellos vestiglos á los teules, díjoles:

—Estas damas que veis aquí, son almas jóvenes en cuerpos viejos.

—¿Y bien?

—Vuestro poder es extraordinario, y yo tengo singular empeño en que las volvais á la juventud, para que luego elijais dos de ellas por esposas.

—¿Pero sabeis, señor príncipe, lo que estoy hablando?

—Nada, no hay excusa: yo sé que teneis á vuestra disposicion recursos sobrenaturales, y quiero que los empleeis en el caso presente.

En esto llegaron á aquel sitio dos indígenas, trayendo una especie de ancho perol en las manos.

Contenia el mismo una sustancia blanca, muy semejante á la manteca del puerco.

—¿Qué significa este artículo? preguntó con extrañeza Alvarado.

—Es la antigua panacea de los dioses.

—¿Y para qué sirve?

—Voy á explicároslo: mojareis esta pluma que os entrego en esa sustancia.

—Perfectamente.

—Luego así teñida, os acercareis á estas damas.

—Muy bien.

—Imprimireis un ósculo cariñosísimo en sus labios.

—Muy fuerte cosa es esta; pero en fin, se hará.

—Tened entendido que aquí mando yo, y que sino quisiéseis de grado, habríais de hacer cuanto os ordeno á la fuerza.

Alvarado intentó caer sobre el cacique, pero conteniéndose de súbito, exclamó:

—Dispuestos estamos á cumplir vuestras órdenes.

—Que me place: Tomareis estas plumas y acercándoos á esas damas, aplicareis la sustancia de esa vasija en el órden siguiente:

Primero á sus labios, para que recobren su primitiva frescura.

Después á sus encias, para que renazcan sus dientes.

Luego á sus mejillas, para que obtengan el matiz y la tersura de los primeros años.

Y por último, tomareis el lugar en que estuvieron sus cejas, para que vuelvan estas á salir más negras que el ébano.

—¡Magnífica tarea nos proponeis, señor príncipe: por el cielo que me agrada sobremanera.

—¡Ea! Inigues: cojed esa pluma, que yo seré el portador de la panacea de los dioses.

Hízolo así el sabio, y Alvarado tomó en sus manos el perol, acercándose luego los dos amigos á las viejas.

En medio de estrepitosas carcajadas de mofa, lanzadas por el cacique y secundadas por el público, fueron los españoles aplicándo la panacea á los labios, á las encias, á las cejas y á las mejillas de las ancianas.

Alvarado estaba ya á punto de perder la paciencia. cuando el cacique díjole:

—Ya que tan obedientes habeis sido, podeis elegir dos de estas señoras para contraer matrimonio con

ellas. El Adelantado, sin soltar en sus manos el perol, repuso:

—Con mucho gusto nos casaremos con dos de esas damas; pero quisiéramos hacerlo segun el ritual de nuestro país.

—¿Qué es lo que éste exije?

—Un padrino y una madrina.

—Si sirvo yo, desempeñaré el papel del primero.

—Ya lo creo; pero teneis que cumplir con una obligacion solemne.

—¿Cuál es ella?

—Que esteis bautizado.

—Pues podeis bautizarme si gustais.

—¿Sí?

—En este momento.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Nunca me vuelvo atrás.

—Pues siendo de este modo, príncipe ilustre, yo te bautizo como mereces.

Y esto diciendo, encasquetó Alvarado el perol lleno de manteca en la cabeza del príncipe, *dejándoselo por montera*, como se dice vulgarmente.

CAPITULO XCII

El templo del fuego.

Todo lo que habia sido risa y algazara tratándose de los españoles, tornóse en indignacion del pueblo al ver á su príncipe de aquella manera.

Este libertóse como pudo del baño que le habian dado, y despues de gritar y de deshacerse en imprecaciones contra Alvarado, exclamó:

—Juro á todos los dioses, extranjeros infames, que me las habeis de pagar.

—¡Sí, sí!—gritó el pueblo á coro.

—Será una gran injusticia la vuestra,—exclamó el caudillo,—porque lo que acabo de realizar, es una de tantas ceremonias, propias de ciertas religiones que desconoceis.

—¡Matarlos, matarlos!

—Vaya una gratitud la vuestra; vaya un modo de respetar á los extranjeros,—gritó el caudillo, fingiéndose enojado,—¿De suerte que cuando mi amigo y yo nos rompimos las narices á puñadas, y nos arrancamos el cabello por honrar vuestra religion, no hicimos nada de más?

Los indios quedaron mudos como estátuas.

—¿Y ahora que cumplimos un requisito de nuestra liturgia, aceptado por vuestro jefe, nos tratais como á villanos? ¡Oh! No puede darse mayor inconsecuencia.

El príncipe de hierro que comprendió que trataba con hombres sagaces, impuso silencio á la plebe y díjole:

—Si como afirman estos caballeros, lo que han hecho conmigo es prescripcion de su culto, yo los perdono.

—Sí, lo es,—exclamó Iñiguez.

—Pues no haya más que hablar:—repuso el cacique,—prescindiremos temporalmente de vuestro matrimonio, y ahora espero que me acompañareis.

—Con sumo gusto,—contestaron Iñiguez y Alvarado.—¿Y á dónde debemos ir?

—Al templo del fuego, que no se halla muy distante de este lugar.

—¿Y qué haremos en él?

—Conoceréis allí al gran gigante de la tierra.

—¿El gran gigante?

—El rey *traga hombres*.

—¿Vá á comerse ese señor algunas criaturas? Entónces no vamos.

—¡Incidentes que sois! El gigante no es de carne y hueso com nosotros.

—Siendo así...

—Es el retrato de uno de nuestros abuelos, que habitó en estas regiones hace siete mil años.

—¿Y cómo vino al mundo ese monstruo?

—Habiéndose pervertido extraordinariamente nuestros antepasados, y como desoyesen los consejos del cielo, éste les envió á un hombre de colosal estatura, de enorme talla, para que les impusiera un castigo.

—¿Y cuál fué?

—Cierto día en que nuestros antepasados celebraban una fiesta en el campo, se abrió la tierra y apareció Traga hombres.

—¿El cual?

—Obligó á salir al frente de sus colegas á los jóvenes mas disipados, y se los fué comiendo uno á uno.

—¡Qué salvaje!

—Cuando ya se habia engullido á los más delincuentes, la voz de trueno de traga hombres surgió en el espacio, diciendo:

»Hijos perversos del demonio; mirad en lo que se han convertido vuestros compatriotas.»

Y esto afirmando, comenzó al gigante á lanzar grandes llamaradas por boca, ojos, narices y oidos.

—¡Qué horror!

—Luego añadió el instrumento de la cólera celeste:

»Cuidad muy mucho de lo que haceis, hombres descomunales, pues de no efectuarlo, este mismo fue-

go que viendo estas, reducirá á nuestro pueblo á cenizas.»

Y con singular espanto vieron nuestros abuelos que el gigante desaparecía, partiendo la cabeza por un lado, los brazos y las piernas por otro, y convirtiéndose en polvo los huesos de su cuerpo.

—Historia terrible nos revelais.

—Vamos, vamos al templo, y conoceréis el retrato de nuestro antiguo redentor.

Los españoles siguieron en pos del príncipe de hierro.

Todo el pueblo indígena acompañóles, marchando processionalmente.

Durante la marcha no cesaron de sonar los instrumentos hechos con huesos, y unas especies de flautas capaces de enloquecer al más duro de cabeza.

A cada paso, deteníanse los indios, y haciendo corros, cantaban rarísimas canciones.

Luego besaban la tierra y tomando grandes puñados de arena, lanzábanla al espacio.

Despues volvian á marchar, y á repetir durante su viaje su insoportable música.

Caminando así, acertaron Iñiguez y Alvarado á ver el templo del fuego.

Su vista quedó en extremo sorprendida al contemplarlo.

El templo destinado á *Traga hombres*, era de lo más suntuoso que pueda suponerse.

Construido con hierro y piedra todo él, alzábase en el espacio como verdadera obra de gigantes.

De tres cuerpos se componia la construccion aquella: el primero semejaba por su extension á esos grandes edificios del orden greco-romano.

El segundo, más pequeño que el anterior, hallábase unido al primero por corpulentas y elevadísimas columnas, cuyos remates copiaban horribles cabezas de ídolos.

El tercero consistía en una especie de templete, de un metal muy parecido al oro.

En el interior del mismo habia una pirámide de cristal, destinada á servir de pedestal á la efigie del sol. Y como el verdadero y real astro del dia dejaba caer sus rayos sobre aquella imágen suya, producíase un efecto de luz verdaderamente espléndido, que causaba la admiracion de cuantos contemplaban aquel cuadro.

Quedáronse extasiados, como hemos dicho, los castellanos al verle, y aguardaron á que el cacique les dijera lo que tenian que hacer.

Los indios que formaban la comitiva dividiéronse en dos bandos, quedando formados en dos filas.

El cacique, acompañado de cuatro *ahagüaes*; se adelantó hasta el vestíbulo del templo.

Ya allí, cayeron los cinco de rodillas y el primero pronunció estas palabras en su lengua:

—¿Sueña, duerme, nos oye?

—¡Vive, vive, vive!—contestó desde el interior una voz de trueno.

El cacique hizo unas cuantas genuflexiones ridículas, y luego exclamó:

—¡Gente bestia y descomunal viene á postrarse ante tí, Señor nuestro!

—¿Cómo bestia? ¡voto á cien rayos!—exclamó don Pedro lleno de cólera.

—¡Callad, mi general!—repuso Iñiguez, procurando contener las iras de su jefe.

—¡Si, haré!—contestó Alvarado,—porque tiempo me resta de reventar á ese puerco de príncipe.

Al oir al cacique contestaron desde el interior del templo:

—¡Si esos salvajes confiesan que no hay en el mundo un ser tan grande como *Traga hombres*, que pasen á rendirse ante él!

—¡Lo confesamos!—exclamaron hipócritamente Alvarado é Iñiguez.

Decir esto los castellanos y abrirse como por arte mágica la gran puerta del templo, fué obra de un instante.

En medio de espantosos alaridos lanzóse la plebe al interior.

El cacique y los dos españoles quedáronse fuera.

Cuando ya el pueblo hubo penetrado en su totalidad en el edificio, lo hicieron el príncipe y los castellanos.

Su sorpresa acreció ante el espectáculo desplegado á sus ojos.

Todos los indios ocupaban largos escaños de piedra, quedando convertido aquel lugar en verdadero concilio.

Los bancos en cuestion, remataban en una especie

de altar, para subir al cual era preciso salvar doce escalones de mármol negro.

Sobre el último de estos caía desde el techo un amplio cortinon.

Los españoles sintieron curiosidad por conocer lo que se ocultaba detrás del mismo.

Mas bien pronto pudieron satisfacerla, como á continuacion se verá.

Los indios cantaron una plegaria, y al terminar la misma, el cortinon que velaba el altar fuése descorriendo poco á poco.

Una verdadera decoracion de montañas presentóse á los ojos de los extranjeros.

En el centro de ellas estaba sentado un automático gigante de tamaño descomunal.

Era el dios Traga hombres.

Su cabeza enorme hallábase adornada por una larga y lacia cabellera, que caía hasta su cintura.

Sus manos, de tamaño grandioso, hallábanse fijas sobre sus rodillas.

Y en torno de aquel fantasmon, como si trataran de pedirle misericordia, veíanse infinitos muñecos representando indios, todos los cuales estaban postrados de hinojos en distintos lugares de la montaña.

No pudo suponer Alvarado que todas aquellas figuras, obedeciendo á un singular mecanismo, se moviesen.

Creía que no pasaba el cuadro aquel, de ser una simbólica manifestacion de la historia y antecedentes de *Traga hombres*.

Antes de pasar á otro asunto, el cacique, dirigiéndose á los castellanos, repitióles en todos sus detalles la historia del gigante aquel, y de que ya tiene conocimiento el lector.

A medida que relataba los distintos pasajes de la misma, hacia mérito de la intervencion que en ella tuvieron los diversos personajes representados en la montaña.

Alvarado é Iñiguez procuraban contener la risa al ver tanto mamarracho allí reunido.

Y apesar de las advertencias del cacique, diciéndoles que se echaran á temblar sino tenian limpia la conciencia, no hicieron el menor caso de sus observaciones.

El príncipe de hierro sorprendióse ante la serenidad de sus huéspedes, á quienes creia iba á atemorizar.

Estos, cansados ya de tan prolija explicacion, dijeron al cacique:

—Ya hemos visto cuanto hay que ver. Creo que estamos de más aquí.

—Os engañais completamente

—¡Ah! Vamos: ¿teneis que mostrarnos otras curiosidades?

—Ya lo creo.

—Quizás nos quede por ver la familia de Traga hombres, entre la cual estará su suegra.

—¿Os mofais, voto al infierno?

—¡Nunca, por nuestra vida!

—Entonces...

—Perdonad si hemos pedido ofender á *Traga-hombres* con alguna indiscrecion.

—No se ha enojado, pues de haberlo hecho, ya estaríais convertidos en polvo.

—¡Diantre!

—Sabed, extranjeros, que cuando nuestro dios se incomoda es terrible.

—¿Tan mal genio tiene?

—Es tan benévolo como justo, y no deja impune ninguna ofensa.

—¡Hola, hola!

—Quien supo castigar á un pueblo, ya comprendereis que podrá hacerlo mejor, tratándose de dos hombres.

—Pero nosotros somos de carne y hueso, en tanto que su majestad...

—¡Qué!

—Es de palo.

—¿De palo? ¡Ah! desdichado que sois: por lo visto no conoceis las virtudes de Traga hombres.

—Veámosla, si os place.

El cacique de hierro dirigió una terrible mirada á los españoles.

Luego con gran veneracion subió los escalones del altar. Cuando llegó al último lo besó reverentemente y poniéndose en pié, gritó con voz extentórea.

—¡Astros del cielo: agua de los mares; montañas de la tierra que fuisteis testigos del terrible acontecimiento, patentizad su memoria con el eco de vuestra ira!

Un trueno sordo sintióse.

Despues otro más perceptible.

Y mientras parecian desgajarse las montañas á impulsos de desencadenada tempestad, la horrible y colosal figura de Traga-hombres, fué levantándose poco á poco hasta quedar completamente en pie.

CAPITULO XCIII

Las exigencias del culto.

Un singular movimiento de sorpresa hicieron los castellanos al ver puesto en pie al autómata *Traga-hombres*.

El gigante abrió extraordinariamente sus anchas manos y comenzó á dar palmadas.

Un ruido seco se produjo.

A pesar de ser de madera el muñeco aquel, existia tal naturalidad en sus movimientos, que parecia vivo en ocasiones.

Traga hombres movió su cabeza una y dos veces y luego hizo girar en sus órbitas sus ojos coléricos.

Los autómatas que le rodeaban empezaron á moverse tambien.

Obedeciendo sin duda á hábil resorte, levantáronse

poco á poco y uno en pos de otro fuéronse acercando al gigante..

Entonces oyéronse voces lejanas como de gente que pedía misericordia.

La decoracion de la montaña quedó irradiada por un matiz de luz clara y melancólica.

Un trueno y otro percibiéronse en el instante.

La montaña extremecíase como cediendo á interna convulsion geológica.

Traga hombres movíase con agitacion febril: sus descomunales manos alzábanse al cielo como pidiendo un castigo: sus ojos terribles pretendian confundirlo todo con una mirada de tremenda indignacion.

De cuando en cuando abria el gigante su boca enorme y sus fauces, como el carbon negras, arrojaban al espacio grandes llamaradas.

La hora del simbólico castigo habia sonado,

Los indios que ocupaban el templo, cediendo á una misma inspiracion, cayeron de rodillas.

El cacique de hierro hizo lo propio.

Alvarado é Iñiguez mordiéndose los labios para no reventar de risa, arrodilláronse tambien.

Nunca pudieron suponer los castellanos que los naturales de aquellas regiones tuviesen como en España sus funciones teatrales, aunque de género y forma bien distintos á los de esta última.

El cuadro desplegado ante los ojos de los dos candillos, revestia el doble carácter de rellgioso y de trágico. La escena que estaba desenvolviéndose á la sazon, merecia á los indios singular respeto.

Era el recuerdo de una página indeleble de su teogonía, conservada perpetuamente en su rito para ejemplo de pecadores y enseñanza de malvados.

Por esto conceptuaban los indios toda aquella representacion cual si fuese pura realidad.

Pero no así el bribon del cacique: quien más ilustrado que ellos, reíase del dios gigante, y de todos sus atributos.

Sólo parecia asociarse á la general supersticion de sus vasallos, para tenerlos siempre contentos, y poder pasar ante ellos como gran amante de las tradiciones religiosas del país.

Ante la actitud de *Traga-hombres*, postróse de hinojos, como hemos dicho, todo el público.

Un religioso silencio sucedió á este acto.

Entonces una voz de timbre sonoro, venida de las montañas, dijo:

—El castigo llega: haceos las preguntas de rúbrica.

Imitando la voz del niño, la del anciano, y la del adolescente, los indios espectadores que ocupaban la derecha del templo, comenzaron á preguntar á los de la izquierda.

—¿Volveríais á incurrir en pecado?

—La memoria de aquel dia horrible,—respondieron, —no se separa de nuestra mente.

—Dichosos de vosotros que podéis tomarlo como ejemplo.

—¿Quién nos habla?

—Los espíritus de los que perecieron en la catástrofe:

almas de niños; de hombres y de mujeres: sólo los primeros pudieron salvarse por su pureza.

—¿Los demás?...

—¡Estamos condenados! ¡No hay agua que apague nuestra sed; alimento que nutra nuestro organismo, esperanza que endulce nuestras penas!

—¡Ay! ¡Cuán grande es el dolor que os aflige!

—No acertaréis jamás á comprenderlo: sufrimos la más horrenda de las decepciones. ¡El nos llamó, y no le hicimos caso; hirió con sus afilados dedos nuestros corazones y nos dejamos arrastrar por el vicio: nos envió como anuncio la esterilidad de los campos, y aparecimos indiferentes ante tan vivas manifestaciones!

—Pero nosotros no imitaremos vuestra conducta.

—¡Oh! Sabiamente obrareis haciéndolo así: de lo contrario, ved la suerte que os espera.

Tales eran los disparatados diálogos que los del templo del fuego mantenian, cuando los autómatas que estaban próximos á *Iraga hombres*, rodeáronle.

Las montañas del altar cambiaron su luz en verdaderos rios de sangre.

—Mucho almagre debe gastar esta gente: me parecen bastante costosas estas representaciones,—dijeron para sí Iñiguez y Alvarado.

En esto el gigante automático fué cogiendo entre sus manos monstruosas á los muñecos, y engulléndoselos con suma facilidad.

Muchos llevaba ya ingeridos en sus fauces, cuando se oyó ruido como de grandes planchas metálicas al sonar unas con otras.

Los castellanos tapáronse los oidos por no poder resistir aquel desagradable estrépito.

El ruido en cuestion queria representar una voz del cielo, ordenando á *Traga-hombres* que el castigo cesase.

El *feroz antropófago* miró á uno y otro lado; y viendo que no le quedaba ningun mortal por engullir, llevóse las manos al abdómen como si hubiese quedado muy satisfecho de su obra.

Poco despues comenzó á echar chispas por los ojos y espesas llamas por la boca.

El castigo se habia cumplido en su totalidad: los culpables habíanse convertido en cenizas en las entrañas de Traga-hombres.

Cediendo al interno mecanismo de aquel escenario, que mejor que altar, así debió llamarse, partió la cabeza del dios por un lado, y sus piernas, brazos y cuerpo por otro.

No pudo ya Alvarado contener su risa ante semejante escena, y lanzando estrepitosas carcajadas, dijo al príncipe de hierro:

—Por mi vida, soberano señor, que lo que aquí acabo de ver, paréceme obra de nigrománticos.

—Pues no lo es, á fé mia.

—Ya; ya veo que estais más adelantados en la mecánica de lo que yo creia.

—¿Cómo?

—Quiero deciros que si estuviéseis en mi tierra, haríais un buen negocio presentando á la gente de los pueblos un teatro mecánico.

—¡Impío!

—No sé por qué haya de calificarse así á quien vé con sus propios ojos que todo lo que ha pasado en este lugar ha sido pura farsa.

—Ya os diré yo si es farsa ó tremenda realidad.

En esto el templo del fuego fué oscureciéndose poco á poco, hasta quedar completamente en tinieblas.

Ni Iñiguez ni Alvarado moviéronse de su lugar.

Sin embargo, el segundo temió que aquello fuese una emboscada de los indios.

Y ya iba á levantar su voz para preguntar qué significaba aquel misterio, cuando infinidad de luces aparecieron en torno suyo.

Alvarado é Iñiguez advirtieron con espanto que estaban metidos en una gran jaula.

Esta habia subido como por escotillon mientras el templo estuvo en tinieblas.

—¡Miserables, traidores!—gritaron los castellanos al verse acorralados tan ignominiosamente.

—¡Cobardes!—repuso Iñiguez pateando el piso sin poder defenderse.

—¿Vais á matarnos como á perros?—gritó Alvarado con energía de atleta.—Pues hacedlo bien, ¡vive Dios! si teneis alma para ello.

—¡Cúmplase nuestro rito!—dijo el cacique á su gente.

Y rodeando el pueblo la jáula en que estaban los españoles, introdujeron entre sus barrotes las bocas de anchos tubos.

Soplaron por la parte opuesta, y los castella-

nos viéronse envueltos en una horrible nube de polvo.

—¡Puercos, bellacos, malandrines! ¿qué es lo que haceis?—rujió don Pedro próximo ya á ahogarse.

—Son las cenizas,—respondiéronle,—las cenizas de Traga-hombres; todo el que entra aquí tiene por ley que ser purificado con su contacto.

—¡Ah! bandidos sin honor, ya me temia yo alguna de las vuestras.

Decir esto Iñiguez y caer de lo alto de la jaula una verdadera manga de ceniza, fué obra de un momento.

Los apuestos conquistadores quedaron hechos una lástima.

Cubiertos de polvo hasta los huesos, no podian moverse.

Entre juramentos y por vidas insultaban á los indios, y maldecian la hora en que habian llegado al pueblo aquel.

Los naturales persistieron en su poco limpia ceremonia.

Un ruido horrible de grandes martillazos descargados sobre especies de anchos calderos, sucedió á *la imposicion de la ceniza.*

—¡Canallas, no contentos con dejarnos ciegos, vais á volvernos sordos? Pues yo os diré con quién os las teneis.

Alvarado é Iñiguez desplegaron sus fuerzas de Hércules, y acercándose á los barrotes de la jaula tiraron de ellos, quebrándose dos á la vez.

—¡Huyamos, son demonios, no cabe duda!—gritaron los indios precipitándose á salir del templo, al ver

que los españoles se abrian paso á través de la reja,

—¡Eh! bellacos; teneos: esperad ahí: á ver si ahora acrece vuestro valor,—exclamó Alvarado saliendo de la reja en union de su compañero.

Un griterío terrible se produjo, apiñándose todos los indígenas á la puerta del templo.

—¡A ellos!—rujió el Adelantado lleno de cólera dirigiéndose á su amigo.

Y ya iban á lanzarse los castellanos sobre sus agresores, cuando resbalando sus piés, vinieron á tierra don Pedro primero é Iñiguez despues.

¿Qué habia acontecido?

Un accidente inesperado.

El piso del templo hallábase por aquella parte muy encerado, ignorando cuya circunstancia los españoles, confiaron demasiado en la seguridad de sus piés.

Los cuales no advirtiendo que se deslizaban por terreno peligroso, dieron en tierra con los cuerpos de los ilustres conquistadores.

En lugar los indios de complacerse en la desgracia de los exploradores, rodeáronlos enseguida, olvidando el estado de exaltacion de los mismos.

Y mucho más creció su inquietud cuando oyeron que Alvarado y su colega exclamaban sin poder levantarse:

—Voto á todos los infiernos juntos, que yo creo haberme quedado sin costillas!

—¡Ay! mis huesos.

—¡Por Dios vivo que esta ha sido una caida terrible!

—Mejor direis una traicion, señor general.

—¡Oh! eso nunca,—exclamó el cacique de hierro temblando como un azogado.—No hemos tenido intencion de haceros mal: hemos cumplido solamente con exigencias de nuestro rito.

—¡Menguado!

—Señores; creo que mi palabra debe bastar para que no se me juzgue de modo poco favorable.

—¿Jurais que todo ha sido hecho con buena fé?—preguntó Alvarado incorporándose un poco.

—Lo juro, y para probároslo, despues de mostraros unos animales, cuya sola vista alivia todas las dolencias, yo mismo cataré vuestras feridas.

—Pues no haya más que hablar; quedais todos perdonados.

El pueblo púsose muy contento ante la declaracion de los españoles, y el cacique de hierro retiróse á una habitacion inmediata.

Poco despues volvió al lado de los castellanos y de los naturales, trayendo en sus manos una caja descubierta.

—¿Qué vendrá ahí?—preguntáronse los teules.

Pero apenas lo habian hecho, vieron con regocijo singular, que el cacique, perdiendo el equilibrio, resbaló como ellos, y cual ellos vino á tierra tambien.

El príncipe cayó tan grotescamente, que la caja que en sus manos traia, cubriéle por completo el rostro y la cabeza.

Entonces, lo que antes habia sido vítores, convirtióse en voces de espanto y de terror de los indios.

—¡Muere, muere!—dijeron éstos sin atreverse

á libertar á su principal del peso que la oprimia.

El cacique entonces lanzando gritos de dolor, logró con sus manos separar la caja que le cubria el rostro. El espectáculo que vieron los españoles, llevó á sus músculos frio glacial.

Tres enormes lagartos habian hecho presa en las carnes del cacique.

Dos de ellos estaban colgados de una oreja: el tercero pendia de su barba.

Aquellos animales venian en la caja que traia el príncipe de hierro, y al caer éste, saltaron sobre su rostro, apoderándose de él en forma ruda y despiadada.

—¡Quitadme, quitadme por misericordia estos perros!—exclamó el cacique lanzando gemidos de dolor.

Ninguno de los indios atrevióse á cumplir la órden de su jefe, porque consideraban sagrados aquellos animales y no se creian facultados para poner su mano en ellos.

Entonces Iñiguez, que como naturalista de oficio, estaba acostumbrado á entendérselas con todo linaje de reptiles, acercóse á los lagartos, y tirando fuertemente de sus colas, logró que abandonasen su presa.

El cacique, arrojando sangre á más no poder, dió á los españoles las gracias de rodillas por la señalada merced que le habian dispensado.

Ya los lagartos en tierra, intentaron, enfurecidos, lanzarse sobre los indígenas.

Empero ganándoles Iñiguez la accion, púsoles delante una escarcela de cuero que llevaba.

Los reptiles saltaron hasta ella con extraordinaria furia.

Y cuando ya hubieron hecho presa en aquél bolsillo, el sabio tiró de él.

Los lagartos salieron por un lado y sus dientes quedaron clavados en la escarcela.

Don Pedro, ante esta operacion, soltóse á reir, recordando que el procedimiento empleado por Iñiguez, era el mismo que en España usaban los muchachos para la caza de semejantes animales.

Ya desdentados éstos, y en tanto el cacique se limpiaba la sangre que brotaba de las mordeduras, Iñiguez cogió á los lagartos y los mostró á los indios, diciéndoles:

—Ya veis á lo que queda reducido el valor de *estas fieras*.

—Han perdido los colmillos: ya sabemos el modo de libertarnos de los muchos que en nuestros campos existen.

—¡Oh! Y sabreis otras cosas más que voy á enseñaros muy pronto.

—¿Sí?

—Friendo vivos á estos animales, se hace con ellos luego un gran ungüento.

—¿Y para qué sirve?

—Para curar muchos males; y hasta para volver jóvenes á las viejas.

—¡Ay! qué gusto.

—Yo quiero emplearlo en mi cútis.

—¡Me quitará las arrugas!

—¡Y los hoyos!

—¡Y la palidez de la piel!

—Todo, todo eso se conseguirá,—respondió el sabio á sus interlocutoras;—si el señor príncipe me permite ir con vuesasmercedes á preparar la medicacion.

—Concedido.

Iñiguez despidióse de su colega y del cacique, y partió á casa de uno de los indígenas, seguido de la mayoría de los habitantes del pueblo.

CAPITULO CXIV

El indio doliente.

La noche llegó y fatigados el cacique y su gente, retiráronse bien pronto á descansar.

Hizo lo propio Alvarado.

En cuanto á Iñiguez, una vez explicada á los indios su leccion sobre el modo de aplicar el ungüento de lagarto, retiróse á su habitacion en el regio alcázar.

Completa calma y tranquilidad reinaba en éste.

Todos sus moradores dormían, excepto don Pedro, que no acertaba á conciliar el sueño.

Quizás le preocupaba el vasto plan de futuras empresas militares.

Completamente abstraido paseaba el Adelantado á lo largo de su cámara, cuando percibió un agudo silbido cerca de sí.

Seguidamente pasó rozándole el rostro una flecha que habia penetrado por la ventana del cuarto.

—¡Voto á cien bombas!—exclamó don Pedro lleno de cólera:—que por lo visto alguien ha querido matarme.

Y con singular premura saltó hácia la ventana que estaba bien alta, quedando colgado de ella.

Luego subiendo á pulso logró encaramarse en la misma.

Profundo silencio reinaba en el campo que circundaba el estanque del cacique.

La luna enviaba sus tibios fulgores á aquel cuadro mudo, haciéndole extremadamente encantador.

—¡Hermosa noche para departir con la mujer querida!—exclamó Alvarado levantando sus ojos al cielo. Pero apenas lo hubo verificado, pasó cerca de su pecho una nueva flecha sin acertar á herirle.

Seguidamente un bulto perdióse entre las sombras.

—¡Ah! Traidor, bellaco,—exclamó don Pedro montando en la ventana.—¿Crees que vá á quedar impune tu delito? Pues ahora ¡voto á Cribas! sabrás quién soy.

Y recatándose cuanto pudo traspuso la ventana, y sin temor á una caida que le hubiese producido la muerte, comenzo á descender en direccion del jardin.

Para lograrlo apoyaba sus pies y sus manos en agudas piedras que hallábanse incrustadas en el muro exterior del alcázar.

Otro hombre que no hubiese sido tan buen gimnasta

como Alvarado, habria venido á tierra violentamente.

Pero el candillo hallábase dotado de cualidades corporales superiores y no podia acontecerle tal contratiempo.

Llegó, pues, don Pedro con toda felicidad al final del muro, y recatándose cuanto le fué posible, comenzó á investigar el terreno para ver si daba con su agresor.

Nada advirtió en un principio.

Siguió caminando, llevando por guia la orilla derecha del lago, y vió cerca de sí la sombra que proyectaba el cuerpo de un hombre.

—Este debe ser el canalla, ¡vive Dios!—díjose don Pedro,—veamos dónde vá.

Y marchando casi de puntillas la emprendió en pos de aquel indivíduo.

Bien pronto pudo convencerse de los propósitos que el mismo llevaba.

Retorciéndose como una culebra para no ser visto, el supuesto enemigo del Adelantado llegó hasta uno de los ángulos del palacio del cacique.

Aplicó su oido al muro y poniendo despues sus labios en él, pronunció estas palabras:

—Diamantina: aquí estoy, amor mio.

—¡Diantre!—exclamó don Pedro,—la favorita del cacique, tiene su adorador privilegiado.—Veamos lo que aquí sucede.

Y para enterarse mejor, ocultóse don Pedro tras un árbol.

Pero despues, como si cediesen al mandato de al-

gun genio de la nigromancia, fueron corriéndose poco á poco dos anchas piedras del muro, dejando abierta una especie de ventana.

—¡Voto á cien bombas! Y qué bien se la pagan estos mozos á su principal,—exclamó don Pedro sin salir de su madriguera.—¡Oh! Como el príncipe de hierro los sorprendiera en su plática amorosa, se habian arreglado para siempre.

Y pronunciando estas palabras, guardó silencio el Adelantado, quedándose en observacion.

El desconocido apoyó sus brazos en la improvisada reja, y apareció en ella la hermana de Tamarinde el sonámbulo.

—¡Diamantina!—exclamó aquel con agitacion.—Creí que no acudirias á verme esta noche,

—Armiño; te amo suficientemente para no renunciar al placer de mirarme en tus ojos.

—Si eso fuera verdad.

—¿Lo dudas, adorado mio?

—Puede ser que tenga motivo para ello.

—¡Oh! Jamás te perdonaré el agravio que acabas de inferirme. ¿Qué causa encuentras, Armiño, para sospechar mal de la mujer que te adora?

—¿Qué causa, dices? ¡Oh! Cuando un hombre es solo honrado, no tiene suficientes atractivos para halagar la vanidad de una mujer.

—Por honrado y virtuoso te amé siempre, Armiño. Eras mi carcelero en esta maldita casa; y desde un principio, reconocí en tí, cualidades superiores. El respeto con que me tratabas en mi desgracia, tu conduc-

ta noble y generosa para conmigo; las frases de consideracion que diariamente consagraban á mi familia acrecentaron mi afecto por tí...

—Y al fin correspondiste á mi amor puro y limpio como el cielo, es verdad; pero despues...

—El cacique de hierro debió sentir celos por tu persona, Armiño, y te destituyó en tu empleo.

—Despues de azotarme cruelmente: maldita la hora en que nací bajo sus dominios.

. . . . . .

El indio ocultó la cabeza entre las manos para contener su dolor, y Diamantina, procurando reprimir sus lágrimas, repuso:

—Armiño, precisamente lo mucho que has sufrido por mí, es causa de que cada dia te quiera más; pero hoy por hoy no puedo ser tu esposa. Estoy bajo el yugo del tirano, y es imposible nuestra union.

—¡Mientes, perjura!

—Armiño: ese lenguaje, esa exaltacion que te domina; ¿pueden lógicamente venir á aumentar las penas de una desdichada?

—Calla, Diamantina, y no vengas á querer borrar con tus engaños, las dudas de un corazon noble.

—Armiño, ¿qué quieres decir?

—Oye, y no intentes desmentir mis afirmaciones.

—Habla presto, que ya te escucho.

—Desde que han venido á estos lugares esos dos extranjeros malditos que se denominan *los caballeros de la espuela de hierro*...

—¿Qué?

—Estás alegre y satisfecha cual nunca te he visto.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Miserable: ¿osas todavía preguntármelo?

—Armiño: tus palabras envuelven una ofensa tan grave, que jamás te las perdonaré.

—Puedes proceder como quieras; aquí lo que hay de cierto es que uno de los caballeros de la espuela, te ama.

—¡Dios mio!

—Y tu le correspondes: no intentes negármelo, porque será completamente inútil; tus ojos están desmintiendo en este instante lo que tu labio afirma.

—Armiño: por la honra de mi padre, te juro que yo no amo en el mundo á otro hombre que á tí.

—Ahora sabremos si es verdad.

—Armiño: exíjeme lo que quieras.

—Diamantina: si es cierto que no amas al mayor de los caballeros de la espuela, pruébamelo.

—¿De qué modo?

—Huyendo conmigo en este instante.

—¡Huir! ¡Oh! Eso nunca: si la fuerza de un tirano me obliga hoy á desempeñar un papel indigno, jamás cederé voluntariamente á menoscabar mi honra, siendo la querida de un hombre.

—¡Magnífico! Veo que no eran infundadas mis sospechas. ¿Desconfias de mí, te niegas á seguirme porque quieres á otro?

—Jamás, jamás.

—¡No insistas en justificar tu traicion: oye tan solo y tiembla!

—¡Armiño!

—Si los dioses no me hubiesen hecho instrumento de su venganza, la suerte del caballero de la espuela seria ésta:

Mañana en la fiesta militar que se prepara en su obsequio, al subir al muro santo...

—¡Qué?

—Caeria su valerosa persona envuelta en llamas.

—¡Cielos!

—Diamantina: sabe que el cacique de hierro, nuestro señor, tenia preparado este castigo á tu amante el caballero de la espuela.

—¡Qué horrible conducta!

—El indio Cuantli, confidente de nuestro amo, ha rociado el muro de sustancias inflamables.

El permanecerá en su interior, y cuando el hidalgo se halle en la parte superior del mismo, Cuantli aplicará la mecha y el invencible arderá de seguida.

—¡Nunca, nunca: seria el crímen más horrendo que pudiera verse!

—Admirable: ya veo, Diamantina, que te decides á confesar tu amor por el extranjero.

—No le amo: son móviles de gratitud solamente los que me impulsan á pedir su salvacion. ¿Verdad, Armiño, que tú salvarás de las llamas al caballero de la espuela?

—Ya lo creo: precisamente adivinando tus deseos, le he libertado de ese castigo.

—¡Oh! gracias, gracias.

—Pero no ha quedado impune su traicion.

—¿Cómo?

—Quiero decirte... que ya me he vengado de él.

—¡Padre mio!

—¿Pensabas, mujer infame, que yo no iba á deshacerme del obstáculo que me robaba tu amor? ¡Cuán imbécil eres, Diamantina!

—Armiño; nunca pude suponer que un hombre tan bueno como tú, fuese capaz de albergar en su alma instintos ruines.

—Quien venga un ultraje es noble: el explorador ha recibido ya el premio de sus acciones. En cuánto á tí... bastante tendrás con saber que vas á ser la causa de mi muerte.

—¡Armiño!

—Ya que me odias, bien pronto podrás saciar tu aborrecimiento contemplando mi cadáver.

—¡Nunca, nunca! ¡Armiño, yo te adoro; yo te juro que solo tu nombre impera en mi corazon!

—Déjame: no quiero permanecer más tiempo á tu lado. En cuanto al extranjero, le he enviado, atravesando las ventanas de su habitacion, dos buenas flechas, y ya gozará del sueño eterno.

—¡Mientes!—gritó Alvarado saliendo de su madriguera.

La ventana en que departian los enamorados cerróse súbitamente.

Armiño quedó pegado al muro sin atreverse á hacer el menor movimiento.

Su boca quedó abierta, y en sus ojos retrató se el espanto.

Don Pedro, sonriéndose, dijo al indígena:

—Armiño: acércate aquí.

—Pero...

—Acércate ¡vive Dios! y nada temas.

El indio, temblando como un rapaz, fué aproximándose al Adelantado.

Este, lejos de mostrar enojo, golpeó suavemente el hombro de su enemigo y díjole:

—Mil gracias debo darte por las revelaciones que acabas de hacer á tu novia.

—¿Os burlais?

—Armiño; el hombre que te habla, es incapaz de mofarse de nadie.

—Entonces...

—Acabas de confesar á Diamantina que yo estaba sentenciado por el cacique, á morir mañana entre las llamas.

—Así es.

—Pues figúrate si debo agradecerte una revelacion que permite poner los medios indispensables para conservar el pellejo.

—¡Oh! pero entended que yo...

—Sí, ya comprendo: hablabas, en el supuesto de que las flechas que disparaste á mi ventana, me habrian hecho pedazos el cráneo.

—Precisamente.

—¿De suerte, Armiño, que me odias entrañablemente?

—¡Con toda mi alma!—contestó el indígena, haciendo visible en sus ojos el fuego de los celos.

—¡Soberbio, vive Cristo! ¡Así me gustan los hombres: que expresen con nobleza los sentimientos de su corazon!

—Os ódio, no por diferencias de nacionalidad; no porque confundais la fiereza de los tigres, ni porque aniquileis á los hombres más fuertes; os aborrezco...

—¿Por que adoro á Diamantina, no es verdad?

—¡Por eso, por eso precisamente!

—¿Y si yo te dijese, Armiño, que te equivocabas?

—Me resistiria á creerlo.

—¿Y si yo te mostrase pruebas?

—Serian ineficaces.

—¿Y si yo empeñase mi palabra para darte la seguridad de que nada me interesa esa jóven?

—¡Diria... que mentíais como un bellaco!

—¡Miserable! ¿Sabes lo que has dicho? ¿Sabes lo que significa tu insulto? ¡De rodillas ante mí; si no quieres que te despedace la mano férrea del Adelantado de Guatemala!

—¡Dioses! ¡Vos! ¡El invencible; el incomparable don Pedro de Alvarado!

—¡Yo, á quien todos vosotros tomais por un extranjero vulgar; vengo á salvar á tu amada y á sus compatriotas los esclavos!

—¿Qué oigo? ¿Será posible? ¡Oh! señor: ahora sí, que os pido mi perdon de rodillas.

—Armiño, levántate y hablemos como buenos amigos.

—Todo cuanto querais.

—Por revelaciones de Chapala y Tamarindo, pa-

dre el primero y hermano el segundo de tu novia, vine á saber las atrocidades que el cacique de hierro ha cometido con sus esclavos que forman un pueblo no lejos de aquí.

—Cierto, cierto señor.

—En su virtud, y llevado de mi ánimo de proteger á los débiles, he venido á esta tierra: primero, para salvar á Diamantina.

—¡Oh! Gracias, cielo santo, gracias!

—Despues, para vengar al padre de tu amada y á sus infelices compatriotas.

—¡Y yo, menguado, que intenté daros muerte creyéndoos mi rival! ¡Nunca me perdonaré tamaña felonía!

—Armiño, no hablemos de eso; dime ahora tan sólo, si piensas ayudarme, á cambio de una buena recompensa.

—¿Cuál?

—La mano de tu adorada; quien te juro por mi honor, será en breve tu esposa.

—¡Oh! Yo enloquezco de alegría: si me parece imposible lo que oyendo estoy: si debe ser un sueño no más.

—Pronto te convencerás de lo contrario, si advierte que yo no soy hombre desprevenido, y que cuando ofrezco una cosa, es porque puedo realizarla.

—Hablad, hablad, astro de Iberia.

—Todos los esclavos dirigidos por Tamarindo, Chapala y dos de mis compatriotas, estarán ya acampados muy cerca de aquí.

—¿Con qué objeto?

—En el momento en que reciban un aviso mio, caerán sobre este pueblo, harán pedazos á su tirano el cacique, y se convertirán en señores.

—Empresa heróica; pero difícil.

—Otras más graves he intentado y el buen éxito ha coronado mis sacrificios.

—Muy bien; muy bien.

—Mañana, en cuanto yo suba al muro sagrado, les daré la voz de ataque.

—¿Y ellos?

—Se lanzarán á las murallas, asaltándolas con su acostumbrada agilidad.

—Pero los indios de aquí les impedirán el acceso.

—Tamarindo y Chapala conocen muy bien este terreno: sobre todo, no hay mejor capitan que el honor herido.

—Los dioses nos saquen bien del negocio.

—Armiño, triunfaremos: Chapala será proclamado príncipe de estas regiones, y tú... poseerás seguidamente la mano de Diamantina.

—¡Oh! Para hacerme digno de vuestra proteccion, dispuesto me hallo á realizar los mayores sacrificios.

—Uno solo debo pedirte.

—Uno y ciento, señor general.

—Como tú comprendes, Armiño, si el indio Cuantli quedase libre, al subir yo al muro para prestar adoracion á los dioses...

—Aplicaria la mecha á las sustancias inflamables...

—Y pereciendo yo abrasado, todo se habia echado á perder.

—Hay una solucion muy fácil: ahora mismo busco á Cuantli, le golpeo en el rostro, me bato despues con él, y le atraviese la frente con mi flecha que pocas veces se niega á servirme.

—Procedimiento duro en verdad.

—Es blando, porque Cuantli merecia morir como un perro.

—¿Tan malo es ese hombre?

—Como Lucifer en persona.

—No quiero triunfar procediendo así.

—Contemplacion vuestra que os honra; pero...

—Si he de vencer matando á ese bandido, renuncio á mi salvacion.

—Ved sin embargo...

—Armiño, nada de sangre: busquemos otra solucion.

—La que mejor os plazca.

—¿Puedes sacar á Cuantli fuera de la ciudad antes de que llegue el amanecer?

—Ya lo creo: ahora dormirá bajo el muro sagrado. Llego allí, le emborracho bien; le robo la llave que hace accesible la entrada á dicha fortaleza...

—¿Y luego?

—Le saco fuera de la plaza y le llevo al bosque donde están acampados los esclavos, declarándole prisionero.

—¡Soberbia idea!

—¿Os parece bien, señor general?

—Tan perfecta y acertada me parece, Armiño, tu conducta, que no puedo ménos de felicitarte por ella.

—Me batiré con esta gente en union de los esclavos.

—Y yo salvaré á tu adorada Diamantina.

—Al asunto, pues, y no haya instante que desperdiciar.

—Armiño, tienes razon.

—Los dioses os guarden.

—Mejor dirás, el único Dios verdadero.

—Si es el vuestro, juro convertirme á él; pues ha trasformado al indio doliente, en el héroe que todo lo sacrifica por libertar al que sufre.

Alvarado y Armiño estrecháronse las manos, partiendo luego cada cual en distinta direccion.

CAPÍTULO XOV

Los festejos militares.

El dia de las ceremonias militares ofrecidas por el cacique de hierro á los españoles, habia llegado ya.

El pueblo, convertido en gruesa falanje de guerreros, asociábase á las tropas del cacique y formaba con ellas.

Todo el espacio comprendido desde palacio hasta el muro santo, hallábase cuajado de gente.

Cerca del muro varios sacerdotes quemaban sustancias arómaticas.

De suerte que en los lugares próximos á la montaña sagrada, el espacio estaba muy perfumado, haciendo delicioso aquel lugar.

Ya así dispuestas las cosas, el inármonico son de varias especies de cornetas, anunció á la gente que la comitiva salia de palacio.

Esta guardaba el siguiente órden:

Doscientos indios con trajes de guerra abrian la marcha.

Seguian luego algunos ahagüaes y ahquíes, que rociaban el suelo con sangre contenida en unos hisopos.

En pos de aquellos, venia el cacique de hierro sentado en un rico palanquín, y custodiado por sus guardias.

Detrás del mismo marchaba don Pedro de Alvarado, quien acompañaba en su corcel á Diamantina, reina de la fiesta.

Al lado del caballo de don Pedro caminaba Iñiguez, á pié, y con su espada al brazo, haciendo de ayudante de su jefe.

Cerraba el cortejo gran copia de guerreros indígenas.

En este órden los procesionales, cruzaron varias calles de la ciudad.

Durante el trayecto que recorrian, vitoreaban los indios á los extranjeros, entusiasmados con el acto de sumision que estos iban á rendir á los dioses.

Don Pedro devolvia al pueblo su saludo con formas galantes y corteses.

Al ver las mujeres el lujo que desplegaba Diamantina y la distincion de que era objeto en aquellos instantes por parte del Adelantado, llegaron á tenerle envidia.

Muchas hubieran querido ser la jóven, no obstante su triste condicion de esclava y favorita del tirano.

La vanidad es la pasion más característica de la mujer, y por rendirle culto es capaz de renunciar á los mayores goces.

Empero dejemos este linaje de juicios y sigamos á nuestros personajes en su marcha.

A medida que la efectuaban, las tropas que cubrian la carrera iban agregándose al cortejo.

En esta situacion y despues de mucho andar, encontráronse todos frente al sagrado muro.

Allí se hicieron varias ceremonias litúrgicas, descendiendo despues el cacique de hierro de su palanquín.

Alvarado apeóse de su caballo, quedando Diamantina sentada en él.

Entonces el caudillo, acercándose al tirano, díjole con extremada cortesanía:

—Ruego á vuestra soberana persona, permita á mi compañero que me reemplace en mi caballo, para que mi reina no quede abandonada mientras yo asciendo al muro.

El cacique concedió á don Pedro la autorizacion que pedia, é Iñiguez montó en el caballo de su jefe.

Y en tanto el pueblo no se ocupaba más que del vencedor de los tigres, Diamantina dijo á Iñiguez varias palabras en voz muy baja.

El sabio mostró en sus ojos el asombro, y luego sonrióse con marcada satisfaccion,

La hermana del sonámbulo habíale revelado en aquel instante los planes todos de don Pedro.

Iñiguez estaba dispuesto á secundarlos.

En tal estado las cosas, varios indios aproximaron una escalera al muro santo.

Don Pedro acercóse á los sacerdotes, y estos pusiéronle una especie de capisayo que le quitaron luego, no sin pronunciar ciertas palabras sacramentales.

El cacique de hierro estaba reventando de gozo, al suponer que el caballero de la espuela seria bien pronto pasto de las llamas.

Pero se engañaba como miserable bellaco.

Cayó el pueblo de hinojos á una voz que articularan los ahagüaes y levantóse luego.

Alvarado comenzó á subir la escalera que conducia á lo alto del muro.

En tanto lo verificaba, oyéronse las estancias de un himno religioso, entonado por los guerreros.

Era la cancion que se titulaba de los redimidos.

Todos cuantos allí estaban, ignoraban el verdadero nombre del extranjero y sus altas nacionalidad y gerarquía.

Sólo Armiño, el adorado de Diamantina, era conocedor de estos puntos importantes.

Juzgaba, pues, el pueblo que se habia convertido á su rito un extranjero de baja extirpe, aunque de excepcionales dotes en cuanto á valor y generosidad.

Prescindiendo del abolengo humilde que atribuia la plebe á Alvarado, consideraba que al convertirse éste á su religion, habia logrado una verdadera conquista.

Por esto entonaba el pueblo el himno de los redimidos con verdadero fervor y recogimiento.

Y en tanto lo efectuaba, llegó don Pedro al límite de la escalera.

Ya en lo alto del muro, encontróse con una meseta en la que habia un ídolo de fea catadura.

La deidad aquella mostrábase al desnudo, de medio cuerpo arriba.

La cabeza del dios aparecia de gran tamaño: su boca enseñaba unos dientes horribles: sus ojos semejabanse á los de un buey.

Prominente y abultado abdómen hacia visible el ídolo y sobre aquel posaba, como satisfecho, sus anchas y horribles manos.

Sobre la frente de aquella escultura, veíase este epígrafe, escrito en la lengua del país.

«*El único dios de verdad y de justicia.*»
«*Rindanle culto propios y extraños.*»

Sintió Alvarado al leer aquello, que las cóleras le subian á la cabeza; empero procuró dominarse.

Seguidamente hizo como que se inclinaba ante el dios, viendo lo cual los indios, saludáronle con estrepitosos aplausos.

Los vítores acrecian, viendo lo cual el cacique y temeroso de que su gente le destituyera en aquel instante, impúsole silencio, diciendo:

—Hijos mios: quizás estos misteriosos personajes que se apellidan los caballeros de la espuela de hierro, no sean lo que pensamos.

Un rumor percibióse, y Alvarado fué sacando poco á poco su espada.

El cacique, en medio de la inquietud de los suyos, siguió diciendo:

—Si el caballero que está en lo alto del muro procede de buena parte, nada le sucederá.

—¡Viva el vencedor de los tigres!—exclamó irónicamente la mayoría de los guerreros.

—Sellad vuestro labio,—exclamó el cacique,—en tanto hago una invocacion á los dioses.

—¡No, no! ¡Ese valiente, es digno de ovaciones interminables!

Al llegar á este punto, Alvarado tomó un estandarte indígena que junto al ídolo estaba.

Los guerreros lanzando gritos de fingido júbilo, avanzaron en compacta masa como para arrollar al cacique.

Este, haciendo ademan de contenerlos, repuso:

—¡Atrás, villanos! Ahora vereis cómo el castigo del cielo cae sobre la cabeza de ese hombre.

Nuevas demostraciones del pueblo en pró del caudillo, atronaron el espacio.

—¿No os convenceis de que ese menguado es un demonio?—preguntó nuevamente el príncipe.

—¡No, no!

—¿Qué no, decís? Pues oid y ved. Dioses que velais por los buenos, haced que arda el muro santo por haberle profanado un impío.

—¡Mientes, miserable!—gritó Alvarado blandiendo al aire su espada.

—¡Fuego: que arda vivo!—exclamó el cacique desesperado al ver que Cuantli no cumplia sus órdenes.

El Adelantado lanzó una sonora carcajada, y repuso:

—Cobarde: ¿crees que no conocia tu infame plan? ¡Habias ordenado á Cuantli que prendiese fuego á este muro cuando yo me hallase en él! ¡Oh! Te ha salido mal el negocio.

—¡Muera, muera!—gritó el pueblo cambiando de actitud y poniéndose del lado del cacique.

—¡Venid á matarme si os atreveis!—rujió Alvarado,—pero antes mirad lo que hago con vuestros dioses.

Y esto diciendo, descargó tan terrible cuchillada sobre la cabeza del ídolo, que la partió en dos pedazos.

La indignacion del pueblo entonces rayó en verdadera tempestad.

Una lluvia de flechas cayó sobre el Adelantado, sin herirle ninguna de ellas.

El cacique, tomando una actitud amenazadora, arengó á su gente, diciéndole:

—¡Hijos mios: es preciso acabar con ese extranjero ruin, que ha puesto su vil mano en los tesoros de nuestra liturgia!

Los indios dirigieron de nuevo sus arcos al caudillo.

Este agitando el estandarte indígena:

—¡Acercaos si os atreveis, miserables!—exclamó.

La tropa hizo ademan de asaltar el muro sagrado y las fortificaciones inmediatas.

—¡Venid si os atreveis,—repitió el caudillo,—llegad hasta don Pedro de Alvarado que es el que os ha-

bla: el que ha conquistado vuestras tierras y os ha redimido de la tiranía del error!

Un grito de espanto unánime, seguido de un rumor sordo, procedente del lado opuesto de la muralla, oyéronse sucesivamente.

—¡Traicion! ¡Somos víctimas de una traicion! ¡A defenderse en las murallas cada uno!—gritó el cacique de hierro desesperado.

La imponente falanje de los guerreros lanzóse á la fortaleza en confuso tropel.

A tiempo que esto hacia, Iñiguez picó espuelas á su corcel y abriéndose paso á cuchilladas salió á todo correr, llevándose á Diamantina.

Varios indios quisieron atajarle en su curso, pero les fué imposible.

Iñiguez repartiendo mandobles, logró abrirse camino por entre el pueblo, y salió al campo sin que ni á él ni á su preciosa carga les sucediese contratiempo alguno.

A todo esto las tropas del cacique en lo alto de las murallas, comenzaron á disparar flechas contra los esclavos de Chapala que pretendian asaltarlas.

Como era natural, los sitiadores fueron por el pronto rechazados por las tropas del cacique.

Y ya se consideraban estas victoriosas, cuando á sus espaldas percibióse un sordo rumor.

Por las tres puertas de la ciudad penetraron tres secciones de esclavos, mandadas por Tamarindo el sonámbulo, Armiño, el doctor Sandoval y el artillero Usagre.

De suerte que los servidores del príncipe de hierro, encontráronse, como se dice hoy, entre dos fuegos.

Una descomunal contienda, una lucha terrible, inicióse entre señores y siervos.

El golpe inesperado de entrar parte de ellos en la plaza, decidió hasta cierto punto la victoria.

Los indios del cacique que ocupaban las murallas, impulsados por el ataque que á sus espaldas hacíanles los enemigos, viéronse precisados á saltar al lado opuesto.

Muchos perecieron víctimas de la caida, y los que salieron ilesos, fueron aprisionados por los esclavos que habian quedado fuera de la ciudad.

Alvarado, por su parte, circundado de indígenas en lo alto del muro, defendíase manejando con la brillantez de siempre su espada invencible.

La escaramuza fué debilitándose poco á poco.

Las casas de los magnates del príncipe de hierro y el palacio de éste, fueron ocupados por los sitiadores.

Los esclavos compañeros de Chapala habian triunfado en la lid.

Mientras el triunfo de los oprimidos se confirmaba luchando con algunos de los rezagados, vióse á un esclavo jóven, quien, cuchillo en mano, se batia con seis ó siete.

El jóven en cuestion no era otro que Tamarindo, el sonámbulo.

Uno de sus rivales era el cacique de hierro, á quien ayudaban en la lucha varios de sus mayordomos.

Estando así cayeron en tierra uno, dos y hasta tres de dichos servidores.

Poco despues vióse vacilar un cuerpo.

El tirano seductor de Diamantina desplomóse para no volver á levantarse jamás.

Tamarindo habia vengado su honra, dando muerte al infame.

Los dos auxiliares del cacique que habian salido ilesos en la refriega, emprendieron precipitada fuga al ver muerto á su jefe.

Bien pronto corrió la voz entre vencedores y vencidos de que el cacique de hierro habia sido muerto por el sonámbulo Tamarindo en lucha honrada.

Todos los individuos de la servidumbre del tirano que habian quedado con vida, rindiéronse y entregáronse á los sitiadores.

Alvarado descendió por fin del muro, sin abandonar el estandarte indígena.

Gritos prolongados de entusiasmo dedicáronse á don Pedro á su llegada.

La lucha tocaba á su término, y habia ya muchos prisioneros del bando del príncipe.

Don Pedro entonces desplegó su acostumbrada generosidad, aconsejando á los vencedores que perdonaran á los vencidos.

Los esclavos perdonaren en efecto á los prisioneros, y éstos abandonaron la ciudad precipitadamente.

Con ellos partieron muchos nobles y magnates, quedando el pueblo del cacique en la propiedad absoluta de los antiguos esclavos.

Realizadas estas prácticas, don Pedro propuso á los vencedores que elevasen al cielo una plegaria de gratitud.

Todos cayeron de rodillas, é hicieron lo que Alvarado les mandara.

Apenas terminó la oracion, el anciano Chapala penetró en la plaza.

Venia acompañado de su hija Diamantina, trayendo á su lado á Iñiguez su salvador.

La ovacion que el pueblo tributó á los recien venidos fué indescriptible.

La gente proclamó en aquel instante á Chapala príncipe suyo, en sustitucion del menguado cacique de hierro.

Una escena conmovedora, sucedió á este acto.

Tamarindo al ver á su hermana Diamantina, arrojóse en sus brazos, y cubrióla de caricias y de besos, derramando al par abundosas lágrimas.

El anciano Chapala lloró tambien al recordar las infames acciones de que por parte del tirano, fué víctima su hija.

Pero la honra del padre estaba ya lavada con la muerte del invencible cacique de hierro.

En tanto esto sucedia, y mientras los vencedores saboreaban su triunfo y colmaban de vítores á los españoles, Alvarado llamó á Armiño, y presentándolo á Tamarindo y á Chapala, díjoles:

—Hé aquí un jóven valeroso que ha contribuido poderosamente al triunfo de nuestra causa; como comprendereis, merece un premio.

—¿Y bien?

—Vos mismo podeis dárselo, señor Chapala.

—Dispuesto estoy á concedérselo.

—Este jóven ama á Diamantina, ¿tendríais inconveniente en darle á vuestra hija por esposa?

—Si ella la quiere...

—Con todo mi corazon,—respondió la jóven,—es honrado, es digno, y esto me basta.

—Pues por nuestra parte, nos honraremos mucho con esta union,—contestaron á una, Chapala y el sonámbulo.

Don Pedro lleno de júbilo preguntó á Armiño, pasando á otro asunto:

—¿Quereis decirme, amigo, qué se ha hecho del famoso Cuantli, el que pretendió quemarme vivo?

—Señor; al ver que triunfábamos, se dió á sí propio la muerte, clavándose un puñal en el corazon.

—No me extraña: generalmente los traidores, concluyen siendo jueces y verdugos de su propia causa.

. . . . . .

. . . . . .

Tal fué el resultado de la brillante empresa militar iniciada por el Adelantado de mar y tierra.

A los pocos dias de estos sucesos, los antiguos terrenos del cacique hallábanse completamente en paz.

Chapala comenzó á gobernar, dictando grandes medidas con aplauso y encomio de todos.

Armiño unióse á Diamantina en indisoluble lazo, siendo ambos felices hasta el fin de su existencia.

Tamarindo el sonámbulo continuó prestando á su

padre su valioso apoyo, siendo como siempre modelo de virtud y de honradez.

En cuanto á don Pedro, realizada su nobilísima mision de redimir á un pueblo oprimido, nada le restaba que hacer.

En su virtud notificó al pueblo que tenia necesidad de abandonarle para acometer nuevas empresas.

El pueblo de los esclavos se opuso á que les abandonaran los españoles; pero con gran sentimiento suyo tuvo al fin que ceder.

Pocos dias despues, colmados de bendiciones, con el tributo del llanto de los antiguos siervos por recompensa, Alvarado, Iñiguez, Sandoval y Usagre partian á unirse á sus compatriotas, que ya les esperaban para realizar nuevas conquistas en el vasto territorio de la América Central.

CAPÍTULO XCVI

Detalles de importancia.

Algunos años iban trascurridos desde los anteriores acontecimientos.

Los intrépidos conquistadores españoles llevaban ya una suma considerable de victorias en el capítulo inmortal de sus triunfos.

Guaimoco, *Salpatagua*, *Jumay*, *Uspantan*, *Cumaitepeque Tepatlan*, *Pueblo del tuerto*, *Teguepan*, *Poymatlan*, y otros muchos territorios importantes del centro de América, podian contarse como agregados á la corona de Castilla.

Al medir el valor de todas estas empresas militares, creeríase que los castellanos poseian el don de la ubicuidad y el privilegio de ser inmortales en la lucha.

Y decimos esto, porque en espacio de tiempo escasísimo, se verificaron tales conquistas.

Mucho número de hombres perdieron los indios en tales refriegas, contándose tambien algunas bajas en los españoles.

Entre estas pueden señalarse la de los oficiales Goicoechea, y Castillo el de los pensamientos, así como la del hostelero Maese Cagigal.

Todos estos bizarros hijos de Iberia, perdieron la vida en defensa de los intereses de la patria.

Castillo y Goicoechea perecieron en la ocupacion de Guaimoco y de Poymatlan respectivamente.

Cagigal en el asalto de Cumaitepeque.

Los tres héroes fueron llorados por sus compañeros de conquista, y sepultados con el decoro que correspondia á su bizarra conducta, y á su nobilísimo desprendimiento.

Empero fijémonos en el Adelantado de mar y tierra.

Apenas fueron sometidos al dominio español los pueblos enunciados, pensó Alvarado en hacer un viaje á España para saludar á su rey y señor, y abrazar á Gustavo su hijo, y á Elena esposa de éste.

Este viaje no se hizo esperar mucho tiempo.

Alvarado en union de su hermano Jorge encaminóse á Méjico, dejando al cuidado de sus más expertos generales la continuacion de sus conquistas en Guatemala.

Ya en Méjico, partió Alvarado para la Vera-Cruz embarcándose allí con rumbo á España.

Ningun accidente doloroso, antes bien, serie no interrumpida de felicidades y de bonanza, acompañaron á don Pedro durante su viaje.

Y despues de luengos dias de navegacion venturosa, acertó Alvarado á divisar las costas de su amada patria, no sin que en su corazon se despertasen esos sentimientos dulces que el hombre experimenta, cuando tras largos años de alejamiento vuelve á contemplar la tierra donde se meció su cuna.

Ya en España el Adelantado, el primer honor que recibió fueron las caricias de sus hijos Gustavo y Elena, y los abrazos de sus antiguos compañeros Violeta, don Luis de Valenzuela, Alonso Castrillo y el ex cacique Tixplan.

No pudo saludar don Pedro al famoso bachiller Ginés Pantoja, porque se encontraba á la sazon explicando una cátedra en la Universidad salmantina.

Tampoco le cupo esta alegría respecto del criado Tlaloc y del escudero Guillen, porque Pantoja habíaselos llevado á su servicio y con él estaban.

Despues de abrazar don Pedro á su familia y amigos, pasó á visitar á la córte.

Excusado es decir que el emperador y su esposa, hicieron al caudillo una régia recepcion.

El monarca de Castilla dignóse abrazar á Alvarado y le calificó de *estrella de las Indias Occidentales*.

Poco despues, en 9 de Agosto de 1538, era confirmado don Pedro en sus empleos, aumentados con muchos honores y condecoraciones.

Como epílogo de esta gran página de triunfos que el conquistador de la América Central obtuviera en España, haremos una revelacion muy importante.

Don Pedro, durante el curso de nuestra narracion, habíase casado por poderes y consumado luego el matrimonio, con doña Francisca de la Cueva, ilustre dama de la familia del duque de Alburquerque.

Dicha dama estuvo en América, donde vivió algun tiempo en compañía de su esposo don Pedro de Alvarado.

Empero atacada de cruel enfermedad, debida quizas á la variacion de clima, falleció en Vera-Cruz en el año del Señor de 1529.

De suerte que cuando don Pedro emprendió su viaje á España iba ya viudo.

Pues como decíamos, la viudez de don Pedro dió ocasion á que se le otorgara por la córte una merced inesperada.

En ella ejercian una gran influencia á la sazon, el noble don Francisco de los Cobos y el duque de Alburquerque mencionado.

Estos consultaron á don Pedro si le convenía unirse en segundas nupcias con su cuñada doña Beatriz de la Cueva, no ménos ilustre y acaudalada que su hermana doña Francisca.

Mostróse don Pedro muy honrado con esta union, y doña Beatriz accedió á ella gustosa por su parte.

Gustavo de Alvarado y su consorte, manifestaron al caudillo que verian con mucho placer su nuevo enlace.

El monarca de Castilla amparó con su omnímodo poder esta boda y ofreció á los nuevos contrayentes colmarlos de honores y de riquezas.

En su virtud, y como tanto doña Francisca cual doña Beatriz de la Cueva eran sobrinas del precitado duque, encargóse éste de obtener y obtuvo, la singular necesaria dispensacion de la Curia Romana, para que Alvarado casase con la segunda de ambas señoras.

Llegado que hubo el dia de tan señalada boda, hiciéronse grandes fiestas para celebrarla, en el palacio de los reyes.

Pocas veces viéronse en aquellos espacios lujo y esplendidez semejantes.

En el centro de uno de los principales salones del regio alcázar, fué colocado un riquísimo altar.

Muy cerca de él, sobre una mesa cubierta de paños bordados en oro, veíanse las insignias episcopales.

Un prelado seguido de larga comitiva de monjes y de clero secular, entre los cuales venian algunos mitrados apareció en el salon aludido.

El obispo llegó con todos ellos al altar y despues de vestirse de pontifical, volvió á salir fuera de la estancia.

Todos los clérigos que le acompañaban siguieron en pos de él.

Apenas efectuaron esta ceremonia, por una puerta opuesta á la mencionada, vióse entrar en la improvisada capilla á los nobles y dignatarios de la córte.

Detrás de todos, escoltados por una guardia de bizarros soldados flamencos venian el emperador, su esposa y los infantes.

Espectáculo verdaderamente sorprendente ofreció la entrada de los magnates en la cámara regia.

Raso y terciopelo por do quiera, al brillo de preciosísimas joyas, el movimiento de las rizadas plumas pendientes de los bonetes de los caballeros de las órdenes militares; el crujir de la seda, al deslizarse por el pavimento los vestidos de las damas; tal era lo que de un modo indefinido podia advertirse desde un extremo del salon al penetrar la córte en él.

Despues de todo esto, detallando minuciosamente el contenido de aquel verdadero emporio de riqueza, pudo verse llegar en pos de los caballeros cruzados, una falanje de guerreros vestidos de punta en blanco, cuyos cascos germánicos, lucientes cual la plata, contrastaban con la color cobriza de su rostros.

Todos ellos marchaban con paso majestuoso é iban fraccionados en dos filas.

Detrás de aquellos valerosos capitanes, venian los miembros de la servidumbre del emperador, compuesta de lo más alto de la nobleza española.

Capellanes y clérigos de las dos órdenes al servicio de su majestad, sucedian á estos.

Seguidamente las damas del servicio de la emperatriz ocupaban su puesto, cerrando la comitiva, como hemos dicho el emperador y la real familia.

Ya en el salon todos los personajes precitados, sentáronse en largos bancos, que habian sido instalados en el mismo.

El emperador y su esposa ocuparon los asientos del trono, bajo un riquísimo dosel.

Dispuesto así aquel cuadro aparatoso, oyéronse los ecos de un órgano dulcísimo.

El prelado celebrante, que vimos revestirse de sus insignias, penetró de nuevo en la estancia con sus familiares, partiendo á situarse á un lado del altar.

Algun alto personaje con honores de infante de Castilla, debia estar á punto de acudir al salon de ceremonias, á juzgar por el movimiento que hicieron los cortesanos.

Todos pusiéronse en pié, excepcion hecha del emperador, de su familia y de algunos grandes.

En efecto, lo primero que se advirtió fué una elevada cruz que conducia un sacerdote á quien acompañaban un diácono y un subdiácono.

Signo era este de que alguna egregia dignidad eclesiástica iba á presentarse en el lugar aquel.

Y no se equivocaron los que tal supusieron, pues al lado de una dama jóven, bella y cual una reina ataviada, vestido de traje talar rojo, apareció en la estancia un venerable anciano.

Era el cardenal arzobispo de Toledo.

La jóven á quien acompañaba no era otra que la ilustre dama doña Beatriz de la Cueva, prometida del insigne capitan español don Pedro de Alvarado.

A la izquierda de tan discreta señora, veíase á otra no ménos noble: la esposa del incomparable caballero don Francisco de los Cobos, madrina de doña Beatriz en la solemne ceremonia de su enlace.

Faltaba por presentarse á la concurrencia el invicto héroe de Guatemala.

Esta presentacion no se hizo esperar.

Prévia la venia del monarca de Castilla, abandona-

ron sus asientos seis caballeros del hábito de Santiago.

Luego encamináronse á la puerta de la cámara.

En seguida volvieron á penetrar en ella, trayendo consigo al héroe de la América Central.

Alvarado vestia el manto de aquella real y militar órden, y ostentaba sobre su cabeza blanco bonete.

Detrás del caudillo entraron en el salon dos caballeros, el duque de Alburquerque y el mencionado Cobos.

Ambos lucian preciadísimos trajes.

El primero iba á ser padrino de don Pedro en la ceremonia conyugal.

Ya en su punto todos los preliminares de aquel acto solemne, Alvarado hincó la rodilla ante el emperador y besó luego á su hijo Gustavo y á la esposa de éste.

En seguida estrechó con efusion á sus antiguos compañeros de lucha, Valenzuela y Castrillo.

Poco despues el invicto conquistador uníase en lazo indisoluble con la ilustre y virtuosa señora doña Beatriz de la Cueva.

El religioso silencio que habian guardado todos los asistentes durante la ceremonia nupcial, continuó despues de terminada ésta.

El monarca de Castilla iba á usar de la palabra.

Todos los circunstantes sentáronse de nuevo por órden del rey.

Sólo Alvarado permaneció en pié frente á frente del trono, guardando una actitud respetuosa.

Con palabra severa y firme comenzó su discurso el emperador, haciendo grandes elogios de la conducta de Alvarado y de sus compañeros en las Indias Occidentales.

Despues extendióse en realzar las cualidades personales de cada uno de los dos contrayentes á quienes ofrecia desde aquel momento su incondicional proteccion. Apesar de la rudeza de su carácter, el Adelantado hallábase en extremo conmovido.

Y mucho más se impresionó, cuando al terminar el emperador su discurso, oyó de sus labios estas palabras:

—Acercaos, amigo mio, que bien puedo dar este nombre á quien me otorga un nuevo cetro y un nuevo floron que añadir á mi corona.

—Señor...

—Las hazañas que en las Indias realizásteis, secundado por vuestros bizarros colegas, dan ocasion á que sea mi afecto análogo al de un padre amoroso que recibe de sus hijos las más altas pruebas de distincion.

—Si algo hice, debido fué solamente al ejemplo de vuestra majestad.

—Alvarado: vuestros gloriosos hechos de armas son de vuestra propiedad exclusiva. Por esto debo honraros como mereceis.

—Estoy, señor, bastante recompensado.

—Quisiera teneros á mi lado en adelante, para que descansáseis de tanta ruda fatiga.

—Señor: mi empresa en las Indias no ha terminado aún.

—Sea como lo deseais: volveréis á las Indias cuando lo conceptuéis necesario: la ilustre dama con quien acabais de casaros os acompañará; si alguien desea hacer con vos el viaje, que os lo manifieste y me propondreis su nombre. En cuanto á vuestro hijo Gustavo, soy gozoso de que se quede en mi compañía, para que bien pronto pueda otorgarle la investidura de Maestrante de Granada.

—Señor: ¡cómo pagar á vuestra majestad tanto y tanto beneficio!

—Continuando, Alvarado, como hasta aquí, apellidándose modelo de capitanes y honra de los caballeros de Castilla.

—Juro por mi honor, perder la vida si es preciso, por la patria y por vuestra majestad.

—Acepto vuestra promesa, don Pedro, y ya que os habeis anticipado á formular el juramento que pensaba pediros, lo admito desde ahora y esperando que lo cumplireis fielmente, os confirmo en vuestros empleos y honores, y os nombro además almirante de la mar del Sur en las precitadas Indias.

—¡Viva el emperador!—gritó la córte en masa.

—¡Vivan los ilustres conquistadores hijos de Iberia!—contestó éste.

El monarca abrazó á don Pedro, y la emperatriz dióle á besar su mano, no sin dirigirle una cariñosa felicitacion. Terminada la ceremonia los recien casados y la córte, encamináronse á otra estancia, donde tuvo lugar un espléndido festin.

. . . . . .

Tal fué el principal acontecimiento que ocurriera durante la permanencia de Alvarado en España.

El caudillo recibia diariamente nuevas muestras de aprecio por parte del emperador y de la real familia.

Alvarado estaba sumamente reconocido ante tan señaladas distinciones.

Empero su espíritu belicoso no le permitia permanecer más tiempo en la quietud.

Su presencia era además indispensable en la América Central.

El Adelantado habia dejado pendientes en Indias varios importantes negocios diplomáticos que le reclamaban.

Y aparte de que el capitan Usagre reemplazaba brillantemente al Adelantado en el mando de las tropas conquistadoras, realizando nuevas victorias cada dia, era sin embargo preciso que la persona de don Pedro estuviese en Indias para alentar á todos.

En tal virtud despues de trascurridos dos meses de su casamiento, pensó Alvarado en volver á Guatemala.

El emperador concedióle permiso con gran sentimiento suyo, pues hubiera querido tenerle á su lado más tiempo.

Pero esto no era posible por las razones alegadas.

Llegado el dia de emprender el viaje Alvarado y su esposa doña Beatriz, despidiéronse de sus majestades y de sus amigos,

La despedida fué en extremo cordial.

Cuando el candillo llegó á Gustavo y á Elena imprimióles un ósculo tiernísimo en la frente.

Una idea triste debió cruzar por la mente de don Pedro al besar á su hijo, pues estrechándole contra su corazon, díjole:

—Hijo de mi alma, quizás sea esta mi última caricia; no la olvides jamás.

El jóven limitóse á derramar amargo llanto.

El héroe de Guatemala no se equivocaba en sus predicciones, como veremos más adelante.

Empero dejemos á don Pedro en su viaje por breves momentos.

Pronto le veremos de nuevo en Guatemala.

A cuyo país nos trasladamos desde ahora, para reanudar el curso de los acontecimientos interrumpidos.

CAPÍTULO XCVII

Temeridad y confianza.

Nos encontramos nuevamente en Guatemala.

Segun queda dicho, la série de brillantes conquistas alcanzadas por los españoles, no se interrumpieron á pesar de la ausencia del Adelantado.

El desenvolvimiento de los acontecimientos; el tino y tacto diplomático de la política española, habia hecho que la casi totalidad de los territorios del Centro de América estuviese ya sometida á una nueva civilizacion y á un nuevo culto.

Sin embargo de esto, existian aún algunos pueblos rezagados que, con obstinacion incomprensible, negaban toda autoridad á los ilustres conquistadores.

Esto dió lugar á que el jefe de la Artillería española don Luis Usagre, que habia quedado al frente de las tropas durante la ausencia de don Pedro, acome-

tiese nuevas empresas militares y sometiese al poder de sus armas á aquellos mal aconsejados indígenas.

Entre estos hechos existe uno digno de llamar muy particularmente la atencion del lector.

Era una hermosa mañana del mes de Julio; las tropas españolas, al mando del capitan aludido, hallábanse ya rendidas de fatiga, despues de haber mantenido una marcha forzada de más de veinte leguas.

Cerca de la antigua provincia de Higueras existía una serie de pueblos tan misteriosos en su cultura, como originales en sus costumbres.

Usagre, que era aficionado por naturaleza á estudiar profundamente el carácter y condiciones de cuantos países encontraba á su paso, propuso á los miembros de su estado mayor realizar una excursion militar hácia aquellos terrenos, en son de paz y sin ulteriores propósitos de lucha.

Hallándose en un bosque donde habian acampado sus fuerzas, pudo divisar, valiéndose de su anteojo de campaña, ciertos puntos como la nieve blancos, que allá en lontananza acreditaban la existencia de alguna ciudad.

En su virtud, y haciendo visible en su rostro la satisfaccion, mandó á sus colegas los capitanes que dispusieran el ejército para la marcha.

Lleno de curiosidad el ilustre historiador Bernal Diaz del Castillo, preguntó á su jefe Usagre:

—¿Quereis decirme, señor don Luis, cuál es vuestro propósito al hacernos marchar hácia un punto desconocido?

—¡Por Dios vivo, que me extraña sobremanera vuestra pregunta, señor capitan! ¿Con que teneis por oficio escribir la crónica de estos reinos, y no deseais conocerlos profundamente?

—Error grave es el vuestro, señor artillero. No quiero preguntaros si vamos á estudiar tierras nuevas, sino si llevais intentos de luchar.

—No lo juzgo necesario. Por fortuna, mi anteojo es bastante seguro, y tiene alcance suficiente para hacerme ver que cruzaremos esas tierras sin dificultades.

—¡Quiera el cielo que no os equivoqueis!

—Lo veo muy difícil. Apostaría la cabeza á que en esos pueblos vamos á tener recibimiento de príncipes.

—¿Y si no sucediera así?

—Entonces, ¡voto á las calzas de Júdas! dejaremos nuestro pellejo á esos indios para que tenga un buen recuerdo de todos nosotros. . . . . .

. . . . . .

Tal fué el diálogo que mantuvieran los dos capitanes, en tanto que el ejército hallóse dispuesto á emprender la marcha.

Esta se verificó sin accidente digno de mencionarse.

Los soldados caminaban satisfechos y alegres, favorecidos por el espeso ramaje de los árboles, que impedia la entrada á los ardientes rayos del sol.

De súbito, y cuando más entretenidos caminaban todos, Usagre, deteniéndose ante unos pequeños montes, exclamó, dirigiéndose á su colegas:

—Entiendo, señores, que tras estos obstáculos que la Naturaleza nos ofrece, debe hallarse el hospitalario pueblo que buscamos. ¿Parece á vuesasmercedes bien que hagamos una exploracion?

—No hay inconveniente,—contestaron varios capitanes.—¡Pero por los cuernos de Lucifer aseguramos! que si hay por aquí algunos traidores que nos jueguen una mala pasada, no vá á quedar indio vivo para contarlo, ni piedra para que acredite el recuerdo de estos naturales.

Usagre picó espuelas á su caballo, y levantando la voz cuanto pudo:

—¡Adelante!—dijo,—y no haya nada que temer.

Avanzó el estado mayor hácia las montañas, siguiendo en pos suyo todas las fuerzas de infantería y caballería.

El acceso por aquellas montañas verdaderamente pedregosas, fué asaz peligroso y difícil.

La caballería tenia que salvar penosamente las accidentadas condiciones de aquella materia petrea, contraria en un todo á las evoluciones hípicas.

La infantería tuvo que hacer esfuerzos no menores para ganar aquellas elevadas pendientes.

Al fin encontróse la falanje militar en la cúspide de la montaña.

Traspúsola enseguida, y hallóse toda la gente guerrera en una planicie incierta, puesto que sus límites perdíanse entre copudos y matorrales espesos.

Aquella gran extension semejaba un verdadero desierto.

Nada veíase con apariencias de viviente realidad.

El color azul del cielo americano contrastaba con el tono parduzco de la tierra.

Los españoles quedáronse sorprendidos ante este último detalle, pues nunca habian visto en las Indias otra cosa que exhuberante vejetacion.

Pero sin cuidarse de más averiguaciones, emprendieron la marcha por donde les señalara su jefe.

Llegado que hubieron al límite de la llanura aquella, comenzó la tropa á descender por una senda muy reducida.

Este camino caracoleaba entre árboles y plantas de todas especies.

Por ello fué imposible á los españoles divisar ó presumir siquiera cuál podria ser el término de su viaje.

Y así caminaban, cuando detuviéronse de pronto.

A los piés de los castellanos apareció un ancho rio.

Frente á ellos un largo puente de piedra, perfectamente construido, mostróse tambien.

A uno y otro lado del puente, separados á alguna distancia, veíanse unas especies de fortalezas, cuyos muros acariciaban las aguas fluviales.

Sorprendió sobremanera á los castellanos toda aquella edificacion; pero sin detenerse á pensar en lo que significar podria, Usagre dió la voz de mando, previniendo á la tropa que se dispusiera á atravesar el puente.

Nunca hubiera dejado oir el jefe de la artillería su varonil acento.

Como abortados del seno mismo de las aguas, salieron infinidad de indios á la superficie del rio.

Jamás se vió más cantidad de lanchas y esquifes reunidas en un punto.

Todos los indígenas aquellos, aprestáronse, rodeando el puente, á impedir el paso á los españoles.

Pero no paró aquí el asunto.

Las fortificaciones ó torres próximas al puente, aparecieron cuajadas de indígenas.

Lo propio sucedió en el lado opuesto del mismo.

Al ver tanta cantidad de indios congregada en aquel lugar, creyeron Usagre y los suyos que habia llegado el último instante de su existencia.

No desmayaron sin embargo en su valor; pero á fin de evitar un choque entre las fuerzas de uno y otro bando, que eran muy desiguales en número, Usagre, á fuer de buen general, decidióse á parlamentar con los naturales.

Al efecto, picando espuelas á su corcel, avanzó algunos pasos y mostró á los indios un blanco pañuelo.

Una descarga de piedras, acompañada de un número de flechas terribles, fué la respuesta que recibió el artillero.

En esta acometida espantosa, salieron heridos aunque levemente, algunos soldados españoles.

Usagre sintió que la cólera le anublaba la vista; pero lejos de tomar venganza en los agresores de sus compañeros, detúvose un instante á pensar.

Los indios continuaron disparando flechas y piedras.

El artillero volvió á agitar su pañuelo y revistiéndose de paciencia, no hizo otra cosa.

Los gritos de los indígenas aumentaron con más fuerza y encono.

El asunto iba tomando sérios caractéres.

La tempestad iba á estallar entre los castellanos.

Por tercera vez dió Usagre la señal de parlamento, sin que los indios cesaran en sus ataques.

En esto una flecha del enemigo, acertó á herir á un soldado en una pierna, matándole á la par el caballo.

La ira que tal accion despertó en el ánimo de los españoles, fué incalculable.

Y ya iban á lanzarse á la muerte, ó á castigar á sus numerosos adversarios con los esfuerzos de su heroismo, cuando se oyó la voz de uno de los oficiales de caballería, que dijo á sus colegas:

—¡Deteneos! ¡Para castigar á esos miserables, me basto yo!

Y pronunciando estas frases, salió sobre su caballo en direccion del puente, verificándolo con la velocidad de la saeta.

¿Quién era aquel temerario?

El oficial don Luis Rodrigo Velez de Guevara.

Aquel militar incomparable iba á jugarse la vida.

En un segundo llegó al puente, logrando burlar los disparos de las flechas enemigas.

Los indios lanzaban nuevos alaridos horribles.

El bizarro soldado logró cruzar una parte del puente; pero al llegar casi á la mitad del mismo, vaciló sobre su caballo, llevóse la mano al pecho y cayó en tierra.

Una flecha indígena habia partido el corazon de Velez de Guevara.

El caballo que montaba éste, salió despavorido y y sin freno, yendo á estrellarse contra uno de los árboles del campo enemigo.

Apenas Usagre vió caer á su colega, mandó á sus tropas, lleno de desesperacion, que atacasen á los indios.

La empresa era en extremo arriesgada y peligrosa, dada la diferencia entre las fuerzas de una y otra parte.

Sin embargo, con ardimiento singular salió la infantería en direccion del puente, disparando á la vez sus arcabuces.

La caballería marchando á retaguardia, protegia las espaldas á los infantes.

Una lucha terrible inicióse entre las fuerzas del uno y el otro bando.

Y ya estaban los españoles dispuestos á llegar cerca del enemigo, cuando se abrió el puente como por arte mágica, cayendo al agua algunos castellanos, en medio de los gritos de horror de sus compañeros.

El puente habia sido cortado por varios infames que estaban ocultos en uno de sus ojos.

Con las víctimas de esta traicion, cayó al agua el cadáver del valeroso Velez de Guevara, recibiendo en el seno del rio su sepultura.

Ante esta contrariedad, Usagre tuvo que detener la marcha, limitándose á enviar los disparos de sus tropas desde el comienzo del puente.

Era imposible que nadie pudiera saltar al lado contrario, dada la gran extension de la parte que habia sido cortada.

Entonces como obedeciendo á una ley fatal, uno de los compañeros de Velez, cruzó por entre la infantería y salió disparado con su caballo en direccion del enemigo.

Era el insigne Vargas Ponce.

Un salto terrible y de gran exposicion, habíale permitido salvar la cortadura del paso.

—Hoy es el último dia de su vida,—gritó Usagre, en tanto luchaban sus compañeros.

—¡A morir con Velez y Vargas!—gritó Beltran poniéndose al frente de la caballería.

—¡Viva España!—exclamaron los ginetes saliendo á galope tras de Beltran, y cruzando como él al lado opuesto del puente.

—¡Al rio los infantes!—exclamó el jefe de la Artillería.

Y á tiempo que pronunciaba estas frases, lanzábase la infantería al agua, unos desde lo alto del puente, otros gateando por unas rocas á la orilla inmediatas.

Nadando como anguilas, llegaron varios soldados á las barcas de los naturales, tomándolas valerosamente por asalto.

Jamás pudo verse lucha más encarnizada y desigual.

Sin embargo, la victoria parecía decidirse del lado de los iberos.

Y cuando más empeñado hallábase el combate, una falanje espesísima de indios, perseguida por la caballería española, presentóse en la orilla opuesta.

Tan acorralada encontrábase aquella masa de hombres, que la mayoría de ellos lanzóse á las aguas del rio, pereciendo todos ahogados.

Algunos continuaron peleando con los hijos de Iberia.

El brillo de las espadas, los botes de lanza de los indios, el galopar de los caballos y los juramentos de los combatientes, mezclábanse entre las ondas.

En tal estado la acción, vióse á Vargas Ponce que á pié, forcejeaba con un hercúleo cobrizo y le arrancaba un estandarte de sus manos.

El oficial lo agitó al viento; pero cuando saboreaba su triunfo, un golpe de maza indígena, cayó sobre su cráneo, destrozándolo horriblemente.

—¡Cobardes! ¡Habeis muerto á dos de nuestros mejores soldados!—gritó una voz de trueno que no era otra que la del famoso Beltran.

Y á tiempo que tales frases articulaba, un grupo de indígenas, llevábase el estandarte conquistado por Vargas, así como el cadáver de éste.

—¡Teneos, miserables!—exclamó Beltran saliendo en pos de los fugitivos.

Cuando ya estuvo al lado de ellos, comenzó á repartir cuchilladas con tal ira, que dejó tendidos hasta siete indígenas á los piés de su corcel.

El estandarte del enemigo fué reconquistado por Beltran.

La lucha estaba á punto de concluir.

La infantería habia aniquilado á los de las báreas, y la caballería sometido al poder hispano á los revoltosos del otro lado del puente.

En cuanto á los indios ocupantes de las torres próximas al mismo, perdida toda esperanza, entregáronse de grado á los españoles.

Pocas horas despues tomaban estos posesion de aquellos contornos.

Seguidamente procedióse á contar el número de bajas ocurridas, y resultaron muchos indios y no menos castellanos muertos.

Lo más sensible para Usagre y sus colegas, fueron las pérdidas de los bizarros oficiales Velez de Guevara y Vargas Ponce.

El cadáver del primero perdióse entre las aguas, como hemos dicho.

El del segundo, fué recogido por sus compatriotas para recibir más tarde honrada sepultura.

Cuando ya los castellanos habian sido reconocidos por los rebeldes como señores de aquellos territorios, procedióse á enterrar á los muertos y al mutuo cange de los prisioneros y de los heridos.

Esta tarea duró hasta el anochecer de aquel sangriento dia.

Halléndose Usagre y los suyos en estos empeños, oyeron el galopar de varios caballos que se acercaban á aquel sitio.

—¿Tendremos otra? ¡voto á brios!—preguntó el artillero á sus capitanes.

Pero apenas formuló su duda, cuando acercándosele un ginete:

—¡Iñiguez!—dijo Usagre al verle.

—Yo,—contestó el aludido,—que os traigo una buena noticia.

—¿Una buena noticia?

—Sí: Su Excelencia don Pedro de Alvarado...

—¡Qué!

—Ha llegado esta mañana á estas Indias, de regreso de su viaje á España.

—¡Jesucristo!

—Os alegrais de ello ¿verdad, señor Usagre?

—¡Voto á cien mil bombas! más que si me entregáseis los tesoros de Creso. Voy á dar las órdenes para que partamos á saludar á nuestro jefe.

—No es necesario.

—¿Por qué?

—Ahí teneis la respuesta.

Una masa considerable de soldados, comenzó á correr dando al par prolongados vivas al Adelantado de Guatemala, que venía á saludarles.

. . . . . .

Poco despues, de regreso de su viaje á España, hallábase de nuevo Alvarado entre su gente, á la cual felicitó por el brillante hecho de armas que acababa de realizar.

CAPÍTULO XCVIII

Nuevos proyectos del Adelantado.

Algunos d'as despues de tener lugar el sangriento combate enarrado anteriormente, quedaban completamente pacificados los pueblos todos de la provincia de Higueras.

Alvarado dirigió por sí mismo algunas de estas acciones.

Posesionado nuevamente de su antiguo cargo, el caudillo volvia á su primitiva existencia de luchas constantes. Usagre al devolver á su jefe el mando que temporalmente habia ejercido, recibió de don Pedro grandes manifestaciones de elogio, y no pocos plácemes por su valor y pericia en el arte de la guerra. Los demás españoles fueron tambien felicitados por el nuevo Almirante, el cual les otorgó valiosas recompensas.

En cuanto á los infortunados héroes, Velez de Gue-

vara y Vargas Ponce, dispuso don Pedro que se celebrasen solemnes exequias por el eterno descanso de sus almas, efectuándolo en la hermosa catedral, construida ya en Santiago de las Caballeros. Las familias de tan bizarros campeones, recibieron una pension que el monarca de Castilla se dignó otorgarles como compensacion á las irreparables pérdidas, que con la muerte de aquellos habian experimentado.

¿Y qué diremos de Beltran, del famoso Beltran que tanto valor y arrojo venía desplegando hacía tiempo?

Reconocido su jefe á sus méritos y virtudes, nombróle capitan de escopeteros y ayudante de campo suyo.

Esta noticia sembró la gratitud y el placer en el ánimo de Beltran.

El bizarro oficial de las huestes españolas saboreó durante algunos dias la justa recompensa otorgada á sus afanes.

Empero como nada hay permanente en el mundo, la alegría del teul disipóse bien pronto.

Una circunstancia insignificante para los hombres de corazon puro, pero de interés para Beltran, vino á entristecerle por completo.

Pipi, el travieso orangutan, que habia venido siendo compañero del soldado durante el largo período de la conquista, hallábase hacía tiempo enfermo y estenuado.

En vano le prodigaban sus cuidados Beltran y sus colegas, quienes le querian tanto como aquel. Pipi no

levantaba cabeza: tendido sobre un monton de paja, en una habitacion perteneciente á los castellanos, permanecía en constante quietud.

Sus ojos tristes y lánguidos hacian clara y patente la decadencia de sus fuerzas.

Un dia acertó Beltran á presentarse en la vivienda de su pobre amigo.

Pipi al verle, lanzó un gemido apagado; quiso incorporarse; pero le fué imposible.

El orangutan estaba próximo á la muerte. Beltran, lleno de pena, acercóse á Pipi y le hizo unas cuantas caricias.

El desdichado animal, respondió á ellas dirigiendo á su amo una tristísima mirada llena de ternura.

—Pipi, amigo mio, ¿qué te pasa?—preguntó al pobre enfermo Beltran.

El orangutan fué acercándose penosamente á su amo, estremecióse, hizo ademan de levantar sus brazos trémulos como para abrazar por última vez á su protector, y cayó en tierra para no volver á levantarse nunca.

—¡Pipi, Pipi! ¡Pobre amigo de mi alma!—exclamó Beltran con dolorido acento.

Y cual si se tratase de un semejante suyo, derramó abundantes lágrimas; pues Beltran sabia que si caben deslealtades en la amistad de los hombres, éstas no existen nunca cuando un animal fiel nos ha acompañado durante algun tiempo por la escabrosa senda de la vida.

. . . . . .

. . . . . .

Empero volvamos al lado del nuevo Almirante para reanudar el hilo de nuestra historia.

Con don Pedro de Alvarado, vinieron de España á América la esposa del caudillo doña Beatriz de la Cueva, y un hermano de ésta llamado don Francisco, que fué despues lugarteniente del primero.

Trájose además doña Beatriz para su servicio, número tan considerable de camaristas, que más parecia séquito de rey que otra cosa.

Hecha esta manifestacion, que consideramos indispensable para justificar la presencia de doña Beatriz y de su hermano en los acontecimientos futuros, sigamos á don Pedro en sus empresas.

Poco, en materia de dar imperio á sus armas, restábale que hacer á Alvarado, segun hemos dicho.

La difícil tarea de la conquista estaba á punto de terminarse.

Por do quiera aparecía evidenciado el poder español, ya en las nuevas costumbres implantadas en la América Central, ya en los suntuosos edificios, construidos allí por los hijos de Iberia.

Poco restábale que hacer á don Pedro, decíamos; mas su espíritu inquieto y belicoso, no le permitía permanecer en calma un solo instante.

Dolíase de esto frecuentemente la esposa de Alvarado, quien, apoyada en el firme y sincero amor que profesaba á su marido, creia verle caer á cada momento en brazos de la muerte.

El Adelantado calificaba de puerilidades estos le-

gítimos temores de su consorte, y despues de convencerla en parte de que no se habia hecho aun la flecha que habría de concluir con él, tornaba á meterse en nuevas escaramuzas, y á salir, como de costumbre, victorioso en todas ellas.

Quizás no estuviese lejano el instante en que tocasen á su fin tantas victorias y triunfos tantos, como el Adelantado alcanzara en las Indias.

Cierto dia, despues de un largo período de encuentros con los naturales, descansaba Alvarado al lado de su esposa y de su cuñado en Santiago de los Caballeros de Guatemala.

Allí se habian trasladado con el caudillo todos los indivíduos de su estado mayor y gran número de sus fuerzas.

En las provincias habian quedado las tropas suficientes al mantenimiento del prestigio español. Gustaba, como acabamos de decir, el caudillo de las dulzuras del doméstico hogar, cuando ocurriósele traer nuevamente á su memoria una idea, largo tiempo por él acariciada.

Era esta la de conquistar las islas llamadas *Molucas* ó de la *Especería*, emprendiendo á tal efecto un viaje por la mar del Sur.

Don Pedro sometió su pensamiento á sus colegas del estado mayor.

Todos ellos juzgáronle muy acertado, y pusiéronse desde luego á las órdenes de su jefe para acompañarle en su excursion marítima.

Un solo requisito debia cumplir don Pedro para

em render la marcha con completo desembarazo; el de notificar la partida á su esposa doña Beatriz.

Hízole así el caudillo; y cuando juzgaba que la ilustre señora dejaríale entregado á su propia suerte, oyó con satisfaccion profunda esta frase de su labio:

—Pedro mio; estoy decidida á no separarme un momento de tí.

—Advierte Beatriz...

—Nada: serán inútiles cuantos esfuerzos hagas por impedírmelo; te amo demasiado para renunciar á tu dulce compañía, siquiera sea corta tu ausencia.

Resultado de todo esto fué que doña Beatriz triunfó en sus deseos, logrando de su consorte la pretendida autorizacion para ir con él en busca de las anheladas islas.

Tambien don Francisco de la Cueva, hermano de tan ilustre dama, solicitó y obtuvo permiso para acompañar á ambos esposos,

Pocos dias despues, el 25 de Mayo de 1540, don Pedro de Alvarado, su consorte, el mencionado don Francisco, y el estado mayor del Almirante, salian de Santiago de los Caballeros de Guatemala con direccion al puerto de *Acaxutla*.

En él esperaban á los expedicionarios gran número de arcabuceros españoles que de antemano habian salido de la indicada ciudad.

Algunas semanas tardaron los suyos en dar con el referido puerto; pero quiso el cielo que lo divisasen hácia la terminacion de Junio del año precitado.

Ya congregadas en Acaxutla todas las fuerzas de

Castilla, presentóse á sus ojos la armada del Almirante.

Componíase ésta de trece navíos con una galera de gran porte, cuyas construcciones tanto costaron á don Pedro, que segun testimonio irrecusable (1); *habiéndose consumido no sólo su caudal, que era poderoso, sino el de sus deudos y amigos, con otros empeños que hizo el Adelantado entre mercaderes, fué tanta la suma á que llegó el gasto de la fábrica, pertrechos y soldados, que en ella se pudieran haber fabricado en Sevilla ochenta naves.*

Dispuesto ya todo lo necesario, embarcados don Pedro y su gente, dió al viento las velas esta lucidísima armada.

Vistosos adornos de *estandartes*, *banderas de cuadra*, *flámulas*, *grímpolas y gallardetes*, ostentábanse en aquella, para mayor realce suyo.

Ya en lo alto de los mares los expedicionarios, cruzáronlos sin contratiempo alguno, favorecidos por un tiempo bonancible.

Al cabo de muchos dias de viaje llegó la armada con toda felicidad al puerto de la Purificacion, en la provincia de *Xalisco*, hoy uno de los más florecientes estados de México.

Ya allí hubo de suscitarse entre el Adelantado y el Virey de aquel territorio don Antonio Mendoza, cierta negociacion sobre el derecho al descubrimiento de las precitadas islas.

(1) El del capitan don Francisco Antonio de Fuentes y Guzman, autor de la Recordacion Florida.

Para ventilar el asunto tuvieron necesidad de desembarcar los expedicionarios.

La cuestion quedó al fin resuelta favorablemente para los intereses de las dos partes.

Alvarado y Mendoza convinieron en que marcharian juntos á las islas de la Especería.

Tales proyectos tuvieron que aplazarse por un inesperado accidente.

Encontrándose en tierra don Pedro con todos los suyos, recibió un pliego de un tal Cristóbal de Oñate, capitan de ciertas fuerzas españolas que procedentes de Méjico, hallábanse destacadas en las peñas de *Cochistlan*, pueblo de la enunciada provincia de *Xalisco*.

Reducíase el contenido de la epístola de Oñate, á pedir al Adelantado con sumo ruego, que fuese á socorrerle por hallarse sitiado de numerosos escuadrones de indios á quienes era imposible combatir, y de cuyo vencimiento ó victoria dependia la seguridad ó pérdida de la Nueva España.

Don Pedro que esto supo, inspirado como siempre en la grandeza de su corazon, sacó de su armada el número de soldados de infantería y caballería que juzgó suficientes, y despidiéndose de su esposa y deudos, emprendió la marcha hácia el lugar ocupado por el enemigo, llegando á él á tiempo que experimentaban los castellanos los horrores del hambre y los crueles tratamientos de sus opresores.

CAPÍTULO XCIX

La caída del invencible.

Llegado que hubieron el Adelantado y los suyos al terreno enemigo, pensó el primero en realizar su plan de ataque.

Al efecto intentó el caudillo dirigirse al lugar en que se hallaban sitiados Oñate y su gente.

Pero no se ocultó á don Pedro que, llevar su socorro á la cima de las peñas donde los oprimidos se encontraban, era encerrarse con ellos y aumentar su angustia, y que, romper con su ejército el cordon de indígenas, ofrecía grave peligro y no pequeños inconvenientes.

En tal virtud decidióse por otro procedimiento.

Con gran habilidad ordenó que los opugnadores fuesen cercados y que se repartiesen los puestos de la

infantería, con a disposicion militar que permitia el terreno.

En cuanto á la caballería, dispuso que, conjuntamente se replegase hacia los puntos por donde podia el enemigo hacer su retirada, colocando los ginetes próximos á los infantes para que viniesen en su auxilio cuando fuera necesario.

Así dispuestas las cosas, encontró don Pedro que era su plan todavía bastante complicado y que podia reducirse á más sencillos términos.

A tales fines, cubrió todo el terreno con fuerzas de á pié y de á caballo, formando un grueso cordon.

De suerte que los indios sitiadores no podian ya escapar por ninguna parte.

En esta situacion, al despuntar la mañana del dia de San Juan, dió la órden de acometer.

Jamás se vió más descomunal y reñida batalla.

De súbito viéronse oprimidos los indios por los españoles, y comenzaron á defenderse bizarramente.

Atacados por la caballería y por los infantes que iban extendiéndose en pos de ella, no tuvieron otro remedio que retroceder hacia lo alto de las rocas.

El combate fué sangriento por demás.

Los naturales morian á centenares; quedando el mayor número de ellos gravemente herido.

De pronto, los sitiados del campo de Cristóbal de Oñate, que estaban en lo más alto de aquellos riscos, comenzaron á disparar sus armas sobre los indígenas, á quienes empujaban desde la parte inferior las fuerzas del Adelantado.

A medida que esto acontecia, la caballería de don Pedro atacaba á los indios por los flancos, cortándoles toda salida.

Quiso el destino cruel, que un accidente en extremo doloroso viniera á anublar aquella brillantísima victoria.

Desde el instante mismo en que se trabó la lid, don Pedro de Alvarado, al frente de unos cuantos ginetes, colocóse en un lugar de sumo peligro.

Era este el único por donde los indígenas podian salir huyendo, é interesaba mucho al Adelantado vigilarle.

Sin embargo, el caudillo no tuvo necesidad de permanecer allí mucho tiempo.

El triunfo era ya casi suyo y nada le restaba que hacer.

Entonces Alvarado, en vez de retirarse, comenzó á subir por una senda estrecha y peligrosa.

Hallándose así, quiso la desgracia que á uno de los soldados de la caballería que estaba en lo eminente de aquellos riscos, se le despeñase el caballo, y rodando toda la cuesta sin que el Adelantado pudiera apartarse á un lado ni á otro, vino á chocar con éste, lo lanzó de su corcel, y rodando don Pedro mucho espacio de aquellas durísimas piedras, sin que ninguno de los suyos le pudiese ayudar, quedó tan mal parado, que fué preciso trasladarle á hombros á la villa de la Purificacion para curarle en ella.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando el insigne héroe de Guatemala llegó á aquel sitio, mostróse á los ojos de sus parientes como un cadáver.

Doña Beatriz de la Cueva sufrió un violento síncope al ver á su esposo en aquella situacion.

Al volver en sí la ilustre dama, derramó abundosas lágrimas.

Un presentimiento terrible, subyugaba su alma por completo.

Quizás no se engañaba la esposa del ilustre caudillo.

Alvarado fué trasportado al lecho.

El insigne doctor Sandoval, rugó el ceño al mirar á su jefe y despues de exámen maduro, afirmó que don Pedro estaba atacado de pulmonía.

Al trasladarle á la villa de la Purificacion, causáronle este mal el viento y desabrigo del camino.

Así que las fuerzas del Adelantado supieron la gravedad en que se encontraba éste, acudieron en masa á ponerse á las órdenes de doña Beatriz.

Los soldados lloraban como niños: aquellos invictos capitanes, que formaron el estado mayor del héroe de Guatemala, entregáronse á las amarguras del más acerbo dolor.

Don Pedro de Alvarado permanecía en el lecho: á su lado estaban su afligida esposa doña Beatriz de la Cueva; el capitan don Jorge, hermano del paciente, el doctor Sandoval y Fray Gerónimo de Viscasillas.

Silencio imponente reinaba en la cámara del enfermo.

De cuando en cuando, llena de angustia, separábase de aquel sitio doña Beatriz para entregarse al más terrible dolor.

Fray Gerónimo, sentado junto á la cabecera del paciente, deslizaba entre sus dedos las cuentas de un enorme rosario.

Don Jorge de Alvarado, con los brazos cruzados sobre el pecho, no separaba la vista del cadavérico rostro de su ilustre hermano.

En cuanto á Sandoval no cesaba de pulsar al enfermo.

Luego, aplicando su oido al pecho del conquistador, auscultábale cuidadosamente.

Tal era el cuadro de tristeza y duelo que ofrecíaa quella estancia, cuando el enfermo, incorporóse un poco, respiró anhelosamente, y haciendo á su hermano una señal para que se acercase:

—Jorge, —le dijo,—ven... necesito confiarte algunas cosas.

Sandoval y Viscasillas retiráronse del aposento, quedando en él el hermano del héroe y doña Beatriz.

Don Pedro entonces, dirigiéndose á su hermano y á su esposa, exclamó con voz apagada:

—Los médicos temporales no pueden ya hacer conmigo nada de provecho.

—¡Pedro, Pedro mio!

—¡Hermano de mi corazon!

—No os aflijais, pedazos de mi alma, no os aflijais.

Por fortuna la conciencia está limpia... y la patria...

¡oh!... la patria española, dedicará unas lágrimas á este pobre soldado.

Don Jorge y Doña Beatriz, que se hallaban colocados á uno y otro lado del lecho, estrecharon las manos del caudillo, enrojecidas por la fiebre.

Luego comenzaron á sollozar, sin poder contener su pena.

Alvarado dirigióles una mirada asaz expresiva, y haciendo supremos esfuerzos para hablar, repuso:

—¡Jorge, Beatriz, cesad en vuestro llanto: el Señor es servido de llevarme en su compañía; pero... aun... me restan algunos dias de pesadumbre... sí... no estoy tan grave... como pensais!

El enfermo, fijó su mirada en uno de los muros de la habitacion, y quedó durante algunos instantes en esta actitud.

Al propio tiempo comenzó á arrugar entre sus dedos la ropa que le cubria.

La angustiosa respiracion que surgia del pecho del Adelantado, privóle del habla durante algunos minutos.

Al cabo de los cuales, tranquilizado un tanto, dijo á sus interlocutores.

—¡Ya ha pasado felizmente... esta horrible fatiga... ya puedo hablaros!

—¡Hermano mio, sella tu labio, por el cielo!

—¡Pedro de mi alma, el Señor Todopoderoso, te devolverá en breve la salud!

—¡La salud ¡oh! sí: la única salud que existe: el gozar de la presencia de un Dios Omnipotente en el misterio... de la... Eternidad!

—¡Vírgen Santa del Carmelo!

—¡Su nombre sublime me ha guiado en infinitas empresas... por eso he triunfado!... ¡Bendita la hora... en que bajo su hermosa proteccion... logré ensanchar los dominios... del invencible suelo castellano!

. . . . . .

Alvarado hizo un esfuerzo como para recobrar su antigua energía, y cayó luego en dolorosa postracion.

Alarmada naturalmente doña Beatriz, hizo entrar de nuevo en la estancia al doctor Sandoval.

El médico al ver á su jefe, hizo visible en su rostro una palidez cadavérica.

Pulsóle de nuevo, y aplicó á los calcinados labios del Adelantado una esponja humedecida.

Don Pedro recuperó el habla, y repuso con voz más ténue cada vez:

—Ahora... mi esposa, mis hijos (1): para ellos... es mi último beso... para la Patria y el Rey mi cariñoso saludo... para esos bravos, el postrer abrazo fraternal.

—Señor, la ciencia humana, no vé en peligro la vida de vuestra Excelencia.

—¡Se equivoca, querido Sandoval, se equivoca! ¡Dadme vuestra mano... yo os agradezco en el alma cuanto haceis por mí... pero ya... todo es inútil!

. . . . . .

. . . . . .

(1) Don Pedro tuvo á más de Gustavo, una hija llamada doña Leonor, que se hallaba á la sazon en Nicaragua.

Un corto espacio de religioso silencio sucedió á estas palabras.

Don Pedro continuó expresándose de esta suerte:

—Este triste estado no... permite otra cosa... Tu, hermano, y mi ilustre amigo el Obispo don Francisco Marroquin... hareis en mi nombre... otorgamiento de mi última voluntad.

—Ahora, señor Doctor... avisad á Fray Gerónimo: quiero recibir al Rey de reyes,... si en su Alta Misericordia... considera digno de merced tan señalada á este... mísero pecador..

Alvarado lanzó un anheloso suspiro, y dijo á sus afines:

—¡Acercaos... dejadme que os estreche contra mi pecho... no lloreis... la mansion de los justos... se abre para mí.

Doña Beatriz y don Jorge cayeron de rodillas, y á tiempo que cubrian de lágrimas y besos las yertas manos del Adelantado, se oyó la ténue voz de éste que decia:

—¡Dios mio... derramad sobre ellos nuestra santa bendicion... y perdonad al que se arrepiente de todas sus culpas!

CAPÍTULO C

¡La agonía del héroe!

I.

El instante más sublime de la vida del hombre, habia llegado para el caudil o.

El Rey de reyes, el Dios Omnipotente que en su infinita Misericordia desciende hasta la humilde morada del que sufre, penetraba en la cámara del Adelantado de Mar y tierra.

Alvarado estaba á punto de dejar este mundo deleznable por otra existencia mejor y más duradera.

Las puertas del cielo iban á abrirse para aquella alma generosa, cuyos alientos lograron ensanchar los dominios de Iberia, aumentando con una página inmortal el vasto códice de sus triunfos.

Nada más grande que el espectáculo que ofrecia

la cámara del caudillo en el momento de recibir éste los últimos sacramentos.

Doña Beatriz de la Cueva, poseida de profundo duelo, permanecia de rodillas á la cabecera del lecho de su esposo, manteniendo una antorcha en sus manos.

El Doctor Sandoval, Usagre, don Jorge, Iñiguez, don Francisco de la Cueva, y cuantos capitanes acompañaron á don Pedro en su brillante empresa de Indias, presenciaban aquella imponente ceremonia con el llanto más triste en los ojos y el pesar más acerbo en el corazon.

Todos aquellos bravos, postrados de hinojos al pié del lecho del paciente, rezaban con fervor íntimo, en tanto que Fray Gerónimo de Viscasillas, administraba la comunion al ilustre enfermo.

Hubo un instante verdaderamente terrible para los inconsolables capitanes españoles.

Don Pedro, con voz apagada, pidió á todos perdon por las ofensas que en vida hubiera podido causarles.

Fray Gerónimo, anticipándose á la respuesta de aquellos valientes que no tenian ánimos para contestar, —dijo á don Pedro:

—Señor: la voz profética del sacerdote es signo de verdad indiscutible. En nombre de nuestros hermanos, afirmo que os perdonan como vuestra excelencia los perdona á todos.

. . . . . .

. . . . . .

Un gemido prolongado salió de todos las pechos, trasformándose bien pronto en explosiones de llanto abundoso.

Don Pedro dirigió una mirada tristísima á los circunstantes, y díjoles:

—¡Yo os bendigo, soldados valerosos, en este instante solemne! ¡Mañana lo hará la patria, en el augusto libro de la historia!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció.

. . . . . .

Pocos momentos despues, administraba fray Gerónimo la Extrema-uncion á don Pedro.

El rostro antes lleno de vida de aquel hombre admirable, comenzó á cubrirse con la palidez de la muerte.

Su respiracion apagóse por momentos, y á tiempo que todos los circunstantes rezaban los primeros versículos del *Miserere*, el invicto Pedro de Alvarado entregaba su cuerpo á la tierra, y su alma al Señor, para alcanzar en las regiones de la Eternidad la corona inmarcesible de los justos.

. . . . . .

¡5 de Julio de 1511! ¡Fecha memorable que, como la historia reza, puso límite *á aquella vida que habia de ser inmortal ó al ménos como la de Néstor dilatada; siendo sola la malograda edad de este Héctor castellano, de solos cuarenta y tres años cuando murió.*

II

Apenas espiró don Pedro, desenvolvióse en la cámara mortuoria una escena terrible.

Doña Beatriz de la Cueva lanzóse sobre el cadáver de su esposo, y en medio de los ecos de la pena más honda, cubrió su rostro de besos.

Jorge de Alvarado postrado de rodillas besaba tambien la frente helada de su hermano y sollozaba como un niño.

Los capitanes españoles, acompañaban á los parientes del muerto en su legítimo dolor.

Todos ellos tributaron á su malogrado jefe el tesmonio de la afliccion más íntima.

En cuanto los soldados tuvieron noticia de la terrible desgracia que acababa de ocurrir, invadieron la cámara mortuoria y lloraron mucho ante el cuerpo inerte de su general.

Bien pronto se comunicó á Guatemala primero, á México despues y á España más tarde, la inesperada muerte del caudillo.

En todas partes recibióse con pena profunda tan triste nueva y se celebraron suntuosas exequias por el descanso eterno del alma de don Pedro de Alvarado.

Tambien el inmortal Pizarro, conquistador del Perú, que fué muy amigo del Adelantado de Guatemala, dolióse en extremo de su muerte cuando fué noticioso de ella (1).

(1) Recordacion Florida: Historia de Guatemala por el capitan Fuentes y Guzman.

III

Lo primero que hizo la familia del conquistador á las veinticuatro horas de morir éste, fué entregar el cadáver á los doctores Iñiguez y Sandoval.

Los dos sabios rogaron á los parientes del héroe y éstos accedieron á la súplica, que les permitiesen, á usanza egipcia, preparar el cuerpo de don Pedro con ciertas esencias para dejarlo incorruptible.

Así se verificó en efecto.

Cuando el cadáver del caudillo estuvo embalsamado, quedó expuesto al público durante tres dias.

Numerosa pléyade de indígenas visitó al difunto en este tiempo.

Para rendir más elevado honor al cadáver, diéronle la guardia los capitanes de la escolta que alcanzaban mayor categoría.

Al cuarto dia de ocurrir el fallecimiento del Adelantado, verificábase su entierro con gran pompa.

Todas las tropas que habian secundado al héroe en el asalto do Cochistlan; cuantos jefes y oficiales figuraron en el estado mayor de don Pedro, acompañaron á su jefe á la última morada.

Tambien fray Gerónimo y sus hermanos de hábito, que nunca se separaban del caudillo, rindiéronle en corporacion, este último tributo de respeto.

El cuerpo del héroe, encerrado en una magnífica caja de maderas finas, la cual se hallaba contenida en otra de hierro, fué llevado á hombros por los capita-

nes Usagre, Bernal Diaz del Castillo, y los doctores Iñiguez y Sandoval.

En pos de ellos seguian, presidiendo el duelo, fray Viscasillas, don Jorge de Alvarado, don Francisco de la Cueva, y el capitan don Alonso Beltran.

Y cerrando el fúnebre cortejo, marchaban los monjes, las fuerzas de infantería y caballería y gran numero de indios.

IV

El cuerpo del Adelantado, segun autorizado testimonio histórico, recibió sepultura eclesiástica en la Iglesia Parroquial de la mencionada villa de la *Purificacion*.

Más tarde trasladaron sus huesos sus parientes al pueblo de *Chiribito*, de su encomienda, y de allí á la ciudad de Guatemala, por órden de una hija que don Pedro tuvo, llamada doña Leonor de Alvarado Xicotenga.

V

¿Qué suerte alcanzó la primitiva idea que acariciase Alvarado de descubrir las islas Malucas?

Los herederos del héroe no pudieron recuperar nada de lo que en esta empresa quedó perdido; sólo se sabe que tres de los mejores barcos que llevó don Pedro en su armada, sirvieron para que emprendiese tal viaje cierto individuo llamado Villalobos, protegi-

do por su pariente don Antonio Mendoza, virey de México.

Veamos ahora, para dar por terminado nuestro trabajo, cómo se presentaron los sucesos despues de la muerte del conquistador.

CAPÍTULO CI

En las Indias y en España.

I

Muerto el Adelantado de mar y tierra, habia necesariamente de surgir una cuestion de verdadera importancia: la de nombrar persona digna que le sustituyese en su cargo dificilísimo.

Sin embargo, ni la profunda tristeza de doña Beatriz por la pérdida de su esposo; ni el respeto á su viudez, permitian á los hombres que habian militado á las órdenes de don Pedro, ocuparse de este género de cuestiones.

La dama ilustre que habia compartido con el Adelantado las dulzuras de la vida conyugal hallábase entregada á las expansiones del más hondo desconsuelo.

Nada lograba limitar su pena: doña Beatriz dejábase arrastrar por el llanto y la desesperacion.

De cuando en cuando la dama parecia atender las frases consoladoras de su hermano don Francisso; pero retornaba luego á su amargura y volvia á caer en su primitivo abatimiento.

II

Así las cosas, y cuando la ciudad de Guatemala esperaba recibir de nuevo á don Pedro como á padre cariñoso, llegó á sus habitantes la noticia de su fatal, desgraciada y acelerada muerte, por carta del virey de México don Antonio de Mendoza, dirigida á la muy noble ciudad de Santiago de los Caballeros en 29 de Agosso de 1541.

En este documento, á más de notificar el susodicho virey tan sensible pérdida, decia á los guatemalteccos que reconociesen como su *teniente y gobernador* al licenciado don Francisco de la Cueva, en quien Alvarado tenia depositada toda su confianza.

Respecto de doña Beatriz, añadia Mendoza, á la poblacion de Santiago, *la tened y acatad como es justo por que en esto servireis á S. M, y á mí me echareis cargo para favorecer á esa ciudad en lo que pudiere.*

Recibióse esta órden; y habiéndose trasladado doña Beatriz con su hermano y las tropas españolas desde la villa de la Purificacion á Guatemala, creyó el cabildo allí constituido que por servicios de galantería, debia proclamar como su gobernadora á la viuda del

Adelantado y prescindir temporalmente de la personalidad del licenciado Cueva.

Mucho trabajo costó á la inconsolable señora vencer su natural tristura; pero á cambio de no contrariar los deseos de los habitantes de Guatemala, decidióse á aceptar el alto empleo que le ofrecian.

En su virtud, en presencia del obispo don Francisco Marroquín, de su hermano y de los caballeros españoles que compusieron el estado mayor del Adelantado, la ilustre dama hizo la aceptacion y juramento de su cargo el dia 9 de Setiembre de 1541.

III

No es posible que cuando el dolor es íntimo, triunfe la razon en la demanda.

Esto aconteciale á doña Beatriz.

Cuantos más esfuerzos intentaba hacer para dominar la horrible soledad de su alma, más le asaltaba el recuerdo del sér querido.

IV

La viuda del insigne conquistador, habia perdido la paz del corazon por completo.

Y á pesar de los esfuerzos que hacia para entregarse á las altas y difíciles funciones del gobierno, no lograba un instante de calma; el recuerdo de su malogrado esposo robaba toda la atencion á doña Beatriz.

Esta circunstancia y la propia debilidad de su sexo

Gustavo encerróse en una habitacion, y durante un mes no hizo otra cosa que llorar.

Su espíritu experimentó en un principio gran quebranto.

Pero en fuerza de los consejos de Elena su esposa, y de Violeta, la mujer del Ballestero, así como de los consuelos de éste y de las exhortaciones del general Alonso Castrillo, logró Gustavo recuperar la salud.

Tales eran las noticias que á Cueva facilitaba en su carta el de Alburquerque referido; añadiendo que el emperador deseaba viniese el licenciado á la córte, para que le diese cuenta del resultado de su gobierno en Indias.

En su virtud pensó Cueva en emprender su viaje á España.

Y ya lo tenia todo preparado, cuando un sensible accidente vino á aplazar su proyecto.

VII

Era el 10 de Setiembre de 1544.

Una tempestad horrible habíase desencadenado.

Las calles de la capital de Guatemala hallábanse cubiertas de espesas sombras.

Torrenciales lluvias habíanla asolado durante tres dias.

Una inundacion formidable se iniciaba.

Por todas partes oíase el crujir de los edificios y los gritos de las gentes que huian despavoridas sin rumbo ni direccion.

Muchas personas prefirieron permanecer en sus casas para morir allí, si era llegada su hora.

De este último parecer fué doña Beatriz de la Cueva.

Retirada en su oratorio (1); *abrazada de una imágen devota de Cristo Nuestro Señor Crucificado, asistida y rodeada de sus doncellas y damas*, pedia misericordia al cielo doña Beatriz, cuando se oyó un chasquido horrible: el palacio vaciló sobre sus cimientos, y desplomándose en medio de un ruido espantoso, sepultó entre sus ruinas con la mayoría de sus sirvientes á aquella ilustre dama, que en vida fué modelo de esposas y ejemplo de virtudes en el matrimonio y en la viudez.

VIII

Tal fué el triste fin de doña Beatriz de la Cueva en aquella memorable catástrofe, que causó la muerte á más de mil personas.

La ciudad quedó totalmente arruinada, y tardóse mucho tiempo en reconstruirla.

Sin embargo, merced al celo y desinterés de los españoles, logró quedar en su primitivo estado.

IX

Fijemos ahora nuestra atencion en otros hechos importantes.

(1) Historia de Guatemala por el ya mencionado Guzman.

Repuesto en parte el Licenciado Cueva del hondo dolor que le causase el triste fin de su hermana amadísima, pensó en hacer su viaje á España.

Al efecto, propuso á varios de sus compatriotas que le acompañasen, y sólo brindáronse á ello los doctores Iñiguez y Sandoval.

En su virtud declinó el gobierno en manos de don Jorge de Alvarado, á cuyo lado estaba el historiador Bernal Diaz del Castillo.

Y como ya la obra de la conquista habia llegado á su término, nada quedaba que hacer á don Jorge ni á sus subordinados.

Por esto no volveremos á ocuparnos más de ellos.

Sólo nos detendremos algunos instantes para ver lo que acontecia en España, cuando á ella arribaron el licenciado Cueva y los doctores Iñiguez y Sandoval.

CAPÍTULO CII

¡El laurel ante la ciencia!

I

Nos encontramos en España, y en ella habremos de detenernos algunos instantes.

El emperador Cárlos V residía en Salamanca, rodeado de su córte.

Si hubiésemos emprendido la marcha en direccion de la clásica Universidad, habríamos visto infinidad de hombres de ciencia que hácia ella se encaminaban.

Los cláustros de la antigua escuela salmantina, hallábanse literalmente cuajados de doctores, quienes vestian sus esplendentes trajes académicos.

¿Qué fiesta ó solemnidad se disponía?

Ni más ni ménos que la recepcion de los famosos doctores Iñiguez y Sandoval, que hacia tiempo se en-

contraban ya en España en union de don Francisco de la Cueva.

Su viaje desde Guatemala fué próspero y feliz por demás.

Al llegar á este país, la entrevista de Cueva y de los doctores con Gustavo de Alvarado y con su esposa, fué todo lo sensible y conmovedora que es de suponer.

Gustavo, deshecho en llanto, pidió á sus amigos le relatasen todo lo que aconteció á su padre el Adelantado hasta su muerte.

Cueva, Iñiguez y Sandoval contaron al jóven todos los detalles relativos al lamentable fin del autor de sus dias.

Esta escena resultó tan terrible y desgarradora, como la que ocurriera al referir el licenciado al duque de Alburquerque, la muerte de la ilustre doña Beatriz.

II

Penetremos en la Universidad salmantina, segun hemos dicho.

Un grandioso salon, lleno de escaños de rojo terciopelo, ofrecíase á la vista.

Multitud de doctores de todas las facultades ocupaban aquellos asientos.

Jamas se vió concurrencia más selecta ni más respetable.

Una circunstancia llamaba la atencion poderosamente.

En el lugar que de ordinario se destinaba al tribunal en los actos públicos, habíase colocado un gran dosel, de cuya parte superior pendia una cortina de terciopelo azul bordado en oro.

Esta, completamente cerrada, ocultaba un espacio bastante amplio, y venia á caer sobre unos escalones cubiertos con riquísima alfombra.

¿Qué significaba todo aquel misterio?

Pronto habremos de averiguarlo.

De súbito todos los circunstantes pusiéronse en pié y sonó seguidamente una nutrida salva de aplausos.

Cuatro caballeros vestidos de riguroso luto, penetraron en el Paraninfo.

Eran, Gustavo de Alvarado, don Francisco de la Cueva y los doctores Iñiguez y Sandoval.

Cediendo á los deseos del primer cláustro de España, iban á presentarse á él los conquistadores, como signo de respeto.

Todos tomaron asiento muy cerca de los escalones de la presidencia; hecho lo cual, el rector de la Salmantina concedió la palabra al doctor Ginés Pantoja.

Jamás se vió discurso tan brillante como el que el ilustre sabio pronunciara.

Su apología del inmortal Pedro de Alvarado rayó á una altura indescriptible: sus frases de encomio hacia los doctores Iñiguez y Sandoval como hombres de ciencia, no pudieron alcanzar más grata significacion.

Pantoja terminó pidiendo la corona de los héroes

para los bizarros campeones que habian conquistado las Indias, y una eterna página de oro para Alvarado y su hijo.

El discurso del antiguo bachiller obtuvo una ovacion indescriptible.

Al bajar de la tribuna avanzó hasta donde se hallaban sus antiguos compañeros de luchas, y abrazóles uno á uno.

Este acto fué acogido con grandes vítores del cláustro.

Terminada la oracion de Panteja, subió á la tribuna el doctor Sandoval y explicó brillantemente y punto por punto, el resultado de las observaciones científicas de los españoles en América.

Su peroracion fué interrumpida á cada momento, hasta que despues de dos horas de discurso, descendió el sabio de la tribuna para recibir los plácemes más entusiastas de su auditorio.

Hallándose así los ánimos, empezó á correr la voz entre los concurrentes de que el emperador seguido de toda su córte, penetraba en la Universidad.

Una comision de catedráticos se dispuso á salir á recibir al monarca; pero ya fué tarde.

La escultural figura de Cárlos V acompañado de todos sus cortesanos, dejóse ver en el salon.

Todos los concurrentes permanecieron en pié.

Un silencio sepulcral sucedió á este acto.

El emperador entonces, tomando una corona de una gran bandeja, levantóla en alto y dijo:

—¡Castilla cuenta hoy en su escudo un blason más:

un soldado valeroso, un español insigne, honró á su patria y á su rey con sus obras; la hora de la recompensa ha llegado; la patria le saluda ya con sus himnos; el monarca vá á doblar ante el martir la rodilla.

Dos pajes descorrieron la cortina de la presidencia, y apareció bajo un dosel la estátua de Pedro de Alvarado.

Su aparicion fué recibida con aclamaciones de triunfo.

Entonces el emperador, avanzó con paso majestuoso hasta la escultura, y doblando ante ella la rodilla, depositó en el pedestal dos coronas, diciendo:

—A tí ¡oh! mi fiel y amadísimo hijo; á los héroes que perecieron en la demanda, consagro esta humilde ofrenda de mi admiracion y de mi gratitud! ¡Quiera el cielo que allá en la region de los justos, á donde os llevaron vuestras virtudes, oigais los ecos del alma de un rey que guarda vuestra memoria como un tesoro, y bendice vuestro nombre como un acto de insignificante justicia!

—¡Hola, Pantoja, Iñiguez, Sandoval; acercaos!

Obedecieron los doctores, y el rey fué entregando á cada uno un pequeño baston.

Aquello significaba que el rey investia á los tres sabios con el nombramiento de médicos de Cámara.

Hecho esto, Cárlos V puso en manos de don Francisco de la Cueva una llave de oro, símbolo de que le consideraba como su tesorero general.

Llególe la vez al más jóven de los conquistadores, y...

—Acercáos, Gustavo,—dijo el monarca.

Con singular modestia aproximóse al emperador su ayudante.

Cárlos V exclamó entonces señalando á la estátua:

—¡Las virtudes del caudillo, la importancia de sus empresas, no podrian pagarse con todo el oro del mundo; sin embargo, yo deséo, Gustavo, que se refleje en vuestra personalidad todo el brillo de vuestro padre.

—¡Señor!

—¡Si Pedro de Alvarado rayó á gran altura, su hijo sabe secundarle en virtud, valor y discrecion: fundado en tales consideraciones, yo os otorgo el título de marqués de vuestro apellido, llevando á él aneja la grandeza de España.

Gustavo, cayendo de rodillas ante el emperador:

—Señor, señor,—díjole,—¿cómo pagar á vuestra majestad tanto beneficio?

—¿Cómo?—contestó el monarca,—continuando en vuestra conducta de tal manera, que merezcais un dia una estátua como vuestro padre, y como él, el don sublime de la inmortalidad.

Tal fué el final de la brillante página de la conquista.

Gustavo de Alvarado vivió feliz al lado de su esposa Elena, disfrutando del cariño y la confianza del emperador

Sandoval, Pantoja é Iñiguez, como miembros de la facultad médica de la real cámara y como hombres

de estudio, continuaron dando hasta su muerte grandes dias de gloria á su país.

En cuanto á Violeta, á su esposo el Ballestero don Luis de Valenzuela, y al antiguo cacique Tixplan, sólo diremos que pasaron á Francia con una mision diplomática importante que les diera el monarca de Castilla, y que allí permanecieron largo tiempo, servidos por Guillen y Tlaloc, y haciendo el papel de reyes.

Lo propio le aconteció al general Alonso Castrillo, nombrado embajador de España en Roma.

Y con relacion, por último, á don Francisco de la Cueva, advertiremos tan solamente, que volvió á Guatemala, la cual gobernó con acierto, siguiendo las huellas de aquel Adelantado insigne, que como Cortés y Colon vivirá eternamente en el imborrable libro de la Historia.

FIN.

DOCUMENTO HISTÓRICO

NOTICIA DE ALGUNAS IMPORTANTES DISPOSICIONES DICTADAS POR EL ADELANTADO DON PEDRO DE ALVARADO, PARA EL GOBIERNO DE LA CIUDAD ANTIGUA DE GUATEMALA.

I

Háse debatido constantemente acerca de si el ilustre conquistador del pueblo guatemalteco, poseía más dotes de guerrero que de legislador; y en tanto sostienen los unos que sólo las primeras resplandecian en el caudillo, afirman los más que Alvarado atesoraba en grado sumo la ciencia del gobierno.

Los mantenedores de la opinion primera no se han cuidado, sin duda, de registrar el vasto arsenal de antecedentes históricos que acerca del asunto existe; pues de haberlo efectuado, habrian, de seguro, salido de su error, al advertir que la generalidad de los biógrafos del Adelantado de mar y tierra, califican á este de

hombre previsor y prudente, y le atribuyen notables disposiciones dictadas durante su mando en el ámplio territorio de la América central.

En corroboracion de nuestro aserto, examinaremos una de las más importantes.

En órden que su majestad dió al caudillo por cédula expedida en Burgos á 18 de Diciembre de 1527, decíasele entre otras cosas: «*quedais autorizado para hacer ordenanzas generales en toda nuestra gobernacion, y particulares en cada pueblo, que sean útiles y provechosas á la dicha tierra* (1) *y vecinos della, y que vivan como buenos cristianos en toda paz y sosiego.*»

Cumpliendo el Adelantado la órden en cuestion, procedió á formar el reglamento referido, de cuyas más importantes disposiciones vamos á ocuparnos.

1.ª El Adelantado acude á la defensa de los indígenas desvalidos, prohibiendo que los españoles salgan dos leguas fuera de la ciudad para evitar, dice, los daños que las tales personas andan haciendo por los pueblos á los naturales de la tierra. Impone al contraventor la pena de cincuenta pesos de oro.

2.ª Ordena Alvarado que los españoles no permanezcan en los pueblos que les están repartidos, arriba de cuatro dias, bajo la propia pena de cincuenta pesos.

3.ª Manda que los encomenderos no vivan en sus pueblos y estancias, sino es en la ciudad, porque los indios dellos, que les están repartidos, no sean moles-

(1) Guatemala.

tados y sea así la ciudad ennoblecida. Al que no obedeciese, le impone la multa de cincuenta pesos.

4.ª En esta prescripcion se dispone que ninguno ose maltrar de obra ni de palabra á los indios caciques, ni se atreva á dar *palo, coz, ni bofetada* á los indios que tuviere repartidos y encomendados, aunque no sean principales; bajo la pena de cien pesos de oro.

5.ª y 6.ª En estas disposiciones prohíbese respectivamente que ninguna persona saque á indios ni esclavos de la gobernacion, bajo pena de muerte; y que ningun español ocupe á los indígenas en granjerías ni otros servicios, pena de cien pesos.

7.ª Ordena el Adelantado que ningun español saque á los indios encomendados de sus hogares ordinarios ni los traslade de un lugar á otro; *porque no les haga mal la mudanza del temperamento de caliente á frio, ó viceversa*; perdiéndolos el poseedor de ellos que contraviniese á esta órden.

8.ª Prescríbese en esta regla que los cargadores *no sean abrumados con cargas pesadas*; y que lo que necesariamente lleven sea pagado por los justos salarios de tasacion; condenando á los infractores de este precepto al pago de cinco pesos de oro, por cada bulto que llevare, y otros tantos al juez que lo consintiere.

9.ª En atencion á que en los meses de Julio, Agosto y Setiembre, dice la cláusula, son en estas tierras muy abundosas las aguas; que van los ríos muy caudalosos, y que hacen sus sementeras los indios, prohíbese á todos ocuparlos en minas, en labranzas ni en cosa alguna, bajo penas severas.

10.ª Cuantos indios muriesen, serán enterrados en sagrado si fuesen cristianos, y sinó en el campo, sin dar ocasion á que se pudran los cuerpos y los coman los perros; pena de cuatro pesos de oro á los dueños dellos por cada uno déllos.

11.ª Impónese la pena de tres pesos de oro, á todo español que obligue á trabajar á los indios en dias de fiesta.

12.ª El que hiciese navíos con indios sin pagarles, sufrirá la pena de veinte pesos de oro para cada uno de los indios no pagados.

13.ª El que trajere indios cargados sin haberles pagado primero, perderá lo que trajeron á cuestas.

14.ª Quien trasporte maderas brutas para labrarlas fuera de los montes, pagará treinta pesos de oro. Esta multa se dirije á evitar que carguen mucho los indios.

15.ª Como quiera que con el pretexto de *tamemes* debieron sacarse de sus provincias á los indios, para llevarlos á Nicaragua ó al Perú á donde los vendian; «Alvarado,—dice el historiador,—(1) fulminó ciertas provisiones harto severas acerca dello, como muestra del amor que les tenia y deseo de su conservacion.»

Tan inflexible fué el castigo impuesto á los que dejasen de cumplir esta regla, que pagarian con la vida su desacato y con la pérdida de todos sus bienes, así como las justicias que no lo ejecutasen habrian de sa-

(1) Guzman.

tisfacer mil pesos de oro; en la inteligencia,—añade la cláusula,—«*de que si los tales se resistieren ó defendieren, á todo rigor de sangre é por fuerza, sin aguardar á sustanciar la causa, los maten.*»

16.ª Prohíbese que ninguno se mezcle en los mercados indígenas, ni se les quite cosa alguna de estos, ni se les maltrate; imponiendo al contraventor la pena de quince dias de cárcel por la vez primera, y veinticinco pesos de oro por la segunda, si fuere español, y si fuese negro de cien azotes y destierro.

17.ª Habiendo caido entre los indios epidemia de sarampion, ordénase en esta regla que los que tuviesen indígenas encomendados y repartidos, los cuiden y curen sin ocuparlos en servicio alguno, bajo pena de perdimiento de los naturales encomendados.

El fundamento de esta disposicion estriba en el convencimiento que existia á la sazon, de que con tales pestes se despoblaban muchas tierras; queriendo evitar lo cual, dictó Alvarado tan sabia medida, coronándola con la frase «de que todo lo antedicho se cumpliera hasta que despues de convalecidos los pacientes dispusiere otra cosa.»

II

Tales eran los nobilísimos propósitos que encerraba en su corazon el caudillo, al emprender la conquista del valeroso pueblo guatemalteco.

En cuantas empresas acometia Alvarado, daba ac-

ceso á los levantados sentimientos de su alma incomparable. Su conducta en América no se inspiró ciertamente en móviles ambiciosos y egoistas; la guerra era para el héroe lo secundario; gustaba más de atraerse la simpatía de aquellos naturales por medio del afecto y la dulzura; y lo consiguió al fin, recogiendo los espléndidos frutos de sus hidalgos y caballerosos procederes.

El documento que dejamos trascrito tomándolo de autorizadísimo historiador, revela que la conquista de las Indias, se hizo por los españoles con la templanza, prudencia y tino, propios de hombres expertos y honrados; y no como algunos creen, apelando al expediente inadmisible de la violencia y de la fuerza.

Aparte de esto, en lo que Alvarado toca, demuestran las anteriores ordenanzas que poseía dotes de legislador poco comunes, y aun parece al estudiar la personalidad de este hombre insigne, que sin duda, concertáronse al verle Minerva y Marte para colocar sobre su cabeza la doble corona del guerrero y del sabio.

¡Caridad para los vencidos; justicia y apoyo para los desgraciados; misericordia para los débiles; tal fué el lema de aquel bizarro español, en cuantas empresas acometiese.

He aquí por qué le saluda la historia con los mismos sublimes dictados que á Colon y á Hernan Cortés, afirmando, por último, respecto de su persona; *que en el espacio de Europa ocupó su nombre todo el ámbito y esfera de la alabanza, porque los que le conocieron admiraron la gallardía de su persona, la dulzura y sua-*

vidad de su trato, el valor de su espíritu, la fé de su amistad, el estilo de sus palabras, lo cristiano de su pecho, gobierno militar y prosperidad de su fortuna, hasta el punto de que, sola la relacion de sus heróicas prendas, le concilia universalmente la gracia de las gentes.

ÍNDICE

DE LOS

CAPÍTULOS DEL TOMO SEGUNDO

Capítulos		Págs.
I.....	De cómo se hace feliz, quien vá en pos de la codicia.....	3
II.....	Tras una mala capa se oculta un buen bebedor.	13
III.....	El hombre propone y Dios dispone.....	26
IV.....	A las puertas de ultratumba.....	38
V.....	El sueño del imposible convertido en realidad..	47
VI.....	¡Por el amor á la ciencia!.....	57
VII.....	Casa con dos puertas mala es de guardar.....	67
VIII.....	De cómo Minerva suele tentar á Cupido.....	79
IX.....	De cómo la tempestad de la ofensa engendra el rayo de la venganza.....	91
X.....	El diablo á las puertas del cielo.....	104
XI.....	Entre el médico y el cura.....	116
XII.....	La deshonra del acero no es bastante para el juez.....	127
XIII.....	El cadáver del honor en el tribunal de la conciencia.....	137
XV.....	De cómo es el mejor científico, aquel que sabe esperar.....	150
XVI.....	Un bachiller salmantino inventa el refran que dice: «el que grita se hace oir.».....	161
XVII.....	La personalidad del padre Roque.....	173

Capítulos		Págs.
XVIII.....	Entre col y col, lechuga.....	184
XIX.....	De cómo el diablo sigue ayudando á Ginés.....	194
XX.....	Sarna con gusto no pica.....	204
XXI.....	La resurreccion de los muertos.....	215
XXII.....	De cómo el espíritu de Ginés se eleva á los cielos.....	230
XXIII.....	¡Maldita sea mi suegra!.....	240
XXIV.....	Por amor al prógimo.....	249
XXV.....	Victoria y reconocimiento.....	259
XXVI.....	Por dinero baila el perro, y por pan, si se lo dan.	268
XXVII.....	De cómo recibe el premio quien sabe honrar á sus padres.....	278
XXVIII.....	De cómo la verdadera amistad acompaña siempre al que sufre.....	288
XXIX.....	No hay vida como la honra.....	297
XXX.....	Los espíritus nobles son los grandes huérfanos de la tierra.....	308
XXXI.....	¡La última esperanza!.....	319
XXXII.....	Herir en la sombra.....	329
XXXIII.....	En la pendiente del crímen.....	341
XXXIV.....	Por amor ó por venganza.....	350
XXXV.....	¡Deudas sagradas del honor herido!.....	360
XXXVI.....	La crueldad del destino.....	370
XXXVII.....	¡Bienaventurados los que lloran!.....	382
XXXVIII.....	Entre la muerte y la vida.....	391
XXXIX.....	Como vasallo del rey y como siervo de Dios.....	402
XL.....	La segunda prueba.....	413
XLI.....	Justicias del rey don Pedro.....	423
XLII.....	De cómo no puede mentarse la soga en casa del ahorcado.....	435
XLIII.....	¡Hasta en la herencia el perdon!.....	443
XLIV.....	En pos de un deber sagrado.....	450
XLV.....	El final de la dolencia.....	458
XLVI.....	Prestando culto á Talía.....	468
XLVII.....	El hábito no hace al monje.....	477
XLVIII.....	Los preparativos de la farsa.....	488
XLIX.....	El dragon de las siete uñas.....	498
L.....	El final de la partida.....	508
LII.....	El regidor Vizcarrondo.....	521
LIII.....	Los amores del tutor.....	529

Capítulos		Págs.
LIV.....	La casa de Peyroncelli.....	539
LV.....	Desafueros y travesuras.....	551
LVI.....	Las adivinaciones de Mariverde.....	562
LVII.....	Comienzan á cumplirse los vaticinios de Mariverde.....	570
LVIII.....	Continúan las maquinaciones de los nigrománticos.....	580
LIX.....	De cómo se cumple la profecía.....	590
LX.....	La hora de la partida.....	601
LXI.....	Los resultados del valor.....	612
LXII.....	De lo que les sucedió á los amantes despues de su fuga.....	624
LXIII.....	En los espacios de Marte.....	634
LXIV.....	El final de la tregua.....	645
LXV.....	Habilidades mexicanas.....	655
LXVI.....	En pos del fugitivo.....	666
LXVII.....	La justicia por sí propio.....	676
LXVIII.....	La conferencia.....	685
LXIX.....	Legalidad y desprendimiento.....	697
LXX.....	Por la salud del alma.....	708
LXXI.....	La prueba monacal.....	719
LXXII.....	La inocencia en libertad.....	728
LXXIII.....	La visita del caudillo.....	740
LXXIV.....	Tras de la tempestad, la calma.....	749
LXXV.....	En que se dá cuenta de los regalos que llevaban al rey de España, Gustavo y los suyos, con otros datos curiosos.....	758
LXXVI.....	¡Terrible contratiempo!.....	767
LXXVII....	El adios á América.....	779
LXXVIII ...	El casado casa quiere.....	789
LXXIX.....	Encuentro triste.....	798
LXXX.....	Suceso inesperado.....	808
LXXXI.....	Junto al lecho del paciente.....	818
LXXXII....	En el seno de la tierra.....	831
LXXXIII....	Caridad, valor y heroismo.....	841
LXXXIV....	Un prólogo de revelaciones.....	850
LXXXV....	Continúa la narracion de Tamarindo.....	861
LXXXVI....	El encuentro de dos fieras.....	873
LXXXVII...	Frente al rey de las selvas.....	884
LXXXVIII..	Conferencia importante.....	896

Capítulos		Págs.
LXXXIX....	El coro del amor y los planes del cacique.....	907
XC.....	Los histriones del cacique de hierro.....	917
XCI.....	En que se relatan otras fiestas dadas por el príncipe de hierro.....	927
XCII.....	El templo del fuego.....	941
XCIII.....	Las exigencias del culto.....	951
XCIV.....	El indio doliente.....	963
XCV.....	Los festejos militares.....	977
XCVI.....	Detalles de importancia.....	990
XCVII.....	Temeridad y confianza.....	1002
XCVIII.....	Nuevos proyectos del Adelantado.....	1014
XCIX.....	La caida del invencible.....	1022
C.....	¡La agonía del héroe!.....	1030
CI.....	En las indias y en España.....	1037
CIII.....	¡El laurel ante la ciencia!.....	1045
DOCUMENTO HISTÓRICO.....		1053

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

	Págs.
PORTADA	»
Descargándola un formidable sablazo en la cabeza, dejóla muerta á sus piés	92
—¡Elena, Elena! ¡Muerta, muerta, Dios mio!	129
—¡Sepárate, miserable, porque esa mujer es mi hija!	143
—¡Atreveos, hijos de Satanás, y vereis lo que vale un brazo castellano!	192
El hidalgo acercó á la momia la antorcha que en la diestra llevaba, y separó de ella la plancha de metal	282
Puesto que tus labios de rosa se han dignado perfumarle, déjame olvidar con él las penas de mi espíritu	319
—¡Miserable!—gritó don Luis intentando descargar un golpe sobre la cabeza de la indígena	374
—¡Ladron! ¡Si te mueves, voy á deshacerte el cuerpo	640
—¡Idos de aquí, miserable loco, ú os haré pedazos el corazon	733
...cayó en tierra bañado en sangre	814
—¡Nunca, miserable, nunca!	1020
—¡Justicia de Dios!—exclamó fray Jerónimo levantando la diestra al cielo	1121

TOMO SEGUNDO

—¡Fernando, Fernando mio! ¡Muerto á sus manos! ¡Maldicion! 65
—¡Mentís, ¡vive Cristo!—exclamó Gustavo poniéndose en pié.. 136
—¡Toma tu merecido, ladron!..... 238
Al verle atado los mercaderes, internáronse en la espesura... 396
El puñal de una india le habia herido gravemente..... 638

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días

POR

MIGUEL MORAYTA

Esta importantísima obra ha empezado á publicarse por cuadernos de 64 columnas, tamaño fólio, al precio de *Dos reales cada cuaderno,* ilustrada con magníficas láminas al cromo.

Se suscribe en casa de su editor, Felipe González Rojas, calle de San Rafael, núm. 9, (barrio de Pozas) y por medio de sus repartidores de Madrid y corresponsales de provincias.

Al que remita doce reales en libranza, se le servirá la suscrición directamente por el correo.

CATALOGO

DE LAS

OBRAS QUE TIENE ESTA CASA Y EN VENTA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

	Reales.
El Rey de Sierra Morena, dos tomos	98
El Chato de Benameji, dos id	60
Los Esclavos Blancos, dos id	50
El Cid Campeador, tres id	60
El Rey del Puñal	81
POR D. RAFAEL BENITEZ CABALLERO	
El Barquero de Cantillana, dos tomos	72
POR D. ANTONIO DE SAN MARTIN	
Neron, dos tomos	56
POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS	
Don Reinado de Maldades, dos tomos	32
POR A. DE LAMARTINE	
Hernan Cortés	110
Cristóbal Colon	124
POR D. FLORENCIO LUIS PARREÑO	
El Héroe y el César, dos tomos	58
La Inquisicion, el Rey y el Nuevo Mundo	78
Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera	64
Jáime Alfonso, el Barbudo, dos tomos	60
El Martirio de la Virgen	52
El Rey Chico, la Gran Reina y los Españoles de Antaño	54
Pedro el Temerario	98
El Carmen Sacrílego	77
El Cáncer de la Vida	88
EN PUBLICACION	
El Rey Maldito.	
José María el Tempranillo.	
Pedro de Alvarado.	
Una Lágrima de Sangre.	

A todas estas obras se admite suscricion y se reparten por cuadernos semanales de á uno y dos reales, con magníficas láminas al cromo.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID: En casa de su editor, calle de San Rafael, número 9, barrio de Pozas, y en las principales librerías.—PROVINCIAS: En casa de los señores corresponsales de la empresa.—MÉXICO: J. F. Parres y Compañía.—BUENOS-AIRES: A. Rembado, Lima, 80.—PUERTO-RICO: Francisco Furnaguera, San Francisco, 63.—VALPARAÍSO: Diego Puig, San Juan de Dios, 16.—MANATÍ: Juan Gonzalez.—CÁRDENAS: José Alvitos.

Los señores suscritores que no reciban el reparto con puntualidad, se servirán dirigir las reclamaciones directamente á esta casa, la que pondrá los medios para corregir las faltas que hubiese.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025240042
0 5917 3025240042